

PREMIO ANTONIO DOMÍNGUEZ ORTIZ DE BIOGRAFÍAS 2017

JOSÉ LUIS FERRIS

**PALABRAS
CONTRA
EL OLVIDO**

Vida y obra de
María Teresa León
(1903-1988)

Índice

PORTADA

DEDICATORIA

INTRODUCCIÓN

I. PRIMERA Y ÚLTIMA

INFANCIA

LA HIJA DEL CORONEL

UN OLOR A HELIOTROPO

LA CASA TAPIZADA DE
SABIDURÍA

LOS LIBROS PROHIBIDOS

LAS MONJAS DEL
SAGRADO CORAZÓN

LA INSTITUCIÓN LIBRE DE
ENSEÑANZA

EL TESORO DE GASTÓN

II. BURGOS. ADOLESCENCIA Y MATERNIDAD (1917-1928)

UN PASEO POR EL CAMPO
DE MAYO

DULCE OBJETO DE DESEO
LOS SIETE INFANTES DE
LARA

HUIDA A CATALUÑA
EL NOI DEL SUCRE
ISABEL INGHIRAMI. EL
NACIMIENTO DE UNA
ESCRITORA

¿QUÉ SE LE PUEDE
CONTAR A UN CARDENAL?

DIARIO DE BURGOS (1925-
1928)

LA ERA DE LAS MUJERES

ESPÍRITU
REVOLUCIONARIO DE NIÑA
ROMÁNTICA

BUENOS AIRES (1928)

III. AMOR Y ACTIVISMO

POLÍTICO (1929-1936)

UN TIEMPO NUEVO

LA BELLA DEL MAL AMOR

EL LYCEUM CLUB

CUANDO

TÚ

APARECISTE...

UNA HUIDA A LAS ISLAS

¡VIVA LA REPÚBLICA!

LUNA DE MIEL EN PARÍS

PRIMER VIAJE A EUROPA

LA REVISTA OCTUBRE

NOTICIA SOBRE LA
REVISTA OCTUBRE

SEGUNDO VIAJE A LA
URSS. PRIMER CONGRESO DE
ESCRITORES SOVIÉTICOS

MARZO EN NUEVA YORK
CUBA, MÉXICO Y
CENTROAMÉRICA

CUENTOS DE LA ESPAÑA
ACTUAL

EL TRIUNFO DEL FRENTE
POPULAR

MÍTINES Y HOMENAJES

LA AVENTURA DE IBIZA

IV. UNA GUERRA CIVIL (1936-
1939)

EL REGRESO A LA
GUERRA

LA ALIANZA DE
INTELECTUALES PARA LA
DEFENSA DE LA CULTURA

EL MONO AZUL
DEFENSA Y PROTECCIÓN
DEL TESORO ARTÍSTICO
NACIONAL

DOS HORAS CON STALIN
LA MUERTE RONDA LOS
FRENTE

LAS GUERRILLAS DEL
TEATRO

II CONGRESO
INTERNACIONAL DE
INTELECTUALES

ANTIFASCISTAS

ENCUENTROS Y

DESENCUENTROS

FINAL DE LA GUERRA

V. PRIMER EXILIO. ARGENTINA

(1940-1963)

PARÍS, PRELUDIO DEL
DESTIERRO

EL MUELLE DEL RELOJ

RADIO PARIS MONDIAL

BUENOS AIRES, 1940

VILLA DE EL TOTORAL

AITANA, HIJA DE LA
ESPERANZA

MORIRÁS LEJOS

LA DAMA DUENDE

TEATRO Y EXILIO

DOÑA OLIVA EN AMÉRICA
LAS PEREGRINACIONES
DE TERESA

GONZALO DE SEBASTIÁN
LEÓN

EVOCACIÓN DE DON
RODRIGO DÍAZ DE VIVAR, EL
CID CAMPEADOR

LA QUINTA DEL MAYOR
LOCO

LA BELLA EUROPA

SONRÍE CHINA

JUEGO LIMPIO

DOÑA JIMENA DÍAZ DE
VIVAR

ÚLTIMOS DÍAS CON
HEMINGWAY

ADIÓS A DOÑA OLIVA
LA PALOMA DE PICASSO
FÁBULAS DEL TIEMPO
AMARGO

ADIÓS AL PAÍS DE
CORAZÓN MÁS GENEROSO

VI. ROMA (1963-1977)

MILÁN EN OTOÑO

VIA MONSERRATO, 20

LOS BÚHOS DE UNAMUNO

VIA GARIBALDI, 88

SE ME CAEN LAS ALAS DE
ESTAR SOLA

MEMORIA DE LA
MELANCOLÍA

SALUDANDO A LA
PRIMAVERA

DORMIR SIN SOÑAR
LAS MANOS LLENAS DE
LO QUE APRENDIMOS
AMNISTÍA PARA TODOS

VII. REGRESO A LA

MELANCOLÍA (1977-1988)

A LOMOS DE UN CABALLO
BLANCO

EL MITO DERRUMBADO
PALABRAS QUE SON
OLVIDO

EN UN LUGAR DEL CIELO
NOTAS

BIBLIOGRAFÍA DE MARÍA

TERESA LEÓN

I. OBRAS DE CREACIÓN

II. TRADUCCIONES Y
PRÓLOGOS

III. FILMOGRAFÍA
BIBLIOGRAFÍA SOBRE MARÍA

TERESA LEÓN

ÍNDICE ONOMÁSTICO

LÁMINAS

CRÉDITOS

**Gracias por adquirir
este eBook**

Visita
Planetadelibros.com
y descubre una
nueva forma de
disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas
publicaciones

Clubs de lectura con los
autores

Concursos, sorteos y
promociones

Participa en presentaciones
de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la
ficha del libro
y en nuestras redes
sociales:



**Explora
Descubre**

Comparte

*A María Dagnino, Amelia
Abad,
Conchita Moya, Susana
Delgado,
M.^a Ángeles Claramunt, Pilar
Maestro,
Lola Maciá, Carmen Pascual,
Marina Aragón, Matilde
Bueso...
Maestras de mi vida*

*Si he perdido la vida, el
tiempo, todo
lo que tiré, como un anillo, al
agua,
si he perdido la voz en la
maleza,
me queda la palabra.*

BLAS DE OTERO

INTRODUCCIÓN

En el cementerio de Majadahonda de Madrid hay una tumba que, de vez en cuando, se cubre de flores vivas o soñadas. Escrito sobre la lápida se puede leer: «Hoy, amor, tenemos veinte años». El verso sigue allí desde la Navidad de 1988, cuando su autor, el poeta Rafael Alberti, en un gesto de justicia afectiva, dedicó aquellas palabras a su compañera, camarada, cómplice, amante y esposa tras una

inquietante travesía en común de cincuenta años.

La historia física de María Teresa León, una de las escritoras más deslumbrantes, profundas y bellas de la generación del 27, concluía en aquel lugar, como tantas historias con firma de mujer que se vieron postergadas, obviadas o incluso negadas en un país como España. Sin embargo, la aventura humana, íntima, social, política, moral y literaria de la escritora que da luz a este libro supera el concepto de extinción y nos conduce, con más legitimidad que ninguna, a los anchos paisajes

de la memoria.

El lector tiene en sus manos una historia marcada por el amor y el desamor, el combate y el destierro, el compromiso y la soledad, el ruido y el silencio, la guerra y la pasión por la vida. «Una vez fue la vida –escribía la periodista Trinidad de León-Sotelo en 1987–. Hubo una mujer enamorada de un hombre, de una idea, de la literatura. Existieron el amor total, la lucha esperanzada, la derrota desafiante, el dolor visible y el más oculto, las pesadillas posibles, el reto del exilio. Todo lo que, alegrías y penas, hacen plena

una biografía»^[1].

La dificultad aparece cuando tratamos de separar, siquiera para esclarecer realidades, la vida de María Teresa León de su propia obra, su entramado vital de la materia literaria que la envuelve; labor inútil ésta y a buen seguro innecesaria dado que, en nuestra escritora, lo autobiográfico es una nota dominante que impregna su larga producción, desde las colecciones de cuentos a sus novelas, obras dramáticas, biografías, ensayos, guiones cinematográficos y radiofónicos,

relatos breves o artículos publicados en prensa y en revistas españolas y americanas.

Pero además, como así veremos, el sentido último de ese relato vital, de la veintena de libros que publicó, se halla en lo que tiene de epopeya colectiva, de *yo* nutrido de experiencias comunes, de episodios compartidos con las víctimas de una misma realidad, de un proceso histórico concreto —la Guerra Civil y el exilio— que, al ser escrito, verbalizado, se transforma en acto ético. Desde mis primeras lecturas de la obra de María Teresa León tuve la sensación de que las

historias que contaba, con todos los matices personales que se quiera, eran una historia común; su voz sonaba a la voz de un tiempo, a la garganta viva de todas las mujeres, de todos los desterrados, de todos los seres maltratados y heridos por la vida. Desde su incipiente juventud (pese a provenir de una burguesía acomodada) mantuvo un compromiso claro e irrenunciable con la libertad, con la defensa de los débiles, contra la injusticia y con el respeto a la condición de la mujer.

Con todo, resulta amargo y descorazonador que, varias

décadas después de su muerte, aún siga siendo una gran desconocida y su obra, precariamente publicada, continúe despertando escaso interés entre los editores.

Como tantas silenciadas de su generación, las noticias que se tenían en España de María Teresa León cuando regresó del exilio en 1977 se reducían a una cuantas leyendas guerracivilistas que la presentaban con mono de miliciana recorriendo los frentes, arengando a las tropas y defendiendo con verdadero coraje, pistola en mano, sus ideales republicanos. De su extensa obra literaria no se

conocían más libros que *Rosa Fría-patinadora de la luna*, *Doña Jimena Díaz de Vivar*, *gran señora de todos los deberes* y *Menesteos, marinero de abril*, los menos comprometidos de nuestra escritora, publicados en Argentina y México. Desde su exilio en 1939 poca huella había quedado en su añorado país de la labor literaria que había llevado a cabo. En 1959, el volumen de la *Historia de la literatura infantil* recopilado por Carmen Bravo Villasante dedicaba apenas diez líneas a María Teresa León. Cuatro años más tarde, José R. Marra-López incluía el nombre

de la escritora riojana, así como unas consideraciones sobre su novela *Juego limpio*, en el ensayo *Narrativa española fuera de España (1939-1961)*. En 1971, José Luis Ponce de León había redactado dos páginas sobre la misma obra en su estudio *La novela española de la guerra civil (1936-1939)*. Ya en 1976, la revista barcelonesa *La Mano en el Cajón* consagraba las 142 páginas de sus dos primeros números «Aproximación a Rafael Alberti y María Teresa León» a la pareja de escritores exiliados. Ese mismo año, *Cuadernos para el diálogo*

incluía en su número especial, «Teatro de agitación política (1933-1939)», entre piezas de teatro de Miguel Hernández, Alberti, Germán Bleiberg y Rafael Dieste, la obra *Huelga en el puerto*, de María Teresa. En 1977, año del regreso tras el destierro, se publicaba en Barcelona *Memoria de la Melancolía* y en Madrid *El tiempo tiene la palabra*, su folleto sobre el salvamento del tesoro artístico español durante la guerra civil. También en 1977, el profesor Santos Sanz Villanueva, en su estudio sobre la narrativa del exilio español (Volumen IV de *El exilio*

español) citaba a la autora en estos términos: «También ha escrito prosa narrativa María Teresa León, de la que sólo he podido conocer *Menesteos, marinero de abril*, relato de carácter mítico donde se nos cuenta la historia del legendario y desterrado personaje que fundó Cádiz». José María Amado, director de la revista *Litoral*,^[2] en ese año de 1977, en las páginas de su revista dedicada a la figura de Mao y en la que aparecían textos de María Teresa y Alberti, *Sonríe China*, reconocía que «María Teresa León, un caso

más de oscurecimiento literario, una víctima más para la cultura en España durante los cuarenta años de la dictadura, es una de las plumas mejores de la llamada generación del 27».

En 1978, la editorial madrileña Altalena publicaba *Cervantes. El soldado que nos enseñó a hablar*; y en 1979 veía la luz un volumen de cuentos (recopilación de las tres colecciones «comprometidas», editadas en los años treinta y posteriormente en el exilio) titulado *Una estrella roja* (Selecciones Austral), con estudio

preliminar de Joaquín Marco.

Estas obras se pueden considerar el punto de partida de un sensible y lento interés por la obra y figura de María Teresa León. A ella le dedicaba la escritora Antonina Rodrigo un capítulo íntegro de su libro *Mujeres de España. Las silenciadas* (1979). En diciembre de 1986, la Consejería de Cultura de la Junta de Castilla-León promovía en Burgos una exposición y el primer homenaje tributado a María Teresa en España. En los actos programados participaron los actores María Luisa Ponte, Alberto

Closas, Paco Rabal y Nuria Espert, el cantautor Paco Ibáñez y los escritores Carmen Bravo Villasante, Rosa Chacel, Luis Rosales, Alberti y Octavio Paz. En 1987 se publicó el libro del citado Homenaje y, en esas mismas fechas, el profesor Gregorio Torres Nebrera veía editado su ensayo *La obra literaria de María Teresa León (Autobiografía, biografías, novelas)*, Universidad de Extremadura, que aportaba luz y rigor sobre la obra de una autora bastante ignorada hasta el momento. También la editorial Seix-Barral contribuía a esa

recuperación con la primera edición española, 1987, de *Juego limpio*. Fue en 1989 cuando Inmaculada Monforte defendería en la Universidad de Zaragoza su memoria de licenciatura sobre la obra literaria de la escritora riojana, que fue dirigida por el profesor José-Carlos Mainer. De igual modo, por esos meses, la revista segoviana *Encuentros* publicaba una obra dramática inédita de María Teresa, *La libertad en el tejado*, conservada hasta la fecha por Salvador Arias, actor y antiguo compañero de la escritora en Las Guerrillas del

Teatro. Asimismo, en 1989, un año después de su fallecimiento, los Cursos de Verano de El Escorial dedicaban a la autora de *Memoria de la melancolía* un seminario en el que participaron numerosos profesores, alumnos y especialistas en la obra de María Teresa y Rafael. Del recuerdo se pasó al homenaje, y éste se prolongó en el Centro Cultural de la Villa de Madrid en 1990. Ediciones de la Torre publica *Rosa-Fría, patinadora de la luna* (libro de cuentos de 1934) con estudio preliminar de María Asunción Mateo. En 1995, Juan Carlos

Estébanez Gil daba a la editorial burgalesa La Olmeda su tesis doctoral *María Teresa León. Estudio de su obra literaria*, trabajo de verdadero peso científico sobre la producción literaria de la escritora riojana; una figura a la que, en 2001, Benjamín Prado concedía un amplio capítulo de su libro *Los nombres de Antígona*. Las posteriores aportaciones al estudio y la recuperación de la obra y la personalidad de María Teresa León llegarían, fundamentalmente, en 2003, con motivo del centenario de la escritora. Aquí cabría recordar

las aportaciones de Gonzalo Santonja, Manuel Aznar, María de los Ángeles González, Francisco Arniz Sanz, Gabriele Morelli, Ricard Salvat y Robert Marrast, entre otros; una contribución que se completaría en gran medida con la publicación ese mismo año de la obra *María Teresa León. Escritura, compromiso y memoria* (versión revisada y ampliada de la tesis de Estébanez Gil) y con la aparición en 2005 del libro colectivo *María Teresa León, memoria de la hermosura*, donde destacaban las firmas y testimonios de Almudena Grandes, Alda

Blanco, Luis Muñoz, Sergio Baur, Ángel G. Loureiro y Teresa Alberti.

Así las cosas, con el deseo de situar al lector ante la obra y el personaje que nos ocupa, conviene recordar que la figura de María Teresa León va indefectiblemente unida a la de Rafael Alberti, al menos durante cincuenta años. Tratar de justificar su injusto olvido o, en cierto modo, el menosprecio de su obra literaria por la omnipotente presencia del poeta gaditano es reducir el problema a una respuesta fácil, aunque no por ello se deje de faltar de alguna manera a la verdad. Lo

cierto es que la autora de *Memoria de la melancolía* fue, pese a todos los obstáculos que minaron su vida literaria, una mujer de letra, una *femme de lettres* dotada de sobrado talento y de la suficiente obra como para ocupar un espacio muy destacado dentro de la generación del 27 y otro de preferencia entre las voces más singulares de su tiempo.

Lo que tampoco se presta a discusión es el hecho de que ella, como otras mujeres-esposas de aquel periodo (Eulalia Galvarriato, Concha Méndez, Rosa Chacel, Josefina de la Torre o Ernestina de

Champourcin, por citar a algunas), tuvo que compaginar la creación literaria, el compromiso político y otras tareas intelectuales, sociales o ideológicas, con la maternidad y la administración familiar. Si a ello unimos una experiencia tan corrosiva e implacable como el exilio, el resultado adquiere perfiles heroicos y sitúa a la escritora en un lugar de devoción.

«Estoy cansada de no saber dónde morirme», escribía María Teresa León en su exilio italiano, treinta años después de haber abandonado España. Lo recordaba su hija Aitana en 2003, durante la

celebración del centenario de su progenitora: «Sentada en su mesa de trabajo –un gran tablero de dibujo cargado de libros y papeles–, sobre todo a la hora de la siesta, mamá iba reviviendo la epopeya pasada [...]. A menudo me enseñaba lo escrito: otras veces yo misma cogía los cuadernos o los folios torpemente mecanografiados y leía: *Estoy cansada de no saber dónde morirme*. Esa es la mayor tristeza del emigrado, algo así como la letanía desolada del desterrado»^[3].

Ya fuera durante los veintitrés

años de destierro argentino, o ya en Roma, la escritora trajinaba entre los pucheros con la misma habilidad que con la pluma. Los testimonios de quienes la conocieron de cerca apuntan la abnegada dedicación de María Teresa a Rafael Alberti y a su hija: «Desde el punto de vista de la vida práctica –vuelve a evocar Aitana–, ella era la gran organizadora de la casa y la administradora de la magra hacienda. Con el tesón y la perseverancia que admiraron a Rosa Chacel, allanaba dificultades y lograba casi lo imposible [...]. María Teresa León, firme como un

gran árbol con su ramaje protector desplegado al viento, fue realmente nuestra señora de todos los deberes»^[4].

Y frente a ello, sin dejar todavía el testimonio de Aitana Alberti, siempre quedó en la hija la visión de una madre minusvalorada intelectualmente por la vida e incluso por los seres más cercanos: «*Escribir es mi enfermedad incurable*, solía decir [...]. Para quien, con semejante profesión de fe, eligió ser la *cola del cometa* – en clara alusión a su esposo –, fue duro en los últimos años de vida

consciente sentirse relegada como escritora [...]. ¿Hubiera sido más rica su obra literaria y mayor el reconocimiento público sin su devoción incondicional a Rafael Alberti?»^[5] .

Más elocuentes parecen sin duda las propias palabras de María Teresa al confesar, ya en la recta final de su vida, con cierta pesadumbre: «Yo no quedaré, pero cuando yo no recuerde, recordad vosotros las veces que me levanté de la silla, el café que os hice, la indulgencia que tuve al veros devorar mi trabajo sin decirme

nada, recordad nuestra pequeña alegría común, nuestra risa y las lágrimas que dolían o quemaban cuando nos sentíamos desamparados y solos»^[6] .

El exilio republicano de 1939 fue indudablemente trágico y doloroso para quienes se vieron abocados a esa experiencia, pero, como ha señalado José Ramón Saiz Viadero, el éxodo republicano femenino alcanzó momentos dramáticos: «Las mujeres [...], en muchos casos, tuvieron que asumir el doble rol de madre y padre de familia: la máquina Singer supuso

una eficaz herramienta laboral para subsanar las penurias que conocieron aquellos hogares de transterrados, fundamentalmente durante su primera estancia en el exilio francés, lo mismo que ocurriría en los largos años del exilio americano»^[7].

Estas reflexiones no tienen más propósito que aproximarnos a la personalidad de María Teresa León antes de adentrarnos plenamente en su vida y en su obra. Hablamos de una figura que conduce a la fascinación desde todos los ángulos, ya se trate del

personaje, de la persona, de la escritora, de la activista política o, sencillamente, de la mujer.

Voces como la de la profesora Isabel Marcillas Piquer, de la Universidad de Alicante, decían en mayo de 2007 respecto a ella: «Fue una mujer altamente activa, luchadora y defensora de la causa feminista, además de prolífica en su tarea literaria [...]. Hija de un alto militar, no dudó en rebelarse contra las convenciones puritanas que imperaban en la sociedad burgalesa que la había visto crecer. Casada a los dieciséis años, su matrimonio fue un fracaso del que

le quedaron dos hijos a quienes apenas le permitieron ver. Esta terrible experiencia marcó, sin duda, muchos de sus relatos, a pesar de que, todavía joven, con veintisiete años, conoció a Rafael Alberti, con quien inició una nueva vida y compartió el resto de sus días»^[8].

Antonina Rodrigo llega a afirmar que, junto con *Pasionaria*, María Teresa es una de las mujeres más comprometidas y populares de nuestra guerra. No dudó «en vestir el mono de miliciana recorriendo los frentes, dando mítines,

exhortando a los soldados e incluso colaborando en la Junta de Defensa y Protección del Tesoro Artístico Nacional»^[9].

María Teresa León responde asimismo al ideal de «nueva mujer» que preconizaba la España republicana y que se comenzaba a vislumbrar al final de los años veinte. Hasta entonces, la mujer se hallaba condenada a ese papel «natural» de ama de casa y supeditada a los dictámenes de un patriarcado que le obligaba a ser muy «femenina». Nuestra escritora, como otras artistas del momento

(Maruja Mallo, Concha Méndez, Margarita Manso...) marcaría pronto el territorio de la diferencia actuando como un ser independiente y emancipado que contrastaba, a veces de modo escandaloso, con el modelo de mujer sumisa y abnegada. En esos años, inmediatamente anteriores a la guerra civil, resultaba extravagante concebir el género femenino como instigador del más pequeño cambio social y fuera de los límites domésticos.

En esa línea, la escritora Almudena Grandes siempre vio en María Teresa León «el ejemplo de

mujer republicana, libre, valiente, consciente, madura, fervorosa, culta, generosa, trabajadora, invencible, paradigma de todo lo admirable... Fue una mujer libre que escribió, militó, trabajó y triunfó en un mundo de hombres»^[10]. Para Ricard Salvat fue también «la imagen de la mujer republicana. Podría hablar de feminismo pero creo es más oportuno hablar de mujer liberada, autónoma, mujer dispuesta a escribir su propio destino [...]. Una mujer que creó un estilo, como alguna de sus compañeras, que

tuvieron que hacer el gran aprendizaje de saberse imponer en igual a los hombres. Esa pléyade de mujeres formada por ella, pero también por María Zambrano, Maruja Mallo, Rosa Chacel, Margarita Xirgu, Carmen Amaya, Antonia Marcé *La Argentinita*»^[11].

Queda claro, pues, que, más allá del mero rol de esposa del poeta Rafael Alberti, María Teresa llevó a cabo una labor intelectual, política y artística propias que aún cabe destacar con mayor energía por su condición de mujer y en un

tiempo adverso, tanto en las primeras décadas del siglo xx como en los casi cuarenta años de destierro que le tocó vivir.

Por lo demás, son tantas y tan acreditadas las voces que a lo largo de los años han aportado un matiz, un color o un pensamiento a la encomiable y necesaria labor de recuperar la memoria de María Teresa León, que no vemos mejor manera para completar esta introducción que facilitar al lector, como repertorio crítico de interés, un florilegio de citas extraídas de diversos lugares y de distintos momentos:

La memoria, los espacios de la memoria, la lucha por no perderla y sentirnos vacíos, inermes, deshechos, fue ciertamente el propósito y el fin último de toda la literatura de María Teresa León.

GREGORIO TORRES NEBRERA

La literatura de María Teresa León ejemplifica con claridad todos los sueños y las necesidades culturales de la República española. Ésa es la imagen que tengo de ella a través de sus libros y sus relaciones con Rafael Alberti. María Teresa nos remite a una especial forma de

comportamiento durante la guerra civil y el exilio, una empeñada manera de sentirse razonable en medio de la fábula más amarga.

LUIS GARCÍA MONTERO

María Teresa León era una mujer hermosa. Por dentro y por fuera, de frente y de perfil, en la tristeza y en las alegrías, a cualquier edad, en cualquier lugar, más allá del tiempo y del espacio, bella siempre, para siempre. De cerca y todavía más de lejos.

ALMUDENA GRANDES

Se perfila entonces mi imagen definitiva de María Teresa León, como madre, como escritora y como luchadora por unos ideales políticos que mantuvo diáfanos hasta las avanzadillas de la muerte [...]; la impulsaba su generosidad, su afán de brindar ayuda al desvalido, al necesitado, al sufriente [...]. María Teresa León, firme como un gran árbol con su ramaje protector desplegado al viento, fue realmente nuestra señora de todos los deberes.

AITANA ALBERTI

Ser bella no tiene ningún mérito, pero cuando junto a la belleza va la

inteligencia, una capacidad de organización y de mando prodigiosa, una vocación y claridad política, un arrebatado, una pasión por la vida como en María Teresa se daban, el serlo es algo más que una virtud. Más aún: algo inusual en una mujer de aquella época.

MARÍA ASUNCIÓN MATEO

María Teresa León fue una mujer de carácter fuerte, con un talento versátil que supo enfocar hacia la denuncia de situaciones de desigualdad provocadas habitualmente por la diferencia de género. A lo largo de su producción

literaria, María Teresa siempre demostró una clara conciencia de mujer que la hermanaba con todas las integrantes de su género.

ISABEL MARCILLAS PIQUER

María Teresa León no es una escritora más en medio de una brillante generación de artistas nacidas durante el apogeo del naturalismo y educadas en la eclosión de las vanguardias, como Concha Méndez, Rosa Chacel, María Zambrano o Maruja Mallo. Su obra recrea otra realidad estilística que corrige muchas de las ideas repetidas, heredadas, en los

recuerdos del grupo del 27.

FANNY RUBIO

Es la epopeya colectiva lo que interesa primordialmente a la escritora a lo largo de toda su obra. Pero no dejará de traslucir matices personales, invasiones subjetivas repartidas entre los textos de ficción y los más biográficos. Ya se ha dicho que la suya es una voz plural, una voz del pueblo, una voz de muchos [...]. Es consciente de que su escritura tiene sentido cuando marca las huellas de los que se perdieron en el camino. Escribe para que los lectores del futuro no olviden los

nombres de los que vivieron y sufrieron codo con codo con ella.

LOURDES VENTURA

Hace treinta años no se sabía quién era María Teresa León. Ella y mi padre fueron dos cometas con luces paralelas... lo que ocurre es que vivieron en una época en la que la mujer siempre iba un paso por detrás del hombre; por eso te digo que si mi madre hubiera sido un hombre sería un coloso, uno de los grandes escritores de nuestra lengua.

AITANA ALBERTI

Aún está por escribir el libro que analice la importancia de la contribución de la mujer a la cultura española contemporánea y, más en concreto, a nuestra literatura. En tal análisis, la figura de María Teresa León tendría un papel destacado.

JOSÉ LUIS PUERTO

María Teresa León es un ejemplo para cualquier escritor: por su independencia, su libertad, su constancia, su valentía, la infinita curiosidad que demostró, su capacidad de trabajo y su entusiasmo. Para ella, la literatura era una forma de salvar la memoria y de vivir con

plenitud.

ÓSCAR ESQUIVIAS

I. PRIMERA Y ÚLTIMA INFANCIA

Por favor, cierra la puerta.

No quiero oír mi infancia.

LA HIJA DEL CORONEL

La vida de María Teresa León y Goyri comienza el 31 de octubre de 1903 en Logroño, aunque su infancia, su adolescencia y parte de su juventud habrán de transcurrir en Madrid, Burgos y, en menor medida, Barcelona. Tanto en la partida de nacimiento del registro civil como en la hoja eclesiástica de la iglesia parroquial de Santa María de la Redonda donde fue bautizada el 25 de noviembre, hay constancia de ese

origen riojano: «Yo, don Sabiniano González –certificaba el capellán segundo del Cuerpo Eclesiástico del Ejército– bauticé solemnemente y unguí con los Santos Óleos a una niña que nació a la una de la tarde del día treinta y uno de octubre anterior en la casa número seis de la calle General Espartero, poniéndole por nombre María Teresa de Jesús, María del Rosario, Juana Lucila...»^[1].

Hija del coronel Ángel León Lores, militar de Húsares, y de la burgalesa Oliva Goyri de la Llera, parecía destinada a formar parte de

esa alta burguesía cercada por derechos y deberes, de buena familia, de un hogar refinado que recibe visitantes de cierta categoría, que respeta las bellas artes y que se mueve entre uniformes y etiquetas.

Ser hija de militar suponía, además, cambiar con cierta frecuencia de paisaje, de ciudad, de casa, de escuela, de amigos de juego y hasta de parientes cercanos. Y dentro de esas maniobras del destino, fue Madrid, a poco de venir al mundo, el espacio verdadero de una infancia primera que marcaría, de modo elemental,

aspectos decisivos de su vida.

Los primeros trece años de María Teresa León transcurren, pues, en la capital del país, a cuyo regimiento de Húsares de Princesa es destinado don Ángel León. La vivienda familiar, no obstante, estará situada en el barrio de Argüelles, en la calle del Buen Suceso, «frente a una Iglesia tristonra y fea, mirando un hospital para militares atropellados por la enfermedad»^[2] . Era una casa transitada por tíos, generales de bigotes largos, de niñeras... Era el escenario también de un tiempo en

el que la vida, tan reciente, tan hecha para ser cómoda y sosegada, la fue adiestrando hacia una rebeldía que no tardaría en manifestarse. La «niña de militar inadaptada siempre» acumuló muy pronto razones para la indocilidad y la transgresión. Y la primera de ellas era su propio padre, un hombre que se cansaba de todo, que languidecía con frecuencia.

Don Ángel León Lores había nacido en Madrid en mayo de 1870, aunque sus progenitores, don Agustín León Jiménez y doña María Lores Sánchez, procedían respectivamente de la provincia de

Sevilla y de Barcelona. El 31 de agosto de 1887, cumplidos los diecisiete años, ingresó en la Academia General Militar. Fue el comienzo de una larga y brillante carrera que, según reza su hoja matriz de servicios, alcanzó un total de 36 años, 10 meses y 11 días. Su primer destino tras la instrucción fue Cuba, a donde llegó con el escuadrón expedicionario del Regimiento Almansa el 6 de febrero de 1892 a bordo del vapor *María Cristina*. En La Habana ascendió a capitán por méritos de guerra, cargo que ejerció en el Regimiento Pizarro. Y en poco más

de un año, el 10 de mayo de 1897, a razón de sus distinguidas acciones en los combates y las campañas, junto a soldados tan notables como Miguel Primo de Rivera, fue laureado con la Cruz Roja del mérito militar. De la isla regresó en febrero de 1898, acaso oliéndose el desastre colonial. Desembarcó en La Coruña y se dirigió a su nuevo destino en Valladolid al ser nombrado capitán de reemplazo. Fue en esa plaza donde contrajo matrimonio con Oliva Goyri de la Llera, hija de don Hipólito Goyri Erruz y doña Rosario de la Llera Fernández,

naturales los tres de tierras burgalesas. Era el 6 de junio de 1898. Tres años después, el 1 de octubre de 1901, llegaba el joven matrimonio al Regimiento de Cazadores de Albuera en Logroño^[3]. Fue en la capital riojana donde nacería María Teresa y también el punto del que partirían en 1905 camino de Madrid, al Estado Mayor Central del Ejército. Nuestra escritora tenía sobradas razones para hablar, refiriéndose a su familia, de una vida nómada. La prueba la hallamos en el historial de servicios de don Ángel León,

donde figuran, al detalle, veintitrés cambios de destino, incluso durante el periodo aparentemente más estable, como fueron los años madrileños de la infancia de su pequeña (1905-1917), en los que el capitán tuvo que trasladarse a Vizcaya, Galicia y Larache.

La cuestión es que el padre de María Teresa presumía de ser, aquellos primeros años de siglo, un veterano de la guerra de Cuba, esa isla de la que había regresado «enfermo, con el vientre lleno de parásitos», para casarse, y no con poco arrepentimiento: «...siempre añoró Cuba –confesaba años

después la madre de la escritora—, pese a los errores y penurias de la guerra. Cada vez que discutíamos (lo cual no era infrecuente) maldecía haber regresado»^[4] . Lo cierto es que Ángel León volvió con el propósito de casarse y de sentar cabeza. «Y también para pasear su inquietud de guarnición en guarnición —relata Aitana Alberti—, atormentado por la duda de haber equivocado su vida. Encontraba refugio en discretas infidelidades que no escaparon a la mirada amorosa de la abuela, sombra que espiaba sus

movimientos»^[5] . María Teresa siempre defendió que los celos de su madre, muy poco disimulados entre los pliegues de su mantón de manila, enaltecían su belleza: «en mi casa no se rezaba el rosario. ¿Para qué? Mi padre era incrédulo y mi madre ¡tenía tanto que reprochar a su marido! [...] Esa infidelidad hacía a mi madre preciosa. Llevaba su belleza sobre los hombros como los cautivos las cadenas»^[6] . Doña Oliva, haciendo entonces de tripas corazón, salía en compañía de la niñera a la caza del esposo infiel, «justo a esa hora que

el amor estaba esperándole al pobre. No lo hagas, es rebajarte. Pero no podía, aunque le daba vergüenza taparse los ojos azules con la mantilla, como las mujeres del pueblo cuando sienten celos»^[7] . Fue un triste episodio que María Teresa no pudo borrar de su memoria, de aquellos ojos que vieron, sin comprender, cómo su madre regresaba abatida, culpable, avergonzada de que todos la contemplaran en aquel estado y, además, burlada por la impunidad que la ley española concedía al adulterio. Tan herida se vio esa y

otras veces por el apuesto coronel que, ya en su vejez, no consideró oportuno, ni digno, enmarcar su retrato y colocarlo entre los demás miembros de la constelación familiar que tenía expuestos sobre la cómoda.

Sin embargo, doña Oliva no era, en absoluto, una madre resignada y dócil. Doña María Oliva Goyri de la Llera era un ser autoritario, independiente, nada melindroso y más progresista de lo que cabría imaginar, dada su vocación creyente. Leía novelas, tocaba el piano, tomaba el té con amigas de cierta clase y asumía con

humor y deportividad los códigos de honor, las ridículas reglas de comportamiento y los desfiles que imponía la vida militar de su esposo. Cuando llegó la República, votó por el Partido Comunista. Pero, para entonces, doña Oliva era ya una viuda emancipada y su hija una escritora audaz y combativa. Entre ambas, no obstante, quedaban muchas cuentas por resolver y una infancia llena de soledad y de reproches.

UN OLOR A HELIOTROPO

En realidad, la casa de María Teresa fue pronto un hogar roto, tanto por las frecuentes peleas de sus padres como por la severa educación que doña Oliva aplicó a su primogénita. Ni siquiera la llegada de otro hermano suavizó la convivencia familiar; un hermano que apenas aparece mencionado en el periplo vital de la escritora y del que encontramos muy escasos indicios: Ángel León Goyri siguió

los pasos de su padre en la carrera militar, luchó durante la Guerra Civil en las filas del bando sublevado y llegó a general del ejército en la España franquista. Su relación con María Teresa fue, en rigor, la justa, hasta el punto de no merecer una breve cita en los recuerdos escritos por la autora de *Memoria de la melancolía*. Su hija, Aitana Alberti, sí le concede ese derecho en uno de sus artículos de la serie *La arboleda compartida*^[8], concretamente el titulado «Un aroma a violetas». En él, al evocar a la madre de ambos,

doña Oliva, escribe: «Durante la guerra civil siguieron juntas, mientras en “la otra España”, del bando contrario, luchaba el hijo-hermano, militar de elevado rango: lo terrible de las guerras fratricidas es que las fronteras pasan en verdad por el corazón de los hombres». También se refiere a él cuando recuerda la enfermedad de la abuela y la necesidad de ingresarla en una institución: «Por una vez se pusieron de acuerdo mi madre y su hermano el general: entregarla a los cuidados de unas santas monjitas madrileñas»^[9].

El paisaje de la infancia, sin embargo, era ancho y poblado, sobre todo de personajes que iban llenando de formas, aromas y colores la imaginación de la niña. La abuela olía siempre a sándalo o maderas orientales. Pertinazmente vivo era el aroma a heliotropo o violetas de su madre, y a tierra mojada el de la tormenta. De la familia materna, la abuela Rosario era la que habitaba en la casa, la que se empeñó en llevarla al colegio del Sagrado Corazón regentado por monjas, probablemente en contra de los deseos de su madre, que hubiera

preferido para su hija una educación que no solía darse en las niñas de la época. Pero la abuela Rosario se salió con la suya, enredada acaso en aquellos pensamientos que la impulsaban a dar cuerda a todos los relojes y a evocar, en silencio, la sorprendente y desdichada vida del abuelo Hipólito, a quien la pequeña no llegó a conocer, pero cuya historia quedó cosida a su recuerdo de niña. Y es que don Hipólito de Goyri había sido todo un donjuán. Vivió en Madrid, Burgos y París, y acabó sus días viejo, consumido y decrepito, en el pueblo burgalés de

Celada del Camino. La abuela Rosario nunca habló de él, pero sí doña Oliva, que relató a María Teresa las andanzas de un hombre que la misma noche de bodas no fue a dormir a casa. Apareció a las 8 de la mañana, ordenó preparar el coche y sacó de la cama a la que aún no era del todo su mujer para emprender ruta a Andalucía. «De este viaje mi madre no recordaba haber oído más que mi abuela lloró mucho y un día, al entrar en una tienda, cuando preguntaba en buen castellano por el precio de una seda, le contestaron asombrados de verla tan blanca, tan alta, tan rubia:

Aquí no hablamos inglés, señora»^[10] . Pero las lágrimas continuaron en París, incluso en la Ópera, ocultas tras su abanico de plumas, mientras don Hipólito perseguía a las bailarinas. Pasados los años, con los hijos, Oliva y Federico, ya criados, el abuelo dejó Madrid y se marchó solo a Celada del Camino. Allí rindió culto al vino de marca y a la vida tranquila. «No le gustaba más que beber, tal vez hablaría de mostos con el cura o con el médico o con algún amigo que viniera a verlo»^[11] . Luego, por amor, por

piEDAD o por vergüenza, la abuela Rosario se lo llevó con ella a la capital. Los médicos le prohibieron beber pero él se las ingeniaba y vaciaba las botellas de colonia o los frascos de alcohol puro. Y así se fue consumiendo, mientras un hermano que tenía en Portugal de embajador, el tío-abuelo Nicolás, se dedicaba a la filología comparatista, a estudiar *Os Lusíadas* y a analizar a Camoens. Pero hubo más, porque, como relata María Teresa en sus memorias, los disgustos continuaron después de morir don Hipólito. Al parecer, una vez

adecentado al finado, arregladas las velas y las flores, «poco antes de comenzar el velatorio, aparecieron unos señores enchisterados que, después de darle el pésame le dijeron: Señora, nos apena tener que molestarla en estas circunstancias pero quisiéramos, antes de que vengan los curas, que nos permitiera retirar las insignias masónicas de su marido, alto grado entre nosotros»^[12] . María Teresa León podía ver a su abuela cayendo desvanecida, imaginando después al calamitoso de su esposo

disfrazado de alta dignidad, reuniéndose clandestinamente en París, como hiciera durante tantos años, con los mandatarios de una logia masónica. Luego la vio destripando armarios, removiendo viejos arcones, y todo para no encontrar más tesoro que dos pistolas de duelo. Las insignias nunca aparecieron, pero sí una sortija con la escuadra y el compás secretamente grabados detrás de una piedra preciosa que, al girarse, mostraba el símbolo masón.

Muchos años después, cuando nuestra escritora visitó la casona de Celada y la tumba del abuelo

Hipólito, descubrió también que su bisabuela materna había sido dama de honor de la reina Gobernadora, doña María Cristina Habsburgo, esposa de Alfonso xii, y que había favorecido sus amores ilícitos.

LA CASA TAPIZADA DE SABIDURÍA

Pero quedaba mucho aún por descubrir en aquella infancia que un buen día se tiñó de admiración y de conocimiento. La alegría llegó de manos de doña María Goyri, prima carnal de la madre de la escritora, y también de la que muy pronto sería, a casi todos los efectos, su verdadera familia. El hogar de sus tíos lo constituían cinco miembros entrañables: la abuela Amalia,

Ramón, esposo de María, y los hijos de éstos: Jimena y Gonzalo. La excepción residía en cada uno de ellos. Para empezar, María Goyri, pionera de la filología moderna, podía presumir de haber sido la primera mujer que estudió en una universidad española, la que inauguró la presencia femenina en las aulas y la que marcó el punto de partida para que la educación superior fuera una zona de emancipación progresiva para la mujer. Doña Amalia solía recordar esos y otros logros de su hija a las visitas que recibía: «Tocó a la abuela Amalia Goyri contarles

cómo había sucedido esa ascensión hacia la igualdad. Cuando María Goyri apareció en la puerta de la universidad para dar su primera clase, un portero estaba esperándola. La condujo, entre la sorpresa de los estudiantes, hasta la sala de profesores. Allá el decano de Filosofía y Letras se acercó ceremoniosamente a la muchacha. Señorita, quedará usted aquí hasta la hora de clase. Yo vendré a recogerla. La cerró con llave y se fue a sus ocupaciones. Cuando sonó la campana, el profesor regresó, abrió el encierro y ofreciéndole el brazo la hizo caminar lentamente

entre dos filas de estudiantes que entre asombrados e irónicos veían la irrupción de la igualdad de los sexos instalada en la universidad. Sentada junto a su profesor, comenzó su trabajo. Todos los días se repetía la escena. Entre los estudiantes estaba uno que se llamaba Ramón. ¿Cuándo consiguieron encontrarse?»^[13] .

Aquel Ramón del relato no era, ni más ni menos, que don Ramón Menéndez Pidal, a quien conoció María en la universidad y que pronto sería su esposo. Eran tan cultos los dos que su viaje de

novios en 1900 consistió en realizar la ruta del Cid hacia el destierro, cargados de gramófono para registrar los romances populares de las gentes de la España profunda.

El domicilio madrileño de los Menéndez Pidal en la calle Ventura Rodríguez fue el primer paso de la infancia hacia esa cima de la cultura que hay que subir entre tropiezos. «En aquella casa aprendí los primeros romances españoles. A veces sacábamos un viejo gramófono de cilindro. Allí escuchábamos las canciones recogidas por María Goyri y

Ramón Menéndez Pidal [...]. Por primera vez oí la voz del pueblo. Por primera vez tomé en cuenta a los inteligentes y a los sabios»^[14] .

Al salir del colegio, a María Teresa le faltaba tiempo para acudir a casa de sus tíos. Adoraba sentarse en el suelo a escuchar aquel gramófono de cilindro en el que sonaban romances. «Aquella casa que era como su casa era más que una casa». Pero la verdadera y mayor fascinación la generaba su prima Jimena. Era apenas dos años mayor que la niña, pero esa diferencia marcaba espacios

siderales. Jimena aglutinaba, a ojos de la pequeña, todas las virtudes humanas. Parecía su anverso en muchas cosas y un manantial de continua admiración. Porque, para empezar, Jimena era alta, morena, andaba sola por Madrid, iba a la escuela sin acompañante, a una escuela libre, sin monjas, donde podía leer, sin prohibiciones, todos los libros del mundo. Rozaba los límites de una esbelta y adorable juventud y resultaba inevitable repetir sus gestos, sus palabras, desesperarse por no tener el brillo oscuro de su pelo, dudar de que hubiera en el mundo otro ser como

ella, a quien se desease tanto ver. «Jimena era la síntesis de lo que un ser humano puede conseguir de su envoltura carnal», confesaba nuestra escritora en sus memorias, recordando también que su joven belleza, modelada en bronce por el escultor Julio Antonio Rodríguez Hernández, presidía la librería giratoria del salón de aquella casa mágica, bronce verde, «verde oliva como era ella, con los ojos verdes, con el halo verde de su resplandor. Yo era la chica pequeña que nada sabía aún, pero que miraba. Y aquella prima mía era mi primer tropiezo con la belleza. ¡Qué fea

estaba yo con las trenzas rubias, repeladas en las sienes! Creía entonces que jamás podría mirarme en un espejo»^[15] .

Según María Teresa León, la belleza de su prima no venía de doña María Goyri, dotada sin duda para otros menesteres como la erudición y el saber. El origen estaba en la abuela Amalia, doña Amalia, que además de enseñarle las primeras coqueterías femeninas, gustaba de contar historias de amor, largas y románticas historias de lágrimas que la niña comenzó a añorar cuando la anciana fue

enterrada, sin apenas cortejo, en un breve cementerio solitario «como solitaria había sido su vida, cuando apagaron su juventud de un soplo»^[16].

Pero si algo quedó para siempre en la escritora, además de cuanto vio y aprendió en aquel hogar, fue el respeto a los demás, la consideración que una niña como ella recibía de los mayores, el modo y el interés con que la escuchaban y la atendían; tan alejados de la indiferencia, el desdén a veces, que percibía en su casa y en su madre. «Había una

abuela en aquella casa y una madre capaz de contestar a la niña todas sus preguntas»^[17], se lamentaba la pequeña. «Aprendí en ella que los libros pueden tapizar de sabiduría las paredes, que las yedras viven en el interior y van hacia los techos y que ha de contestarse a todas las preguntas para que las niñas puedan seguir creciendo y que todo en el mundo puede comprenderse y admirarse»^[18].

Leídas con cierta emoción estas palabras, no pueden resultar menos estremecedoras las que dedica a su progenitora en otras

páginas de *Memoria de la melancolía* donde aparecen, como una herida, el reproche y el llanto. En este discurso, a la altura de los soliloquios más brillantes de la literatura contemporánea, donde el fluido de la conciencia se deja oír entre las líneas escritas, María Teresa nos regala casi todas las claves de esa infancia que, incluso en el recuerdo, le impedía respirar:

«Si tú supieras, madre, cuándo he comenzado a quererte; no fue ese día que me precipité en tus brazos: tenía miedo; ni siquiera en aquella ocasión cuando me subí a tus rodillas: tenía hambre. Mi vida

era tan pequeñita entre tus brazos. Yo no te conocía. Venimos de demasiado lejos. En ese lugar donde distribuyen las vidas nuevas a los seres humanos, me dieron a ti y tú te sorprendiste de tener que querer a una niña con los ojos cerrados. No fue tu rostro, madre, lo primero que se separó de la niebla que me rodeaba, fueron tus manos. Esa herramienta tan útil más tarde fue lo primero que vi. Aún pasaría mucho tiempo antes de quererte. Tu cara tardó en diferenciarse de las demás. Yo tardé muchos meses en distinguir tus ojos, tu nariz, tus labios... me

gustaba que me besases. ¿Cuáles siguieron siendo nuestras relaciones? Te identifiqué a la vez que la palabra NO. Eras mamá No. No hagas esto, no te manches el vestido, no juegues con el barro... Tardé mucho tiempo en aprender esa lección, pero después me convertí a mi vez en la señorita No. Un día, riendo, me sacudiste un poco. Otro día... no sé cómo decírtelo, me diste a conocer tus manos, me pegaste. Sentí mucha pena y poco arrepentimiento. Otras veces, qué dulce, me sentabas en tus rodillas y murmurabas yo no sé qué palabras mágicas, qué arrullos

maravillosos que concluían con el dolor, la angustia, el miedo de crecer. Y, sin embargo, yo no sabía quererte, porque todo lo de nuestra infancia nos parece que responde a una obligación con nuestra fragilidad. Tardé mucho tiempo en poder seguir tu pensamiento. Era más fácil seguir agarrada a tu vestido, ir sobre tus pasos que entender lo que tú me querías decir. Al crecer, te tuve desconfianza. En un lado, me enteré más tarde, estaba tu mundo de gentes altas, y en el otro, el mío. Yo no podía seguir tus pensamientos porque debía cumplir tus órdenes: aprende

a no hacer eso, lee más claro, no haces caso de nada... Fue entonces cuando me di cuenta que todas las madres de mis amigas decían lo mismo y que esa riqueza de tener una madre se había convertido en un bien común. Me desilusioné. Luego dije para contentarme: mi madre es distinta. ¡Cómo iba a ser la madre de los otros chicos como la mía! Hasta aquí podíamos llegar. Entonces comencé a espiarte para encontrar las diferencias. Me di cuenta que caminabas con paso muy seguro, con altivez y que hablabas con una voz distinta. Nadie hablaba como tú. Cuando por primera vez

oí la voz de las maestras, se me turbó el alma porque con su sonsonete autoritario barrían el sonido de tu voz, madre, y me dejaban pequeña y sola en el inmenso terror de la primera escuela.

»Pero ni entonces yo sabía quererte. Me desorientabas. Si yo creía que me estabas esperando, habías salido; si yo te enseñaba los primeros deberes, pidiéndote ayuda, levantabas los brazos, ahuyentándome con el pretexto de que los habías olvidado. Ya sé, madre, ya sé aquello de que estuve enferma y sé tus pasos de leona

desvelada y la lucha contra la impalpable muerte... pero ni entonces supe lo que era mi amor hacia ti. Mi cuerpo, cargado de medicinas y de fiebre, estaba solitario como un caracol abandonado en la resaca de la playa»^[19].

Ahora se hace mucho más fácil entender la querencia que María Teresa profesó por la familia Menéndez Pidal y por todo cuanto generó en ella aquel acercamiento. Además de los afectos que encontró, fue una influencia esencial para el desarrollo de su

personalidad y de su vocación literaria. El hogar de la calle Ventura Rodríguez, así como las casas en las que la familia de sabios veraneaba, ya fuera en la de la Granja de San Ildefonso o, más tarde, en la de San Rafael, en plena sierra del Guadarrama, María Teresa descubrió un mundo en el que la cultura, la inteligencia y la justicia social se imponían a toda mediocridad y a los severos prejuicios que la acosaban. Difícilmente podría encontrar una persona con tantas inquietudes como aquella niña un ambiente tan propicio para desarrollarlas como

el círculo intelectual en el que se movían sus tíos.

LOS LIBROS PROHIBIDOS

Pero también, para saciar aquellas inquietudes, hubo otros parientes menos cercanos que dejaron en la pequeña otro tipo de recuerdos. Tenía once años cuando viajó con sus padres y la abuela a Barbastro. En aquella ciudad aragonesa vivían las hermanas viejas de doña Rosario. Una de aquellas mujeres, la tía Concha, sobrellevaba su ancianidad junto a un marido apartado del mundo y del ejército

tras una batalla que le permitió retirarse en paz. «El tío aquel, que no recibía más que a las monjas cuando venían a pedirle dinero para alguna caridad y jamás a los frailes, era un desilusionado de todo menos de la lectura. Cree recordar que había sido militar, pero su comportamiento era de civil ilustrado, leía todo el día hasta secársele el cerebro. Era la sombra solitaria del caserón que vagaba sin ruido, buscando sorprender a las criadas»^[20] .

María Teresa confiesa que fue en aquella casona, toda llena de

consolas, estadios y juguetes viejos, donde tuvo el primer contacto con los libros prohibidos. Era divertido escaparse al jardín por una frágil escalera, esconderse en la bodega y penetrar en una gruta acolchada de musgo; pasear por el campo a la caída de la tarde y hasta soñar bajo aquellos montes. Pero el deslumbramiento se lo proporcionó aquel tío loco y viejo cuando puso a su disposición, sin restricción alguna, todos los libros de su biblioteca: «aquella casa fue para la niña la silenciosa casa de la lectura. Todos los libros fueron para ella. No hubo selección para

proteger sus ojos virginales. Vio estampas donde mujeres impúdicas se sentaban descaradamente en enaguas sobre las rodillas de los caballeros y vio desnudos que se llamaban Venus»^[21] . Allí leyó por vez primera a Dumas, a Víctor Hugo y a Galdós. Pero también fue entre aquellas paredes, como un impuesto contra la inocencia, como el sucio precio del saber, donde el culpable de sus lecturas cayó en la debilidad: «Un día tocó a la niña sus pequeños senos minúsculos. Vamos, vamos, aún tienen que crecer. Luego la apretó contra su

ropón oscuro y la besó en los labios. La niña corrió, corrió a lavárselos en la fuente, se los restregó contra la yerbabuena, se quedó mirando los musgos de la gruta...»^[22]

De la familia paterna, poco alcanzó a saber la niña: que su abuela se había casado con un andaluz de Sevilla que perdió inocentemente la vida, vestido de general, en la batalla de Montejurra de 1876, al frente de las tropas gubernamentales; o que tenía un tío en América, hermano de don Ángel León, que se había formado como

arquitecto al lado de Gaudí, de quien fue discípulo. En Buenos Aires había construido magníficas viviendas que María Teresa pudo contemplar durante su exilio: «Casas Modern-Style que yo vi luego, con mujeres sosteniendo los balcones y balaustradas con corolas de lirios»^[23] .

LAS MONJAS DEL SAGRADO CORAZÓN

El colegio del Sagrado Corazón, de Leganitos, en Madrid, fue, hasta los catorce años, el otro espacio de su infancia. La decisión partió de la abuela Rosario. Como ya se ha comentado, la anciana se empeñó en que su nieta fuera educada en aquella institución religiosa a la que acudían, sobre todo, las hijas de las familias acaudaladas, las conocidas como *pensionistas*, que ocupaban

las clases en los pisos superiores. En el sótano, las monjas impartían también algunas asignaturas y enseñaban a coser y bordar a las hijas de los menesterosos, las llamadas *gratuitas*. Fueron los años de la disciplina, de las monjas reticentes que daban la señal de levantarse o sentarse todas al unísono, golpeando dos trocitos de madera, también de las discriminaciones entre niñas ricas y niñas pobres. Su recuerdo aflora en las páginas de *Memoria de la melancolía* y en los libros *Cuentos de la España actual* y *Las peregrinaciones de Teresa*, ambos

de alto contenido biográfico. En uno de ellos, el relato titulado «Infancia quemada», donde se condena la destrucción de monumentos y piezas artísticas que grupos incontrolados llevaron a cabo antes y durante la contienda civil, María Teresa hace un perfecto retrato de aquella escuela que imaginaba devorada por las llamas. La protagonista, trasunto de la escritora, contempla la destrucción de aquel espacio de su infancia y reflexiona sobre la división social que se aplicaba entre aquellas paredes:

«¡Su colegio! Se iba en humo, se abrasaban sus trenzas, sus ojos,

sus dedos manchados de tinta, sus oraciones, su voz. La quemaban viva, los grandes magnolios del jardín, que no dejaban estudiar las primaveras, sentían ya en el tronco llamearle una vida distinta a la suya, prieta de flores blancas. Las yedras del jardín de las monjas se retorcían, huyendo los ratones, llevando la manera de reírse de las niñas de casa rica en sus oídos diminutos, las niñas que salían al recreo de 12 a 12 y media y se cubrían con unas pelerinas azules y guantes [...]. Los mapas debían doblarse por las puntas, arder sus islas y desaparecer sus penínsulas

y sus cabos. Las bahías serenas y los estrechos violentos se volverían poco a poco ese trozo negro que queda desprendido, rasgando una pared ahumada».

Aquel colegio del Sagrado Corazón de Leganitos no sufrió ningún incendio, y allí fue creciendo la niña. Los guantes se iban quedando cortos en los dedos y las monjas no estaban dispuestas a consentir la menor liviandad. «Esa falda no le tapa ni dos dedos por debajo de la rodilla. Debe llegar hasta el filo de la bata. ¿Entiende? Sí, madre»^[24] . Sus

amigas del colegio, a veces, la invitaban a su casa. Muchas de ella vivían en verdaderos palacios. En uno de ellos, situado a las afueras de Madrid, le presentaron un día a una dama viejecita a la que tuvo que besar la mano. Era la mismísima emperatriz Eugenia de Montijo, regente de Francia en los tiempos en que estuvo desposada con Napoleón III. Ahora apuraba su ancianidad en Madrid, y en casa de una de sus compañeras de escuela. Otras amigas, María y Araceli, la llevaron en otra ocasión en un gran coche, un *mail-coach*, le dijeron. Pero ella empezó a sentir en la

sangre el latido de la rebelión, a desarrollar, junto a las trenzas, un principio de crítica. Y llegó el día en que le tocaba invitar a las amigas del colegio, pero, «¿cómo hacerlo si no tenía un palacio? ¿Cómo invitarlas al comedor de un departamento a tomar un chocolate, aunque fuese traído de Biarritz? No las invitó nunca»^[25] .

A los trece años, María Teresa ya no era la niña perdida en el inmenso terror de la primera escuela, y comenzaron las pequeñas rebeldías. Había recibido una educación clásica, rígida y

refinada, qué duda cabe. También podía presumir de conocer con soltura la lengua francesa, que tanto le serviría, años después, en su labor de traductora. *Mademoiselle Marie Thérèse, vous etes trop impulsive, voyons!* Hasta que alguien contó que la hija del coronel leía libros prohibidos. Entonces fue llevada a empellones hasta la superiora: «¡Pero, no! ¡Pero, sí! ¿Y Víctor Hugo? También lo he leído. Claro, como tu madre te vigila tan poco... Y ese tío tuyo. Yo les grité: ¡Y tía! Mi tía fue la primera mujer de España que estudió en una universidad. Peor

para ti, por ahí entra el diablo. No digas estupideces, monja. [...] ¡Madre, madre, venga! Esta chica... Impusieron silencio. Se acercó la maestra. “¿Por qué llora usted María Teresa?” Yo me levanté como una dolorosa: “Porque leo a Alejandro Dumas.” ¿A quién? “A Alejandro Dumas.” “Bueno, siéntese.” Le preguntaron al confesor si era pecado»^[26] .

La niña se veía llena de razones para escapar, en cuanto le era posible, del colegio; o para manifestar su inconformismo de algún modo. Gonzalo Menéndez

Pidal, primo carnal de María Teresa, dijo en una conversación en su casa de San Rafael que «en realidad, María Teresa se escapó del Sagrado Corazón más de una vez, y por eso la echaron, más que por leer a Dumas y Hugo, a quienes, por otra parte, sí que es muy posible que leyera».

LA INSTITUCIÓN LIBRE DE ENSEÑANZA

Las monjitas del Sagrado Corazón de Jesús y los cercos familiares la intentaban llevar por caminos ya recorridos, aunque fueran los más seguros para las monjas y para su abuela, y ella se resistía a aceptar tanta hipocresía, tantas conductas postizas, tanta mansedumbre y tanto boato de colegio bien y de familia ejemplar. Por eso trataba de seguir y hasta de emular los pasos de su

prima Jimena. «Ella no iba a misa y yo sí. En la Institución Libre de Enseñanza, donde se educaba, nadie le enseñaba el catecismo. No bajaban la voz para hablar del arte aunque estuviesen llenos de desnudos los museos»^[27]. María Teresa León se refugiaba una y otra vez, para mantener su integridad, en la casa feliz y benefactora de sus tíos. En aquel ambiente conoció a figuras deslumbrantes del pensamiento, la literatura, la pedagogía y la filología, desde Francisco Giner de los Ríos a Bartolomé Cossío, Américo Castro

o Henri Mérimée. A todos ellos se les escuchaba con veneración.

Allí conoció al fundador de la Institución Libre de Enseñanza poco antes de que falleciera. Fue en febrero de 1915 cuando don Francisco murió. María Teresa tenía doce años, pero no le faltó gracia y memoria para subir la cuesta de San Rafael recitando el poema que don Antonio Machado le escribió para decir la pena común. Aquel verano, en la casa que los Menéndez Pidal tenían en la sierra del Guadarrama, Jimena y ella aprendieron a jugar al tenis con el profesor Américo Castro.

«En mi recuerdo lo veo guapo, fuerte, gorjeando un poco de alegría cuando hablaba»^[28] .

Otro día tuvo la fortuna de abrirle la puerta de la calle Ventura Rodríguez a Henri Mérimée y su familia, o de conversar con don Bartolomé Cossío, quien pocos años después crearía las Misiones Pedagógicas de la República.

«Éramos parientes y entre las familias había una amistad entrañable –recordaba Jimena Menéndez Pidal en 1987–, pasó algunos veranos con nosotros. Además, su madre tenía interés en

que estudiáramos juntas y lo hicimos. Yo iba a la Institución Libre de Enseñanza, pero el Bachillerato lo estudiaba en casa y a esas clases iba María Teresa. Fuimos juntas también a los sótanos de la Biblioteca Nacional, donde aprendimos dibujo del natural en unas clases que estaban ligadas a la Institución. Me contaba cuentos que se inventaba y que luego poníamos en acción»^[29] .

Aquellas clases de dibujo las impartía don José Masriera, pintor catalán, junto con su mujer. Recuerda María Teresa que

entraban por la puerta de la Junta de Ampliación de Estudios Históricas y que allí que se deleitaba observando y disfrutando de los patios cuadrados que aparecían cubiertos de hierbas muy altas por las que se perdían. «Era fantástico mirar la luz de acuario reflejada en el cielo y soñar. A veces pasaba una paloma. Es la primera vez que me he tumbado junto a un muchacho. Agarró una espiga loca, me acarició el brazo y... me besó la mano. El cielo azul era un cuadrado perfecto y ninguno de los dos necesitábamos

más»[30] .

Era tanto el deseo de María Teresa de formar parte de aquella familia de sabios que trató de una y mil maneras que sus padres la sacaran del colegio de monjas, tan ceñido a preceptos, y la llevaran, como a Jimena, a una escuela laica y libre. No fue posible, pero sí logró que aquel centro de la Institución Libre de Enseñanza, que era un modelo de pedagogía moderna, la eligiera para que representara el papel de ángel en un auto de Navidad de Juan del Enzina. La pequeña se aprendió los

versos y llegó radiante y feliz para lucirse en la actuación. Una cortina la ocultaba al fondo del escenario, apenas a unos metros de los pastores que cantaban ante el público. Ella esperaba la señal, encaramada a una silla, para proclamar la buena nueva con su alta voz de niña:

Pastores, no hayáis temor,
que os anuncio un gran
placer.

Sabed que quiso nacer
esta noche el Salvador,
Redentor en la ciudad

de David.

Todos, todos le servid,
que es Cristo Nuestro
Señor.^[31]

Pero en cuanto corrieron la cortina y la pequeña quedó al descubierto, un dolor creciente comenzó a paralizarla: «...mi cuerpo sintió, no que se transformaba en un espíritu puro de alas grandes, sino que todo, todo el cuerpo me pesaba horriblemente, me dolían los hombros, el esqueleto, las piernas... ¡Qué dolor espantoso, jamás sentido, me

apretaba las articulaciones! No pude levantar los brazos. Se acabó la llama lírica, era solamente un pobre dolor infantil y humano pegado a las sienes. Terminó todo en un sollozo. Corrieron la cortina. Me encontraba cubierta de lágrimas, sin poderme valer de mis piernas ni de mis brazos»^[32] .

Lo peor de aquel suceso no fue el trance que sufrió la niña, sino los comentarios posteriores de las monjitas de su escuela, que, enteradas de lo ocurrido, lo atribuían a un castigo divino por acudir a un colegio laico, sin

bendecir, y por intervenir en actos blasfemos que ofendían a Dios.

EL TESORO DE GASTÓN

La cuestión es que los acontecimientos adversos se fueron acumulando. Los problemas escolares de María Teresa crecían. La precocidad de sus lecturas seguía escandalizando a las maestras y religiosas del Sagrado Corazón, a lo que cabía sumar nuevos actos de indisciplina. Todo ello acabó provocando su expulsión del colegio, y también la firme decisión de doña Oliva de

abandonar la capital. La madre de la escritora se había cansado de soportar también los escarceos amorosos de su marido, difíciles de controlar en la gran ciudad, y consideró que era el momento oportuno de dejar la vida dañina de Madrid y regresar a Burgos, donde le aguardaba su familia y su ambiente. De este modo, exigió al coronel que pidiera el traslado al regimiento burgalés de Lanceros de Borbón y allí se marcharon poco después de que María Teresa León cumpliera los catorce años.

De aquel tiempo, de aquellos años que pintaron su infancia de

colores tristes y de mucha soledad, como ella misma afirmaba, quedarían estampas, sin embargo, de exquisito júbilo. Como el día en que aprendió a cabalgar con los oficiales más jóvenes del regimiento de Princesa —«aquellos muchachos de uniforme impecable que tanto miedo tenían del coronel»—, bajo la mirada vigilante de don Ángel León. *La Reja* se llamaba la yegua, una potranca para la que hubo que fabricar una montura con el fin de que la niña no se sentara a horcajadas, como los chicos. Doña Oliva hizo poner una chapita de plata con su nombre

escrito en la silla. Luego le prometieron que, si era buena amazona, cuando fuera mayor, participaría en competiciones de hípica.

La otra experiencia inolvidable y premonitoria la tuvo el día en que tomó la primera comunión y, al acabar la ceremonia, la llevaron a visitar a doña Emilia Pardo Bazán, a quien luego vería en numerosas ocasiones. La autora de *Los pazos de Ulloa* le hizo un regalo muy acertado con una dedicatoria que la pequeña no olvidó. «*A la niña María Teresa León, deseándole*

que siga el camino de las letras. Condesa de Pardo Bazán. La niña leyó el título: *El tesoro de Gastón*. Gracias. Dicen que era fea. La niña la encontró siempre redonda y riendo, como un gran perro sentado, bueno y amable. Le gustaba desafiar a los hombres, pero no los venció. Jamás pudo entrar en la Academia de la Lengua Española»^[33]. Lo que entonces no podía sospechar la novelista gallega, que sí adivinó el futuro de la pequeña, era la influencia que su escritura iba a ejercer sobre nuestra escritora, convirtiéndose en

modelo, como apunta Benjamín Prado, «tanto para su rebeldía personal como para su estilo literario, porque sin duda hay en la escritura de León algo del lenguaje rico en adjetivos y un poco sobrecargado con que la condesa escribió *Los pazos de Ulloa* o su continuación, *La madre naturaleza*; y hay también un continuo deseo de afrontar los acontecimientos históricos inmediatos y de llevar a la ficción la vida de las clases trabajadoras, como hizo la narradora gallega con la Revolución de 1868 en *La tribuna* y como haría María Teresa, con la

guerra civil de 1936, en *Contra viento y marea* o *Juego limpio*»^[34].

A quien también iba a echar de menos la pequeña era a don Benito Pérez Galdós. Había descubierto al gran novelista con apenas once años, en las lecturas secretas de la casona de Barbastro, al lado del tío viejo, solitario y loco, leyendo *Trafalgar*. Tras el deslumbramiento que le produjo aquella novela, escuchó de alguien que el escritor acostumbraba a tomar el sol en el Parque del Oeste madrileño. Y allá que fue María

Teresa, de la mano de su madre, un día propicio para el encuentro: «Nos acercamos a saludarle siempre. Sí, estaba medio ciego. Nos acariciaba la cara. ¿Y esta niña? ¿Quién es? Es la hija del teniente coronel, ya te lo hemos dicho, le explicaba el sobrino que se llamaba Hurtado de Mendoza. ¡Ah, sí, sí!, decía don Benito, volviendo a su silencio. El sobrino miraba a las chiquillas. Las chiquillas se dispersaban jugando y él tenía que quedarse junto a su tío ilustre, ya tallado como si fuera de piedra»^[35] .

No se agotó ahí la devoción galdosiana de María Teresa. En 1943, con motivo del centenario del escritor canario, publicará en Argentina el artículo «Una mujer que no está en las novelas de Galdós»^[36], donde nuestra escritora recrea el tortuoso y clandestino amor de don Benito por su sobrina Sisita; y en 1945 realizará el prólogo de dos *Episodios nacionales* de Galdós –*La batalla de los Arapiles* y *Zaragoza*–, ambos publicados por la editorial Pleamar de Buenos Aires.

La niña iba a echar de menos muchos momentos de aquella niñez madrileña, pero especial y dolorosamente su despedida del entorno familiar de los Menéndez Pidal, sobre todo, de la compañía ya casi necesaria de su prima Jimena, a quien siempre tuvo como modelo y como referente; incluso años después, cuando se reencontraron en Madrid y cuando, desde el exilio argentino, nuestra escritora recibía noticias de su vida, de su hijo Diego y de Miguel Catalán, el físico aragonés con el que Jimena se casó y a quien tuvo el placer de recibir María Teresa

en Buenos Aires... [37]

Gonzalo Menéndez Pidal recordaba también aquella infancia de María Teresa en su hogar, aquellas veladas que «más bien eran clases de refuerzo, en las que había mucha conversación y poco estudio. Eso sí, María Teresa se interesaba mucho por las investigaciones de mis padres sobre el Romancero, o cuando ponían alguna grabación con poemas o canciones tradicionales que habían descubierto y recogido en sus viajes. Creo que era feliz cuando estaba con nosotros, y toda

la familia la apreciábamos»[38] .

Sabemos que María Teresa fue, en efecto, enormemente feliz en aquella casa. Allí descubrió el inagotable tesoro de la cultura, los anchos caminos de la inteligencia, las vibraciones de la belleza, el sentido de la justicia y el valor de la libertad. No es, pues, de extrañar que, al dejar Madrid e instalarse con los suyos en Burgos, en aquella sociedad provinciana y cerrada, se fuera rebelando contra la frivolidad y contra lo que aquel ambiente significaba de retroceso para ella. María Teresa había elegido ya y

sus preferencias estaban muy claras: «todo lo que representaban Menéndez Pidal y su esposa, aquellos días pasados entre libros, recitando las canciones del Romancero tradicional, hablando durante horas de unos versos de Berceo o de Góngora, de Boscán o del Arcipreste de Hita»^[39] .

II. BURGOS.
ADOLESCENCIA Y
MATERNIDAD (1917-
1928)

UN PASEO POR EL CAMPO
DE MAYO

En Burgos, ciudad de treinta y cinco mil habitantes, con catedral y cartuja, iba a transcurrir la nueva

vida de María Teresa, entre cuarteles, uniformes y toques de corneta; vida provinciana en la que encontraría vestigios de un pasado familiar ilustre, aristocrático: la historia de sus antepasados inmediatos, burgueses iluminados venidos a menos. En una de aquellas plazas, su bisabuela llegó a tener un palacio. Lo llamaban de la Flora.

Tocaba acostumbrarse al ambiente artificial y frívolo de aquella sociedad y ver pasar el tiempo desde el acuartelamiento de Lanceros de Borbón sintiendo que las miradas de los soldados y oficiales, de los hombres en

general, se recreaban en ella de un modo ya distinto, clavándose en su cuerpo, en su rostro, en su belleza adolescente. Tocaba conocer a fondo la vida de la aristocracia local, con la que se codeaba su padre, en su condición de alto representante del ejército. Tocaba también alternar su tiempo en sociedades como El Salón de Recreo, los oficios religiosos en la Catedral, los largos paseos por el Campo de Mayo, La Isla o La Quinta.

La presentación en sociedad de María Teresa, al lado del coronel y de doña Oliva, parecía,

pues, inevitable en una ciudad como aquélla. La escritora cuenta, con un leve y pretérito rubor que, poco después de instalarse en el nuevo hogar, la pasearon por el centro de Burgos, y que ella bajaba los ojos cuando la miraban demasiado:

«Ya se acostumbrarán, dice el padre. No, porque irá mejorando y cada año nos dará un susto, replica la madre. Así se puede pasear una niña, comentan otros. La niña va hasta el puente Malatos con sus tíos. Pareciera que la sacaban en procesión. El tío exalta su barba blanca como diciendo: ¡Qué

familia! Y luego aparece la rabia de la tía: Veremos en qué acaba. Pero más allá encuentran la ternura de los soldados que saludan al coronel, deteniéndose, firmes, como si pasara la custodia. [...] La niña sigue su paseo flanqueada por los bigotes y las barbas, por los sombreros a la moda que su madre trajo de la capital, tan cubierta de miradas que si fueran hormigas hubiesen devorado a la niña. [...] También los canónigos miran a los recién llegados. La madre conserva viejas amigas que se extasían al mirarla y luego deletrean los vestidos, los modales, la forma

esbelta de llevar junto a su hombro una niña casi casi tan alta como ella. ¿No tiene tus ojos azules? No. La niña se siente humillada. Eso echan de menos las amigas de su madre, el azul. Pero, ¿no han visto que los tiene verdes? La abuela se lo dijo siempre: Azules los tiene cualquiera, pero ¡verdes! El paseo de provincia no se acaba nunca. Cuántas inclinaciones de cabeza, cuántos sombrerazos, y esa forma de tocarse con el codo los hombres...»^[1]

Los primeros años en Burgos coincidieron con el despertar al

amor y a la sexualidad. Hasta entonces, sus hallazgos se habían limitado a experiencias de azúcar con algún niño de esa infancia primera: de aquel que le besó la mano en uno de los patios de la Biblioteca Nacional, o al que ella besó despacio, Salvador, que vivía en una casita de adobe, junto al río, en Barbastro. El muchacho apareció más que oportunamente cuando ella huía del ósculo de sapo de su tío-abuelo. «Le traía un jilguero. La niña no miró el pájaro sino la boca entreabierta de dientes impecables y se abrazó a su cuello y le besó en los labios. ¡Ay, el niño

tonto no sabía que lo que le regalaban tan largamente era el beso de un viejo!»^[2]

En Burgos, las relaciones comenzaban a ser distintas. Hasta los inocentes paseos por la ciudad, bajo la mirada vigilante de su madre o de don Ángel León, tenían una inquietud diferente: «... pasearon los dos niños juntos en medio de la multitud que caminaba, hombro con hombro, entre dos muros de curiosos, unos sentados y otros de pie. Sí, cuando comienza el paseo no se puede dar un paso. No se da un paso, se dan muchos,

cortitos, chiquitos y hasta se podía, entretejiéndose entre los que caminaban, quedarse sola con el muchacho. De buena familia, claro es. Los de mala familia paseaban por el centro del paseo y parecían una manifestación. [...] Encontró la niña que era una nueva manera de andar por el mundo esta de sentirse acompañada y sola mientras la banda del regimiento de infantería atacaba un pasodoble. La niña giró la cabeza para ver si la sorprendía su madre. Luego miró al muchacho y pensó que le acababan de dar la alternativa»^[3] .

DULCE OBJETO DE DESEO

Sorprende y cautiva el lenguaje de María Teresa León a la hora de transmitir los recuerdos. Sabemos, de hecho, que su obra literaria se apoya básicamente en la memoria, en la lucha contra el olvido, en el discurso de una mujer que actúa con desafiante compromiso contra la represión, contra el reproche, contra las fuerzas que condenan y castigan la libertad individual, en especial la de la mujer. De esto último, del

deseo femenino y de la sexualidad reprimida, hallamos confesiones muy claras en *Memoria de la melancolía*: «Los chicos eran siempre iguales, torpes, engreídos de serlo, audaces, candidatos inexpertos al premio mayor. Bah, nada. Manos largas. Ya no los recuerda. Los rostros han huido. Eran los chicos, el beso, la punta del pezón apretada, la mano por la pierna... ya no recuerda nada: apenas algún temblor, el viento que miraba desde lo alto de los árboles, los ojos de las cosas reprochándole al regresar a casa...»^[4] María

Teresa rememora con voluntad de no olvidar, negándose en todo momento a admitir una ideología sexual burguesa que reprobaba el deseo femenino, una ideología omnipresente y opresiva que hasta parecía simbólicamente espiar, con mirada patriarcal, desde el «viento que miraba» y desde «los ojos de las cosas»^[5].

En otros momentos, la niña que María Teresa recuerda también es víctima de encuentros y situaciones que parece no entender, y en los que sexualmente está a merced de alguien cercano que la

reduce a objeto de deseo. Sucede en las fiestas castrenses, pese a la vigilancia de sus progenitores: «La muchacha no sabe si rechazar o no esa mano que se puso audazmente en la cintura. Debe ser un regalo de las fiestas o el precio que hay que pagar al santo o al Cristo o a los sacerdotes o a la banda del regimiento de infantería»^[6] , «¿Cuándo fue que la mano del bailarín se escondió en su escote? Era un oficial de la escolta del rey, ¿no?»^[7] Pero también lo descubrimos en episodios casi inconfesables como el ya citado de

Barbastro, junto a los libros prohibidos y el aliento de un viejo loco y solitario. Aquí nos encontramos, además, con descripciones escabrosas entremezcladas con otras generadoras de placer y libertad como son la lectura y la escritura. Fue en ese caserón, con la presencia también cercana de sus padres, donde María Teresa tuvo acceso a libros proscritos y al deleite pleno de la lectura, pero ello a cambio de su inocencia. Se presenta aquí la gran paradoja de una sociedad sexualmente represiva que, obsesionada por

controlar precisamente eso, la sexualidad femenina, permite el abuso incestuoso.

Frente a estas afirmaciones, la rebeldía de nuestra autora se manifestó en una escritura dirigida a romper y subvertir el orden sexual establecido, a no sucumbir ante él con el silencio. De este modo, en sus memorias también hallamos páginas donde la niña, incumpliendo felizmente las elementales leyes del decoro, experimentando un deseo sentido sin vergüenza, pasa de objeto deseado y pasivo a sujeto deseante. Y la primera acción fue

contemplarse ante el espejo, libre, para admirar y admitir su desnudez: «Creía entonces que jamás podría mirarme en un espejo. Tardé mucho, mucho en hacerlo como se debe, pensando el pro y el contra. Lo hice mucho más tarde, inesperadamente y estaba desnuda. De pronto pensé que no era yo. ¿Yo? Y me fui acercando despacio, despacio a la imagen sorprendentemente blanca y rubia hasta tropezar con el cristal frío y aplastarme contra él para borrarame, para quitarme aquel ansia de llorar de gozo»^[8] . También invirtió el

orden de esa naturaleza confabulada hasta entonces con las fuerzas vigilantes, con esa mirada inquisidora, para ofrecer una imagen limpia donde el agua y el arroyo se alían con los jóvenes en su primer beso y en su primer acercamiento sexual:

«Y entonces comenzó el juego ininterrumpido, el juego bien jugado junto a la fuente, los pinos, las mentas húmedas, las retamas. El lenguaje ceceante levemente iba bien junto a la fuente, los pinos, las mentas... aquellos cabellos largos buenos para peinarlos, mirándose en el arroyo, viendo pasar su vida

pobre, maltratada, verla cómo, al besarse, desaparecía.

»Sí, cree que la besaron en los hombros o puede que fuera en los labios o en los ojos... Hundieron juntos las manos en el agua helada de la sierra y él se las secó en el pelo de la muchacha, tendido sobre el césped»^[9] .

Alegra descubrir en esas líneas cómo el deseo masculino también es deseo propio, deseo compartido. En cualquier caso, como veremos más adelante, cuando María Teresa encuentre de verdad el amor junto a Rafael

Alberti, esa visión del patriarcado, de la sexualidad masculina y, en general, del hombre en su rol inquisitivo y represor, se transformará sustancialmente.

LOS SIETE INFANTES DE LARA

Pero ahora estamos en Burgos, en 1919; y no cabe duda de que María Teresa había impactado con su extraordinaria belleza en aquel ambiente provinciano; una belleza y una elegancia que fueron elogiadas en privado y en público, incluso aclamadas en la prensa local, como sucedió en las páginas del diario burgalés *El Papa Moscas*, donde el periodista Eduardo Ontañón dedicó

a la joven un halago poético muy
meritorio:

Vuestros ojos son, señora,
bajo la blonda melena,
una promesa de aurora
entre la noche de pena.
Con los aires de princesa
de la corte del rey Luis
evocáis la belleza esa
que tiene el viejo París.

[10]

María Teresa León estaba
próxima a cumplir dieciséis años
cuando vio truncada su

adolescencia. Desoyendo probablemente los consejos de su familia –en particular, los de su madre, de cuya hegemonía deseaba alejarse en aquel tiempo–, inició el noviazgo con un muchacho criado, como ella, en un ambiente de clase social media-alta. Hijo del profesor Rodrigo de Sebastián, Gonzalo de Sebastián Alfaro era un joven de 26 años que desde el 1 de febrero de 1919 pertenecía al Regimiento Lanceros de Borbón. Es posible que fuera allí, en el acuartelamiento del coronel Ángel León, donde la escritora conociese a aquel militar acogido a los

beneficios del artículo 268 del capítulo XX de la Ley que regulaba el servicio de los soldados de cuota. La otra opción apunta a que María Teresa coincidiera con Gonzalo fuera de los círculos castrenses. Aquel año de 1919 se habían creado en la ciudad los cursos de verano para extranjeros. La responsabilidad de tal iniciativa correspondía al hispanista francés Henri Mérimée, a quien María Teresa había tratado en la casa madrileña de los Menéndez Pidal, y al catedrático de francés del Instituto de Burgos, don Rodrigo de

Sebastián Ribes.^[11] No resulta extraño imaginar que María Teresa se acercara a ellos, interesada por unos cursos en los que participaría activamente años después, y conociese así al hijo del profesor Rodrigo. La tercera hipótesis nos conduce al Teatro Principal de la capital, referente cultural por excelencia. En él se celebraban temporadas de festivales benéficos, cine, conferencias, conciertos de música militar y, sobre todo, obras teatrales, que era la actividad más frecuente. También lo eran dentro de los actos culturales de los

festejos veraniegos, en cuyas representaciones participaban aficionados burgaleses. Y es en este teatro y en el curso de estos actos donde descubrimos, según se aprecia en el programa de mano, el nombre de María Teresa León como actriz de reparto en la pieza histórica *La muerte de los siete infantes de Lara*, puesta en escena el 24 de agosto de 1919. Lo curioso es que junto a ella, que encarnaba el papel de Salem, aparecía Gonzalo de Sebastián haciendo lo propio con el personaje del noble Gonzalo Gustios.

Queda claro que ambos se conocieron antes o durante el verano de 1919, se enamoraron y hasta protagonizaron una fuga que puso en vilo a las familias de los jóvenes y escandalizó a media ciudad. Lo que sucedió meses después, ya entrados en 1920, fue el embarazo no previsto de la muchacha y el precipitado traslado de los León-Goyri a Barcelona. Había que proteger el honor familiar y evitar a toda costa que la preñez de una adolescente estuviera en boca de todos. En ese aspecto, la reacción del coronel Ángel León fue rápida y supo

aprovechar, por un lado, su amistad con el jefe del regimiento catalán Dragones de Santiago y, por otro, las buenas relaciones con su protector, el general Primo de Rivera, que por esas fechas tenía a sus hijos en ese destacamento de la Ciudad Condal. María Teresa siempre recordó que allí conocería a José Antonio, fundador a la vuelta de unos años de la Falange, a quien observaba desde las ventanas de aquel cuartel realizando ejercicios marciales, cumpliendo la disciplina militar a las órdenes de su padre. La autora de *Contra viento y marea* siempre

pensó que su fusilamiento en Alicante en 1936 había sido un error. Defendió incluso la versión que atribuía a Franco la decisión de dejarlo morir cuando tuvo en sus manos la posibilidad de canjear su vida por la de otros prisioneros republicanos. De este modo, el general sublevado se libraba de un rival demasiado carismático a la hora de gobernar el país.

HUIDA A CATALUÑA

El tiempo que pasó en Cataluña fue, al principio, dichoso para la muchacha. Según sus propias palabras, se acercó más que nunca a su padre, con quien iba a merendar a las Ramblas, a caminar por el paseo de Gracia, a las carreras de caballos y, cómo no, a la ópera. «Éramos tan felices cuando nos íbamos juntos a conquistar el mundo. Decían que nos parecíamos. Mi madre entornaba sus ojos azules,

mirándonos: pienso como te dijo el rey: ¡qué ejército tendría si todos los coroneles fueran como tu hija!»^[12]

Una frase parecida recordaba haber escuchado, de boca de la propia María Teresa, el actor Salvador Arias. En sus conversaciones con la que fuera su compañera de aventura en Las Guerrillas del Teatro, había podido comprobar que la escritora riojana, «como hija de militar, aún recordaba el día en que Alfonso XIII fue a Burgos y le dijo a su padre que si todos sus soldados

fueran como ella, menudo ejército tendría»^[13].

Todos se referían a un baile celebrado, poco tiempo atrás, en uno de los salones burgaleses de más renombre. El escritor Óscar Esquivias ha descrito, dentro del ambiente provinciano de esos años, «el llamado Salón de Recreo, una sociedad privada de ocio fundada en 1858 donde se reunía lo más exquisito de Burgos. Aquí se jugaba, se apostaba, se organizaban banquetes de lujo, también se leía – se recibía toda la prensa y la biblioteca era espectacular–, se

organizaban exposiciones y conferencias. Y bailes, unos famosos bailes»^[14]. María Teresa hablaba en sus memorias de esos bailes y de «aquella alegría casi pagana con que los burgaleses aguardan la noche para volver a los ritos mágicos del amor y del baile y de la sombra», «Pasaba el tiempo. Paseó entre uniformes y fracs provincianos en algunas fiestas dadas en ese salón tan rojo y tan dorado que desvanecía todos los rosas y azules de los vestidos de las muchachas»^[15]. La escritora acudió con su familia a

uno de esos fastuosos salones y, en un momento de la velada, el rey, que se encontraba de visita, la sacó a bailar. María del Carmen de Prado, amiga de García Lorca y compañera del poeta en la aventura de La Barraca, ha recordado que, pese a la firme condición republicana de María Teresa, ésta siempre conservó los zapatos que llevaba puestos durante aquel baile con el rey.

Mientras, en Barcelona, una ciudad recorrida por los guardias con mosquetes al hombro debido a las revueltas obreras y a la violencia anarcosindicalista,

también era posible y gozoso asistir al Teatro Liceo. «Jamás vi joyas más fabulosas –comentaba la joven–. No era tan importante la ópera que se cantaba como la riqueza que se exhibía»^[16]. En el otro extremo se iban amontonando acontecimientos menos solemnes, como el día en que uno de los oficiales de la guarnición barcelonesa subió a casa de doña Oliva para preguntarle cómo se hacía el engrudo para pegar carteles, pues tenían que ir por la ciudad colocando el bando.

Tras la «huida» a Cataluña y

los meses de embarazo, el 1 de noviembre de 1920, María Teresa León contraía matrimonio con Gonzalo de Sebastián Alfaro en la iglesia parroquial de la Purísima Concepción de la ciudad y diócesis de Barcelona. Dadas las circunstancias, ningún miembro familiar acudió al acto, y la ceremonia se redujo a la intervención del capellán párroco del regimiento Dragones de Santiago, 9.º de Caballería, don José Valenzuela, y a la presencia de dos testigos, el Padre Alfonso Charausset y don Alfonso Vailloun, vecinos de Barcelona sin ninguna

vinculación con los contrayentes. María Teresa había cumplido los diecisiete años el día anterior a su boda; y justo once días después, el 11 de noviembre, nacía su primer hijo, Gonzalo María. En el acta de bautismo, el oficiante don José Valenzuela, Notario-Secretario de la tenencia Vicaría General castrense de la región, dejaba escrito que el niño había nacido a «las veintitrés y cincuenta y cinco minutos, en la calle de Gerona, número 27, piso segundo, puerta primera». Fueron puestos al bebé los nombres de Gonzalo, María, Andrés, Carlos y Ángel; figurando

como padrino el coronel León, que fue representado en la ceremonia bautismal por Ángel León Goyri, hermano de la escritora.

María Teresa no tuvo tiempo de asimilar y de entender aquella nueva etapa de su vida. «Nació el hijo primero cuando ella era tan joven que enternecía. Seguramente Eva sintió esa misma sorpresa en sus entrañas. El médico se quedó a la cabecera, acariciándole la cabeza. Niño, niño, le balbuceaba mientras ella perdía el conocimiento. Le costó mucho acostumbrarse a que un niño y no una muñeca la esperase en la

casa»[17] .

EL NOI DEL SUCRE

Pese a ello, la autora de *Juego limpio* no se apartó en ese tiempo de sus padres. Los balcones de la casa donde residía el nuevo matrimonio daban a la catedral de la Sagrada Familia. «La muchacha está feliz de colgarse del brazo de su padre para salir de paseo ¡Qué jovencita es y ya casada!». El coronel Ángel León también se sentía a gusto con su hija, y estaba orgulloso de su talento y de su

belleza deslumbrante. Sin embargo, se avecinaban tiempos revueltos y el golpe militar de Miguel Primo de Rivera estaba a la vuelta de la esquina. El 14 de marzo de 1922, el general jerezano había ascendido a capitán general de Cataluña, una decisión respaldada por la burguesía catalana debido a la fama de firme defensor del «orden» que le precedía. Desde este puesto, con la ayuda de Ángel León y otros altos oficiales, tuvo que enfrentarse a la conflictividad social de la época en Barcelona, principalmente el terrorismo anarquista, el pistolero patronal y el auge del

catalanismo. El golpe de Estado se produjo en septiembre de 1923 y estuvo encabezado por el nuevo capitán general. Se instauró entonces la Dictadura de Primo de Rivera gracias, sobre todo, al beneplácito del rey Alfonso XIII, que no se opuso al golpe y nombró al general sublevado Jefe del Gobierno al frente de un Directorio militar, popularmente conocido como «la dictablanda». En todo ese proceso, el coronel León, siempre fiel a su jefe, secundó el golpe de Estado y acuarteló a su regimiento, para ponerlo al servicio del general sedicioso.

En esa Barcelona, cuya burguesía apoyó de nuevo, ciegamente, la sublevación de Primo de Rivera, María Teresa León pudo tomar conciencia de las luchas políticas y sindicales, y hasta contemplar de cerca a un líder anarcosindicalista como Salvador Seguí^[18] —el *Noi del Sucre*—, que fue abatido en 1923 de un tiro en la cabeza en el barrio barcelonés del Raval por pistoleros de la patronal catalana. La escritora recordaba el día en que su padre le dijo: «“Ese es el Noi del Sucre.” [...] Personaje de

la España descontenta, hombre fuerte del anarquismo catalán. Creo que fue el primer personaje político que conocí, vamos, que vi: algo esbelto, la boca irónica, despreciativa. A mí me pareció así, tal vez fuera distinto. Las bombas estallando eran la noticia diaria. El gobernador Martínez Anido se mordía las uñas, el bastón de mando... ¿Qué haré para que se vayan estos de aquí? Ni siquiera son catalanes, son murcianos. ¿Por qué murcianos? Porque la gente más pobre del sudeste de España se viene a Barcelona. Son inmigrantes. Palabras todas por

primera vez escuchadas»^[19] .

Reconocía nuestra escritora que en aquellos años le atraían los anarquistas. Y hasta pudo conversar confiadamente con uno de ellos sin salir de casa, puesto que era el marido de la cocinera que servía a su familia. La mujer hablaba orgullosa, aunque con prudencia y en secreto, de las actividades de su esposo, bien conocido por sus ideales de igualdad y su defensa de los más pobres. A María Teresa le contó dulcemente: «¡Es tan bueno! Figúrese que cuando se apoderaron

del dinero del banco se vinieron andando desde Sabadell a Barcelona, porque no tenían para comprar el billete del tren. ¿Y el del Banco? No, ése era el dinero de la organización. [...] Mis poquísimos años estaban conmovidos. Él fue quien me habló del Noi del Sucre. Luego, mi padre me lo señaló»^[20] .

ISABEL INGHIRAMI. EL NACIMIENTO DE UNA ESCRITORA

El año 1924 marcaría importantes cambios en la vida de María Teresa. Y el primero, y quizá más significativo, fue su estreno como escritora en las páginas del *Diario de Burgos*. Se trataba de un cuento titulado *De la vida cruel* y salía el 11 de diciembre de 1924. A éste le seguirían treinta y nueve colaboraciones más que vieron la

luz, hasta junio de 1928, en la prensa burgalesa, incluyendo en la relación de cuentos y artículos, como excepción, el relato breve *En los tentáculos de los siglos*^[21], texto perdido hasta 2012, que apareció en febrero y marzo de 1925 en la *Revista de la Raza*, publicación madrileña vinculada a la Liga Internacional de las mujeres ibérica e hispanoamericanas, de claro signo feminista.

Salvo los últimos trabajos, la mayoría llevaban la firma de Isabel Inghirami, heroína de ficción creada por Gabriele

D'Annunzio^[22] , aristócrata, poeta y escritor italiano que pasó a la historia también como político, militar y héroe de la Primera Guerra Mundial. La decisión de tomar el seudónimo de un prototipo de mujer rebelde puede deberse a la situación personal que empezaba a vivir la escritora, quien por esas fechas de finales de 1924 veía fondear su matrimonio. Las ansias de sentirse liberada de una atadura que oprimía su felicidad, la influencia del ambiente cuartelero y la figura de su padre, más presente que nunca, con quien se sentía

especialmente unida en ese tiempo, pudieron ayudarle a escoger ese seudónimo liberador. Pero quizá la razón haya que encontrarla en algo más impensado y sencillo, o en la teoría de que la idea vino de su admirado Pedro Salinas, que en una de sus estancias en los Cursos de Verano de Burgos, comparó a María Teresa con el personaje de D'Annunzio: «Isabel Inghirami. ¿Y por qué una heroína d'annunziana? ¡Bah!, el primer nombre que le cayó bajo los ojos. Se le agrandó el corazón cuando Pedro Salinas, el poeta que se paseaba por el Espolón seguido por sus

admiradores, escribió: “Como dice María Teresa León, tan amiga de Isabel Inghirami...”»[23]

Lo incontestable era ya su compromiso con la literatura, con la palabra y con la tradición. Y si nos ajustamos al tema dominante en los primeros relatos, tan inspirados en el romancero lírico novelesco y en un castellanismo literario, veremos que el motivo de «la malcasada» o «la malmaridada» no es, ni más ni menos, que un resumen de su primera frustración amorosa y la consecuente ruptura matrimonial. En realidad, la

situación con su esposo era insostenible. El lazo conyugal estaba a punto de soltarse y el matrimonio, al borde del fracaso.

¿QUÉ SE LE PUEDE CONTAR A UN CARDENAL?

Finalmente, María Teresa abandona a su marido y éste se va a Burgos con su primogénito. Los testimonios sobre la relación que venía soportando nuestra escritora han sido recogidos por Benjamín Prado en su libro *Los nombres de Antígona*. Allí cuenta que, al parecer, «Gonzalo de Sebastián no era capaz de comprender a María

Teresa, que le exigía mantener un comportamiento rígido y organizado, le pedía que fuera prudente y normal, la empujaba hacia todo lo que era contrario a su naturaleza. Sus continuos reproches y las peleas de la pareja crecieron [...], y hay quien dice que llegaron al límite de los malos tratos, que al celoso de Gonzalo se le escapó alguna que otra bofetada. “No creo que Gonzalo fuese un hombre malo, sino más bien un inconsciente – asegura un familiar que prefiere conservar el anonimato–; era muy joven y le gustaba la farra, bebía demasiado y cuando estaba ebrio su

carácter se volvía difícil. A veces su familia debía salir a recogerle a media noche, o mandar a unos soldados a buscarlo a algún lugar donde hubiera perdido el sentido; o lo encontraba la Guardia Civil en malas condiciones, tirado en cualquier sitio, en un banco del parque o hasta en una cuneta. Pero no era una persona malvada, sino, en todo caso, un ser débil. Supongo que su gran pecado era la inmadurez»»^[24] .

La vida empezaba a no ser noble y mucho menos cuando, tras las disputas matrimoniales y la

separación, fallecía inesperadamente, de modo fulminante, el coronel Ángel León. Una angina de pecho provocada, al parecer, por su afición a los puros habanos, acabó con su vida y fue enterrado en Barcelona. No pudo el padre de la escritora cobrarse a gusto el precio de su lealtad a Primo de Rivera, su incondicional compañero de batallas, y disfrutar así de un grato retiro. «Toda mi vida catalana se concluyó con un toque de clarín –escribía María Teresa–, el toque del silencio, el adiós que un regimiento de caballería daba a su coronel

muerto. Lo dejaron enterrado en una colina frente al mar deslumbrante de vida, de luz apasionada...»^[25]

Sin el apoyo del coronel, las cosas habían dejado de ser amables. La escritora tenía prohibido ver a su propio hijo y la presión familiar y social que le exigía volver con su esposo era cada vez mayor. Intervino incluso el cardenal Benlloch, arzobispo de Burgos, que trató de convencer a la joven con frases y razonamientos muy propios de su naturaleza: «Esta vida triste prepara la alegría

de otra. Niña, niña, tienes que volver con él. Un mal marido es mejor que un buen amante. Niña, niña, regresa junto a tu hijo. Te necesita. Ninguna fuerza del mundo debe separarte de tu obra»^[26] .

Eran muchos los que intercedían – de nuevo el cardenal, las inoportunas amigas de su madre política– y muchos los momentos de consternación. Hubo ruegos por parte de la muchacha para que entendieran su infelicidad, para que comprendieran que las desavenencias no fueron provocadas por ella: «la muchacha

está arrodillada ante el cardenal pidiéndole que rompa el nudo de su matrimonio. [...] Pero, ¿qué se le puede contar a un cardenal? Nada, nada se le puede contar de la vida íntima de una criatura perdida en su primera juventud. Ni a él ni a las amigas de la madre que vinieron por curiosidad y compasión. ¡Qué sola y qué injuriada por la vida se siente! Todo fueron palabras, palabras, cuentos viejos, razones poco válidas»^[27].

La muchacha tuvo que abdicar. Y lo hizo con grandes dosis de resignación, tragándose la rebeldía,

a raíz de un episodio que heló su corazón. Su hijo Gonzalo había enfermado gravemente y a María Teresa le llegó un telegrama en el que se le comunicaba el inminente fallecimiento del pequeño, de cuatro años, por una infección meningítica. La escritora recuerda la desesperación de aquellas horas, su boca amarga, hasta que a la mañana siguiente pudo comunicarse por teléfono con la familia de su marido: «Una voz desconocida le contestó: ¿Quién? ¿Cómo? ¿Quién dice que es? ¿La madre del niño? Bueno, voy a comunicarlo. Y el tiempo, el tiempo, hasta que alguien

de la casa dijo: ¿Quieres venir enseguida? Se lo voy a decir a mi madre. Y luego, después de morirse de rabia, otra voz que le decía: Soy la enfermera. Creo que podría venir a las 10, sí, a las 10. Antes, no. Tienen que consultar al abogado»^[28] . En el relato de aquel desgraciado suceso, la autora de *Cuentos para soñar* describe sin escatimar detalle la crueldad con la que fue tratada por la familia de Gonzalo de Sebastián, que se mostró fría y distante con ella, cuando llegó de madrugada a la casa: «Un cuñado abrió el portón

del jardín. Empujó impaciente la puerta. No necesitó que nadie le dijera dónde estaba su hijo. La guió un lamento agudo, un quejido continuo como ella no había oído jamás. Era como una llamada desde una profundidad, desde un vacío. Subió corriendo la escalera. Empujó a alguien. Entró en el cuarto y cayó desmayada, sin ver a su hijo, al niño, tan pequeño, que le habían arrebatado. Después la monja la aproximó suavemente a la cama. Allí estaba el niño, quejándose intermitentemente, perdidas las pupilas, abiertos los

ojos, hacia el techo»[29] .

Éste es, sin duda, uno de los momentos más intensos de *Memoria de la melancolía*, y en él vuelca la autora una emoción retenida en la garganta durante décadas, en las que tuvo que soportar maledicencias, infundios y la acusación de haber sido una madre desnaturalizada capaz de abandonar a sus hijos y dejar el hogar. En este episodio confiesa la ira que embargó su alma, que rebasó su hiel, ante aquellos familiares a quienes «injurió sin dejar uno». Y también que la

separación no había venido de ella, sino de aquel marido que «temblaba en un pasillo de la casa pidiendo perdón». Pese a las duras condiciones en las que el abogado de la familia le permitió finalmente ver a su hijo —no más de dos horas—, María Teresa pudo besar y acariciar la frente del pequeño bajo la mirada indulgente de la monja que vigilaba. También le consintieron volver, cuidar de Gonzalo el tiempo que a diario le concedían. Hasta que obró el prodigio: «...una mañana el niño enfermo bajó los párpados. Levantó la mano, se buscó la

naricita... ¡Tontito, si está aquí! Y el niño sonrió. ¿Salvado? Dígame que está salvado. La enfermera se arrodilla. El milagro se había producido. No llamaron a nadie. Apoyó su llanto contra los vidrios de la ventana. Cree recordar que estaba el jardín lleno de nieve, pero todo lo recuerda ya tan mal. Sabe únicamente que los ojos de su hijo le sonrieron y que ya nunca dejaron de mirarla»^[30] .

La experiencia dio paso a un poema (el único testimonio de creación poética que se conoce de la autora), *Cantar de la luna vacía*,

en el que María Teresa volcaba la
angustia de aquel luctuoso suceso:

¡Calla, mi bien! No grites,
no llores
no tengas miedo de la
noche oscura
no te agarres a mí con los
temblores
del que ha visto un león en
la espesura
y le asustan los ojos
brilladores.

.....
Y a soñar con lo ángeles
de oro

¡duerme, duerme, mi niño!
Teniendo el corazón hecho
ternura
en las estrofas pasa más
dulzura
¡canción de cuna que rimó
el cariño!

.....

La voz ya no resuena
calmando los temores
del hijo ¡esa es su pena!
que al cielo sus amores
Dios se llevó en esta
nochebuena.
Ya no calma en la noche
tenebrosa

del hijito el pavor
que del rosal florecido, la
rosa,
se llevó el segador.
La guadaña implacable
que siega
lo mismo el bien que el
mal
no ha visto que al cortar el
capullo
agostaba el rosal.

Tras aquel episodio, María Teresa León volvió con su esposo y con su pequeño. Como ella decía: «Bajó la cabeza y aceptó. Era su

vida por la de su hijo». A finales de aquel año de 1925 nacía en Burgos su segundo vástago: Enrique de Sebastián León.

DIARIO DE BURGOS (1925-1928)

Su regreso al hogar, sin embargo, no significó un repliegue, sino un afianzamiento en sus aspiraciones culturales, literarias y reivindicativas. Salvados los cinco últimos meses de embarazo y dos de crianza (de julio de 1925 a febrero de 1926) en los que apenas escribió, el 19 de febrero de 1926 regresaba a las páginas del *Diario de Burgos* con un artículo titulado

«In memoriam». Ese año iniciaba con determinación un despliegue de colaboraciones, conferencias y publicaciones periódicas que marcarían el inicio, ya sin interrupción, de una vida de trepidante activismo cultural y político.

Desde Burgos y detrás del citado seudónimo de Isabel Inghirami, María Teresa fue firmando nuevos trabajos que respondían a sus inquietudes del momento, desde su interés por la esencia histórica y popular de sus raíces —Castilla y lo castellano— hasta relatos y artículos cada vez

más comprometidos con la defensa de la mujer y con la sensibilidad social. Hablamos de colaboraciones que a través del *Diario de Burgos*, hasta 1928, mostraron el perfil de una joven valiente, combativa, de pensamiento progresista, dispuesta a denunciar la hipocresía y la intolerancia de un contexto social pacato y paralizador.

En esos primeros cuentos infantiles, donde iniciaba también la búsqueda de una voz y un tono literario (*De la vida cruel, Érase una vez, La leyenda de las muñecas de trapo...*), se apreciaba

ya una crítica de la cultura de la ciudad, una defensa de los derechos de los más necesitados y de la incipiente conquista femenina. Detrás de esa actitud podía adivinarse la figura de su tía María Goyri, de su prima Jimena, pero también la de María Cruz Ebro, escritora burgalesa, feminista y activista política y social con la que estableció una relación de afecto y de colaboraciones literarias en esa etapa de su vida. No es de extrañar que en 1931, María Cruz protagonizara, como haría muy pronto María Teresa León, un escándalo en la estrecha

sociedad burgalesa al publicar una novela, *Un pecadillo de amor*, donde se daba rienda suelta a las tribulaciones amorosas de un sacerdote.

Nuestra escritora trató en sus artículos asuntos, pues, de palpitante interés para un espíritu en permanente crecimiento como el suyo: la reivindicación feminista, la exaltación de la literatura épica española, el poema cidiano (a propósito de la versión realizada esos días por Pedro Salinas), los estrenos teatrales y las zarzuelas que se representaban en el Teatro Principal de Burgos, la actuación

de la rapsoda argentina de origen ruso Berta Singerman, las figuras del cardenal Benlloch y del poeta Fray Justo Pérez de Urbel, la presencia de María de Maeztu en el Ateneo burgalés, la admiración por Blanca de los Ríos, las tradiciones y costumbres de la Castilla profunda, el romancero...

En relación con este último aspecto, el de las tradiciones, resulta interesante comprobar el respeto que María Teresa tuvo desde siempre por el pasado más noble, perfectamente recogido en su artículo «Tiempos viejos», publicado el 31 de marzo de 1926.

En él, recordando el ritual de la Semana Santa castellana, pone ya sobre el papel el tema de la melancolía a través de una prosa que habla por sí sola del estilo de una prometedora joven de veintidós años:

«Jueves Santo en el calendario y en los ocho reflejos con que se enchisteraban los hombres y en los ojos bonitos y españolamente negros, sombreados por sedeñas raudas de encaje. Día de holgorio recatado y de mística exhibición de galas lujosas. La familia se ha estado arreglando prolijamente. El devocionario entre

las manos enguantadas de blanco, en las que se entrelaza el rosario de coral o de nácar, la falda airosa deja ver los zapatines de charol; sobre el peinado de alto moño descansa la blonda que entre sus arabescos muestra peine de carey y un devoto fulgor en la mirada que ocultan sus ondas de claveles —de castañuelas se llaman— y se recogen las puntas sobre el pecho con broche de diamantes, quedando envuelta en su encaje la silueta gentil de la España novecentista. / ¡Tiempos viejos! No tanto como para que tengan prestigio de historia; bastante para añoranzas y

verse motejados de cursis por la generación iconoclasta que los sucedió. / La evolución es necesaria, pero la tradición también. De países jóvenes es el desear lo que no dan sino los siglos; de locos abuelos el querer olvidar el pasado adoptando todo lo que quieran darnos [...]. No es la España de pan y toros la que debemos conservar, sino la otra de las patriarcales costumbres hogareñas, de la intimidad familiar. [...] Tintinean de nuevo las medallitas de los rosarios entre las manos enguantadas; sea Jueves Santo el día que resucite la

tradición; defendamos con brío nuestro derecho de garbo y gentileza, nuestro arte brujo de dominar los pliegues de una blonda castellana, aunque sea una mujer muy moderna, que siempre ser española llevará un madrigal a lo Gutierre de Cetina: “Si de dulce mirar sois alabados”».

También mostraba en aquellas colaboraciones, como apuntó el profesor Gregorio Torres Nebrera, «una decidida defensa de la mujer que vive en el medio rural, urgiendo la necesidad de liberarla de un trabajo físico al que a veces

se ve sometida»^[31] . En una de esas defensas de los más desprotegidos, María Teresa publicó en el diario burgalés un polémico artículo sobre el parricidio cometido por una sirvienta que no pudo soportar la vergüenza de ser madre soltera. La escritora recordaba así el escándalo que provocó su comentario en la ciudad:

«En la acequia que cerraba el jardín de su casa, una pobre sirvienta había ahogado a su niño recién nacido. ¡Qué horror! Lo encontraron entre las ranas. Isabel

Inghirami salió en defensa de la pobre criatura jovencísima que había creído posible entregar su culpa a las ranas del arroyo. Dijo Isabel Inghirami lo que pensaba de la sociedad que permite la ignorancia y la desesperación que llevan al crimen. Defendió a la muchacha, afrontó los prejuicios que ataban tan fuerte las correas sobre las infelices indefensas. El hombre, claro es, había huido. La pobrecita agotó día a día de su embarazo el calvario hasta la decisión final. Hubo discusiones sin fin. Albarellos, el director del *Diario de Burgos*, era uno de los

mayores intelectuales burgaleses de aquellos años y siguió publicando a Isabel Inghirami»^[32] .

LA ERA DE LAS MUJERES

En aquella ciudad provinciana, María Teresa comenzó a adquirir una conciencia social comprometida y solidaria. Sin abandonar las obligaciones domésticas de una mujer que atendía a sus hijos y a su familia, actuaba al mismo tiempo como la audaz reportera que escandalizaba con sus opiniones y su espíritu crítico a media ciudad. Por otro lado, estaba bien informada de lo que otras mujeres iban

logrando en diferentes ámbitos de la vida social, cultural y política. No perdamos de vista que los veinte fueron los años en los que se comenzó a vislumbrar un avance en ese papel de conquista social de la mujer, sobre todo en el plano laboral y educativo, aunque las circunstancias distaban de ser todavía suficientemente favorables para aquéllas que deseaban estudiar y emanciparse. Cuando María Teresa entra por primera vez en casa de los Menéndez Pidal, el género femenino aún se consideraba en España una *raza sentada*.^[33]

Pese al ejemplo alentador de María Goyri, en 1900 estudiaban en la Universidad de Madrid sólo dos mujeres; en 1910, por aproximarnos a ciertos datos significativos, había 21 mujeres universitarias en todo el país, alcanzando la insignificante cifra de 345 en 1920. Tendremos que esperar la llegada de la tercera década del siglo, con lo que significaron esos años, para ver cómo «el acceso a la enseñanza empezaba a ser una realidad, no sólo a la básica (en 1930 la mitad de las mujeres estaba alfabetizada), también a la media (en 1929 se crean los dos primeros institutos

femeninos) e incluso a la universitaria: 1.681 mujeres en la universidad en 1930»^[34].

Lo cierto es que, cuando María Teresa León comienza a publicar sus primeras colaboraciones en el *Diario de Burgos*, la mujer se hallaba aún condenada a ese papel «natural» de ama de casa supeditada a los dictámenes de un patriarcado que le obligaban a ser muy «femenina».

El tema venía de lejos. Como señala Françoise Thébaud^[35], desde el siglo xix, los hombres trasladaron al plano sexual el

debate sobre el poder político y social de la «mujer nueva». Cualquiera de ellas que tratara de emprender una labor liberadora del estereotipo establecido sería acusada de «perversa uterina»; incluso, sobre todo a partir de los trabajos del psiquiatra alemán Krafft-Ebing, los calificativos que se le atribuyeron eran del tipo «lesbiana viril» o «mujer-hombre peligrosa y desvergonzada».

En España la misoginia intelectual también libraba su cruzada contra la mujer moderna, desacreditándola desde la tribuna de un libro o de un periódico con

juicios que venían a tacharla de antinatural y enemiga de la familia tradicional. La mujer del primer tercio del siglo xx, tal y como indica Ángela Ena Bordonada, debía «enfrentarse a una sociedad influida por un doble misoginismo. Por una parte, el heredado de la tradición, en tres culturas: la oriental, la romana y la judeo-cristiana; por otra, el incubado en la filosofía de ilustres figuras que ejercieron una influencia decisiva sobre los intelectuales españoles del primer tercio de nuestra centuria: Schopenhauer,

Kierkegaard y Nietzsche»^[36] . Era, sin duda, un modelo femenino que chocaba frontalmente con lo establecido y el terreno que se aventuraba a conquistar ponía, al parecer, en peligro la estructura sociofamiliar vigente; suponía una verdadera amenaza que se debía contrarrestar con un debate que pusiera más que en duda su talento y su capacidad para sobrevivir en un mundo de hombres. El viejo argumento de que la mujer debía ceñirse a su rol de «ángel del hogar», es decir, al cuidado y custodia de la casa y de los hijos,

quedaba ya caduco ante la irrupción de la mujer burguesa que disponía de personal de servicio. El hogar era, pues, en el caso de las mujeres de cierto status social, un lugar para alternar con los amigos y celebrar fiestas. La ofensiva, entonces, hubo de centrarse en desprestigiar o negar la inteligencia y el talento femeninos. Así, Pascual Santacruz, en su libro *La España Moderna*, [37] ya definía en 1907, a modo de advertencia, la nueva centuria como el «siglo de los marimachos». Para estos varones,

la amenaza que generaba la irrupción de la mujer en el mundo laboral e intelectual, su aspecto de mujer-chico, podía traer consecuencias tan irreparables como su propia esterilidad y, lo que es más grave, la homosexualidad en los hombres. «Si no se casaba –comenta Shirley Mangini–, era aberrante; si se casaba y tenía hijos, iba a ser mala madre. Si hacía deportes, podía convertirse en lesbiana o bisexual»^[38].

El origen del debate pudo arrancar muy bien del libro *La*

inferioridad mental de la mujer, del neurólogo Paul Julius Moebius, editado en España en 1903, cuyas interpretaciones negativas de la mujer moderna fueron adaptadas y defendidas en España, ya en los años veinte, por ilustres médicos como José Gómez Ocaña, Gregorio Marañón o Roberto Novoa Santos. El primero de ellos hacía su defensa del papel biológico de la mujer, de su estatus de madre, de su función social dentro del matriarcado. «No elevemos – insistía Gómez Ocaña– a regla general lo que son gracias excepciones de la Naturaleza, y

pretendamos sacar a las mujeres de sus hogares para hacerlas nuestras compañeras de profesión o nuestras camaradas de diversiones»^[39] .

Marañón, por su parte, también hablaba del «problema feminista» acogiéndose a la diferencia glandular entre hombres y mujeres, de modo que «nuestra mujer, como la paleolítica –citamos del autor de *Biología y feminismo*– está hecha para ser madre, y debe serlo por encima de todo [...] Las mujeres –continúa el insigne científico– pueden trabajar como maestras o enfermeras si se ven obligadas a

ello, pero no deben nunca entrar en las profesiones políticas o jurídicas [...] Tenemos que reconocer que al talento femenino, en general, aunque alcance límites avanzados de claridad y penetración, le falta originalidad»^[40] . No menos audaces resultan las aportaciones del ilustre médico Novoa Santos, quien defiende la idea de que «aquellas mujeres que se resistan a asumir su papel femenino –lo que supone una interferencia en el desarrollo de la masculinidad– están actuando en contra del

progreso de su propia nación». Es más, puestos a definir los casos de mujeres con inteligencia y talento excepcionales y a legitimarlos desde el punto de vista científico, los resuelve calificándolos de error antinatural, «algo monstruoso, poseedor de caracteres sexuales secundarios de tipo masculino [...] tipos biopáticos de inversión sexual somática o espiritual»^[41].

La literatura y la sociología del momento tampoco desestimaban su función propagandística del antifeminismo a través de ciertos autores como el

prolífico Edmundo González Blanco o el propio Ortega y Gasset. El erudito González Blanco, que escribió y opinó sobre todos los géneros (ciencia, filosofía, política e historia) daba por sentado en su libro *Las mujeres según los diferentes aspectos de su espiritualidad* que la inferioridad biológica, espiritual y psicológica de la mujer estaba fuera de toda duda. Para él, las mujeres excepcionales eran, sencillamente, hombres. «Dánse errores en la naturaleza, y algunas veces los sexos están mal distribuidos». Su atrevimiento llega a tal grado que

no se detiene en nada al lanzar teorías tan arbitrarias y lamentables como que «la capacidad craneal de la mujer, sea cualquiera la raza a que pertenezca, es inferior a la del hombre [...] Se aproxima más que la del hombre a la de los antropoides»; aunque admite que, si hay excepciones y una mujer sale inteligente, ésta será infecunda, le faltará vigor y perderá su belleza. «Lo peor que le puede pasar a una mujer –concluye– es que se libere, pues la liberación le conducirá al vicio»^[42] .

Conviene recordar que el

discurso misógino afectó no sólo a los hombres que velaban por los viejos valores y que defendían con celo el patriarcado, sino también a aquellos intelectuales liberales que gozaban de un alto predicamento. José Ortega y Gasset, que hizo de un órgano tan decisivo como la *Revista de Occidente* su medio de expresión estética y filosófica, dejó traslucir en sus páginas el estado de inferioridad intelectual que, en su opinión, correspondía a la mujer. Salvando como excepción a su discípula María Zambrano, a Rosa Chacel en cierto momento y a la pintora Maruja Mallo por lo

precursor de su obra, Ortega no tuvo ningún reparo en manifestar su pensamiento y su convicción de que el hombre era razón y equilibrio, mientras que la mujer representaba a un ser confuso guiado por los instintos más básicos.

Pese a todo, el modelo de la nueva mujer era un hecho y una conquista que, más tarde o más temprano, la sociedad tenía que asumir dentro de sus esquemas. Tras la primera guerra mundial, el orden y las modas habían sufrido una transformación evidente. «Cambió el mundo –comentaba en 1920 Federico García Sánchez

desde las páginas de *La Esfera*—, y una de sus consecuencias ha sido la creación de otro modelo femenino. Llegan ahora unas mujeres feas y adorables, sanas, desceñidas y que olvidaron el uso del corsé, reidoras, arriscadas, fuertes, que parecen heroicas junto al hombre, con sus trajes entallados y sus pulseras»^[43] . Lo que estaba reseñando García Sánchez, aunque sólo abordase lo superficial del asunto, era la nueva moda, las ropas diseñadas por Coco Chanel en las que se explotaba la tendencia estilizada del diseño europeo que

enderezaba las curvas femeninas del *art nouveau* y superponía lo funcional a lo decorativo. Eran ropas mucho más sencillas, más cortas, que liberaban el cuerpo para practicar deporte, conducir un automóvil o ejercer un trabajo; una imagen, pues, ampliamente difundida en los medios de comunicación de masas del momento: el cine, las ilustraciones de los diarios y las fotos de sociedad que aparecían en revistas como *Blanco y Negro*. Era el desafío de un nuevo modelo femenino que mostraba el rostro de bellas muchachas con el pelo corto

–*flapper* o *garçonne*– y que ejercería su gran impacto en las mujeres españolas de clase media que empezaban a fumar, a usar maquillaje y participar activamente en un mundo ligado a los nuevos avances tecnológicos.

Bajo la influencia de esta nueva imagen femenina que ofrecía múltiples ventajas a las jóvenes que deseaban aproximarse a la cultura y desarrollar el germen de la rebeldía y la independencia, encontramos a la María Teresa León de mitad de los años veinte, una mujer educada en Madrid y cultivada en el ambiente

provinciano burgalés que, pese a estar prematuramente casada y ser madre de dos hijos, responde al nuevo prototipo de joven activa, autosuficiente, deportista, moderna, con el cabello cortado a lo *garçon*, que se mueve con soltura en los círculos sociales y que se muestra decidida a transgredir las normas de su tiempo. En 1926, María Teresa era una joven bellísima que vestía a la moda, jugaba al tenis y montaba a caballo. Su subversión, más allá de los artículos, relatos y conferencias que impartía, se adivinaba en el óvalo perfecto de su rostro, su melena corta, el arco

depilado de sus cejas, los labios pintados y el largo collar de perlas que lucía.

«Dentro de mi juventud se han quedado algunos nombres de mujer—escribía la autora riojana en *Memoria de la melancolía*: María de Maetzu, María Goyri, María Martínez Sierra, María Baeza, Zenobia Camprubí... y hasta una delgadísima pavesa inteligente, sentada en su salón: Doña Blanca de los Ríos. Y otra veterana de la novelística: Concha Espina. Y más a lo lejos, casi fundida en los primeros recuerdos, el ancho rostro de vivaces ojillos de la condesa de

Pardo Bazán...»[\[44\]](#)

ESPÍRITU REVOLUCIONARIO DE NIÑA ROMÁNTICA

La veneración que sentía María Teresa León por esas mujeres que marcaron época no ensombrecía, por otra parte, la admiración que profesaba por personajes de la vida política, literaria y académica. Sin moverse de Burgos tuvo ocasión de conocer a figuras relevantes que asistían a los Cursos de Verano de la ciudad, al Ateneo local o también

al Ateneo de Valladolid, donde ella misma acudía con frecuencia para no perderse la intervención de algún poeta del momento o impartir una conferencia propia, como así ocurrió en abril de 1926. Había escuchado personalmente a Federico García Lorca en la ciudad del Pisuerga y aquel año de 1926 tiene la oportunidad de encontrarse en la capital burgalesa con el político Manuel Azaña y con el profesor y poeta Pedro Salinas. Ambos habían coincidido ese mes de julio por diferentes motivos, aunque quien interesaba a nuestra escritora era Salinas, que pasó en la

ciudad varios días invitado por la organización de los Cursos de Verano. María Teresa pudo contemplar la corte de estudiantes y aduladores que seguía al autor de *La voz a ti debida*, y quizá fuera allí, si no antes, cuando inició una incondicional admiración por él.

«Le gusta recordar a Pedro Salinas –escribía de sí misma en 1968–, nunca había admirado a nadie tanto. Ni siquiera a Federico García Lorca [...]. No, a nadie. Durante una conferencia de Salinas se había quedado inmóvil desde el principio hasta el final. (...) ¿Era esa la manera de decir y con ese

ritmo en la frase y esa gracia musical para advertirnos que algo pasa y se aleja...? Nunca nada le había abierto más los ojos. Nadie le dijo que tenía que admirarlo. Hizo sola el descubrimiento de Pedro Salinas. Se puso muy contenta y siguió escribiendo»^[45] .

El rendido entusiasmo de la joven no fue correspondido, al menos la opinión que el profesor se hizo de ella en aquellos años no la favorecía en casi nada, como así se puede comprobar en la correspondencia que mantuvo el poeta con Jorge Guillén. En una de

aquellas cartas, Salinas definía a María Teresa León con una sola frase: «Una bella dama, literata mala ella»^[46] .

No fue sólo Salinas quien cayó en la simpleza de prejuzgar a nuestra autora. Como bien señala Óscar Esquivias, era frecuente, al hablar de ella, «empezar exaltando su belleza, que realmente era grande y casi proverbial»^[47] . Por eso debió de ser para la muchacha un verdadero tormento lograr que la juzgaran por sus méritos y borrar aquel estereotipo de niña bien, burguesa, impetuosa, feminista y

malcriada; un triste estereotipo en el que pareció inspirarse el escritor y diplomático Agustín de Foxá en su novela *Madrid, de corte a checa*, donde la retrató, sin más contemplaciones, con veinte palabras: «María Teresa León tenía ese espíritu revolucionario de las niñas románticas educadas entre monjas y que quieren vivir la vida»^[48].

La autora de *Juego limpio* quería, desde luego, vivir intensamente la vida. Y prueba de ello fue la actividad frenética que desplegó en 1928, emprendiendo

con su marido un viaje de casi nueve meses a Buenos Aires. Nunca quedaron claros los motivos de aquella estancia en Argentina^[49] . Según Benjamín Prado^[50] , es posible que Gonzalo de Sebastián Alfaro tuviera que resolver en América algunos negocios, pero hay testimonios que no descartan que aquel viaje fuera inducido por el matrimonio Sebastián-León para recomponer una relación que se hundía de nuevo. Lo cierto es que aquella aventura suponía para María Teresa su primer y gran peregrinaje

intelectual en un momento profesionalmente dulce, puesto que ese año veía la luz, en Burgos, su primer libro: *Cuentos para soñar*. Se convertía así en una pequeña corresponsal de ese diario burgalés que le había servido de lanzamiento, y también en una embajadora cultural, como así veremos, de España.

BUENOS AIRES (1928)

Cuando llega a Buenos Aires, la escritora inicia una intensa actividad cultural impartiendo conferencias, participando en recitales, dirigiendo una revista, escribiendo y publicando artículos en *La Nación* y el *Diario Español*, concediendo entrevistas, redactando crónicas para el *Diario de Burgos* y, según Francisco Ayala, que visitó el país en ese tiempo, cantando e interpretando algunos cuplés.

El núcleo de sus primeras acciones fue el Centro Burgalés de la capital argentina, uno de los más prestigiosos entre los numerosos lugares de reunión de la colectividad española. Entre 1920 y 1930 se había producido en Argentina una verdadero desembarco de intelectuales hispanos, lo que motivó la creación progresiva de entidades que aglutinaron la inmigración peninsular: Centro Numancia, Centro Leonés, Centro Salmantino, Centro Zamorano, Centro Riojano, Centro Burgalés, Asociación Cultural Española... Según José

Antonio Río del Val, aquel Centro Burgalés fue «ancla, trampolín y cátedra», durante la estancia de María Teresa en Buenos Aires». Allí, entre otras tareas, aceptó el compromiso de dirigir la revista *Burgos*, que se venía editando en la capital bonaerense desde 1922. Pese a su corta experiencia, dio un aire nuevo a la publicación, mejoró su diseño, aumentó la calidad literaria de su contenido e impuso cambios en la difusión y en el espíritu de la revista.

El resto del tiempo lo dedicó a pronunciar conferencias, especialmente en el Club Español

de Buenos Aires. Allí participó, junto a Ramiro de Maeztu, embajador de España en Argentina durante esos años, en ciclos de charlas de carácter social y cultural. Una de sus primeras intervenciones, celebrada el 26 de mayo de 1928, llevaba el título de «La mujer en el hogar y en la vida»^[51] ; interesante tema que parecía anunciar el contenido del libro *Nuestro hogar de cada día. Manual para la perfecta ama de casa*, que María Teresa publicaría en ese mismo país treinta años más tarde. Su presentador en aquella

ocasión, el Dr. Fermín Calzada, no escatimó alabanzas a la hora de reconocer las dotes intelectuales y la indiscutible belleza de la disertadora.

Por el contenido de los nueve artículos que durante ese viaje escribió para el *Diario de Burgos* podemos conocer los asuntos que preocupaban a una escritora de veinticuatro años comprometida con su tiempo, con su país y con su cultura. Lo que parece llamar gratamente su atención es el amor y el respeto que los argentinos sentían por España, desde el presidente de la nación hasta el

más humilde ciudadano: «Y las gentes gritaban vivas anhelantes con los ojos llenos de lágrimas y las manos crispadas del esfuerzo de sostener la emoción y muchos eran argentinos y decían “¡Viva España!”», y la figura de Yrigoyen se alzaba severa con sus sesenta y tantos años de formar la raza hispanoamericana»^[52] . También defendía la escritora riojana, desde lo más profundo, el sentido de la «hispanidad», y la convicción de que las llanuras argentinas eran ya «tierra de todos», adelantando así un reconocimiento que once años

después, con el exilio de 1939, saldría de miles de españoles. En otros casos, la autora de *Contra viento y marea* invitaba a la reflexión sobre la oscura leyenda de España en Argentina y en América, así como sobre la nueva imagen que se empezaba a difundir de la madre patria.^[53] También idealiza al país hermano –como hará más tarde con Rusia y China–, en el que encuentra claros signos de triunfo social: «Aquí no se distingue el pobre del rico; todos son iguales. Este pueblo de aluvión, formado por tantas razas

distintas, no quiere más vanidad, ni más orgullo, que la del esfuerzo personal».

El 4 de junio de 1928, el *Diario de Burgos* recogía las declaraciones que María Teresa León había realizado en el periódico bonaerense *La Nación*. En las respuestas que la escritora —«nuestra ilustre colaboradora», decía el medio— dejó entre aquellas páginas, ésta se mostraba más que esperanzada sobre el futuro de Argentina, en la que veía siempre un bello reflejo de la presencia española, de manera que «en los países iberoamericanos el molde es

y será hispánico, tanto más hispánico cuanto más nacionalista, cuanto más emancipado de toda tutela extraña, incluso de la misma España moderna»^[54] . En esa misma entrevista ofrecía su jugosa opinión acerca de la literatura española de aquellos años. Por lo que allí decía, podemos afirmar que María Teresa León estaba bien informada, conocía el panorama del momento y poseía criterios muy sólidos para juzgar lo que caía en sus manos: «Creo que es digno de toda atención el movimiento modernísimo de Andalucía... Me

agradan sobremanera Alberti, García Lorca, Altolaguirre y –¡no debo olvidarme!– ese viejo, siempre joven, Juan Ramón Jiménez... Entre los novelistas, Pérez de Ayala me gusta mucho, y me alegro de que haya sido incorporado a la Academia, es decir, siempre que no se anquilose en esa venerable institución, ¡Hacen falta académicos a la moderna!»

Afirmaba también en la entrevista de *La Nación* sus preferencias por el folclore y la literatura infantil: «...me he especializado con los romances

españoles, pues me gusta la literatura sencilla, estilizada. Me agradan extraordinariamente los cuentos para niños».

Las sociedades castellanas de Buenos Aires y la prensa seguían muy de cerca los pasos de María Teresa León, que seguía acudiendo a actos sociales y culturales con carácter de homenaje. Así, la revista argentina *El Hogar* informaba en su sección «Figuras del momento»^[55] que la escritora riojana había pronunciado interesantes conferencias en la capital, siendo una de las más

destacadas la del Teatro Avenida, el 2 de agosto, en la que habló sobre «Poemas viejos y poetas nuevos». También *La Nación* reseñaba el 3 de agosto este mismo evento, al que acudieron numerosos intelectuales y personas de representación como los embajadores de España, México y Uruguay, el cónsul general de España, y los escritores Gregorio Martínez Sierra y Gerardo Diego. La revista rioplatense *Caras y Caretas* se hacía eco de la presencia de la escritora en Buenos Aires en la primera página del número editado el 1 de septiembre

de 1928. Allí, el redactor Xavier Bóveda lanzaba un elogio a la «prestigiosa escritora»; y, en su interior, el reportaje gráfico que le dedicaba la publicación la presentaba como «embajadora de la juventud española».

III. AMOR Y ACTIVISMO POLÍTICO (1929-1936)

UN TIEMPO NUEVO

Tras ocho largos meses en el continente americano, el 16 de enero de 1929 zarpaba junto a su marido en el barco *Los Andes* de regreso a España. Se abría una nueva etapa en su vida y comenzaba

un tiempo nuevo en el que no había espacio para Gonzalo de Sebastián Alfaro. Al parecer, durante los días compartidos por la pareja en Buenos Aires no cesaron los reproches, las peleas y los celos. Benjamín Prado comenta, citando a María del Carmen del Prado, que «la última disputa tuvo lugar en el barco y a causa del carácter algo manirroto, por aquella época, de María Teresa: su marido le había dado el dinero necesario para cambiar los pasajes del barco por otros que ofrecían unos camarotes más lujosos, en la zona más distinguida de la embarcación. Pero

según iba hacia las oficinas de la compañía naval, María Teresa vio una carísima tienda de sombreros y, sin poder reprimirse, se gastó en ella la mayor parte del dinero. El largo viaje de vuelta a España fue una batalla campal»^[1] .

Tras el regreso, María Teresa se separa definitivamente de su esposo sin asumir del todo las graves consecuencias que acarrearía aquella decisión. Y la primera de ellas fue el alejamiento irremediable de sus hijos, puesto que la legislación vigente otorgaba al padre su custodia, como así fue.

A partir de ahí y durante toda su vida María Teresa tuvo que soportar la maledicencia de ciertas leyendas que pesaron sobre ella. Una de esas insidias, tan extendida como injusta, fue la de la madre que abandonó a sus dos hijos y a su esposo para alcanzar una vida rutilante, libre y llena de éxitos. En este sentido conviene aclarar, como señala de nuevo Benjamín Prado, que el primer esposo de María Teresa, «Gonzalo de Sebastián Alfaro no era militar, como tantas veces se ha escrito, sino un joven que disfrutaba del dinero de sus padres y que a cambio se ocupaba,

al parecer sin demasiado entusiasmo, de algunos asuntos y empresas familiares. Desde luego, no tenía un oficio propio»^[2] . Prado comenta que Aitana Alberti, en una carta remitida desde La Habana en febrero de 2001, le decía al respecto que «el primer marido de mi madre fue un señorito burgalés que se dedicaba a los negocios. Los militares fueron, como sabéis, mi abuelo materno, y también el hermano de mi abuela, Federico Goyri, que estuvo con la República. El único hermano de mi madre. Ángel, murió siendo general

del Estado de Franco»^[3] .

En las memorias de nuestra escritora no hallamos información alguna de su primer esposo, que siempre quedó difuminado como un recuerdo impreciso. Sin embargo, algunos años más tarde supimos por Pepín Bello ciertos datos de interés sobre Gonzalo de Sebastián: «Durante los años de posguerra que pasé en Burgos al frente de un negocio familiar que fracasó tiempo después, la persona con quien tuve un trato más cercano fue con Gonzalo de Sebastián. Entonces se había enrolado en el

Ejército. Eran unos años de gran dureza. Aquel hombre bebía sin demasiada medida y me confesó que, aún entonces, seguía enamorado de ella»^[4] .

LA BELLA DEL MAL AMOR

La definitiva crisis conyugal devuelve a María Teresa al Madrid de su infancia, convencida ahora de cuáles son sus horizontes culturales y literarios. Y no va de vacío a la capital. Lleva tras de sí un recorrido en la prensa local, que da por finalizado en junio de 1928: una valiosa experiencia como conferenciante en ateneos y círculos culturales de Burgos, Valladolid, Soria^[5] y Buenos Aires, y un

primer libro ya publicado, *Cuentos para soñar*, impreso por la pequeña editorial burgalesa de Hijos de Santiago Rodríguez, con prólogo de su tía María Goyri y con ilustraciones de la pintora Rosario de Velasco. La obra estaba dedicada a Gonzalo, su primer hijo —«Para ti, mi pequeño de negros ojos, y para todos los niños que gusten soñar»—, y fue financiada por sus tíos, Ramón Menéndez Pidal y María, lo que confirma que durante su vida burgalesa no perdió en ningún momento el contacto con aquella familia que habría de ser providencial en las líneas

directrices de su vida. En aquella colección de cuentos –primera de las siete recopilaciones de relatos que integran la narrativa menor de la autora–, María Teresa reivindicaba el papel de las «narradoras»,^[6] de las madres y abuelas que practican con sus hijos el ejercicio de contar, de transmitir sus sueños personales de niñas y de mujeres. Era un libro presidido por el interés de educar a ese hijo que se convierte en destinatario directo del relato. En el prólogo, María Goyri también insistía en la importancia de escribir historias a

los más pequeños, destacando así el mérito de esa primera obra de su sobrina: «Los gustos del niño, como los de toda la humanidad, cambian y exigen que les demos otras formas de ideal. [...] Es necesario escribir libros, no tanto especiales para los niños, como pensando en los niños; producir vibraciones de belleza capaces de hacer resonar las fibras del alma infantil, que posee insospechada exquisitez para conmoverse ante todo lo que sea bello».

No cabe duda de que en el fondo de esta obra primera prevalece un profundo sentimiento

de soledad. «Edward Said ha escrito –citamos de Juan Carlos Estébanez Gil– que los grandes escritores de la modernidad como Lawrence, Joyce y Pound, ven “la ruptura con la familia, el hogar, la clase social, la nación y las creencias tradicionales como etapas necesarias para lograr la libertad espiritual e intelectual: estos escritores después nos invitan a compartir los sistemas de afiliación que han adoptado e inventado”. María Teresa León vive y sufre la dicotomía entre su realidad personal y sus sueños. Emerge entonces la figura de una

joven rebelde y desencantada en busca de su identidad personal. Las páginas autobiográficas de la escritora nos revelan su proceso de emancipación personal y el inicio de una nueva trayectoria vital. Sustituye sus lazos de filiación –los vínculos biológicos, familiares– por otros de afiliación –intelectuales, culturales y morales–. María Teresa León vislumbra la existencia de otro orden posible, de otra familia, a través de la palabra escrita. Con esa intención marcha a Madrid en 1930 para integrarse en la vida cultural de esa ciudad. Allí conoció a escritores y personas

relacionadas con el mundo intelectual del momento»^[7].

En ese Madrid, María Teresa amplía y afianza sus relaciones y sus amistades. Escribe con verdadera dedicación y hasta busca un trabajo que le permita ganar algo de dinero. «Para sorpresa y diversión de todos nosotros – comenta Gonzalo Menéndez Pidal, primo de la escritora–, el primer trabajo que tuvo María Teresa tras su separación fue el de vendedora de coches. Entonces, aquélla era una ocupación rara, sobre todo en una mujer, pero bastante fina,

porque la gente que podía permitirse comprar un automóvil era la más selecta, no sé si los más refinados pero sí, al menos, los más ricos. La cosa se hacía de manera muy personal, reuniéndose en un café para explicar las virtudes del producto y quizá en el despacho de un abogado para cerrar el trato»^[8].

La serie de artículos «hispanoamericanistas» redactados meses atrás en Buenos Aires la da por concluida con un interesante trabajo sobre «La nueva poesía argentina» que publica en *La*

Gaceta Literaria de Ernesto Giménez Caballero, el 15 de noviembre de 1929. Aquí vuelve a sorprendernos la autora de *Contra viento y marea* al poner, negro sobre blanco, su amplio conocimiento de la poesía contemporánea argentina, empezando por Güiraldes, Quirós, Jorge Luis Borges y Oliverio Girondo, que no eran, ni mucho menos, autores consagrados a comienzos de los años 30. De Borges se conocían dos libros de versos, *Fervor de Buenos Aires* (1923) y *Luna de enfrente* (1925), y apenas algunos ensayos que el

propio autor llegaría a repudiar, como *Inquisiciones* (1925), *El tamaño de mi esperanza* (1926) y *El idioma de los argentinos* (1928). Gironde, con quien María Teresa conviviría años después en su exilio americano, era autor de sólo dos obras de tono vanguardista: *Veinte poemas para ser leídos en el tranvía* (1922) y *Calcomanías* (1925).

A finales de ese de año de 1929, María Teresa León ya tiene acabado su segundo libro, *La bella del mal amor. Cuentos castellanos*, que verá la luz en 1930, en Burgos de nuevo y editado por la misma

imprensa de Hijos de Santiago Rodríguez. Se trataba de otra colección de relatos, de seis novelas cortas («La bella del mal amor», que daba el título genérico a la obra, «Pinariega», «Manfredo y Malvina», «El tizón en los trigos», «El mayoral de Bezares» y «La amada del diablo») en las que la desbordada imaginación y el candor infantil de su primer libro daban paso a un realismo inspirado en la tradición oral y en el folklore popular. Como ha señalado Estébanez Gil, aparecen aquí «elementos folklóricos y geográficos, combinados con

tragedias familiares en las que se desatan pasiones como el amor, el odio, la venganza, el orgullo, la envidia»^[9]. Se podía apreciar en estas historias –ilustradas de nuevo por la pintora Rosario de Velasco– influencias de la labor investigadora de Menéndez Pidal^[10] y de Pedro Salinas, el clima oscuro y maldito de obras como *La tierra de Alvar González*, de Antonio Machado, y el fondo de esas tragedias oídas en su infancia castellana. Pero además, en estos cuentos escritos desde el drama personal de la separación de sus

dos hijos, María Teresa se ponía del lado de todas las mujeres castigadas por una frustración violenta de su vida, ya se debiera al mal amor de un matrimonio desgraciado, a embarazos ilícitos o a la implacable hipocresía social.

La realidad mostraba en ese tiempo su rostro agrídulce. Por un lado, la escritora comenzaba a asumir una vida alejada de sus hijos, con el desgarró que aquellas dos ausencias provocaban en su alma; por otro, la vuelta a Madrid suponía el reencuentro con su atmósfera natural, con la cultura en su más alta expresión y con el

calor, entre otros, de los Menéndez Pidal, en cuya casa fue felizmente acogida. Del incipiente prestigio literario que empezaba a rodearla daba cuenta el crítico Rafael Marquina, al reseñar en *La Gaceta Literaria* ese segundo libro de María Teresa: *La bella del mal amor*. El artículo, titulado «María Teresa León», más allá de la mera nota literaria, se extendía en elogiosas consideraciones, pero contribuía también a acabar con la imagen frívola y ligera que muchos tenían de la escritora:

«He aquí una Gracia. Bonita y erudita, inspirada e inspiradora.

María Teresa León, en cuya gentil presencia parecen revivir, modernizados, los mitos antiguos, es una musa activa. Manantial y corriente a un mismo tiempo, en ella la Belleza tiene, junto a la gracia de lo logrado, la inquieta fortaleza creadora. No contenta con ser un vivo testimonio de estética perfecta, María Teresa León aspira a crear obras de belleza. Es una escritora apasionada. Hay en su inicial apetencia lírica una vasta ambición espiritual y en su expresión idiomática, noble y refinada, una gran preocupación estilística. El arte no es en ella un

lujo, sino una pasión. Mucho más que una necesidad, por tanto. A esta pasión el arte le viste túnica de serenidad. El alma de esta mujer excepcional se lanza a los caminos vestida de peregrina. Pero a través del pardo sayal se transparenta, como en un milagro, su espiritual aristocracia»^[11].

Alejandro Bher también salía a recibir a la nueva escritora desde las páginas de *La Esfera*^[12] de Madrid y presentaba su libro a la sociedad literaria y política con palabras no menos elogiosas:

«Sorprende que una infantina

tan deliciosamente filena componga un libro cuyo eje lleva tanta advertencia y tanto rancio castellano antiguo. Y que entre florituras netamente de hoy, María Teresa León –una nena casi– exclame así: “Calla, conciencia, que las penas pasaron su trillo sobre mi alma, desmenuzándome”».

EL LYCEUM CLUB

El éxito de la publicación de *La bella del mal amor* dio pie al homenaje que en agosto de 1930 le dedicaron a María Teresa en Madrid. La autora riojana estuvo acompañada por el presidente del Consejo de Ministros general Berenguer, por el exembajador de España en Argentina Ramiro de Maeztu, por su tío Ramón Menéndez Pidal, director entonces de la Biblioteca Nacional, por el

presidente del Círculo de la Prensa Francos Rodríguez y por numerosas conocidas del Lyceum Club. Un año antes, nuestra escritora ya se había presentado en la capital pronunciando una conferencia en el Círculo de Bellas Artes madrileño sobre «La estética del amor». La revista *Blanco y Negro*^[13] elogiaba en una nota el acontecimiento y los profundos conocimientos de la joven, «su bello estilo literario y su admirable dicción».

María Teresa había entrado en contacto con muchas de las mujeres

de su generación que venía admirando desde la distancia. Se reencuentra con María de Maeztu y va a visitarla al Lyceum Club, creado apenas tres años antes; un espacio clave para entender la irrupción de la mujer en los centros de cultura. «Ya había nacido la Residencia de Señoritas –escribe la autora en *Memoria de la melancolía*–, dirigida por María Maeztu e inaugurado el Instituto Escuela sus clases mixtas, hasta poner los pelos de punta a los reaccionarios mojigatos. Pero las mujeres no encontraron un centro de unión hasta que apareció el

Lyceum Club. Por aquellos años comenzaba el eclipse de la dictadura de Primo de Rivera. En los salones de la calle de las Infantas se conspiraba entre conferencias y tazas de té. Aquella insólita independencia mujeril fue atacada rabiosamente. El caso se llevó a los púlpitos, se agitaron las campanillas políticas para destruir la sublevación de las faldas. [...] Pero otros apoyaron la experiencia, y el Lyceum Club se fue convirtiendo en el hueso difícil de roer de la independencia femenina. [...] Eran los tiempos en que por las calles madrileñas corría la

subversión y la burla. La caprichosa monarquía de entonces sostenía a su dictador jacarandoso para cerrar el paso a algo que se avecinaba. El Lyceum Club no era una reunión de mujeres de abanico y baile. Se había propuesto adelantar el reloj de España. Creo que fue María de Maeztu la primera presidenta y Halma Angélico la última. Al volver de mi primer viaje a la Argentina, yo conocí a todas»^[14].

El Lyceum Club^[15] estaba ubicado en la calle Infantas, 31. Fundado en 1926 como centro

cultural a modo de plataforma pública de la emancipación femenina, era un club de señoras inspirado en los Lyceum fundados años antes en Londres, París y otras capitales. Lo presidía, en efecto, María de Maeztu y contaba como vicepresidentas con Isabel Oyarzábal, escritora y diplomática, y Victoria Kent, sin olvidar a Zenobia Camprubí, la esposa de Juan Ramón, que se ocupaba de la secretaría. Entre lo más positivo de este centro cultural cabe destacar el incentivo y el apoyo que proporcionó a todas aquellas mujeres que aspiraban a cultivarse.

Como comenta Carmen Martín Gaité, el Lyceum Club fue el lugar «donde muchas madrileñas de la burguesía ilustrada (generalmente casadas y ya no tan jóvenes) encontraron un respiro a sus agobios familiares y una ventana abierta para rebasar el ámbito de lo doméstico»^[16]. Entre los personajes femeninos que frecuentaban el centro cabe citar a Hieldegart Rodríguez, María Lejárraga, Elena Fortún, Concha Méndez, Ernestina de Champourcin y, por supuesto a María Goyri. La poeta Concha Méndez, que acudía

algunas veces acompañada de su inseparable Maruja Mallo, definía el Lyceum Club Femenino como una «asociación de señoras que se preocupaban por ayudar a las mujeres de pocos recursos, creando guarderías y otras cosas. Pero sobre todo era un centro cultural: tenía bibliotecas y un salón para espectáculos y conferencias. Yo fui una de las fundadoras. [...] Al Liceo acudían muchas señoras casadas, en su mayoría mujeres de hombres importantes: la mujer de Juan Ramón, Zenobia de Camprubí, Pilar Zubiaurre y otras. Yo las llamaba las maridas de sus

maridos, porque, como ellos eran hombres cultos, ellas venían a la tertulia a contar lo que habían oído en sus casas»^[17] . Sin embargo, como era de esperar, este club femenino despertó la ira y la crítica de sectores de la sociedad que lo calificaban de frívolo, cuando no de nido de subversivas, de sufragistas ridículas o anglómanas, de ateas y enemigas de la familia. Para los poderes patriarcales y eclesiásticos, el Lyceum era una especie de casino de depravadas donde la mujer perdía el sentido de la dignidad y se convertía en

enemigo natural de la familia. Sus socias, según un medio católico de la época, eran «liceómanas, excéntricas y desequilibradas», dignas de ser internadas por «locas o criminales»^[18].

Opiniones tan calumniosas calaron en ciertos intelectuales del momento que, inspirados por la adversidad del ambiente, se negaron a participar en las actividades de la institución. Tal es el caso de Jacinto Benavente, quien, como señala Concha Méndez, «se negó a venir, inaugurando como disculpa una

frase célebre del lenguaje cotidiano: “¿Cómo quieren que vaya a dar una conferencia a tontas y a locas?”. No podía entender que las mujeres nos interesáramos por la cultura. Yo invité a García Lorca y a Rafael Alberti a dar una lectura de poemas»^[19] . En efecto, tanto Federico como muchos otros escritores, artistas y científicos de primer orden pasaron por el salón del Lyceum Club, aunque, sin duda, la intervención más sonada –«no la de menos bulla», como recuerda la propia María Teresa León^[20] – fue la de Alberti, que convirtió su

conferencia «Palomita y galápago (No más artríticos)» en un espectáculo ofensivo y desdeñoso para muchas de las allí reunidas. El poeta, ataviado de levita, pantalón de fuelle, pajarita y un minúsculo sombrero hongo, con una paloma enjaulada sobre la mesa, una tortuga y un galápago, aprovechó su estado de embriaguez vanguardista para arremeter contra intocables de la literatura y el pensamiento como Valle-Inclán, Juan Ramón Jiménez, Pérez de Ayala, Eugenio d'Ors, Martínez Sierra y Ortega. Según el propio Alberti, su intención era «comprobar la últimamente

cacareada inteligencia del bello sexo, su buena educación, su juventud, su valentía [...] llevar un poco de animación a la Casa de Venus [...] estudiar el espanto que produce en el alma misteriosa de la mujer la pedagógica amenaza de soltar una rata recién cogida por mí en una cloaca o letrina»^[21] .

Con cartas de presentación de esta naturaleza iba a conocer nuestra escritora, en aquel Madrid de 1930, al poeta Rafael Alberti.

CUANDO TÚ APARECISTE...

Fue durante la lectura que el autor gaditano realizó de su obra dramática *Santa Casilda* cuando ambos, poeta y escritora, se encontraron. Aquel texto de Alberti de inspiración medieval debió de resultarle particularmente familiar a María Teresa León, ya que la santa del poema tenía su monasterio, sobre un peñasco, en el pequeño pueblo burgalés de Salinillas, muy

cerca de Briviesca, capital de la Bureba, y estaba inspirado en romances de la zona.^[22] El encuentro —el arribo «al más hermoso puerto del mediodía», como escribió Alberti— lo recordaría María Teresa León años más tarde, según anotó Max Aub en sus memorias, con estas palabras: «En casa de una amiga mía. Estaba leyendo *Santa Casilda*. Leía *Santa Casilda* y nadie decía nada. Porque la gente que estaba escuchando era bastante frívola, y la única que empezó a hablar de romances antiguos y todas esas cosas fui yo

con él. Y se entusiasmó, claro. Porque hablaba de lo que tanto le gustaba en aquel momento. Además mi familia es burgalesa: todo coincidía»^[23].

La versión que del mismo encuentro ofrece Alberti en *La arboleda perdida* tampoco desmerece de las palabras de María Teresa: «Fue en la casa de alguien, adonde fui llevado no recuerdo hoy por quién. Allí surgió ante mí, rubia, hermosa, sólida y levantada como la ola que una mar imprevista me arrojara de un golpe contra el pecho. Aquella misma

noche, por las calles, por las umbrías solas de los jardines, las penumbras secretas de los taxis sin rumbo, ya respiraba yo inundado de ella, henchido, alegrado, exaltado de su rumor, impelido hacia algo que sentía seguro»^[24].

Llama la atención que ni María Teresa León ni Rafael Alberti ofrezcan en sus respectivos libros de memorias datos concretos del lugar donde se produjo un encuentro tan determinante para sus vidas. Ello ha dado pie a numerosas hipótesis, empezando por la que propone Antonio

Colinas, según la cual se conocieron en la casa de veraneo de la familia Menéndez Pidal. Sin embargo, esta versión no se sostiene ya que María Teresa frecuentaba mucho el hogar de sus tíos, y nunca habría afirmado, como así hemos podido leer, que conoció a su futuro compañero «en casa de una amiga mía». Colinas comenta: «El joven poeta había escrito una obra de teatro –*Santa Casilda*– que no llegaría a ver representada. De esta obra, sin embargo, dio una lectura pública y varias privadas. Una de estas lecturas privadas le serviría para encontrarse con la

que habría de ser su mujer y su amor, María Teresa León. El joven poeta (que también era pintor y que gustaba de extraviarse en las salas enceradas del Museo del Prado), había dado una de las lecturas de su obra en casa de otro poeta – Pedro Salinas– y una segunda en casa del diplomático chileno Carlos Morla Lynch, «Rafael – escribió éste– ha venido a casa con Federico y luego –en ausencia de él– ha multiplicado sus visitas [...] hace algunos días apareció acompañado de una joven amiga suya, artista-pintora de talento: Maruja Mallo, moderna sin ser

extremista. Y el poeta nos ha leído su drama, un tanto místico, *Santa Casilda*... Sin embargo tampoco fue ésta la lectura decisiva en la que María Teresa León y Rafael Alberti coincidieron. El amor habría de madurar en San Rafael, al amparo de los pinos del Guadarrama, junto a la fuente y las retamas, donde las manos podían sumergirse en las mentas, en casa de la familia Menéndez Pidal.^[25]

Robert Marrast cita los mismos espacios que recorre en su hipótesis Antonio Colinas: el domicilio de Carlos Morla Lynch,

la casa de Pedro Salinas y la vivienda en San Rafael de Guadarrama de la familia Menéndez Pidal. Sin embargo, Benjamín Prado tiene serias dudas de que el encuentro ocurriera en cualquiera de esos lugares que señala Marrast ya que, entre el público asistente a esas veladas, el profesor identifica a Pedro Salinas, García Lorca, Juan Guerrero Ruiz, Adriano del Valle y los Menéndez Pidal, por lo que resulta imposible aplicar a ese selecto grupo de intelectuales, poetas y escritores el calificativo de «gente frívola» que emplea la escritora al hablar de los

asistentes al acto.

La verdad es que, si nos acogemos a la información que al respecto nos facilitó muchos años después uno de los protagonistas del encuentro, el propio Rafael Alberti, la lectura de *Santa Casilda* se celebró en casa de un afamado abogado y popular escritor de la época: «La conocí en 1929 –recuerda Alberti– en casa de un escritor que se llamaba Alberto Valero Martín.^[26] Enseguida me llamó la atención porque era una chica muy inteligente, pero también una de las mujeres más bellas de

España»^[27] . Las referencias al citado escritor son escasas. Sabemos que en los años veinte del pasado siglo era un prolijo autor que publicaba con frecuencia en las colecciones *La Novela de Hoy* y *La Novela Semanal*. Era muy habitual encontrar en la prensa de los años 20 y 30 titulares y comentarios sobre sus actividades más sonadas: «Alberto Velero Martín, “el abogado de moda en Madrid, el lord Byron de la poesía española”» o «Alberto Valero Martín, hombre gordo, bonachón y claudicant». Se trataba, pues, de un

célebre penalista de la época, escritor y, según Emilio Carrere, «poeta por la gracia de Apolo» que gustaba de reunir en su domicilio a amigos y escritores para celebrar lecturas literarias. La razón de que Alberti y María Teresa León no lo mencionen en sus respectivos libros de memorias puede deberse a la marcada postura ideológica que tomó Valero Martín al comienzo de la contienda civil. Lejos de la inocente imagen de «escribidor de pujos socializantes», como comenta Javier Barreiro, fue autor, entre otras composiciones, de unos

versos dedicados al general Millán Astray en el que alababa las virtudes del militar y recordaba las mutilaciones que había sufrido por su gran valor. En el libro *Españoles excesivos*, Julián Moreiro trata el asunto con particular humor al afirmar que «el poeta madrileño Alberto Valero Martín le dedica un soneto en el que eleva al general al olimpo de los mutilados; son versos de circunstancias rimados en temporada de rebajas líricas»^[28] . Que a nadie se extrañe, pues, de que los dos enamorados olvidaran

deliberadamente citar al anfitrión de aquel primer encuentro, no sólo por su clara militancia enemiga sino también por la factura de un poema, fechado en 1938, cuyos cuartetos proclaman:

Espejo de valientes y
abnegados,
¡con qué desembarazo
milagroso
con solo un brazo abrazas
amoroso
toda una muchedumbre de
soldados!

¡No hay ojos en amor tan
impregnados
como ese único tuyo,
esplendoroso,
cuando te ves alegre y
orgulloso
entre tus caballeros
mutilados!...

Cuando se conocen Alberti y María Teresa, el poeta andaluz era algo más que un principiante. Había publicado ya cuatro libros (*Marinero en tierra*, *La amante*, *Cal y Canto* y *Sobre los ángeles*) y poseía, entre sus reconocimientos

más notables, el Premio Nacional de Poesía, concedido por su primera obra, *Marinero en tierra*. El jurado que constituía ese galardón concedido en 1924 era, sin duda, de lujo: Antonio Machado, Gabriel Miró, José Moreno Villa, Carlos Arniches y Ramón Menéndez Pidal, como bien sabemos, tío de María Teresa. No se trataba, pues, de un poeta novel ni de un desconocido para la muchacha, que había dado noticias de él en la entrevista concedida al diario bonaerense *La Nación* dos años atrás. Además, la provocativa conferencia que impartió el poeta

gaditano en el Lyceum Club, con el correspondiente escándalo, debió de llegar a sus oídos cuando, una vez en Madrid, se hizo socia del mismo.

Eran días de crisis para ambos. María Teresa venía de un matrimonio frustrado y estaba desesperanzada de los hombres. «Ella se ha quedado tan sola que no desea compañía. ¿Para qué sirve un hombre al lado de una mujer? Le ha servido de tan poco... Cree que tiene el alma arañada con las uñas que algunos hombres usan para tratar con las mujeres»^[29] . Rafael

Alberti, por su parte, vivía los últimos días de su relación torturante con la pintora Maruja Mallo^[30] . El noviazgo entre la artista gallega y el poeta venía de 1925, pero estaba marcado por varias rupturas y reconciliaciones. La última de ellas se había producido a raíz de un accidente de tráfico que colocó a Mallo al borde de la muerte. La muchacha circulaba a gran velocidad en un automóvil que conducía el joven Mauricio Roësset y el vehículo acabó estrellándose. La noticia que corrió de inmediato fue el suicidio

del misterioso acompañante de Maruja, quien, al creerla muerta, se quitó la vida en el lugar del suceso. Resulta curioso que, unos años después del percance, la escultora Marga Gil Roësset, hermana de este joven, se enfrentara a su mismo destino. En 1932, la muchacha, desesperada porque amaba al poeta Juan Ramón Jiménez sin ser correspondida, destruyó toda su obra plástica y se suicidó, dejando al final de su diario una escalofriante despedida: «Oye, Dios, ¿verdad que un amor inmenso, un amor pleno, un amor así como el mío, disculpa

todo?»[31]

El accidente, no obstante, sirvió para que Rafael Alberti regresara con la pintora, a quien estuvo cuidando durante su larga convalecencia. A partir de ese reencuentro, fundamentalmente en 1929, se intensificó la colaboración artística ente ambos. La pintora se hallaba inmersa en su nueva producción plástica, *Cloacas y campanarios*, y el poeta andaluz, ya concluido su libro *Sobre los ángeles*, iniciaba otra serie de poemas (de un surrealismo más hondo y menos hispánico) que, con

el tiempo, recogería bajo el título de *Sermones y moradas*. Pese a tratarse de disciplinas distintas, la complicidad entre ambos era de vértigo a nada que se analicen los paralelismos entre pintura y poesía. El submundo representado por Mallo coincidía con las cenagosas galerías de *Sobre los ángeles* y *Sermones y moradas*. Eran mundos encontrados que pusieron fin a su historia cuando en la vida del poeta apareció la autora de *Memoria de la melancolía*.

«[Maruja Mallo] fue muy importante para mí durante aquellos años maravillosos —

declaraba Alberti mucho tiempo después—. Maruja y yo teníamos muchas cosas en común, compartíamos nuestra concepción del arte, de la vida [...] Éramos muy jóvenes y la verdad es que nos quisimos mucho. Pero apareció María Teresa y lo arrasó todo. Yo nunca pude decirle a Maruja que, a través del tiempo, sobre todo durante los primeros años de separación, la recordé frecuentemente. Coincidimos muy pocas veces, en alguna exposición de pintura creo, y me di cuenta de que ella nunca me había perdonado. Cuando murió, una parte importante

de mi vida desapareció con ella»^[32].

Estas palabras de Alberti tardaron sesenta años en reparar un olvido que se pudo administrar mejor. Hasta entonces, Maruja Mallo y su rastro no sólo fueron deliberadamente borrados de su vida, sino que se convirtieron en tema tabú y sufrieron la omisión de toda evocación biográfica del poeta. La pintora pasó a ser territorio vedado por exigencias, según confesión del escritor gaditano, de su nueva compañera. Y puede que fuera cierto, pero

María Teresa tenía razones para pensar que, pese al deslumbramiento que había causado en su nuevo compañero, los lazos con la artista no serían fáciles de cortar: «Yo me arrancaba de otro amor torturante, que aún me tironeaba y me hacía vacilar antes de refugiarme en aquel puerto. Pero, ¡ah, Dios mío!, ahora era la belleza, el hombro alzado de Diana, la clara flor maciza, áurea y fuerte de Venus, como tan sólo yo había visto en los campos de Rubens o en las alcobas de Tiziano. ¿Cómo dejarla ir, cómo perderla si ya me tenía allí, sometido en su

brazo, arponeado el corazón, sin dominio, sin fuerza, rendido y sin ningún deseo de escapada? Y, sin embargo, forcejeé, grité, lloré, me arrastré por los suelos...»^[33]

En cualquier caso, los matices que rodearon el final de un amor y el comienzo de otro, fuerte y decisivo, los resume Teresa Sánchez Alberti, sobrina del poeta, en un jugoso comentario que se reservó para el año del centenario de María Teresa León: «Aquel amor torturado al que Rafael se refiere es el de Maruja Mallo. María Teresa tuvo siempre celos de

Maruja Mallo. Era una mujer muy celosa, muy inteligente también, una mujer familiarizada con las estrategias de la batalla, que no dudaba en utilizar incluso para combatir los celos. Rafael decía que cuando veía a una mujer que ella pensaba que le pudiera gustar enseguida se hacía su amiga, para intentar así evitar que se interesara por Rafael»^[34].

Con celos o sin ellos, las vidas de Alberti y María Teresa León se unieron a partir de aquel día con la fuerza de dos enamorados de leyenda. Y tanto

perduraría ese encantamiento que en 1952 el poeta volvió a recordar aquel providencial encuentro en casa de Alberto Valero Martín con este bello poema –«Retorno del amor recién aparecido»– de su libro *Retornos de lo vivo lejano*:

Cuando tú apareciste,
penaba yo en la entraña
más profunda
de una cueva sin aire y sin
salida.
Braceaba en lo oscuro,
agonizando,
oyendo un estertor que

aleteaba

como el latir de un ave
imperceptible.

Sobre mí derramaste tus
cabellos

y ascendí al sol y vi que
eran la aurora

cubriendo un alto mar de
primavera.

[...]

Arcos me abriste y mis
floridos años,

recién subidos a la luz,
yacieron

bajo el amor de tu
apretada sombra,

sacando el corazón al
viento libre
y ajustándolo al verde son
del tuyo.

Ya iba a dormir, ya a
despertar sabiendo
que no penaba en una
cueva oscura,
braceando sin aire y sin
salida.

Porque habías al fin
aparecido.^[35]

Aquella noche de 1930 en la
que se conocieron acabó en un
largo paseo por Madrid y con la

promesa de una nueva cita que no tardó en llegar. «Tenía escasamente veintiocho años cuando la conocí – recordaba Alberti en 1987–. ¡Oh, el coche aquél de aquella noche por lugares desconocidos! Yo era bastante pobre entonces, aunque ya comenzaba a ganar algo [...] María Teresa era audaz y me apoyaba en todo»^[36] .

La versión que María Teresa nos ofrece en *Memoria de la melancolía* de aquel paseo nocturno por una ciudad callada, vacía, detenida en el tiempo para ellos, tiene toda la belleza que se

pueda exigir: «Aquel paseo era como el de cualquier ciudad. Se llamaba Rosales. En aquel paseo se había decidido mi vida. ¿Por qué paseamos juntos, nada más conocernos, bajo la noche dulce, propicia a los amantes? No lo sabe la muchacha aquella que había regresado a casa de sus padres después de un matrimonio frustrado. Nunca se explicó por qué sus ojos se detuvieron en los del muchacho. ¡Estaba tan cansada! Le dolían las córneas, no podía seguir mirando a gentes que no le interesaban y su relación con el mundo era misteriosamente oscura.

Comenzó escuchando. El muchacho leía una obra de teatro donde se contaba un milagro. Una santa, hija de moros, llevaba pan a los cautivos cristianos. Su padre el rey la [*sic*] preguntó: “Hija, ¿qué llevas en ese delantal?” Y la muchacha contestó, asustada: “Flores, padre.” Y flores y sonrisas y lágrimas eran para los cautivos. ¡Ah! si a ella le preguntase la gente: ¿Qué llevas en el alma? Lágrimas. Pensándolo, pasea en la noche junto al muchacho desconocido que ha querido acompañarla. Duda que aquel muchacho sirva para ir con nadie

mucho más lejos. [...] ¿Para qué puede servirla ese muchacho que pasea junto a su juventud traicionada? Pero le escucha y siguen hablándose con calma, sacudiéndose los minutos de los hombros para no sentir que van pasando. Son dos siluetas bajo las acacias del paseo donde no hay nadie, nadie, nadie. No recuerda bien si comenzó la luz del día y entonces se miraron trasnochados y resplandecientes antes de separarse. Luego... luego sí que se saludaron ante una puerta que los aisló, los separó, cortándoles las

manos al cerrarse»^[37] .

Gonzalo Menéndez Pidal, primo de la escritora, cuenta que, «Inmediatamente después de aquel encuentro, nada más conocerse, Rafael vino a casa con María Teresa y pasaron dos o tres días en San Rafael, con nosotros»^[38] . Tan convencida estaba la muchacha de que había encontrado el amor de su vida que no dudó en acercarse a Burgos para visitar a su abuela Rosario y que ésta bendijese su felicidad: «Sí, abuela, me voy, sigo el viaje. He regresado para decírtelo: Rafael y yo no

desuniremos nuestras manos jamás. Ya sé, ya sé. Adiós, abuela, adiós, madre. Ya no estoy sola, ya no me contesta el eco cuando hablo en voz alta. Empiezo, empiezo por mi cuenta y riesgo la vida. [...] Abuela, ¿me recibirás cuando regrese? Y mi abuela Rosario contestó: Vuelve. Tú eres mi nieta. Esta casa es tu casa. Nada más»^[39].

UNA HUIDA A LAS ISLAS

El comienzo de aquella relación suscitó muchos comentarios entre conocidos y amigos y levantó cierto revuelo. La pareja, sin embargo, sólo buscaba intimidad para disfrutar del profundo enamoramiento que les embargaba. De ese modo, huyeron de Madrid y pasaron unos días felices en Mallorca, hecho que amplificó el escándalo y saltó a la prensa como noticia de actualidad. El propio

Alberti lo relataba así en 1989: «No se podía andar con ella por la calle, porque la calle se paraba y había tipos que decían piropos muy finos, otros groseros, y yo tenía que ir siempre de guardia... Lo primero que hicimos fue marcharnos a la isla de Mallorca. Todos los periódicos refiriéndose a nosotros dijeron: “George Sand y Federico Chopin se acaban de marchar a las islas Baleares”. Hicieron su pequeña crónica de escándalo. Unas cuantas notas divertidas y yo empecé a vivir con ella»^[40].

María Teresa recordaría

siempre ese primer viaje junto a Rafael con especial dulzura. Su versión íntima, personalísima, de aquella huida a la isla hace entrever las emociones que vivieron frente al Mediterráneo sin importarles otra cosa que su felicidad:

«¡Las islas! Han tenido mucha importancia siempre. Sobre todo cuando decidimos irnos porque aquel Madrid del año 1930 nos parecía poco íntimo, poco silencioso. Necesitábamos oírnos. Creo que susurrábamos, y al levantar un poco nuestras voces nos gustaba que nos respondiese el eco.

Huimos a una isla, hacia la isla venturosa. Nos acogió un puertecito: Sóller. [...] ¡Cuánto mirábamos el mar, un mar diferente! Creo que no había visto nunca Rafael un mar de tantas transparencias, de tantas civilizaciones en el fondo, aunque llegase del Cádiz, fundado por Menesteos, hijo de Peteo, amigo de Ulises. Aquel era el mar embalsado y quieto y feliz sin los vientos atlánticos, libre de la duda: ¿habrá tierras más allá? Al fondo del agua se rizaban los erizos, las estrellas. ¡Dulce mar! ¡Dulces días! En Madrid alguien se había dado

cuenta de la desaparición de un poeta. “¿Quién es la George Sand que ha raptado a Chopin-Alberti? ¿Otra vez idilio en Valldemosa?”, escribieron escandalosamente en un periódico. ¡Qué más daba, si todo estaba decidido!»^[41] .

Los «ecos malignos de lo que algunos sólo creían una aventura» suscitaron también maliciosos comentarios de compañeros de generación como Pedro Salinas, amigo del poeta y admirado profesor de María Teresa, a quien aquél había conocido en Burgos años atrás, como ya sabemos. En la

carta que Salinas envió a Jorge Guillén el 11 de enero de 1931 vertía un jugoso comentario al respecto: «Alberti iba a estrenar ahora su *Santa Casilda*. Pero he aquí, ¡prepárate!, que se ha fugado hace ocho días en compañía de una bella dama, literata mala ella, María Teresa León, a Mallorca como es natural, abandonando en mis manos *Santa Casilda* y [a] Maruja Mallo. Es la AAAAventura. Un disparate: La cosa aún no se sabe por ahí porque Rafael ha desaparecido sin decir nada ni en su casa. Pero yo lo sé todo, como siempre. Creo que volverá, a

tiempo para estrenar. El niño, claro es, va con todo pagado y corona así su historia moral. A mí de todos modos me ha gustado el rasgo, porque me indica que hay algo para Alberti superior a la vanidad y al deseo de éxito. Lo malo es el algo»^[42].

Tampoco sentó bien el idilio en la familia de la pareja, al menos en la del poeta, dada la situación personal de la escritora, separada, pero no divorciada, y alejada de sus dos pequeños. «Recuerdo desde muy pequeña oír hablar a mi madre de María Teresa León –

relata Teresa Sánchez Alberti—. Cuando Rafael, mi tío, se fue a vivir con ella, la noticia no fue muy bien recibida en la casa de mis abuelos. Ella era una mujer casada y con dos hijos, Gonzalo y Enrique, y eso no estaba bien visto en aquella época. Y es que María Teresa era una mujer adelantada de su tiempo [...] yo la recuerdo siempre vestida con pantalones»^[43].

No cabe duda de que María Teresa, para llegar hasta allí, tuvo que romper con los hábitos y costumbres de un mundo burgués,

saltarse leyes y normas y reivindicar el derecho a su propia libertad, a esa libertad que, a pesar de ser mujer, tenía. Y fue la fuerza del amor al poeta la energía que le bastó para enfrentarse a todo. Rafael Alberti definía así la decisión que ambos tomaron nada más conocerse: «Una noche –lo habíamos decidido– no volví más a casa. Definitivamente, tanto ella como yo empezaríamos una nueva vida, libre de prejuicios, sin importarnos el qué dirán, aquel temido qué dirán de la España gazmoña que odiábamos»^[44] .

Había empezado una nueva vida para ellos, ahora en común, y lo supieron celebrar en una isla amable de espaldas al mundo. El regreso a la realidad tuvo, no obstante, sus tropiezos. Según Alberti, «De regreso a Madrid, en avión desde Barcelona, una tremenda tempestad por los montes Ibéricos nos obligó a un forzoso aterrizaje en Daroca, ciudad aragonesa de murallas romanas, aislada y dura como un verso caído del *Poema del Cid*. Nos recibieron, en medio de la nieve de aquel aeródromo de socorro, pastores que agobiados en sus zaleas

parecían más bien inmensos corderos. Dos días pasamos allí en una fonda, visitando, amigos del cura, la magnífica colegiata»^[45].

A la vuelta de Mallorca, ya en la capital, decidieron vivir juntos. María Teresa dejó el domicilio de los Menéndez Pidal, y Rafael, la casa de su hermano Vicente, ya casado, con el que compartía hogar hasta ese momento. Las razones que daba el poeta en *La arboleda perdida* parecían más que convincentes: «¿Qué hacer entonces allí, triste, en mi cuarto, el alegre *triclinio* de otros días? Con

María Teresa me pasaba las horas trabajando en algunos poemas o ayudándola a corregir un libro de cuentos que preparaba»^[46] . La decisión de vivir juntos, haciendo caso omiso de las murmuraciones, no era tan fácil, dado que María Teresa aún no estaba divorciada. Para que su primer matrimonio se disolviera legalmente tendrían que esperar tres años, una vez aprobada la Ley de Divorcio entre grandes controversias y fuerte oposición por parte del racial conservadurismo español. La sentencia que desligaba legal y

definitivamente a la escritora de su primer esposo se rubricaba en Burgos a 24 de julio de 1933; después, como señala Benjamín Prado, «gracias a las buenas artes, las influencias y, sobre todo, a la perseverancia de su madre, doña Oliva Goyri»^[47], el matrimonio de su hija con Gonzalo de Sebastián se anuló canónicamente.

Una vez juntos, Alberti tuvo el detalle de regalar a María Teresa un objeto de gran valor personal. Se trataba de un ejemplar de su libro *Marinero en tierra*, ilustrado con sus manos, y que guardaba la

sorpresa, entre las páginas, de una nota olvidada de Antonio Machado en la que razonaba limpia y brevemente su voto para el Premio Nacional de Poesía de 1924: «Mar y Tierra. Rafael Alberti: Es a mi juicio el mejor libro de poesía presentado al concurso. Antonio Machado». La escritora nunca se desprendió ni del libro ni de aquellas palabras del poeta de *Soledades*, que sacaba alguna tarde para acariciarlas: «A veces, paso los dedos sobre la escritura de Machado desvaneciéndose, quisiera detenerla. Rafael me hizo con este libro su primer regalo. Así

volvió a mí la imagen de aquel poeta que yo conociera con los pies sobre el braserillo pobre, consolando a un amigo»^[48] .

Aquel año de 1930 se cerraba con inquietantes novedades también en el país; un año que pasaría a la historia por la dimisión forzada de Miguel Primo de Rivera, su salida hacia el exilio y su muerte en un modesto hotel de París en la más completa soledad. El dictador veía de este modo cómo su lealtad a la patria y los altos valores que compartió con el coronel Ángel León eran pagados con el abandono

y el olvido. «Ni él ni sus colaboradores más directos – comenta la historiadora Ángeles Barrio– [...] pudieron comprender la poca benevolencia de la ciudadanía con lo que ellos consideraban un balance muy positivo de un régimen, que habría librado a España del separatismo, del sindicalismo, del déficit y de la guerra»^[49] .

¡VIVA LA REPÚBLICA!

El primer domicilio madrileño de María Teresa y Rafael, situada en el número 45 de la calle Marqués de Urquijo, era una espléndida azotea que hacía esquina con el paseo de Rosales, frente al parque del Oeste, y gozaba de unas maravillosas vistas al Guadarrama, «a veces iluminado de nieve». La pareja presumía de habitar un piso que antes había sido estudio del pintor Zuloaga. Si el tiempo lo permitía,

hacían vida en la terraza, un espacio amplio y privilegiado que, gracias a las manos de la escritora, se transformó muy pronto en un jardín colgante. A ella comenzaron a llegar amigos que, en poco tiempo, descubrieron a la verdadera escritora, ésa que, lejos de la fama de mujer áspera y dominante que se había extendido por los círculos intelectuales de la capital, mostraba las cartas limpias de su hospitalidad y de su inteligencia. De ello pudieron dar fe los visitantes más habituales de la vivienda: Luis Buñuel, José Herrera Petere, Concha Méndez, Manuel

Altolaguirre, Arturo Serrano-Plaja, José Bergamín, y, más adelante, Pablo Neruda, en cuanto fue nombrado cónsul de Chile en Madrid. Para regocijo de la pareja, un día que tenían a César Vallejo de invitado, recibieron la visita de Unamuno. «¡Cuánto le gustaba hablar! —confesaba María Teresa León en sus memorias—. Un día llegó temprano. ¿Quiere almorzar con nosotros, don Miguel? Claro, claro. Al terminar, comenzó a leernos una de sus obras de teatro. ¡Qué maravillosa tarde! ¿Tomaría usted una taza de té, don Miguel? Sí, sí, té. Y seguimos oyéndole leer y

hablar, sin hacer ruido, con las manos juntas para no molestarlo, para no interrumpir el espectáculo de su talento. ¿Don Miguel, cenamos? Y cenamos y seguimos hablando, bueno, siguió hablando con su talento abierto, desplegado, y nosotros, Rafael y yo, con la boca abierta, le acompañábamos con los ojos, felices de que se encontrara feliz. Cuando se levantó para irse, aún se rebuscó en los bolsillos. Creo que tengo aquí algo que le gustará a Alberti. Es para un nieto nuevo:

La media luna es cuna,

cuna,
¿y quién la mece?
Y el niño de la media luna,
¿para quién crece?

Nos despedimos de él con el corazón desbordando. ¡Qué maravillosa juventud! Gracias, don Miguel, hasta pronto, hasta pronto. Venga, venga siempre. Sobre la mano nos había dejado, viva, una pajarita de papel»^[50].

La vida rodaba para ambos escritores a un ritmo veloz. Desde el principio, intercambiaban apoyos. A comienzos de 1931,

Rafael Alberti tenía prácticamente acabada su obra teatral *El hombre deshabitado*, hecho que coincidió con la presencia en España de la actriz mejicana María Teresa Montoya, a quien la autora de *Juego limpio* había conocido dos años atrás en Buenos Aires. La compañía de la actriz, después de un estreno poco afortunado, buscaba una obra española para llevar a la escena, y es aquí donde la intervención de nuestra escritora pareció ser decisiva para que Alberti concluyera la pieza dramática en una semana y María Teresa Montoya la estrenara el 26

de febrero en el Teatro de la Zarzuela de Madrid. Todo parecía ir sobre ruedas para la pareja, pero entonces, el poeta gaditano, que «aún seguía siendo el mismo joven iracundo –mitad ángel, mitad tonto– de esos años anarquizados», provocó una batalla literaria al final de la obra. Alberti era muy dado a polemizar en aquel tiempo. Famosas habían sido sus diatribas dirigidas a Juan Ramón Jiménez, su reciente comedia satírica, *Auto de fe*, en la que atacaba a la *Revista de Occidente* y a su director José Ortega y Gasset, así como a algunos personajes de la tertulia

del café Pombo, con mensaje envenenado al pontífice de aquellas reuniones, su admirado Ramón Gómez de la Serna. Pero en este caso, Alberti se encontraba en un teatro lleno de público, su obra había concluido con éxito y sólo debía saludar cuando fue reclamada su presencia. Sin embargo, como relata el propio escritor, al irrumpir con su mejor sonrisa en el escenario, entre las ovaciones finales, gritó: «“¡Viva el exterminio! ¡Muera la podredumbre de la actual escena española!” Entonces el escándalo se hizo más que mayúsculo. El teatro, de arriba

abajo, se dividió en dos bandos. Podridos y no podridos se insultaban, amenazándose. Estudiantes y jóvenes escritores, subidos en las sillas, armaban la gran batahola, viéndose a Benavente y los Quintero abandonar la sala, en medio de una larga rechifla»^[51]. Hubo pelea y hasta tuvo que intervenir la policía. El episodio se completa con la prosa que María Teresa León dedicó al suceso en *Memoria de la melancolía*. En esas páginas añade: «Se desmayaron románticamente algunas señoras, aunque el

romanticismo del desmayo no estuviese de moda. Tiraba de Rafael la pobre actriz, pensando que su éxito estaba perdido entre aquel tumulto que amenazaba con dar al traste su temporada de Madrid. [...] Los que estaban junto a mí, aplaudían. Sí, ya es hora. ¡Fuera Benavente! Los jóvenes del equipo de rugby de la Universidad de Madrid avanzaron hacia el escenario para proteger al autor. Uno de ellos gritaba: ¡Se acabó la cursilería teatral! ¡A casa, Benavente! Alguien comentó junto a mí, mientras íbamos hacia el escenario: ¡Qué manera tan rápida

de cambiar los tiempos!»[52]

Pese al altercado que provocó, *El hombre deshabitado* siguió en cartel y hasta acogió, en su última representación, un pequeño mitin en el que se leyeron mensajes de apoyo a Unamuno, recién llegado del destierro en Fuerteventura, París y Hendaya, y a Alcalá-Zamora, en nombre del comité republicano, que estaba en la cárcel. Se respiraba una gran tensión en el país que pronto estallaría con la caída del rey y la proclamación de la Segunda República.

En medio de aquel ambiente, María Teresa y Rafael emprendieron un viaje de placer hacia tierras gaditanas. Visitaron Rota, Cádiz y Jerez, donde se encontraron con Ignacio Sánchez Mejías, gran y viejo amigo del poeta. Fue el encuentro de Rafael con su bahía, con su mar de la infancia. «Cádiz al frente y toda la playa, todo el mar para nosotros». Pero no fueron muchos los días de aquella escapada al sur porque un hecho trascendente les obligó a volver a Madrid. En el hotel de Rota sonó el teléfono y se oyó la voz de doña Oliva al otro lado

anunciando a su hija, desde la alegría, la proclamación de la República. «Una vieja bandera con su morado desteñado... El sol de la playa... las retamas... las conchillas que podían cambiarse por besos»^[53] .

Cuando salieron del hotel, las calles del pueblo bullían de entusiasmo. En la torre del ayuntamiento de aquel pueblo gaditano vieron ondear una bandera tricolor de 1873. Alguien la había colocado allí mientras en un gramófono malsonaba una vieja placa con el himno de la

Marsellesa, llenando el aire de aromas liberales. Era un día de fiesta mayor para España.

A su regreso de Andalucía, la pareja se contagia del entusiasmo que se respira también en la capital. Y aprovechando esa inercia, el poeta andaluz escribe de una tirada una nueva obra teatral, esta vez de marcado contenido político: *Fermín Galán*, mártir y «héroe de la transformación de España»^[54]. La pieza, que fue estrenada el 1 de junio de 1931 en el Teatro Español con Margarita Xirgu como protagonista, contenía

una escena que no convencía, como indica Antonio Colinas, «ni a tirios ni a troyanos, ni a monárquicos ni a republicanos»^[55] . En ella aparecía la Virgen con fusil y bayoneta calada auxiliando a un grupo de sublevados. El escándalo volvió a repetirse y hubo que bajar, aquel día de clamoroso estreno, el telón metálico que sólo se empleaba para las grandes emergencias. «Yo creo que la conciencia republicana aún no había formado su primer capullo – apunta con gracia María Teresa León–. Era una novedad absoluta.

El escándalo tuvo cola. Paseándose por el Retiro unos días más tarde, Margarita Xirgu se vio abordada por una señora que la abofeteó, diciéndole furiosa: «¡Toma, por cochina republicana!»^[56]

Para Pedro Salinas, que parecía tener fijación con la pareja, las nuevas escaramuzas de Alberti seguían siendo fuente de inspiración de sus misivas a Jorge Guillén, en las que también dejaba traslucir su misoginia: «Los hay que no se resignan a desaparecer de la cartelera. Estrenan *Fermín Galán*. ¡Qué desastre, chico!

Reinaba tal unanimidad en la censura que yo fui, anteanoche, al teatro esperando que me gustara. Pero pronto se me pasó. [...] La obra es una hábil combinación de Komintern, Dicenta, Baralt y pseudo Alberti. Y lo peor es que no se ha equivocado, como dicen los cándidos. Ha ido a eso, nada más que a eso, con un cinismo y una desvergüenza superangélicas. Necesito apelar a la historia del toreo, recordar las faenas del Gallo en su máximo descaro para encontrar algo comparable. [...] Infecto, chico. Y todo quizá por influencia de la dama

enamorada»^[57] .

LUNA DE MIEL EN PARÍS

Tras el estreno de *Fermín Galán*, María Teresa y Alberti emprendieron un nuevo viaje. Esta vez fue Francia el destino de una luna de miel interrumpida por imperativos políticos. Los planes de la pareja eran claros: pasar el verano en la isla de Port-Cross, en la mansión del poeta Jules Supervielle, amigo personal de Manuel Altolaguirre; y trasladarse luego a París, alojándose en la casa

del escritor René Crevel hasta bien entrado el invierno. Al parecer, el viaje se sufragó en parte con los artículos que Alberti iba enviando al diario *El Sol* de Madrid, de modo informal, a modo de crónica de su periplo francés. Lo que quedó muy claro, por las palabras que dejó escritas María Teresa, es la felicidad que compartieron aquellos meses en los que estrecharon amistades y afectos con André Gide, Pablo Picasso, Manuel Ángeles Ortiz, César Vallejo, Miguel Ángel Asturias, Henri Michaux, Arturo Uslar Pietri, Alejo Carpentier, Marc Chagall...

«¡Tiempos felices! Pilar y Jules Supervielle, los niños que jugaban de almena en almena, las islas Hyeres todas tendidas e indolentes y Port Cross, pequeña y tupida y verde y tan enmarañada, donde estaban prohibidos los automóviles y caminábamos entre advertencias para que nadie fumara, para que nadie encendiera fuego, para que los pájaros fueran respetados... Isla con apenas cuatro vecinos. Al otro lado de la isla vivía Jean Paulhan, director de la *Nouvelle Revue Française* en una casa donde por la noche aún se escuchaban los pensamientos

atrevidos del amante de Lady Chatterlay, los que Lawrence no se atrevió a escribir y dejó sueltos. Era la soledad con todos sus encantos la que nos rodeaba. ¡Qué felices fuimos! A veces, algún barco de vela pequeño llegaba del continente. Uno de ellos trajo a André Gide. Cuánto se divertieron Julio y Rafael recitándole las comedias que ellos repentizaban»^[58].

En París, tal y como habían previsto, residieron en la vivienda de la rue Nicoló que les dejó René Crevel, un inquietante poeta

surrealista que acabó suicidándose en 1935. Esos meses en la capital francesa frecuentaron, como ya se ha sugerido, a César Vallejo y a los novelistas hispanoamericanos Alejo Carpentier, Miguel Ángel Asturias y Uslar Pietri. Con ellos se reunían en el café *Víctor Hugo*. Visitaron el estudio de pintor Marc Chagall, en el barrio de Auteuil, donde contemplaron, como en una fábula imposible, los cientos de cuadros de vacas que se repartían por toda la casa, por todas partes. «Era la época –dice Alberti– en que por la pintura de Chagall se paseaban de preferencia las vacas,

subidas a los tejados, entre los novios voladores, los ramos floridos, los violinistas pordioseros, todo aquel mundo de prodigiosa fábula, envuelto por neblinas azuladas y rosas, lleno de encanto ingenuo, popular, de una honda melancolía ruso-hebrea»^[59]. Y fue esa melancolía de Chagall la que impregnó el corazón y el pensamiento de María Teresa para que, tres años más tarde, publicara *Rosa-Fría, patinadora de la luna*, delicioso libro de cuentos, como así veremos, inspirado en la pintura

del artista francés.

Pese a éste y otros descubrimientos que encantaron a nuestra escritora en su experiencia en tierras francesas, María Teresa León se quedaría siempre con su primer encuentro con Pablo Picasso:

«Nos encontramos la primera vez con el genial fabricante de monstruos y maravillas en un teatro, el Teatro Atelier, que dirigía Dullin y donde se representaba una versión de *Como gustéis*, de Shakespeare, debida al poeta franco-uruguayo Jules Supervielle, tan amigo nuestro. Creo que era el

1931. De pronto, nuestros ojos tropezaron con la cara del andaluz universal, deslumbrándonos. [...] Al día siguiente de nuestro encuentro en el teatro, nos recibió Pablo Picasso, abriéndonos él mismo la puerta. Cuando este hombre aparece, hay una fosforescencia rodeándole. [...] Nos aceptó cariñosamente, bondadosamente. [...] Hablamos un momento y nos invitó a subir a su taller. Cualquiera pensaría que Picasso pintaba en un taller suntuoso. El taller de la rue Boétie era una simple guardilla abarrotada, con un tablero colmado

de libros y cartas abiertas y sin abrir, seguramente todas sin contestar. En un caballete, ya no recuerdo qué cuadro sin concluir. [...] Seguimos encontrándonos mucho después de aquella tarde. Uno de los alicientes de volver a París era sentarnos cerca de él y de Dora Maar...»^[60]

Aún a riesgo de pecar de reiterativos, no nos resistimos a reproducir a continuación la versión que del mismo episodio – ese primer encuentro con Picasso – ofrece Rafael Alberti en *La arboleda perdida*. El contenido es

casi el mismo pero no la forma de servirlo al lector, ya que elimina en todo momento la presencia de María Teresa –tan generosa y enamorada siempre– y convierte el encuentro con el genial pintor en una experiencia exclusiva en la que participaron, según él, sólo el poeta y el artista:

«Y se me presentaron, en medio del frío ya oscurecido, las pupilas insostenibles del pintor, cuando se me arrancó en el patio de butacas del teatro Atelier –era en París, 1931– para darme la mano, durante uno de los entreactos de una obra de Shakespeare, a la que

asistíamos los dos [...]. Es mi primera imagen de Picasso, que no olvidaré nunca y que se me repite y cuento con frecuencia. Cuando al día siguiente, a petición del propio pintor, fui a verle a su casa –23, rue de la Boétie–, al abrirme él mismo la puerta volví a sentir, igual que en el teatro, la presencia de un toro, mezclado esta vez –minotauro– con algo de ganadero [...]. Recuerdo que me pasó primero a una sala oscura, de la que surgió, al abrir los balcones, toda la luz lujosa de una sentada cuadrilla de toreros, llameantes de sedas de colores, desde el naranja más enfurecido

hasta el verde más iracundo. Eso parecían, eso eran en realidad, el sofá y las butacas de aquella sala [...]. Después me hizo subir a su *atelier*, una simple buhardilla abarrotada, con un tablero inundado de libros, cartas abiertas y sin abrir, dibujos, lápices... Era pequeño aquel estudio, no sobrando al pintor ni el suficiente espacio para trabajar cómodo. En el centro, extendida, grande, como una ventana abierta de par en par a un precipicio, la obra en ejecución...»^[61]

El poeta gaditano añade, al

final, la anécdota del perro de Pablo Picasso. Según Alberti, el pintor le acompañó hasta la calle y aprovechó el momento para sacar a su maravilloso ejemplar de perro afgano que, «según su dueño, tenía la particularidad de no querer orinar si no se le abrían sobre el pavimento, y en el centro de la calle, las páginas del diario *Paris-Soir*.

»—¿*París-Soir*, precisamente?
—le pregunté.

»—Sí, sí —me respondió riendo Picasso—. Él sabe muy bien dónde hace sus cosas»^[62] .

PRIMER VIAJE A EUROPA

A su regreso a España, ya en 1932, la Junta de Ampliación de Estudios pensiona a los escritores para viajar por Europa y estudiar las corrientes teatrales en varios países del continente, además de adquirir una sólida formación dramática y una nueva visión del arte. El proyecto les iba a permitir conocer Alemania, la Unión Soviética, Dinamarca, Noruega, Italia, Bélgica y Holanda, y enfrentarse a

experiencias únicas y decisivas que no sólo marcarían sus vidas sino que les darían a éstas un nuevo rumbo.

La víspera de aquel viaje, con los equipajes listos para emprender una verdadera aventura, María Teresa y Rafael acudieron a la tertulia organizada por el diplomático chileno Carlos Morla Lynch en su nuevo domicilio situado frente al parque del Retiro. Dada la prolongada ausencia que anunciaba la pareja, al día siguiente fue despedida en la estación por Federico García Lorca, Manolo Altolaguirre, Rafael

Martínez Nadal, Concha Méndez, Ignacio Sánchez Mejías, *La Argentinita* y el propio Morla Lynch. Este último dejó anotados en su diario, los días 3 y 4 de noviembre de 1932, algunos comentarios de interés sobre los amigos que partían:

«Después de una larga ausencia, asiste hoy a la tertulia Rafael Alberti, acompañado de la interesante persona que comparte actualmente su existencia. Inteligente, dueña de una personalidad fuerte, la creo un poco dominante. Todo hombre —y más aún si realiza una misión en la

vida— necesita a su lado — abiertamente o entre bastidores— el apoyo de una mujer.

»Parten mañana para Moscú por tiempo indefinido [...] Se marchan temprano. Los iremos a dejar en la estación a pesar de que soy contrario a ese afán tan generalizado de prolongar las despedidas. Lo lógico sería acortar lo más posible los momentos penosos de que está llena la vida»^[63] .

El primer destino de María Teresa y Rafael fue, en efecto, la URSS. Allí adquirieron un

compromiso político firme y definitivamente inquebrantable. Se asentó en ellos la ideología comunista que les acompañaría a lo largo de la vida sin apenas renuncias, casi como un signo de identidad. La visión que dieron de la Unión Soviética que descubrieron en ese primer viaje, como otros intelectuales y escritores que la visitaron en los años veinte y treinta, era una estampa perfecta de prosperidad, optimismo y armonía. Tal es el tono de las crónicas que Alberti, con el título de «Noticiario de un poeta en

la URSS»^[64] , fue publicando por entregas en el semanario *Luz* entre julio y agosto de 1933. En ellas, el poeta hacía sus primeras referencias al milagro revolucionario ruso, que ocupaba toda la atención de la pareja, y también daba cuenta de las amistades y los contactos que iban entablando con escritores revolucionarios como el poeta y profesor Fédor Kélin, Ivanov, Aséyev, Gladkov, Kirsanov, Tretiakov, Boris Pasternak y Louis Aragon, siempre acompañado de su mujer Elsa Triolet. Ambos dejaron

constancia de la admiración que el pueblo ruso sentía por la cultura española. Rafael Alberti llegó a escribir que «Don Manuel de Falla es de los músicos más admirados [...] También se representa nuestro teatro: *Fuenteovejuna*, como aquí se sabe; *La dama duende*, de Calderón; *La villana de Vallecas*, de Tirso. Y en Georgia, con los trajes del país, se ha puesto en escena *Los intereses creados*, de don Jacinto Benavente»^[65].

Durante los dos meses de estancia en Moscú, tras pasar unos días en el hotel Novo

Moskovskaia, fueron alojados en la Casa de los Escritores. Allí entablaron una especial y larga amistad con el hispanista y escritor Fédor Kelin^[66], hombre de aspecto triston y carácter taciturno, casado con la traductora L.A. Teleshova. Como miembro del MORP (Unión Internacional de Escritores), era el encargado de atenderles, de acompañarles e incluso de invitarles a permanecer más tiempo en Moscú y hacerse cargo de los gastos. «Los Alberti llegaron un fin de semana de principios de diciembre y,

desgraciadamente, en uno de los días más desapacibles de nuestro gélido clima moscovita. Recuerdo muy bien las circunstancias de este encuentro...»^[67] , escribía Kelin en un artículo publicado en la revista *Literatura Internacional* en 1934.

En la capital rusa fueron invitados por los escritores y poetas soviéticos a sus casas, conocieron su hospitalidad y narraron, con ciega candidez, una vida idílica y feliz que se ajustaba bien poco a la realidad política del país de Stalin, donde ya habían

comenzado las campañas de depuraciones. «Sabemos cómo viven –escribía el autor de *Marinero en tierra*–, sabemos lo que sus obras les producen, la alegría que les traen los miles y miles de ejemplares editados, el saberse traducidos a innumerables dialectos y leídos por millares de hombres que ahora empiezan, después de tantos siglos de oscuridad, a tener derecho a la cultura»^[68].

Con la ayuda de un intérprete, aprovecharon aquellas semanas para realizar traducciones al

español de poetas rusos como Maiakovski, Pasternak y Aleksandr Blok; también del español al ruso de algunas composiciones de García Lorca, Juan Ramón Jiménez y Antonio Machado. Visitaron, como recuerda Alberti, la casa de Lili Brik, viuda del poeta Maiakovski, y allí mismo celebraron su primer encuentro con Louis Aragon y su esposa Elsa Triolet, hermana precisamente de Lili. «Entre caviar, té y raros dulces orientales, se recitaron poesías. Los poetas soviéticos conservan aún cierto sentido juglaresco de la poesía. Más que

recitar, representan. Cada uno a su modo. Sienten –y creo que esto ha cambiado poco– una excesiva predilección por la onomatopeya. [...] Yo tuve que improvisarles una corrida de toros, toreando una silla que había en el centro de la sala. Louis Aragon, en francés, y a éste ya sí le entendimos, nos dijo “La toma de poder”, poema de su último libro: *Los comunistas tienen la razón*». Recordaba el escritor gaditano que en aquella velada se respiraba el recuerdo del desaparecido Maiakovski y que Brik, uno de sus amigos más cercanos, recitó el poema que

escribió unos días antes de suicidarse: «Releímos la carta que el poeta dejó sobre la mesa, poco antes de sonar los disparos: “Quisiera que no se hiciesen historias sobre mi muerte y menos de las causas amorosas de mi suicidio”. Maiakovski se había enamorado de una actriz joven. Al acabar Brik la lectura del poema y de la carta, todos los invitados de aquella noche guardaron un emocionado silencio, sintiendo la presencia de Vladimir Maiakovski, el primero y más grande poeta de la Revolución de Octubre»^[69] .

Tras pasar la Navidad en la URSS viajaron a Alemania. El paisaje que iban a presenciar invitaba al desánimo e incluso al horror. Hitler ya había escalado al poder y una legión de hombres atemorizaba a niños, muchachos, jóvenes y viejos por las calles y avenidas de Berlín. Los escuadrones comenzaban a actuar en Alemania. Eran los prolegómenos del nazismo y por todo el país se iban viendo pequeñas cruces gamadas sobre banderas que se colocaban por todas partes. María Teresa relata en sus memorias que las primeras que

ellos vieron navegaban sobre el Rhin, sostenidas sobre la corriente con algún artificio que las mantenía a flote. Eran como una plaga, pero aún carecía de significado para la pareja, que después las verían crecer, ondear, extenderse y multiplicarse. «Comprobamos que cuando iban en la solapa de la gente o en el brazal de los S.S., los ciudadanos de Berlín temblaban y hasta los viejos cedían las aceras y bajaban a la calzada para que pasasen aquellos jóvenes impetuosos que, pisando militarmente, iban a comprar tabaco o a beberse una cerveza.

Todos los actos de la vida estaban regidos por ese paso militar y por fanfarrias invisibles. Poco a poco se enardeció el aire. La gente hablaba menos. Un día, estando Rafael en la Universidad de Berlín dando una conferencia sobre poesía tradicional española, pisotearon a una muchacha. Pero ¿por qué? Y nos dieron una contestación cortante: es judía»^[70].

Vivían en la Rankestrasse, en la Pensión Latina, donde coincidieron, poco después de llegar a Berlín, con la escritora Rosa Chacel. La novelista ya había

sufrido la mirada desafiante y desdeñosa de los paramilitares que, en alguna ocasión, la habían confundido con una muchacha judía. El encuentro de ambas fue especialmente beneficioso para María Teresa León, que se reveló ante los ojos de la autora vallisoletana como quien era y no como la joven autoritaria, frívola y sin talento que corría de boca en boca desde su unión con Alberti. Rosa Chacel, que la trató muy de cerca aquellos días berlineses, se vio felizmente sorprendida de que nuestra escritora se hubiera transformado en «un ejemplar

perfecto de trabajo y de sacrificio. Aquella niña que había desarrollado tanta belleza, estaba allí, en un cuarto de hotel, vestida elementalmente, escribiendo a máquina horas y horas durante una larga gripe de Rafael. María Teresa, en aquel invierno, era incansable. Yo no recuerdo –ni sé si jamás lo supe– qué asuntos del Partido la ocupaban; copiaba innumerables páginas, resolvía exigencias editoriales y atendía a conflictos de amigos. A mí misma me ayudó a entenderme con algún secretario del Instituto de Lenguas Románicas, donde yo tenía que dar

una conferencia. [...] Mi amistad con María Teresa se hizo muy – podría decir– femenina, esto es, confidencial: también a veces escolar, o sea, ayuda psicológica para resolver problemas acuciantes»^[71].

Comenta Benjamín Prado que, según Alberti, la confidencialidad a la que se refería Rosa Chacel provenía de ciertas desavenencias –o de «una depresión intelectual», como la llamaba la hispanista Shirley Mangini– con su marido, el pintor Timoteo Pérez Rubio, con el que llevaba casada desde 1922, y

que había ido a Berlín para encontrarse con «un amante secreto con el que vivía, lejos de España y de la familia, una apasionada aventura que la hacía sentirse, al mismo tiempo, feliz y culpable»^[72].

Lo cierto es que María Teresa recordó a su compatriota con verdadero afecto y admiración, como evoca en su recuerdo de aquellos días: «Y a nuestra Rosa Chacel, tan luminosamente morena e inteligente, los jóvenes nazis la miraban desdeñosos, extendiendo luego sobre sus caras el periódico

para que ella no pudiera mirarlos. Eso se perdían»^[73] . Y también resultaba visible que la autora de *Memorias de Leticia Valle* guardaría para siempre la adorable imagen de una escritora amiga: «El mito de María Teresa era verdad y también era mentira –confesaba a Benjamín Prado en 1988–. Las cosas no suelen ser así, tan blanco o negro como luego quieren contarse. Era, como siempre se ha dicho, una persona dominante, que siempre conservó, eso sí, su sectarismo e intransigencia política, y le gustaba organizarlo

todo a su manera; pero también era generosa con los demás y, si te tomaba cariño, se desvivía por ayudarte. Conmigo, en aquellos años de Berlín, se portó magníficamente bien»^[74] .

Luego vendrían los paseos por Victoria Platz o las veladas en los cafés de la Kurfürstendamm, sin olvidar el primer encuentro con Bertolt Brecht, a quien verían de nuevo en 1956, poco antes de su muerte. «Cuando nos recibió Bertolt Brecht nos pareció encontrarnos ante uno de esos frailecitos de franja lisa sobre los

ojos, compañeros de San Francisco»^[75] . Sin embargo, el aire se hacía irrespirable en la capital alemana. Apenas había resistencia ya contra el vendaval de las juventudes hitlerianas: «salimos por las calles de Berlín llenas de jóvenes –cuenta María Teresa–, de banderas rojas, de himnos que nunca más volverían a oírse. Sí, nunca más. Algunos viejos se tragaban junto con sus lágrimas las palabras de *La Internacional*. ¿Sería la última? Sí, nosotros hemos cantado esa última Internacional, después... Después

llegó Hitler»^[76] .

Y después también llegó el miedo, el incendio del Reichstag, y el asalto por dos veces de la pensión donde se hospedaban. Mientras dormían, a altas horas de la noche, abrieron bruscamente la puerta del dormitorio y entraron con linternas que enfocaban contra los ojos de María Teresa y Rafael, cegándolos. Era la policía alemana que venía a pedirles la documentación. «Por un momento, pensé que nos iban a matar. Lo registraron todo y después se fueron, lanzándonos miradas

amedrentadoras», comentaba Rafael Alberti.

Ante aquello, decidieron dejar Berlín y viajar hasta Holanda, donde asistieron al Congreso Internacional de la Paz, que presidía el escritor francés Henri Barbusse. «¡Qué frágil era! — exclamaba nuestra escritora—. Nos dijeron que sus pulmones, gaseados en la guerra del 14, se negaban a respirar y, sin embargo, respiraba, hablaba, convencía. ¡Qué gran amigo nuestro fue! Barbusse ha sido uno de los hombres claves [sic] para nuestra generación. Se había atrevido a decir que la guerra

no era hermosa, ni las fanfarrias militares la gloria, ni el heroísmo más que el sacrificio inútil y ridículo de la valentía. Mejor emplearse en otra cosa. Mejor la paz, la valentía de defender la paz»^[77].

Siguieron el viaje hacia Noruega. «¿Por qué Noruega? No sé. Puede que respondiese a una broma de Rafael cuando se cansaba de oírse llamar poeta andaluz: ¿Andaluz yo? ¡Pero si soy noruego!» Hicieron el viaje Ámsterdam-Stavanger en el *Ariadna*, un barco viejo que

cabeceaba entre las olas. Tras un pequeña escala en Dinamarca, la travesía hasta Stavanger fue la mayor odisea que María Teresa llegó a vivir en el mar. Su relato de la aventura, con el contrapunto de un esposo profundamente dormido en el camarote, sin percatarse de nada, merece figurar en la antología de las grandes hazañas oceánicas, junto a pasajes de *Moby-Dick* o de las mejores novelas de Jack London:

«El barco empezó a tragar mar poco a poco. [...] Poco a poco todo se fue poniendo turbio. Las olas nos cortaban las sílabas, el

aliento. ¡Adiós los recuerdos de aquella Holanda donde las muchachas en bicicleta sonreían con pena al vernos solamente peatones! ¡Por favor, un poco de tierra firme para una bicicleta! Nadie nos hacía caso. Los marineros se calaron sus impermeables amarillentos, echándose sobre los ojos la capucha de los pescadores de ballenas, volviéndome a los ojos aquel anuncio del horrible aceite de hígado de bacalao, terror de nuestra infancia, con pescador y el pescado a las espaldas. Lo que llevaban a hombros en aquel

momento era la tormenta más imponente que yo había visto en mi vida. Todo el barco estaba silencioso. Nadie se había acercado a comer, a pesar de los pesebritos que pusieron para que no resbalaran los platos. Volví al camarote: “Rafael, despierta.” Estamos no sé dónde, sube y baja la luz de un faro como si la tierra enloquecida se moviese. Claro que debemos de ser nosotros los del baile. Es fantástico. Rafael siguió durmiendo. Yo volví a cubierta. El espectáculo me mantenía agarrada a un hierro sin acertar a saber si comenzaba la creación del mundo o

estaba a punto de concluirse. Todo alrededor mío gritaba. Nunca he escuchado más palabras, más gemidos, más advertencias, más gritos. Las olas se amontonaban voluntariosas, alborotadoras, continuas, golpeando tozudamente contra el casco de la nave: Ganaré yo, gritaban. A veces se subían hasta la cubierta y se largaban luego después de chuparlo todo, dejándolo resbaladizo, posible sólo para los marineros de grandes botas de goma que luchaban por amarrar algo que peligraba. Uno de ellos me vio y, riéndose pesadamente e injuriándome en su

lengua, entre dos ráfagas de viento me agarró de un brazo, abrió una puerta y me metió dentro como quien tira un paquete. Tuve que resignarme a mirar por un cristal cómo todo se lo iba tragando la madrugada, la cual puso orden en los horizontes desatados, enviando los vientos a su casa y las nubes a su guarida. Rafael, despierta. Te has perdido una noche extraordinaria. Estamos entrando en Stavanger»^[78].

Poco después zarparon hacia Bergen, esta vez por un mar dócil y manso que les llevó a un puerto

tranquilo. Allí conocieron la hospitalidad noruega, las construcciones de madera, los bosques y las ardillas, las montañas siempre nevadas. En Oslo, como recuerda Estébanez Gil, María Teresa tuvo ocasión de manifestar su burgalesismo. La escritora sitúa la anécdota en un albergue de montaña. Al parecer, unas mujeres con las que había entablado cierta amistad, intentaban encender fuego en una enorme chimenea de leña. Nuestra escritora estaba cansada de escuchar de aquellos lugareños el viejo tópico del sol español, «nos lo repetían

cada vez que nos encontraban».

«Acarrearon astillas, ramas, troncos. Era como mirar un ballet. De cuando en cuando me sonreían como repitiéndome: ¡Oh, claro, usted con su país de sol...! Yo me senté a esperar el milagro. Llegó el momento. Encendieron una cerilla, después otra y otra y otra. ¡Cuánto humo! ¿Habrán hecho nido los pájaros en la chimenea? Estaban tan desconcertadas, que murmuré humildemente: ¿Me dejan intentar a mí? Soy de Burgos. Maliciosamente burlonas, me tendieron la caja de cerillas. Me arrodillé. Arreglé troncos, ramas y

papeles a mi aire. Acerqué la llama y... se encendió. No volvieron a hablarme de mi país de sol. ¡Pobres! Tuve que aclararles que en Burgos no hay más que dos estaciones, la del invierno y la del ferrocarril»^[79] .

De Noruega volvieron poco después a Alemania de nuevo, esta vez a Hamburgo. A los pocos días regresaban a España.

Las consecuencias de aquel viaje se apreciarían muy pronto. Como defiende Antonio Álvarez Tejedor, fue «a raíz del viaje a la Unión Soviética en diciembre de

1932 [...] y la posterior estancia en Alemania, donde asistió pasmada a la subida de Hitler al poder, cuando María Teresa asumió de manera consciente, al lado de Alberti, un compromiso político antifascista que le llevaría, en consecuencia, a poner su actividad literaria y su capacidad de organización y gestión al servicio de unos ideales sociales»^[80] .

Juan de Loxa llega todavía más lejos en la valoración de ese cambio y ese afianzamiento de ideas que experimentó la escritora tras su viaje europeo. El que fue

primer director de la Casa Museo Federico García Lorca de Fuente Vaqueros hablaba de una verdadera toma de conciencia que convirtió a María Teresa en una «agitadora cultural con demostrada solvencia a la hora de unir esfuerzos tanto para salvaguardar el patrimonio artístico como el de las ideas». Llega incluso a declarar que «Federico [García Lorca], sin ese estímulo que ella irradiaba, no hubiera puesto su voz, su firma y su trabajo creador en hermosísimas iniciativas: pidiendo la libertad de Luis Carlos Prestes y contra la represión de las fuerzas armadas

del imperialismo norteamericano en Puerto Rico, el homenaje en memoria de Máximo Gorki organizado para la Alianza de Intelectuales en Defensa de la Cultura; contra la represión ejercida en Portugal por Oliveira Salazar, el reconocimiento al pintor de la Escuela de París Hernando Viñes, la organización en el Teatro de la Zarzuela del homenaje póstumo a Don Ramón María del Valle-Inclán, etc. Con *fuerza de cometa*, la escritora arrastra y enamora»^[81] .

LA REVISTA *OCTUBRE*

Ya en España, María Teresa y Rafael, aprovechando la reciente aprobación de la Ley de Divorcio, formalizaron su relación. El 24 de julio de 1933, la escritora conseguía la separación legítima de Gonzalo de Sebastián Alfaro por sentencia del Juzgado de Burgos. Dos meses y medio después, el 5 de octubre, a las 11 de la mañana, contraía matrimonio con Rafael Alberti en el Registro Civil de Madrid, en el

distrito de Moncloa, con doña Oliva Goyri como único testigo. En el acta matrimonial quedó consignada la profesión de «escritor» para ambos cónyuges. «Ya no estoy sola –había confesado María Teresa en su primera despedida familiar–, ya no me contesta el eco cuando hablo en voz alta. Empiezo, empiezo por mi cuenta y riesgo la vida».

El otro paso que dio la pareja fue afiliarse al Partido Comunista y emprender una intensa actividad literaria y política en esa dirección. María Teresa comenzó a colaborar en *El Heraldo de Madrid*, enviando regularmente, entre mayo

y agosto de 1933, doce artículos y crónicas en las que iba narrando los conocimientos adquiridos en su viaje por Europa y, sobre todo, la intensa experiencia teatral vivida en la Unión Soviética: «Dos siglos de teatro ruso», «Panorama de los teatros de Moscú», «Actores y escuelas de técnica teatral», «Alemania en Moscú-Erwin Piscator»... Con ello, dejaba más que justificado el pleno aprovechamiento de la beca concedida año y medio atrás por la Junta de Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas, organismo de crucial importancia

para el desarrollo de la ciencia y la cultura españolas a través de un programa muy activo de intercambios y becas para estudiar en los países más modernos de Europa; una institución modelo que presidía desde su creación en 1907 Santiago Ramón y Cajal y que contaba entre sus vocales –valga el apunte– con Ramón Menéndez Pidal.

Pero la gran aventura que la autora de *Juego limpio* emprendió ese año junto a su compañero y ya su esposo fue la fundación de la revista *Octubre. Órgano de los Escritores y Artistas*

Revolucionarios, que se convertiría en plataforma de los escritores en defensa de la cultura y cuyo primer número apareció en junio de 1933. De la historia de esta publicación, así como de su repercusión en la época y de los contenidos y firmas que fueron nutriendo sus páginas, hay una amplia documentación y numerosos testimonios escritos. También hay curiosidades que ayudan a entender las peculiaridades de una revista de cuya venta, dada su naturaleza, ningún quiosquero de Madrid quería responsabilizarse, lo que supuso para sus creadores la

distribución manual entre las amistades o la entrega directa por las calles de la capital voceando el nombre de la publicación. Sin embargo, de todas las opiniones y los recuerdos recogidos en torno a *Octubre*, creemos de máximo interés reproducir en estas páginas un texto mecanografiado por la propia María Teresa León en los años sesenta en el que daba cuenta, al detalle, de lo que supuso la revista en aquellos comienzos revolucionarios. El valor del documento, rescatado en 1996 por Gregorio Torres Nebrera en su libro *Los espacios de la memoria*,

justifica su extensión:

NOTICIA SOBRE LA REVISTA *OCTUBRE*

«¿Cuándo y cómo fundamos la Unión de Escritores y Artistas Revolucionarios de España? No lo sabemos bien. Las fechas se confunden, las personas son el recuerdo de un perfil o una mirada, pero ¿cómo saber su nombre? Tenemos el vago recuerdo de que todo comenzó antes de nosotros, hacia 1931. Tal vez otros intelectuales puedan precisar más,

nosotros recordamos que al regresar de nuestro primer viaje a la Unión Soviética en 1932 dimos comienzo a la publicación de la revista *Octubre, Órgano de los Escritores y Artistas Revolucionarios*. ¿Cuántos ejemplares se han salvado del pasto de la guerra, de la destrucción vengativa y el tiempo? Nosotros tenemos sobre nuestra mesa tres. Como se ha perdido la cubierta de uno, no sabemos su fecha: los otros dos están fechados: uno, octubre-noviembre de 1933 y es doble, dedicado a la revolución rusa; el otro es de abril de 1934. Nada más ha quedado de aquella

exposición de entusiasmo juvenil de aquellas claras horas, cuando la conciencia de tantos de nosotros se abría para comprender algo que ya había dicho Antonio Machado: “En España lo mejor es el pueblo...”

»No podemos dejar correr nuestros ojos sobre estos tres números de *Octubre* sin sentirnos entre orgullosos y melancólicos. Nos reuníamos en nuestra casa de la calle Marqués de Urquijo donde desde la terraza se veía el Guadarrama y toda la extensión del monte del Pardo. Paisaje de Madrid velazqueño que no hemos vuelto a contemplar, viaje

imposible hoy.

»*Octubre* llevaba un largo subtítulo debajo de la línea donde estaba escrito “Escritores y artistas revolucionarios”. Era su profesión de fe: “*Octubre* está contra la guerra imperialista, por la defensa de la Unión Soviética, contra el fascismo, por el proletariado”. ¡Y qué bien lo cumplíamos!

»Venderla era un conflicto porque los quioscos *normales* la rechazaban y teníamos que lanzarnos en muchas ocasiones nosotros mismos a venderla por las calles de Madrid. ¡Años inolvidables! A veces las cargas de

la guardia civil, en las manifestaciones, caían sobre nosotros. ¡Y qué bien corríamos con nuestros pies tan jóvenes! Años de fe, optimismo y valentía. Luchábamos contra todo y por todos. Aunque habíamos recogido en la revista *Octubre* una frase de Lenin: “La lucha contra la guerra está lejos de ser cosa fácil”, titulábamos con grandes letras: “¡uníos contra la guerra imperialista!”. Había cierto candor, pero cuánta razón al convocar el día 1.º de agosto de 1933 a todos los hombres de conciencia contra ese horror.

* * *

»Y en nuestra revista se hablaba de la guerra química, se alertaba contra la falsedad de los tratados internacionales. Se resucitaba a Goya (1808) publicando sus aguafuertes llamados “Los desastres de la guerra” y se contaba cómo trabajaba el espionaje internacional y los callados capitalistas en el fondo de toda empresa bélica y quiénes eran los que planteaban la conjuración fascista que llegó luego con la exaltación de los

valientes hasta los límites de la locura [...] éramos un grupo, pensándolo hoy, de jóvenes exaltados e ingeniosos. Intentamos hacer exposiciones de pintura y hasta hicimos una en el Ateneo llena de agresividad y puños en alto. Un día, en Marqués de Urquijo 45, donde era nuestra casa y la redacción de la revista, se conmovió con la llegada de un artículo enviado por don Antonio Machado: “Sobre una lírica comunista que pudiera venir de Rusia”. Don Antonio Machado, nacido en Sevilla en 1875, era un venerable profesor de francés,

solitario, triste, que había escrito varios libros de poesía cercanos a la tierra áspera de Castilla. [...] Eran tiempos difíciles. La República había perdido la batalla de la democracia y, pronto, lo que llamamos después “el bienio negro” entregaba el poder a Alejandro Lerroux y a las clases poderosas que se juzgaban amenazadas y casi desposeídas por una tímida reforma agraria. La iglesia intervino inexorable después de la quema de los conventos en Madrid y algunas provincias, quema que nunca quedó clara, pues nadie supo quién

encendió el primer fósforo. Pero en Madrid vivían juntos los mayores ingenios que ha conocido España después de su siglo xvii, su siglo de oro. Vivían Valle-Inclán y Juan R. Jiménez, y Azorín, y Menéndez Pidal y... La Antología de Gerardo Diego había colocado en primera línea a Jorge Guillén, Pedro Salinas, etc., etc.

»Había en la cultura española algo homogéneo y prometedor. Todas las ventanas estaban abiertas. Se traducían literatura soviética, libros de todo el mundo; la Universidad escuchaba voces insignes; la República, con D.

Fernando de los Ríos (socialista) de ministro, había emprendido la tarea de dar veinte mil escuelas a España, donde el índice de analfabetos era pavoroso»^[82].

Octubre llegó a publicar seis números en los que contó con colaboradores tan significados como Antonio Machado, Alejo Carpentier, Emilio Prados, Luis Cernuda, Máximo Gorki, Arturo Serrano-Plaja, Pedro Garfias, Antonio Olivares, César M. Arconada, Luis Buñuel y José Herrera Petere.

A estas seis entregas de la

revista les precedió un número 0 publicado el simbólico día 1 de mayo de 1933^[83]. Se trataba de cuatro sencillas páginas en las que se recogía un saludo al proletariado en su celebración cívica firmado por Xavier Abril, un poema de Alberti («SOS») y otro de Louis Aragon. La publicación se completaba con un artículo de César Arconada sobre la posibilidad o imposibilidad de una industria cinematográfica española, y otro de María Teresa León sobre la necesidad y la importancia de hacer un teatro

proletario. En ese texto, la escritora riojana no sólo ponía en circulación su primera colaboración sobre el teatro proletario, que sería su ocupación principal los años siguientes, en especial los de la Guerra Civil, sino que aportaba una serie de valoraciones de gran calado sobre lo que significaba para ella la cultura soviética y sobre las razones de su nuevo credo ideológico:

«En 1919, el Comité Ejecutivo Central panruso de los soviets decretó que todos los teatros de la Unión Soviética, dado

su valor cultural, quedaban convertidos en un bien nacional. Se creaba el “Centro-Teatro”, adjunto a la Instrucción Pública, y firmaba el decreto el presidente del Consejo de Comisarios del pueblo: Ulianov Lenin. Por segunda vez en la historia, el Estado se encargaba del teatro. Pericles abre las cajas de la administración de Atenas para que participen de los espectáculos hasta los ciudadanos más pobres. Veinticinco siglos después, la Revolución de Octubre pone en práctica esta medida, declarando libres de impuestos las representaciones públicas. [...] La

nueva muchedumbre va en tranvía. Se cruzan infinitos y seguidos tranvías con hombres y mujeres en racimo que van a la ópera o al “Maly Theater”. Es difícil conseguir una entrada en la ópera cuando se canta el Boris, Carmen o La dama de Pic. A veces, una fábrica alquila todo el teatro para una representación. A muchas obras se hace imposible la asistencia, y es que el teatro es efectivamente un bien nacional y todos contribuyen a engrandecerlo. ¡Qué trasfusión maravillosa de sangre de arte sufrió el teatro ruso después de la toma del poder por el proletariado!

[...] Lo cierto es que los antagonismos de los tiempos isabelinos, el espectáculo de los defectos, la lucha de los desesperados, la opresión de los hombres sobre los otros hombres, el proceso histórico de la lucha de clases en sus distintos momentos, son la propaganda que los actores de la Unión Soviética llevan en repertorio, que quiere caminos, aranzadas de tierra, leguas delante por los cerebros parados de los campesinos que aguardaban la realidad de su vida presente. Es un teatro de triunfadores [...] Y saben, porque tienen conciencia de su

poder de clase dominadora, que el teatro y las artes han sido sacadas violentamente de sus urnas funerarias, de los pisos secretos que las minorías alquilaron para ellas y a plena muchedumbre y a plena luz el eterno teatro, desde Petruska a la tragedia, es de todos los ojos y de una sola conciencia proletaria. [...] Terminemos con la escena de señoritas que toman té. Acabemos con ese adormecimiento de la comedia verde, blanca y negra; queremos de nuevo nuestro destino, nuestro heroísmo de hombres cubiertos de odio, de balas; queremos saber las razones

del sin trabajo para llamar y recibir la muerte; la tragedia de las mujeres que abortan; los martirios del desgarrado física y moralmente entre la altura de las cárceles; el engaño y la burla del señorito que abandona a la muchacha obrera, hermana, novia, amiga; del espectador que hierve de ira al ver su propia desgracia familiar. Por el mundo y recogidos en teatro proletario internacional, estos temas conmueven a las masas trabajadoras. [...] ¿Qué propaganda puede hacerse ya desde un escenario?»

Después de leer estas líneas,

no podemos más que refrendar la frase de Torres Nebrera cuando afirma que «María Teresa llega al teatro por el camino de la literatura de agitación y compromiso proletario»^[84]. Y prueba de ello es la publicación, en el número 3 de *Octubre* –su propia revista–, de la que sería primera obra teatral de María Teresa León: *Huelga en el puerto*, inspirada en hechos y personajes históricos de la Sevilla republicana de 1931 y en la que pone en práctica la dramaturgia política de su admirado Piscator.

La vida diaria de María

Teresa y Rafael estaba impregnada de un pensamiento claro y comprometido que se fortalecía al lado de los autores y creadores que aquellos meses de 1933 se fueron sumando a la Unión de Escritores y Artistas Revolucionarios. Formaron un grupo muy activo que, antes de acabar el año, organizó en el saloncillo bajo del Ateneo de Madrid, junto a la revista *Octubre* y algunos simpatizantes, la *I Exposición de Arte Revolucionario*. Del 1 al 12 de diciembre de 1933 se pudieron contemplar en aquella sala pinturas, dibujos y esculturas de

Francisco Mateos, Josep Renau, Antonio Rodríguez Luna, Monleón, Cristóbal Ruiz y el propio Alberti. La entrada a la muestra iba acompañada de un letrero en el que se leía: «El hecho de concurrir a esta exposición significa estar contra la guerra imperialista, contra el fascismo, por la defensa del proletariado».

El comunismo de María Teresa León y Rafael Alberti era ya un hecho declarado y comenzaba a ser también una actitud irritante para ciertos compañeros, amigos y allegados que no compartían su radicalismo ostentoso. Empezaban

asimismo a peligrar algunas relaciones que se iban distanciando de ellos; otras, directamente, les volvieron la espalda, como Jorge Guillén y Pedro Salinas, anticomunistas notorios, o como Gerardo Diego, conservador convencido. De nuevo las palabras que Carlos Morla Lynch dedicó a Alberti y a María Teresa en su diario el 15 de octubre de 1933 ofrecen una valiosa información al respecto: «Él y su compañera –que es inteligente y hermosa– se han declarado comunistas convencidos. Nada tengo contra ello. Pero se puede ser comunista, monárquico o

republicano, como creyente o ateo, sin que sea necesario proclamarlo a cada instante y hacer de ello alarde. Parece ser que cantan el “Himno de Riego” y “La Internacional” —que es el más hermoso de los cánticos, musicalmente hablando— cada cinco minutos; y lo peor del caso es que han contagiado a Cernuda, Manolito (Altolaguirre) y Concha, que también lo cantan varias veces al día»^[85] .

Esta opinión del diplomático chileno se alejaba en varios detalles de la verdad. De hecho, el

recelo que el distanciamiento ideológico de María Teresa y Rafael había provocado en muchos compañeros de generación lo comenta la propia Concha Méndez en su libro *Memorias habladas, memorias armadas*. En sus páginas, la esposa entonces de Manuel Altolaguirre denuncia la insensatez de Alberti al haber incluido los nombres de varios compañeros en un panfleto comunista sin contar con su permiso: «Por aquellos días – escribe Concha Méndez– Alberti se destaca como comunista. Durante los últimos tiempos no había vuelto

a venir a las reuniones de nuestra casa, porque en la suya juntaba comunistas de todo el mundo para hablar de política. (Así como se iba a casa de Aleixandre a pasarlo bien, se iba a casa de Alberti a hablar de política). Alberti se comportó con nosotros de forma muy desleal y muy desagradable, ya que un día se le ocurrió tomar los nombres de Aleixandre, Cernuda, Moreno Villa, el de Manolo [Altolaguirre] y el mío, para incluirnos en un manifiesto comunista para el cual necesitaba el apoyo de escritores. Los tomó, poniéndonos en peligro y sin que

ninguno estuviera de acuerdo con la infiltración de esa ideología en España».

Prescindiendo de los poetas citados, María Teresa y Rafael contaban con más camaradas y con más compañeros de viaje que se sumaron a la aventura comunista. Entre ellos, José Bergamín, que comenzaba a dirigir la revista *Cruz y Raya*, el siempre entrañable José Herrera Petere y, sobre todo, Pablo Neruda, que pronto trasladaría su residencia a Madrid en calidad de cónsul de Chile.

Quien iba a sorprender a difamadores y escépticos a poco de

comenzar el año de 1934 sería María Teresa León al publicar en la editorial madrileña Espasa-Calpe un nuevo libro, *Rosa-Fría patinadora de la luna*, que suponía un paréntesis o un giro de fantasía en su evolución ideológica. La escritora que acababa de afiliarse al Partido Comunista se desmarcaba de propagandas y sectarismos, del ortodoxo realismo socialista, para zambullirse de nuevo en una literatura vagamente infantil, en una atmósfera naïf, con ribetes surrealistas, donde dialogan a placer la tradición y la vanguardia. En esta tercera

colección compuesta por nueve cuentos ilustrados por Rafael Alberti, encontramos a una escritora vital que avanza y se aproxima a los distintos movimientos que revolucionaron el arte en las primeras décadas del siglo XX, desde la pintura de Marc Chagall que aún guardaba en su retina, a las figuras y formas de Picasso y Joan Miró, pero, sobre todo, la corriente vanguardista sobre la que aún navegaban las audacias poéticas, irracionales a veces, de Alberti (*Marinero en tierra* y *Cal y canto* o *Sobre las ángeles*), Lorca (*Oda a Salvador*

Dalí), Gerardo Diego (*Fábula de Equis y Zeda*), Huidobro (*Altazor y Temblor del cielo*) y ese Francisco Ayala de *Cazador del alba* que disparaba con escopetas de sueño. Lo admirable, en resumen, de *Rosa-Fría, patinadora de la luna* es la destreza con la que nuestra escritora retoma el cuento popular y lo reinventa, lo conduce hacia la modernidad literaria para contarlo de nuevo:

«Y entró por la ventana la vaca que los astros tienen de recadera, azulina, con doce manchas rojas y unos cuernos chiquitos y dorados. Una vaca que

conoce todos los balcones y sabe por dónde tiene que entrar». [...] «Se correrá la copa de las Cuatro Estaciones. Están invitados los signos del Zodiaco y la Osa Mayor. Puede que se lleguen hasta aquí las estrellas fugaces. [...] Para tomar parte, han venido: el Humo de los trenes y de las fábricas; el Vaho de los caballos y de los bueyes; los suspiros de los hombres; el ladrido de los perros; las Miradas a los globos que se escapan en las tardes sin viento»; [...] «Siempre llego sin aviso alguno. Soy lo imprevisto. Tomad la sortija que lleva mi vientre color té; es la

indignación de los meridianos equivocados y la rabia de los paralelos. [...] Y en mi boca traigo la tristeza de los cuentos que han de variar su principio –*Era un Otoño...*–, y la inmovilidad de los estanques que aguardan las hojas caídas, y las lágrimas de los novios y los bancos de los parques».

SEGUNDO VIAJE A LA URSS.

PRIMER CONGRESO DE ESCRITORES SOVIÉTICOS

María Teresa conoce ese año de 1934, en un mitin político de barriada, a Dolores Ibárruri *Pasionaria*. Su imagen, recordada muchos años después, le llegó «luminosa, gritando verdades a los cuatro vientos, reuniendo, como algunas madonas italianas, las multitudes bajo su manto. Nunca se

le concedió a ninguna mujer de nuestro tiempo actual nada parecido. España, país de pobreza, país de milagros, fabricó su milagro revolucionario matriarcalmente para dar confianza a todos»^[86] .

El compromiso político del matrimonio de escritores se mantenía firme. Así lo constata de nuevo Carlos Morla Lynch el 7 de abril de 1934, quien recuerda un almuerzo en el comedor de su casa, al que llegaron invitados por su esposa Bebé: «María Teresa y él se declaran nuevamente comunistas “por convicción”. Son los dos,

indiscutiblemente, cultos, eruditos e inteligentes; Rafael me da una explicación relativa a esa ideología, tal como la siente y la comprende, no exenta de fundamento. Lo hace en forma afectuosa, con gentileza y lo escucho con agrado. “Se trata – dice– no sólo de cambiar un sistema establecido, sino de modificar la mentalidad de los hombres”»^[87].

Se repetía la escena vivida dos años atrás porque, poco después de aquel encuentro en el domicilio del diplomático, María

Teresa y Rafael emprendían su segundo viaje a la URSS para asistir al Primer Congreso de Escritores Soviéticos.

Esa segunda experiencia supuso el reencuentro con escritores amigos como Shólovov, André Malraux, Boris Pasternak, Iliá Ehrenburg, Piscator, Ernest Toller, Tairof, Louis Aragon y Fédor Kélin, entre otros. María Teresa, deslumbrada por un país y una cultura ya mitificada por ella y por Rafael, no vio o no pudo, en sus circunstancias, adivinar la otra cara de una realidad que empezaba a cobrarse sus primeras víctimas.

Detrás del aparato propagandístico del régimen, las grandes purgas de Stalin, los fusilamientos, las deportaciones a los campos del Archipiélago Gulag y la implacable censura eran ya un hecho fácil de constatar que pronto afectó a intelectuales como Osip Mandelstam, detenido ese año de 1934.

En los tres artículos publicados por Rafael Alberti en *Luz*, en agosto y septiembre de 1934^[88], nada de lo que sucedía en la sombra tuvo el menor reflejo. El poeta se limitó a enviar la

crónica de lo que aconteció en el congreso de escritores.

María Teresa, además, se vio rodeada desde su llegada de emociones y cordialidad por parte de los viejos y los nuevos amigos y camaradas. Pudo disfrutar, el segundo día de congreso, de un baile que le recordó su juventud burgalesa y su encuentro con Alfonso XIII, a pesar de que aún se resentía de una ciática que la mantuvo cerca de diez meses a reposo: «Segunda visita nuestra a Moscú. Después de pasar por la tribuna todos los notables, las fiestas terminaron con un gran

baile. Koltsov me agarró por la cintura para bailar un vals. Poco después me dejaba en los brazos de un teniente. Relucían las arañas. ¡Qué lejano y de alta novela rusa era todo aquello! Me pareció extrañísimo. No sabía hablar ruso como una heroína de Turgueniev»^[89] .

En *Memoria de la melancolía* repasa los lugares, los momentos y las personas que se acercaron a ella en los salones de aquel congreso, entre ellos, el inolvidable hispanista Fédor Kelin, y también Tretiakov, Isaac Babel,

Shólovov, Tairof, Meyerhold, Wladimir Pozner... De todos, era fácil preferir a Boris Pasternak, futuro Premio Nobel y autor de *El doctor Zivago*, porque cuando Pasternak «entraba en una sala de Moscú colmada de gente, se llevaba todos los aplausos. La cara acaballada, la boca grande, la sonrisa que enseñaba todos los dientes. Se le veía seguro de su talento, simpático, cordial, amigo. [...] Ya era el poeta más importante de su patria». Prosigue María Teresa con sus descripciones y habla de los escritores extranjeros: «trabamos amistad íntima con Jean

Richard Bloch, pero también estaba André Malraux, verdadera *vedette*, punto central, niño mimado a quien su nerviosismo volvía inquietante de mirar como una luz que se enciende y se apaga continuamente». Las demás figuras eran consagrados de la música o del cine, como Prokofiev y Eisenstein.

Antes de regresar, fueron invitados a un acto en el que María Teresa pudo ver de cerca y abrazar al patriarca de las letras rusas, Máximo Gorki. Con ese recuerdo y el falso espejismo del paraíso soviético, dispusieron su regreso a

España:

«Máximo Gorki se secó los ojos y recibió de los niños el ramo de rosas. Hoy he puesto en el cuarto donde trabajo el retrato del gran escritor ruso y recuerdo cómo subían los niños corriendo con su pañuelo tan rojo al cuello a cubrir de flores su serena vejez. Eran los días del Primer Congreso de Escritores Soviéticos. Gorki levantaba los ojos emocionado y le brillaban lágrimas. Fue aquél un Congreso ejemplar. Jamás la unidad pueblo y cultura se dio tan claramente. Llegaban los mineros, los campesinos, las mujeres...

Cuántas cosas diferentes a las nuestras oímos y vimos. Cómo reclamaban su puesto en la literatura aquellos ciudadanos soviéticos conociendo ya lo que es la perduración en la palabra escrita. Y qué alegre camaradería se extendió en agua benéfica. Máximo Gorki apartaba con la mano la luz de los reflectores, se encrespaba con los fotógrafos. No sé en qué instante llamó a un muchacho de la primera fila, le alcanzó uno de los ramos. Pocos instantes después el escritor húngaro Matei Salka me lo entregaba con una sonrisa. Yo

apoyé la cara sobre los pétalos y
mi juventud lloró
emocionada...»[90]

El plan de los Alberti-León de regresar se vio repentinamente truncado por varios acontecimientos. La tensión política que se vivía en España había estallado con la revuelta de los mineros en Asturias y ya se propagaban sus trágicas consecuencias. El endurecimiento de las medidas represivas alcanzaba también a la pareja de escritores que, desde la distancia, recibían la noticia de que su casa

de Marqués de Urquijo había sido asaltada. «La policía de Madrid, siempre poco republicana, aunque estuviera gobernando la República, había invadido nuestra casa del paseo de Rosales donde vivíamos entonces». La madre de María Teresa, doña Oliva, se encontraba en la vivienda y fue testigo y víctima directa del registro policial, de aquel ensañamiento en busca probablemente de armas y de escritos comprometedores que se saldó con la detención de la pobre Oliva Goyri. El relato de nuestra escritora, traspasado de ironía, no tiene desperdicio:

«Cuando los sucesos de Asturias, nuestra casa de Marqués de Urquijo fue asaltada, convencidos que un poeta no podía guardar más que ametralladoras y fusiles debajo de las rosas de su terraza. Y dicho y hecho, entraron devastándolo todo, arrancando plantas y tirando los cuadros al suelo y hasta abrieron un agujero en el techo, seguros de que escondíamos peligrosos intelectuales directores de la revolución latente en España. ¡Con cuánta gracia contaba mi madre aquella invasión de soldados y policías asustados de ejercer su

fuerza! ¿Y esto qué es? ¿Y dónde están los papeles? Todos los libros de la biblioteca fueron tirados bruscamente por el suelo. Luego los patearon, los arrojaron en un montón, los dejaron hechos una lástima. El miedo a no sé qué les hacía obedecer órdenes dadas por el miedo de los que les mandaban. No preguntaban más que tonterías. Figúrate que uno de ellos agarró uno de los retratos que están colgados en aquella pared y me interpelló, bruscamente: Y este ¿quién es? Algún comunista, ¿no? Yo me eché a reír, porque lo que me estaba señalando era el retrato

de Baudelaire. Hice que lo miraba atentamente y le contesté: Pues no lo sé. Más que comunista me parece el abuelo de algún comunista por como va vestido. No haga bromas con la policía, señora.

»Fue tal vez por eso por lo que siguieron rompiéndolo todo y la llevaron detenida. Mi madre debió sentir una rabia inmensa, pero levantó la cabeza y les dijo: Vamos. Pocas horas pasó en la Dirección General de Seguridad, donde le pidieron cuentas exactas de nuestro viaje por Europa y sus por qué y cuándo. De pronto entró el general Queipo de Llano como

una tromba. ¿Dónde está la señora que estos imbéciles han detenido? Y como en España nada se puede negar a un general del ejército, la señora salió de la Dirección General de Seguridad cogida de su brazo como si saliese de un baile»^[91].

La versión que divulgó Alberti del mismo episodio dista bastante del humor con el que su esposa quiso servir el asunto. Probablemente inflamado de las grandilocuencias soviéticas, en una carta dirigida desde Roma el 26 de octubre de 1934 al hispanista

Fédor Kelin, poco después de abandonar la URSS, el poeta le dice:

«Queridísimo Fédor: al fin, sucedió lo que esperábamos. Y ha sucedido antes de llegar nosotros a España: nuestra casa fue tomada a las 2 de la noche, militarmente. Avisaron a la madre de María Teresa que tenía las llaves, y cuando llegó se encontró que en la puerta había un piquete de soldados del Tercio extranjero al mando de un oficial y, en la esquina, un camión de guardias de asalto. 20 ó 25 hombres, temblorosos, pistola y máuseres en mano, subieron a

nuestro piso: habían recibido, por lo visto, un comunicado, una confidencia, de que en nuestro estudio estaban escondidos elementos responsables de los sucesos revolucionarios»^[92] .

Al margen de ironías y de hipérboles, el consejo que transmitió doña Oliva a su hija desde Madrid fue que no regresaran a la capital dado el peligro que corrían. Sin embargo, la versión que corrió no fue la de que la pareja desestimó regresar por mera prudencia, cumpliendo los deseos de la madre de la escritora, sino la de que,

oficialmente, se les había prohibido o no permitido la entrada en España. Esta explicación no fue aceptada por algunos correligionarios de la izquierda española, que reaccionaron de diverso modo contra ellos. Sin duda, ese segundo viaje a la Unión Soviética había supuesto un afianzamiento en las relaciones de María Teresa y Alberti con los *soviets* y, en cierto modo, su confirmación como «embajadores» y «protagonistas» de la izquierda republicana española; un hecho que no sentó demasiado bien a personajes de la política y la

cultura de su propio país. Como comenta Carlos Flores Pazos, «algunos rasgos, poco favorecedores, de María Teresa León aparecen explayados de manera directa, superlativa e injusta por Margarita Nelken en las conversaciones que mantiene con Fédor Kelin y que él reúne y manda al MOPR (Unión Internacional de Escritores Revolucionarios) como informes confidenciales». Uno de los informes de Kelin a los que se refiere Flores Pazos lleva fecha de 3 de diciembre de 1935, y en él dice textualmente el hispanista: «Estuve con Margarita Nelken.

[...] Ella dijo que nunca a Alberti y María Teresa les han impedido estar en España. Esto lo va a plantear en el Komintern. Alberti ha hecho bastante daño, pero por lo simple que es, pues está en poder de su mujer. Yo tengo datos de que en la emigración de María Teresa León se reunió con trotskistas, pero esto no quiere decir que sea una activista política. Créanme, ella ni siquiera sabe quién es Trotsky. Ella es una vulgar intrigante [...] Ni ella ni Alberti vieron los ojos de un obrero en su vida. Ellos pudieron venir libremente a Madrid, pero María Teresa quiso hacer el

papelón»^[93] .

Por las declaraciones de Margarita Nelken podemos suponer las pésimas relaciones que existían, antes de la contienda civil, entre activistas e intelectuales de la izquierda española. Afloraban profundos desacuerdos ligados a personalismos, a desavenencias e incluso a interpretaciones que trataban de desdibujar y desprestigiar al contrario. No cabe duda de que María Teresa León, luchadora nata, ejerció de principal promotora en ese acercamiento ideológico, cultural y afectivo de

los Alberti a la URSS. Ella fue quien animó y trató con auténtico mimo la relación epistolar con el hispanista y ya amigo Fédor Kélin, mentor de ambos en Moscú. El volumen de cartas remitidas por María Teresa al escritor ruso viene a coincidir con el número de misivas enviadas por Alberti. El contenido de éstas también comparte parecidos asuntos literarios y políticos. «Sólo se da una diferencia sustancial –afirma Carlos Flores Pazos– que separa esa trayectoria monocorde: Alberti se preocupa de las traducciones de sus poemas, insiste, pregunta,

controla, aconseja, decide, mientras que María Teresa apoya a Rafael incondicionalmente en ese trabajo de coordinación, centrado exclusivamente en la obra de su compañero, y no en la suya propia. [...] Si demanda, será para apoyar los proyectos literarios de su marido»^[94] .

Pero más allá del amor y de la generosidad de María Teresa, no hay que olvidar, en conclusión, que el acercamiento ideológico del matrimonio Alberti-León a los *soviets* fue tomado por significadas figuras del comunismo, en efecto,

como un deseo de protagonismo, de representar al pueblo español, a la República y a la intelectualidad sin haber sido acreditados para ello. «Y esta circunstancia –concluye Flores Pazo– produce desencuentros entre ellos y Sender, Nelken, Armesto, Roces, César Falcón...»^[95]

Ante las dificultades del regreso a España, la pareja realiza un amplio periplo por Járkov, Bakú, Tiflis, Batumi, Yalta, Odessa, Constanza, Burgas, Estambul, Atenas, Nápoles y Roma. En la capital italiana

permanecieron un mes, hospedados en la Academia Española de Pintura invitados por Valle-Inclán, entonces director de la Academia de Bellas Artes. Fueron días de espera y de indecisiones, también de convalecencia para María Teresa que recayó de su ciática y tuvo que guardar reposo de nuevo. De la profunda tristeza, tras recibir la noticia de la muerte del torero y amigo Ignacio Sánchez Mejías^[96], pasaron a las anécdotas más chocantes del autor de *El marqués de Bradomín*. Don Ramón del Valle Inclán ironizaba con el fascismo,

del que se había desencantado porque una mañana, en los pasillos de la Academia, Mussolini no le devolvió el saludo que el dramaturgo le había dedicado alzando su único brazo: «Desengañense –espetó a sus dos invitados–, este Benito es un botarate». El otro detalle divertido fue descubrir en los sobres de las cartas que le remitía su mujer, con la que se había disgustado, una más que curiosa dirección: «Señor Don Ramón María del Valle-Inclán, autor de *Divinas palabras* y de otras palabras menos divinas».

En general, el ambiente que

vivieron en aquella Italia de Mussolini tampoco fue el ideal para la pareja. Por las calles de la capital presenciaron los primeros desfiles cívico-militares del fascismo en los que pudieron oír, con gran exaltación y brazos tendidos, los gritos de ¡Duce, Duce, Duce! Eran manifestantes que, como recuerda el matrimonio por boca del Alberti, proclamaban su fanatismo y su odio a la inteligencia y la cultura: «se ponían a mear, con toda naturalidad romana, contra los árboles y las piedras consagradas del

Coliseo»[97] .

Finalmente, después de aquellas cuatro semanas en Roma, a la que volverían veintiocho años después en calidad de desterrados, decidieron trasladarse a París y hospedarse de nuevo en la casa del generoso e inquietante poeta surrealista René Crevel. En la capital pudieron informarse a fondo de los sucesos de Asturias, que habían provocado solidarias movilizaciones por parte de los sindicatos y de los intelectuales franceses, así como entrevistarse con muchos obreros asturianos que

llegaban a París huyendo de la durísima represión. «Los españoles empezábamos a pasearnos sin pan ni patria», señalaba María Teresa al percibir las primeras experiencias del destierro. Volver a España seguía siendo desaconsejable y peligroso para la pareja; de ese modo lo vio también Togliatti, secretario del Partido Comunista Italiano exiliado en Francia, que se entrevistó con ellos en París, en un café de Montparnasse, el 2 de marzo de 1935 para proponerles la aventura de viajar por todo el continente americano, empezando por Nueva

York. La misión del matrimonio de escritores consistiría en informar de la situación de los mineros de Asturias, así como recaudar dinero solidario para las víctimas de aquella represión. «Palmiro Togliatti –recuerda María Teresa– [...] nos había dicho en París, poco antes de empezar la guerra en España: [...] ¿Por qué no sois vosotros los que vais a Norteamérica a explicar lo que acaba de suceder en Asturias? Contestamos, inmediatamente: sí. Entonces el jefe del Partido Comunista italiano se llamaba Ercoli. Era un camarada, un

italiano a quien casi no se podía decir que no porque te convencía siempre su don de ser admirable. Os enviará el Socorro Rojo. Lo que allí pasa es necesario que lo sepa la gente. Después de haber combatido, ahora, los mineros y sus mujeres tienen hambre; las familias, separadas; los hombres en la cárcel o muertos... ¿Iréis? ¿Cuándo? Unos días después teníamos en la mano la fotografía y los billetes de un barco espléndido. Se llamaba *Bremen*. Los alemanes lo habían destinado a la ruta Hamburgo-Nueva York. Ni cinco días va a tardar, es el barco más

veloz del mundo. Andando»^[98] .

MARZO EN NUEVA YORK

María Teresa y Rafael zarparon, pues, del puerto de Cherburgo, al norte de Francia, en un barco alemán que atracó en Nueva York cinco días después, luego de enfrentarse de nuevo a una mar rebelde y de sufrir una travesía accidentada. «Fuimos dando tumbos, cayendo la gente y vomitando en las inmensas calles y salones de la nave, que crujía y resonaba hasta volvernos

locos»^[99] . «El enorme transatlántico se movía como un loco, todo tintineaba, campanilleaba, nos pedía auxilio. Era el baile de los vasos, de los platos, de todo lo que no iba sujeto por alguna cadenita. El lujoso movimiento del *Bremen* era tal, que los viajeros nos vimos poco y esto, agarrándonos a las paredes»^[100] .

La llegada a Nueva York a mediados de marzo de 1935, con los estragos de un temporal de nieve, tuvo notas épicas: la visión de una ciudad excesiva en un amanecer de rascacielos, la estatua

de la libertad con su antorcha iluminada, el grupo de conocidos que acudió a recibirles al puerto... Al parecer, pasaron la aduana sin el menor problema, a pesar de que iban advertidos de las trabas y controles que les esperarían al llegar, especialmente a ellos, militantes comunistas a quienes les precedía cierta fama. María Teresa bromeaba con estos detalles poniendo el ejemplo de Valle Inclán, a quien en el control de pasaportes le habían preguntado, en su viaje a Norteamérica en 1921, si venía a matar al Presidente. «Eso lo saben hacer ustedes, no hace

falta»^[101] , confiesa que pensó la escritora, evocando magnicidios como el de Lincoln y pronosticando el de John F. Kennedy. Alberti y ella hablan de dos grupos que salieron a recibirles: por un lado, el de amigos como Federico de Onís y Ángel del Río, que llevaban una bandera republicana, y otros que, formando una pequeña manifestación, les esperaban ondeando una gran bandera roja portada por un hombre negro.

En las cinco semanas de permanencia en la gran manzana desarrollaron una frenética

actividad, tanto en casas particulares como en la Universidad de Columbia, donde María Teresa, el 18 de marzo, impartió una conferencia sobre la poesía contemporánea y dio un recital. Siempre presumió de la gran acogida que les dispensaron y de la excelente voluntad con la que escuchaban sus explicaciones sobre las causas de una revolución proletaria y su violenta represión. No hubo para ella oyentes más atentos ni fotógrafos tan esforzados por sacar la mejor instantánea. También entablaron excelentes amistades. «Trabajamos mucho —

declaraba la escritora—. Fue necesario escribir, hablar de lo que ocurría en España donde se acababa de entregar la joven República del 14 de abril a una ultra-derecha agresiva. Escribí crónicas y crónicas para el *New York Post*, hicimos amigos: Waldo Frank, John dos Passos, nuestros admirables Hahna y Matthews Josephson, debiéndoles los días más claros y limpios de nuestro recuerdo americano al llevarnos a su casita de Church Road, escondida entre árboles. Los acordes musicales de mi recuerdo se los debo al gran renovador

Edgar Varese y las imágenes del pasado al fotógrafo Stieglitz, que nos dejó mirar lo que él vio con una sonrisa paternal»^[102] .

El papel desempeñado por la autora de *Juego limpio* hablando de casa en casa, ante grupos de norteamericanos y simpatizantes republicanos a los que sorprendía su locuacidad, su coraje a la hora de relatar y condenar la injusticia que se estaba produciendo en España, despertaba comentarios y suscitaba muchas preguntas. «¿La situación de España es así? ¿Mataron a tantos mineros? ¿Luego

España ya no es ni democrática ni libre? No, allí se ha impuesto la represión de una burguesía asustada. Escuchaban las mujeres. ¿No nos han dicho que en España la mujer no participa en la vida pública?» María Teresa también aprovechó la ocasión para hablar de la libertad de la mujer en el país de las libertades. Les informó del movimiento feminista y de la lucha emprendida por grandes damas de la cultura, de la ciencia y del pensamiento en España. Respondió, según su testimonio, a todas las preguntas que su presencia provocaba entre las

mujeres y los hombres de América: «Despertamos, señora. Es un despertar doloroso. A veces siento que me duelen los labios. Las palabras arden. Es triste tener que usar la libertad para denunciar la no libertad. No me miren así, amigas liberadas de América. Soy nada más que una joven española contando lo que de grave y de violento ha ocurrido en un país lejano»^[103].

Otro de los recuerdos que la escritora se llevó de Nueva York fue el tumulto, la prisa, el río humano que circulaba por las

avenidas y el cansancio que provocaba transitar por las calles y los barrios de la gran urbe. «Me ha asombrado su ciudad –decía– y la sombra de los enormes rascacielos y esas casas que voluntariamente se quedaron pequeñas como arrodilladas. Casi no sabemos caminar las calles cuando nos atropella el gentío corriendo hacia el metro, sin poder más con su cansancio. Nos ha admirado la luz. Todo brilla y brilla desde el crepúsculo hasta el alba. El torrente corre y corre, aturde. Por eso nos gusta sentarnos en esos restorancitos nostálgicos donde se

reflexiona frente a una *soupe a l'oignon* o unos calamares en su tinta o los *spaghetti* a la moda de Italia...»^[104]

María Teresa y Rafael no pasaron por alto la otra cara del sueño americano y también constataron la miseria y la pobreza que genera el capitalismo. La escritora describe su visita al «barrio pobre, al que llaman negro, pero que está lleno también de blancos desahuciados, de vida desamparada. No era mejor que la última aldea de las Hurdes adonde fuimos cuando Luis Buñuel nos

llevó en su compañía mientras preparaba su film protestador y agrio. ¿Veis este valle maravilloso?, nos dijo entonces. Pues de aquí en adelante empieza el infierno»^[105] . Cuenta María Teresa León que anduvieron por los barrios tristes de Nueva York, donde las «gentes se sentaban plácidamente a las puertas, tan olvidadas de la fortuna como los jurdanos de Extremadura, aunque faltándoles el sol. Los niños iban tan descalzos, tan ausentes de mirada como los viejos. Era el reverso triste de la gran América

poderosa. Nos llevaron a visitar las guaridas secretas donde durante la ley seca iban a emborracharse los codiciosos de olvido y luego salían tambaleándose por sus calles, calles que se ponían en ciertos sitios y a ciertas horas de la noche tan silenciosas cuando los abandonados de la suerte arrancaban de las paredes los *affiches* para cubrir con ellos el cuerpo hambriento que se les dormía. Era aquel Nueva York que veíamos una ciudad saliendo de una crisis que había dejado a los hombres de Estados Unidos millones de obreros parados. Nos

decían: todo esto pasará. Sí, pero los pobres tendían su escudilla, igual que nuestros pobres, ante la sopa de la caridad en el país más rico del mundo... ¿Es que el mundo no tendrá jamás arreglo?»^[106]

Durante esas semanas de estancia en Norteamérica, María Teresa y Rafael fueron conscientes también del malestar que había despertado entre políticos e intelectuales de la izquierda española su expedición «político-evangelizadora» sobre el problema español. Aquéllos les acusaban de nuevo de tomarse atribuciones que

no les correspondían, llegando a poner en duda la verdadera naturaleza de aquella misión sufragada por el Socorro Rojo Internacional y propuesta por Togliatti desde París. Lo cierto es que, en muchos momentos, la pareja se vio necesitada de una autorización que les permitiera actuar con soltura, y en esa dirección iba la carta dirigida al hispanista ruso Fédor Kelin remitida desde Nueva York a finales de marzo de 1935. En ella, Alberti le advertía de este y otros asuntos:

«Querido Kelin: Dos letras

para pedirle que nos escriba a New York a estas señas: 80 east, 11th Street. Room 610. New York City. Estaremos aquí un mes y luego seguiremos por toda América despertando la solidaridad americana por España. El S.R.I. [107] nos ha enviado. Daremos conferencias en varias universidades si no siguen como hasta ahora metiendo bastante la pata, porque no podemos aparecer de buenas a primeras como gente que va a hablar mal de España porque nos van a echar de todos los países y luego no podremos volver

a Madrid nunca. En fin creo que pronto se corregirá todo esto y seguiremos más tranquilos. Escribo a Lyudkevych^[108] para que si le parece nos envíe una carta como enviados de MORP para visitar o formar grupos de escritores en toda América española y poder hablar con ellos sobre todas las cuestiones de literatura revolucionaria con un poco de autoridad. El S.R.I. está de acuerdo con nuestro doble empleo en este viaje y Becher^[109] nos ha dado muchísimas instrucciones. Escríbenos sobre esto. Nosotros nos vamos a desenvolver en

medios universitarios y burgueses en cierto modo»^[110].

María Teresa publicó, al parecer, como ella misma declara, diversas colaboraciones en el *New York Post*. Estos artículos no se han localizado, aunque sí apareció en 1988, en el volumen XC del *Bulletin Hispanique*, el texto en inglés (y su correspondiente traducción) de uno de aquellos artículos de nuestra escritora —«The revolt in Asturias»— que vio por primera vez la luz en la revista *The New Republic*, en septiembre de 1935, cinco meses después de

que María Teresa llegara a EEUU. El texto nos permite conocer la extensa y documentada información que poseía la autora acerca de los sucesos acaecidos en Asturias durante su ausencia de España:

«Cuando entre el 12 y el 14 de octubre el sitio de Oviedo se convirtió en asalto, aviones de bombardeo habían destruido calles enteras. La Universidad y el Instituto ardían, haciendo explotar las llamas la dinamita que se había almacenado dentro. Tomando la destrucción de la biblioteca de Oviedo como pretexto, los reaccionarios españoles iniciaron

su campaña acusando a la “canalla” de barbarismo. Pero la “canalla” no era culpable; cuando había estado en el poder no había destruido nada. Más tarde la defensa de la ciudad contra el ataque de las tropas tomó un aspecto de guerra. Un heroísmo sin límites los sostuvo mientras luchaban de casa en casa por la libertad. Los miles de tomos de la biblioteca de Oviedo, que el proletariado de Asturias jamás había podido tocar, fueron destrozados por un incendio provocado por una bomba de aviación. Los libros de las

humildes bibliotecas obreras también ardían, pero de una manera muy distinta, con muebles en el centro de las plazas de los pequeños pueblos de Asturias. La Guardia Civil había encendido hogueras y había forzado a culatazo a los prisioneros maniatados que atravesaran las llamas. Algunos de los hombres murieron quemados. ¡Qué magnífico espectáculo para el gozo de las fuerzas de la ley y el orden! España es una tierra feliz de flores y sol»^[111] .

Por el tono de ésta y de otras crónicas de guerra se advierte que

ese viaje a América pudo significar el paso definitivo en el compromiso político y en la orientación social de la literatura de María Teresa León. Había en esos escritos el sentimiento de solidaridad y fraternidad que presidirá su vida y su obra, y que será clave esencial para comprender la tarea moral y política que asumió.

CUBA, MÉXICO Y CENTROAMÉRICA

De Estados Unidos, el viaje continuó durante siete largos meses por Cuba, México y Centroamérica. Con los gastos sufragados por el Partido Comunista a través del Socorro Rojo, el plan consistía en visitar La Habana, Ciudad de México y proseguir haciendo escala en Costa Rica, Guatemala, El Salvador, Honduras, Nicaragua, Panamá, Colombia, Isla Guadalupe,

La Martinica, Venezuela e Isla Trinidad, pero no fue posible completar el recorrido porque las autoridades anticomunistas de países como Costa Rica, Guatemala y El Salvador les negaron la entrada. De ese largo periplo, incluidos los paisajes, los amigos y las experiencias hostiles allá donde fueron rechazados, María Teresa dejó un amplio pasaje en *Memoria de la melancolía* que abarca treinta y tres página (de la 233 a la 266). «Cuando desembarcamos, un hombre se ofreció a llevar nuestro equipaje. Al preguntarle cuánto le debíamos, el hombre contestó:

Veinte dólares. Le dimos dos. Gracias, caballero, dijo, y nos saludó militarmente. Habíamos tropezado con la improvisación y la pobreza, pero gracias a él entramos riendo en La Habana»^[112] . Y no era fácil reír, porque la Cuba que descubrieron fue la del coronel Fulgencio Batista, que había impuesto el terror en la isla e infestado las cárceles de presos políticos: «Nos dijeron: ¿Veis aquella fortaleza? Es el castillo del Príncipe. Está lleno de presos políticos, y la Cabaña, también, y todos estamos vigilados,

perseguidos porque la Universidad les da un miedo loco. Siempre nos están acusando. Han tirado estudiantes a los tiburones. ¿Veis? Allí. Han matado a José Antonio Mella. Están en la cárcel Juan Marinello y Pedroso. Hasta la cárcel de mujeres está llena»^[113] .

Pese a los recuerdos coloniales que poblaron la infancia de María Teresa, el primer destino militar de su padre, el olor de los habanos del coronel Ángel León —«ese olor a buen tabaco de cigarro de marca que fumaba mi padre»— y las habaneras que le cantaba la Tata

María, la Cuba que la pareja de escritores conoció durante ese primer viaje distaba mucho de La Habana hospitalaria que les recibiría años después. No pudieron moverse con soltura por la isla y los actos y reuniones que llevaron a cabo tuvieron que realizarse casi de modo clandestino. Allí forjaron su amistad, ya inquebrantable, con el poeta Nicolás Guillén, quien en sus memorias —*Páginas vueltas*— describía de este modo la visita de sus queridos camaradas españoles: «En 1935 estuvieron en La Habana el poeta español Rafael Alberti y

su mujer María Teresa León. Ambos me eran muy conocidos por obra y vida, y también lo era yo de ellos, aunque no habíamos tenido ocasión de vernos cara a cara. Esto ocurrió con la visita. Rafael y María Teresa fueron agasajados *sotto voce* en casas particulares, o escuchados en algún centro cultural, más o menos discreto, pues la policía estaba ojo avizor para impedir cualquier manifestación “contra el gobierno”, que ella consideraba siempre tumultuosa y masiva»^[114] .

Pese al control y a las

prohibiciones, de aquel primer viaje a La Habana y de aquellos veinte días, María Teresa se llevó la amistad ya firme de algunos amigos, la visita a los tabacales de Vuelta Abajo, a las obreras e intelectuales internadas en la Cárcel de Mujeres de Guanabacoa, el abrazo de los escritores cubanos Juan Marinello y José Manuel Valdés –a quienes visitaron en la cárcel del Castillo del Príncipe–, un libro nuevo de relatos casi acabado y un cuaderno lleno de notas sobre las que, seis años después, María Teresa escribiría su novela *Contra viento y marea*.

La siguiente escala fue México, en cuyo puerto de Veracruz atracó el *Siboney* el 11 de mayo de 1935. Desde allí, en un tren que jadeaba entre alturas nevadas y volcanes, llegaron a Ciudad de México. Fue la estancia más larga de las que disfrutaron en América. De este periodo cabe destacar el contacto que entablan con históricos artistas mexicanos como los muralistas Diego Rivera y David Alfaro Siqueiros, con Frida Kahlo, Rodríguez Lozano y con escritores y poetas de la talla de Octavio Paz, Alfonso Reyes, Xavier Vilarrutia, Salvador Novo,

Carlos Pellicer y Juan de la Cabada. Fueron cuatro meses (de mayo a septiembre de 1935) que dieron para mucho y en los que María Teresa tuvo ocasión de dar conferencias, publicar artículos, conceder entrevistas y acabar su libro *Cuentos de la España Actual*. La información facilitada al respecto por el profesor Robert Marrast en su libro *Rafael Alberti en México*^[115] nos presenta a una escritora enormemente combativa que, más allá de sus soflamas contra la represión minera y los sucesos de Asturias, defendió

posturas de reivindicación feminista de los años 20 y 30, ya fuese en la línea socialista de Margarita Nelken y María Cambrils o en la versión anarquista de Teresa Claramunt y Federica Montseny. Al hablar de las mujeres revolucionarias, las ideas de María Teresa León parecían muy claras, según vemos en la entrevista concedida a la periodista mexicana Isabel Farfán el 29 de mayo de 1935 para el diario *Excelsior*: «Desde luego –decía–, Victoria Kent es una de ellas. Habiendo sido electa diputada, fue nombrada directora de Penales (de 1931 a

1934). Tenemos también a Dolores Ibárruri, llamada *La Pasionaria*, mujer de ideología comunista que ha tenido una gran intervención en la vida política de España; a Margarita Nelken, socialista; a María Martínez Sierra, la esposa del escritor, mujer extraordinariamente inteligente, y otras muchas [...] La revolución fue una oportunidad para que sobresalieran muchas mujeres. Después, en la insurrección proletaria de Asturias, se registraron casos de verdadera heroicidad. Como el de Libertad Lafuente, una muchacha de la clase

media que defendió Oviedo contra las tropas del gobierno, manejando una ametralladora; cayeron los que estaban combatiendo cerca de ella, pero siguió luchando hasta quemar el último cartucho y ser atravesada por las bayonetas enemigas». La entrevista concluía con las siguientes palabras de Isabel Farfán Cano: «Finalmente María Teresa León al referirse al sentido nuevo de la corriente literaria, nos confirma que ella hace una literatura social, siguiendo el gran movimiento de izquierda; que la literatura revolucionaria no puede ni debe juzgarse como una

tendencia sino como el resultado de la vida. De este modo, en la historia de las letras se puede ver que las diversas corrientes literarias han sido como la actual, hijas de su época y de su siglo».

Marrast ahonda en la faceta revolucionaria que María Teresa desplegó en esos meses y pone como ejemplo la conferencia pronunciada por ésta el 11 de junio de 1935 en el Palacio de Bellas Artes de México. Llevaba el título de «La mujer en España y la mujer en América» y en ella, poniendo como caso ejemplar a la mujer soviética, afirmaba en estos

términos: «En Rusia la mujer ha encontrado su perfecto equilibrio; la protegen todas las leyes, siendo esta protección tanto para la mujer de la Rusia europea como para la mujer de la Rusia asiática. A cambio de todos los derechos adquiridos, la mujer rusa ha manifestado un profundo sentido de responsabilidad, poderosa razón que la ha llevado a los más altos puestos»^[116].

El calado que tuvieron intervenciones como ésta de María Teresa vienen avaladas por testimonios especialmente

interesantes como el que nos proporcionó en 1990 Octavio Paz. El poeta de *Piedra de sol* da cuenta de esa primera visita del matrimonio de escritores españoles a la capital mexicana, recordando que desempeñaban con pasión, vitalidad y energía su misión política y literaria y siempre sin el menor sentido protocolario: «La poesía moderna de nuestra lengua nos unió en un culto y nos dividió en pequeñas cofradías. Unos juraban por Huidobro y otros por Neruda, unos por García Lorca y otros por Alberti. Yo pertenecía a la secta de Alberti y recitaba sin

cesar poemas de *El alba del alhelí* y de *Cal y canto*. En 1934, ya en la facultad, supimos que Rafael Alberti visitaría México, acompañado de su mujer, la escritora María Teresa León. Viajaban por América en gira de propaganda en favor, si mi recuerdo es exacto, del Socorro Rojo Internacional. Alberti acababa de ingresar en el Partido Comunista Español y su gesto nos había conmovido y, también, desconcertado. [...] Rafael y María Teresa llegaron a México a fines de 1934 o a principios de 1935. Los dos eran jóvenes y bien parecidos:

ella rubia y un poco opulenta, vestida de rojo llameante y azul subido; él, con aire deportivo, chaqueta de *tweed*, camisa celeste y corbata amarillo canario. Insolencia, desparpajo, alegría, magnetismo y el fulgor sulfúreo del radicalismo político. Los rodeamos con entusiasmo»^[117] . En otro momento, Octavio Paz revela un detalle de valioso interés al subrayar que, entre Alberti y María Teresa, ganaba en preparación y solidez ideológica la escritora, que también llevaba las riendas del matrimonio. «Los Alberti pasaron

varios meses en México y durante esa temporada los visité con cierta frecuencia. Vivían en un pequeño apartamento de un edificio moderno de Tacubaya, hoy en ruinas. [...] Acostumbrado al trato un poco ceremonioso de los poetas mexicanos de entonces, Alberti me pareció la negación de la solemnidad: chispeante, más satírico que irónico y más jovial que satírico, a ratos un fuego de artificios y otros un surtidor de ocurrencias. [...] Rafael y María Teresa eran muy activos y participaban en muchos actos públicos. En materia política, me

parece, ella llevaba la voz cantante. En ese dominio nunca le oí decir a él nada que no fuesen vaguedades y fórmulas devotas. Su marxismo, más que una ideología, era una fe y, más que una fe, un ritual. En cambio, se transformaba al decir en público sus poemas»^[118].

La otra gran experiencia de María Teresa fue conocer a Frida Kahlo y ser testigo, y hasta moderadora, de un descarnado debate entre los pintores Diego Rivera y Siqueiros. México era un mural en el que seguían relatándose

historias para un pueblo que no sabía leer. Orozco, Rivera y Siqueiros encarnaban a los grandes muralistas, aunque la rivalidad entre los dos últimos era pública y enconada. Aprovechando la presencia de María Teresa en México, alguien propuso que fuera ella, de carácter conciliador y de gran capacidad de comunicación, quien arbitrara la reconciliación entre ambos pintores, que a ella misma le parecían tan opuestos, artística y hasta físicamente: «Diego Rivera nos recibió en una casa, que recuerdo llena de viejas piedras –relata la escritora en

Memoria de la melancolía—, la presencia de Frida Kahlo, siempre con su larga falda de china poblana, daba un agudo acento inteligente. Diego Rivera era gordo, lento. David Alfaro Siqueiros era garboso, con planta de militar y cabeza alta y, no de coronelazo, sino de teniente. Los tres se habían alzado con la monarquía pictórica de México, llevando la rebelión por bandera, la discusión, el mitin, el alboroto, los desplantes, hasta el punto de convocar en el Palacio de Bellas Artes un debate público»^[119] . En

este punto, María Teresa recuerda que fue invitada a presidir y arbitrar el debate y que se asustó ante la magnitud de aquel choque de trenes. «Aquella tarde no he podido olvidarla nunca. A la hora señalada, el teatro hervía. ¿Pero tanto interés hay aquí por la pintura? Sí, me asesoró María Asúnsulo, entonces belleza favorita de los cuadros de Siqueiros, sobre todo si pueden pegarse. La pintura y la lucha son artes de masas. Me senté en mi puesto más bien temblando. Se me acercaron unos hombres que me dijeron, remangándose las mangas de la

camisa como para empezar un pugilato: ¿Cuándo empezamos, compañera? La “compañera” adelantó la mano protegiéndose el rostro: Ahora mismo. Los rabiosos partidarios de Rivera se retiraron. Miré a mi alrededor. ¿Eran pistolas eso que abultaba en las cinturas de los pacíficos defensores de la pintura? Miré a Siqueiros, quien me hizo un guiño y yo di la salida. No sé con qué palabras puse a andar ese acto presidido por las Musas y Marte. Vi que los oscuros panaderos, guardaespaldas de Diego Rivera, aplaudían las más oscuras palabras técnicas. No

hicieron lo mismo cuando comenzó a hablar Siqueiros con su dialéctica marxista. Nadie podía escuchar lo que decía en medio del escándalo. Desplegaba palabras como murales, y recogía aplausos, insultos. En un momento, yo intenté intervenir con un poco de aceite bondadoso y me gritaron como tirándome una piedra: ¡Gachupina! Sentí en mí los ojos hermosísimos de Lupe Marín, arremetiéndome. Ya no hubo manera de que nadie explicara a qué cenit esplendoroso pensaban los pintores mexicanos llevar la pintura. Mi papel de árbitro comenzó a desteñirse sobre

todo cuando un orador sacó su pistola y la colocó sobre el pupitre, diciéndonos con su suave acento mexicano: Compañeros, la pintura de hoy...»^[120]

Según cuenta María Teresa, el disparatado enfrentamiento concluyó, en medio de amenazas e insultos, sin que la sangre llegase al río, pero con la enemistad entre los dos artistas rivales bastante engrandecida. A experiencias fuertes como aquélla hubo que sumar la trágica noticia del suicidio del poeta surrealista René Crevel, el 18 de junio de aquel año

de 1935, en cuya casa de París habían residido los Alberti hacía sólo unos meses.

También tuvieron María Teresa y Rafael algún momento desagradable en México que la escritora no pasó por alto en sus memorias. Fue en Tampico, donde el cónsul español de aquella ciudad intentó boicotear la presencia de los Alberti porque encarnaban «las hordas de la antipatria». El poeta gaditano le dedicó unos versos satíricos a los que el diplomático, representante de la España de Gil-Robles, respondió con la venganza de prohibirles la entrada y la

estancia en varios países del periplo.

Váyase a un muladar, don
Excremencia,
a una fosa podrida, a un
excusado,
mas con su descendencia y
ascendencia.

No vaya solo, vaya
acompañado
para que la espontánea
concurrencia
le deje así entre mierda
sepultado. [\[121\]](#)

Tras la estancia en México, prosiguieron viaje hacia Centroamérica. Como bien les había anticipado el vengativo cónsul español, los recitales y conferencias previstos para la Universidad de El Salvador no pudieron celebrarse al prohibirles la entrada el gobierno salvadoreño. Igual recibimiento les darían en Guatemala, de cuyo aeropuerto les obligaron a regresar al avión por orden del presidente Jorge Ubico. También les fue negado el acceso en Costa Rica. «¿Y toda esta gente que está aguardándonos? —

recordaba María Teresa con sarcasmo en *Memoria de la melancolía*—. Está prohibido que hablen ustedes con nadie. ¿Ni en rima siquiera? Ni en rima, deslizó el policía arrastrado a negar sin detenerse ante esa palabra desconocida cargada de significados peligrosos. Le miramos con tristeza y regresamos a nuestro puesto. Adiós, Costa Rica, no te veremos nunca»^[122] .

De Centroamérica sí evocaría María Teresa con entrañables palabras su paso por Nicaragua, donde cada día, «al despertarnos,

íbamos a saludar a Rubén Darío, petrificado y quieto frente al lago, con su lira de mármol. Lo mirábamos con gratitud y él nos guiñaba un ojo: hablad, hablad. Ya estoy harto de estar inmóvil y no poder seguir en rotundo español mi poesía antiimperialista. [...] Nos despidió sonriéndonos desde su gloriosa barca de mármol...»^[123]

Tampoco olvidaría la impresionante panorámica del Canal de Panamá, «más que por sus inmensas esclusas, por sus cementerios de árboles muertos que levantan los brazos. Nadie puede

imaginarse su pena. Es el dolor más grande que yo he visto, naufragado en agua encenagada. Pudiera ser el cementerio de tantas cosas, de tantos seres como llegaron a principio de siglo al trabajo del canal ilusionados por la ganancia y luego... Luego, empezó el infierno»^[124] .

A bordo del *Colombie*, continuaron el viaje por el mar Caribe. Desde la borda «íbamos viendo pasar América. Rafael ya murmuraba algunos de sus primeros versos furiosos y desolados ante estos “hombros de América” donde

tantas cosas pasaron, pasan y han de pasar, historia americana hacia delante. Nos íbamos volviendo rabiosos antiimperialistas, y más aún cuando atracamos una mañana al primer puerto de Venezuela»^[125]. Tomaron contacto con los exiliados políticos venezolanos en las islas caribeñas de Trinidad y Coração, entre ellos, el escritor Miguel Otero Silva e Inocente Palacios. «Llegamos a La Martinica –prosigue la escritora–, más negra que blanca, coloreada por los algodones multicolores que visten las mujeres, todo gracioso y

ondulante. [...] Aún alcanzamos a tocar la Guadalupe...»^[126]

En este punto del relato, María Teresa habla ya del viaje de regreso a España y de cómo la casualidad, el azar o el destino impidió que tomaran un avión que se estrelló poco después del despegue. La anécdota forma parte ya de la leyenda de los Alberti, que salvaron la vida en varias ocasiones por circunstancias casi milagrosas, pero el accidente aéreo en tierras americanas parece ajustarse más a la ficción que a la memoria autobiográfica. «En uno

de los puertos –dice María Teresa León en las páginas 258 y 259 de *Memoria de la melancolía*–, no sé si en Barranquilla o ya en La Guaira, nos enteramos que en tierras de Colombia acababa de estrellarse el avión que hubiéramos debido tomar nosotros si no se hubiese extraviado nuestro equipaje. Ningún sobreviviente. Entre los muertos, Carlos Gardel. Pienso ahora que debí rezar a todas las vírgenes y acariciar a todos los ángeles. Llorar por Gardel era como guardar luto por el tango argentino, y así se hizo por todo el continente. Puede que hoy ese

nombre no diga nada a muchos, pero al oír la noticia algunas mujeres se suicidaron al saberlo muerto. [...] Rafael se quedó serio, muy serio con la noticia. Pero no le alegraba el haber salvado la vida por casualidad. ¡Con qué alegría nos hubiéramos encontrado en el avión! Figúrate, después de tanto tiempo, recordar nuestro viaje juntos por el norte de España. [...] Puede que todas nuestras palabras de aquellos días estuviesen destinadas a simular la alegría, asustados de estar vivos. Casi se nos habían borrado los recuerdos inmediatos, por ejemplo, el haber

atracado en Cartagena de Indias».

Carlos Gardel falleció, en efecto, en un accidente aéreo cuando disfrutaba de su mejor momento artístico. Las causas de la catástrofe nunca se aclararon del todo, aunque parece que se debió al fuerte viento reinante, que hizo que el piloto perdiera el control del trimotor en el momento del despegue. Gardel viajaba de Bogotá a Cali en un F-31 de la compañía Saco. Fue tras su escala en Medellín, cuando el avión, al intentar el despegue, se precipitó a tierra, chocando con otro avión alemán que esperaba en la

cabecera de la pista. Sólo viajaban veintiún pasajeros, de los que sobrevivieron dos. Es muy posible que María Teresa León y Alberti hubieran perdido, azarosamente, aquel vuelo, pero el viaje en un trimotor de recorrido limitado por tierras colombianas y la fecha del mismo, 24 de junio de 1935, cuando el matrimonio se encontraba en México (país que no abandonaron hasta finales de septiembre) en plena campaña, nos invita a relativizar la anécdota.

CUENTOS DE LA ESPAÑA ACTUAL

Lo que sí se puede constatar del periplo americano es la definitiva toma de conciencia y el sentimiento de lucha que adquiere María Teresa León, un sentimiento que va desde los aborígenes brasileños, desde el sufrimiento de los presos políticos venezolanos o los encarcelados de la Cuba de Batista. «En esa inclinación a la solidaridad con el hombre desfavorecido y el dolor

ajeno –comenta Estébanez Gil– nos aporta una clave fundamental para comprender el compromiso político que asumió»^[127] .

Producto de esa inquietud y de ese pensamiento fue la aparición en México, poco antes de su regreso a Madrid, del libro *Cuentos de la España actual*, su cuarta colección de relatos. María Teresa había dejado el manuscrito de 131 páginas en la redacción de la Editorial Dialéctica, que estaba financiada por el Sindicato Único de Trabajadores de la Industria Papelera. Los diez cuentos que

constituían el volumen tenían un claro tono revolucionario: «Liberación de octubre», «Letrero en las vallas», «Una estrella roja», «Su hermano el maestro», «Sistema pedagógico», «Un examen», «Infancia quemada», «El pequeño burgués», «El derecho de la nación» y «Cara de perro». Eran cuentos orientados a la defensa del proletariado y de los menesterosos, y en ellos prestaba plena atención a los más débiles, especialmente a los niños y a las mujeres, víctimas siempre inocentes de unas estructuras y de un sistema injustos. El profundo componente social de

la obra contaba con el precedente inmediato de algunas novelas de Ramón J. Sender, Díaz Fernández, César Arconada y Joaquín Arderús. Sabemos que gran parte de estos cuentos fueron escritos por María Teresa a lo largo de su viaje por la Unión Soviética, Europa y América, es decir, entre el periodo de los sucesos asturianos de octubre y el verano de 1935 (final del bienio negro en España), fecha en la que entregó el texto a la editorial mexicana. En estos relatos «se aprecia –como indica de nuevo Juan Carlos Estébanez Gil– el determinismo narrativo, el

maniqueísmo en la presentación de los personajes y una clara parcialidad hacia el polo proletario. La oposición dialéctica proletariado/burguesía está orientada hacia un fin didáctico-social; busca la ejemplarización para la toma de conciencia revolucionaria»^[128] . Tal oposición es la que rige la acción en la mayoría de los cuentos, que ven discurrir los hechos en un espacio rural asentado en viejas estructuras señoriales –y en cierto modo feudales– donde los personajes encarnan, desde su

perfil de seres anónimos, marginales y débiles en la estructura social, a las víctimas de la opresión burguesa. No es de extrañar que José Zapata Vela, presidente del comité directivo de la editorial mexicana que publicó *Cuentos de la España actual*, saludara la aparición de la obra con estas palabras dedicadas a María Teresa León: «Camarada María Teresa: Los obreros que en México escucharon tu cálida voz apasionada, te envían este tu propio libro, pleno de incitaciones a la acción, para que sea leído por los incomparables milicianos que

construyen y moldean nuestra experiencia de mañana»^[129].

Queda claro que estos diez relatos, estos diez episodios de la España de la República que conformaban su nuevo libro, respondían a una literatura de clase y también a una literatura de urgencia, pero con una lograda dignidad literaria. Como apunta Benjamín Prado, «no resulta fácil dar con obras de este tipo, capaces de reunir virtudes estilísticas y documentales, de inventar un mundo de ficción con la misma eficacia con que se retrata el

mundo real del que están copiados los personajes que desfilan por sus páginas»^[130] . Dicho de otro modo, María Teresa León, pese a cultivar en este libro eso que el profesor Joaquín Marco califica de «ejemplo inexcusable de literatura revolucionaria», supo alejarse de la literatura social de la época y de su carácter meramente panfletario a través de la nota poética, de la captación lírica del detalle, de la sensibilidad, de la observación y de la ternura. «María Teresa León pone su literatura al servicio de una causa –señala María Pilar Celma–,

pero sin que por ello pierda literariedad. Si el contenido de sus cuentos agita nuestra conciencia social, su expresividad logra conmover nuestra sensibilidad artística»^[131].

EL TRIUNFO DEL FRENTE POPULAR

En octubre de 1935, María Teresa y Rafael regresaban a España después de una ausencia de quince meses. La caída del gobierno de Gil-Robles facilitó la vuelta a un país convulsionado en el que se acababa de anunciar la convocatoria de unas elecciones democráticas y donde, a la vuelta de pocos meses, se constituiría el Frente Popular. «Nuestro viaje había concluido –

escribía María Teresa León en sus memorias— y también lo que llamaron en España el Bienio Negro, presidido por Alejandro Lerroux y Gil-Robles. Los repudiados podíamos volver poco a poco. Otra vez la Puerta del Sol, la calle de Alcalá, nuestro paseo de Rosales y mi madre contándonos sus aventuras con policías y soldados»^[132] .

Antes de finalizar ese año de 1935, María Teresa y Rafael viajaron a París como invitados al I Congreso Internacional de Escritores, de donde nacería la

Alianza de Intelectuales Antifascistas. Allí se constituyó la Asociación Internacional de Escritores para la Defensa de la Cultura. La presidía una junta de doce miembros entre los que se encontraba Valle-Inclán. En España, la Asociación tuvo escaso desarrollo al principio; de hecho, al comienzo de la Guerra Civil apenas congregaba a un pequeño grupo de escritores. Fue a finales de julio de 1936 cuando ya se podía hablar de un importante número de afiliados. Con el nombre de Alianza de Escritores y Artistas Antifascistas, la

Asociación instaló su cuartel general en el palacio de los Marqueses de Heredia-Spínola, en la calle madrileña de Marqués de Duero 7; pero para ello aún quedaban seis largos meses.

Comenzó el año de 1936 con importantes proyectos para el matrimonio. Se habían vuelto a encontrar con amigos, a celebrar veladas en casa de Aleixandre, de Pablo Neruda, del diplomático Carlos Morla Lynch; también en su ático de Marqués de Urquijo 45, donde tuvieron ocasión de relatar con detalle su viaje americano y sus aventuras por Nueva York, por

La Habana, por México... Nos consta que Rafael Alberti quería continuar por el camino del teatro, en el que no había dejado de pensar desde los días de *El hombre deshabitado* y *Fermín Galán*. María Teresa se proponía escribir nuevos cuentos aprovechando el material que fue recogiendo en Cuba, en México y en Centroamérica, incluso una novela en la que pudiera combinar ficción y autobiografía. Sin embargo, por encima de la actividad literaria, era la circunstancia política del país, inquietante hasta el límite, la que acaparaba toda su atención.

El panorama reinante era consecuencia de la caída del quinto Gobierno de Lerroux a últimos de septiembre de 1935 y el probado fracaso de la coalición radical-cedista de Lerroux y Gil-Robles, hecho que había facilitado el regreso a España de María Teresa y Alberti. Como ocurriera a comienzos de 1931, las fuerzas de izquierda se habían unido de nuevo tras la amarga experiencia del Bienio Negro y los sucesos de Asturias. La consecuencia de ese agrupamiento y el descontento explícito de las masas populares, cada vez más encrespadas,

llevarían el 14 de diciembre de 1935 al presidente de la República, Alcalá-Zamora, a encargar a Portela Valladares la formación de un nuevo Gobierno. Pese a las medidas más abiertas y conciliadoras del nuevo gabinete, la solución más oportuna fue la convocatoria de elecciones generales para comienzos de año, fijándose posteriormente la fecha del 16 de febrero de 1936. Se abría, pues, un periodo de trascendental importancia para las fuerzas democráticas, que debían encaminarse unidas a los comicios con el fin de no repetir el fracaso

de 1933. Así, con la firma del pacto del Frente Popular el 15 de enero, se aseguraba la participación en un solo grupo de Izquierda Republicana, Unión Republicana, Partido Socialista Obrero Español, Partido Comunista y Esquerra Catalana, con un programa que defendía la vuelta a la política educativa, religiosa y regional del primer bienio republicano, la amnistía de los más de 30.000 presos políticos que llenaban las cárceles españolas y una reforma agraria mucho más contundente y eficaz. Al otro lado, Gil-Robles (y su Confederación

Española de Derechas Autónomas) era presentado por su coalición como el único hombre fuerte capaz de salvar al país de la amenaza comunista, obviamente asociada al Frente Popular; mientras que Falange Española de las JONS desplegaba en esas últimas semanas de campaña electoral sus energías por mostrar un partido duro y cada vez más agresivo.

En las vísperas de los citados comicios, el ambiente en Madrid era de absoluta crispación. Y es en ese contexto, el 9 de febrero de 1936, cuando un centenar de intelectuales organiza una comida

en homenaje a María Teresa León y Rafael Alberti en los locales del Café Nacional, en la calle Toledo. El motivo principal del evento era celebrar el regreso de la pareja de su largo viaje por la Unión Soviética y América. Pero la verdadera razón residía en el protagonismo que el matrimonio había adquirido en las últimas semanas al participar activamente en los actos organizados por el Frente Popular con la lectura de encendidos discursos.

Entre los comensales de aquella comida-homenaje se encontraban Pablo Neruda, Manuel

Altolaguirre, Concha Méndez, León Felipe, Luis Cernuda y Federico García Lorca. Fue el autor de *Romancero gitano* el encargado de leer al final del almuerzo un significativo manifiesto que, seis días después, veía la luz en el diario comunista *Mundo Obrero*: «No individualmente —decía el poeta granadino—, sino como representación nutrida de la clase intelectual, confirmamos nuestra adhesión al Frente Popular, porque buscamos que la libertad sea respetada, el nivel de vida ciudadano elevado y la cultura extendida a las más extensas capas

del pueblo».

A este acto siguió otro de carácter multitudinario y popular que la propia María Teresa, junto a su compañero, y con el patrocinio del Ateneo madrileño, organizó el 14 de febrero en el Teatro de la Zarzuela en honor a Valle-Inclán, fallecido el mes anterior. El protagonismo del evento, de marcado cariz político, lo volvía a ostentar García Lorca, que leyó en su primera parte el prólogo de Rubén Darío a *Voces de Gesta*, obra del homenajeado, y el poema del autor nicaragüense «Soneto autumnal al marqués de Bradomín».

Luis Cernuda también participó en el homenaje leyendo un escrito de Juan Ramón Jiménez, así como Alberti, que hizo lo propio con unas cuartillas de Antonio Machado. Apenas dos días después, el domingo 16 de febrero de 1936, los resultados obtenidos en las urnas daban el triunfo a la coalición de izquierdas con un total de 267 escaños frente a los 132 de las derechas. La euforia desatada entre las masas populares e izquierdistas se vería convertida, pocos días después, en estruendosa aclamación cuando la primera medida del nuevo Gobierno

presidido por Manuel Azaña decretaba la amnistía de los miles de presos encarcelados tras la revolución de Asturias. A este acto, casi con la misma urgencia, siguieron otras órdenes de profunda trascendencia, como el relevo de los generales Franco y Goded, trasladados respectivamente a Canarias y Baleares, y de otros jefes militares excesivamente implicados en el anterior Gobierno. La reacción de los partidos de derechas, humillados por el resultado de los comicios, no podía ser otra que la radicalización de sus posturas y el viraje hacia un

fascismo fuerte y ejemplar. No tardaría el país en notar sus efectos, puesto que, tras la derrota de Gil-Robles y la huida de las juventudes de la CEDA hacia las filas de Falange Española, en pocas semanas empezarían a caer las primeras víctimas de una situación en ningún momento resuelta, pese a la satisfacción de las clases intelectuales y progresistas que habían soñado, en un primer momento, con el final de la amenaza reaccionaria.

MÍTINES Y HOMENAJES

Mientras, la vida continuaba en la capital y María Teresa seguía participando en cuantos actos solidarios reclamaban su presencia. Así, el 13 de mayo quiso estar presente en uno de los acontecimientos más significativos de esos meses: el homenaje al pintor Hernando Viñes en la Hostería Cervantes. Fue un banquete solemne al que concurrió toda la pléyade de escritores y artistas de

Madrid. En la famosa fotografía que inmortalizó el acontecimiento, parece no faltar nadie de aquella generación de hombres y mujeres que había protagonizado la cultura de un tiempo y de una generación histórica. En ella, María Teresa León aparece rodeada de artistas, poetas, músicos, cineastas y escritores como Alberto Sánchez, Delia del Carril, Hortelano, Pilar Bayona, Hernando Viñes, José Bello, Santiago Ontañón, Gustavo Durán, José Caballero, Eduardo Ugarte, Eva Thais, Adolfo Salazar, Alfonso Buñuel, Federico García Lorca, J. Vicens, Luis Buñuel, Luisa

Condoy, Acario Cotapos, Rafael Alberti, Guillermo de Torre, Miguel Hernández, Pablo Neruda, Sánchez Ventura y María Antonia Hagenar. Fue también el último acto al que Neruda acudía con su mujer, ya que unos días después se producía la anunciada separación del matrimonio. La esposa del poeta se marchó a Holanda con la hija de ambos, Malva Marina, dejando el camino libre al amor entre el poeta chileno y Delia del Carril.

El 24 de mayo acudían María Teresa y Rafael a la Feria del Libro de Madrid, que fue inaugurada por el presidente de la República,

Manuel Azaña; también participaron en el recital al aire libre que Luis Cernuda, Federico García Lorca, Neruda, Altolaguirre, Serrano-Plaja, Concha Méndez, Alberti y la propia María Teresa ofrecieron en el concurrido Paseo de Recoletos el 2 de junio, día de clausura de la Feria.

En medio de esas manifestaciones culturales, las turbulencias políticas seguían azotando la vida del país, marcada por nuevos atentados falangistas y su consecuente respuesta. El 7 de mayo, el capitán Faraudo,

instructor de las milicias socialistas, era asesinado en Cuatro Caminos y, al día siguiente, el ex ministro Álvarez de Mendizábal, que había insultado al Ejército en sus últimas declaraciones, se libraba milagrosamente de un atentado. Al confuso aire de violencia cabría sumar la huelga que el ramo de la construcción – con más de setenta mil obreros–, a instancias de la CNT y la UGT, había iniciado en Madrid el 2 de junio, calentando el ya de por sí enfebrecido ambiente. En las Cortes, los debates, cada vez más enconados, reflejaban la tensión de

la calle y adquirirían la misma violencia y gravedad que se respiraba en toda España. Las intervenciones de ultraderechistas como Calvo Sotelo o Gil-Robles, incendiarias y frenéticas, se cruzaban con las de Azaña e Indalecio Prieto, dando cuenta de un estado de ansiedad que prometía estallar por algún sitio y en cualquier momento.

El 6 de junio, José Antonio Primo de Rivera, viejo conocido de nuestra escritora en su etapa catalana, era trasladado de la cárcel Modelo de Madrid a la prisión de Alicante, lo que

convertía a esta ciudad levantina – tal y como se vería semanas después– «en uno de los principales eslabones de la trama civil e incluso militar de la conspiración, por la influencia que los planteamientos falangistas ejercían sobre algunos grupos de jefes y oficiales militares»^[133].

El contexto no acompañaba demasiado. El domingo 12 de julio era asesinado el teniente de la Guardia de Asalto José Castillo, cuya firme actuación contra los grupos fascistas le había convertido en blanco de la

ultraderecha. Aquella misma noche, antes de que la noticia se divulgara por Madrid, Federico García Lorca realizaba su última lectura de *Bernarda Alba* en casa del doctor Eusebio Oliver Pascual. A la mañana siguiente, cuando la noticia de la muerte del teniente Castillo comenzaba a correr por la capital, el diputado ultraderechista José Calvo Sotelo, líder de los monárquicos y exministro de Primo de Rivera, era asesinado en represalia por el crimen cometido contra el oficial de la Guardia de Asalto. Aquel lunes, 13 de julio, García Lorca sufría la angustia de

sus últimas horas en Madrid. El asesinato de Calvo Sotelo le había producido una profunda inquietud que no trató de disimular cuando se encontró con el poeta Juan Gil-Albert, una de las últimas personas en verle antes de que abandonara la capital: «Cuando le vi por última vez —comenta el escritor alcoyano—, en Madrid, estaba, ligeramente, espantado. El asesinato de Calvo Sotelo pareció indicarle que el fin se acercaba»^[134]. Esa misma tarde, el poeta granadino se encontró con su íntimo amigo Rafael Martínez

Nadal, a quien le comunicó su última decisión: «Me voy a Granada y sea lo que Dios quiera». Según varios testimonios, aquella noche, Federico tenía otra lectura de su obra en casa de Carlos Morla Lynch, ante la presencia de varios amigos entre los que se encontraban Adolfo Salazar, Altolaguirre, Neruda, Delia del Carril y Luis Cernuda, pero el autor de *Yerma* no acudió.

LA AVENTURA DE IBIZA

Mientras esto sucedía, María Teresa y Rafael se encontraban a más de 500 kilómetros de la capital, disfrutando de un productivo descanso en la isla de Ibiza. Ajenos a las graves consecuencias de los sucesos desatados en Madrid, dos semanas antes de los asesinatos del teniente Castillo y Calvo Sotelo, emprendían un viaje con el propósito de escribir una pieza teatral, *El trébol florido*, que

Alberti pensaba presentar a la siguiente convocatoria del Premio Nacional Lope de Vega. «Las primeras dos semanas —comenta Benjamín Prado— fueron maravillosas, apacibles, dedicadas a la lectura, los paseos, los baños y el trabajo. Ni siquiera se molestaban en leer los periódicos, puesto que, aunque les preocupaba la tensa situación del país, estaban algo estragados a causa de su larguísima campaña por América y querían separarse, momentáneamente, de la actualidad política»^[135] . En principio

pensaron desplazarse a tierras gallegas, pero el descarrilamiento de un tren ocurrido unos días antes con sus fatales consecuencias les hizo cambiar de opinión. «Rafael, como buen andaluz –decía María Teresa–, decidió viajar en sentido opuesto. Tal vez esto influyó para llamar Aitana a la niña que nos traía la esperanza»^[136] .

La mención a Aitana, la hija de Rafael y María Teresa, en este pasaje de *Memoria de la melancolía* tiene mucho que ver con la geografía levantina, adonde encaminó sus pasos la pareja tras

desestimar su primer destino por ese accidente ferroviario ocurrido entre León y Galicia. Llegaron primero a tierras alicantinas. Allí les esperaba Juan Guerrero Ruiz, secretario entonces del Ayuntamiento de Alicante y «Cónsul General de la Poesía», según lo definió Federico García Lorca. Por iniciativa de éste, el sábado 27 de junio, a las siete de la tarde, María Teresa pronunció en el Ateneo alicantino la conferencia «Nuestro viaje a América», en la que narró a los asistentes el periplo americano que habían realizado el año anterior. Por su parte, Alberti

leyó algunos poemas de su libro *13 bandas y 48 estrellas –Poemas del mar Caribe–*, publicado a su vuelta de América por Manuel Altolaguirre. Durante la excursión que realizaron por la provincia en compañía de Juan Guerrero, del prestigioso médico Carlos Carbonell y del escritor murciano José Ballester, director del diario *La Verdad*, en la que visitaron la costa de Altea y de Calpe, descubrieron la gran sierra de Aitana que presidía el paisaje de la comarca, «ondeada –según Alberti– de la blancura espejeante de sus almendros». Aunque poca

blancura lucirían en pleno verano unos árboles que abren su flor en el corazón del invierno y que, a buen seguro, sólo pudo contemplar en alguna fotografía expuesta en algún merendero de aquellos parajes. El nombre de Aitana, no obstante, permanecería siempre en la memoria de la pareja.

La madrugada del 28 de junio zarparon en el vapor *Jaime II* del puerto de Alicante rumbo a Ibiza en una ruta que concluía en Palma de Mallorca. En principio, la estancia en la isla sólo iba a durar quince días, pero las circunstancias históricas la convirtieron en una

peligrosa aventura de seis semanas, desde el 28 de junio de 1936 hasta el 11 de agosto. Sobre este episodio se ha escrito mucho, empezando por las páginas que sus protagonistas le dedican en sus respectivas obras: el poeta gaditano narra la experiencia en la segunda parte de *La arboleda perdida*, en el relato «Una historia de Ibiza», publicado asimismo en el primer y único número de *Cuadernos de Madrid*, y en varios poemas, sobre todo en *Retornos de lo vivo lejano*; María Teresa recoge ese capítulo de sus vidas en 14 páginas de *Memoria de la melancolía* y en una

parte de su novela *Juego limpio*. Sin embargo, la versión más completa de la estancia en la isla pitiusa, exhaustivamente descrita y estudiada, es la que nos ofrece el poeta Antonio Colinas en su libro *Rafael Alberti en Ibiza*.^[137] En él nos cuenta cómo la pareja desestimó vivir dentro de la ciudad triplemente amurallada y prefirió el espacio semisalvaje de «un monte sembrado de tumbas cartaginesas». «En las afueras de ésta había una necrópolis sombrada por olivos centenarios y, sobre su cima, sobre las bocas de las tumbas en las que

crecían asfódelos y alcaparras, se levantaba una blanca casita payesa y un molino de viento. [...] Dos semanas de paz y sosiego en un espacio lo más parecido a una “isla de Teócrito”; dos semanas interrumpidas inesperadamente por el estallido de la Guerra Civil. No por ello el amor dejaría de seguir creciendo, dejaría de madurar»^[138].

El propósito del matrimonio era vivir una estancia apacible que les permitiera disfrutar del mar y escribir en un ambiente idílico, el mismo que alentó a otros artistas

que escogieron Ibiza como destino en los años veinte y treinta: Tristan Tzara, Walter Benjamin, Albert Camus... Sin embargo, pronto empezaron a llegar noticias a través de la radio del bar La Estrella, al que solían acudir, sobre el asesinato de Calvo Sotelo, la llamada a la huelga general por parte de Largo Caballero y los primeros rumores del alzamiento militar. La experiencia ibicenca pronto se tornó en una fusión de amor intenso y de lucha por la supervivencia. Por un lado, fueron días en los que pudieron disfrutar de la belleza y de la serena visión

del mar desde el Molin del Socarrat: «El mar se aparecía alto, de un azul magistral –describe María Teresa–. La lección azul continuaba en el cielo, campo de nubes redondas y estrías en la gran pizarra que borraba un lebeche fino. Era el mar de Ulises, y hasta la transparencia de sus aguas mansas en calitas de arenas doradas bajaban a beber los algarrobos, los pinos parasol, los almendros y aquellos torturados, gigantescos geranios que jamás hemos vuelto a encontrar. Desde nuestro molino veíamos los barcos redondos que buscan la sal, las

canoas finas del recreo, las pesadas urcas de transportar madera y las gaviotas. Desde nuestro molino veíamos las parejas de la pesca y, pensando en los salmonetes carmín y oro tomábamos un balde y corríamos a la Marina, saltando entre las tumbas cartaginesas que cubren la ladera del monte de piedras rodadoras con matas de piadosas alcaparras, tapizando de flores blancas resquicios y hendiduras»^[139] . Pero el alzamiento militar del 17 de julio interrumpió la paz de la pareja de

enamorados y la paz de España.

Si en un principio parecía una controlada insurrección de un sector del Ejército en el norte de África, pronto habría de convertirse, ante el confiado Gobierno de Casares Quiroga, en una auténtica guerra civil. El asalto popular al madrileño cuartel de la Montaña la mañana del 20 de julio fue la prueba inequívoca de que media España se enfrentaba a la otra media sin otra solución que la fuerza.

Los Alberti, dado el riesgo que corrían, pensaron entonces en regresar a Madrid y la mañana del

19 de julio, en cuanto rompió el día, abandonaron el molino y se dirigieron al puerto para tomar el primer barco que saliera de la isla. «Aunque la pareja estaba deseosa de llegar con prontitud a la ventanilla donde se despachaban los billetes —relata Colinas—, aún se demoraron un poco disfrutando de aquella paz y del ir y venir de los payeses cargados de frutas y de verduras. Se sentaron en uno de los bancos del paseo para quitarse de las sandalias el polvo y las piedrecillas del camino. Fue en ese preciso momento cuando, al levantar las cabezas, vieron cómo

desde el fondo del paseo, por el centro, entre los árboles, “avanzaba formada toda la guarnición de soldados de Ibiza” [...] Iban ya los viajeros a tomar los maletines y a abandonar el banco del paseo para darse media vuelta, cuando observaron cómo las tropas se detenían de repente frente al antiguo edificio de Correos. El “capitán”, escribe Alberti [...] sacó allí del bolsillo una hoja de papel a la que dio lectura a continuación. [...] Desde lejos, no habían podido entender bien las palabras que el oficial había leído. Por eso, se acercaron a la pared

del edificio de Correos y allí leyeron las primeras –sólo las primeras– líneas de la declaración del estado de guerra: “Don Manuel Goded Llopis, General comandante militar de Baleares. Hago saber: Art. 1º. Queda declarado el estado de guerra en todo el archipiélago balear...”»[140]

En aquellos momentos, María Teresa y Rafael tomaron plena conciencia del peligro que corrían, puesto que esa misma jornada se produjeron las primeras detenciones y refriegas. Pese a ello, el matrimonio regresó a la

casa del molino amparándose en la noche. «Ya se había sublevado el comandante de la plaza –escribe María Teresa– y aguardábamos que la sombra nos borrara la cara para subir por entre las piedras hasta nuestro molino. Nos despertábamos muchas noches asombrados de que únicamente llamase a nuestra puerta la aurora»^[141] . Dos días después, aún a riesgo de ser detenidos, bajaron a la ciudad para informarse de la situación. Se encontraron con el bar La Estrella cerrado y precintado, pero aún pudieron escuchar en otro

establecimiento las noticias de la toma del Cuartel de la Montaña y de la detención del general Goded en Barcelona. La mañana del día 22, hundidos en la incertidumbre y acechados de peligros, se vieron protegidos de nuevo por la fortuna. La pareja se había subido a una higuera cercana a la casa para vigilar, desde allí, la subida al promontorio y refugiarse en la frondosidad de las hojas que les protegían del calor. En ello estaban —relata Antonio Colinas— cuando «sus ojos se volvieron hacia el noroeste, hacia el otro lado de la ladera, hacia donde precisamente

se hallaban la necrópolis, la ciudad y el castillo, con sus prisioneros. Fue entonces cuando vieron subir, entre las piedras y los matorrales, a una pareja de guardias. No cabía ninguna duda: se dirigían hacia su casa. [...] Conteniendo el aliento, recogieron sus piernas, que colgaban de la higuera, para replegarse hacia la frondosidad del árbol y esconderse»^[142].

La versión de María Teresa tiene el punto dramático de quien se sabe protagonista de la acción o, en este caso, de una inacción salvadora: «la guardia civil eligió

una mañana de sol esplendoroso. Desde la higuera más robusta mirábamos deshacerse la onda marina en la cala correspondiente de nuestro jardín, cuando vimos avanzar, secándose el sudor, a los civiles. Preguntaron a la vecina, gorda y buena, por nuestro paradero. Debió de satisfacerles la contestación: No están, porque volvieron a bajar el monte sin mucha prisa. Nosotros ya no entramos más en la casa. ¡Adiós las adelfas del pozo y los escalones que llevaban nuestros pies descalzos hasta la curva pequeña del agua tornasolada de erizos e

ictinias! ¡Adiós almendros, algarrobos gigantes, higueras centenarias! ¡Ya apenas si regresaríamos unos momentos para no volver a verte, molin del Socarrat, estación hacia el cielo, horas sin nubes, amor de perfección! Cuando Pau se hizo cargo de nosotros en la playa, ya la orden de nuestro fusilamiento estaba tal vez decidida, pero ángeles contrabandistas cuidarían de nosotros»^[143].

Resulta del todo probable que María Teresa León y Alberti se pudieran librar de una muerte

segura –¡ay!, esa guardia civil caminera que pronto fusilaría a Federico García Lorca–; de ahí que huyeran hacia las playas de Figueretas y En Bossa y, después, hacia la montaña del Corb Marí. Fue allí, refugiados en una cueva que se transformaría durante veintitrés días en un verdadero nido de amor, donde vivieron, como fugitivos, entre la pasión y el miedo, los momentos más bellos de sus vidas. «No es posible querer más un recuerdo de la vida que lo que nosotros queremos aquellas horas –confesaba María Teresa al dramaturgo Alfredo Mañas en una

carta escrita en Roma muchos años después— [...] Eivissa... Dios mío, he sido tan feliz [...] Ojalá pudiéramos reunirnos todos en la isla más hermosa del mundo [...] es la única forma de recobrar el paraíso»^[144] .

Y si ese recuerdo de los días ocultos en una gruta, con un lecho construido con agujas de pino, retamas y una vieja manta, se transformó en hermosura, se debió en buena medida a la ayuda de los campesinos, los payeses y los amigos ibicencos que les protegían y les facilitaban alimentos. Entre

ellos, María Teresa León siempre recordaría los nombres de Pau García, de Escandell y de Justo Tur, incluso cuando la desmemoria se cebó con la escritora en sus últimos años y recibió en la residencia donde fue ingresada la visita de Pau y de su hija María. Nada quedaba ya en su mente de aquellos recuerdos y menos aún de aquel remoto verano de 1936, pero al oír el nombre de Pau, para sorpresa de los médicos presentes, la autora de *Memoria de la melancolía* exclamó: «¿Pau García? ¿El amigo de Ibiza?»

Había motivos para retener

siquiera un mínimo rescoldo de aquella aventura. «Durante el día, Rafael y yo estábamos solos – vuelve a evocar María Teresa–. Conocimos lo amable que es la pinocha verde para formar una cama de fortuna y cómo, al salir el sol, todo despierta: agua, piedras, pájaros, pinos y pastores. Pastores desnudos en aquel mar turquí de Odiseo lavaban las borregas manchadas de tierra roja y, del nieto al abuelo, se resguardaban del sol con un sombrero de palma a la moda en todos los archipiélagos mediterráneos hasta Grecia. Allí conocimos el valor de las torres de

vigía que a medio caer sobrenadan
muertas en el agua del
pasado...»^[145]

«...tiempo de arenas solas –
escribe Colinas–, de enfurecido
sol, de islotes lejanos, de lunas
llenas y húmedos bosques, de los
que despertaron como seres los
personajes de la mitología
mediterránea: Venus y Pan, Príapo
y Eco. Fuera de aquel refugio del
bosque llegaba la guerra, pero
amor y naturaleza fueron
entrelazando a lo largo de veinte
noches experiencias que serían
inolvidables»^[146] .

Las experiencias vividas en Ibiza ocuparon también un lugar de privilegio en la poesía de Alberti, apareciendo en libros fundamentales como *Entre el clavel y la espada*, *Retornos de lo vivo lejano* y *Baladas y canciones del Paraná*. El poema «Retornos del amor en los bosques nocturnos» resume la pasión vivida en los días ibicencos y recuerda a la vez, con terrible premonición, los últimos años de María Teresa y sus propias y sugerentes palabras: «Vivir no es tan importante como recordar».

¡Son los bosques, los

bosques que regresan!

Aquellos

donde el amor, volcado, se

pinchaba en las zarzas

y era como un arroyo feliz,

encandecido

de pequeñas estrellas de

dulcísima sangre.

Los bosques de la noche,

con el amor callado,

sintiendo solamente el

latir de las hojas,

el profundo compás de los

pechos hundidos

y el temblor de la tierra y

el cielo en las espaldas.

¡Qué consuelo sin nombre
no perder la memoria,
tener llenos los ojos de los
tiempos pasados,
de las noches aquellas en
que el amor ardía
como el único dios que
habitaba los bosques!

En homenaje a esos días
merece asimismo recordar el
poema «Retornos del amor en las
arenas», también del libro
Retornos de lo vivo lejano. Su
primer y su último versos fueron el
epitafio elegido por Alberti para

despedirse de su esposa en el invierno de 1988, pero la fuerza de las imágenes que contiene la composición invita al estremecimiento y da buena cuenta del amor que vivieron los dos:

Esta mañana, amor,
tenemos veinte años.
Van voluntariamente
lentas, entrelazándose
nuestras sombras
descalzas camino de los
huertos
que enfrentan los azules de
mar con sus verdores.

[...]

Allí estás, allí estoy contra
ti, comprobando
la alta temperatura de las
odas felices,
el corazón del mar
ciegamente ascendido,
muriéndose en pedazos de
dulce sal y espumas.
Todo nos mira alegre,
después, por las orillas.
Los castillos caídos sus
almenas levantan,
las algas nos ofrecen
coronas y las velas,
tendido el vuelo, quieren

cantar sobre las torres.

Esta mañana, amor,
tenemos veinte años.

El 9 de agosto, las tropas republicanas, mandadas por el capitán Alberto Bayo, liberaron la isla y los escritores pudieron abandonar la gruta y salir del bosque. Sin embargo, como vuelve a recordarnos Antonio Colinas, dos días antes de partir, sucedió otro episodio desagradable con un grupo incontrolado de anarquistas del que Alberti pudo salir muy mal parado. «Habían puesto freno a una

hoguera que se iba a alzar en la misma puerta de la catedral de Ibiza con obras de arte y ornamentos sagrados. Fue un momento en el que el poeta puso en peligro su vida, pues uno de los cabecillas anarquistas le encañona con una pistola. Este recuerdo sería tan vivo que permanecería en la mente del poeta –casi de manera obsesiva– hasta sus últimos días. Lo digo porque cuando vi a Alberti por última vez en su casa de El Puerto, pocos meses antes de morir, adormilado sobre una mesa camilla, sin que el tema viniera a cuento, volvió a decirme: “Yo allí,

en Ibiza, en la plaza de la catedral, puse en peligro mi vida”»^[147] .

El día de la liberación de Ibiza, María Teresa recordaba que se encontró «en medio de una columna de milicianos que avanzaba. La mandaba el capitán Bayo. No sé quién iba preguntando por nosotros. He olvidado el nombre de aquel valenciano – ¿pintor, poeta?– que nos abrazó en aquel momento. Luego otro me entregó un fusil. Cantando entramos en Ibiza. Al iniciar la subida a la ciudad vieja nos dijeron: Vamos a poner la bandera valenciana en el

castillo. Y me dio la señera con las valientes barras amarillas y rojas y *lo rat penat* en el remate del asta»^[148].

María Teresa y Rafael zarparon de la isla el 11 de agosto de 1936 a bordo del destroyer *Almirante Antequera*. «¿Os vais? Sí. ¡Adiós, Pau! ¡Adiós, Escandell! ¡Adiós, Justo Tur! ¡Adiós, adorable isla pequeña de Astarté! Nos vamos, pero mucho hemos de hablar de ti, hermosa entre las hermosas. Volveremos a mirar tus ovejas bañándose en la madrugada y las tumbas cartaginesas cubiertas

de alcaparras floridas y las retamas
y las redes que los pescadores
sacan tan plateadas por sus ánforas
griegas cubiertas de moluscos. [...]
Tenemos que sentarnos en el café
de la Estrella ¿Verdad, Pau?
¿Verdad, Escandell? [...] ¡Adiós,
hermosa entre las hermosas, isla de
Ibiza!»^[149]

IV. UNA GUERRA CIVIL (1936-1939)

EL REGRESO A LA GUERRA

Tras mes y medio de aventura y de ausencia, la pareja regresa a la península vía Alicante, se dirige a Valencia y desde allí parte a la capital. «Procedentes de Ibiza – anunciaba el diario *Milicia Popular*–, han llegado a Madrid y al

cuartel del 5.º Regimiento de Milicias Populares los camaradas María Teresa León y Rafael Alberti, el gran poeta revolucionario». A mediados de agosto, como declaraba nuestra escritora, «todo era diferente. Durante muchos días yo no pude dormir en una cama, acostumbrada como estaba al monte. Durante días me desperté al alba, aguardando que me hablaran los pájaros. Tanto Rafael como yo tardamos en desacostumbrarnos. No sé qué día de agosto llegamos a Madrid. Como había corrido la noticia de nuestro fusilamiento, nos

miraban como resucitados»^[1] .

Corrían muchas noticias en aquel Madrid de euforia y miedo, entre ellas, el trágico suceso acaecido en Granada el 18 de agosto: la muerte de Federico García Lorca. Los intelectuales iban tomando sus posiciones y, los más significados, habían hecho públicos manifiestos de lealtad a la República, como el del 30 de julio de 1936: «Los abajo firmantes declaramos que en el conflicto que ha determinado la guerra civil en España, nos ponemos del lado del Gobierno, de la República y del

Pueblo, que con tan ejemplar heroísmo está combatiendo por sus libertades». El documento llevaba la rúbrica de Ramón Menéndez Pidal, Antonio Machado, Gregorio Marañón, Ramón Pérez de Ayala, Juan Ramón Jiménez y José Ortega y Gasset.

Corrían también los primeros días de persecuciones, sacas y asesinatos. Días de delaciones y falsas denuncias en las que la propia María Teresa tuvo que interceder en casos que afectaban a la familia de Alberti, de tendencia conservadora: «Ella siempre ayudó a la familia de Rafael –declara

Teresa Sánchez Alberti—, perseguida durante la guerra por el ejército republicano. En una ocasión fueron unos soldados en busca de mi madre y de otra de las hermanas de Rafael, Josefina. Al encontrarlas les preguntaron, mientras ellas temblaban aterradas: “¿Sois las hermanas de los camaradas María Teresa y Rafael Alberti?”. También en otra ocasión intermediaron para sacar a mi padre de la cárcel»^[2] .

La vuelta, pues, no fue fácil ni amable para nuestra escritora en una España en guerra. Además, los

Alberti se habían encontrado con la puerta de la vivienda de Marqués de Urquijo precintada, saqueada y revuelta, aunque esta vez no se trataba de la policía, sino de los anarquistas de Madrid. La reacción de María Teresa, dado su carácter, no se hizo esperar: «Encontramos la puerta de nuestra casa de Marqués de Urquijo 45 cruzada por una banda de papel donde se leía: Requisada para la Contraguerra. ¿Qué era aquella broma? Rompimos el precinto y entramos. ¡Qué rabia nos dio! Todo estaba vuelto como cuando entraron los policías y detuvieron a mi madre.

Los libros tirados, las plantas secas, las camas volcadas... Empezamos a hacer inventario de lo que faltaba. ¡Qué inteligentes habían sido! Hasta los libros dedicados se llevaron. Como soy impulsiva me tercié el mantón y me fui a la calle Miguel Ángel donde estaba el comité anarquista. No recuerdo hoy el nombre de un amigo de la dirección que conocíamos. Estaba allí y salió. Cuando le conté lo ocurrido meneó la cabeza: “Son esos muchachos, esos muchachos.” “Pues ya es hora de que los llaméis hombres y soldados, porque en el frente hay

mucho más trabajo que hacer que en la retaguardia.” Trató de calmarme. Saludé a los compañeros reunidos. Les advertí que habíamos vuelto y estábamos decididos a no dejar entrar a nadie en nuestra casa. Rieron de mi enfado, amablemente. Tomamos café. Yo, por preguntar algo, les dije: “¿Por qué habéis cambiado el nombre de esta calle que era tan bonito?” Uno de ellos me contestó, dulcemente: “Porque no queremos nada con los santos.” ¡Si les hubiese escuchado Miguel Ángel!»^[3]

Quedaba claro que la zona de Rosales y de Marqués de Urquijo comenzaba a ser peligrosa. El cerco de Madrid se estrechaba y parecía prudente trasladar la residencia, al menos mientras durase la contienda, al palacio de los Marqueses de Heredia-Spínola, sede de la Alianza de Intelectuales Antifascistas. Allí, a la calle de Marqués de Duero 7, se mudaron en noviembre de 1936 y allí permanecerían durante casi toda la guerra, a excepción de los breves periodos que pasaron en el Estado Mayor de las Brigadas Internacionales y en el piso que la

Junta de Alojamiento de Madrid les cedió mientras se restauraba la casa de Marqués de Urquijo, afectada seriamente por los bombardeos.

LA ALIANZA DE INTELECTUALES PARA LA DEFENSA DE LA CULTURA

El palacio de los Heredia-Spínola, escenario de la intelectualidad más activa durante los tres años de confrontación armada, era un caserón inmenso, rojo, con grandes monteras de cristales que temblaban pero que soportaban bien la sacudida de los bombardeos. Contaba con solemnes salones y con

una gran biblioteca instalada en una amplia sala gótica en la que reposaban miles de libros, manuscritos, incunables, grabados y ediciones raras de obras clásicas. Por aquel edificio pasaron muchos escritores, escenógrafos, actores, músicos, pintores... «Fue el albergue de la mano fraterna y del plato seguro –comenta Antonina Rodrigo–, aunque sólo fueran unas pocas lentejas [...] Pero, eso sí, servidas con vajilla de fina porcelana, grabada con las armas de los marqueses de Heredia Spínola en coronas de oro»^[4] .

La Alianza de Intelectuales había nacido, como bien sabemos, en el I Congreso Internacional de Escritores celebrado en París en 1935. En su versión hispana, María Teresa León fue la secretaria de la Alianza bajo la presidencia de José Bergamín, una vez que su primer presidente, Ricardo Baeza, lo abandonara a mediados de agosto de 1936. También, a casi todos los efectos, el edificio de los Heredia-Spínola fue el verdadero hogar de María Teresa León y la casa de acogida de gran parte de los intelectuales españoles, y por él pasaron escritores, pintores,

poetas, políticos, actores y periodistas como Josep Renau, Juan Gil-Albert, Pla y Beltrán, León Felipe, Antonio Machado, José Bergamín, Alberti, Manuel Altolaguirre, Vicente Aleixandre, Luis Cernuda, Emilio Prados, Concha Méndez, Pedro Garfias, Antonio Aparicio, Serrano-Plaja, Pérez Infante, Antonio Sánchez Barbudo, Miguel Hernández, Manuel Ángeles Ortiz... También se hospedaron en la sede de Marqués de Duero 7 numerosos autores extranjeros que venían a colaborar con la causa republicana, entre ellos, Pablo Neruda, Acario

Cotapos, Juvencio Valle, Nicolás Guillén, Vicente Huidobro, Ernest Hemingway, André Malraux, Louis Aragon, Octavio Paz, Langston Hughes, Jhon Dos Passos, Robert Capa, Gerda Taro..., incluso jefes militares históricos de la categoría de Enrique Líster, Juan Modesto, José Miaja, Paco Ciutat, Carlos Contreras...

El propio Líster confesaba en sus memorias que hasta el 5.º Regimiento comandado por él estuvo unido a la Alianza de Intelectuales mientras duró la contienda: «La casa de la Alianza era un lugar de encuentro, de

estrecha ligazón entre los combatientes que llegaban de las trincheras y los intelectuales que tan magnífica labor realizaban. Allí se era acogido con todo el cariño por Alberti y María Teresa León, siempre tan ligados a los combatientes y que tan intensamente vivían las cosas del frente»^[5]

Desde su nombramiento como secretaria, María Teresa asumió, con la máxima dignidad y eficacia, la actividad de la Alianza, de la que fue su alma y su motor. Participó, como así veremos, en

múltiples iniciativas y en importantes misiones culturales, desde la creación de la revista *El Mono Azul*, la puesta en marcha de las Guerrillas del Teatro, la custodia y salvación del patrimonio artístico, a la organización del II Congreso Internacional de Escritores y las arengas, los recitales y las conferencias en los frentes. «La primera vez que vi a María Teresa León –nos recuerda el poeta Marcos Ana– fue en aquellos días tristes y heroicos de la guerra, en la posición “Las Matas”, del frente de Madrid [...]. En una cercana vaguada se montó

un improvisado tablao para su teatro de las guerrillas y desde allí nos arengó apasionadamente. Aún recuerdo el impacto que produjo sus palabras en mi corazón de miliciano adolescente»^[6].

A nivel personal, las decisiones inmediatas de María Teresa aquel verano del 36, sincronizadas con las de Alberti, eran de carácter cultural e iban encaminadas, como bien señala Benjamín Prado, «a recorrer el mismo camino que habían iniciado ella con *Cuentos de la España actual* y él con los textos que

formarían *El poeta en la calle*, sólo que ahora en distinto sentido ya no se trata de traer la historia y la política a los libros, sino de llevar la cultura a las plazas, entregársela al pueblo»^[7].

En este punto conviene matizar la postura que los compañeros de generación de María Teresa y Rafael tomaron desde el comienzo de la contienda, siempre con la cultura como fondo, es cierto, pero en muchas ocasiones con diferentes planteamientos a la hora de emprender la acción. Así, mientras un amplio número de

intelectuales comprometidos con la defensa de la República y con un gobierno legítimo, como hemos visto, instalaba su cuartel general en la Alianza de Escritores Antifascistas, como centro de operaciones, otros preferían actuar desde la primera línea de fuego, en las trincheras. Fue el caso de poetas y escritores como Miguel Hernández, Antonio Aparicio, Herrera Petere, Adolfo Sánchez Vázquez, Juan Paredes o incluso Luis Cernuda; autores que convivieron, piel con piel, con la muerte y que, en ciertos momentos, sacarían a la luz sus diferencias

con los camaradas refugiados en el palacio de los Heredia-Spínola.

La terrible realidad era que, nada más comenzar la contienda civil, España vería en poco tiempo fragmentarse a toda una generación de poetas y artistas que había capitaneado la mejor cultura de Europa. Pablo Neruda fue destituido de su cargo de cónsul tras aparecer publicada su fotografía en el primer número de la revista *El Mono Azul* junto a unas declaraciones en las que mostraba su apoyo incondicional a la República, y el 7 de noviembre se hallaba en París, de donde

saldría un año más tarde camino de Chile. Pedro Salinas tuvo noticias del alzamiento militar cuando se hallaba en el Wellesley College americano ejerciendo sus labores de profesor, donde se quedaría a partir de aquel año como exiliado político. Cernuda, que había partido a París pocos días antes del alzamiento militar, regresaría unos meses más tarde para unirse a la Alianza de Intelectuales y participar ocasionalmente como miliciano en la defensa de la sierra de Madrid, hasta 1938, año en que abandonó España para trasladarse a Inglaterra y de ahí a EE.UU. y a

México como último punto de su itinerario vital. Jorge Guillén se encontraba en Sevilla en el momento de producirse la insurrección. Detenido a comienzos de agosto cuando trataba de pasar a Francia con su mujer, fue sin embargo respetado y protegido por los escritores hispalenses tras su regreso a la capital andaluza. Los líderes falangistas Pedro Gamero del Castillo y Joaquín Romero Murube, así como el poeta Eduardo Lloset, le brindaron incluso un homenaje en el Pasaje de Oriente. Pero el autor de *Cántico*, pese al favorable trato que recibió de los

sectores facciosos de Sevilla, salió finalmente del país en 1938 para viajar desde la capital francesa a Estados Unidos, donde le esperaba Salinas con un puesto para él de profesor en Vermont. El destino de Juan Ramón Jiménez fue diseñado por el presidente de la República y el ministro de Estado, expidiéndole un pasaporte diplomático como agregado cultural a la Embajada de España en Washington. Acompañado de su inseparable Zenobia, el poeta de *Eternidades* llegó a Nueva York en el trasatlántico *Aquitania* a últimos de agosto de 1936, desplazándose un

mes después a Puerto Rico, su último destino. Su casa madrileña de la calle Padilla –santuario poético de tantos jóvenes que respiraron allí la lírica purista–, sería saqueada después por un grupo de escritores falangistas que el propio Juan Ramón denunciaría en un texto titulado *F.R. y otros adláteres maleantes*^[8] : «Allanaron mi piso, Padilla, 38, un grupo de escritores al frente de los cuales iba el joven ratero catalán F.R., antiguo secretario de B. y amigo de S. En el grupo estaba C.M.B., que yo acogí

confiadamente años antes, traído por Alt». Tras las iniciales que el poeta de Moguer no quiso desvelar en aquel momento se ocultaban los nombres de Félix Ros y Carlos Martínez Barbeito: el primero, antiguo secretario de Bergamín y amigo de Salinas; y el segundo, acogido por Juan Ramón a instancias de Altolaguirre.^[9] Sin embargo, en la denuncia y el lamento de Juan Ramón, se pasaba por alto un tercer nombre que, según el historiador Ángel Sody de Rivas, el profesor Rafael Alarcón Sierra y el periodista Jordi García,

entre otros, fue el cerebro del asalto al domicilio del poeta; nos referimos a Carlos Sentís, periodista destacado por razones no sólo profesionales desde el inicio de la guerra que llegó a ejercer de secretario personal de Rafael Sánchez Mazas mientras fue ministro sin cartera. «A los pocos días de la entrada de las tropas franquistas en Madrid y del final de la guerra civil –relata Alarcón Sierra–, en abril de 1939, tres escritores que se identificaron como miembros del Servicio Nacional de Prensa y Propaganda del nuevo régimen, Félix Ros,

Carlos Martínez Barbeito y Carlos Sentís, entraron en el piso de Juan Ramón, intimidaron a Luisa Andrés, que estaba a su cuidado, registraron y revolvieron toda la casa, requisando cuanto quisieron, sin dar explicaciones ni levantar registro de la confiscación, que fue un verdadero saqueo: sobre la alfombra de la casa fueron echando libros, carpetas de manuscritos, fotografías, pinturas y objetos de valor. Las alfombras enrolladas fueron bajadas hasta la furgoneta de la Delegación de Prensa y Propaganda que les esperaba en la

calle»^[10] .

La guerra había pintado, desde el principio, un panorama de amistades divididas. También había poetas, artistas e intelectuales en el bando rebelde. Luis Rosales, Luis Felipe Vivanco, Dionisio Ridruejo, los hermanos Panero y otros compañeros de viejos encuentros literarios con María Teresa León, ahora enarbolaban desde las trincheras del bando sublevado los ideales del fascismo. Pero nuestra escritora, más enérgica que nunca, iniciaba su batalla en defensa de aquella España republicana que

resistía los embates de la otra media con uñas y dientes. «Éramos, sin duda, el pueblo más preparado para la paz cuando nos impusieron la guerra –escribía nuestra autora en *La Historia tiene la palabra*–, cuando vinieron a robarnos nuestros cinco sierras maestras, nuestros cinco ríos caudales, y nuestros tres litorales de espuma, esbeltos pinos, sagradas encinas, rumorosos castaños, pródigos naranjales y matusalenes olivos. Por muchas noches sin sosiego que haya conocido después el mundo, ninguna admite competencia con nuestras noches, tremendamente

desveladas. Jamás se oscureció la razón de modo semejante; jamás se traicionó tan refinadamente; jamás los oídos de la muchedumbre de las mujeres se oscurecieron tanto de incomprensión; ni el aire, inflamándose, dejó más olor a cadáver y a ruina propia»^[11]

EL MONO AZUL

Una de las primeras y fundamentales acciones de María Teresa León durante el periodo bélico fue la fundación de la revista *El Mono Azul*, «Hoja semanal de la Alianza de Intelectuales Antifascistas para la defensa de la cultura». En su primer número, de fecha 27 de agosto de 1936, figuraban como responsables de la publicación, además de nuestra escritora, José Bergamín, Rafael Dieste, Lorenzo

Varela, Rafael Alberti, Antonio Luna, Arturo Souto y Vicente Salas Viu. «En medio de este va y viene –relata María Teresa– nació *El Mono Azul*, en la biblioteca de la Alianza. No sé si fue José Bergamín quien la bautizó, jugando con el nombre popular que se da al traje azul de trabajo. De mono azul vestían nuestras primeras Milicianas Populares y nuestro *El Mono Azul* estaba destinado a los combatientes»^[12].

De *El Mono Azul*, revista de evidente finalidad política y revolucionaria, se editaron 47

números desde 1936 hasta febrero de 1939. Como publicación literaria abarcaba todos los géneros y se dirigía al combatiente, le narraba los sucesos de la contienda, le instruía en prácticas militares y le informaba de la participación de los intelectuales extranjeros en la guerra. Entre los colaboradores más destacados, la publicación llegó a contar con Vicente Aleixandre, Antonio Machado, Ramón J. Sender, Miguel Hernández, Juan Gil-Albert, Luis Cernuda, Octavio Paz, Pablo Neruda, Sánchez Barbudo y César Vallejo. Pero además de las firmas

consagradas, *El Mono Azul* solicitaba –como se anuncia en el primer número– colaboraciones de los propios soldados, y sus versos aparecían editados en la sección “Romances de guerra”. Así lo anunciaba Alberti en el semanario:

¡Salud!, mono miliciano,
lleno, inflado, no vacío,
sin importarte ni pío
no ser jamás mono-plano.
Tu fusil
también se cargue de tinta
contra la guerra civil.

En *El Mono Azul*, María Teresa publicó cuentos revolucionarios, en la línea del realismo socialista con finalidad didáctico-social, como «El barco» (núm. 1, 27 de agosto de 1936), «Una estrella roja» (núms. 5-6, 24 de septiembre y 1 de octubre de 1936) o «De muerte a muerte» (núm. 28, 12 de agosto de 1937), además de artículos de contenido tan variado como la defensa de Madrid («Palabras mágicas», núm. 15, 11 de febrero de 1937), el protagonismo de la mujer popular en momentos de guerra («A las mujeres españolas», núm. 13, 19 de

noviembre de 1936), el recuerdo del autor de *La madre* «En el primer aniversario de la muerte de Gorki. Cómo conocí al gran escritor soviético» (núm. 28, 24 de junio de 1937), la conmemoración del Día del Trabajo («1.º de mayo», núm. 16, 1 de mayo de 1937), su magnífico trabajo «Gato por liebre» sobre el teatro (núm. 36, 14 de octubre de 1936) y su evocación de César Vallejo, fallecido por esas fechas: «César Vallejo, el gran poeta peruano, ¡ha muerto!» (núm. 45, mayo de 1938).

La escritora riojana no faltaría a la cita con otras publicaciones de

guerra que solicitaron su colaboración, y así podemos encontrar su firma en revistas como *Ayuda. Semanario de Solidaridad*, *Nueva Vida*, *Defensa Nacional* y *Boletín de Orientación Teatral*, además de su participación, como se verá más adelante, en esa gran obra que fue la *Crónica General de la Guerra Civil*, publicada por la Alianza en 1937.

DEFENSA Y PROTECCIÓN DEL TESORO ARTÍSTICO NACIONAL

Casi al mismo tiempo que María Teresa asumía la dirección de la revista *El Mono Azul*, el Ministerio de Instrucción Pública le encomendaba la tarea de salvaguardar algunas obras del patrimonio artístico nacional, en concreto del Museo del Prado, El Escorial y Toledo. La idea provenía de un grupo de intelectuales y

artistas de izquierda, miembros de la Alianza, que, nada más comenzar la contienda civil, propuso al citado Ministerio de Instrucción Pública la creación de una comisión u organismo que velase por la conservación de las obras de interés artístico, literario e histórico que había en los edificios ocupados por las milicias, los partidos políticos y las organizaciones sindicales. La propuesta consistía, pues, en poner en marcha medidas extraordinarias destinadas a proteger el patrimonio desde el mismo mes de julio del 36, y allí se pudieron ver, desde el primer momento, formando la

primera Junta, los aliancistas José Bergamín, Carlos Montilla (ingeniero), Ricardo Gutiérrez Abascal, más conocido como Juan de la Encina (director del Museo de Arte Moderno), Manuel Sánchez Arcas (arquitecto), Arturo Serrano-Plaja (escritor), Luis Quintanilla (pintor) y Emiliano Barral (escultor). Dada la magnitud que fueron tomando los acontecimientos, a primeros de agosto, el Gobierno se vio en la necesidad de reestructurar la Junta para dotarla de mayores medios, de ahí que el 3 de ese mismo mes, el director general de Bellas Artes, Ricardo de

Orueta, nombrara como auxiliares de la Junta a los funcionarios del Cuerpo de Archiveros, Bibliotecarios y Arqueólogos Consuelo Vaca González, Matilde López Serrano, Luis Vázquez de Parga, Federico Navarro Franco y Carmen Caamaño Díaz, relevándolos de realizar cualquier otro trabajo mientras la Junta los necesitase. Más tarde, entrarían como vocales o auxiliares técnicos de la Junta otros profesionales como Ramón Iglesia, Tomás Navarro Tomás, María Brey o Concha Muedra. En cualquier caso, a lo largo de la guerra, el entramado

administrativo creado por las autoridades republicanas en torno al patrimonio fue cambiando de leyes y de rostros. Cambió la composición de las Juntas y hubo nuevos decretos y órdenes ministeriales. Estas reestructuraciones afectaban a todas las Juntas Delegadas que se fueron creando, siendo la Central la única que mantuvo un personal más o menos estable desde su creación. Fue a consecuencia del traslado del Gobierno de la República a Valencia el 3 de noviembre de 1936 cuando se produjo la escisión de la primigenia Junta en dos grupos,

después de que algunos de sus miembros siguiesen al Gobierno a la capital valenciana.

Sin precipitar acontecimientos, lo importante era que el 23 de julio de 1936, apenas cinco días después del alzamiento militar en el norte de África, había empezado a funcionar la Junta de Incautación del Tesoro Artístico, dependiente de la Dirección General de Bellas Artes, bajo la dirección de Josep Renau, con la misión específica de salvaguardar esos objetos artísticos y trasladarlos, «en caso necesario, a lugares que permitan, no sólo su

instalación adecuada, sino su conocimiento por el pueblo, para su mayor educación y cultura».

Por decreto de 2 de agosto, la Junta de Incautación del Tesoro Artístico delega en María Teresa León las tres actuaciones mencionadas que, además de cuadros y esculturas, incluían muebles, objetos artísticos, joyas, tapices, libros... Es aquí donde aparece de nuevo, como la describe Antonina Rodrigo, la María Teresa «valiente, enérgica, audaz, admirable»; quizá una de las mujeres, junto a *Pasionaria*, más comprometidas y populares de la

Guerra Civil. Y es que la imagen física de nuestra escritora durante esos años de contienda se ajusta, según numerosos testimonios, al de una miliciana con mono azul y simbólica pistola al cinto recorriendo las calles de Madrid, los teatros y los frentes recitando, declamando, arengando a los soldados y dando mítines. También, como representante del Socorro Rojo Internacional, la recuerda el ministro Félix Gordón Ordax, que la veía exigir a los mandatarios que invirtiesen en viviendas para los huérfanos de las víctimas de la Revolución de Octubre el dinero

destinado a la construcción de cuarteles. Hablamos de una María Teresa brava –como la calificaba Antonio Machado– y sensible, dulce y resuelta para enfrentarse a la cobardía de los hombres que huían del frente. Así la vio el periodista ruso Mijaíl Koltsov en su *Diario de la guerra* de España: «Bañada en lágrimas, con una pistolita en la mano, va de un fugitivo a otro, los exhorta a detenerse con palabras afectuosas y con otras ofensivas, invocando su honor revolucionario, varonil y español. Algunos le hacen caso y vuelven sobre sus pasos al

combate»^[13] . Versión parecida nos ofrece el escritor y periodista ucraniano Iliá Ehrenburg, autor de una fascinante y aterradora crónica de la primera mitad del siglo XX^[14] , de reciente publicación en España, al recordar a María Teresa recorriendo los frentes, tratando de disuadir a los soldados que emprendían la retirada: «A lo lejos vimos a cuatro milicianos que se dirigían con grandes pasos hacia el camino de Madrid. Entonces María Teresa corrió detrás de ellos. Serena y hermosa, empuñando un diminuto revólver, detuvo a los

cuatro milicianos. Contestaron a sus preguntas con evasivas y frases sin sentido. Después uno de ellos, un muchacho alto y moreno, señaló hacia el cielo y dijo: “Nos dio miedo.” Entregaron sus fusiles a María Teresa y se alejaron por el camino polvoriento, sin mirarse y llenos de una triste vergüenza... Unas mujeres, con niños pegados a la falda, asustados, gritaban: “A los cobardes como éstos debían fusilarlos.” El frente estaba en las inmediaciones y [...] María Teresa defendió a los milicianos: “Más tarde tendrán ocasión de pelear bien.” Hizo bromas a las mujeres,

acarició a los niños del pueblo. [...] Se hacía de noche... Desde las estrechas calles salió el aliento cálido de la vida»^[15] .

Inciendo en ese carácter de mujer valiente y decidida, el actor Salvador Arias, compañero de María Teresa en Las Guerrillas del Teatro, dejó anotado en una entrevista que «Rafael y Bergamín [...] no eran hombres de acción, mientras que ella era una mujer brava, un vendaval»^[16] . No cabe duda de que la ternura convivió en ella con un carácter de hierro, «era como el Gran Capitán –decía el

poeta gaditano añadiendo más virtudes sobre la escritora—: tenía un temperamento del líder y a su manera lo fue. Tenía el don de la palabra y debía improvisar en los mítines, aunque esto no indicara que no fuera rigurosa en su trabajo»^[17].

Con esa sensibilidad y esa energía asumió María Teresa la tarea que le confió la Junta de Defensa y Protección del Tesoro Artístico nacional; aunque tal decisión no fuera compartida por algunos miembros de la Junta, que se consideraban mucho más

preparados para afrontar esa responsabilidad. La doctora Rebeca Saavedra Arias comenta al respecto que, pese a ser práctica común que un numeroso grupo de mujeres participase activamente en estas tareas desde el comienzo de la guerra, no dejaba de sorprender que «en 1936 fuera María Teresa León la persona elegida por las autoridades para seleccionar las obras de arte que debían ser evacuadas de Madrid, aunque esta decisión estuvo más relacionada con la ascendencia de la *Alianza de Intelectuales Antifascistas para la Defensa de la Cultura*, a la que

pertenecía, y con su decidido compromiso político que con la idoneidad de su persona para el desarrollo de la tarea encomendada o con su condición femenina, lo que levantó ampollas entre los sobradamente preparados miembros de la Junta»^[18] . Es sabido que aquella labor pudo ser encomendada a otras mujeres con una formación excepcional que, además de pertenecer a la Junta, poseían una preparación relacionada con materias técnicas o de investigación relativas al patrimonio. En este caso, por

ejemplo, se pudo contar con Matilde López Serrano, Consuelo Vaca González, Carmen Caamaño Díaz, María Brey Mariño, Asunción Martínez Bara, Teresa Andrés o Concha Muedra Benedito, sin dejar a un lado a Blanca Chacel (nombrada durante la guerra auxiliar del Cuerpo de Archivos, Bibliotecas y Museos), Elvira Gascón (pintora y profesora de dibujo y perspectiva antes de la guerra) o las historiadoras Natividad y María Elena Gómez Moreno. Sin embargo, el hecho de que las autoridades se decidieran por María Teresa dice mucho de lo

que la escritora representaba ya en aquel momento, convertida en toda una mujer de acción, altamente resolutive y de un carácter firme y audaz.

Como hemos adelantado, la Junta de Defensa y Protección del Tesoro Artístico nacional, en un primer momento, dependía, sin más intermediarios, del pintor valenciano Josep Renau, director general de Bellas Artes y miembro también de la Alianza de Intelectuales Antifascistas. Ya hemos dicho que el Consejo inicial tenía un sistema piramidal de Juntas, es decir, se dividía en una

Junta Central y en varias delegaciones locales, de carácter provincial, entre las que destacaban especialmente las de la zona de Levante. El ingeniero Carlos Montilla^[19] había sido su primer director. Su labor fue precisa y eficaz desde el inicio, pero era necesario ampliar su capacidad de actuación y hacer frente a unas responsabilidades que superaban la provisional estructura de los primeros meses. Para afrontar, pues, las peligrosas circunstancias que se avecinaban, la Junta tuvo que recurrir a los

miembros de la Alianza, jóvenes escritores y artistas en su mayoría, que se dejaron la piel haciendo toda clase de labores con el fin de salvaguardar el patrimonio artístico, desde limpiar, embalar y trasladar finalmente las piezas. Eran momentos de urgencia y de improvisación que poco a poco hallaron su estructura y su orden.

El magnífico relato que nos ha llegado de María Teresa en su libro *La Historia tiene la palabra* se centra de modo especial en las tres actuaciones en las que participó directamente. Es indudable que para la Junta, superada de trabajo

desde el comienzo de la contienda, la colaboración de nuestra escritora, junto a la de otros artistas y escritores, fue de un valor incalculable y de consecuencias verdaderamente salvadoras para el patrimonio artístico español. Sin ellos, no se hubieran podido llevar a cabo actuaciones de trascendental importancia, sobre todo durante esos primeros meses de guerra, en los que, como hemos señalado, dominaba el desorden, el desconcierto y la improvisación. Ésta, al menos, es la opinión de quienes participaron en aquella aventura y de quienes escribieron

sobre ellos desde la admiración, idealizando ciertos momentos. Se ha dicho y escrito, sin faltar a la razón, que fueron muchos los esfuerzos que se unieron para la salvación de los objetos artísticos, sin olvidar incluso que, junto a profesionales de acreditada experiencia como Timoteo Pérez Rubio, esposo de Rosa Chacel, Marcelino Macarrón el transportista, Roberto Fernández Balbuena, Sánchez Arcas, José Lino Vaamonde, Ángel Ferraut y Juan Adsuara, la ayuda de los milicianos fue determinante para que culminaran con éxito las

peligrosas empresas que llevaron a cabo. Ellos fueron los primeros que, por las calles, las plaza, sobre los muros, escribieron frases y consignas como: «¡Pueblo! ¡Antes de destruir un objeto cualquiera, infórmate!», «¡No destruyas ningún dibujo, ni grabado, ni pintura. Consérvalo para el Tesoro nacional!», «Ciudadano: el arte y la cultura reclaman tu ayuda».

Volviendo a nuestra escritora, las tres actuaciones que, en virtud del decreto de 2 de agosto de 1936, la Junta delegó en María Teresa León con la responsabilidad de la defensa del patrimonio, tuvieron

como marco Toledo, El Escorial y el Museo del Prado.

En el libro *La Historia tiene la palabra*, publicado en 1944 y recuperado por Gonzalo Santonja en una edición de 1977, su autora comienza por recordar al lector que «Una guerra es como un gran pie que se colocase bruscamente interrumpiendo la vida de un hormiguero. En un principio, la confusión de la sorpresa hace mezclarse, aporrearse y retorcerse las diminutas huestes [...]. La guerra española desordenó igualmente nuestro interior»^[20] .

En la página 40 del libro, María Teresa entra en detalles sobre esa primera misión de salvaguarda en Toledo, en el convento de las Descalzas Reales, donde estaba instalada la Junta, y en la Iglesia de Santo Tomé y la catedral. Había que evacuar diversos cuadros de El Greco, entre ellos, *El entierro del conde Orgaz*. La actuación se había acelerado al saber que las tropas franquistas se aproximaban a la ciudad manchega, con la consecuente amenaza sobre las obras de arte que, históricamente, se guardaban en varios edificios toledanos. María Teresa León,

junto a Alberti, se trasladó allí con la misión de gestionar la evacuación a Madrid de algunos de los cuadros de El Greco, pero tuvo que enfrentarse a no pocas dificultades dado que las fuerzas locales se negaban a que salieran de aquellas murallas sus grandes tesoros artísticos: «El gobernador civil –relata la autora– era entonces un señor De la Vega, tan celoso de que nadie tocara nada, ni protegiera nada, ni se limpiara el polvo de nada, que no consintió que apareciera por allí ningún técnico para dictaminar de qué manera y en qué condiciones podía

hacerse el traslado a sitio más seguro de todos los cuadros de Toledo»^[21] . María Teresa experimentó muy pronto la dureza de aquellas misiones, sobre todo en las zonas adyacentes a Madrid, donde la acción de la Junta y las disposiciones del Gobierno eran menos conocidas que en la capital. La buena voluntad de apartar del peligro las obras más emblemáticas tuvo que enfrentarse a la respuesta airada de muchos lugareños que consideraron como una injerencia externa que unos representantes del Gobierno quisieran trasladar fuera

del municipio su patrimonio. Prueba de ello son también las reticencias e imposiciones que exigió el regidor de Illescas con respecto a los Grecos. «¿Y si no vuelven?, insistía el alcalde. Ese si no vuelven ha sido la pesadilla de cuantos intervinieron en la protección del tesoro artístico. Por todas partes, los nuevos dueños se encariñaban inmediatamente con las bellezas artísticas, que antes ignoraban, poniendo demasiado celo en guardar para sus pueblos cuadros, estatuas, retablos»^[22]. La anécdota que cuenta María Teresa

la vivió el escultor Emiliano Barral, que había salido desde Madrid, junto a Alberti y la escritora, con el objetivo de rescatar piezas artísticas de Illescas. Una vez acabada aquella misión, el destino, sin embargo, tenía preparado para Barral un triste e injusto desenlace, ya que el 22 de noviembre de 1936 fallecía en el frente de Usera, convirtiéndose en el primer héroe de las Milicias de la Cultura. La segunda víctima iba ser, poco después, el también escultor catalán Francisco Pérez Mateos.

La segunda intervención de

María Teresa tuvo lugar en El Escorial, tras una orden firmada por el entonces presidente Largo Caballero en la que se autorizaba a la autora de *Memoria de la melancolía* a retirar objetos y cuadros que pudieran peligrar si el monasterio tuviera que ser defendido. María Teresa iba acompañada esta vez por dos miembros de la Alianza: el archivero Antonio Moñino y, más tarde, el escritor Arturo Serrano-Plaja, que era natural de San Lorenzo de El Escorial. José Bergamín y Rafael Alberti se hicieron cargo del traslado y

custodia de los objetos elegidos, entre los que cabe citar algunos cuadros de las salas capitulares del monasterio como *San Mauricio y la legión Tebana*, de El Greco, el *Descendimiento de la Cruz*, de Van der Weyden, *La túnica de José*, de Velázquez, *El Lavatorio*, de Tintoretto, dos Goyas de pequeño tamaño, así como manuscritos, códices árabes, cofrecillos... En esta actuación, al contrario de lo sucedido en Illescas y Toledo, no hubo incidentes con las autoridades locales.

La evacuación de los cuadros principales del Museo del Prado

fue la tercera y más arriesgada aventura de María Teresa León. En la madrugada del 16, 17 y 18 de noviembre, en un Madrid peligrosamente cercado, la aviación enemiga lanzó un ataque imprevisto sobre el centro de la capital arrojando nueve bombas incendiarias de fabricación alemana; varios proyectiles impactaron sobre la techumbre del Museo del Prado y en sus cercanías. Por suerte, los daños no fueron grandes, aunque también se vieron afectados por los cascotes y la onda expansiva del bombardeo la Biblioteca Nacional, el Museo

Arqueológico, la Academia de Bellas Artes de San Fernando y el convento de las Descalzas Reales. María Teresa relata el episodio con un tono de indignación y de sarcasmo: «Bombas de gran calibre destruyeron el Hotel Savoy, situado en el Paseo del Prado, otra rompió una de las fuentes junto al Jardín Botánico, la tercera destruyó dos casas en la calle de Alarcón. Los aviadores enemigos se excusaban de su torpeza diciendo que no conocían Madrid. Claro, eran alemanes»^[23].

Sin embargo, cuando los

bombardeos rebeldes alcanzaron el Museo del Prado y las inmediaciones del Museo Arqueológico y la Biblioteca Nacional, el Gobierno de la República ya había tomado la decisión de evacuar las obras del Prado y no hubo que lamentar daños. Intuyendo peligros de esa índole, la operación se había iniciado el 5 de noviembre, fecha en la que el Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes (MIPBA) hizo llegar al Museo la primera orden de evacuación. Cinco días después, el 10 de noviembre, salían las primeras

obras seleccionadas por María Teresa León, en colaboración con Rafael Alberti y Florencio Sosa, aliancistas, recordemos, pero no miembros de la Junta.

La actuación llevada a cabo, pues, entre el 5 y el 10 de noviembre de 1936 fue sumamente delicada y no exenta de polémica, puesto que más allá de retirar o incautar obras de espacios públicos y privados, lo que ahora se hacía necesario era sacar el tesoro artístico del Prado y del corazón de Madrid para ponerlo en lugar seguro. El Gobierno legitimaba aquella evacuación,

pese al peligro que entrañaba el traslado en semejantes circunstancias, con tres argumentos: la incapacidad de asegurar su protección en Madrid, las adversas condiciones climáticas de aquel invierno y el riesgo de ser dañadas o destruidas por los bombardeos. No obstante, como dejó aclarado el arquitecto José Lino Vaamonde en su libro *Salvamento y protección del Tesoro Artístico Español durante la guerra*, antes de sacar de la capital aquellas obras se habían estudiado otras opciones, como la de almacenarlas en las cámaras

acorazadas del Banco de España; pero el tamaño de algunos cuadros superaba en exceso las medidas de los recintos que iban a custodiar las piezas y, por razones de conservación, los lienzos no debían ser plegados ni desmontados para ser introducidos. Además, tal y como recuerda María Teresa León en *La Historia tiene la palabra*, existía el precedente y la negativa experiencia de los graves daños sufridos por los grecos de Illescas durante su almacenaje en esas mismas cámaras del Banco de España.^[24]

Descartadas las cámaras de seguridad, el Gobierno tomó la decisión de evacuar el museo del Prado, trasladar las obras a Valencia e instalarlas en la capital levantina; tarea que, como bien sabemos, puso en manos de María Teresa León y de Timoteo Pérez Rubio, presidente entonces de la Junta Central. Nuestra escritora describe aquellos momentos de emoción, miedo e inquietud con estas palabras:

«Jamás soñé entrar en el Museo del Prado bajando una escalerilla insospechada y, mucho menos, llevando en la mano un

documento oficial autorizándome para empresa tan grande: trasladar a Valencia los cuadros del Museo del Prado. Una linterna iluminó nuestros pasos. Rafael se puso tan serio, que sentí miedo al adivinar lo que pensaba: ¿Cómo vamos a poder cumplir lo que nos han ordenado? Entramos en un sotanillo, pasamos silenciosos entre cuadros vueltos del revés, unos sobre otros, bajados de las salas altas a un precario refugio. Arriba todo el Museo estaba en pie de guerra. Las ventanas habían sido protegidas por maderas y sacos terreros, la larga sala central era

como una calle después de una batalla, la huella de los cuadros manchaba de recuerdos melancólicos las paredes desnudas, hasta la luz que bajaba de las cristaleras rotas era funeralmente triste. [...] ¡Qué dificultades para todo! Faltaba madera de entarimar para hacer los cajones de los embalajes y no teníamos camiones, porque cada camión del frente tenía su tarea señalada. Recurrimos al Quinto Regimiento, recurrimos a los ferroviarios. Los ferroviarios se encargaron de traernos la madera de unos almacenes que se habían quedado entre dos fuegos,

en el Cerro Negro. El Quinto Regimiento y la Motorizada dieron el transporte y la protección para el camino. Fue una batalla. [...] No recuerdo qué noche del mes de noviembre llegaron al patio de la Alianza de Intelectuales los camiones que iban a trasladar a sitio seguro la primera expedición de las obras maestras del Museo del Prado. *Las Meninas*, de Velázquez, y el *Carlos V*, de Tiziano, estaban protegidos por un inmenso castillete de maderas y lonas. Soldados del Quinto Regimiento y de la Motorizada rodeaban los camiones, esperando

la orden de marchar. Rafael, tan poco amigo de improvisaciones, trémulo de angustia, detuvo la mano de un soldado que encendía un cigarrillo: No, eso, no. Y habló con voz cortada de miedo, diciéndoles a aquellos jóvenes combatientes que iban a salir hacia Levante, entre la niebla y el frío, que los ojos del mundo los estaban mirando, que el gobierno confiaba a su custodia un tesoro único, que los defensores de Madrid respondían ante la Historia de las Artes del Museo a ellos confiado. Se produjo un gran silencio»^[25] .

Como bien recordaba María Teresa León, las primeras obra evacuadas fueron *Las Meninas*, de Velázquez, y *Carlos V*, de Tiziano. Con el visto bueno de nuestra escritora y de Francisco Javier Sánchez Cantón, director del Prado, salieron de Madrid trescientos lienzos, la mayoría de la escuela española, ya que se fijó el criterio de proteger en primer lugar, por su incalculable valor, las colecciones de Velázquez, El Greco, Goya y Zurbarán. Este conjunto de obras, ya en Valencia, fueron guardadas en las Torres de Serrano y en la Iglesia del

Patriarca, dos edificios previamente acondicionados por el arquitecto del Prado, José Lino Vaamonde, para albergar todo aquel patrimonio. Se había concluido, con éxito, la primera evacuación, a pesar de que historiadores bastante críticos con la actuación republicana pusieran en duda el sentido de aquél y otros traslados, más ligados, según ellos, a una política propagandística empeñada en proyectar una imagen de la República como gran defensora de la cultura. En esa línea, José Álvarez Lopera^[26] ha

basado la naturaleza política de la operación en el hecho de que la primera evacuación fue hecha por aliancistas, fuertemente politizados, y no por miembros de la Junta. Opinión que se une, en buena medida, a la de Javier Tusell, quien sugiere cierta torpeza e incapacidad por parte del grupo de intelectuales de la Alianza encargado de la primera evacuación, labor que se realizó de modo inadecuado, según señala el historiador basándose en lo que en aquellos años manifestó la propia Junta, que se quejó —se nos antoja que injustamente— de las malas

condiciones en las que María Teresa León había enviado las obras. En opinión de Tusell también las posteriores evacuaciones a Cataluña y Ginebra fueron innecesarias.^[27]

La historia de aquel tesoro tuvo un final neutro, triste y gris. A medida que el ejército republicano fue perdiendo posiciones, las obras se trasladaron a los castillos de Perelada y Figueras, en Gerona. Una vez concluida la contienda, los cuadros se transportaron en camiones del ejército a Suiza, después de superar no pocos

avatares en el paso de la frontera. Allí, en Ginebra, se celebró en el verano de 1939 una gran Exposición de Obras Maestras de Museo del Prado. La guerra había terminado. Una vez clausurada la muestra, las obras fueron devueltas por Timoteo Pérez Rubio a las nuevas autoridades españolas.

La lectura que nos queda de aquel largo episodio de la evacuación de las obras de arte, ya fuera por afán de conservación, por amor a la cultura o por motivos políticos y propagandísticos, se reduce a que aquel Gobierno republicano, junto a los milicianos,

los miembros de la Junta, los artistas y escritores de la Alianza, con María Teresa León al frente, fueron capaces de realizar, como sentenciaba Gonzalo Santonja en 1977, «en medio de todas las hostilidades y sin contar con ningún apoyo del exterior, una empresa sin precedentes, verdaderamente asombrosa, que lógicamente todavía no ha recibido el menor reconocimiento oficial: después de tres años de guerra, tras recorrer varios miles de kilómetros en circunstancias difíciles, todos los cuadros, sin daños ni desperfectos, volvieron al Prado. Ningún estado

europeo sería capaz de llevar a cabo un esfuerzo semejante durante los próximos años de la Segunda Guerra Mundial»^[28] .

Pero la vida y la guerra continuaban en España aquel otoño de 1936 en el que se mezclaban momentos de acción con recuerdos vivos, recientes y amables. Uno de ellos lo vivieron en Valencia María Teresa y Alberti un día de octubre en el que se trasladaron a la ciudad mediterránea para participar en un homenaje que conmemoraba la muerte de Federico García Lorca. El destino quiso que la pareja se

encontrara allí, según recuerda Antonio Colinas, con algunos amigos de los días pasados en Ibiza, «ahora refugiados en tierras levantinas, como Pau García (el “Pablo” de su drama *De un momento a otro*), Benjamín Costa (el dueño del bar “La Estrella”, que ellos frecuentaron), así como un hijo de éste. El grupo de ibicencos regresaría a sus casas con un ejemplar de un libro dedicado por María Teresa León, *Rosa fría, patinadora de la luna*»^[29].

Ya en 1937, María Teresa

propicia la publicación de *Crónica general de la Guerra de España I*, antología de textos editada por la Alianza de Intelectuales Antifascistas que ella misma, con la ayuda de Joaquín Miñana, se había encargado de recopilar. «Durante aquellos casi tres años de fe –confesaba nuestra autora en *La Historia tiene la palabra*–, la poesía culta y la popular se habían dado la mano en el punto central de la epopeya. A la Alianza de Intelectuales les llegaban, en cartas conmovedoras, romances ingenuos, para demostrarnos que la épica renace cuando los héroes necesitan

canciones»^[30] .

Las sesenta y cinco colaboraciones que recoge el volumen se dividen en artículos, relatos, reportajes y testimonios de colaboradores prácticamente desconocidos para el lector de hoy, y de otros consagrados como Luisa Carnés, Santiago Imaz, Pla y Beltrán, Juan Gil-Albert, Pablo de la Torriente, Lino Novás Calvo, Ramón J. Sender, Miguel Hernández, Vicente Salas Viu, Rosario del Olmo, Luis Cernuda, Alberti, María Teresa y dos colaboraciones de Antonio

Machado procedentes de *Hora de España*. La escritora riojana publicó en este libro único y colectivo cinco trabajos de una extensión no mayor de tres o cuatro páginas: «La doncella guerrera» (pp. 79-82), «La cultura, patrimonio del pueblo» (pp. 89-90), «Los cazadores de tanques» (pp. 91-92), «El teniente José» (pp. 93-96) y «Mi barrio en ruinas» (pp. 111-114). En este último, dedicado a recordar sus particulares horrores de la guerra, como señalaba Torres Nebrera, se puede apreciar, pese a las circunstancias adversas, una prosa ya muy cuidada que es «un

indudable adelanto del tono y el estilo que la autora logrará muchos años después en las páginas de *Memoria de la melancolía* referidas a aquella etapa de su historia personal»^[31] . También cabe destacar el protagonismo que concede a la mujer durante aquellos días de lucha; una mujer que, como defiende en su relato «La doncella guerrera», se pone a la altura de cualquier hombre para asomarse a las milicias y tener su puesto de combate: «Ha habido varoniles doncellas guerreras, contenidas y valientes enfermeras

en los hospitales, serenas y sencillas madres que aguardan. En realidad, todas aguardan, todas las mujeres españolas esperamos con el corazón en suspenso, conteniendo las gotas de nuestra sangre para poder recibir al que vuelve [...]. La mujer popular se ha levantado sobre nuestros campos rotos con el prestigio de su derecho a intervenir en la Historia de España». Esa dimensión popular de la guerra, en relación con la cultura –tal y como atestiguó en el libro que acabamos de recordar: *La Historia tiene la palabra*–, y su solidaridad con el proletariado,

con esos héroes anónimos que lucharon por proteger el patrimonio artístico, la refleja enérgicamente en el artículo «La cultura, patrimonio del pueblo», en el que condena la impiedad y la incultura del fascismo: «El miliciano de la aldea más lejana, el que no puede aprender a leer, el que sabe que por tradición oral la sabiduría del pueblo comprende perfectamente que es el fascismo el que quema los libros, mientras nosotros guardamos en nuestros museos el viejo arte religioso; que son los enemigos los que convierten las custodias de los antiguos orfebres

en lingotes de oro con que poder pagar al extranjero la destrucción de España; que son los incultos generales facciosos, que jamás visitaron el Prado ni la Biblioteca Nacional, los que han mandado incendiarlos».

DOS HORAS CON STALIN

En marzo de 1937, María Teresa y Alberti viajan de nuevo a la Unión Soviética con el propósito de recabar mayor ayuda militar y humanitaria a la República. Tratan de recurrir a sus viejas relaciones y a los afectos creados con los escritores rusos para solicitar de éstos el apoyo en el Congreso Internacional de Escritores Antifascistas en Defensa de la Cultura que los miembros de la

Alianza están organizando para el mes de septiembre de ese año. Fue, sin duda, un viaje bien aprovechado en el que nuestra escritora se comprometió a participar activamente en numerosas iniciativas y misiones culturales. Al margen del relato que María Teresa nos ofreció de todo ello en sus memorias y artículos, resultan reveladoras las declaraciones que hizo durante aquellos días a la revista literaria *El libro y la revolución proletaria*. En su visita a la redacción de la publicación rusa, la autora de *Juego limpio* habló sin prejuicios de sus firmes

convicciones políticas, de su idealizada visión de la Unión Soviética, del turismo tecnológico y cultural que estaba realizando, y también de sus proyectos y sus sueños:

«Sólo un pueblo tan inmenso como el soviético —afirmaba— puede sentir con tanta pasión la solidaridad internacional. Nos conmueven enormemente las expresiones cotidianas de simpatía que experimentamos en Moscú como representantes del pueblo revolucionario español. Más de una vez nos hemos emocionado hasta llorar. Incluso en las calles

nos paraban personas que nos reconocían, estudiantes, soldados del Ejército Rojo, obreros, nos estrechaban la mano saludando en nuestra persona a la España que lucha por su libertad.

»En la fábrica Thälmann nos nombraron pioneros honoríficos. En todas partes donde hemos estado, tanto en TSAGI^[32] como en el Palacio de los pioneros, como entre los ferroviarios, entre escolares, nos sentíamos entre personas muy próximas a nosotros. Al pueblo español le contaremos que no está solo, que con él está la

gran y honorable Unión Soviética. Esto dará nuevas energías a nuestros gloriosos combatientes.

»Veo grandes cambios en Moscú. Impresiona la gran escala de las construcciones. Moscú tiene un aspecto completamente europeo. Las personas están bien vestidas. Sobre el florecimiento de la vida espiritual de la URSS habla la exposición de arte popular que hemos visitado.^[33]

»Son inolvidables las horas que pasé en el Palacio de los pioneros. Llevamos a España la carta que los pioneros dirigen a

Dolores Ibárruri, así como los banderines para los niños españoles.

»Moscú emociona con su vida artística. La mayor impresión nos la ha causado la ópera *Carmen* en el Bolshoi, ¡Salud, España!^[34] de Afinogenov, en el teatro MOSPS.

»Deja una huella muy grande la *Tragedia optimista* de Vsevolod Vishnevsky en el teatro de Cámara. [...] En España las cosas del teatro nos van mal. El teatro es la parcela más atrasada de nuestro arte. Actualmente la guerra civil dio vida a espectáculos de distintas

formas. Tienen gran éxito las obras de los siguientes escritores revolucionarios: *La llave* de Sender; *Salvadores de España* de Alberti; *Al amanecer* de Dieste. A mí me interesa mucho el mundo infantil. Quiero a los niños. A ellos les dedico dos de mis libros. Dos relatos infantiles están traducidos al ruso: “Una estrella roja” y “Secretos del gorro azul”^[35].

»En la revista *Za Rubeshom* han publicado mi relato “Barco”. Me siento sumamente orgullosa de que el gran Gorki alabase este relato.

»Últimamente he escrito un libro de ensayos sobre la guerra civil en España.

»Aparte de ello termino una novela sobre la vida de los revolucionarios en la isla de Cuba. Se está traduciendo al ruso y saldrá en Goszlitiszdat.

»En este año todo mi trabajo creativo está vinculado a la situación en guerra. Un ardiente pasquín, una aguda octavilla, ¿acaso no valen ahora más que muchos libros?»^[36]

Es mucha la información que nos ofrece este documento, desde

la frase en la que María Teresa se define ante la prensa rusa como representante «del pueblo revolucionario español», autodenominación que tanto molestaba a Margarita Nelken, hasta sus esfuerzos por justificar la labor realizada como intelectual y escritora de un país en plena guerra que cree firmemente en la revolución y que tiene como modelo la cultura soviética, especialmente su teatro. Extraña, sin embargo, que la escritora no mencione, entre sus publicaciones, *Huelga en el puerto*, su primera pieza teatral, editada en la revista

Octubre en 1933, y que haga especial mención a «un libro de ensayos sobre la guerra civil española» que no es, ni más ni menos, que esa *Crónica general de la Guerra de España I* en la que participaba, como hemos señalado, recopilando colaboraciones de diversos autores y aportando cinco trabajos propios. También es interesante destacar esa visión idealizada y ejemplar que ofrece de la Unión Soviética en todos sus aspectos –tecnológico, industrial, militar, político, urbanístico, solidario, espiritual, educativo, artístico y cultural– en un momento

sumamente delicado de la Historia, cuando eran ya conocidas las depuraciones y las purgas del régimen. En las fechas en las que salía a la luz la entrevista a María Teresa León, el poeta Osip Mandelstam apuraba los últimos meses de su vida en un campo de concentración al que había sido condenado por escribir un poema contra Stalin en 1934. También correrían igual o peor suerte algunos conocidos y amigos personales de la escritora, que comenzaban a ser ejecutados, como sucedió con Serguéi Mijáilovich Tretiakov, arrestado el 25 de julio

de 1937 acusado de espionaje y fusilado el 10 de septiembre de 1937.

El paisaje que María Teresa y Rafael Alberti contemplaron fue, sin embargo, otro bien distinto, porque de aquel viaje se llevarían a España un respeto y una admiración mayor por los pueblos de la URSS. Y entre aquellos recuerdos, la escritora escogió el vivido el día 8 de marzo en el teatro Bolshoi, donde conoció a la mujer de Lenin y fue invitada a subir al escenario para contar a las mujeres moscovitas la tragedia de las mujeres españolas:

«Nosotros llegábamos a Moscú llevando a cuestas nuestra pena, el dolor de España. Me dicen que hay que decir esa pena en pleno Teatro Bolshoi, donde las mujeres rusas celebran su día jubilar, el ocho de marzo. Al entrar al escenario siento que me rodean, me atropellan con un grito: “¡No pasarán!” Era el nuestro. Me siento reducida, pequeña. Una mano me acompaña a mi asiento, otra toma suavemente la mía, que está temblando. Es la de Nadejda Kruskaia. Me quedo prendida un instante en esos ojos que han mirado a Lenin. Me parece que se

me hielan los labios. Con las manos heladas me levanto para hablar a las mujeres de la Unión Soviética. ¡Ocho de marzo! El teatro, puesto de pie, repite con ritmo ese ¡NO PASARAN! que Dolores Ibárruri dejó en nuestra boca. Y hablé con toda la rabia, con la furia que llevábamos entonces en las venas porque nos creíamos combatientes traicionados de la libertad. Debí decir locamente, arrebatadamente lo que era la angustia de nuestras horas defendiéndonos. Los malos fusiles, las pocas municiones, la crudeza del ataque del fascismo

internacional a una ciudad como Madrid donde con uñas y con dientes nos defendíamos. Conté cómo se moría de pie, porque no habían podido arrodillarnos. Y la sala, repleta de mujeres, lloró fraternalmente unida al destino de un país lejano del que sabía poco, sólo que cantaba, que estaba cubierto de sol, que lo poblaba un pueblo valiente que se había negado a morir»^[37] .

La otra gran experiencia para María Teresa fue el encuentro inesperado con el mismo Stalin. Sucedió una tarde en la que el

hispanista Fédor Kélin llevó a la pareja de españoles a tomar el té a un salón recién inaugurado en Moscú. Les anunció que aquél sería un día grande para ellos y los mantuvo expectantes, jugando con la intriga, hasta que apareció un oficial ruso y les comunicó que el camarada Josif Stalin les estaba esperando. Tras comprobar que portaban los pasaportes, se dejaron llevar en automóvil hasta el Kremlin, siempre en silencio, mostraron la documentación al centinela de la entrada y bajaron del coche cuando se detuvo junto a un pabellón:

«El color que prevalece en el Kremlin es el verde –relata María Teresa en *Memoria de la melancolía*–. Un verde suave y tenue. También las fachadas están muchas veces pintadas de ese color que debía de ser el preferido de las emperatrices. Subimos escaleras, atravesamos corredores y salones impecables. Se abrieron puertas. Entramos en un gabinete. Un coronel nos saludó: El camarada Stalin les ruega que esperen un momento. Fuimos presentados a una mujer no muy joven que hablaba un correctísimo francés. [...] Sobre el muro se extendía un

gran mapa de España lleno de señales; en otra pared, más pequeño, un plano de Madrid. Los puntos de colores eran batallas, bombardeos. Entonces, ¿era verdad que se interesaban por nuestra suerte? Se abrió la puerta y José Stalin nos invitó a pasar. [...] Creo que era la sala de consejos donde nos recibió. En el centro había una mesa muy larga con carpetas y lápices. Stalin nos preguntó: ¿publicarán nuestra conversación en la prensa? No, no. Nosotros... Sonrió, complacido. Sabía bien quiénes éramos. Le habían dicho que Rafael era un poeta español

querido por su pueblo, algo así como un Maiakovski de España. Yo, una mujer. Nos sonrió. Tenía los dientes cortitos, corno serrados por la pipa. Nos pareció delgado y triste, abrumado por algo, por su destino tal vez. Sacó su pipa. ¿Les molesta? No, no. Eso me valió un punto de su aprecio. Nos miró fijamente. Tengo una buena noticia que darles. Se calló para aumentar el suspense. Los italianos han sido derrotados en Guadalajara. Acaba de llegar la noticia. Sentí que mi corazón, que tan fácilmente se desborda, huía hacia mi gente. ¡Qué maravilla esa noticia recién llegada

que nadie conocía! Un triunfo de aquel lejano pueblo en armas, ¿verdad? Sí, rendidos, vencidos los fascistas, prisioneros. La primera victoria mundial sobre el fascismo se llamará Guadalajara. [...] Stalin sonreía. Nos sentimos seguros. Y hablamos. Hablamos de muchas cosas, entre otras del Congreso de Escritores que pensábamos celebrar en España. Escritores de todo el mundo para que vengan y vean. Sesiones en Barcelona y en Valencia y en Madrid sitiado. Una verdad no tiene por qué ocultarse. Que vengan a ver la verdad de España. Nosotros sabíamos que

había en Stalin una cierta reserva en dejar ir a los escritores soviéticos a un congreso donde iba a ir, también, André Gide. André Gide había escrito un libro, *Retour de la URSS*, que no había gustado nada en los medios oficiales. Esperamos su respuesta. Sí, sí, que vayan, ¿por qué no? Hablamos de las dificultades que encontrábamos para proteger a los niños. ¡Ah!, si yo dijera a las mujeres soviéticas ¿queréis recibir un niño español?, todas las madres rusas abrirían sus brazos. Pero... es tan difícil. Los inconvenientes los ponen las otras naciones, es el viaje, no tenemos

fronteras... pero creo que podemos llegar a algo a través de la Cruz Roja. Y seguimos hablando. ¿Cuánto tiempo? El coronel, cuando salimos, nos dijo: han estado ustedes con el camarada Stalin dos horas y cuarto, nadie estuvo más»^[38].

El matrimonio quedó muy impresionado de aquel encuentro con el dictador ruso, de aquellas dos horas que «se quedarán en nuestra memoria –confesaban al periódico *Komsomolskaya Pravda* el 20 abril de 1937– como la más clara expresión de sentimientos que

la Unión Soviética experimenta hacia España». Parecidas impresiones quedaron reflejadas en las páginas de la revista *Ahora*, órgano de las Juventudes Socialistas Unificadas, tras el regreso a España de la pareja, siempre desde esa visión idealizada y cándida del mundo soviético: «Nuestra conversación con el camarada Stalin es la más alta expresión de aquel amor a España [...]. El camarada Stalin conversaba con nosotros amistosamente a lo largo de más de dos horas, revelando un profundo conocimiento de los problemas más

complejos que vive nuestro país. Stalin hablaba con nosotros de manera sencilla, maternal, demostrando un especial interés por los campesinos de nuestro país, nuestros intelectuales, comandantes de nuestro ejército popular. Stalin se refirió con admiración a la juventud española: “Creo profundamente en la juventud española”»^[39].

María Teresa y Rafael, que habían regresado de la URSS por la frontera de Leningrado, pasando por Finlandia y tomando un rompehielos hasta Suecia, volvían

a España profundamente afectados por ese nuevo acercamiento político y, sobre todo, emocional, al mundo soviético, a aquellos pueblos solidarios y sensibles al sufrimiento hispano en su trágica lucha contra el fascismo. Pero además, aquel tercer viaje a la Unión Soviética —según un interesante estudio de Carlos Flores— significó algo más para la escritora riojana, que vio cumplido uno de sus proyectos editoriales más ambiciosos: la traducción al ruso de la *Crónica general de la Guerra de España I* que había editado en Madrid dos meses atrás.

Aquella era su personal aportación como recopiladora de un material literario español de gran valor que, además, no se limitaba a una mera traducción de las colaboraciones, sino que ofrecía cambios sustanciales, distanciándose de la publicada española a tenor de diversos detalles. Para empezar, el título de *Crónica general de la Guerra de España* era sustituido por el de *Habla Española*. El nombre de María Teresa León que, como editora y responsable de la antología, aparecía discretamente disimulado, junto al copyright, en las páginas de crédito de la

publicación hispánica, en la versión rusa ocupaba un vistoso espacio en la cubierta. Los sesenta y cinco textos recogidos en la edición de la Alianza se reducían a cuarenta y tres, incluyendo entre ellos dos nuevos trabajos de la escritora: el prólogo de la obra y una prosa titulada «Manzanares». Carlos Flores Pazos sugiere que la autora de *Memoria de la melancolía*, con la ayuda de Joaquín Miñana, prescindió, a la hora de traducir el libro, de «temas y figuras que no merecen pasar el filtro de la selección desde el punto de vista de la María Teresa León

soviética. Algunos de los que colaboran, como Imaz, por su perfil unido a *Cruz y Raya*, no son incorporados a la edición moscovita; otros autores, aun siendo miembros del PC, como Luisa Carnés, Gil-Albert o Vicente Salas Viu, debido a razones íntimas y personales de la escritora — resulta complicado aventurar qué criterio establece su expulsión del volumen— no encuentran acomodo en las galeradas del libro. A menudo se traslucen las menos buenas relaciones con miembros del Partido Comunista Español. Sender también desaparece en la

edición soviética [...]. Lo que queda claro es que la obra en ruso refleja la personalidad de la escritora, evidencia cómo entiende su propia relación con la URSS, y a través de este volumen, que por fin es suyo, puede desarrollar un proyecto y una idea sin las obligadas componendas de convivencia debidas a la Alianza madrileña. Rusia es un territorio, lejano y feliz, en el que se puede mostrar como a ella le gustaría, pura, sin ensuciar su obra con apañes políticos. *Habla España* – concluye Flores Pazos– es y será su gran obra, colectiva y personal,

reflejo de su mundo y de cómo había que mostrarlo honestamente. Fue la única obra publicada como volumen en la URSS hasta los años 50 y 70 cuando se editan algunos títulos, entre ellos *Don Rodrigo Díaz de Vivar, el Cid Campeador* (en 1954) y *Doña Jimena Díaz de Vivar, gran señora de todos los deberes* (1960)»^[40].

LA MUERTE RONDA LOS FRENTE

La vuelta a España significó para María Teresa regresar a la intensa actividad de la Alianza y a seguir conociendo, de primera mano, las trágicas y verdaderas dimensiones de la guerra. Aquel edificio de Marqués de Duero iba a ser testigo durante dos largos años de encuentros, desencuentros y despedidas cargadas de emoción. La muerte estaba al acecho de

cualquiera y nuestra escritora la vio pasar muy de cerca en demasiados momentos. Su propio hermano, con quien había perdido toda relación por claras divergencias ideológicas, llegó a temer por ella aquellos días de contienda y confusión. Gonzalo Menéndez Pidal daba fe de los complejos equilibrios sentimentales que se producen en las guerra fratricidas recordando su encuentro en Burgos, aquellos días de 1937, con Ángel León Goyri: «el hermano de María Teresa, que era comandante del Estado Mayor del ejército de Franco, me llevó aparte a un despacho y, con gran

satisfacción, me mostró un telegrama en el que se daba la noticia de la llegada a Moscú de María Teresa. Tardé en entender esa satisfacción de Ángel, luego comprendí: es que se estaba gestando el avance franquista sobre Madrid. Sobrevino el desastre de Guadalajara, pero ¿y si en Madrid se hubiera encontrado María Teresa? ¡Qué alivio para su hermano el saber que estaba en Moscú!».

Pero María Teresa ya no se encontraba en Rusia, sino en la capital de España y, a veces, en los alrededores, asistiendo al

espectáculo de la barbarie y de la desesperación. Hacía pocos meses que la muerte del poeta y periodista cubano Pablo de la Torriente Brau había conmovido a buena parte de la intelectualidad, desde los que se hospedaban en la Alianza hasta quienes compartieron con él campaña en Alcalá de Henares, Primera Brigada Móvil de Choque, 11.^a División, adscrita al Quinto Regimiento. Había sido precisamente Pablo de la Torriente quien descubrió a Miguel Hernández cavando trincheras y se lo llevó con él a desempeñar tareas culturales en las filas republicanas.

«Conocí a Pablo en Madrid, una noche en la Alianza –relataba el poeta de Orihuela–, esperando yo a María Teresa León, que no venía [...]. Esa noche, recién amigos, bromeamos como antiguos camaradas. El sentido humorístico de Pablo era realmente irresistible. Quien estaba a su lado tenía que reír siempre, siempre, porque él sabía encontrar como pocos el costado grotesco de las cosas más solemnes [...]. Yo le quise mucho. Después de aquella noche nos separamos durante varios meses. Nos volvimos a encontrar en Alcalá de Henares, a pesar de que

habíamos estado juntos, sin saberlo, en los combates de Pozuelo y Boadilla del Monte. “¿Qué haces?”, me preguntó alegremente al abrazarnos. “Tirar tiros”, le contesté yo, riéndome también. Pablo era entonces Comisario Político del Batallón del Campesino [...]. Me ofreció hacerme también Comisario y le habló en este sentido a Valentín González, el Campesino, que le quería entrañablemente...»^[41]

La muerte de Pablo se produjo en plena batalla, el 19 de diciembre de 1936, en los

alrededores de Majadahonda y, al parecer, cuando fue encontrado su cuerpo destrozado por la metralla vestía la zamarra de piel de cordero que Hernández le había regalado semanas antes. «Aún recuerdo su pecho cruzado por una cinta roja de balas de ametralladora perforándolo – escribe María Teresa en un texto inédito que se conserva en la Fundación Rafael Alberti– y casi oigo mi propia voz ante su tumba. [...] Pablo de la Torriente, héroe de España, miliciano muerto en el frente de Madrid escribía cartas a su mujer Tete Casuso. Hoy las

releo para librarme del envenenamiento radical. La retirada es una palabra que está retirada del diccionario... De allí me fui a ver la destrucción y el otro rojo que no es más que la sangre... Te digo que es bello vivir»^[42] .

La siguiente víctima de la guerra de España que conmovió profundamente a María Teresa fue la fotógrafa Gerda Taro. La joven había perdido la vida en un accidente durante el repliegue del ejército republicano tras la batalla de Brunete. Gerda viajaba en el estribo del coche del general

Walter (brigadista polaco cuyo verdadero nombre era Karol Świerczewski) cuando cayó al suelo y fue arrollada por un tanque republicano. Su cuerpo, antes de ser repatriado a París, recibió los debidos honores en el patio de la Alianza, ante los ojos conmovidos de nuestra escritora. María Teresa recordaba que Gerda y Capa, «también fotógrafo entusiasta, fueron los huéspedes más queridos de la Alianza de Intelectuales, y eso que hubo tantos. Con toda naturalidad, después del inesperado recibimiento de León Felipe, se instalaron junto a

nosotros. Iban constantemente al frente y regresaban cansados y felices. La fama de buen fotógrafo de Capa era internacional. Creo que una de las instantáneas más famosas de nuestra guerra, aquella en que el soldado herido de muerte comienza a caer en la trinchera abandonando el fusil, es suya. Gerda y Capa eran dos seres alegres y jóvenes capaces de reírse cuando el plato estaba vacío, cuando el fotógrafo americano Harry decía que fumaba “yerbos”, cuando Santiago Ontañón decía que las lentejas tenían gusanos que nos miraban, o Darío Cramona hablaba

de sus sueños interminables y hambrientos, o Langston Hughes hablaba con diminutivos aprendidos en México. Entre nosotros Gerda Taro se convirtió en la indispensable. A ninguno se le ocurría temer por esta muchacha decidida que con su máquina fotográfica en bandolera se iba al frente como un soldado, y, sin embargo, un día alguien que llamó precipitadamente a nuestra puerta gritó: María Teresa, en el frente de El Escorial han herido a Gerda Taro. [...] En la retirada de Brunete, Gerda Taro iba subida en el estribo de un camión, la rozó un

tanque y la han llevado al Escorial, herida. Cuando llegamos al Escorial ya había muerto. Nos dijeron: Era una valiente. Como no había anestesia para operarla nos pidió un cigarrillo. Fumando rabiosamente la operaron, pero no había remedio. Abrieron una puerta y la vimos tumbada en un cuarto vacío, cubierta por una sábana. Qué pequeña se había quedado. Durante las guerras faltan siempre cajas para enterrar a los valientes. No encontramos ninguna. Por fin nos buscaron un camión y allí, entre cajones, tendieron a Gerda Taro. [...] Depositamos a Gerda en el

jardín de invierno de la Alianza de Intelectuales. Velamos a la pequeña heroína francesa como a un soldado. Los milicianos le dieron guardia de honor y fueron desfilando comisiones obreras, jefes militares, amigos, vecinas que iban enterándose... y hacían un gran esfuerzo para no santiguarse. Yo dije a la mujer de nuestro portero: Santíguate, mujer, quién sabe si le hubiese gustado a Gerda verte»^[43] .

También tuvo palabras para el magnífico Robert Capa en *Memoria de la melancolía*, muerto

en Vietnam en 1954. Como María Teresa comentaba, Capa «siguió su camino de extraordinario fotógrafo, disparando su máquina como una ametralladora rabiosa. No hubo conflicto donde él no estuviese presente. La vida parecía importarle mucho menos que los testimonios que él recogía y mostraba de las torpezas del mundo y de la angustia de los hombres. Creo que la muerte que levantaba tantas veces su mano asombrada de verlo cercado de peligros, un día, creo que en Vietnam, bajó su palma y le tapó los ojos, que eran tan claros como un arma, para

siempre»^[44].

LAS GUERRILLAS DEL TEATRO

No flaquearon en ningún momento las fuerzas de la escritora ante los desgarros y las incertidumbres que iba generando la guerra. La adversidad acrecentaba su ánimo y la impelía a afrontar nuevas tareas, como la de transformar su apasionada relación con el teatro en acción y en resultados inmediatos dadas las circunstancias. Y aquel año de 1937, a la vuelta de su viaje

a la Unión Soviética, pareció ser el propicio para desarrollar una enorme actividad teatral como autora, directora de escena, ensayista y actriz. Como bien ha apuntado César Oliva, «hemos de convenir que fue la llegada de la Guerra Civil la que principalmente desencadenó su actividad teatral. De nuevo una circunstancia exterior determina la vida de un creador; de nuevo la necesidad es germen de la virtud»^[45].

Pese a ocupar una porción bastante menguada dentro de la producción total de su obra, es

importante recordar que el teatro fue una de las actividades más amadas, cultivadas y centrales en la vida de María Teresa León. Lo conoció muy en profundidad, pese a no ver representada, en vida, ninguna de las piezas que escribió. En cualquier caso, si hay algo del teatro que atrajo desde el principio a la escritora fue, sin duda, su posibilidad y su capacidad para expresar el compromiso solidario con unas ideas liberales y con la defensa de la libertad. «El camino recorrido por mi vocación ha sido largo —manifestaba la autora de *Contra viento y marea* en 1940—.

Nunca fui actriz, como no dejaron serlo las familias a las muchachas de mi época. Todavía no era una profesión para señoritas. Aún los cómicos que llegaban a los pueblos de España solían oír a las madres atareadas en hacer callar a un chiquillo llorón: “cómico, cómete a ese niño”. Pero como la vocación se cumple, tanto me apasionaron la dramática y la técnica de representar comedias que, después de un largo viaje de estudios por Europa, y ya comenzada nuestra guerra española, el gobierno me confió la vicepresidencia del Consejo Central del Teatro, junto a

don Antonio Machado, dándome la responsabilidad del Teatro de la Zarzuela, en Madrid»^[46] .

Como bien recuerda la propia María Teresa en el texto, su sólida formación dramática se había forjado en los viajes por Europa durante 1932 y 1934, especialmente en sus diferentes estancias en la URSS. Pero ese acercamiento al teatro venía de su primera juventud, cuando comenzó a publicar en la prensa de Burgos y dedicaba críticas y comentarios a las representaciones teatrales a las que asistía, sin olvidar su debut

como actriz de reparto en el Teatro Principal de Burgos, en el verano de 1919, con *La muerte de los siete infantes de Lara*.

Pero el papel que iba a desempeñar en los difíciles años de contienda sería determinante no sólo en su vida intelectual, creativa, política y humana, sino también para la renovación del teatro español en un momento en el que, pese al entorno, seguía estancado en los viejos y anquilosados modelos.

Madrid era aquellos días de 1937 la capital mundial de la resistencia antifascista y toda

actividad parecía determinada por una voluntad de defensa popular. El 13 de febrero se constituía la Junta de Espectáculos de Madrid al tiempo que se producía la incautación de los teatros comerciales por las centrales sindicales CNT y UGT, convertidas de ese modo en nuevos empresarios revolucionarios del arte escénico. Lo paradójico del caso es que junto a esa nueva caracterización política e ideológica del teatro pervivían un repertorio y una puesta en escena que nada tenían de revolucionarios. El desacuerdo entre arte e industria

seguía sin resolverse y las centrales sindicales gestionaban una realidad escénica tan conservadora y reaccionaria como la anterior al alzamiento militar. A ello cabía sumar el agravamiento de los problemas estructurales del teatro: la nula formación intelectual de los actores, el conservadurismo del público, la prevalencia de una oferta comercial en un momento histórico que exigía otra actitud, la incompetencia escénica y el incomprensible mercantilismo de los nuevos empresarios «revolucionarios». Ante ello, el Gobierno y los responsables de la

política cultural republicana (Ministerio de Instrucción Pública) decidieron intervenir; y la primera medida fue la creación el 22 de agosto de 1937 del Consejo Central del Teatro, presidido por el pintor Josep Renau que, por aquellas fechas, como ya sabemos, era director general de Bellas Artes y miembro de la Alianza. Constituían el Consejo dos vicepresidencias, la de Antonio Machado y María Teresa León; un secretario, Max Aub, y diez vocales: Jacinto Benavente, Margarita Xirgu, Enrique Díez Canedo, Cipriano Rivas Cherif, Rafael Alberti,

Alejandro Casona, Manuel González, Francisco Martínez Allende, Enrique Casal Chapí y Miguel Prieto. Se podía entender que aquel equipo conformaba la contraofensiva gubernamental contra la indignidad que se había apoderado de la escena española y, particularmente, de la cartelera madrileña. En una nota emitida por el Consejo Central del Teatro podía leerse: «El teatro ha de ser nacional... El estado es el llamado a tener en todo momento un tutelaje teatral, puesto que desde sus escenarios pueden comunicarse al pueblo, mejor que por medio

alguno, las virtudes ciudadanas y los ejemplos que dan a su pueblo su valor moral. El Gobierno de la República española, no queriendo descuidar en tiempo de paz ni de guerra este importantísimo medio de educación cívica, ha creado el Consejo Central del Teatro para asesorar, ayudar y decidir. La industria del teatro no puede, en estos momentos históricos, desligarse del drama intensísimo que estamos viviendo...»

En este sentido, María Teresa León fue, sin duda, la artífice y la organizadora del mejor teatro que pudo verse durante la Guerra Civil,

desde la fundación del grupo *Nueva Escena*, sección teatral de la Alianza de Intelectuales Antifascistas para la Defensa de la Cultura, a la dirección de las Guerrillas del Teatro. Su aportación resultó determinante para conseguir un teatro que aunase la calidad con los fines propagandísticos insoslayables de un «teatro de urgencia». Y todo pudo comenzar una vez que el Consejo decidiera crear, entre sus nuevas medidas, el Teatro de Arte y Propaganda, con sede en el madrileño Teatro de la Zarzuela, dirigido en sus inicios por el

periodista católico Felipe Lluch. Al ser detenido poco después de su nombramiento, los actores pidieron a María Teresa que se hiciera cargo de la dirección ya que peligraba su trabajo. Nuestra escritora aceptó, pero puso la condición de que el sueldo que le pudiera corresponder le fuera abonado a la esposa del periodista de *El Debate*. Rafael Alberti lograría poco después, tras negociar con los responsables de la detención de Lluch, que lo pusieran en libertad.

Hasta aquellas fechas, los intentos por representar un teatro a la altura de las circunstancias

habían sido escasos en Madrid. Hubo que esperar al 10 de septiembre de 1937, más de un año después de iniciada la guerra, para que el público de la capital pudiera asistir con la dignidad escénica debida al estreno de la primera obra del Teatro de Arte y Propaganda, dirigido por María Teresa León, que ya podía contar como ayudante con Felipe Lluch Garín, puesto en libertad. Con decorados y figurines de Santiago Ontañón y música original de Jesús G. Leoz, la compañía representó un espectáculo compuesto por dos piezas: *Los títeres de cachiporra*,

de García Lorca, y *La cacatúa verde*, de Arthur Schnitzler. Junto al homenaje a Federico, convertido en un símbolo del antifascismo, la crítica calificó la representación como «la primera muestra digna de teatro por las obras representadas, por la calidad de los intérpretes, por cuanto en suma le constituye».

En octubre de 1937, en el marco de la celebración del aniversario de la Revolución soviética de 1917, María Teresa dirige y estrena la adaptación del francés de *La tragedia optimista*, del autor ruso Vsevolod Vishnevsky, obra que había visto

representada en marzo de ese mismo año en el teatro de Cámara de Moscú. Contó de nuevo con la colaboración de Santiago Ontañón en los decorados y de Jesús García Leoz en la música. El público pudo disfrutar, por primera vez, de una obra soviética, pero, sobre todo, de la capacidad innovadora de María Teresa como directora de escena, con un llamativo juego de luces sobre un enorme ciclorama, rampas espectaculares y la inclusión de secuencias filmadas que se proyectaban sobre el fondo del escenario. Aquella representación marcaba, además, un

distanciamiento del teatro chabacano que se representaba en Madrid esos años de guerra y señalaba una valiente alternativa al teatro de ínfima calidad: «Un público nuevo llenaba el teatro – podía leerse en la revista *Nueva Vida* en octubre de 1937–. Soldados y mujeres, defensores heroicos de Madrid, obreros de las fábricas. Habíamos dado el primer paso, consiguiendo interesar a todos ellos en un teatro culto, real, lleno de enseñanzas. La batalla contra lo chabacano, lo inculto, lo mediocre comenzaba bien»^[47] .

Los cambios fueron apreciados y la representación de *La tragedia optimista* tuvo intenso eco en la prensa de guerra. Con toda lógica, se publican varios artículos sobre el tema en los números 36, 37 y 41 de *El Mono Azul*. En el número 37, en concreto, tras la transcripción de las palabras de Santiago Ontañón pronunciadas el día del estreno, aparecía un artículo editorial valorando la obra como una creación de la Alianza de Intelectuales y añadiendo a continuación una crónica del espectáculo que lo definía como «una realización ejemplar en medio

del inmundo charco –hay algunas excepciones– en que se anega y pierde la llamada escena española»: «Los escenarios de Santiago Ontañón, tan precisos y escuetos, engrandecen la tragedia, envolviéndola en una verdadera atmósfera de realidad teatral, admirable. Las ilustraciones musicales de Leoz, el entusiasmo que pone toda la compañía –destaquemos en primer lugar a Severino Mejuto y a María de los Ángeles Olmo, el buen trabajo que realizan Edmundo Barbero, Luis Peña, Rivero y Franco–, la calidad literaria, el contenido político, la

acertada dirección de la obra, hacen de esta tragedia de Vishnevsky el único espectáculo digno del pueblo madrileño de los heroicos defensores de la capital de nuestra República». Por su parte, la periodista Rosario del Olmo decía que la obra marcaba «el comienzo de la auténtica renovación de nuestra anticuadísima técnica teatral. Al alzarse el telón se advierte que la energía y el tesón de la dirección artística han logrado vencer las dificultades de orden técnico por que forzosamente tenía que atravesar en una situación de

guerra. Luces y decorado juegan aquí con extraordinario acierto»^[48].

Para llegar hasta allí, María Teresa había trazado un recorrido que pasaba, sin duda, por la figura, entre otros, de Piscator y su dramaturgia de agitación, así como por el teatro político y revolucionario ruso, inspirador asimismo de las directrices planteadas por el Ministerio de Instrucción Pública español. Ese teatro proletario que nuestra escritora había llevado a la práctica en *Huelga en el puerto*, su

primera pieza teatral de 1933, tenía dos claros precedentes en España: la publicación en 1931 por la editorial Cenit de *El teatro político* de Erwin Piscator y el libro de Ramón J. Sender titulado *Teatro de masas*, impreso en Valencia en 1932 por Ediciones Orto. El ensayo de Sender planteaba una clara ruptura con el teatro burgués y abría un camino de renovación hacia el teatro proletario: «El teatro al uso es terriblemente conservador y burgués –decía–. El *teatro puro* –poético– es embriagador y se agarra a los resortes más blandos de la vieja

tradición estética, al concepto inerte y mortecino de lo “artístico”. A espaldas de todo esto queda la verdad dramática y dramatúrgica, el teatro teatral, activo, dinámico, que exalta y estimula la realidad de nuestra vida, siempre en marcha, siempre avanzando [...]. Este teatro –teatro por antonomasia– es el teatro político. El teatro político en España, donde la sensibilidad política es tan fina y aguda, ha de renovar nuestra dramática lánguida y falsa».

Sabemos que María Teresa había tomado buena nota de esta necesidad de cambio y de esa

nueva concepción del teatro como un «bien nacional» que exigía, al mismo tiempo, transformar la estructura económica de la actividad. Y lo dejó muy claro, como ya vimos, en el primer artículo sobre teatro que publicó a su vuelta de Rusia en 1933 en el número 0 de la revista *Octubre*: «En la Rusia zarista de 1917, el teatro contaba con 154 escenas permanentes y 148 temporales. Hoy la URSS sostiene 391 escenas permanentes y 304 clubs. Trabajan en sus teatros 44.730 personas y 70 millones de espectadores contemplan el fenómeno prodigioso

que se llama teatro soviético. 188 escuelas artísticas preparan 20.142 técnicos (artistas y auxiliares) que se extienden periódicamente por la inmensidad geográfica rusa»^[49].

En octubre de 1937, como hemos podido comprobar, esta idea del teatro como un instrumento ético y educativo, pero también ideológico, se ponía en práctica gracias a la creación del Consejo Central del Teatro y sus líneas de actuación. Pero, junto a estos intentos de reforma, también debe situarse el otro Teatro de Agitación que se representaba en espacios

alejados de la capital, ya fueran los frentes de batalla, organizaciones obreras o locales culturales y recreativos como las Casas del Pueblo. Hablamos de un teatro de gran cargazón política antifascista, nunca elevado a los grandes escenarios, pero que con enorme dignidad representó Miguel Hernández en la zona republicana; un teatro de agitación y propaganda en cuyo repertorio también entrarían, con todo el derecho, obras de Alberti, Ontañón, Germán Bleiberg, Antonio Aparicio, Max Aub, Sender y Rafael Dieste. Con ellos se completaría la más

prestigiosa nómina de nuestro teatro «leal» durante la Guerra Civil.

Pero volviendo a María Teresa y también a su esposo, la siguiente obra que el Teatro de Arte y Propaganda estrenó en La Zarzuela tras la representación de *La tragedia optimista* de Vishnevsky fue la versión actualizada de Rafael Alberti de *El cerco de Numancia*, de Cervantes. El estreno de la obra, magníficamente dirigida por nuestra escritora, tuvo lugar el 26 de diciembre de 1937 y alcanzó un éxito tan memorable en aquellas

circunstancias que se mantuvo en cartel hasta el 8 de marzo de 1938. La pieza, símbolo de la libertad, contaba de nuevo con escenografía de Santiago Ontañón y la asistencia de Jesús García Leoz. Durante el descanso de aquella primera representación, María Teresa, que interpretaba el simbólico personaje de España, salió al escenario con las banderas tomadas a las tropas franquistas en la reconquista de Teruel, se las dio al general Miaja y éste las arrojó al público para que las pateara y despedazara. Como directora de escena, la autora de *Cuentos para soñar* se

había superado a sí misma en el que sería uno de los acontecimientos teatrales más importantes de la Guerra Civil. Y lo había logrado, comenta el actor Salvador Arias, «abriendo en dos el suelo del escenario para hacer surgir o desaparecer, según las escenas, una gran muralla que separaba el pueblo numantino (al fondo y en lo alto) del campamento romano (en primer término), con juegos y actuaciones de ballet que causaban un efecto sorprendente por lo bello y atrevido de su concepción. ¡Muralla que, por cierto, había que subir y bajar a

brazo desde el foso!»^[50]

Rafael Alberti explicaba la parte simbólica y argumental de la obra de Cervantes en el número 42 de *El Mono Azul* en los siguientes términos: «Nosotros, que ahora luchamos otra vez contra Roma, contra la Italia fascista, debemos conocer y apreciar en todo su valor, y a través de la gran tragedia cervantina, la historia de Numancia, y considerarnos los hijos, los verdaderos descendientes de aquel puñado de hombres extraordinarios que durante más de una decena de años, con una fe

inquebrantable, detuvieron a los ejércitos más temibles y fuertes. [...] Numancia representa la verdadera tradición de libertad de nuestro país [...]. Deseo que los soldados de nuestro Ejército Popular, los heroicos ciudadanos y defensores de Madrid que presenciaron esta obra, sepan apreciar, vuelvo a repetir, lo que su representación significa, lo que tiene de trascendente e histórica».

La obra confirmaba el éxito artístico del Teatro de Arte y Propaganda y la inquietud de María Teresa por poner en escena un teatro de calidad que no entrara en

conflicto con un arte de proletario y de urgencia. Quedaba muy claro su propósito de velar por la dignidad de un teatro dirigido a un público no siempre preparado, al que era fácil engañar, especialmente en aquellos delicados momentos. En su artículo «Gato por liebre», aparecido en octubre de 1936 en *El Mono Azul*, había expuesto de modo inapelable que el verdadero fin del teatro era «educar, propagar, adiestrar, distraer, convencer, animar, llevar al espíritu de los hombres ideas nuevas, sentidos diversos de la vida, hacer a los hombres mejores [...] deberíamos

evitar que pasasen gato por liebre, llamando teatro a la basura inmunda»^[51].

Si nos acogemos a la opinión de los grandes expertos en el teatro de la escritora riojana –Robert Marrast, José Monleón, Manuel Aznar, César Oliva–, la labor dramaturgica de María Teresa León fue, con toda seguridad, la experiencia cultural en la que puso más empeño, mayor entusiasmo y absoluta dedicación durante la guerra. En su frenética actividad teatral se atrevió a enfrentarse, cara a cara, como hemos visto, con el

problema del teatro español; se lanzó a acometer desde el principio su renovación y a realizar, en esa línea, nuevas acciones como la creación de una Escuela de Capacitación Teatral, aneja al Teatro de la Zarzuela y la convocatoria el 12 de diciembre de 1937 de la primera asamblea democrática del teatro español, en la que se reunieron los miembros de la delegación madrileña del Consejo con los representantes de oficios y sindicatos, de donde surgió la idea de crear un *Boletín de Orientación Teatral* cuyo primer número apareció el 15 de

febrero de 1938.

El otro gran reto de María Teresa llegó con su nombramiento como directora de las Guerrillas del Teatro del Ejército del Centro, compañía creada el 14 de diciembre de 1937. El cierre del Teatro de la Zarzuela había provocado diversas reacciones para evitar, entre otras cosas, que los actores, músicos y comparsas del Teatro de Arte y Propaganda se convirtieran, de la noche a la mañana, en soldados. Nunca quedaron aclaradas las causas de aquel cierre, atribuido al endurecimiento del asedio de

Madrid, pero fue tomando cuerpo la teoría de que todo se debió a los ataques desde la prensa anarquista, que acusaba al Teatro de Arte y Propaganda de tener gastos tan elevados que generaban un déficit económico excesivo por el alto coste de las puestas en escena. Fuese cierto o no, lo razonable es atribuir esos ataques a motivos más políticos que económicos contra una compañía que, en rigor, representó el mejor teatro que pudo verse en Madrid durante la contienda.

En cualquier caso, antes de que los miembros de aquel grupo

se dispersaran o se marcharan a combatir, María Teresa decidió acudir a la primera línea de fuego con sus incondicionales y fieles compañeros y representar en los frentes. El proyecto fue muy bien acogido desde el primer momento por Santiago Ontañón, Jesús García Leoz, Edmundo Baquero, Emilia Ardanuy, José Franco, Ofelia Guilmáin, Emilio Menéndez, Salvador Arias, Juana Cáceres y Alberti. Partirían con los recursos justos para actuar, empleando como escenario el camión que los transportaba y que había sido un regalo de los intelectuales

franceses para tal fin. La cultura en los tiempos difíciles, más que nunca, «debía andar sobre ruedas». María Teresa confesaba en *Memoria de la melancolía* que las Guerrillas del Teatro había sido «nuestra guerra pequeña. Muchas veces he contado el arrebatado entusiasmo de aquellos días, altos y serenos, de conciencia limpia. [...] ¿Por qué no ir hasta la línea de fuego con nuestro teatro? [...] Participaríamos en la epopeya del pueblo español desde nuestro ángulo de combatientes. [...] Zarpamos, por fin, como los cómicos que acompañaban a

Agustín de Rojas en su *Viaje entretenido*. Lo he contado muchas veces. Bueno, María Teresa basta, ya lo has contado veinte veces. Pero yo sigo porque es el regreso de la felicidad que dura un instante. Y vuelvo a reconstruirme como hacen los niños con sus juegos de piececitas de madera, recobrando la dulzura de jugar. Sí, era muy dulce atravesar la España ardiendo que aún nos pertenecía. A veces la aviación nos obligaba a tirarnos el suelo. Tenían la costumbre de tirotear las carreteras que sobrevolaban. Apuntaban a todo lo que se movía. Iban de caza. [...]

Nuestros guerrilleros eran soldados. Todos éramos soldados. Teníamos nuestra ración de pan. ¡Pan cuando Madrid apenas comía! Y cantábamos. ¡Cuánto hemos cantado durante aquellos años! ¿Verdad, amigos de entonces? Cantábamos para sacudirnos el miedo»^[52] .

En efecto, la experiencia de Las Guerrillas del Teatro fue de las más intensas que vivió y recordó la escritora, quien se sintió toda su vida encadenada emocionalmente a aquel grupo con el que zarpó un día para recorrer las tierras de la

España leal, como los trashumantes cómicos que agotan los caminos para actuar desde imaginativas tribunas. «Al frente íbamos regularmente [...] –recordaba en 1977 Santiago Ontañón–. La víspera de la batalla de Brunete estuvimos muy cerca de Buitrago, con una división e hicimos teatro al aire libre. No me acuerdo bien lo que representamos. Pero pudo ser *El enfermo imaginario*, que montábamos en el campo y quedaba precioso. Los soldados se subían a los árboles y María Teresa les echaba discursos con una pena tremenda, porque todos

pensábamos que, al día siguiente, quizá ya no estarían vivos...»[53]

De gran valor documental es el testimonio sobre el espectáculo y los medios escénicos de este teatro de urgencia que nos facilita Edmundo Barbero al recordar «un escenario desmontable que armábamos los mismos actores: unos biombos de colores que se cambiaban nos servían para los distintos decorados. Un piano portátil para que al final de cada espectáculo se cantaran a coro las canciones de guerra. Al coro se unían las voces de los soldados.

También al final se tocaban danzas populares y las muchachas, vestidas de campesinas, bailaban unas veces con los componentes de las “Guerrillas” y otras con los soldados del frente visitado. [...] Con más frecuencia fuimos a los distintos puestos de la sierra de Guadarrama, incluso adonde estaba situado el batallón Alpino. No sólo trabajábamos en nuestro escenario desmontable que nos había construido el cuerpo de ingenieros, sino en pequeños teatros y cines de los pueblecitos cercanos, así como en locales improvisados»^[54] .

Dadas sus características, las obras que representaban debían ajustarse a un teatro menor, alegre y festivo cuyo principal objetivo consistía en distraer a los soldados, pero «Intentaban conciliar la necesidad de responder a las terribles limitaciones anímicas y materiales de “un teatro del frente” con la conquista del mayor nivel estético posible»^[55], apunta José Monleón. No era, pues, un proyecto pretencioso, sino tan sencillo tal vez –pensamos ahora en el Quijote– como provocar la risa donde habita necesariamente el

miedo y el dolor. Así lo evocaba María Teresa en su exilio romano, con una ternura turbadora en sus palabras: «Esta mañana, febrero de 1971, se me han llenado los ojos de lágrimas. He abierto un libro sobre teatro... No quiero llorar más. Pido únicamente que recuerden cuando ya no esté; María Teresa León, que inventó las guerrillas del teatro durante la guerra (1936-1939) para que la sonrisa no desapareciera de nuestros labios. Nada más»^[56] . Y junto a ese nada más, los actores de aquellas Guerrillas del Teatro también aprovechaban el repertorio

de urgencia para divulgar gacetillas orales y difundir noticias sobre el transcurso de la contienda. En tal contexto cabría colocar las 119 representaciones que realizaron a lo largo de 1938, entre las que citamos como ejemplo *El Saboteador* de Santiago Ontañón, *Los miedosos valientes* de Antonio Aparicio, *Un duelo* de Chejov, *El Dragoncillo* de Calderón, *El vengador* de Antonio Ayora o *Los salvadores de España* y *Radio Sevilla* de Rafael Alberti. Esta última pieza, dirigida contra Queipo de Llano, nos aproxima al tono jocoso que la compañía

empleaba para divertir a los
soldados:

¡Atención! Radio Sevilla.
Queipo de Llano es quien
ladra,
quien muge, quien
gargajea,
quien rebuzna a cuatro
patas.

¡Radio Sevilla! –Señores:
aquí un salvador de
España.

¡Viva el vino, viva el
vómito!

Esta noche tomo Málaga;

el lunes, tomé Jerez;
martes, Montilla y
Cazalla;
miércoles, Chinchón, y el
jueves,
borracho y por la mañana
todas las caballerizas
de Madrid, todas las
cuadras
mullendo los cagajones,
me darán su blanda
cama...

Entre las actuaciones más
sonadas de las Guerrillas del
Teatro no podemos olvidar la

representación el 4 de septiembre de 1938, en la cochera de la Alianza de Intelectuales, de *Amor de don Perlimplín con Belisa en su jardín*, de Federico García Lorca. La obra, que se ofrecía como homenaje al poeta granadino asesinado dos años atrás, no sólo fue dirigido por María Teresa León sino que supuso su segunda experiencia como actriz al interpretar el papel de Belisa junto a Ontañón, que hacía lo propio con el de Perlimplín.

No obstante, el mayor lucimiento en un escenario de nuestra escritora tuvo lugar el 20

de noviembre de 1938 con el estreno en el Auditorio de Madrid de *Cantata por los héroes y la fraternidad de los pueblos*, obra escrita por Alberti. El texto, ejemplo del teatro de urgencia, había sido escrito para homenajear y despedir a los brigadistas internacionales. El espectáculo, que se representaría después en Valencia, estuvo bajo la dirección de María Teresa y en él interpretaba el papel destacado y simbólico de España, apareciendo en escena ataviada con un traje de campesina y grandes trenzas rubias a ambos lados de la cabeza

evocando a la dama de Elche. En medio del silencio, sus versos decían:

Yo soy España.
Sobre mi verde traje de
trigo y sol han puesto
largo crespón injusto de
horrores y de sangre.
Aquí tenéis en dos mi
cuerpo dividido:
un lado preso; el otro,
libre al honor y al aire.

El actor Salvador Arias, que
estuvo presente en la

representación, recordaba la escena con el asombro de entonces: «El teatro estaba impresionante, con el general Miaja y su Estado Mayor presidiendo desde un palco. El público que lo abarrotaba estaba formado por aquellos soldados que pronto iban a dejar de serlo ante la urgencia del regreso a sus países, pero que, para aquel acto, habían querido conservar todavía el glorioso uniforme militar con el que tantos camaradas suyos habían muerto en defensa de la libertad de un pueblo en unas tierras hasta entonces para ellos

desconocidas»[57] .

María Teresa había promovido, a comienzos de ese año de 1938, la aparición del *Boletín de Orientación Teatral* (órgano difusor del Consejo Central del Teatro), una publicación que vería la luz seis veces (desde el 15 de febrero al 1 de junio) y cuya finalidad, como arriba comentamos, era el estudio de todas las manifestaciones artísticas del teatro, su orientación y renovación, crítica de obras y de intérpretes. Sus páginas incluían artículos sobre actores y

dramaturgos célebres, así como consignas y noticias relacionadas con el mundo escénico. En ellas publicó Max Aub su «Carta a un viejo lector», Alberti su alocución «Un teatro de urgencia» y María Teresa León un ensayo en varias entregas, «La guerra, el teatro, la revolución y la industria», en el que, partiendo de la postración teatral existente a comienzo de la guerra, formulaba la necesidad de alcanzar «un gran teatro nacional». Habla la escritora de un teatro abotargado por una burguesía entontecida, preocupada sólo de los resultados de taquilla, mientras

ignora y desprecia la educación propia y la del pueblo. Señala la urgencia de hacer un teatro que apoye la moral del combatiente, y rechaza aquellas carteleras que proponían una evasión de la realidad y de la guerra, pues al fin «no se ganan batallas con teatro, pero se aumenta la moral, el fervor, la tensión nacional».

Como podemos ver, el infatigable activismo cultural de María Teresa tras la experiencia de las Guerrillas del Teatro no cesó en modo alguno. Aún tuvo tiempo y ánimo para fundar en el Auditorio madrileño el Cine-Teatro-Club de

la Alianza de Intelectuales Antifascistas, y también para dirigir el montaje de *El enfermo imaginario*, de Molière y, posteriormente, *El milagro de San Antonio*, de Maeterlinck. Los espectadores pagaban diez céntimos de entrada y los directores, actores, coros, bailarines, músicos, comparsas, etc., cobraban dos duros, el mismo sueldo de un combatiente. Con esta compañía representó aún en el Teatro Español el 11 de febrero de 1939 la *Cantata* de Alberti en un acto organizado por la Delegación de Prensa y Propaganda de la

Alianza.

Por esas fechas, «a pesar de la conciencia generalizada de que la guerra estaba irremediablemente perdida –nos recuerda Manuel Aznar–, los trabajos y los días teatrales de María Teresa León se prolongaron durante los primeros meses de 1939 hasta las mismas vísperas de la derrota. Así, el 4 de enero de 1939 participaba con una “Semblanza de Marianela” en un homenaje organizado por el Altavoz del Frente. Su puesta en escena de *El enfermo de aprensión*, de Molière, hizo que Sam, el crítico teatral del ABC

republicano, elogiase de nuevo la presencia de un teatro de calidad en Madrid: “Gracias a María Teresa León y a sus ‘Guerrillas del Teatro del Ejército del Centro’, el año 38 terminó con una manifestación de auténtico arte escénico”»^[58] .

II CONGRESO INTERNACIONAL DE INTELECTUALES ANTIFASCISTAS

Antes de que la guerra dejara adivinar su final, María Teresa vivió otras experiencias de gran calado en las que, como era esperable en ella, participó con absoluta implicación y generosidad. Es el caso del II Congreso Internacional de Escritores en Defensa de la Cultura, organizado

por la Alianza de Intelectuales Antifascistas, y que, desde su convocatoria oficial en octubre de 1936, había sido un proyecto muy deseado por nuestra escritora y por el que había luchado sin descanso para asegurar su éxito. Recordemos que en su conversación con Stalin en marzo de 1937 no se olvidó de anunciarle el Congreso y de despertar el interés del dictador sobre el mismo: «Hablamos de muchas cosas –decía–, entre otras del Congreso de Escritores que pensábamos celebrar en España. Escritores de todo el mundo para que vengan y vean. [...] Que vengan

a ver la verdad de España».

El Congreso iba a celebrar sesiones en Madrid, Barcelona y, principalmente, en Valencia, verdadero centro de este importante encuentro cultural. Se inauguró en la ciudad levantina, entonces sede de la República, el 4 de julio de 1937, y allí permanecerían los invitados –salvo alguna jornada organizada en la capital de España o en la Ciudad Condal–, hasta el día 11. Los intelectuales extranjeros que acudieron a la llamada de la Alianza se sorprendían al ver el ambiente de entusiasmo y de lucha

que había en las ciudades y en los pueblos de España: «El espectáculo debía ser conmovedor —escribía María Teresa— [...]. Se asombran de ver los periódicos murales, los de las trincheras, las exposiciones de cuadros, las ediciones, las fiestas de cantos y danzas folclóricas, los teatros abiertos, las representaciones callejeras, la animada literatura de urgencia, graciosa, saltarina, oportuna, que corretea por las calles, y plazas, y las trincheras y los pueblos... Van los camiones de propaganda del Altavoz del Frente, de Cultura Popular, de la Alianza

de Intelectuales, por los caminos más desconocidos, hacia lugares de belleza»^[59] .

Aquellas jornadas significaron mucho para los escritores, artistas e intelectuales que defendían la República al verse arropados por grandes nombres de la cultura europea y americana. A las horas de reuniones, de ponencias y de trabajo había que sumar la emoción del encuentro con muchos amigos y camaradas que, en el caso de María Teresa y Alberti, cobraba mayor dimensión dada la amplia red de afectos y simpatías que venían

cultivando en los últimos cinco años en uno y otro continente.

La intención de aquel encuentro internacional consistía, básicamente, en crear un foro de debate y reflexión acerca del papel que los escritores y artistas debían desempeñar en momentos de conflicto. Y en este sentido, España era un caso vivo y palpable que no sólo se prestaba a hermosas teorías, sino que aportaba la experiencia de un año de Guerra Civil y resultados prácticos que se constataban en las trincheras y en los frentes. La vieja polémica entre consignismo político y compromiso

estético que había enfrentado, más allá de los Pirineos, a André Breton y Louis Aragon, por citar algún ejemplo, debía encontrar ahora una respuesta concreta. Resultaba paradójico que un país como España, acostumbrado a caminar siempre al rebufo de Europa, a asumir con retraso sus movimientos de vanguardia, se adelantase ahora a todos ellos con una confrontación armada entre los fascismos y los frentes populares. Pero la realidad estaba ahí y los escritores se vieron obligados a adaptar sus lenguajes a la inmediatez de los acontecimientos

tratando de preservar la dignidad literaria. Sobre este preciso asunto versaba la ponencia colectiva que leyó en el citado congreso Arturo Serrano-Plaja. Se trataba de un texto que venía suscrito y firmado por Emilio Prados, Juan Gil-Albert, Miguel Hernández, José Herrera Petere, Lorenzo Varela, Miguel Prieto, Antonio Sánchez Barbudo, Ángel Gaos, Antonio Aparicio, Arturo Souto, Eduardo Vicente y Ramón Gaya. La ponencia, además de hacer mención a ese heterogéneo grupo de escritores españoles comprometidos con la República,

polarizado «entre el origen totalmente campesino de Miguel Hernández, por ejemplo, y el de la elevada burguesía refinada que puede significar Gil-Albert», apelaba al esfuerzo y la imaginación del intelectual para conectar más que nunca con el pueblo sin empobrecer sus recursos expresivos, para conciliar los términos Arte y Revolución:

«Lo puro, por antihumano, no podía satisfacernos en el fondo; lo revolucionario, en la forma, nos ofrecía tan sólo débiles signos de una propaganda cuya necesidad social no comprendíamos y cuya

simpleza de contenido no podía bastarnos [...]. La Revolución, al menos lo que nosotros teníamos por tal, no podía estar comprendida ideológicamente en la sola expresión de una consigna política o en un cambio de tema puramente formal [...]. No podíamos admitir como revolucionaria, como verdadera, una pintura, por ejemplo, por el mero hecho de que su concreción estuviese referida a pintar un obrero con el puño levantado o una bandera roja, o con cualquier otro símbolo, dejando la realidad más esencial sin expresar [...] los obreros son algo más que

buenos, fuertes, etc. Son hombres con pasiones, con sufrimientos, con alegrías mucho más complejas que las que esas fáciles interpretaciones mecánicas desearían [...]. De ahí nuestra actitud ante el arte de propaganda. No lo negamos, pero nos parece, por sí mismo, insuficiente».[60]

El Congreso, que, como hemos señalado, dio comienzo en Valencia el 4 de julio, fue inaugurado por Juan Negrín, presidente del Consejo de Ministros, a quien acompañaban en la tribuna Corpus Barga y José

Gaos, y clausurado una semana después por Antonio Machado. Acogieron a sesenta y seis delegados de una treintena de países de América y Europa, destacando especialmente Julien Benda, Anna Seghers, Iliá Ehrenburg, Malcolm Cowley, Claude Aveline, Jef Last, Nordahl Grieg, Fédor Kélin, André Chamson, Tristan Tzara, Stephen Spender, Langston Hughes, Juan Marinello, Jean Cassou, André Malraux, César Vallejo, Octavio Paz, Alejo Carpentier, Nicolás Guillén y Pablo Neruda. Entre los españoles, no faltaron al encuentro

José Bergamín, León Felipe, Fernando de los Ríos, Jacinto Benavente, Rafael Alberti, Luis Cernuda, Manuel Altolaguirre, Antonio Machado, la propia María Teresa y los firmantes del manifiesto citado, Miguel Hernández entre ellos. Quedó más que justificada la ausencia de Vicente Aleixandre, «enfermo en Madrid –como escribió Luis Cernuda en su nota *Poetas en la España leal*–, alejado por fuerza de su trabajo de poeta, ya que no de la poesía, lo único que en definitiva puede consolarnos a todos de tanta sombra impaciente,

sobre la luz y tierras españolas»^[61]. No faltaron tampoco las adhesiones de quienes no pudieron asistir a ese foro de solidaridad con el pueblo español, aquellos telegramas que llevaban la firma de Virginia Woolf, Bertolt Brecht, Thomas Mann, Louis Aragon, Vicente Huidobro, John Dos Passos, Paul Éluard, Ernest Hemingway, Upton Sinclair, Selma Lagerloff, W.B. Yeats, Romain Rolland y Ramón J. Sender.

María Teresa León recibió aquellos días el estimulante respaldo de ese grupo de

intelectuales extranjeros que le hizo creer, con el corazón abierto, que el mundo estaba del lado de las fuerzas populares y de la República. Aquellos hombres y mujeres admiraron su enorme capacidad de trabajo, su disposición y su belleza. «María Teresa León –escribía Alejo Carpentier–, mujer bellísima y de elegancia extraordinaria, ha puesto todas las fuerzas de su inteligencia al servicio de la causa republicana»^[62]. Lo cierto es que nuestra autora tuvo ocasiones para demostrarlo, especialmente el 7 de

julio, día en el que ocupó la presidencia de la quinta sesión del Congreso celebrada en Madrid, en el Cine Salamanca, con la intervención de Ehrenburg, Malraux, Bergamín, Koltsov, Alberti y Dolores Ibárruri *Pasionaria*. El discurso inaugural de la escritora riojana acaparó la prensa de la capital al día siguiente de su intervención: «El Segundo Congreso de Escritores tiene a orgullo poder saludar al pueblo madrileño –decía–. Los camaradas que viven en sitios tranquilos, donde aún los obuses no han roto las tejas de sus casas, donde aún se

puede coser a la luz de la paz, han querido venir a ver nuestra guerra. Han venido los escritores antifascistas, han venido los escritores honrados, han venido los escritores que no se han vendido a la burguesía, porque sus plumas eran demasiado honradas y demasiado buenas para emplearlas en tan bajos menesteres»^[63].

Quedaba claro que España estaba en guerra y que los participantes en aquellas jornadas corrieron también serios peligros. El poeta cubano Nicolás Guillén narraba en su libro *Páginas vueltas*

la situación que encontraron aquellos días: «El mismo día que llegamos a Valencia, al anochecer, sonaron las sirenas; la ciudad fue bombardeada. Bonita recepción... A Marinello y a mí nos habían instalado en una misma pieza de hotel, un hotel que estaba situado en la muy valenciana calle de la Paz. Nos apresuramos a vestirnos, pues alguien nos tocó a la puerta mientras gritaba: “¡Al refugio, al refugio!”. Cuando salimos nos dimos cuenta de que la gente corría en una misma dirección, lo que nos hizo pensar que el refugio, como así fue, se encontraba en ella.

Entramos de inmediato, y el espectáculo que se nos ofreció no era de los más tranquilizadores. Sobre todo, llamaban dolorosamente la atención los niños menores, apretados convulsivamente por sus madres. Al cabo de cierto tiempo —en este caso pudo haber sido una hora— sonaron las sirenas nuevamente, lo cual quería decir que el peligro había cesado. En la madrugada volvieron las sirenas a sonar y se repitió el espectáculo. [...] Mientras la alarma duró, se oyeron los disparos de las antiaéreas y, a espacios regulares y profundos, los

de las bombas fascistas»^[64].

ENCUENTROS Y DESENCUENTROS

Frente a esa visión angustiosa e indignante de la guerra, también hubo momentos, días y escenas durante aquellos tres años que animaban a mantener la esperanza y a sonreír. El mismo Nicolás Guillén, que permaneció en España durante un largo periodo y fue huésped del palacio de los marqueses de Heredia-Spínola, recordaba con tierna alegría aquel

Madrid, libre todavía del asedio fascista, por el que se podía pasear con cierta libertad. «Hay funciones extras en los teatros, y estreno, en la Zarzuela, de *La tragedia del optimista*, de Vishnevsky. Festival deportivo en Chamartín de la Rosa. Desfile de tropas. Mítines en los centros obreros. [...] Cuando llegué a la Alianza, el vasto edificio vibraba de alegría. [...] En el gran salón de cine que, transformando lo que era una cuadra aristocrática, ha construido el genio dinámico de María Teresa León, ya había congregada una multitud de figuras conocidas en las letras y en las

artes: Ernest Hemingway [...] Langston Hughes, Alberti y María Teresa, Santiago Ontañón, Jaume Miravittles, Koltsov, Marta Gelhorn, Salas Viú, Durán, Cernuda, Aparicio...»[65]

Queda claro que, para aquellos intelectuales, escritores y artistas que tenían en común la lucha antifascista y la defensa incondicional de la República, el edificio de la Alianza fue, en aquel tiempo, más que una residencia. Por los testimonios recogidos, quedaba claro también que María Teresa León fue, en cierto modo, la

dama y la anfitriona de aquel hogar improvisado, verdadero centro de operaciones, que acogía a visitantes ilustres. La vida allí se desarrollaba con inquietud y desasosiego, pero también creando espacios para la diversión, para el agasajo, para el ocio, para las recepciones oficiales y para las fiestas que permitieran las circunstancias. En aquel «paraíso a la sombra de las espadas», en aquel refugio contra la inclemencia de los obuses y los frentes, los escritores de la España leal también hallaron noches para el esparcimiento. El comentario sobre

esta faceta lúdica de los miembros de la Alianza y de sus invitados no es gratuito en tanto en cuanto acabó generando tensiones y desencuentros, algunos de mayor trascendencia dada la relevancia de los protagonistas. Y el episodio que levantó mayor revuelo y que ha suscitado más páginas en artículos y ensayos biográficos fue la bofetada que María Teresa León propinó a Miguel Hernández en la misma sede de la Alianza.

Creemos que pocos episodios de la Historia han provocado tantas y tan diferentes interpretaciones, como también creemos que un

hecho tan desafortunado e injusto para ambos escritores no debiera juzgarse con ligereza, con prejuicios o con sectarismos; ni siquiera con el propósito de victimizar a uno de los dos y sacar conclusiones pueriles. Ambos son, para muchos, paradigma de la lucha por las libertades y también de coherencia ideológica. Ambos se crecieron con igual vehemencia ante la adversidad y ambos dejaron tras de sí una huella literaria de profunda hondura y de absoluta vigencia. Es seguro que se profesaron admiración mutua, pero en las fechas en que se produjo el

desagradable percance entre los dos la guerra estaba perdida, nada parecía detener la derrota, y los ánimos andaban demasiado crispados.

Los antecedentes del hecho cabe buscarlos en la actitud que cada uno de ellos tomó ante la contienda y ante la necesidad de defender el legítimo Gobierno de la República. Ya conocemos la reacción valiente y decidida de María Teresa, que desde el primer momento asumió cuantas responsabilidades le fueron dadas y derrochó esfuerzos para lograr que la inteligencia se impusiera a

la barbarie y la sinrazón. Su intensa actividad fue más allá de las dependencias y pasillos de la Alianza, acercándose a los frentes con arengas y con un teatro de agitación que desempeñó un importante papel en aquellos delicados momentos, sin pasar por alto su precisa intervención en la protección y salvación del patrimonio histórico y artístico, y su capacidad para la organización (a veces con mucha imaginación y siempre con buen gusto) de un teatro nacional, de la recepción de un grupo de mandatarios rusos o de una sencilla mesa para invitados

cuando apenas había alimentos en la despensa.

Por otro lado, Miguel Hernández encarnaba al poeta-soldado que desde el estallido de la contienda quiso estar en la primera línea de fuego como un combatiente más y sin mayores privilegios que cualquier miliciano. La prueba, como vimos más arriba, es que fue rescatado de las más duras labores de intendencia por el cubano Pablo de la Torriente y conducido al famoso Batallón del Talento, Primera Brigada Móvil de Choque, 11.^a División adscrita al Quinto

Regimiento. Los combates se habían recrudecido en la sierra de Madrid a principios de 1937 y su labor propagandística, cada vez más intensa, fue adquiriendo un elevado tono épico que plasmó en los textos con los que animaba a las tropas republicanas y con los que también condenaba muchas veces la cobardía o la insolidaridad. De estas fechas son las prosas tituladas «Defensa de Madrid», «Para ganar la guerra», «Los seis meses de guerra civil vistos por un miliciano», «El deber del campesinado», «Primeros días de un combatiente», «El pueblo en

armas» y «El reposo del soldado». En la primera de ellas, publicada en el periódico *Al Ataque* el 16 de enero de 1937, Miguel expone su indignación ante quienes asumen la guerra desde una cómoda retaguardia; una denuncia que podríamos relacionar con la opinión que le merecía la actitud de muchos intelectuales refugiados en sus despachos, entre ellos, sus propios compañeros de la Alianza:

«Cuando la ciudad de Madrid se conmueve y se desangra por todas sus ventanas y todos sus campos: desnuda, muda y serena, bajo los bombardeos y los

cañonazos italianos y alemanes, ansiosos de absorber los hijos y las riquezas de España; cuando los hombres del pueblo de Madrid, los campesinos y los obreros que sienten en lo más hondo la gran tragedia de la capital de España, desesperadamente deseada y firmemente defendida; cuando estos hombres, digo, están viviendo en las trincheras unos días inacabables de hambre, fuego y muerte, sin dormir, con los ojos dilatados para vigilar los movimientos del enemigo, con las ropas mojadas de barro, de sangre, de lluvia [...]; cuando la guerra

está salpicando de luto el corazón de tantas madres y tantos compañeros; cuando depende de España entera que las vidas derramadas, que se están derramando y que se van a derramar no sean siembra en páramo baldío, veo, siento con pesadumbre y cólera ciudades de retaguardia ajenas, ajenas por completo, a pesar de sus aparatos de carteles y sus carteleros de propaganda, a la terrible verdad que nos circunda. Dentro de ellas apenas hay otras cosas que no sean carne de carnaval, fingimiento de problemas importantes, burocracia,

problemillas, torpezas y mezquindades que hacen apretar los dientes y el alma»^[66].

Si del texto anterior recogemos las expresiones «carteleros de propaganda», «carne de carnaval» y «fingimiento de problemas importantes», y recordamos que durante la contienda el poeta se desplazaba frecuentemente a Madrid para recoger su correspondencia en Marqués del Duero, 7, esto es, en la sede de la Alianza, no es difícil imaginar lo que pasaría por su cabeza, recién aterrizado del frente,

al encontrarse allí, en más de una ocasión, a los más distinguidos intelectuales comunistas, como confiesa el propio Alberti en *La arboleda perdida*, «disfrazados con los muchos fantásticos trajes que guardaban los marqueses de Heredia-Spínola en unos viejos armarios arrumbados en el tercer piso. ¿Quién podrá olvidar a Luis Cernuda, vestido de caballero calatravo; al poeta negro Langston Hughes, con traje y colorida capa de rey negro; a León Felipe con gorro y uniforme de Gran Duque Nicolás, etcétera? Mientras, llovían los obuses sobre el Madrid

a oscuras de una noche cualquiera de tenaz defensa»^[67]. Este testimonio lo corrobora Octavio Paz en *Fundación y disidencia* al recordar su paso por aquellos salones: «Caían bombas y estallaban obuses, había poco que comer y mucho que padecer pero en la Alianza de Intelectuales las reuniones eran frecuentes. Concurrían poetas, escritores, pintores, actores, músicos y una población flotante de amigos de Rafael y de María Teresa, así como los extranjeros que estábamos de paso. Se hablaba, se cantaba y, a

veces, se bailaba. Recuerdo una fiesta de disfraces y a Rafael Alberti vestido de domador de un circo quimérico. Travesuras y algazaras con las que los hombres, en situaciones semejantes se han burlado siempre de la muerte, desafíos y juegos al borde del abismo que Rafael Alberti dirigía con una suerte de soltura geométrica»^[68].

Escenas de esa naturaleza debieron de ser, como decimos, las que con frecuencia encontró Hernández a su regreso del frente durante aquellos años, y parece

incluso extraño que no manifestara su inconformidad y su parecer en más de una ocasión. Cuando sí lo hizo fue un día de febrero de 1939, con la guerra prácticamente perdida. El poeta oriolano se había pasado por la sede de la Alianza para informarse a fondo sobre la situación en la que se hallaban sus compañeros y él. Lo que encontró a su llegada al palacio de los marqueses de Heredia-Spínola no fue otra cosa que los preparativos de una fiesta que María Teresa León habían organizado, con sumo esfuerzo, en homenaje a la mujer antifascista. Mucho era lo que

Miguel Hernández, como decimos, había callado durante esos tres años de guerra, durante aquellas noches en las que llegaba abatido del frente, agotado de tanto espectáculo sangriento, y trataba de dormir algunas horas con la música de fondo de aquellos bailes de disfraces y aquellas «travesuras y algazaras» con las que sus compañeros libraban su batalla contra la muerte. No cabía duda de que la labor desempeñada desde aquel refugio fue determinante durante la guerra. Los aliancistas habían editado la revista *El Mono Azul*, convocado y realizado el II

Congreso de Intelectuales para la Defensa de la Cultura y ofrecido recitales y conferencias en los frentes. María Teresa, verdadera artífice de aquel centro de actividad, había sacado el mayor partido de los recursos de que disponían, había puesto toda su imaginación, su intensa pasión, en el proyecto de renovación del teatro y, sobre todo, había cumplido con admirable empeño la misión encomendada por Josep Renau de salvar parte del tesoro artístico español. Pese a todo, las comentadas diferencias tenían que aflorar por algún lado y, en aquella

ocasión, la fiesta en homenaje a la mujer antifascista fue motivo suficiente para que Miguel no siguiera silenciando las evidentes desavenencias entre el poeta del pueblo y los llamados –en este caso injusta y despectivamente– «intelectuales de retaguardia». El suceso entre María Teresa y el autor de *El hombre acecha* que ahora relatamos se ajusta a una de las múltiples versiones que el propio Rafael Alberti contó en su momento a interlocutores y amigos, y que nos ha sido narrado a su vez por Luis García Montero. Hernández irrumpió en el edificio

de la Alianza y, tras descubrir el ambiente festivo que se respiraba en aquellos salones, los preparativos, los manteles, el supuesto lujo, y los alimentos dispuestos en las mesas, no pudo ocultar su indignación ante lo que le pareció un derroche y un alarde de resabio burgués mientras él y otros combatientes seguían jugándose el tipo en las trincheras. No había, además, en aquel palacio mujer antifascista que se pareciera a las campesinas que había visto en los pueblos y en los frentes luchando como hombres, ninguna que le recordara a Rosario

Sánchez, *la Dinamitera*, ni tan siquiera a esas madres, hermanas o esposas que enterraban a diario a hijos, hermanos y compañeros. Miguel se dirigió entonces visiblemente irritado a Rafael Alberti con Antonio Aparicio como testigo y le espetó con la frase: «Aquí hay mucha puta y mucho hijo de puta». El autor de *Sobre los ángeles* le respondió en términos algo menos ofensivos, instándole a repetir esas palabras en voz alta y delante de los otros compañeros de la Alianza de Intelectuales. Ante el desafío, el poeta oriolano se dirigió entonces hacia una pizarra

que colgaba de una de las paredes de aquella dependencia y reprodujo la frase con amplios caracteres. Antes de que Miguel abandonara la sede, María Teresa León vio y leyó con sus propios ojos el insulto, se sintió aludida, pues ella se había encargado personalmente de organizar aquel banquete de homenaje, y se fue en busca de Miguel. La respuesta de la autora de *Memoria de la melancolía* fue una enérgica bofetada que, al parecer, hizo caer al poeta. Ni que decir tiene que, desde aquel momento, no volvieron a dirigirse la palabra hasta que, poco tiempo

después, forzados por las circunstancias, se encontraron de nuevo en Madrid, poco antes de la salida de varios líderes comunistas hacia la población alicantina de Elda.

Relatar este desagradable episodio no tiene más sentido que recoger en estas páginas un hecho cuanto menos simbólico de esas dos posturas –muy matizadas en el caso de María Teresa– que protagonizaron los intelectuales republicanos en los tres años de conflicto. El suceso apenas ocupa un breve espacio en las páginas de *Memoria de la melancolía*, pero ha

sido recreado en diferentes versiones que, apoyadas en nuestra misma fuente, es decir, en el testimonio de Rafael Alberti, han dejado a Miguel Hernández en bastante mal lugar, otorgándole un papel de hombre colérico y de insulto fácil. De entrada, la historia más difundida del desafortunado percance, siendo básicamente la misma, se contextualiza no en una fiesta homenaje a la mujer antifascista, sino en una recepción a visitantes tan ilustres –según Alberti *creía* recordar– como André Malraux, Iliá Ehrenburg y *quizá*, Alexéi Tolstoi, hecho que

resulta muy improbable dado que la propia María Teresa sitúa también el suceso en los últimos días de guerra, cuando los brigadistas y los escritores-amigos ya habían regresado a sus respectivos países: «Miguel iba a desaparecer también como había desaparecido Federico. Sentí mucha pena. Pocos días antes yo había discutido violentamente con él: No tienes ningún derecho a hablar así de una mujer y extender ese juicio a todas las mujeres de la Alianza. Eso no es de hombres. A la contestación suya, yo le pegué una bofetada. Antonio Aparicio y Rafael se precipitaron. ¡Qué

absurdo! Los ojos de Miguel se habían empequeñecido. La última vez que los vi a la puerta de la Alianza de Intelectuales eran aún más pequeños»^[69].

Las imprecisiones memorísticas abundan, pero no ocurre lo mismo a la hora de afirmar —como apunta Benjamín Prado— que «se había hecho un gran esfuerzo para preparar una cena decente, algo difícil en aquellos tiempos de escasez. Miguel, molesto por no haber sido invitado, les acusó de comportarse como señoritos, de disfrutar de

privilegios intolerables mientras él y otros como él se jugaban la vida en las trincheras. Preguntó, incluso, a voces, de dónde sacaban el dinero para esas fiestas [...]. Sin darse a razones, Miguel Hernández salió de la habitación en la que discutía con Bergamín y Alberti, dando un portazo. Al rato, en otra dependencia del palacio de Heredia-Spínola, alguien le pidió que escribiese algo en una pizarra que allí había, quizá alguno de sus últimos poemas. Miguel cogió una tiza y escribió algo parecido a *En esta Alianza mandan mucho las putas*, o algo muy similar...». Por

último, Prado resuelve el percance empleando términos que desacreditan de nuevo al poeta de Orihuela y cargan las tintas sobre ese mal carácter que le atribuye sin base suficiente. Cuando alude directamente al enfrentamiento entre éste y María Teresa, dice: «El poeta no sólo no le pidió disculpas sino que volvió a insultarla y, con Alberti y Bergamín de testigos, la autora de *Contra viento y marea* le dio una bofetada terrible...»^[70]

Lo que importa es que aquel choque entre dos temperamentos fuertes no impidió, como hemos

adelantado, que en el recuerdo de María Teresa, Miguel Hernández quedara para siempre como una criatura admirable, inocente y perdida en un mundo que no jugaba con su misma limpieza. En los siguientes fragmentos, entresacados de las memorias de nuestra escritora, se advierte ese cordón afectivo que le unía al poeta de Orihuela, empezando por el día en el que Miguel, tras recibir una paliza de la Guardia Civil, se plantó en el domicilio de la escritora para afiliarse al Partido Comunista:

«Miguel era como un fruto de

la tierra. Cuando llegó a Madrid traía de sus campos un estupendo oído capaz de versificar clásicamente cualquier cosa. Nuestro primer encuentro no pareció alegrarle mucho. Tal vez porque éramos de la revista *Octubre*, un grupo de descontentos sociales, tal vez porque los amigos le indicaran que era mejor vernos poco. No sé, pero la realidad fue que un día Miguel Hernández llamó a nuestra puerta de la casa de Marqués de Urquijo, descompuesto y verde de ira. ¿Qué te ocurre, Miguel? Cuando se tranquilizó un poco, nos contó su primera

experiencia con los defensores del orden establecido. [...] no era posible pasearse ni sentarse ni mirar la corriente sin que la guardia civil caminera no sospechase del gato encerrado de la revolución capaz de colarse por cualquier agujero. Le dieron el alto. Miguel comprendió mal. Corrió. Insistieron. Se resistió. ¿Qué llevas ahí? Versos. ¿Versos?, le contestaron agresivos y burlones. Le arrancaron de las manos los papeles. Los insultó. Le golpearon, le amenazaron con la culata de los fusiles. [...] Puede que todo durara poco tiempo, pero le bastó a

Miguel para rebelarse. Por eso, cuando corrió hacia Madrid, llamó en nuestra casa. Venía a decirnos: Estoy con vosotros. Lo he comprendido todo. [...] Ese Miguel con su cara encendida de rabia es el que yo con más gusto veo. Me emociona más que el de la guerra con su uniforme del V Regimiento, cuando escribía estrofas para los periódicos de trinchera, cuando junto al comandante Carlos aprendió a desear el futuro. Del último Miguel, el que no se refugió en la Embajada de Chile y después de intentar mil remedios para huir cayó en manos de esos mismos

guardias civiles que lo llevaron hacia nuestra causa, no tengo ya imágenes, solamente palabras»^[71].

Ya en el exilio francés, María Teresa recibió la noticia del encarcelamiento de Hernández. Según su testimonio y el de Pablo Neruda^[72], la reacción de los amigos desde París fue inmediata. Con el apoyo de la escritora María Anna Comnene, decidieron pedir ayuda al cardenal francés monseñor Alfred Baudrillart, un anciano ciego, de 80 años, que se conmovió al conocer la historia de joven

poeta «católico» español y pidió inmediatamente a Franco la libertad del poeta. «Vivíamos con Neruda en el Quai de l'Horloge –relata María Teresa– y no sé por qué me confiaron los poetas [Alberti y Neruda] la tarea de contar, entre otras desventuras, la desventura de un poeta encarcelado. Así regresé otra vez a Miguel Hernández. Esa nueva víctima no podían consentirla los intelectuales franceses, tenían que salvarla y así lo hicieron. Anne Marie Commene [*sic*] asentía con su cabeza a mis palabras. Sí, sí, debemos salvar a Miguel

Hernández. Cuando terminé de hablar, todo estaba decidido. El intermediario del Pen Club para esta petición sería Monseñor Baudrillart y lo liberaron. Seguramente sorprendiera a Miguel su libertad, tanto que dicen sus amigos que no pudieron detenerlo y corrió a su pueblecito para abrazar a su hijo y a su mujer. Y aquí empieza a nublarse la vista de los que miramos los últimos días de Miguel Hernández. ¿Por qué fue detenido? ¿Por qué si lo habían puesto en libertad se la quitaban si las razones eran las mismas? La verdad es que Miguel Hernández

murió en la cárcel y nadie pudo conmovér la *Injusticia española*»^[73].

La última y muy emotiva evocación de Miguel Hernández, incluida en las páginas finales de *Memoria de la melancolía*, recuerda una tarde en el pueblo francés de Antibes a donde acudieron para ver la proyección de una película del director Carl Theodor Dreyer. «Aquí, en Antibes, la otra tarde, he vuelto a ver a Miguel. Apareció en la pantalla donde se proyectaba la *Pasión de Juana de Arco*, de

Dreyer. De pronto, Rafael murmuró: ¡Cómo se parece a Miguel! Era exacto. La cabeza de Juana de Arco —de la Falconetti— iba repitiéndonos a través de su desventura todos los rostros de la agonía final de Miguel Hernández. Ninguno de los que nos acompañaba comprendió por qué al encender la luz teníamos los ojos tan serios»^[74].

FINAL DE LA GUERRA

Como la tormenta que se presiente antes de su llegada, en los meses finales de 1938 ya se olía la derrota de la España leal. Por esas fechas, los brigadistas y los poetas extranjeros habían vuelto a sus países, muchos de ellos decepcionados con los métodos del Partido Comunista y con sus luchas internas contra los trotskistas o los anarquistas. Fue el caso de W.H. Auden, que llegó como voluntario y

se pasó media guerra conduciendo ambulancias, o como Stephen Spender, George Orwell y el propio John Dos Passos, cuyo traductor y gran amigo fue acusado de espía y fusilado, a pesar de la intercesión de varios escritores de la talla de Bergamín, Hemingway, Alberti y la propia María Teresa. Otros, como Pablo de la Torriente, Gerda Taro o Ralph Winston Fox, murieron en el frente, y fueron despedidos con telegramas que decían: «Profundamente conmovidos por la heroica muerte del camarada Ralph Fox, la Alianza de Intelectuales Antifascistas Españoles expresa su

dolor a todos los escritores antifascistas ingleses. Firmado: Antonio Machado, José Bergamín, Wenceslao Roces, Luis Cernuda, Emilio Prados, María Teresa León, Rafael Alberti».

Las semanas que precedieron a la toma de Madrid el 28 de marzo de 1939, fecha en que se dio por concluida la Guerra Civil española, estuvieron marcadas por el desconcierto y por la consigna del «sálvese quien pueda». La muerte de Antonio Machado a últimos de febrero en el exilio francés parecía la señal de que todo estaba perdido. «Pocos días

anteriores a ese final de nuestras horas libres —escribe María Teresa—, escuchando la radio francesa, oímos, entre dos anuncios, una pequeña noticia que se deslizaba: “Antonio Machado ha muerto en Collioure.” No dijeron nada más. ¡Para qué! Rafael alcanzó a decir: Ahora sí que todo ha terminado. [...] Todo, todo se nos concluyó aquel día y con aquella noticia. Nos habíamos quedado sin aliento. Nuestra literatura de combate expiraba. Federico, muerto al comenzar la agonía; Antonio Machado, al terminarla. Dos poetas. Ninguna

guerra había conocido jamás esa gloria»^[75].

Tampoco ninguna otra guerra, ante los ojos de María Teresa, iba a dejar episodios tan cosidos a la memoria como los que la escritora se llevó de aquellos últimos meses, no sólo los que tuvieron gran significación histórica sino también los anecdóticos, los aparentemente triviales, como los que protagonizó la perrilla *Niebla*, un animal que dejó profunda huella en la autora de *Cuentos para soñar*. «El lugar cimero en el firmamento canino de mis padres –recordaba Aitana

Alberti en 1995— lo ocupa *Niebla*, “rayo tierno de brisa despeinada” [...]. Ajena al horror que la amenaza, *Niebla* simboliza la inocencia masacrada por las fuerzas devastadoras de un mundo incomprensible, tan opuesto a su vitalidad juvenil y su inocente bondad. *Niebla* trasciende su condición animal en la poesía de Rafael, quien le habla como a un niño al que ha tenido que desamparar»^[76].

Niebla fue la primera de esa larga nómina de perros y de perras que acompañó en distintos

momentos de la vida a María Teresa y a los suyos, desde *Tusca* a la *Babucha*, sin olvidar a *Centella*, *Yemi*, *Diana*, *Alano*, *Katy*, *Guagua*, *Muki* y *Chico*... «Los muchos perros que ladraron en las horas de nuestras vidas –recuerda de nuevo Aitana– supieron ser, entre otras cosas, prendas de amor, heraldos de la infancia, antídotos contra la soledad»^[77].

Pero *Niebla* era, en efecto, un animal casi humano que acabó convertido en una víctima más de aquella guerra implacable que no tuvo clemencia con nadie ni con

nada, ni siquiera con un perro que encarnaba la imagen de la pura inocencia. Aquel perro ovejero irlandés, grande y enmarañado, fue un regalo de Pablo Neruda que María Teresa acogió con toda la ternura, como a un niño desvalido. «Aquel perro era la estampa de la gratitud —confesaba nuestra escritora—. Agradecía que le hubiésemos abierto la puerta y, después de recibirle con Neruda, hubiésemos acogido a aquel amigo peludo y serio que llegaba con la pata partida. Le llamamos *Niebla*. Venía de la niebla de una de esas noches españolas de disparos y

angustia. No eran aún días de guerra, pero a Rafael lo habían amenazado de muerte, y ya habían atentado contra algunos políticos, entre ellos, el doctor Luis Jiménez de Asúa. Aceptamos el perro como a un camarada herido sobre el que hay que tender una red de embustes para protegerlo si preguntan por él en la puerta. ¡Cuánto le dolió aquella pata, al poner sobre ella la mano aquel veterinario jorobadito, tan pequeño! [...] El perro fue para nosotros una maravilla viviente. Por fin, algo no estático e inmóvil estaba en la casa. [...] Nos lo había traído la niebla de la noche y de la

mano de un poeta. Herido por un camión de guardias de asalto, ¿no te dijeron eso, Pablo? ¡Pobre! Es una víctima de la represión. ¡Qué hermosos los ojitos entre la lana! Lo tengo hoy aún aquí, bajo mi mano. “*Niebla*, tú no comprendes.” Sí, no comprendes nuestra ternura que viene de tan lejos y la hemos ido traspasando a todos los perros que se acercaron a nuestra vida. ¡Cómo cojeabas! Nos enseñabas la pata, gemías para ablandarnos, para que te acariciásemos la cabeza de crisantemo pálido y greñado. ¡Cuánto nos querías!

¡Cuánto te quisimos!»[78]

Después de narrar los detalles de la llegada de *Niebla*, María Teresa León recuerda aquellos últimos días en la casa de Marqués de Urquijo 45 y el golpe militar del 18 de julio de 1936, cuando ella y Rafael se encontraban en Ibiza. Fue la madre de la escritora quien cuidaba de la casa y del animal, quien en un momento de angustia, al escuchar el rumor de que los franquistas habían fusilado a Alberti y a su hija, de los que llevaba semanas sin tener noticias, regaló la perra al muchacho que

recogía la basura. «Sí, la regaló – se lamentaba la autora de *Juego limpio*–. Cuando regresamos, la *Niebla* no salió a nuestro encuentro. Vi la cara pálida de mi madre. ¿Se ha muerto la *Niebla*? No, pero el chico del basurero... Me la pidió, sabes... y ahora no quiere devolverla si no lo recomendáis para que entre en las Juventudes Comunistas». Y eso fue lo que hicieron los escritores, facilitarle al joven el carnet del partido a fin de que éste les devolviera al entrañable animal, aunque fuese en el lamentable estado en que se encontraba.

«¡Cuánto se había oscurecido! – exclamaba la dueña–. Venía sucia y andrajosa de andar debajo de un carro, del carro pobretón de la basura, pero nos perdonaba, perdonaba todo y nosotros le besamos la cabeza sucia y maloliente, explicándole con un suspiro: *Niebla*, es la guerra... Más tarde, la *Niebla* vio de cerca la guerra. La artillería zumbaba a lo lejos y el Palacio del Pardo recibía al Estado Mayor de las Brigadas Internacionales. Allá fuimos a vivir. La *Niebla* acorraló un día a un ciervo huido, desorientado por los bombardeos.

La *Niebla* estaba junto a Rafael el día que una bala perdida se clavó en el tronco del árbol, a la altura de su cabeza, mientras escribía versos para las bocas rabiosas de los combatientes. Luego... Luego era tan difícil comer...»^[79]

María Teresa llegó a afirmar en sus memorias que la historia de *Niebla* era como su propia historia, como la historia de España, el símbolo de una despedida, de un adiós y de una derrota. Así lo vio la escritora cuando se llevaron al animal de Madrid, huyendo de los bombardeos, junto a su madre, su

abuela, su tía Concha y dos muchachas de compañía, Meli y Victorina, a las que siempre recordó. Se instalaron en Castellón, en una casa con jardín, cerca del Mediterráneo. Y allí *Niebla* fue la reina. «Cansada de tanto oír hablar de lo poco que se comía —continúa la escritora con el relato—, robó un gran trozo de carne en no sé dónde, depositándolo a los pies de mi madre. Toma, tonta, siempre diciendo que no hay nada que comer. ¡*Niebla, Niebla*, espejo de virtudes, amor limpio, ternura vigilante! ¡Qué mal debes pensar tú de los hombres en tu cielo de

felicidad! Sí, *Niebla*, sí, pero los hombres se mataban, se destruían hasta el mismo borde del jardín florido donde tú ladrabas. La guerra arremetió contra el mar, levantó las mesas y tiró los manteles y vertió la sal, y el aceite y el azúcar... La guerra dispersó a los niños que jugaban y a las mujeres que preparaban la comida. Huyeron las que cantaban en la fuente. Todo lo que tú no hubieras hecho jamás lo hacían ellos, se clavaban los dientes, se mordían la carne, la desgarraban...»^[80]

María Teresa acaba el relato

de *Niebla* con una narración vertiginosa que nos involucra en la historia valiéndose de un ritmo magistral. Describe la angustiosa y precipitada huida de la casa, ante la inminente llegada de las tropas nacionales, en un vehículo en el que a duras penas pudo subir su madre, su abuela y algunas vecinas abrazadas a sus hijos, olvidando al más pequeño en la angustiosa escapada hacia Valencia. Y en tales circunstancias, ¿quién iba a reparar en un simple perro como aquél? «Pensaste: van de excursión. Me llevarán. Pero, no, te abandonan por la vida huyendo de la muerte.

Llegó un camión. Se llenó de mujeres aterradas y tú corriste detrás de él con toda tu maravillosa juventud, con toda tu alegría, con toda tu fuerza, porque creíste que te pedían que jugases... ¡Más, un poquito más, *Niebla!* Se te atragantó el aire, jadeaste. ¡Resiste! Es tan difícil correr detrás de un camión, en una carretera donde todo huye... ¡Resiste! ¡Cómo ayudarte si los niños se quedan abandonados y la madre grita que ha olvidado, con el miedo, al más chico en la cama! ¡Resiste! Todo huye, se lamenta y llora. Tú corres, jadeas... ¡Resiste! Eso le pedían al

pobre pueblo español: ¡Resiste!
¿Cómo? No sé, *Niebla*, en qué
momento tus cuatro patitas se
doblaron y te quedaste tendida en
la cuneta, con la lengua de clavel
fuera... ¡Cómo son los hombres!,
pensarías oscuramente, y te
envolviste en tu piel gris de plata,
descorazonada de los hombres para
siempre»^[81].

Esa última imagen de *Niebla*
vencida, exhausta, el final del
camino, anunciaba también el final
de una derrota de incalculables
consecuencias. Pero lo que María
Teresa no podía imaginar eran las

luchas internas y las depuraciones que esos días finales se iban a producir dentro de las propias fuerzas republicanas. La autoridad de Juan Negrín, primer responsable del Gobierno, había caído en el descrédito y nadie se sentía gobernado ni obligado por orden alguno. Las urgentes disposiciones y los nombramientos de nuevos jefes militares que aparecieron publicados el 2 de marzo en el *Diario* del Ministerio de Defensa fueron tomados como una auténtica provocación por parte de los mandos afectados y de todos los dirigentes de las organizaciones del

Frente Popular. Se trataba, al parecer, de medidas acordadas ingenuamente por Negrín al dictado del buró político, siguiendo órdenes de Togliatti y Stepanov; órdenes que habían salido previamente de Moscú y que no tenían otra finalidad que desencadenar una sublevación de todas las fuerzas políticas y militares de izquierda contra el Gobierno y el Partido Comunista. Aquella última maniobra soviética pretendía acabar con la mínima unidad que sostenía al bando republicano y su efecto fue tan inmediato que, apenas tres días

después de los citados nombramientos, la Junta encabezada por el coronel Casado, jefe del ejército del Centro, que contaba con el apoyo de militares, socialistas, republicanos, sindicalistas y anarquistas, se sublevaba contra Negrín y los miembros del Partido Comunista.

Antes de que esto sucediera, María Teresa fue testigo a finales de febrero de la desbandada y del caos que imperaba a su alrededor. Más que defender ya lo indefendible, lo que ocupaba el pensamiento de cualquier intelectual o soldado era asegurar

la propia vida y buscar soluciones tan inmediatas como el exilio o el asilo político en alguna embajada. El matrimonio de escritores se había trasladado a la vivienda del arquitecto Luis Gutiérrez Soto, requisada durante la guerra, y que estaba situada en la madrileña calle de Velázquez. Allí llevaron todas sus pertenencias, las que habían conservado después de casi tres años de contienda, entre ellas, su biblioteca y algunos cuadros de gran valor que habían sido regalados personalmente a María Teresa (obras de Solana, Zuloaga y Domínguez Bécquer) y varias

esculturas de Alberto Sánchez. Comenta Inmaculada de la Fuente al respecto que «León ayudó también a las hermanas de José Gutiérrez Solana a rescatar numerosos cuadros del pintor guardados en un piso abandonado al que no se atrevían a entrar por miedo a los bombardeos. Resuelta, León se ofreció a ir, y en una camioneta se trajo todo lo que pudo. Agradecidas, las hermanas del pintor se empeñaron en regalarle un cuadro, probablemente *Mujeres vistiéndose* o *Las casas del arrabal*»^[82].

Todo lo perderían al cabo de unas semanas, en cuanto se confirmó el final de la guerra y tuvieron que abandonar apresuradamente Madrid.

Los días previos a su salida hacia el doloroso exilio son bastante confusos. La razón aconsejaba abandonar España cuanto antes, ya que el nombre de María Teresa, como el de Alberti, dada su relevancia ideológica, sería de los primeros en aparecer en la lista de represaliados. Quedaba también la opción de refugiarse en una embajada, especialmente la chilena, cuyo

responsable en aquellos momentos era un viejo conocido del matrimonio: Carlos Morla Lynch. Se contaban por decenas los amigos que habían solicitado ya asilo diplomático en la citada embajada de la calle del Prado, entre ellos, Antonio Hermosilla, director de *El Liberal*, Antonio de Lezama, redactor del mismo diario, o el escritor Pablo de la Fuente. El problema que se planteaba entonces era la falta de garantías que podía ofrecer en aquellas circunstancias una embajada como aquélla. Partimos del dato de que el Gobierno de Chile no estaba

dispuesto a crearse problemas con el nuevo régimen político español y mucho menos por causa del asilo diplomático. Esto provocaría medidas muy restrictivas del Ministerio chileno de Relaciones Exteriores, reduciendo a lo meramente imprescindible el número de personas que pudieran ser acogidas en la sede de su Embajada. Pero había otro argumento que Morla repetía esos días de modo incansable a cuantos solicitaban asilo en sus dependencias: «Si el Gobierno de Chile, a la caída de Madrid —que aún no se había producido—, no

reconocía inmediatamente al Gobierno de los vencedores, el asilo otorgado resultaría nulo, aún más, constituiría un mayor peligro»^[83]. Este hecho no llegó a producirse hasta el 20 de abril de 1939, fecha en que Enrique Fajardo, el nuevo encargado de Negocios de Chile ante el Gobierno franquista, remite un listado con sólo diecisiete personas acogidas al Ministerio de Relaciones Exteriores de su país. Pero en el momento en que Morla Lynch va a visitar a los Alberti para proponerles una salida, aquel

26 de febrero de 1939, la incertidumbre era total. «La escena fue ésta –leemos en la página 479 de *Memoria de la melancolía*–: Carlos Morla, cariñoso y casi balbuciente, nos había insistido: la guerra ha terminado. Ya los ingleses han tomado contacto con los dos campos para hacer la paz. Es necesario, para terminar con la tensión internacional, concluir con la guerra de España. Figuraos lo que yo lo siento, pero es así. Mi gobierno os ofrece asilo... [...] Carlos Morla hizo lo imposible por convencernos. Era el final. ¿Comprendéis? No. Cuando se

despidió de nosotros repitió: Ya lo sabéis, mi gobierno... Gracias, gracias por la limosna, murmuramos. Nos abrazó. No entendía bien por qué nosotros rechazábamos su ayuda. Puede que sintiese piedad, estaba conmovido, conmovido sobre sí mismo porque a él también se le cerraban los años claros de la amistad perfecta con aquel grupo luminoso de escritores y artistas de España. Ya Bebé Morla no abriría su salón de hermosa mujer inteligente para que Federico leyese una obra suya o cantase o riese; [...] Cuando aquella mañana Carlos Morla llegó

a nuestra casa de la calle Velázquez, el encargado de borrar de las pizarras de la vida las horas hermosas de los hombres, había pasado su mano inexorable sobre varios años del más feliz momento de la inteligencia española»^[84].

El diplomático chileno no logró convencer a los escritores amigos, pero sí recibió de Alberti una lista de personas recomendadas, compañeros de la Alianza durante esos años, en la que aparecía el nombre de Joaquín Miñana y de Antonio Aparicio, pero no, curiosamente, el de

Miguel Hernández, que había visitado en esas fechas la embajada chilena con las mismas dudas sobre su destino. Corrían los últimos días de febrero y cualquier decisión tomada a tiempo podía significar la salvación o la condena. María Teresa lo sabía muy bien y nunca borró de su memoria el encuentro final con el poeta de Orihuela en aquel Madrid oscuro y abatido, abrazándolo por última vez y tratando de limar asperezas por el episodio vivido hacía pocos días. «Recuerdo que Miguel Hernández apenas contestó a nuestro abrazo cuando nos separamos en Madrid.

Le habíamos llamado para explicarle nuestra conversación con Carlos Morla, encargado de negocios de Chile. Miguel se ensombreció al oírlo, acentuó su cara cerrada y respondió: Yo no me refugiaré jamás en una embajada. [...] ¿Y vosotros?, nos preguntó. Nosotros tampoco nos asilaremos. Nos vamos a Elda con Hidalgo de Cisneros. Miguel dio un portazo y desapareció»^[85].

María Teresa y Alberti, en efecto, salieron en un coche rumbo a Elda la mañana del 27 de febrero de 1939. De ello daba cuenta en

sus notas privadas, con cierto reproche, el diplomático Carlos Morla apenas un día después: «Ha venido a verme esta mañana el poeta chileno comunista Juvencio Valle, acompañado de Miguel Hernández [...]. El peligro en que se encuentra es grande y viene a pedirme “asilo” [...]. Querría salir de España [...]. Me cuentan que Alberti, María Teresa León y Santiago Ontañón han salido ya, sin acordarse de él [de Miguel Hernández]. Así es la vida»^[86].

No sabemos hasta qué punto las rencillas personales pasaron

factura al poeta de Orihuela en momentos tan peligrosos y determinantes como aquéllos, pero mientras su vida se debatía entre la huida o el asilo político en una embajada, nuestra escritora y Alberti lograban llegar a la localidad alicantina de Elda, donde Juan Negrín había reunido a su Gobierno, concretamente en la finca El Poblet, conocida como «Posición Yuste». Tal y como cuenta María Teresa, fue el jefe de la aviación republicana Ignacio Hidalgo de Cisneros quien les informó de la necesidad de abandonar Madrid y les facilitó los

medios para viajar a posiciones más seguras y estratégicas. Cisneros conocía mejor que nadie la situación que se avecinaba. El día 2 de marzo se había entrevistado personalmente con Casado en el despacho del general Miaja y estaba al corriente del levantamiento que el coronel de la Junta podía organizar de un momento a otro. En Elda sólo cabía esperar a que el frente republicano se fragmentara del todo. Allí se encontraría María Teresa León con un buen número de dirigentes comunistas (Dolores Ibárruri, Irene Falcón, Pedro Checa, Tagüeña,

Palmiro Togliatti, Fernández Osorio, Manuel Delicado...), con el doctor Negrín y con militares, ministros y subsecretarios también comunistas como Vicente Uribe, José Moix, Antonio Cordón, Álvarez del Vayo, Modesto y Enrique Lister. La situación era tensa, aunque el historiador Hugh Thomas se permite comentar, con marcada ironía, que *Pasionaria*, Lister y Modesto se encontraban «en una espléndida casa de campo arreglada como hotel por el poeta Alberti y su mujer, María Teresa León. Reinaba la indecisión — continúa—, en un ambiente

curiosamente irreal. Se sirvieron excelentes comidas. Los miembros del Comité Central y los comisarios se paseaban como huéspedes de fin de semana en una casa de campo, sin saber a qué dedicarse. Alberti caminaba tristemente bajo los árboles»^[87]. El final ya es conocido. El coronel Casado se sublevó el día 5 de marzo. Negrín se puso en contacto con los jefes militares de los diferentes frentes para hacer fracasar el golpe casadista; hizo incluso gestiones para llegar a un acuerdo entre el Gobierno y la

Junta con el fin de evitar una absurda lucha fratricida entre republicanos; pero Casado, como única respuesta a los desesperados mensajes del doctor Negrín, ordenó su detención inmediata y la de todos los miembros del buró político del PC. Los hechos se agravaron el 6 de marzo, cuando, en pocas horas, la Flota Republicana huyó de Cartagena al puerto tunecino de Bizerta privando a la República de vitales medios de evacuación. Para entonces, como relata Irene Falcón, «Hidalgo de Cisneros ya tenía los aviones listos en el aeródromo militar de

Monóvar (*posición Dakar*), desde el que avisaban que si los aparatos permanecían allí más tiempo caerían en manos de los sublevados casadistas»^[88]. Se trataba de dos *Douglas* y un *Dragón*. En el primero de ellos salió Pasionaria con Stepanov, Jesús Monzón y el diputado francés Jean Catelas. A continuación despegó un segundo avión pilotado por el propio Hidalgo de Cisneros donde viajaba Juan Negrín y parte de su Gobierno. Hacia las cuatro de la madrugada del día 7 de marzo, Rafael Alberti y María Teresa

despegaban a bordo de un *Dragón* en compañía de Núñez Mazas, ministro del Aire, de Antonio Cerdón, titular de Guerra, y de los dos pilotos, camino de Orán.

«¡Qué poca tierra nos quedaba y cuántos continentes íbamos a tener que caminar los españoles leales! —exclamaba nuestra autora—. Eran los últimos latidos del corazón de España. [...] ¡Noches últimas de España! ¡Cuántas veces no hemos hablado de ellas? ¿Te acuerdas? [...] Sí, sí recuerdo aquellos últimos días radiantes cuando se iban desmoronando nuestros sueños, cuando Ignacio

sonreía aún, cuando Rafael hacía planes de cómo llegar a pie hasta el Pirineo, y cómo asentía yo: sí, sí, porque estaba dispuesta a que nuestra vida quedara unida hasta la muerte. ¿Y recuerdas que salimos juntos de España en un avioncito pequeño y rojo? Sí, sí...»^[89]

Con los versos de Quevedo en los labios –*Miré los muros de la patria mía, / si un tiempo fuertes, ya desmoronados...*^[90]–, María Teresa recuerda en sus memorias el momento en que la avioneta despegaba del improvisado aeródromo de Elda, en plena

noche, y dejaba adivinar, en el horizonte de aquellas tierras, la silueta de la sierra alicantina de Aitana. Aquella imagen, descubierta por el matrimonio en el verano de 1936, camino de Ibiza, cuando la guerra no era ni siquiera un temor, sería la última que la escritora se llevaría de España. Tampoco entonces podía sospechar que dos años más tarde nacería en Buenos Aires la hija que ella y Rafael tanto deseaban, y que ésta llevaría el nombre de Aitana. «Los montes que tú has visto son los últimos –escribía María Teresa en 1971–, la última carne de España

que nosotros vimos. No habrán cambiado, porque la tierra cumple edades con mucho menos apresuramiento que nosotros»^[91].

De este modo, la autora de *Contra viento y marea*, dejando atrás «los azules de España, la blanca mancha de los pueblos levantinos», emprendía un largo destierro de treinta y ocho años que se abría ante ella como un abismo de incertidumbre, de desesperanza y de miedo. «Bienaventurados lo que os llevasteis a costas la dulce carga del recuerdo de España, los que salvasteis la palabra más alta

de nuestro idioma, esa que tantas penas costó siempre a los que hablamos español, por la que el español ha muerto tantas veces, esa ¡Libertad! que no alcanzaremos nunca»[92].

V. PRIMER EXILIO.
ARGENTINA (1940-
1963)

PARÍS, PRELUDIO DEL
DESTIERRO

Afirma Antonina Rodrigo en su libro *Mujeres para la Historia* que el vuelo en el *Dragón rojo* —«tenía la gasolina suficiente para no estrellarse en el suelo»— fue una

aventura y que sus pasajeros aterrizaron por casualidad en el aeródromo militar de Orán. María Teresa hablaba, al parecer, sin tregua, presa de la ansiedad y la desesperación por verse en el destierro, víctima del cainismo español, de los que desenvainan la espada contra la inteligencia. Las palabras que recoge sobre este asunto en sus memorias son la prueba de que los intelectuales republicanos vivieron el alzamiento militar del 36 como un verdadero asalto a la razón. Así lo recuerda también Luis García Montero, quien afirma que «la barbarie escogía el

camino de las armas para arruinar las pequeñas conquistas asentadas tras dos alteradísimos siglos de esfuerzo ilustrado»^[1] . Con parecidas palabras, nuestra escritora escribía: «¿Cuándo terminará esa horrible manera de tener razón? Ellos son los que durante siglos han negado al pueblo el derecho a enterarse de por qué y por quién se muere, sacando así provecho de su ignorancia, dejándolo envuelto en sus andrajos, para mejor despreciar lo que ignoran. España ha sido siempre como una plaza partida en sol y

sombra»[2] .

Allí, en el aeropuerto de Orán, nada más bajar del avión, las autoridades comprobaron que María Teresa iba armada: «me señalaron la cintura: Señora, su pistola. La entregué, con una pequeña melancolía, mordiéndome los labios. Serví de intérprete: Ese señor es el general Antonio Cordón, ministro de Guerra, y este otro, es el señor Núñez Mazas, ministro del Aire. Aquél es un poeta y yo... una miliciana»[3] .

La escritora riojana recuerda que les hicieron esperar y que les

avisaron de la llegada de otro avión procedente también de tierras alicantinas. Las autoridades del aeródromo se habían movilizado. Llegaban, entre otras personalidades, Dolores Ibárruri, *Pasionaria*, y su secretaria Irene Falcón. La expectación era grande incluso entre los soldados franceses. María Teresa describe el momento subrayando la admiración que despertaba en ella la dirigente comunista: «Al mirarla, sí que los ojos se me llenaron de lágrimas. Todo lo que había fabricado por dentro para sostenerme, toda la geografía española que me había

inventado durante el vuelo del avioncito, se me fue de la cabeza ante Dolores y me senté en un rincón para que no me viera flaquear. Sentí pena y me avergoncé de sentirla. Dolores miraba todo con la misma serenidad de siempre, dándonos una lección de cómo se lleva la cabeza alta. Yo deseé en aquel instante la respuesta de cómo se resiste altivamente las miradas ajenas. Dolores estaba segura de representar algo que jamás podría ser vencido ni aniquilado: nuestro pueblo, y Dolores era ya un momento de su historia. El

diputado francés que llegó con ella y otros camaradas parecían borrados detrás de aquel símbolo. El oficial que estaba cerca de mí me dijo confidencialmente: Un poco de paciencia. La orden no puede tardar. Ha llegado *votre Pasionaria*. Los soldados parecían preguntarse: ¿Y esta mujer, tan bien plantada, es la famosa Pasionaria? Se habían topado con una leyenda y abrían la boca ante la verdad. La leyenda de Dolores Ibárruri estaba, como el día, dividida en luz y sombra. Unos la negaban, convirtiéndola en el monstruo que aparecía por la noche con su chal

negro terciado y un cuchillo afiladísimo entre los dientes, con el que sacaba los ojos a los curas. Otros la veían luminosa, gritando verdades a los cuatro vientos, reuniendo, como algunas madonas italianas, las multitudes bajo su manto. Nunca se le concedió a ninguna mujer de nuestro tiempo actual nada parecido. España, país de pobreza, país de milagros, fabricó su milagro revolucionario matriarcalmente para dar confianza a todos»^[4] .

Tras ser retenidos por las autoridades aeroportuarias en

Orán, gracias a la intervención del diputado francés Jean Joseph Catelas pudieron tomar un barco y viajar hacia el puerto francés de Marsella. Allí les esperaban unos amigos del poeta y camarada Louis Aragon, a quien María Teresa había telegrafiado desde la ciudad argelina para solicitar su ayuda. Advertidos, pues, de su llegada, varios miembros del Partido Comunista Francés les recogieron en un coche y, tras dar varias vueltas para disimular el destino y despistar a quien pudiera seguirles, los llevaron a una casa tranquila donde pasaron la noche. Iban con la

advertencia de no permanecer en Marsella más de veinticuatro horas ya que corrían el riesgo de ser internados en un campo de refugiados y, previsiblemente, entregados a las autoridades franquistas.

A la mañana siguiente cogieron un tren hacia París en compañía de Núñez Mazas. Tomaron la línea y el servicio más caros y de más lujo (*Flèche d'Argent*), ya que era el medio recomendado para viajeros sin pasaporte, sin documentación y sin equipaje. La escritora riojana recuerda que en «aquel pullman

viajaban los hombres de negocios, las señoras que habían pasado los días invernales en la Costa Azul, algunos extranjeros y nosotros. Nos divirtió durante un poco de tiempo el engañarlos. ¡Ay, si hubiesen sabido que éramos de esa banda de españoles piojosos, antifascistas que nos habíamos puesto de pie ante Hitler, ese dueño del centro de Europa que tenía sobre la mesa de su Estado Mayor la invasión de Checoslovaquia, de Hungría, de Polonia, de Francia...! Pero nadie ve los males ajenos y Francia no había puesto sus barbas a remojar

al ver nuestro destino»[5]

María Teresa confiesa en las páginas de sus recuerdos que habían apurado hasta el último franco y apenas tenían recursos para comer y tomar un taxi a la llegada a la capital francesa. Fue entonces cuando el hombre que viajaba sentado junto a ella le preguntó sigilosamente si el señor que la acompañaba era el poeta español Rafael Alberti. «Debí dejarlo un momento suspendido de mi asombro –relata la escritora–. ¿Poeta? Y pensé: Ya está: ¡la policía! Puede que tartamudeara un

poco al responderle: Sí, señor. Y el señor se puso contentísimo, me tendió la mano y se levantó a recibir a Rafael que regresaba. Me llamo fulano de tal, arquitecto y gran amigo de Louis Aragon y... de la España Republicana, claro es. Jamás me alivió más un suspiro. Fue él quien solucionó todo, el que nos invitó a comer, el que repartió cigarrillos, el que hubiera querido que el vagón no se moviese cuando, rendida, me adormecí. Al llegar a la estación de Austerlitz el arquitecto francés acentuó aún más su gentileza: El coche me está esperando. ¿Dónde los puedo

dejar? ¡Fantástico! Íbamos a entrar en París en automóvil particular. Pero otros amigos nos esperaban. Gracias, gracias, gracias»^[6].

No faltarían amigos que los acogieran al llegar a la capital, pero conmueve leer en *Memoria de la melancolía* el recuerdo que en 1969, en plena redacción del libro, dedicaba María Teresa a quienes hicieron posible aquella huida hacia París en tan penosas y delicadas circunstancias: «¡Ay, cuántos años he tardado en dar verdaderamente las gracias al arquitecto francés y a los amigos de

Marsella y a los marineros y fogoneros del barco que hace la carrera Orán-Marsella y a los soldados de la base militar de Orán! ¡Treinta años! ¡Vaya por Dios!»^[7]

Una vez en París, fueron acogidos por el crítico de cine Georges Sadoul y su nueva esposa Jacqueline, que habían trabajado para la embajada Española como enlaces entre el PCF y su aparato mediático. Se habían conocido a través de Louis Aragón o de Luis Buñuel en una de las numerosas visitas que el matrimonio francés

había realizado a España. El último encuentro con Sadoul tuvo lugar en el otoño de 1934, compartiendo juegos y diabluras literarias con los viejos amigos de la Residencia de Estudiantes. Hicieron una excursión a Toledo, evocando los gloriosos tiempos de la «Orden de Toledo», cofradía surreal, cervantina y ética, creada por Buñuel y de la que formaron parte, además de sus fundadores (Francisco y Federico García Lorca, Rafael Sánchez Ventura, Pedro Garfias, Augusto Centeno, José Uzelay y Ernestina González), Pepín Bello, que ejercía de secretario, y los denominados

«caballeros» Alberti, Urgoiti, Dalí, José María Hinojosa, María Teresa León, Hernando Viñes y la esposa de Buñuel, Jeanne. El mencionado Georges Sadoul, junto a Élie Lotar, Ana M.^a Custodio y Roger Désormière, formaron parte de los llamados «escuderos».

La estancia en casa de los Sadoul fue breve, aunque lo suficientemente productiva como para reflexionar con calma sobre la nueva situación, los problemas y los peligros que acechaban a la pareja española. «Cuando llegué a París –comenta Alberti– mi estado espiritual era negro, desesperado.

El final de nuestra guerra, con la insurrección, en Madrid, del coronel Segismundo Casado, me había hundido en el mayor desánimo, apoderándose de nosotros, los recién exiliados españoles, el túnel de la más tremenda incertidumbre»^[8] . Con estas palabras, el autor de *Sobre los ángeles* estaba describiendo la situación angustiosa que se abría para el matrimonio en un presente hostil, en un país probablemente de paso que mostraba el rostro de la indiferencia y de la hipocresía; una situación dramática de vida

fugitiva, acosada por la policía, ahora francesa, en un clima de sospecha y de control; vida en permanente alerta, como dejan entender los primeros versos de *Vida bilingüe de un refugiado español en Francia*, libro publicado en 1942 pero escrito por Alberti durante los turbulentos días de 1939 en París:

Me despierto. París.

¿Es que vivo,
es que he muerto?

Mais non...

C'est la police.

Por su parte, María Teresa animaba a todos los exiliados a llevar con dignidad su nueva condición: «Contad vuestras angustias del destierro. No tengáis vergüenza. Todos las llevamos dentro. [...] Contad vuestras noches sin sueño cuando ibais empujados, cercados, muertos de angustia. Habéis pertenecido al mayor éxodo del siglo xx. Ha llegado el momento de no tener vergüenza de los piojos que sacábamos entre el pelo ni de la sarna que nos comía la piel ni de la avitaminosis que nos obligaba a

rascarnos vergonzosos en el cine. Nos habían sacrificado. Éramos la España del vestido roto y la cabeza alta. Nos rascábamos tres años de hambre y buscábamos una tabla para sobrevivir al naufragio. Contad cada uno el hallazgo de vuestra tabla y el naufragio. [...] Sí, desterrados de España, contad, contad lo que nunca dijeron los periódicos, decid vuestras angustias y lo horrorosa que fue la suerte que os echaron encima. Que recuerden los que olvidaron»^[9] .

Pero no era tiempo aún para olvidar o recordar, sino para

sobrevivir en un país extraño donde el peligro de una detención podía acabar con cualquier soplo de esperanza. Y lo primero que trataron de hallar fue un trabajo para cubrir el sustento y hacerse con la documentación necesaria para no acabar deportados o en un campo de concentración. Eran muchas y terribles las noticias que les llegaban de los españoles represaliados, de los que no lograron huir a tiempo y de los que, ya en Francia, se consumían en campos de trabajo. María Teresa dedica páginas y páginas a los que corrieron peor suerte, acaso para

aliviar de pesadillas aquellas primeras noches en París en las que el rostro de Miguel Hernández, encarcelado esa primavera, o la imagen del *Stanbrook*^[10] zarpando desde el puerto de Alicante con 3.000 refugiados pero dejando en tierra a cerca de 15.000 infelices, se cruzaban en su cabeza con obsesiva aflicción.

«El fin de nuestra guerra fue tan espantoso como esas tragedias colectivas que luego ocupan su lugar en la escena. Pensad en los miles y miles de seres que se acercaron en Alicante hasta la

orilla del mar convencidos de que no iban a ser abandonados por los países democráticos, convencidos de que llegarían los barcos que no llegaron nunca. Pensad en los suicidios de la desesperación. En la agonía de los que se tiraban al agua para alcanzar la lancha del barco inglés que llegó con la orden de no recoger estrictamente nada más que a los miembros de la Junta de Defensa de Madrid. ¿Y los otros? [...] Comenzó por toda España la caza del hereje, del masón, del comunista, del soldado republicano, del que no estaba casado por la iglesia, del que leía

libros prohibidos, del que expresaba su descontento hasta por escrito... ¿Cómo fiarse de esta gente que ha combatido a Dios?, decían las viejas. No servía ningún argumento. Dios únicamente está con Franco, le contestaron a una amiga mía que tenía sus hijos en ambos campos. Y es que el frenesí español no se parece a ningún otro»^[11].

María Teresa León no hacía más que constatar lo que ensayistas e historiadores confirmarían más tarde con datos precisos: que el final de la Guerra Civil española,

como afirma la profesora Eva Soler Sasera, no sólo supuso «la represión directa o indirecta de aquella parte del país que había respaldado el régimen democrático de la Segunda República o que, al menos, había luchado contra el avance del franquismo, sino también el comienzo del exilio de más de 160.000 españoles entre los que se encontraban lo más y lo mejor de científicos, profesores, escritores, artistas..., que en su gran mayoría habían permanecido al lado de la República»^[12] .

EL MUELLE DEL RELOJ

Frente a la desesperación del exiliado, la primera reacción de la escritora fue buscar trabajo o gestionar la publicación de alguna obra que les facilitara un adelanto económico. Y sin duda lo intentó. María Teresa tenía prácticamente acabada una novela titulada *Contra viento y marea*, fusión de dos relatos que transcurrían en diferentes espacios y en distinto tiempo. La primera parte,

ambientada en Cuba, narraba la lucha revolucionaria contra el poder económico de Norteamérica, y era fruto de sus experiencias durante su estancia en La Habana en 1935. La segunda parte se centraba en la Guerra Civil española y en la visión particular de una escritora que ha protagonizado la acción y ha vivido cada uno de los acontecimientos que se describen. Como ella misma reconoce, intentó publicarla en una editorial francesa durante aquellos meses de 1939 para aliviar la situación que padecían, pero el problema de España —eso le dijeron—, no importaba a nadie:

«Hubiéramos querido escupir sangre a la cara del que nos estaba contestando: “Las cuestiones de España no interesan, señora.” Eso lo repitieron muchas veces a ministros y a generales y a profesores y... a mí, poco después de salir de España. [...] Mi novela se llamaba *Contra viento y marea*. Creo que fue la primera que se escribió, pues el año 1939 estaba terminada [...], comenzaba su relato en la isla de Cuba. Dos de sus personajes llegaban a España desde la Isla, porque yo repetía siempre: ahora no son episodios nacionales los que hay que escribir, porque son

internacionales, porque el mundo entero participará en el horror que se está avecinando, aunque los franceses no crean que la experiencia española debían hacerla suya y no deben pensar que somos un pueblo incivil que pisa sus cuidados campos del sur con las sucias alpargatas rotas. Pero la verdad es que aquellos valientes de las alpargatas rotas, desarmados y perdidos en su sueño deshecho, iban a dar a Francia, más tarde, el núcleo principal de la primera resistencia. Pero... las cuestiones de España no interesan, señora»^[13] .

No interesaba el drama español y hasta había quien negaba la brutal represión que se estaba ejerciendo contra los vencidos al otro lado de los Pirineos. «Aún había incrédulos que meneaban la cabeza —clamaba la escritora—: Eso no es posible. Pero lo era. La represión más brutal conocida se extendía por España. ¿Será verdad que hay más de trescientas cárceles, que más de veinte mil mujeres están detenidas, que los campos de concentración son como rediles de ovejas sobre las que se dispara sin aviso? Comenzaban a llegar las noticias de la violencia

horrible, de la venganza como ni la imaginación la pensó nunca. Las cuestiones de España no interesan, señora. El mariscal Pétain, embajador de Francia en Madrid, cerraba los ojos y estrechaba la mano del general Franco charlando de los problemas coloniales africanos, de los que ambos conservaban tantos recuerdos. [...] Era el momento en que todos los gobiernos de Europa se vendían por una paz falsa, cambiando mentiras y engaños en la bolsa internacional. Era muy sencillo cerrar los ojos a lo que en España estaba sucediendo, aceptando la

farsa de la legalidad, de la tradición religiosa de la España una y eterna, de que la victoria militar se cimenta siempre sobre los muertos. Volvió a usarse el nombre de Dios para matar. En las cárceles hubo curas que abofeteaban a los condenados a muerte porque no querían confesarse. [...] La burla y la muerte. Durante años ha habido condenados a muerte hundidos en la sombra, sin derecho a la luz como en la Edad Media, aguardando como una liberación que pronunciasen su nombre y salir a morir bajo el cielo. ¡Años y años!

Condenas de años y años acumulados. [...] No podíamos dormir. Nos parecía que traicionábamos con nuestra suerte de respirar aún a tantos compañeros hundidos en la sombra de las cárceles. ¡Cuántos cientos de miles de muertos! ¡Cuántas fuerzas perdidas! ¡Cuánto dolor inútil! Y nunca una palabra de piedad dicha por nadie...»^[14]

En abril de 1939, un mes después de instalarse en París, los Alberti recibieron en la capital a Pablo Neruda y Delia del Carril. El poeta chileno venía de Montevideo,

donde había asistido como delegado de la Alianza de Intelectuales de Chile al Congreso Internacional de las Democracias, pero su misión en Francia era otra. Llegaba como cónsul especial para la inmigración española por designación del recién electo presidente chileno Pedro Aguirre Cerda. Su tarea consistía en organizar y gestionar la expatriación a Chile de los refugiados españoles, sobre todo de los detenidos en los campos de concentración del sur de Francia. Para ello contrataría un viejo barco de carga francés que habitualmente

cubría el trayecto de Marsella a las costas de África, con una tripulación no superior a los diecisiete marinos. El barco en cuestión sería el *Winnipeg* y zarparía, como así veremos, la mañana del 4 de agosto de 1939 con más de 2.000 españoles a bordo. Tras un mes de navegación, llegó a Valparaíso el 3 de septiembre.

Para tal fin, a su llegada a la capital francesa, a Neruda se le designa una pequeña oficina en la Embajada de Chile en la calle Motte-Picquet, 2. Su puesto natural hubiera sido un despacho en el

consulado chileno, pero, según le informaron, allí no quedaba ninguna dependencia libre. Por otro lado, la vivienda habitual, situada a orillas del Sena, la iba a compartir con María Teresa León y Alberti. En efecto, para la pareja española, la llegada de Neruda significó un cambio de domicilio ya que ambos dejaron la casa del generoso Georges Sadoul y se instalaron con Delia y el poeta de *Residencia en la tierra* en un departamento alquilado en Quai de l'Horloge 45 (el Muelle del Reloj). Las vistas al Sena eran espléndidas desde el nuevo hogar —«veíamos deslizarse,

interminables y hogareñas, las *péniches*^[15] por las aguas turbias del gran río de Francia»^[16] –, pero el peso del destierro y la amargura que soportaban oscurecían irremediablemente la vida. Así lo reflejó el poeta gaditano en el poema «Muelle del Reloj», que pasaría a formar parte de su libro *Entre el clavel y la espada* (1939-1940), cuyas páginas recogen también las experiencias del primer año de exilio:

A través de una niebla
caporal de tabaco

miro al río de Francia
moviendo escombros
tristes, arrastrando ruinas
por el pesado verde ricino
de sus aguas.

Mis ventanas
ya no dan a los álamos y
los ríos de España.

[...]

Miro una lenta piel de toro
desollado,
sola, descuartizada,
sosteniendo cadáveres de
voces conocidas,
sombra abajo, hacia el
mar, hacia una mar sin

barcas.

Mis ventanas

ya no dan a los álamos y

los ríos de España...

La descripción que Neruda hace de la vivienda y de su privilegiada ubicación la encontramos en su libro *Confieso que he vivido*: «Llegamos a París. Tomamos un departamento con Rafael Alberti y María Teresa León, su mujer, en el Quai de L'Horloge, un barrio quieto y maravilloso. Frente a nosotros veía el Pont Neuf, la estatua de Henri IV y los pescadores que colgaban de

todas las orillas del Sena. Detrás de nosotros quedaba la plaza Dauphine, nervaliana, con olor a follaje y *restaurant*. Allí vivía el escritor francés Alejo Carpentier...»^[17]

Las amistades y las relaciones se prodigaron a partir de ese encuentro con Neruda y su entrañable compañera. La vida también suavizó visiblemente sus asperezas con aquella convivencia de los cuatro en un París hostil y diferente. Delia del Carril había llegado a la vida de Neruda por mediación precisamente de María

Teresa y Alberti. El matrimonio de escritores la pudo conocer años atrás en la capital francesa, cuando la pintora argentina acompañaba a su compatriota Victoria Ocampo, la editora de la prestigiosa revista *Sur*. El encuentro entre Pablo y Delia tuvo lugar asimismo en casa de los Alberti, en la azotea madrileña de Marqués de Urquijo, durante la primavera de 1935. El poeta chileno acababa de llegar a Madrid en calidad de cónsul y se había instalado, con su mujer de entonces, la holandesa María Antonia Hagenar, y su hija Malva Marina, en la famosa Casa de las

Flores, vivienda que los Alberti le ayudaron a encontrar en el barrio de Argüelles. La relación entre ambas parejas venía de lejos y aquellos meses de vida en común iban a propiciar momentos de singular trascendencia para los cuatro. De entrada, la sintonía entre ellos, como comenta Aitana Alberti, era total: «compartieron con los Neruda el piso del Quai de l'Horloge. Delia y mi madre solían enfadarse a muerte con Pablo por su pasmosa facilidad para invitar a cenar a treinta personas cuando solamente había cuatro filetes en la nevera. Mi madre, eximia cocinera,

conseguía multiplicar los peces y los panes a fuerza de imaginación, mientras Delia recibía a las multitudes con su más diplomática sonrisa. Después del convite, ambas mujeres se lanzaban furiosas a la calle seguidas por el marinero en tierra y el dueño del gran océano, obligados a desatar torrentes de oratoria para aplacarlas»^[18].

Según testimonio de Neruda, María Teresa y Alberti, en aquel París de 1939, las amistades que más frecuentaban eran las de Iliá Ehrenburg, Juan Negrín, Picasso,

Louis Aragon, Corpus Barga, el poeta Paul Éluard y el ya citado Alejo Carpentier, quien según el cónsul chileno era uno de los hombres más neutrales que había conocido. «No se atrevía a opinar sobre nada, ni siquiera sobre los nazis que ya se le echaban encima a París como lobos hambrientos»^[19] . Pablo Neruda prosigue en sus memorias hablando de Aragon. Al compararlo con Paul Éluard nos invita a imaginar las veladas que compartieron todos ellos con los escritores españoles: «Con Paul no me daba cuenta del

día ni de la noche que pasaba y nunca supe si tenía importancia o no lo que conversábamos. Aragon es una máquina electrónica de la inteligencia, del conocimiento, de la virulencia, de la velocidad elocuente. De la casa de Éluard siempre salí sonriendo sin saber de qué. De algunas horas con Aragon salgo agotado porque este diablo de hombre me ha obligado a pensar. Los dos han sido irresistibles y leales amigos míos y tal vez lo que más me gusta de ellos es su antagónica grandeza»^[20] .

El otro domicilio al que

acuden con animosa costumbre es la casa de Picasso. Aunque el pintor se había instalado ese mismo año en Royan, en la costa oeste francesa, seguía frecuentando la capital. Allí, la fascinación por el artista se entretejía con sus bromas o con las idas y venidas de Dora Maar, la nueva compañera de Picasso desde 1936, que cuidaba hasta el menor detalle para que las reuniones transcurrieran al gusto de todos, para que no faltara en la mesa whisky, refrescos, té o esa infusión –*Reina de los Prados*– que bebía Picasso en una gran taza por recomendación de su médico.

Próximo a aquellas amistades estaba el matrimonio de Christian Zervos y su esposa Yvonne. Él era crítico, coleccionista y editor de arte, fundador de la revista *Cahiers d'Art* (1926-1960). De origen griego pero nacionalizado francés, se había ganado un sitio entre los grandes expertos en Picasso. La relación de los Zervos con los Alberti venía de los tiempos de la Alianza, a los pocos meses de comenzar la Guerra Civil y en un Madrid bombardeado. Como relata María Teresa León, ellos fueron testigos de la gran labor que realizó la escritora en la salvación del

Tesoro Artístico: «Un día llegaron a Madrid Ivonne y Christian Zervos. Habían venido a mirar nuestro comportamiento con las obras de arte muchos expertos extranjeros, pero aquéllos eran amigos. Recuerdo que para que se dieran cuenta de la situación militar subimos con él al edificio de la Telefónica. ¿Bombardean mucho? Le contestamos con la sencillez de la costumbre: Bombardean. Zervos miraba asombrado aquel campo tan próximo del que se levantaban las nubecillas de las explosiones. Esas nubecillas blancas surgiendo de la oscuridad de las encinas ¿son la

muerte? Sí. La muerte, le contestamos. Entonces ¿todo Madrid es objetivo militar?, insistía nuestro amigo. Todo. ¿Y las obras de arte? Hemos hecho lo que hemos podido, y bajamos la cabeza humildemente»^[21] . María Teresa recordó ante Zervos y su esposa, en aquel París de su primer exilio, el interés que Christian se había tomado por aquellas colecciones magníficas que corrían el riesgo de desaparecer, el momento en que dejaron solo «al director de *Cahiers d'Art* ante los Grecos de las monjitas de Daimiel, de

Cuerva, ante el San Ildefonso de Illescas, ante la Virgen. La sala de restauraciones se había convertido en el rincón de los prodigios. Zervos se mordía los labios de gusto, en cambio, Ivonne, su mujer, se moría de hambre. ¡Cuánta hambre se pasaba en Madrid!». Sí, se pasaba hambre, pero para eso estaba la magia de nuestra escritora. «Con Yvonne recordamos —puntualiza Alberti— los extraordinarios días de Madrid y aquella estupenda y milagrosa comida que le ofreció María Teresa en nuestra Alianza cuando ya era difícil procurarse un pedazo de

pan»[22] .

Quien acogió también con verdadero afecto y enorme generosidad a María Teresa y Rafael fue Corpus Barga. El escritor madrileño se había establecido en París en 1914 como corresponsal de guerra y desde allí colaboró durante años en diarios españoles e hispanoamericanos tan señalados como *El Imparcial*, *El País*, *La Correspondencia de España*, *El Sol*, *Luz*, *Crisol*, *Revista de Occidente*, *Cruz y Raya*, *Hora de España* y *La Nación* de Buenos Aires, además

de dirigir la revista *Diablo Mundo*. Como el exiliado voluntario que siempre se consideró, se había opuesto a la dictadura de Primo de Rivera y llegó a convertirse en uno de los mayores valedores de la República. Es probable que María Teresa lo viera por primera vez en el teatro Alcázar de Madrid en febrero de 1933, recién llegada de la Unión Soviética, donde Corpus Barga impartió una sonada conferencia titulada «La República y la prensa». Se encontraron, sin duda, en el verano de 1937 en Valencia, donde ambos participaron activamente en la

organización del II Congreso Internacional de Escritores Antifascistas. Allí se supo que el autor de *La vida rota*, junto a Malraux, había participado en la compra de una flota de aviones franceses de guerra para el bando republicano. Pero lo que hechizaba y conmovía a María Teresa era escuchar una y otra vez el relato de cómo Corpus Barga, tras el derrumbamiento del frente de Cataluña, había cruzado la frontera al lado de Antonio Machado, de la madre del poeta, de su hermano José y de la esposa de éste, en una condiciones de horror y de miseria.

Con el honor y la dignidad de caminar junto a ellos, el trozo final de la frontera de Portbou tuvieron que hacerlo a pie bajo una lluvia intensa, y Corpus no dudó en llevar en brazos a la anciana madre de Machado y en conducir a la familia personalmente hasta el Hotel Bougnol-Quintana de la localidad francesa de Colliure. La historia final del poeta, que tantas veces pudo escuchar nuestra escritora apenas dos meses después de suceder, la ha recreado el periodista Manuel Vicent con una prosa clara y sugerente que aporta nuevos detalles: «En este camino

de la amargura, desde Barcelona hasta Portbou, entre la riada de españoles derrotados que arrastraban carretas con colchones y enseres de mínima subsistencia, Antonio Machado no pronunció nunca una sola queja, ninguna maldición. En las paradas, sentado con el bastón entre las piernas, hablaba de Fray Luis, de Valle-Inclán, de los clásicos latinos, recordaba historias de las tertulias en Madrid, en París, tal vez llevaba en la memoria el sol de su infancia en Sevilla, mientras las tropas de Franco bombardeaban a la gente que corría despavorida por las

cunetas, en medio de un enorme atasco de coches. A los gendarmes que les detuvieron en la frontera, Corpus les explicó quién era aquel anciano. “Es nuestro Paul Valéry”, les dijo. A continuación se encargó de agilizar los papeles con llamadas a París. Pasaron una noche en un vagón en vía muerta en la estación de Cerbère. A instancia de Corpus Barga la Embajada de la República en París quiso hacerse cargo de todos los gastos, pero Machado, en compañía de su madre y de su hermano José, prefirieron quedarse en Collioure, en una pensión donde el poeta y su madre,

una viejecita casi agonizante, tuvieron que dormir varios días en la misma cama. Murieron uno tras otro, a los pocos meses»^[23] .

Corpus Barga vivía muy cerca del último domicilio de los Alberti en París, en la rue Nôtre Dame des Champs, una calle en la que Ernest Hemingway confesaba haber sido muy feliz ya que en ella, en los años veinte, se hallaba la *Closerie des Lilas*, el café de los poetas y el lugar de visita obligada para los norteamericanos en su descubrimiento de la capital europea. «La casa de Corpus Barga

–nos cuenta María Teresa– fue para nosotros el rincón amigo que se busca desesperadamente cuando tantas cosas nos fallan. Sus ojos, tan certeros para quedarse con lo digno de mirarse o para abandonar lo superfluo, nos acompañaron durante muchos meses»^[24] . La autora de *Cuentos para soñar* recordaba de nuevo las dotes de narrador de su anfitrión, de cómo le gustaba rememorar su vida de corresponsal de guerra durante los años 14 al 17, y de cómo su esposa Marcelle Trannoy, lo miraba con embeleso mientras sus hijos

Rafaela y Andrés jugaban y crecían...

Años después, luego de vivir en Marsella y en Niza, Corpus dejó Europa y se instaló en Lima, donde dirigió la Escuela de Periodismo de la Universidad de San Marcos. María Teresa León evoca en *Memoria de la melancolía* los encuentros con él y su familia, con sus nietos ya, en las visitas que Rafael y ella realizaron a Perú durante el exilio. Pero lo que roza nuestra fibra sensible es el modo en que nuestra escritora revela su admiración, su sanísima envidia, por un impecable contador de

historias capaz de escribir, con sabiduría, con orden y método, la crónica de su propia vida. Ella se sentía un ser infinitamente pequeño al lado de Corpus, y así lo manifiesta, porque durante la redacción de su autobiografía en 1968, tuvo la oportunidad de leer al menos el primer volumen de *Los pasos contados*, libro de memorias del autor madrileño que constaba de cuatro tomos: *Mi familia. El mundo de mi infancia* (1963), *Puerilidades burguesas* (1965), *Las delicias* (1967) y *Los galgos verdugos* (1973). «¿Escribes tus memorias? –pregunta María Teresa

desde las páginas de su libro—. Sí. Y no se olvida de nada, sus recuerdos son precisos —qué envidia le tengo—, da nombres, señas, referencias. Se ha vuelto niño en este primer tomo que releo para admirarlo más, y juega y habla con su abuelo, con el cochero, con los criados y se mira en los ojos de los caballos y se descubre siempre tan pequeño que debe frotarse las manos de alegría seguro de no haber envejecido.

»Ante esto siento una gran vergüenza. Jamás hubiera Corpus Barga escrito sobre sus recuerdos: *Memoria de la melancolía*. ¡Pobre

libro mío desarreglado como
memoria de vieja! ¡Qué
desasosiego!»^[25]

Y a continuación, para simplificar la idea de que la grandeza del escritor reside en encontrar la palabra precisa, en revelar con ella el sentido verdadero de las cosas, de las emociones, María Teresa escribe, con ligeras variantes, la estrofa de un cantar popular recogido por el poeta romántico Augusto Ferrán en su libro *La Soledad*:

Que yo no sé lo que tengo

ni sé lo que a mí me pasa,
que siempre espero una
cosa
que no sé como se llama.

[26]

Corpus Barga era buen amigo de Pío Baroja, otro escritor que pasó la mayor parte de la contienda civil en París y que decidió regresar a España en junio de 1940, acusado por muchos de arrastrar una gran incoherencia ideológica y de virar finalmente hacia un conservadurismo similar al de otros compañeros de su

generación, como Azorín. Pese a sus diferencias, Corpus solía comer con el autor de *El árbol de la ciencia* en un restaurante de la calle de las Escuelas, sin embargo, la relación de María Teresa y Alberti con Baroja resultó imposible pese a que coincidieron más de una vez en la misma Gendarmería de la capital francesa para obtener la prórroga del permiso de residencia. Nuestra escritora reconoció siempre su gran aprecio por el novelista vasco, pero admitía también todo aquello que les separaba. Acerca de aquel encuentro recién acabada la guerra,

María Teresa León confiesa que «Así fue. Nos cruzamos. Casi no nos miró. Éramos las ovejas negras, aunque pensamos que en su conciencia de anarquista inconfesado debía sentir cierta amargura al no haber participado en un momento de la Historia de España que hubiera conmovido a Aviraneta». Y puede que fuera así, que Eugenio de Aviraneta, el personaje central de *Memorias de un hombre de acción* (saga barojiana escrita entre 1913 y 1935), hubiera tomado más partido que su autor en un conflicto bélico que acabó con el sueño de millones

de españoles. Ése era el pensamiento de una *miliciana* que comenzaba a sufrir los estragos del destierro y que, ante los ojos de don Pío Baroja, no despertaba excesivas simpatías; al menos eso es lo que sugiere don Pío en el capítulo XVIII de *La intuición y el estilo*. Lo que allí refiere es que al acabar la guerra de España, encontrándose en París, tuvo que renovar sus documentos de residencia. Y en ello estaba cuando «delante de mí, y dándome la espalda, había sentadas dos personas, hombre y mujer, los dos fuertes. Él, sobre todo, tenía la

espalda ancha, y ella un gabán de pieles claro y pomposo. Yo no les vi la cara. De pronto me vino la idea de que eran Alberti y María Teresa León [...] Luego, una noche que acompañé a una señora de mi hotel a la oficina de la Radio-París, me señalaron a Alberti y a María Teresa León, y vi que eran los que semanas antes estaban en la oficina de la Conserjería»^[27] .

RADIO *PARIS MONDIAL*

Eran, en efecto, Alberti y León los escritores comunistas de una República derrotada que comenzaban su otra lucha por la supervivencia en un país muy diferente al que habían conocido en años de paz. Pero la referencia de Baroja a Radio París nos facilita un dato de sumo interés ya que fue en esa emisora francesa donde María Teresa y su esposo encontraron un trabajo remunerado que les permitió

subsistir durante meses.

Diferentes fuentes^[28] coinciden en admitir que fue Picasso quien intercedió para que los dos escritores encontraran un empleo en las emisiones en español de Radio *Paris Mondial*. De nuevo el bálsamo de la amistad ponía algo de alivio en la herida del destierro; una amistad que podría extenderse también, más allá de los nombres ya citados, a Jean-Richard Bloch, Léon Moussinac, Renaud de Jouvenel des Ursins, Marcel Bataillon y Jean Cassou entre los franceses, así como a los

republicanos españoles instalados en París en aquel trance y que María Teresa o Rafael nombran en alguno de sus escritos: José María Quiroga Pla, José Bergamín, Juan Larrea, Juan Vicens de la Llave, José María Giner Pantoja y Rafael Sánchez Ventura.

La historia de aquel empleo en Radio *Paris Mondial*, emisora dependiente del antiguo Ministerio francés de Postes, Télégraphes, Téléphones (PTT), tuvo su origen — tal y como recuerda María Teresa León— en una fiesta nocturna en casa de la pintora y diseñadora americana Elizabeth Eyre de Lanux

(esposa del diplomático francés Pierre de Lanux). Nuestra escritora recuerda que en aquella reunión había otros españoles indocumentados (sin *récépissé*), algo así como polizones en barco extraño que debían evitar a toda costa a la policía francesa si no querían terminar en un campo de concentración. Sin embargo, esa noche se sentían protegidos puesto que, junto a ellos, se encontraba Albert Sarraut, ministro del Interior de Francia. Los otros invitados notables eran Pablo Picasso —«con sus ojos estupendos clavados en

los que cantaban y bailaban»^[29] – y el actor español Andrés Mejuto, compañero de María Teresa en las Guerrillas del Teatro, que estuvo más divertido que nunca. Al parecer, Mejuto se disfrazó de mujer y arrancó auténticas carcajadas interpretando viejos cuplés que hicieron exclamar a Picasso: «*Ça c'est de mon époque!*». La anfitriona, Elizabeth de Lanux, que conocía a María Teresa y Alberti de los años de la Alianza, donde sellaron amistades entrañables –«amiga fiel de los años de la guerra, una de las más

hermosas mujeres que he conocido», decía León—, no escatimó en aquella velada ni la simpatía ni el whisky ni detalles con cada uno de sus invitados. Pero lo mejor llegaría al día siguiente, cuando los españoles que habían acudido a la fiesta, por indicación del ministro, pasaron por la Prefectura para recoger, sin ningún requisito especial, el permiso de residencia (*séjour*) que les permitía permanecer legalmente en París. A continuación, María Teresa y su esposo fueron recibidos por Monsieur Fraisse, director de la Radio Nacional francesa, quien,

después de probarles la voz, les ofreció aquel mismo día el trabajo de locutores en la emisora *Paris Mondial* con la misión de traducir los partes de guerra para los países de América Latina. De este modo, la pareja pasaba a formar parte del equipo de traductores del Ministerio de Comunicaciones. Alberti recuerda que el director, M. Fraisse, «era una persona bastante joven, que había sido surrealista, que no sabía una palabra de español, pero que a pesar de estar algo acomplexado por esto era bastante afable con nosotros. Para penetrar en aquel edificio de la

radio se necesitaba un permiso especial, aún más riguroso después de estallada la guerra»^[30] . El horario era lo menos llevadero, ya que entraban a las siete de la tarde y salían a las siete de la mañana. «Pasábamos la noche en vela – afirmaba María Teresa–. Traducíamos los partes del frente. Leíamos. Hablábamos con los otros traductores. En una ocasión entró uno de lengua inglesa, que nos dijo muy afectuosamente: ¿Españoles? ¡Ah!, yo tengo muchos recuerdos de España. Fui yo quien llevó en una avioneta al gran hombre. Volamos

desde Canarias a Melilla. Fue espléndido. No comprendíamos bien. ¿Quién era el gran hombre? Franco, claro es. Perdón, señor, somos republicanos»^[31].

El anecdotario de nuestra escritora se hace infinito en *Memoria de la melancolía*. En su deliciosa narración de aquella etapa de locutores y traductores, además de los detalles que aporta, recrea el episodio en el que a Alberti le delató su militancia comunista cuando comenzó a emitir uno de aquellos partes y se dirigió a los oyentes a la voz de

«camaradas». Huelga describir el pavor que ambos sintieron al medir las consecuencias de aquella insensatez. «Figúrense ustedes que un día –decía María Teresa–, mejor, una noche de las noches interminables que pasábamos en los sótanos de *Paris Mondial* transmitiendo para América, Rafael comenzó la lectura de los partes de la guerra diciendo: Queridos camaradas de América del Sur... Yo me quedé petrificada. Rafael rectificó: Amigas y amigos. Concluyó la transmisión y lo vi entrar desconcertado y pálido. ¿Y ahora? Pues ahora pensarán que

intentabas decir algo... sabe Dios qué. Estamos en guerra. Sí, en guerra, contestó preocupadísimo.

»Salimos cuando empezaba el alba. ¡Qué pálidos íbamos hacia la rue de Notre Dame des Champs! París se despertaba y nuestra sangre iba retrasándose en las venas. No recuerdo si pudimos dormir. Hacia las 11 de la mañana un mensajero llamó a nuestra puerta. Era una carta de *Paris Mondial*. La abrimos temblando. El director nos esperaba a las cuatro de la tarde en su despacho. Ya está. Éste es el fin. ¿Dónde terminaremos? No te preocupes.

Salgamos a la calle. Tienes que decirle que “camarada” era nuestra palabra de todos los días, el pan de nuestra amistad humana. Nos reconocíamos por ella. Te quedó en los labios... No te preocupes, Rafael. Durante tres años la repetimos. Es una de las pocas hermosuras que sacamos de España. Dile que ayer, impensadamente, habló tu corazón. Tu disculpa debe ser la verdad.

»Cuando entramos casi temblando en el despacho de monsieur Fraisse, la voz del director de *Paris Mondial* era más suave que nunca. Nos elogió. Nos

dijo que las últimas traducciones, sobre todo el *Britannicus* de Racine, eran espléndidas. También elogió al grupo español. Les he llamado a ustedes para que se hagan cargo de... Pagaremos las traducciones literarias aparte. J'espere que vous êtes contents avec nous. Oui, monsieur Fraisse, tres contents»^[32] .

Las noches, hasta el amanecer, se hacían muchas veces eternas en aquel sótano. Estaba prohibido fumar. Rafael Alberti se encargaba, cuando se lo indicaba una señal, de dar lectura al noticiario que se

emitía al comienzo de cada hora. Tenían tiempo de sobra para leer o escribir, de ahí que el poeta decidiera —«no sé por qué, quizá para ejercitarme en el verso blanco», declaraba el gaditano— traducir el *Britannicus* de Racine, precisamente el año en que se conmemoraban los trescientos años del nacimiento del dramaturgo francés. De aquella idea surgió un pequeño grupo teatral formado por Andrés Mejuto, Corpus Barga, María Teresa y el propio Alberti. «Recuerdo que la noche de nuestra representación para América Latina —prosigue el autor de *Marinero en*

tierra— hubo una fuerte y ruidosa alarma aérea. Los alemanes rondaban París pero sin bombardearlo. Nuestra interpretación gustó mucho, según las cartas y mensajes que llegaron a Paris-Mondial. M. Fraisse, en recompensa, nos aumentó un poco nuestro sueldo, que era bastante exiguo. Aquella traducción yo la alternaba con algunos poemas para un nuevo libro, que lo terminaría en Buenos Aires, titulándolo al fin *Entre el clavel y la espada*»^[33].

Uno de aquellos poemas salió milagrosamente volando, una noche

de las más solitarias, desde el tercer sótano del Ministerio de Telecomunicaciones, que era donde se hallaba la emisora. «En mi estudio de la radio parisina – escribe el poeta–, poseído de no sé qué extraños impulsos, comencé a escribir una canción, cuyo comienzo era: *Se equivocó la paloma. / Se equivocaba. / Por ir al norte fue al sur. / Creyó que el trigo era agua. / Se equivocaba.* Cuando llegué al final me quedé sorprendido: *(Ella se durmió en la orilla. / Tú en la cumbre de una rama.)* No comprendía yo cómo en aquel sumergido estado de angustia

en que me hallaba me había podido salir una canción como aquélla. La leí, la releí, no hallándole ni el más remoto rastro del estado que me invadía. Era un misterio su aparición»^[34] . Un misterio ya universal que circula desde entonces por el mundo en las voces de cantantes conocidos y anónimos, y sometida, como todo símbolo, a las interpretaciones más sugerentes y peregrinas que se quieran aventurar.

En cuanto al aprovechamiento del tiempo en las largas noches de Radio *Paris Mondial*, María

Teresa no iba a la zaga de su compañero. Nuestra escritora hacía provisión de un material que pronto le serviría para futuros libros, además de corregir o ampliar otros que se podían dar por acabados, como *Contra viento y marea* y *Juego limpio*. No obstante, nos interesa especialmente el diario que con el título de «Una refugiada más en París» comenzó a escribir aquellos días de exilio francés. El hallazgo reciente de algunas de esas páginas, publicadas el 2 de octubre de 1940 en el semanario *España Democrática. Órgano del Comité Nacional de Ayuda al*

Pueblo Español de Montevideo, nos facilita las claves del estado emocional que atravesaba la autora riojana en un momento tan sensible y amargo. A lo largo del texto –que reproducimos en su integridad– es posible escuchar sus latidos, la desazón que le embarga y hasta el desgarró de su voz al denunciar lo que ve y lo que oye, las historias que llegan hasta ella desde los campos de concentración de Argelès y Saint Cyprien, su experiencia diaria con la tristeza, la desesperanza, en un país en otro tiempo amigo y luminoso, y ahora extraño, amenazante:

«He llegado con las manos vacías a Francia, como nos contaba la Tata María que entraban en el cielo los justos. Apenas si vino, enredado en los pensamientos de un árbol, una última yerba, un río.

»El 3 de marzo de 1939 mi terraza, cumpliendo la consigna de la primavera comenzaba a llenarse de tiernos brotes verdes. Junto a los geranios populares y encendidos habíamos plantado lechugas y acelgas. ¡Íbamos a tener ensalada!

»En aquella terraza se conservaba aún la historia viva de nuestra gran ilusión magnífica y

quijotesca. El último en sentarse a tomar el sol fue Paco Galán. El día antes el coronel Modesto escuchaba leer a Rafael recuerdos de su infancia marinera cuando, condiscípulos en el colegio de los jesuitas, toreaban vaquillas en los campos que mancha de humo el trenecito que va a Sanlúcar.

»Aquel día 3 de marzo, escuchando Moscú, se nos aparecieron los grandes pasteles escoltados por vasos de té en aros de plata que sella la amistad en aquellas cálidas tierras de simpatía. Sobre la chimenea del comedor, duro, antipático, como

una piedra de injuria estaba un trozo de pan de los que aviones enemigos tiraron sobre nuestra hambre. ¡Sin saber que era hambre de gloria!

»Al comenzar a irse la tarde llegó hasta nuestra puerta un diplomático a quien su oficio impidió vernos durante dos años largos. Subió 105 escalones para manifestarnos su pésame por nuestro Antonio Machado. Después, con una vacilación de pudor nos ofreció su casa...

»Y aún más. Nos aseguró que los ingleses habían decidido terminar el asunto de España. Y

aún más. Que Franco había dicho que únicamente entablaría negociaciones de paz con el coronel Casado y Miaja... y aún más. Que el coronel Casado se lo había creído.

»Mi última visión de Madrid: los comercios y los cafés medio cerrados, un inválido que grita al pasar: ¡Todavía está aquí María Teresa León! y una mano impaciente que en un muro de la calle de Velázquez había escrito PAZ...

»Camino de Elda me zumba en los oídos una frase: A mi cuñado lo fusilan en cuanto entren. A ellos

solos deo su opinión sobre los ejércitos de Franco.

»Estoy en Francia. Y los que no están viven en mí tan intensamente, tan dolorosamente que no vivo...

»6 de mayo. ¿Un centro español de cultura? Querrán ustedes decir un centro español de combate. Porque estamos incapacitados para cumplir la promesa de dejar a los muertos que entierren a los muertos. ¿Estamos muertos? No, ahora es cuando hay que sonreír: a Francia que perdió su voluntad democrática, a Chamberlain que discutía si era

objetivo militar una escuela de Valencia, al mundo entero porque Don Quijote, descalabrado, sonríe porque sólo él conoce exactamente el origen de su infortunio y la medida de sus fuerzas.

»Ha llegado Pablo Neruda. Sentí que al abrazarle lat a su corazón al par que el mío. Nos abrazamos con ESPAÑA EN EL CORAZÓN.

»Viene para llevarse a Chile esa valiente flor popular que mal vive en los campos tristes que Francia alambr , cerró, comunicó.  Y los que quedaron en Alicante, en la costa luminosa y

centelleante aguardando que una mano amiga se tendiese y tirase de ellos? ¿Y los otros, en la cárcel, en el escondite improvisado, debajo de un árbol, en una cueva? Amigos, ¡estáis en España! ¡Qué suerte la vuestra que no tenéis que sufrir la humillación, la tortura de este aire de primavera que nos llama: Apatrides, apatrides...!

»La orden, la consigna del campo de concentración es la fraternidad. Están agrupados en hormiguero y labran. Tienen algunos barracones y calles. La que va a los lugares excusados, se llama en castigo castizo y

maloliente: Daladier^[35] . Los antiguos combatientes recobran la personalidad que nunca perdieron del todo. Vuelven a un artesanado pintoresco, moralizador. “Si te quieres evadir, necesitas botas. Juan Ortega te echa media suela y tacones a precios módicos”.

»En el Quai de l’Horloge suben y bajan los amigos recuperados. Delia abre sus brazos ¡tan fraternales! Allí está también con su brillante cabeza negra, hermosa y fuerte Amparo Mom^[36] . Para esta mujer argentina la tragedia de España ha sido la

sangre de sus venas. Y con esa sencillez con la que la sangre camina por un cuerpo ella está bañada de nuestra angustia hasta las últimas fibras.

»Nos han contado hoy que un refugiado vive de sacar a paseo un perro. Un precioso perro, carísimo, que come bizcochos y ternera. Ahora se reparten la comida. El miliciano confiesa que no se atreve a comerse el perro.

»Se ha corrido la voz que hay que ir muy correctamente vestidos. Ahora la policía francesa no pide la documentación nada más que a los que tienen aire cuidado y cruzan

exactamente por el corredor claveteado que separa en cada bocacalle el paso de los peatones.

»Le dijeron que su mujer estaba a punto de tener un hijo en el sórdido y más que triste refugio donde, como ganado pestoso, metieron a las heroicas mujeres de España. El hombre se quedó sombrío, despiojándose al sol de Saint Cyprian. Las decisiones de los cerebros honrados son lentas. Al fin llamó a un amigo que componía el altavoz del campo cuando se estropeaba, con unos alicates: “Tira, son de oro.” Así, manchaditas con una sangre pura

como la que oscurece ese diente primero que se cae en la infancia, entregaron a la mujer que iba pronto a oír llorar a un niño desterrado, dos muelas de oro...

»Rumia con poca suerte en un escalón de su barraca de emigrante. Él había echado durante la guerra para ser guardia nacional, pero desde pequeño, que soñara con ser guardia civil, la suerte le fué [*sic*] adversa. Un día el jefe del campo de Argelés cuelga en las barracas las condiciones necesarias para alistarse como trabajador en el África Ecuatorial. Les darán un franco diario; nada dicen del viaje

de vuelta. El campo entero se convulsiona, protestando, pero él quiere ir: “¿Por qué has firmado?” “¿No ves que es humillante?” “Sí, pero a lo mejor al cabo de un mes me hacen guardia civil de los negros”.

»¿Qué día es hoy? No sé. Dicen que es día de fiesta. Vamos a comer con el escritor André Chamson, conservador de Versalles. Una cortesía versallesca nos iba ganando de frío los huesos. La amistad de los que nada pueden devolver le interesa poquísimo. El conservador del palacio del rey no está hecho para tragos amargos.

Creo que vuelve a oír en el viento del congreso de escritores las explosiones de Madrid, los cantos tan tiernos de los niños de Minglanilla, la clara y tensa atmósfera moral, lealísima, que era nuestro cielo... Quiere escabullirse. Está aterrado de que le pidamos algo. ¡Qué divertido! Pero de pronto me escarba un gusano de tristeza. ¿Conservarán por mucho tiempo estos conservadores el palacio de Versalles?

(Diario de María Teresa León.

París 1939)»^[37]

Si nos acogemos literalmente al relato que María Teresa hace de la vida cotidiana en la casa de Quai de l'Horloge, el hogar que compartían con Delia del Carril y Pablo Neruda, antes de agosto de 1939 tuvieron que dejar aquella residencia y buscar acomodo en la vivienda de Louis Aragon, en la rue de Varennes, 56, donde alquilaron unas habitaciones. Lo chocante del caso es el motivo de aquella repentina mudanza: «A veces cantábamos aquellas canciones que aún se cantan cuando nos recuerdan –afirmaba la escritora–. De la casa

del Quai de l'Horloge [...] nos echaron por cantar a destiempo. El que cantaba era un asturiano que iba a embarcarse en el *Winnipeg*, el barco salvador de tantos españoles recibidos por Chile. Aquel asturiano sentía tanto agradecimiento, que atronaba los muelles. Su largo lamento de montaña pasaba el Sena de orilla a orilla. Hasta Ehrenburg y Luba, que paseaban con sus perrillos, se quedaban escuchándolo; hasta la gente de las *peniches*, navegando su ropa tendida, todos, todos...»
Todos parecían escuchar embelesados. Todo menos la

portera de la vivienda –*madame la concierge*– que decidió, sin el menor reparo, que «por muy poeta y por muy cónsul de Chile, teníamos que irnos porque desorganizábamos los ruidos de la calle. Nos echaron, y nuestro cantor se fue hacia Burdeos, enfermó y murió, llevándose nuestra alegría de escandalizar franceses con su hermosa voz de montaña»^[38] .

Por esas fechas, Pablo Neruda ya tenía muy avanzadas las gestiones de su misión para llevar a tierras chilenas a más de dos mil refugiados españoles. Eran muchas

las dificultades que venía afrontando desde su llegada, tanto las que ponía su propio gobierno, que exigía formas de inmigración controladas, haciendo una clasificación política y profesional de los pasajeros, como los obstáculos que le colocaban en el mismo consulado de Chile en París: «No pierden ninguna oportunidad de manifestar el desprecio que les merece mi representación»,^[39] manifestaba en un comunicado al ministro chileno de Relaciones Exteriores Abraham Ortega, indicando

también que impedían la salida de correspondencia, dejaban en desuso el ascensor y cerraban la sala de lectura... Pese a todas las trabas, el poeta de *Residencia en la tierra* pudo contar con la ayuda de varias instituciones españolas en el exilio y conocer de cerca una realidad que estimaba en casi medio millón los españoles desplazados a Francia, la mayoría de ellos en condiciones espantosas en los campos de concentración de Argelès-sur-Mer, Barcarés y Saint Cyprien. Una vez despejados los impedimentos burocráticos, la selección de pasajeros se pudo

resolver en menos de seis semanas. Para ello habría de ser decisiva la colaboración del SERE (Servicio de Evacuación de Refugiados Españoles), cuya oficina se encontraba en la rue Saint Lazare 94 de París. De ese modo, a comienzos de agosto de 1939 se pone en marcha el operativo y empieza la odisea hacia la libertad para dos mil refugiados que salen en camiones de diversos campos de concentración hasta Perpignan. Desde allí continúan en trenes de tercera clase en dirección a un muelle de carga absolutamente aislado en Trompeloup, cerca de

Burdeos. Tras un examen médico y la vacunación pertinente, reciben el certificado de sanidad y, en consecuencia, la cédula de identidad que les permite ser entrevistados por Neruda y los representantes de una República que ya no existía. Con ropa limpia y comida, se embarcan en un buque —una especie de Arca de Noé a la española— que huele a bacalao, en camarotes con suficiente espacio para todos. Los pasajeros son separados por sexos: las mujeres en la popa y los hombres en las bodegas.^[40] Según una estadística

preparada por el poeta chileno y publicada días después, viajaron un total de 2.004 personas: 1.297 varones mayores de 14 años; 397 mujeres mayores de 14 años y 310 niños de ambos sexos. Era el 4 de agosto de 1939 cuando en el muelle del puerto fluvial de Trompeloup, en Pauillac, en el estuario de la Gironde, el cónsul general de Chile en Francia, el encargado de negocios de la embajada, varios representantes del SERE y del Gobierno de la República Española en el exilio, y un poeta, Pablo Neruda, despedían a la primera expedición de refugiados

españoles camino de América y de la libertad.

Como ya adelantamos, el *Winnipeg* tardó un mes en llegar a Chile, atracando en el espigón del puerto de Valparaíso la mañana del 3 de septiembre, el mismo día en que Inglaterra y Francia declaraban la guerra a Alemania tras la invasión de Polonia por las tropas de Hitler. Por un tiempo, la acción bélica entre Francia y Alemania se desarrolla a lo largo de la famosa línea de Maginot^[41]. Es una guerra que en un principio apenas se siente. Los franceses la llaman

drôle de guerre, pero a la vuelta de unos meses, en mayo de 1940, el conflicto alcanzará mayor gravedad con el ataque alemán a Holanda, Bélgica, Luxemburgo y Francia. En efecto, desde la declaración de guerra de aquel 3 de septiembre de 1939 y hasta bien entrada la primavera de 1940, no hubo una actuación inmediata por parte de Francia, cuya población no estaba todavía preparada para un enfrentamiento de tal magnitud –del trauma de los recuerdos de la primera guerra mundial aún quedaban secuelas–, sin embargo, como señala la profesora Isabel del

Álamo Triana, «esta espera no ejerció para nada un efecto de calma entre la población francesa. Al revés, la desmoralización se dejó vencer, pues la población no vio clara la situación en la que no había ningún conflicto y, sin embargo, sí una serie de medidas de precaución exigidas por el gobierno: racionamiento de algunos alimentos determinados días a la semana, supresión de los bailes, ejercicios de alerta y, en marzo de 1940, cartas de racionamiento generalizadas»^[42].

La situación de María Teresa

León y Alberti en París deja de ser la misma a partir del otoño de 1939. Pablo Neruda y Delia del Carril, pese al gran éxito de la expedición del *Winnipeg*, ven que los problemas financieros y el recrudecimiento de la guerra cierran la posibilidad de un nuevo transporte en masa de refugiados españoles a Chile. La presencia del poeta en Europa empieza a perder sentido y a ello se une que el desarrollo del conflicto bélico dificulta el pago a los diplomáticos chilenos, que dejan de recibir su nómina. El 31 de octubre, el ministro Abraham Ortega comunica

al Cónsul General de Chile en París que Pablo Neruda es destinado a México como Secretario de la Embajada de su país, comunicado que el autor de *Canto general* recibe el 2 de noviembre. Todo apunta a una despedida. Sin embargo, antes del regreso, hacia mediados de noviembre, Neruda se desplaza a Holanda para encontrarse con su primera mujer, María Antonia Hagennar y su hija Malva Marina, a las que visita por segunda vez desde su estancia en París. Ambas residen en La Haya, en Groot Hertoginnelaan 170, y según la

versión de la holandesa en carta^[43] a Carlos Morla Lynch de 8 de septiembre de 1943, el poeta le aseguró que se preocuparía del mantenimiento de la pequeña, que entonces tenía cinco años, y que siempre podría contar con su ayuda, a pesar de la incertidumbre política y del comienzo de la guerra de Europa. Fue la última vez que vería a su hija, ya que Malva Marina falleció tres años después, en 1942, mientras que María Antonia salía adelante trabajando como sirvienta del embajador de la República española en Holanda,

don José María de Semprún, antiguo tertuliano de Neruda en Madrid y miembro del consejo de redacción de la revista *Cruz y Raya*.

Al volver a Francia a comienzos de diciembre, Pablo Neruda y Delia del Carril se despiden de los amigos franceses, de los compañeros exiliados de la España en el corazón y muy en especial de María Teresa León y de Rafael Alberti, con quienes han acordado un próximo encuentro al otro lado del Atlántico. La idea de marcharse a América y de aceptar que Francia ha sido sólo el primer

acto de un irrevocable destierro empieza a tomar fuerza para el matrimonio español, que ve partir a Delia y a Pablo a principios de diciembre a bordo del *Augustus*, el trasatlántico más grande de motonaves a flote de la época, pues podía desplazar 32.000 toneladas. Neruda les habría tratado de convencer para que emprendieran una nueva vida en Chile, cerca de ellos, a pesar de que, desde mediados de noviembre, el poeta ya anunciaba a la prensa su próxima misión diplomática en México: «Me encuentran ustedes en el epílogo de mi misión en París –

confesaba a los medios—, terminada momentáneamente. Estoy orgulloso de haber ideado, originado y organizado la migración de españoles a Chile. Tengo la firme convicción de que contribuyo a prestar un bien a mi país. No pueden ser más satisfactorias las noticias que recibo. Centenares de cartas me aportan testimonio de gratitud. Ahora, naturalmente mi mayor alegría será trabajar por mi país en México, país hermano por el cual he expresado muchas veces profunda admiración y cariño...»^[44] El 29 de diciembre,

Pablo Neruda y Delia del Carril desembarcaban en Valparaíso, junto a 500 emigrantes judíos que habían escapado oportunamente del infierno que comenzaba a ser Europa.

También para María Teresa y Alberti el infierno parecía próximo. Desde septiembre, disponían de un nuevo domicilio en la rue Nôtre Dame des Champs. Era la vivienda a la que regresaban con las luces del alba, al salir del trabajo en la emisora de *Paris Mondial*. La ciudad comenzaba a despertar pero la vida era más gris, la situación de pesadilla era casi

permanente, obligados a enseñar con más frecuencia la documentación, el *récépissé*, que les permitía permanecer en Francia bajo la etiqueta de «refugiados». A la obsesión del control policial se sumaba la sensación de alarma provocada cada jueves por el sonido de la sirena que anunciaba los simulacros de eventuales bombardeos enemigos.

Por aquellos días, los temores del matrimonio español se confirman. Junto a las noticias acerca de la suerte que iban corriendo conocidos e ilustres compatriotas asilados les llegó la

mala nueva de que ellos, los Alberti, estaban en la lista de personas que el Gobierno de Vichy, presidido por el mariscal Petain, tenía previsto detener y entregar a las autoridades españolas. Discurrían los últimos días de 1940, las tropas alemanas ocupaban Francia y la situación se hacía ya irrespirable.

Así narra Alberti en las páginas de *La arboleda perdida* cómo fueron denunciados y quién les advirtió del peligro que corrían en el país vecino: «una muy inesperada noche, M. Fraisse nos llamó a su despacho a María

Teresa y a mí. La Francia de aquellos años bochornosos y desdichados había enviado a España, como embajador ante Franco, al mariscal Petain. Al poco tiempo, le comentaron al propio mariscal que la radio francesa estaba llena de rojos españoles, algunos conocidísimos, como nosotros...»[45]

En efecto, fue el director de Radio *Paris Mondial*, monsieur Fraisse, quien les comunicó, avergonzado, la complicada situación que se había creado para ellos dadas las correctas relaciones

diplomáticas entre Francia y España; unas relaciones que no serían del todo buenas mientras el país galo ayudase y protegiese a los refugiados españoles –buena ironía si recordamos los campos de concentración de Argelès y Saint Cyprien–. Fraisse comentó a María Teresa y Rafael que el nombre de ambos se había puesto sobre la mesa como ejemplo de enemigos del régimen franquista y que, pese a ello, el ministro Sarraut salió en defensa de los escritores. «Les he llamado para confirmarles en sus puestos y decirles que no se preocupen. El derecho de asilo

para los españoles es total»^[46] .

Pero aquellas palabras, cargadas indudablemente de afecto, no convencieron. El momento de abandonar Francia y de buscar una nueva vida lejos de Europa había llegado. Tocaba renunciar a París, al hogar de paso de la rue de Nôtre Dame des Champs y a las atenciones de Panchita, la criada martiniquesa de piel muy oscura que cuidaba de la casa y de ellos con sus manos tiernas y buenas. «Tuvimos que decidir una vez más. Había que irse. El frente avanzaba. Tiramos una moneda al aire –

México, Argentina— y decidimos nuestro viaje. Los españoles se iban de Europa a través de dos organizaciones: el SERE y el JARE.^[47] Se encontraban poco seguros. La línea Maginot había sido rota. Los soldados franceses se despedían de sus familias sin ningún entusiasmo. Volaban los aviones. Nos despertaban las alarmas. Bueno, a nosotros, no, porque estábamos despiertos toda la noche. Trabajábamos hasta la madrugada en el tercer sótano del Ministerio de Telecomunicaciones. ¡Qué recuerdo sonoro es el del

trote de los percherones, enganchados a los carros que llevaban a repartir por París la cerveza! Creo que ya los han jubilado. Para mí seguirá siendo el momento de meterme en la cama, después de correr bien las cortinas para no ver el sol, cansada de lo largas que eran nuestras noches»^[48] .

A las circunstancias que les obligaban a dejar la capital francesa, la casa y la compañía de buenos y grandes amigos cabía sumar un trabajo cada vez más incómodo e ingrato. Digamos que

la tarea de traductores no era una labor fácil ya que el manejo del francés, al menos para Rafael Alberti –no olvidemos que María Teresa había recibido una educación francófona en el colegio del Sagrado Corazón– era insuficiente y escasamente fluido, y su uso le exigía grandes esfuerzos. «La esquizofrenia del idioma –tan dolorosa para un poeta, señala el profesor Mainer– marca el dramático despertar en un clima que se nos transmite como marcado por la sospecha y la contradicción... [...] Todo se confunde en el exilio: la voz y lo

cantado, el pasado y el presente»^[49].

Era, pues, el momento de acabar con aquella «vida cotidiana» de largas e interminables noches en *Paris Mondial*, de mañanas y tardes durmiendo con la cortina echada huyendo de la luz y, tal vez, de la hostil realidad. «La Panchita, nuestra martiniquesa cariñosa — recuerda de nuevo nuestra escritora—, andaba descalza para no perturbarnos. Aún llevaba sobre su cabeza oscura el madrás anudado y algunos días nos alegraba

vistiéndose su bata larga de colores, otros, tenía miedo: “Ya está ahí el monsieur Hitler bombardeando.” Nos rodeaban las sirenas de alarma. Los soldados no se despedían de su paz y su gente cantando himnos patrióticos»^[50] .

María Teresa León y Rafael Alberti se despidieron de los amigos más cercanos, Corpus Barga entre ellos, y también de Juan Negrín. El presidente de la República española en el exilio les invitó a cenar la noche antes de su partida. Se mostró cariñoso con el matrimonio de escritores y hasta

regaló a María Teresa una cartera de cocodrilo para el viaje. Según la escritora, la cara redonda y optimista de Negrín se había transfigurado ya en un rostro triste, empañado de melancolía. Al parecer, hablaron del proyecto ya imposible de crear un gran centro que pudiera emplear a los intelectuales refugiados en Francia, una sede de la cultura española y del Gobierno en el exilio que reuniera a los españoles sin patria. También hablaron de Chile y de Neruda pero, sobre todo, hablaron del dolor y del desgarró de la guerra de España, de la derrota y

de la traición. «Nuestra guerra no había servido para nada –escribe María Teresa haciendo memoria de aquella última noche parisina–. Las democracias seguían muertas. Rusia no estaba, como se vio más tarde, en condiciones de detener al nazismo. Nadie se daba cuenta de que todos habían sido derrotados junto al pueblo español. Las democracias comenzaron a vestirse de luto. Pronto iban a vestirse de muerte»^[51].

No quedaba tiempo para más. Hubo que dejar París, la casa con sus libros, sus recuerdos y sus

sombras. «Dejábamos detrás la tragedia de los campos de concentración que luego los alemanes iban a perfeccionar en el más rabioso experimento de exterminio del enemigo que conoce la historia; dejábamos nuestra historia escrita por miles de pies, de ojos, de manos... Una costra de errantes iba a extenderse sobre la tierra, buscando sobrevivir. Cientos de seres, miles ni vivos ni muertos, íbamos por los caminos en un estado de incertidumbre, como si tuviéramos dormidos los pies o insensible el alma»^[52].

El 8 de febrero de 1940, María Teresa y Rafael se encontraban ya en Marsella tras un incomodísimo viaje desde París, con frío y con lluvia, que no hizo sino acentuar la gripe que afectaba esos días a la escritora. En el Hotel Splendid, Bd. D'Athenes permanecieron atentos a la salida del barco que les llevaría a América. María Teresa guardó cama debido a la fiebre y al profundo malestar. «Da lástima tener que estar metidos en una habitación –escribía Rafael a Corpus Barga desde el hotel– cuando la calle está llena de sol, de

soldados y de restoranes de langostas y bouillabesses exquisitas. Dicen que el barco saldrá en un día. Pero aún no se sabe con certeza. Y si M^a Teresa continúa con fiebre, no sabremos qué hacer. Si salimos os pondremos un telegrama»^[53].

María Teresa no mejoró, pero su indisposición no iba a impedir que el 10 de febrero zarparan en el *Mendoza* desde el puerto de Marsella rumbo al Río de la Plata con unos pasajes de tercera. Fue, al parecer, una de las últimas aventuras en las que colaboró el

gobierno chileno y de la que pudieron beneficiarse otros españoles expatriados que veían en América el refugio y el amparo de los desamparados de España. El destino de la pareja, tras la obligada escala en Buenos Aires, era Santiago de Chile, la patria de Pablo Neruda.

Ya no tenían razones para mirar atrás, ni para recrearse en ninguna despedida, ni siquiera en la figura y el recuerdo último de Negrín, que moriría poco tiempo después en Londres, o en la mirada protectora y generosa de monsieur Fraisse en su despacho de Radio

Paris Mondial, un hombre de bien a quien los franceses encontrarían muerto en una cuneta antes de que la guerra terminara, víctima de los alemanes y de la macabra locura del nazismo.

BUENOS AIRES, 1940

María Teresa León y Rafael Alberti llegaron a Buenos Aires el 2 de marzo de 1940. Los 20 días de navegación fueron un verdadero tormento para el matrimonio, que sufrió la humillación de viajar en la bodega, como la mayor parte de exiliados, y en condiciones escasamente higiénicas. «El barco iba hasta los topes –escribía María Teresa durante la travesía, a la semana de embarcar–. [...] Se oía

hablar español como en Cádiz. [...] No necesito decirlos la depresión, el desánimo, la tristeza inmensa. Pedimos agua de Vichy y nos contestaron “¿Creen que están ustedes en primera?”, dicho con el más estirado acento de Marsella. En fin, que me quedé otras doce horas más sin comer, sin beber y jurando. [...] el barco es de esos que en tiempo de guerra se echan a los submarinos...»^[54]

Parecía, en verdad, que no tenían derecho a recibir atención médica en caso de enfermedad o indisposición, como así ocurrió, ya

que la autora de *Cuentos para soñar*, que había embarcado en un lamentable estado de debilidad debido a la gripe que padecía, sufrió durante días un cuadro de fiebre alta. Ni siquiera le dieron una naranjada para aplacarle la sed, protestaba el esposo-poeta, quien después de muchos ruegos y de agotar el dinero que llevaban encima logró que el contramaestre trasladara a María Teresa a uno de los camarotes de segunda clase que iban prácticamente vacíos en aquel barco francés. Incluso en el último momento, cuando el *Mendoza* atracaba en el puerto de Río de la

Plata y eran recibidos por una muchedumbre de amigos y admiradores, tuvieron que oír del mismo oficial que les había negado el pan y el agua la frase «*Mais, Monsieur, ça il fallait le dire*»^[55] .

En efecto, a la pareja española le esperaba un numeroso grupo de artistas, escritores y periodistas argentinos, uruguayos y españoles en el exilio. Llegaban como un símbolo de la causa republicana, de la lucha contra el fascismo y de la literatura de una generación escindida e irrepetible. Si en principio Buenos Aires iba a

ser sólo una escala en el camino hacia Chile, las circunstancias que se presentaron al poco de llegar y, principalmente, la sincera acogida que tuvieron entre aquellas gentes cambiarían el rumbo de las cosas y disiparían pronto las dudas sobre la decisión de quedarse en Argentina. «¡Cuánta gente aglomerada, esperando! –anotaba María Teresa en sus memorias—. Vimos subir a una señora joven con gafas que preguntaba y se reía. Tardó muy poco en atropellarnos con sus preguntas: Rafael Alberti, ¿verdad? Y María Teresa. Soy la cónsul de Chile, por eso me han

dejado pasar. Bienvenidos. Me llamo Marta Brunet»^[56]. Era, tal y como la recordaba la autora de *Juego limpio*, Marta Brunet, escritora y cónsul chilena, a quien acompañaban en aquel recibimiento fraterno en el muelle la escultora María Carmen Portela y su hermana, también artista, Margot Portela Parker (la *Malinverno* de las charlas jocosas), el matrimonio Rojas Paz (Pablo y su esposa Sara Tornú, *La Rubia*), el director de cine Arturo Mom (*Neneo* para los amigos), Gori Muñoz y su esposa Carmen

Antón, el abogado Rodolfo Aráoz Alfaro y el pintor jienense Manuel Ángeles Ortiz, liberado pocos meses antes del campo de concentración de Saint Cyprien gracias a la oportuna intervención de Picasso. Sin embargo, en aquella bienvenida faltaba la escritora Amparo Mom, con quien María Teresa había contactado repetidas veces desde su despedida en Francia. La esposa del poeta Raúl González Tuñón era la amiga hospitalaria que no paraba de animar a los Alberti para que fijaran su residencia en Buenos Aires. Lo había hecho durante sus

encuentros parisinos en la casa de Quai de l'Horloge y lo repetiría después con la misma franqueza desde el otro lado del Atlántico en su cartas cruzadas con el matrimonio español. Nuestra escritora preguntó extrañada y recelosa por ella sin imaginar que Amparo había fallecido pocos días antes de su llegada: «¿Y Amparito?, volví a preguntar varias veces a Marta Brunet, mientras enseñaba en la Aduana de Buenos Aires los cuatro libros y los tres trajes viejos. No me contestó directamente. Dijo: su hermano Arturo Mom os está esperando.

[...] De pronto sentí que me abrazaban. Era Manolo Ángeles Ortiz, el pintor español. ¿Por qué lloraba? Arturo Mom apretó mi cabeza contra su pecho ancho para que yo no le viera las lágrimas. Para qué preguntar más. ¡Adiós amable llegada a la orilla nueva! ¡Adiós alegría de sentirse seguros! ¡Adiós felicidad de ver tantos amigos levantando el puño, saludándonos! Amparito no podría venir... estaba muerta. [...] Tres días antes la muerte la había dejado inmóvil, llevándonos con ella, ya que nos nombró instantes antes de cerrar sus hermosos ojos oscuros.

[...] Nos alojaron en su casa, como ella había querido. Todo tenía que suceder según su previsión. Manuel Ángeles nos dio la fotografía última de Amparo. La bajaban hacia la tierra. Llegamos tarde... Demasiado tarde»^[57].

Aquellos primeros días los pasaron, por expreso deseo de la fallecida, en casa de Arturo Mom, hermano de Amparo y director de éxito en el cine argentino de la época. «Amparo nos esperaba y dio órdenes para que nos recibiesen —continúa María Teresa—, para alojarnos, para que

fuese más dulce nuestro destierro. Habló hasta el último instante de lo que debía hacerse con aquellos españoles que iban a llegar a Buenos Aires. María Carmen Portela, tan hermosa, tan alta, nos lo contó después y nos aseguró que éramos la última imagen que quedó en los ojos fijos de Amparo, muerta»^[58].

Pero aquél sería sólo alojamiento provisional en una ciudad y en un país en el que debían tramitar, cuanto antes, los papeles de residencia si decidían quedarse a vivir en él. Y en esa

toma de decisión jugaron un papel determinante dos hechos tan poderosos como la designación ya confirmada de Pablo Neruda como cónsul de Chile en México, adonde el poeta se trasladaría con Delia del Carril el 19 de junio de ese mismo año, y la invitación del editor Gonzalo Losada, gran protector del matrimonio español, como así veremos, a quedarse en Argentina garantizándoles su apoyo y los primeros ingresos en concepto de derechos de autor, principalmente por algunas de las obras de Rafael Alberti. «¿Y para qué ir a Chile si estoy yo en Buenos

Aires? –les dijo– ¿No soy yo el que va a editar vuestros libros?»^[59] . Y en buena medida así fue.

Enseguida llegarían también las nuevas amistades, esos nombres que Alberti menciona con detalle en diversos trabajos con el propósito de no olvidar a ninguno de ellos: «Norah Lange y Oliverio Girondo, Pepe González Carbalho, Fermín Estrella Gutiérrez, Eduardo González Lanuza, Leónidas Barletta, Enrique Amorim, Ricardo E. Molinari, Pedro Henríquez Ureña, María Rosa Oliver,

Norberto Frontini, Max Schwartz, el doctor Emilio Troise, los matrimonios Kornblith y Scheimberg y tantos otros amigos que nos ayudaron, después de tan tremendos y difíciles años, a iniciar nuestra vida americana»^[60].

Sin entrar aún en detalles sobre el periplo literario y humano que iba a recorrer María Teresa en su nueva vida americana, es necesario recordar lo que aquellos primeros años significó Argentina para ella y para buena parte de españoles que vivieron la dura

aventura del destierro desde la ingenua y esperanzadora idea de volver, de regresar a España en un plazo nunca demasiado largo. Y con esa creencia, siquiera íntima, secreta, a nuestra escritora no le costaría demasiado integrarse en la vida cultural porteña desde el primer momento; de hecho, Buenos Aires era una urbe acogedora para el extranjero que podía presumir de prosperidad económica, de aire cosmopolita y de gran expansión demográfica. La capital argentina era el espacio ideal para que los intelectuales desterrados tuvieran sus círculos de reunión y sus

lugares de contacto y esparcimiento. Como señala Emilia de Zuleta en su libro *Españoles en Argentina*^[61], la vida discurría para ellos por los cafés de la Avenida de Mayo –el Iberia, el Español, Casa de la Troya, cerca del Hotel Castelar–, las redacciones de los diarios y las revistas que proliferaban en esos años cuarenta. «¡Qué Buenos Aires aquel de nuestra primera amistad con la vida nueva! –manifestaba María Teresa en sus memorias–. En las mesas de los cafés de la Avenida de Mayo se discutía y se

gritaba como si aún Madrid estuviese defendiéndose»^[62] .

La visión más completa del Buenos Aires de 1940 nos la ofrece Carmen García Antón, esposa del pintor y escenógrafo valenciano Gori Muñoz –exiliados españoles ambos y amigos de nuestra escritora– en su libro *Visto al pasar. República, guerra y exilio*.

^[63] En él, Carmen aporta detalles imprescindibles para entender el ambiente cultural porteño:

«Buenos Aires en el año cuarenta era una maravillosa ciudad, refugio de las principales

expresiones artísticas como resultado de la guerra que asolaba a Europa: todos los espectáculos más destacados mundialmente se presentaban en las muy numerosas salas teatrales de la capital. Recuerdo los ballets de Montecarlo, Catherine Dunham, Martha Graham, musicales como Porgy and Bess, directores como Toscanini, Stokovsky, Katchaturian, grandes pianistas, artistas de music-hall, Chevalier, Charles Trenet, Marlene, el mejor jazz de Louis Armstrong , Ella Fitzgerald, el Cotton Club, Duke Ellington... el mejor teatro francés con Louis

Jouvet, Pierre Brasseur, el gran teatro italiano con Emma Gramatica, Vittorio Gassman; el teatro judío de Nueva York con Ben Ami, todo lo mejor del mundo, recitales, conferencias, tenían lugar en Buenos Aires, ciudad celebrada por su prestigio cultural y una economía floreciente. La Avenida de Mayo resplandecía con sus tertulias, resabios de tiempos perdidos por España. [...] Se podía decir como Hemingway sobre París: Buenos Aires era una fiesta...»^[64]

A la transformación de ese

ambiente en un espacio cordial y fraterno para el desterrado contribuyó, sin duda, la simpatía que la gran mayoría de representantes de la intelectualidad manifestaba por la suerte de la República. Sin embargo, tampoco hay que olvidar que en aquella Argentina en la que amplios sectores sociales disfrutaban de una situación económicamente próspera —pese a los sucesivos regímenes militares—, los exiliados eran vistos como un problema, incluso como una amenaza, por los diferentes gobiernos. Prueba de ello son las dificultades que los

Alberti encontraron para legalizar su situación.

Como ha relatado el profesor y diplomático argentino Sergi Alberto Baur, cuando en 1940 María Teresa León y Rafael Alberti llegan a Buenos Aires, Argentina comenzaba a vivir «la agonía del régimen conservador que había dominado la escena política nacional durante los últimos diez años. El comienzo de la II Guerra mundial y el carácter neutral que los gobiernos concibieron para afrontar el conflicto hace que en 1943 la Argentina sea el único país latinoamericano que mantiene

relaciones con el eje. Es en este año, tras el derrocamiento del presidente Ramón Castillo, la brevísima presidencia de Arturo Rawson, hasta su reemplazo por el general P. Ramírez, cuando se produce la gran transformación política y social argentina con la aparición del entonces coronel Juan D. Perón»^[65] .

Pero aún nos encontramos en marzo de 1940, y lo que María Teresa debió de sentir en lo más profundo aquellos primeros días en Buenos Aires fue el calor de quienes pronto serían amigos leales

y verdaderos; un ambiente afable que se encargó de caldear oportunamente entre los españoles ya instalados en Argentina, así como entre la intelectualidad nativa, el mismo Corpus Barga desde París, quien, once días antes de la llegada del matrimonio al muelle del Río de la Plata, para ir abriendo boca, se adelantaba a publicar en el diario bonaerense *El Sol* el artículo titulado «El poeta del Ángel, Alberti, nos visitará». En él anunciaba la llegada del matrimonio de escritores a la ciudad argentina y animaba a los lectores a recibirlos con los brazos

abiertos: «Seguramente sabréis recibirle como recibisteis en sus días mejores a su compañero García Lorca. Con él va su mujer, María Teresa León, que es más que su mitad. María Teresa, escritora con personalidad propia, es de Burgos. Alberti, de Cádiz. Burgos y Cádiz, es decir, toda España y ya América. ¡Que América proteja a vuestras figuras y a vuestro genio, pareja simbólica, María Teresa y Rafael!»^[66]

Uno de esos hombres leales que les recibió con sincero afecto fue, como ya hemos señalado,

Gonzalo Losada. El editor madrileño había llegado a Buenos Aires en 1928 como gerente de la editorial Espasa-Calpe. Su relación con la empresa y con España se vio interrumpida durante los primeros años de la Guerra Civil, de modo que transformó la sucursal de una sociedad anónima y creó la histórica colección Austral. En 1938, Losada abandona definitivamente la firma por serias discrepancias con los dueños de la editorial española, que pretendían aplicar un control estricto sobre las obras y sus autores, además de otras medidas muy próximas a la

censura. Es en 1938 cuando, con el apoyo principal de Guillermo de Torre y Attilio Rossi, Gonzalo crea la Editorial Losada. Apoyado siempre en sus profundas convicciones republicanas, su empresa será desde aquel momento un vehículo crucial para los escritores exiliados que llegan paulatinamente a América; y el caso de María Teresa León y Rafael Alberti no podía ser menos. El editor propuso a la pareja una ayuda económica concreta que les permitiera iniciar la vida en aquel país. Los términos exactos de aquel compromiso nunca quedaron

claros, aunque de ajustarnos al testimonio del propio Alberti, Losada entregaría a Rafael una suma de dinero en concepto de una publicación anterior, asegurándole al mismo tiempo un dinero fijo mensual a cuenta de obras futuras.

[67] En *La arboleda perdida*, el poeta gaditano confiesa que Gonzalo Losada fue quien solucionó «nuestra tan incierta situación. Él me contrató en seguida mi nuevo libro, *Entre el clavel y la espada*, que yo había comenzado a escribir en Francia [...]. Nos pagó durante varios

meses los derechos del libro, como también el resto que me debía por mi *Antología poética*, publicada unos meses antes. [...] Publicó, al fin, todos mis libros y algunos de María Teresa»^[68].

El recuerdo de María Teresa León gana en intensidad cuando en *Memoria de la melancolía* declara que a «Losada lo sentimos en todo momento cerca. [...] Es un personaje de esos que España da a la luz de cuando en cuando. [...] se cultiva y cultiva una manera de ser diferente a la de los otros editores: sonrío, adivina, sabe respetar el

talento, alardea de cierta modestia que suele gustar mucho a los orgullosos intelectuales. [...] Durante años y años, Gonzalo Losada no ha hecho más que abrir libros y presidir consejos, durante años y años ha dado el pase y edítese a nuestros libros. ¿Cómo no darle las gracias?»^[69] . Lo cierto es que María Teresa no podía manifestar más que agradecimiento hacia alguien que se unió intensamente a la vida profesional y cotidiana de la escritora en aquellos difíciles años del destierro; alguien con quien

compartiría los veranos, el mismo edificio de apartamentos y a quien cedería el privilegio de apadrinar, llegado el momento, a su hija Aitana. Era tan estrecho aquel vínculo que, como recuerda Mabel Peremartí, la secretaria del editor durante casi medio siglo –desde 1957–: «Pasaban por la editorial casi a diario [...]. Ella era una mujer muy bella y atractiva. Yo los veía a los dos hermosos y elegantes»^[70].

La presencia de Gonzalo Losada en el panorama editorial americano se sumaba a un boyante

mercado cultural y a la consolidación de un mundo, el de la publicación de libros y revistas, que florecía espectacularmente en Argentina a partir de los años cuarenta. En ese tiempo, el país se convierte en el primer productor del libro español del mundo, hecho que se explica, como hemos podido ver, con la llegada de editores españoles del exilio que potenciarán la difusión de la literatura en su propia lengua. Además de Gonzalo Losada y su *editorial de los exiliados*, se crea Emecé, propiedad del poeta Arturo Cuadrado y del pintor gallego Luis

Seoane. En 1939 se había fundado también la editorial Sudamericana, cuyo primer directorio contó con exiliados españoles y reconocidos escritores argentinos, entre ellos, Victoria Ocampo, Carlos Mayer, Oliverio Girondo, Alfredo González Garaño y Rafael Vehils. Junto a éstas surgirían nuevas editoriales como Ediciones Botella al Mar, Americalee y Compañía General Fabril Editora, casas en las que María Teresa publicará buena parte de su obra en el exilio.

El otro fenómeno divulgativo de enorme repercusión en la vida cultural y literaria porteña lo marca

la revista *Sur*, fundada a mediados de los años treinta por Victoria Ocampo, vieja conocida de los Alberti y legendaria compañera de Delia del Carril en el París de 1935. *Sur*, según confesión de su directora, se había inspirado en *Revista de Occidente*, la publicación de Ortega y Gasset en la que había debutado Ocampo en la segunda década del siglo XX con sus primeros escritos. La revista argentina era una verdadera plataforma de creación y pensamiento abierta al mundo, especialmente atenta a lo europeo y nada ajena a lo español, sobre todo

tras la llegada de los autores exiliados de la Guerra Civil. Para muchos de ellos fue un medio de supervivencia y a él se sumó Alberti publicando poemas, los primeros capítulos de *La arboleda perdida* y algunos fragmentos teatrales. Nuestra escritora, sin embargo, como así veremos, nunca escribió para la revista, aunque sí pudo leer en ella un par de reseñas dedicadas a sus libros. Las razones de esta ausencia pueden ser varias, pero cobra bastante fuerza la rivalidad que imaginó tener o encontrar Victoria Ocampo en María Teresa León. «Quizás para la

celosa Victoria, María Teresa fuese una rival intelectual y de belleza – sugiere Sergio Baur–. Por el comentario de los testigos de esa época, para los hombres María Teresa era una mujer bellísima y para las mujeres, una mujer de un fuerte carácter»^[71] .

VILLA DE EL TOTORAL

Como ya indicamos, la primera vivienda en la que se aloja el matrimonio a su llegada es el piso de cineasta Arturo Mom, situado en la calle Libertad 1.693 - 3º A. María Teresa se sentía inmensamente agradecida y así se lo confesaba a Corpus Barga al poco de instalarse: «Hemos conocido gracias a la generosa simpatía de Amparito una familia asombrosamente buena que nos trata

como suyos. El hermano de quien tanto ella hablaba es un hombre admirable. Vivimos con él. Está pendiente de nosotros. El recuerdo de Amparo nos une cada hora más a él. Hemos conocido a la pobre madre, y a una amiga maravillosa. María Carmen Aráoz Alfaro. [...] Creo que empiezo a quererla mucho. [...] Temo que voy a ser débil en esta nueva etapa de mi vida. [...] Puede que nos quedemos aquí»^[72] .

Por lo que se desprende de esta carta, María Teresa albergaba todavía dudas sobre su destino. La posibilidad de trabajar y de

ganarse la vida en Argentina parecía algo más que una promesa puesto que el matrimonio contaba con el respaldo de Gonzalo Losada y de otros amigos; pero la situación de ilegalidad en la que se ven envueltos al serles negada la documentación para la residencia permanente en el país complicaba las cosas.

La solución vendría de la mano del abogado Rodolfo Aráoz Alfaro, esposo de María del Carmen Portela y hermano de la «amiga maravillosa» María Carmen Aráoz. Rodolfo, nacido en Tucumán en 1901, era por aquellas

fechas jefe de la asesoría jurídica del Departamento Nacional de Trabajo y apoderado general del Partido Comunista para América Latina. En sus manos estaba, en efecto y en buena medida, ayudar a los Alberti para salvar su condición de indocumentados. Y mientras los trámites para conseguir el permiso de residencia parecían alargarse semanas, meses o incluso años, creando así una gran inestabilidad para María Teresa y Rafael, se tomó la decisión de que se marcharan a vivir a la casona que los Aráoz Alfaro tenían en la Villa del

Totoral, al norte de la provincia argentina de Córdoba, a 696 kilómetros por carretera de Buenos Aires. Allí, en las afueras del pueblo, en la avenida San Martín, rodeados de naturaleza —río, arroyos, álamos y sauces, calles de tierra, viviendas de patios amplios— fijarían su estancia durante cerca de dos años, con intermitentes visitas a la capital y algunas etapas de permanencia en ella, hasta que en 1944 dejaron definitivamente la quinta cordobesa.

Sabemos que la segunda semana de su llegada a Argentina

ya viven en Totoral, en la casa de anchos muros, de piedra y adobe, fresca en verano y de cálido abrigo en invierno. Situada en el viejo Camino Real, la morada de Rodolfo Aráoz, que sería lugar de asilo y encuentro de grandes intelectuales y artistas del pasado siglo –por allí pasarían, entre otros, Ernesto Sábato, Joan Miró, David Alfaro Siqueiros, León Felipe y José Donoso–, era una casona tan inmensa como la hospitalidad de su dueño. «Mi casa se llamaba “El Kremlin” –declaraba el abogado en 1967–. Es decir, así la llamaban mis enemigos

de Córdoba. Siempre estuvo llena de aborrecidos izquierdistas o intelectuales que podían haberlo sido o pasaban por tales. Tristan Maroff, los Alberti –emigrados de la guerra española–, Víctor Delhez, maravilloso artesano flamenco del grabado en madera, Deodoro Roca, Raúl González Tuñón y Amparo Mom, los Jorge –Faustino y Sarita–, Mario Bravo, Rodolfo Ghioldi, Toño Salazar y Carmela, su mujer, Pablo Neruda, Córdoba Iturburu y su mujer Carmen de la Serna, y hasta parece que estuvo varias veces en su juventud el Che

Guevara»^[73] . El propio Aráoz reconoce, con humor, que su casa era un nido de comunistas y perseguidos políticos, de ahí que se la conociera, entre la vecindad, como hemos visto, con el nombre de *El Kremlin*.

Tras instalarse en la casa, María Teresa y Rafael piensan en trabajar y en obtener cuanto antes los primeros ingresos. En ese sentido hay que contar con la providencial amistad de Deodoro Roca, abogado también, escritor comprometido y verdadero responsable de la revolución que

transformó la Universidad argentina y latinoamericana. A él se debe la temprana participación de Alberti en los medios culturales cordobeses ya que Deodoro introdujo al poeta en círculos y espacios donde pudiera impartir conferencias remuneradas. Sabemos por el diario *La Voz del Interior* que los días 4 y 6 de junio de 1940, el autor gaditano impartió sendas conferencias en el Teatro Rivera Indarte y en la Universidad de Córdoba, respectivamente. La primera de ellas, auspiciada por el Círculo de la Prensa de Córdoba, llevaba el título de «García Lorca,

poeta y amigo». La siguiente, dictada en el salón de actos de la Facultad de Derecho, versaba sobre «Una generación de poetas», en homenaje a sus compañeros de gesta literaria. Mientras esto sucedía a escasa distancia de la villa de El Totoral, María Teresa León pasaba días o periodos en Buenos Aires haciendo lo propio, buscando trabajo apoyándose en los amigos porteños. Las cartas cruzadas entre el poeta y la escritora, que no se habían separado hasta entonces, nos hacen ver que, al principio, la vida no fue nada fácil para ellos. Se aprecia

incluso cierta penuria en las palabras que María Teresa le escribe a su esposo desde la capital apenas dos meses meses después de pisar Buenos Aires: «Trabaja horrores, amor precioso, nuestra salvación próxima está en los sauces y los álamos de tu poesía [...]»^[74] . Semejante lenguaje y parecida preocupación se desprende de las misivas que Alberti le remite desde el campo, la casa de Totoral, en junio de 1940: «Aprovecha bien los minutos en Buenos Aires [...]. Busca, como puedas, alguna colaboración que

nos dé 50 ó 100 pesos al mes, contrata las conferencias y vente a vivir a este rincón, que con los 1.000 pesos que tenemos ahorrados y algo que recibamos de México, podremos aguantar el temporal, que creo no tardará mucho en resolverse [...]. Después que termine esa carta voy a comenzar a escribir. Quiero intentar, si me es posible, la distribución del trabajo: por la mañana, si estoy en luz, poemas; por la tarde “Trébol florido” y, después de cenar, las nuevas conferencias [...]»^[75] .

María Teresa se encontraba

alojada provisionalmente en un pequeño apartamento de Buenos Aires que le había alquilado María del Carmen Aráez, y desde allí echaba de menos a Rafael. Entre las lamentaciones y agradecimientos que salen de la escritora cabe subrayar el amor que le despierta su marido en momentos de grandes dificultades. Esa admiración nos conmueve con verdadera turbación por la fuerza del texto:

«Rafael ¡Vida! Se me caen las alas al estar sola. No sé. Al despertarme me doy cuenta de lo mal que se respira cuando se tiene

todo el aire para uno solo. He hablado con María Carmen. Losada cena con nosotros. María Carmen me ha alquilado un estudio muy bonito. Ahora salimos de nuevo para cobrar 60 pesos de “Sur”. Volveré muy pronto. Me duelen los zapatos con el asfalto. Esta es la ciudad más inhumana del mundo. Me gritan que es tarde. Te escribo a buchitos. Bésame. Te llevaré un perro o dos, todos los libros y nos quedaremos en nuestro escondrijo como dos viejas vizcachas incompatibles con los tranvías y el teléfono. Rafael ¡amor! Te beso. Un poquito desplumadita ya [...] Me

harta Buenos Aires. Todo es incómodo, desesperado. Si salgo a la calle, tengo que tomar taxis porque soy una miedosa y me da miedo caerme y no sé ir a los sitios. Ayer, domingo, me quedé en casa. Busqué los libros. Las maletas azules están rotísimas, ¡bastante duraron! Llevaré los libros en un cajón. No hablo nada más que de irme. Se ríen de mí. Totoral me parece un lago precioso. La piel de los hombres está hecha para sentir otra piel si no no se duerme y se tiene la mitad de la sangre. No creas que tenemos amigos, sino apariencias de

amigos, sombras. Lo único que tiene sangre y huesos es nuestro amor, nuestra costumbre [...]»^[76] .

Como vemos, María Teresa no pierde el tiempo esperando que le llegue el trabajo y se mueve por la capital bonaerense. Pronto recibe la ayuda de Pablo Neruda para que, en compañía de Rafael, imparta una serie de conferencias en universidades de Chile. Sabemos que ese mismo año, el 26 de octubre de 1940, nuestra escritora realizó una disertación en la Biblioteca Sarmiento de Santiago con el título de «El teatro, el

pueblo, la vocación y la guerra». Era sólo el comienzo de una etapa que durará 23 años; un periodo que literariamente será muy productivo para los esposos. «En el exilio alcanzará María Teresa la madurez narrativa y escribirá sus obras más importantes»^[77] ; «En Buenos Aires vivirá María Teresa veintitrés años de verdadera plenitud vital y literaria»^[78] , han señalado algunos de sus críticos.

Había vida después de una guerra; una vida de exiliado que al principio parecía marcada por la esperanza del retorno, un retorno

inminente y una vaga ilusión que se vendría abajo, como así veremos, en 1945.

AITANA, HIJA DE LA ESPERANZA

El año de 1941 comienza para el matrimonio con una intensa actividad. La correspondencia que María Teresa y Rafael mantienen con el poeta uruguayo Juvenal Ortiz Saralegui, conservada en Montevideo, permite reconstruir con minucioso detalle cómo fueron los dos primeros años en América para la autora de *Juego limpio*. Así, en carta del 19 de febrero de 1941,

Alberti escribe al intelectual montevideano en estos términos: «María Teresa está dando estos días, en Córdoba, unos conciertos-conferencias con la gran cantante judía Isa Kremer». Sabemos también por la misma carta que el matrimonio había viajado a Buenos Aires a primero de año, instalándose en un apartamento del mismo edificio que lo acogió a su llegada, en Libertad 1693, sólo que esta vez se alojarían en el piso 4.º B. La vivienda hacía esquina con la Avenida Libertador, apenas a tres calles de Suipacha 1444, la casa de Oliverio Gironde y Norah Lange.

Esas movilizaciones fueron posibles porque desde el 30 de septiembre de 1940 contaban ya con una autorización de permanencia en el país, es decir, la cédula de identidad que les concedía carta de legalidad y que se debió, finalmente, a las gestiones realizadas por los judíos argentinos de la Sociedad Hebraica. Aún tendrían que esperar hasta 1955 para obtener un pasaporte legal y hasta 1959 para conseguir de la embajada de España el certificado de nacionalidad, en el que consta, con letras claras, que el oficio de María Teresa no era otro que el de

«sus labores».

Conviene saber que en las fechas en que nos encontramos, febrero de 1941, María Teresa León estaba embarazada de tres meses; todo un milagro si nos acogemos al aciago pronóstico que la escritora escuchó muchos años atrás, recordándole que no concebiría más hijos. Y los acontecimientos se encadenaban ya que, a comienzos de marzo, veía publicada su primera obra en el exilio: *Contra viento y marea*.

Se editaba por fin en Buenos Aires un libro de largo recorrido que debía haber visto la luz en

España, al final de la contienda civil, o incluso en París –como ella misma cuenta en sus memorias–, donde recibió la desalentadora respuesta, al intentar publicarlo, de que «las cuestiones de España no interesan, señora». Ahora, adelantándose a la iniciativa de Gonzalo Losada, *Contra viento y marea* salía con el sello de la Editorial Aiape, órgano de la Agrupación de Intelectuales, Artistas, Periodistas y Escritores. Dicha agrupación, fundada en 1935 en Argentina por Aníbal Ponce, tenía una clara voluntad antifascista y contaba entre su núcleo más

destacado –en una conjunción entre vanguardia política y estética–, con poetas como José Portogalo y Raúl González Tuñón. A esa relación de cercanía cabe añadir el dato de que la versión chilena de AIAPE, creada en noviembre de 1937, estaba liderada por Pablo Neruda, y que la uruguaya, estrechamente ligada a la argentina, sería fundada en 1942 por Julio Casal. En cualquier caso y a tenor de las palabras de la propia autora, fue su amiga argentina Sima Kornblith e Isaac, marido de ésta, quienes la animaron a publicar la obra y a ponerla, en última instancia, en

manos de los editores.

Pero el acontecimiento más importante, por inesperado quizá, fue el nacimiento de Aitana aquel verano de 1941. «No la habían dejado ver crecer a los dos niños nacidos del primer matrimonio – escribía la misma Aitana en 2003–. Nunca tendrás otros, le habían dicho. Pero la paz obra milagro [...]. Hija de los desastres, me crié, ahora lo advierto, con la sobreprotección de quienes temen la súbita aparición de algún cataclismo»^[79].

María Teresa quería que su

hija viniera al mundo en Buenos Aires y llegó el día, como recuerda la escritora en sus memorias, de dejar «el río, el patio, la acequia, el pueblecito, la casona de los Aráoz Alfaro, el tálburi, los caballos, la Sierra de Córdoba y corrimos a recibir una niña pequeña a quien llamamos audazmente: Aitana»^[80] . Aitana: nombre de sierra alicantina, de nostalgia, de imposible olvido y de difícil retorno.

Los detalles de aquella experiencia, primera y última para Rafael Alberti, los relataba la hija

de ambos escritores con una magnífica prosa publicada el 17 de septiembre de 1993 en el diario *ABC*:

«9 de agosto. Hacia las siete de la mañana, el poeta al fin se decidió a entrar en la sala de partos de la clínica Decusatis (raro privilegio en aquella época), gracias al poder de persuasión de un amigo, el diminuto y adorable doctor Emilio Troise.

»María Teresa llevaba el sufrimiento varias horas. Alumbramiento difícil el de esta mujer de treinta y nueve años, cuyo organismo había padecido la

tortura física de una larga guerra y la tortura espiritual de saberse desterrada. Ahora, a pesar del dolor, entre las blancas paredes que la envuelven como un capullo siente, por primera vez, que la paz ha llegado. [...] Aitana me llamaron aquellos dos exiliados, para tener siempre a flor de labios la última tierra de España que contemplaron sus ojos»^[81].

Aitana «Es la recién nacida alegre de los ríos / americanos, es la hija de los desastres», como escribiría Alberti en su libro *Pleamar*. En el fondo, María

Teresa pensaba, como los desterrados en tantas latitudes, que la patria es también la tierra donde nacen los hijos. Así lo manifiesta en una carta que envía a la escritora de origen italiano Giselda Zani; en ella confiesa que Argentina será siempre para ella tierra bendita: «Seguiremos viendo crecer a Aitana en estas tierras, para mí, y para ella, benditas»^[82] .

Apenas dos semanas después, la familia regresaba a la quinta del Totoral. Era el ambiente que más beneficiaba a la pequeña y donde seguirían pasando largas

temporadas hasta 1944. Allí los días «se sucedían apacibles, transparentes, dichosos. Por los aires sutiles de la serranía cordobesa volaban bandadas de flamencos rosados»^[83].

Sin embargo, la vida no era fácil y en septiembre, según leemos de nuevo en la correspondencia con Juvenal Ortiz Saralegui, María Teresa se dispone a reanudar cuanto antes las conferencias que volverá a impartir en Montevideo. Con Aitana de pocos meses, la escritora se lanza a preparar los textos de las distintas

intervenciones que le propone a Ortiz para su inmediato periplo uruguayo: «El actor, la escena y el pueblo», «La nueva caballería andante (Hacia una épica impuesta)», «Tres sentimientos de amor en la canción popular» y «La guerra y la paz»^[84].

Con las dificultades que entraña reconstruir el itinerario americano de María Teresa, Rafael y Aitana por distintos domicilios durante más de dos décadas, podemos afirmar que la tercera residencia que ocuparon ese mismo año de 1941, sin abandonar los

periodos de estancia en la finca cordobesa, fue el apartamento prestado por Victoria Ocampo en la calle Tucumán, 677, 7.º C, en pleno centro de Buenos Aires. El siguiente será el de Santa Fe, 3.735, 7.º A, más adaptado a sus necesidades y en el que la pequeña comenzó a dar sus primeros pasos. A éste le seguiría un pequeño piso en la calle Alta Gracia y, poco después, la vivienda de la calle de las Heras 3.783, adonde se trasladarán a finales de 1943: primera casa con jardín que coincide con una época más estable y feliz que los primeros años en

Argentina, aunque con exceso de trabajo para María Teresa, entregada a sobreesfuerzos que ponen a prueba su enorme resistencia. Calle «sombreada por los árboles más hermosos del mundo, esos árboles que se desnudaban con sus flores azules para ofrecerlas a nuestros pasos»^[85], decía la escritora para confesar, unas páginas más allá, que la «casa de la calle de Las Heras empezaba a ser de verdad nuestra casa, nos afirmábamos, conocíamos cada hoja de las trepadoras que cubrían las paredes

de las casas vecinas, los pájaros que nos devolvían las primaveras en ese milagroso colibrí que colgaba de un hilo su impaciencia y su nido. Por primera vez volvían a ser mías las butacas donde nos sentábamos, la cama donde dormíamos. Rafael iba clasificando libros nuevos en bibliotecas nuevas y otra vez sobre su tablero de dibujo había pinceles, lápices... Únicamente los que se vieron con las manos totalmente vacías podrán comprender mi asombro. Teníamos ganas de entonar laúdes. ¡Alabada seas, ciudad hermosa de América,

por habernos resucitado!»[86]

La pequeña Aitana crecería, pues, entre la gran ciudad y el campo. Sus recuerdos de la finca de Totoral van intensamente unidos a la figura de Ramona, una mujer montaraz, «de amplio pecho, fuertes caderas, voz melodiosa y semblante entristecido»[87] . Fue esta cordobesa, a veces ayudada por su sobrina Elvira, quien se encargó de la crianza de la niña hasta que ésta cumplió los tres años. Es la propia Aitana quien emparenta la llegada de Ramona, «mi segunda madre», a la grave

enfermedad que postró a la pequeña a los pocos meses de venir al mundo. El origen de aquel mal, que pudo estar en la leche de vaca, en el agua mal hervida o en el mal de ojo, desesperó a María Teresa y Rafael hasta tal grado de tener que recurrir a voluntariosos curanderos y chamanes de la zona. «Tomaron por asalto el jardín –recuerda Aitana Alberti–, instalando una especie de campamento, y se aplicaron amorosos a la tarea de transformar en infusiones, cocimientos y emplastos cuanto planta medicinal produce aquel suelo, Mas fue inútil

la sabiduría»^[88] . La niña se iba apagando sin que nadie hallara remedio, hasta que alguien –nunca se supo quién– proporcionó al bebé unas pastillas de sulfamida y «la ciencia obró al instante lo que el cariño de los humildes no había logrado». Tras ese episodio y el regreso, cariacontecidos, de los sanadores a los montes, Ramona, que había llegado con aquella expedición, se quedó al cuidado de Aitana.

María Teresa León dedica varias páginas de *Memoria de la melancolía* a aquella mujer de piel

oscura, como de barro cocido, ojos mansos, aspecto fuerte y gesto sereno. Al principio, la escritora receló de ella por la actitud que mostraba hacia la pequeña, siempre huyendo de sus ojos o de traslucir alegría y confianza. «Era una indiferencia, un rechazo de todo su cuerpo, una repulsión contenida. Aitana levantaba sus manitas intentando acariciarla y, ella, sin notarlo. La he mirado durante horas intentando comprender por qué una criatura tan chica, tan linda de mirar, de ver cómo se abría impetuosamente como una flor, para Ramona no transparentaba

más que un gesto agrio y lejano»^[89] . La respuesta la encontró la escritora pocos días después, cuando alguien le informó de que Ramona acababa de perder a su hija en el hospital y de que lo que escondían sus ojos era pura tristeza. «Todo le fue perdonado». Y a partir de aquel momento, en cuando la nodriza fue superando el dolor y la niña fue ganándole el corazón, aquélla no tuvo manos ni alma para nadie más. «Era tan posesiva –continúa el relato de María Teresa–, que iba a recibir a su marido cuando venía a verla con

la niña en brazos. No quería dejarla en la cuna. En cuanto yo daba la vuelta, la levantaba para sentirla contra su pecho. Así fue mi hija creciendo. Crecía Aitana y Ramona vigilaba sus pasos con sus ojos tan oscuros, hablándola dulcemente con la dulce pronunciación cordobesa. Fuimos a Buenos Aires. Pasaron años. Aitana seguía reclinándose sobre el pecho de Ramona»^[90] . Sin embargo, aquella mujer –personaje de tragedia griega, como también la definía Aitana Alberti– estaba marcada por la desgracia, de modo

que no tardó en sufrir las consecuencias de un marido celoso, Froilán, asiduo visitante de la casa, hombre de bajos instintos y capaz de amenazar a los Alberti con anónimos tan inclementes como: «Pronto acabaremos con el comunismo internacional. Ustedes no son trigo limpio». El caso es que aquella prenda de esposo acabó acuchillando a una de sus amantes y a la hermana que la acompañaba, de modo que se buscó una condena a cadena perpetua que castigaba también en vida a la inocente de Ramona. «Ramona no lo abandonó. Iba a verlo a la

cárcel. Le pareció más suyo entre las rejas, por fin, suyo del todo...» Quien sí se sentiría abandonada fue la pequeña, ya que el ama desapareció poco tiempo después sin dar muchas explicaciones. «Desapareció de súbito –dice de nuevo Aitana– y durante mucho tiempo lloré su deserción, cuyos motivos comprendí años después. Era una criatura seráfica, de clara inteligencia y desbordante maternidad. Campesina de hondas raíces populares, sus relatos de ánimas y aparecidos, [...] suscitaban en mí deliciosos terrores. Disimulaba las pequeñas

travesuras, consolaba las pequeñas y también cocinaba riquísimos platos cordobeses: locro, mazamorra, humitas y un dulce de leche celestial»^[91].

Ramona murió joven y no tuvo más acompañamiento en el funeral que a María Teresa y Rafael. El marido correría la misma suerte años más tarde en una cárcel de Buenos Aires situada en la misma calle de Las Heras donde vivían entonces los Alberti.

MORIRÁS LEJOS

A finales de 1941, la familia Alberti-León viaja a Montevideo donde pasará una provechosa temporada. Son grandes las amistades que han ido fraguando en esos veinte meses y llega el momento de fortalecer los lazos. Allí repetirá la pareja su ciclo de conferencias y también, a partir de 1942, gracias a la generosidad de esos amigos, será en Uruguay donde pasará numerosos veranos, bien en

el sofisticado balneario de Piriápolis, bien en Punta del Este.

Prueba de esas buenas relaciones con el país vecino la encontramos en la revista *Alfar*, dirigida por el gallego Julio J. Casal. La publicación, que tenía su antecedente en la *Revista de Casa América-Galicia*, fundada en 1922 en La Coruña, se había trasladado con Casal a Montevideo y allí siguió editándose hasta la muerte de éste en 1954. Fue *Alfar* una de las revistas americanas que más espacio dedicó a la pareja de escritores. En sus páginas encontramos en 1942 la reseña que

Juvenal Ortiz Saralegui dedica al último libro de María Teresa, *Contra viento y marea*, al lado de una más que elogiosa semblanza de la autora a cargo de la profesora y escritora Sofía Arzarello:

«Hube de sobreponerme para salir de la mudez, ante esta estructura de almendras sutiles y estas punzantes luces en que nos absorbe sin prevenirnos, la radiante belleza española de María Teresa León. [...] una feminidad pródiga y agresiva como la que tenemos esta noche entre nosotros, que pone en riesgo de humillación a toda mujer que todavía no puede

mirarse en ella como en un espejo. [...] María Teresa tiene ese hechicero arte de vivir, de rango españolísimo que es arte de morir. Y así deja de ser inexplicable que habiendo caído España al fondo del horror y viéndola cada vez con el espíritu más hambriento sobre huesos pelados, extraiga María Teresa esta alegría que nos obliga a ponernos a su altura. [...] Tiene el don intransferible de estando vencida no sentirse vencida. [...] Alguien había de enseñarnos a vivir y triunfar de la muerte y esto lo hizo España. Por eso tú, María Teresa, ofreces al que te mira el

movimiento del color rojo que acelera el pulso de la visión, fuerza y finura exactas de España, yo las saludo en ti y de ti las tomo ávidamente»^[92].

No se quedaba atrás Ortiz Saralegui en su reseña del libro. El crítico uruguayo consideraba *Contra viento y marea* un relato encomiable en el que lucían de igual modo la denuncia política, el coraje del discurso, el valor literario y el estilo preciso de la autora:

«...su escritura es sagrada por reveladora. Marcas de fuego las de

este libro, desnudo de todo artificio, porque ha nacido para la conciencia colectiva. Alternan en él, sueño y acción, fusiles y jacintos, un episodio de América ametrallada y la liberación del hombre español.

»María Teresa León crecida de carmines, altiva castellana bajo la luz del Plata, cuya presencia ha honrado nuestras tribunas recientemente, nos trae la imagen de su pueblo en llamas. Imagen de labores, viento de la muerte inmortal y anónimo heroísmo entre banderas y escombros.

»¿Qué don mayor puede

ofrecernos una peregrina?»[93]

El ejemplo humano y literario que María Teresa León había dejado en la cultura y en las lejanas tierras de España comenzaba a ser reconocido en aquel continente. Invitada por la Sociedad Hebraica Argentina, el jueves 27 de agosto de 1942 brilló con luz propia a lo largo de su disertación titulada «Voz y canto de España». A sus charlas y a sus colaboraciones en prensa –en el diario *España Democrática* de Montevideo publica «La tierra arrasada» (17

junio 1942) y «El barco» (11 noviembre 1942)— hay que sumar los programas de radio en los que empieza a intervenir diariamente con voz y con guion propios. Nuestra escritora dirige y trabaja en emisiones de Radio El Mundo, Radio Belgrano y Splendid. Sus textos radiofónicos eran claros, limpios, breves, amenos y pensados esencialmente para un oyente femenino. Se trataba de programas de unos quince minutos que solían emitir de cinco y media a seis menos cuarto de la tarde, como era el caso de Radio El Mundo. Un cuarto de hora hablado

significaban entre cuatro y cinco folios mecanografiados por la escritora en papel de escaso gramaje, con una media de 30 líneas por hoja y por una sola cara.

Se puede decir que la etapa más intensa de esa entrega al medio radiofónico queda comprendida entre noviembre de 1942 y mediados de 1943. La recuperación de buena parte de esos guiones por diversas vías nos permite recoger aquí, al menos, medio centenar de ellos, aún a sabiendas de que es de lamentar, como indica María de los Ángeles González, que «no se conserven registros sonoros de

estos programas ya que el archivo de la estatal Radio El Mundo, de Buenos Aires –hoy Radio Nacional– desapareció»^[94] . Aquellas audiciones radiales llevaban la cabecera común de *Charlas de María Teresa* y tenían un carácter literario y cultural, además del trasfondo ideológico de un pensamiento y de un pasado estrechamente unido a la lucha política española. La historiadora Dora Schwarzstein señala en su libro *Entre Franco y Perón* que «durante la década de 1940 en el [café] Iberia se subía el volumen

de la radio y se escuchaban las Charlas de María Teresa León [...] donde recitaba poesías suyas, de Rafael Alberti, de García Lorca y hablaba sobre la Guerra Civil, primero por Radio El Mundo y luego por Splendid»^[95] Los textos recogidos hasta la fecha de esas creaciones radiadas serían, por orden cronológico:

—[Teresa Mancha enamorada del poeta José de Espronceda] (radiado el 4 de noviembre de 1942)

—[Una tarde andaluza]

(radiado el 9 de noviembre de 1942)

—«La pájara pinta. I»
(radiado en noviembre de 1942)

—«Baldomero Fernández Moreno» (radiado el 10 de noviembre de 1942)

—[Jardín Botánico] (radiado el 13 de noviembre de 1942)

—«La pájara pinta. II»
(radiado el 17 de noviembre de 1942)

—[Musset y Rachel] (radiado el 18 de noviembre de 1942)

—[Argentina para exiliados]
(radiado el 20 de noviembre

de 1942)

—[El descubrimiento de América] (radiado el 25 de noviembre de 1942)

—«La loca de la casa» (radiado el 27 de noviembre de 1942)

—[Niños y juegos] (radiado el 2 de diciembre de 1942)

—«El poeta errante, moda de la Edad Media» (radiado el 3 de diciembre de 1942)

—«Canciones del París perdido» (radiado el 3 de diciembre de 1942)

—[Goethe y Charlotte] (radiado el 9 de diciembre de

1942)

—«Hacia la ciudad de las siete corrientes» (radiado el 10 de diciembre de 1942)

—«Sobre algunas costumbres y canciones de España» (radiado el 11 de diciembre de 1942)

—«Los denigrados animalitos que se llaman hormigas» (radiado el 14 de diciembre de 1942)

—«Lope de Vega, gran poeta y sacerdote enamorado» (radiado el 15 de diciembre de 1942)

—«La primera fiesta del

amor en Versalles» (radiado el 16 de diciembre de 1942)

—«La primavera» (radiado el 21 de diciembre de 1942)

—[Antecedentes de la fiesta de Navidad] (radiado el 23 de diciembre de 1942)

—«Jardines y aires de la Navidad en mi infancia española» (radiado el 24 de diciembre de 1942)

—«La pájara pinta. III» (radiado el 29 de diciembre de 1942)

—«Canciones de guerra» (radiado el 29 de diciembre de 1942)

—[Caballos y caballeros]
(radiado el 30 de diciembre
de 1942)

—«La pájara pinta. IV»
(radiado el 31 de diciembre
de 1942)

—«El poeta Julio Herrera y
Reissig o el precio de la
gloria» (radiado el 25 de
marzo de 1943)

—«Una escritora chilena,
Marta Brunet nos va a hablar»
(radiado el 3 de abril de
1943)

—«Un corazón puesto al
desnudo: Baudelaire»
(radiado el 20 de abril de

1943)

—«Un Cristo de la imaginería cristiana» (radiado el 22 de abril de 1943)

—«Otoño cordobés o el oro de las sierras» (radiado el 24 de abril de 1943)

—«Cualquier tiempo pasado se vistió mejor» (radiado el 27 de abril de 1943)

—«Mujeres y poetas deben conocerse. El poeta Ricardo Molinari nos visita» (radiado el 6 de mayo de 1943)

—«Sobre el arte de leer» (radiado el 13 y el 15 de mayo de 1943)

—«Una extraña representación de Sarah Bernhardt» (radiado el 20 de mayo de 1943)

—«Mariano Moreno dijo» (radiado el 25 de mayo de 1943)

—«Oración fúnebre a un elefante muerto de amor en el Zoológico de Buenos Aires» (radiado el 27 de mayo de 1943)

—«Cómo conocí al pintor Pablo Picasso» (radiado el 8 de junio de 1943)

—«Por qué la Inquisición de Salamanca condenó a Fray

Luis de León» (radiado el 3 de junio de 1943)

—«El *Cantar de los cantares* del rey Salomón» (radiado el 10 de junio de 1943)

—«Cuando la navegación era a brazo» (radiado el 17 de junio de 1943)

—«Tres jueves hay en el año...» (radiado el 24 de junio de 1943)

—«Domingo Faustino Sarmiento viaja a Estados Unidos» (radiado el 29 de junio de 1943)

—«El pescador sin dinero» (radiado el 8 de julio de

1943)

—«“Ha dado nacimiento un pueblo...” (Independencia Argentina)» (radiado el 10 de julio de 1943)

—«Hacia la ciudad de las siete corrientes» (radiado el 15 de julio de 1943 –repite el texto emitido en Radio El Mundo el 10 de diciembre de 1942)

—«La sal del lenguaje» (radiado el 20 de julio de 1943)

—«La fidelidad de los romances tradicionales» (radiado el 24 de julio de

1943)

—«Cualquier tiempo pasado fue mejor: moda y vestidos de siglos pasados» (Sin fecha. Emitido con parecido título el 27 de abril de 1943)

—[Charla-entrevista con Lolita Torres] (Sin fecha)

Junto a estos guiones ha quedado también un material, en su mayor parte inédito, de difícil clasificación puesto que se trata de textos mecanografiados que tienen aspecto de relatos, de artículos, guiones o de borradores de los que se pudo servir la autora para

convertirlos después en versiones definitivas. Es el caso del ensayo breve «Vestido de fiesta», que acabaría convertido en el guion «Cualquier tiempo pasado se vistió mejor», o de la prosa titulada «Teresa, de José de Espronceda», que transformaría en el texto radiado «Teresa Mancha enamorada del poeta José de Espronceda».

Lo que no deja de asombrar es la capacidad de trabajo de María Teresa León. Ocupada en un libro de relatos que vería la luz ese mismo año de 1942, en los artículos que publicaba en diarios

como *España Democrática* de Montevideo, en cursos y ciclos de conferencias que impartía en Buenos Aires y Uruguay, y en programas radiofónicos de frecuencia casi diaria, aún se las arreglaba para cuidar de su hija y mantener vivo su activismo político colaborando en tareas de ayuda a otros exiliados. Aunque la escritora se lamentase por escrito a Juvenal Ortiz en carta de 12 de febrero de 1942, insistiendo en que no tenía «tiempo para nada entre Aitana y la novela», todavía debía ocuparse de las tareas del hogar, de la alimentación, de la intendencia, de

la administración familiar e incluso de la cómoda y alegre generosidad de su marido cuando disponía de la casa a su antojo. Almudena Grandes ha recordado los días en que «Rafael Alberti iba recogiendo españoles republicanos y hambrientos por la calle, y se los llevaba a comer a casa sin avisar, seguro de que María Teresa volvería a obrar para todos ellos el milagro de los panes y los peces»^[96].

Tal y como hiciera en los años de guerra y de privaciones en la sede de la Alianza, María Teresa

tenía una gracia muy especial para la improvisación, para transformar las pocas provisiones y la escasez en uno gustoso y apreciado banquete. Pero más allá de esas y otras virtudes, lo que ha despertado la atención de estudiosos y devotos de su vida y de su obra es su falta de rebeldía a la hora de asumir un papel injustamente secundario en su etapa de esposa, madre y exiliada. «Durante varias décadas –aclara José Infante– María Teresa se convierte sólo en la compañera del poeta Rafael Alberti. Trabaja incansablemente como traductora, como guionista de radio y de

televisión, como articulista, como autora de biografías, novelas y cuentos... siempre a la sombra del autor de *La arboleda perdida*. En París, en Argentina, en Roma, María Teresa León asume su papel de esposa y deja el primer puesto para Rafael. ¿Esa es la actitud consecuente de una mujer que había estado en la vanguardia de la revolución y de la lucha de las mujeres en los años decisivos de la II República Española? ¿Es esa la postura de una mujer que había ejercido un feminismo radical para su época?»^[97] .

Responder a esta última pregunta o aproximarnos a ello puede aclarar muchos gestos, actitudes y comportamientos de nuestra escritora que más avanzado el tiempo del destierro y entrados de lleno en los años de madurez resultarán más difíciles de entender. Y en este sentido cabe decir que María Teresa León, lejos de cualquier leyenda, fue más femenina que feminista, definición que la emparenta con buena parte de mujeres de su tiempo y de su generación, ya sea el caso de María Zambrano, Concha Méndez o Rosa Chacel, que nunca militaron en un

feminismo guerrero. «Lucharon y se hicieron un hueco junto a sus maridos por el valor intrínseco de su obra —comenta de nuevo Infante—, sin necesidad de subrayar su carácter de mujeres libres y contemporáneas, que rompían moldes y convenciones sociales sin hacerlo notar, con absoluta naturalidad y sin intención alguna, como luego se ha hecho desde muchos frentes del feminismo militante, de suplantar el papel de los hombres...»^[98]

Es el amor hacia el poeta el que da sentido pleno al sacrificio.

Eso no significa que la proliferación de actividades y el esfuerzo personal por la supervivencia no fueran vividos sin algún conflicto, sobre todo a la hora de conciliar la labor doméstica con el trabajo intelectual. Y cuando esto ocurría, se imponía como tarea preferente hacerle la vida más agradable al esposo. Así lo expresó ella misma en diversos momentos, con frases tan incontestables como que amar era para ella supeditarse al ser amado, cuidar los intereses del otro: «Ahora yo soy la cola del cometa —decía la autora

enamorada—. Él va delante. Rafael no ha perdido nunca su luz. A veces, él cree que se eclipsa y se enfada con sus pensamientos»^[99] . La autora de *Memoria de la melancolía*, según todos los testimonios recogidos, era quien, además, tiraba anímicamente del poeta. Ante la pregunta de si el genio de Alberti pudo ocultar el talento de su compañera, la propia María Teresa respondería a Maya Altolaguirre con la sencilla evasiva de que «ella se preocupaba muchísimo por que él escribiera»^[100] ; cosa que no

ponemos en duda, es más, sabemos de amigos muy cercanos a la pareja que Rafael era como un niño para ella, y que cuando nuestra escritora advertía que éste se deprimía o se venía abajo por alguna razón —«se le ponía mustio»—, llamaba de inmediato a unos u otros amigos y le organizaba una fiesta. En otros casos, los convidados eran ellos, sobre todo si la invitación provenía de Oliverio Girondo y Norah Lange, en cuya casa de Buenos Aires se organizaban encuentros y veladas especialmente animadas, o en la del Delta del Togra. Como decía la propia escritora, aquellos

amigos jóvenes, brillantes y ocurrentes eran «la encarnación del placer de existir».

La tristeza íntima de María Teresa por no alcanzar el reconocimiento debido —méritos nunca le faltaron— no afloró en su comportamiento diario y pocos supieron del dolor que le causaba la poca o mucha desatención con que fue pagada por quienes tenían en su mano el poder de valorar, divulgar y enaltecer su obra: editores, críticos, traductores, teóricos de la literatura e incluso compañeros. Ella no era dada a traslucir ese tipo de sentimientos,

que interiorizaba a la perfección, que sobrellevaba de buen grado gracias a las amistades, los contactos y la vida cultural rioplatense, capaces de distraer sus pensamientos y de convertir los años de exilio en un tiempo amable. «La imagen que recuerdan de María Teresa quienes la vieron en sus años argentinos dista mucho, como se dijo, de ser sombría – apunta María de los Ángeles González–. Más bien las voces del pasado la alcanzan como una mujer exitosa, ingresada a una sociedad en la que obtuvo lugares de destaque público. Según su hijo,

nunca vivió la fama de Rafael como un problema, ni esto motivó competencia o celos. Antes bien, siempre lo alentó y lo admiró»^[101].

Pese a ello, mantenemos la teoría de que ella fue la que nunca quiso despertar en él la menor competencia y mucho menos celos profesionales o artísticos. Ella tomó el timón de la vida familiar y allanó el camino de su esposo, despejando cualquier obstáculo que perturbara el trabajo y el éxito del poeta, y más allá, tirando de él en los momentos de depresión o de

desaliento, animándole a escribir, a acabar un poema o un dibujo, inculcándole disciplina. Era ella quien pensaba permanentemente en los triunfos de Alberti para verlo feliz. De ella, en cambio, es fácil suponer que pocos se acordaban. La imaginamos haciendo sus gestiones para ser tenida en cuenta, para reivindicar discretamente su talento, para lograr encargos (un guion de cine, de radio o de televisión) o para publicar uno de sus maravillosos libros. Y todo ello sin desatender, como hemos señalado, lo más mínimo las tareas domésticas, las gestiones

administrativas de la casa o las económicas, sacando tiempo de donde parecía imposible.

En *Memoria de la melancolía*, con mucha sutileza, María Teresa León evoca a otras mujeres que le son cercanas y cuyas vidas le sirven para hablar de la suya propia. Lo hace a propósito de Zenobia Camprubí, de la que destaca, entre otras virtudes, la gran labor de intendencia que como esposa de Juan Ramón Jiménez tuvo que desarrollar. No nos cabe duda de que nuestra escritora pensaba en sí misma al escribir: «La vida de los poetas no

se soluciona como la de los pájaros, no provee sus alimentos aquel que cuida las golondrinas viajeras. Los poetas comen, duermen, se agitan y desean como cualquier hombre. Bueno, no, peor, son más difíciles que cualquier hombre. Camprubí sabía muy bien esto. Si Juan Ramón era el hilo tejedor de la más alta poesía española, si era el padre de la generación estupenda que nació después del año 1920, en España, Zenobia era para Juan Ramón la urdimbre. En su fuerza segura se trenzaba la existencia diaria de

Juan Ramón»[102] .

Por las razones apuntadas, escritoras como Concha Méndez, Ernestina de Champourcín, Zenobia Camprubí y un largo etcétera de esposas y compañeras de hombres bien significados se hicieron cargo de las obligaciones más perentorias para que sus maridos pudieran seguir creando y realizando su obra literaria: «María Teresa León — escribe el periodista Saiz Viadero— ha de preocuparse de que el temperamento dado a la juerga y bastante pródigo de Rafael Alberti no rompa la armonía vecinal y

acabe con la economía familiar, sobre todo cuando se encontraba con un espíritu todavía más crápula y desinhibido como era el chileno Pablo Neruda. Es entonces cuando Delia del Carril y María Teresa León tenían que hacer grandes esfuerzos para que la promiscuidad de los amigos convocados no ocasionara el desahucio de la vivienda, cosa que no siempre consiguieron»^[103].

Pero esa labor la llevó también con firmeza y pulso María Teresa; y además pudo sacar tiempo de donde apenas había para

publicar en septiembre de 1942, en Buenos Aires, su segunda obra en el exilio: *Morirás lejos*, con el sello de la editorial Américalee, empresa argentina de cultura libertaria. Se trataba de una colección de 18 relatos que incluía, con ciertas modificaciones estilísticas, las diez narraciones de su libro de 1935 *Cuentos de la España actual*. Con ilustraciones interiores y cubierta de Gori Muñoz, los textos que ahora añadía eran: «Morirás lejos», «El perfume de mi madre era el heliotropo», «Zapatos para el viento», «Locos van y vienen», «El barco», «El

forastero», «Luz para los duraznos y las muchachas» y «La hora del caballo». Los relatos del pasado se entreveran perfectamente con los de nueva factura y se respira en la colección un mismo aire, una coherencia interna que los nivela. Las 18 piezas se inscriben dentro del llamado realismo socialista y en una corriente literaria, según algunos críticos, cuya finalidad propagandística y dialéctica se impone a la voluntad de estilo. Parece claro que María Teresa León, bajo las nuevas circunstancias del exilio, seguía concibiendo sus cuentos desde los

paradigmas del Partido Comunista sovietizante en el que militaba desde 1932. Sin embargo, hay que añadir en su favor que, pese a ese componente ideológico, su lenguaje la aleja de la literatura social de la época, eminentemente panfletaria, gracias a su lirismo y al componente poético que se filtra en su discurso.

El 21 de diciembre de 1942, tres meses después de la publicación de *Morirás lejos*, nuestra escritora es agasajada por sus nuevos amigos en la histórica confitería de la calle Corrientes New China (Jardín Japonés). En la

celebración está presente, entre otras personalidades, la embajadora de la España leal Anita Cuatrecasas. Para entonces, María Teresa ya estaba inmersa en una nueva tarea: la adaptación para el cine de *Los ojos más lindos del mundo*, película en blanco y negro, de 89 minutos de duración, dirigida por Luis Saslavsky, con Amelia Bence en el papel de protagonista, además de contar en el reparto con Roberto Airaldi, Pedro López Lagar, Benita Puértolas, Amalia Sánchez Ariño y Ernesto Vilches. Nuestra escritora trabajó en colaboración con Carlos Adén,

coautor del guion, a partir de la obra de Jean de Sarmant *Les plus beaux yeux de monde*. La película, un drama en el que dos hermanos se enamoran de la misma mujer, una hermosa joven que va perdiendo la vista, se estrenó en Buenos Aires el 27 de julio de 1943. Alcanzó gran éxito –el diario *Crítica* destacaba en su crónica el «clima poético, todo contribuye en este film a dejar una sensación de suave belleza»^[104] – y sirvió para que Amelia Bence, considerada el rostro más cinematográfico del cine argentino, recibiera el apodo de *los*

ojos más bellos del mundo, al menos desde 1943 hasta su fallecimiento el 7 de febrero de 2016.

El guion cinematográfico, la adaptación y los diálogos se convertirían para María Teresa, a partir de aquel primer encargo, en una de las labores mejor remuneradas de cuantas pudo realizar en Argentina, y ello gracias a su amistad con figuras importantes del cine nacional argentino de aquellos años, sobre todo con Delia Garcés y su esposo, Alberto de Zavalía, y del director Luis Saslavsky.

Esa experiencia no la apartó de los compromisos contraídos con valiosos mecenas y promotores culturales, de ahí que el jueves 4 de marzo de ese año de 1943, a las 18:30 horas, estuviera impartiendo en los Salones del Centro Gallego de Uruguay la conferencia titulada «Voz y canto de España».

Es a finales de 1943 cuando el matrimonio, acompañado de la pequeña Aitana, se traslada al domicilio de la calle Las Heras, 3783, de Buenos Aires. Por esas fechas, María Teresa ya cuenta, entre sus tareas principales, con un proyecto ambicioso que le ha

encargado Luis Saslavsky y que la mantendrá ocupada un largo año de escritura y correcciones: se trata del guion para el cine de una pieza española del Siglo de Oro: *La dama duende*, de Calderón de la Barca. Ya el 1 de enero de 1944, la autora de *Cuentos para soñar* escribía a Juvenal Ortiz Saralegui para ponerle al día sobre sus logros y sus proyectos: «Nosotros, marido y mujer, seguimos trabajando. Rafael en una obra de teatro y yo en mi novela nueva [probablemente *Juego limpio*]. Creo que voy a poder escribir más, por lo menos hasta que empiece la

filmación de *La dama
duende*»^[105] .

LA DAMA DUENDE

Durante ese proceso de creación y adaptación de Calderón al cine, María Teresa publica en Buenos Aires otra obra de particular interés: *La historia tiene la palabra*. Se trata, y así hay que considerarlo, de su primera obra escrita enteramente en el exilio, y su valor se centra en la intención y en la voluntad de ofrecer un testimonio histórico de la República y la defensa del gran patrimonio

artístico español. Una de las experiencias vividas con más intensidad en los años de guerra no podía quedarse en el mero recuerdo para una escritora consagrada a reconstruir la memoria. El libro, publicado en los Cuadernos de Cultura Española dentro de la colección del Patrimonio Hispano Argentino de Cultura, llevaba el subtítulo de *Noticia sobre el Salvamento del Tesoro Artístico*, y en él, como pudimos detallar en el apartado «Defensa y Protección del Tesoro Artístico nacional» de este libro, María Teresa León cuenta el proceso de traslado de las obras

desde Madrid a Valencia ante la amenaza de su destrucción y concentra sus esfuerzos en reconstruir las tres actuaciones en las que participó directamente.

Sin embargo, la escritora riojana andaba esos días de 1944, como hemos adelantado, ocupada en el guion de la película *La dama duende*, según la comedia homónima de Calderón de la Barca. «Sucedió que un día –relata la escritora en *Memoria de la melancolía*– Luis Saslavsky, director de cine, tal vez el más dotado de la Argentina, me dijese: María Teresa, ¿te gustaría hacer

conmigo una película? Tema español. Yo le contesté: ¿Tema español?, sí, y de este modo puedes aprovechar a los excelentes actores españoles que blasfeman en la Avenida de Mayo delante de una taza de café, hablando todavía de la guerra. Poco tiempo después tenía sobre mi mesa el guión de *La dama duende*»^[106].

Pero antes de cumplir el encargo y de comenzar el rodaje de la obra, hubo que resolver muchos detalles importantes. El primero fue la elección de la protagonista, y ese papel cayó en Delia Garcés,

gran amiga de nuestra escritora. «Delia Garcés, hoy una mujer siempre preciosa, era entonces la palma de la juventud. Aquella muchacha, española por sus padres, casada con Alberto Zavalía, que también dirigía cine, parecía hecha para hacer el personaje de *La dama duende*, la que es y no es, la que está y no está, la que se presenta y se desvanece». La otra decisión, que afectaba directamente a la labor de María Teresa, fue el cambio de tiempo y escenario. «Luis dijo que no le gustaba el siglo XVII calderoniano sino el XVIII goyesco y que había que

reinventarlo todo. Así lo hice, alegrando las escenas con cantos y bailes. Lo primero fue convencer a los Estudios San Miguel, que aceptaron la película, de que aquello no era una zarzuela, que el pueblo debía ser el pueblo con toda su seriedad y su gracia, sin caricatura ni exageraciones; los duques y su palacio podían aumentar los tonos divertidos. Gori Muñoz, con inmensa paciencia, inventó un pueblecito sobre un río y extendió sobre la mesa los figurines para una cantidad de primeras y segundas figuras, bailarines y estrellas, como jamás

se había hecho en la Argentina. Luis y yo barajamos duques y pueblo. Se eligieron los tipos. Diosdado vistió su uniforme de húsar, igual uniforme recibió Andrés Mejuto; Amalia Sánchez Ariño aceptó ayudar a la Dama Duende en sus nocturnidades. A Maximino —¿quién que lo conoció no lo recuerda?— lo hicimos alcalde y a la hermosísima Elena Cortesina, alcaldesa. Hoy me gustaría estar junto a Antonia Herrero, junto a Vilches, sentarnos sobre aquella yerbecilla junto al río a descansar de los pesares y a tragar los que da siempre la

filmación de una película. Era tan real todo aquello para los actores desterrados de España, que nos asombraba regresar a Buenos Aires todos los atardeceres. Luis Saslavsky consiguió resultados excelentes. Dicen que aún después de tantos años *La dama duende* sostiene su prestigio, asomándose de cuando en cuando a la televisión»^[107].

Como bien refiere María Teresa, la película, que se estrenó el 17 de mayo de 1945, tuvo un sonado éxito en toda Hispanoamérica. La prueba

inmediata fueron los innumerables galardones que recibió, desde el premio Cóndor de la Academia de Artes y Ciencias Cinematográficas de la Argentina a los que le concedió la Asociación de Cronistas Cinematográficos en casi todas las categorías: dirección, guion (adaptación), escenografía, banda sonora y mejor película. Hubo unánimes elogios al trabajo de María Teresa, a ese guion que, según palabras de Juan Manuel de Prada, «es un prodigio de arquitectura narrativa, gracia poética y esmero en la captación de

ambientes y personajes»^[108] . Se podría decir, además, que *La dama duende* fue una verdadera película de exiliados^[109] y tuvo tal grado de identificación con la comunidad de emigrantes españoles en América que el Gobierno español, informado de su repercusión, decidió prohibir su proyección en España.

Aquel guion, trabajado a fondo por María Teresa León –que adapta un clásico para defender la libertad femenina y el derecho de la mujer a decidir sobre su destino– con la puntual

colaboración de Rafael Alberti en la creación de algunas canciones de carácter popular, como las seguidillas que canta la viuda Angélica, o los fandangos y coplas que entonan las lavanderas, la comedianta o las gentes del pueblo, sirvió al matrimonio para salir de los apuros y estrecheces que arrastraban desde su llegada a Argentina. Los honorarios percibidos por aquel trabajo les permitió comprar un terreno en Punta del Este y construir en él *La Gallarda*, una casa junto al mar que marcaría poderosamente la infancia de Aitana y los veranos más felices

de los Alberti. «Fue la primera vez que alguien dejó en mis manos eso que llamamos dinero –recordaba años después la escritora—. ¿Para qué sirve el dinero? Para comprar, tonta. Y para comprar aquellos pinos altos y ya crecidos de Punta del Este sirvió *La dama duende*. Sí, necesitábamos sentarnos sobre la pinocha, apoyarnos en los troncos para que Aitana escuchase cómo pasaba el viento, la voz de la madera, los insectos incansables del verano y aquellas alas de ángeles o de pájaros o de sueños que volaban sobre nuestros días. ¿Y la casa? Antonio Bonet extendió

ante nosotros el plano. Dijo: Delia Garcés os ha pagado la primera cuota del terreno. ¿Te gusta? Sí, como me gusta la esperanza. ¿Cómo llamaréis a esa esperanza? “La Gallarda”, intervino Rafael, y la Gallarda creció poco a poco hasta llenarse de amigos como todas nuestras casas pasadas, presentes y futuras»^[110].

La Gallarda iba a ser, en efecto, el primer hogar en propiedad de la familia. Tanto es así que la misma escritora se ocupó de concebir la vivienda a su imagen y semejanza. «Debe decirse

que el proyecto de la casa es exclusivo de María Teresa –afirma la profesora María de los Ángeles González–; ella imagina la disposición de los ambientes, se entiende con los obreros, consigue aquí o allá un sobrante de ladrillos con algún amigo generoso, compra objetos decorativos en algún “derribo”...»^[111]

De los recuerdos y las recurrentes evocaciones de Alberti, María Teresa León e incluso Aitana, de los veranos en Punta del Este, en aquella propiedad de La Gallarda, se desprende una etapa

de auténtica felicidad, sobre todo durante ese lustro paradisiaco (1945-1950) en el que alternaban los veranos en la costa uruguaya con los intensos inviernos bonaerenses. «En la Gallarda – puntualizaba Aitana Alberti– [...] creo haber vivido los momentos más dichosos junto a mi madre y a mi padre, curiosamente con cada uno por separado»^[112] . También evoca la hija de María Teresa y Rafael la imagen del arquitecto de aquel hogar levantado entre pinares, el catalán Antonio Bonet, exiliado en Buenos Aires desde

1938 y responsable de importantes construcciones racionalistas que quedaron en ambas costas del Río de la Plata. «En medio del amplio espacio de vegetación abierto hacia una calle sin asfaltar –continúa Aitana–, levantó Antonio Bonet La Gallarda, alba sirena mediterránea, coronada de rojas tejas árabes, entregada toda ella por sus amplios ventanales al sol de la amistad y al mar de la poesía, trepados los flancos de rosas y jazmineros. María Teresa siempre supo rodearse de espacios mágicos»^[113] .

Coinciden los recuerdos de la familia en colocar al poeta en su papel de marinero, con Aitana cogida de su mano, bajando diariamente a la Playa Mansa para disfrutar del océano. Mientras tanto, María Teresa –que temía el mar desde la infancia– se quedaba en casa esperando su regreso como una madre feliz y complacida. Según relata Aitana, su madre estuvo a punto de ahogarse en la playa de la Concha de San Sebastián y, desde aquel percance, jamás se bañaba en el mar. Aquel tiempo en La Gallarda, durante las tardes o a la hora de la siesta,

«arrebujadas en la blanca hamaca paraguaya tejida en grueso estambre», María Teresa narraba a la pequeña Aitana historias de su infancia burgalesa y madrileña; por primera vez oyó hablar de la Isla de Cuba, especie de paraíso perdido adonde el abuelo militar – pese a haber combatido contra los insurgentes mambises–, cuando las contrariedades de la vida lo agobiaban, deseaba ardientemente regresar»^[114].

La autora de *Memoria de la melancolía* vivió esa época con enorme felicidad. El regalo de una

hija apenas esperada y el amor al esposo-poeta la llenaban de plenitud. Prueba de ese momento dulce en la vida de la escritora es una de las numerosas cartas que ésta le envía a Rafael cuando el autor de *La arboleda perdida* se ausenta por primera vez y viaja a Europa sin ella:

«La Gallarda, 27 sin ti.

»Querido mío: Me mandan tus cartas a esta soledad tan grande y yo lloro y quisiera volar a buscarte. Ya sé que se han concluido los viajes de placer. El único que queda en la tierra es el de quererte de la noche al día. Y jamás nos

separaremos. Yo he vivido sola la angustia cuando entraron los chinos en Corea. Hasta te puse un telegrama a Praga a través de Kunosi, pero Kunosi me dijo que no debía inquietarte. Esto es lo que he hecho, y también sufrir. Cuando llegues intercambiaremos nuestras angustias y las tiraremos al mar...»^[115]

TEATRO Y EXILIO

Tras el estreno de *La dama duende*, María Teresa recibe otro encargo de guion cinematográfico que da por acabado en 1946. Se trata de la película *El gran amor de Bécquer*, que le lleva a trabajar de nuevo con la actriz Delia Garcés y con su esposo, el director Alberto de Zavalía. La película, que contaba también como actores principales con Esteban Serrador y Susana Freyre, se estrenó el 8 de octubre de

ese año. Fruto de ese trabajo y de ese guion fue la biografía novelada del autor de las *Rimas y leyendas* que María Teresa escribió a continuación, recreando el idilio, probablemente apócrifo, entre Bécquer y Julia Espín, figura femenina a quien la autora convierte en musa de sus versos. Así, con el título de *El Gran Amor de Gustavo Adolfo Bécquer (Una vida pobre y apasionada)*, aparecía también en 1946, con el sello de la Editorial Losada (colección Biografías Históricas y Novelescas), la cuarta obra de María Teresa León en el exilio. La edición, que incluía las

rimas de Bécquer e iba acompañada de un poema y un epílogo de Rafael Alberti, se volvería a publicar en 1951.

Sería ésta la última producción de la autora riojana hasta 1950, es decir, que el lustro feliz al que hemos hecho referencia fue el más improductivo literariamente hablando del periodo argentino. Sin embargo, María Teresa y Rafael lo aprovecharon para viajar por el continente americano, impartir conferencias y ensanchar las relaciones. Ese mismo año de 1946 se reencuentran en Chile con Pablo

Neruda y con Juvencio Valle. Allí hacen amistad con Nicanor Parra, Rubén Azócar, Tomás Lago, Ángel Cruchaga, Pedro de la Barra, Juvenal Hernández, Amanda Labarca y Augusto d'Halmar. De esa experiencia surgen los primeros poemas de *A la pintura (poemas del color y de la línea)* de Alberti, que no sólo ven la luz en una deliciosa edición de Attilio Rossi, sino que devuelven a Rafael a su primitiva vocación: la pintura. Más como recurso que pasión, ésta se convertirá a partir de 1947 en otra importante fuente de ingresos para la familia.

Por una carta remitida a Corpus Barga en abril de 1947 podemos reconstruir, con bastante precisión, el estado de nuestra escritora siete años después de su llegada a Buenos Aires. Dado que la relación con el escritor madrileño se había interrumpido durante años, la información que aporta la misiva es especialmente valiosa y nos permite obtener un resumen muy aproximado de la situación que atravesaba María Teresa y la pareja en ese periodo:

«Buenos Aires

»19 – abril – 1947

»Mi querido Corpus,

Marcelle, Ninoche! ¡Nombres queridos, amigos inolvidables!

»La primera noticia directa de vosotros la tuvimos ayer cuando Carmen Dieste me leyó la carta de Corpus. Yo ya había intentado desde hacía años tenerlas directamente [...] Nosotros también tenemos una hija. Se llama Aitana –recuerdo de la sierra florida de Gabriel Miró, sitio del que partimos para nuestra aventura de Ibiza–, tiene cinco años. Es genialmente insoportable. Os aconsejo que abruméis de *complejos* a vuestros nietos porque esta educación moderna de la

autodeterminación infantil produce
graciosos monstruos, sin
complejos, pero muy mal educados.
Ya os mandaré fotos de la familia.
Rafael está muy bien, más delgado,
trabajando mucho, hecho un *poeta*
legítimo. Su gran libro de la
pintura es un monumento. Te mando
un ejemplar de unos cuantos
poemas publicados hace dos años.
El libro completo saldrá en Losada
a fin de año.

»Yo estoy dedicada a hacer de
Atlanta, un poco viejo y apolillado,
sosteniendo la responsabilidad de
la casa. Hago cine. Tres películas.
De ellas una “La dama duende”,

muy buena, aunque yo sea su madre. También hice, con menos fortuna, un Bécquer. Te mando la biografía de donde salió.

»Últimamente he escrito una obra de teatro. Espero estrenarla. Y concluiré, si no doblo como un pobre toro, una biografía de Doña Jimena, esa gran mujer oscura de héroe. El telar está tendido. Trabajamos. Puede que demasiado. ¿El resultado? Muy variable. El año antepasado hasta compramos una casita en el bosque de Punta del Este (Uruguay). Este año puede que la tengamos que vender. Pero seguimos siendo alegres,

encontrando la vida grata,
consumiéndonos por España y
procurando echar una mano a todas
las desdichas de nuestros
compatriotas. [...] ¡Ojalá
pudiéramos multiplicar las horas
mientras queden tantos
desdichados! Yo te ruego, Corpus,
que nos digas la situación de los
intelectuales y si necesitan alguna
cosa especial. Yo mandé, metida en
un zapato, insulina para Quiroga
Plá, en el envío primero. No sé si
la recibió y si la sigue necesitando.
Es cosa difícil de mandar porque
está prohibido, pero ya hallaremos
medio. [...] Nosotros hemos

querido varias veces salir de aquí. Ocorre el fenómeno de los que quieren salir de Europa y los que quieren volver. No sabemos qué hacer los humanos con nuestros huesos. [...] El mes que viene aparecerá P. Neruda, que se va a la Unesco y Oliverio Girondo con su mujer Norah Lange. Los dos os buscarán. Precioso su ensayo en Realidad. Ha tenido mucho éxito»^[116].

Gracias a esta misiva sabemos que ya en 1947 María Teresa se hallaba inmersa en la redacción de su biografía sobre doña Jimena

Díaz de Vivar, trabajo que no verá la luz hasta 1960, y que tenía una obra de teatro acabada. Da a entender que los ingresos que reciben por sus trabajos son irregulares y fluctuantes, así como la casa de La Gallarda, construida con enorme ilusión y que, por problemas económicos, se plantean vender en un futuro próximo. También se advierte la gran solidaridad de la escritora con los más vulnerables, con los compatriotas de menor fortuna. Pero volviendo a la pieza teatral que dice la escritora haber concluido, todo nos lleva a pensar

en la obra titulada *La libertad en el tejado* y en un hecho que nos parece muy significativo: que María Teresa León, pese a las dificultades que entrañaba el género y las menguadas posibilidades de triunfar en el mundo de la escena, persistía en el empeño de escribir teatro. Al menos, a finales de los años cuarenta, mantenía esa ilusión. De hecho, como ha indicado Miguel Ángel Muro «la escritura teatral fue una constante a lo largo de su vida, con niveles de exigencia tan dignos y cambios de rumbo tan acusados que debieron exigirle un esfuerzo

creativo difícil de compaginar con la actividad marginal o el mero pasatiempo»^[117] .

Lo que sí parece cierto es que María Teresa consideró, alcanzada ya una edad, que su escritura dramática era una parte no realizada o incluso no comprendida de su obra literaria. La idea se puede desprender de una carta remitida por ella, años más tarde, a Ricard Salvat, en la que se confesaba al dramaturgo catalán en estos términos: «Ya sabe usted que el teatro es mi yo no realizado. Además estrené en la Zarzuela de

Madrid, durante la Guerra, *Los títeres de cachiporra*, de Federico [...] Yo le pido que diga a todos los amigos cuánto daría yo por trabajar con ustedes en esa Barcelona de mi juventud, llena de horas claras»^[118] .

Como se puede apreciar en el texto, María Teresa León siempre tuvo dulces recuerdos de su dedicación escénica al teatro, sin embargo, la visión de sí misma como escritora de piezas dramáticas no parece dejarle el mismo sabor ni le remite a una experiencia grata. Ciertos datos nos

llevan incluso a pensar que escribió más obras de las que se ha podido tener testimonio, pero el hecho de no ver publicada, ni siquiera representada, más que una de ellas, pudo conducirle a cierto desengaño e incluso a poner en duda su capacidad para la escritura dramática. Ello no significa que se desalentara, al contrario; por los testimonios recogidos, sabemos que nuestra escritora, al menos hasta los años 70, no dejó de hacer innumerables gestiones para ver editada o representada alguna de sus piezas teatrales. «¿Quisieras hacer un librito con mi obra de

teatro? ¿Te la mando?», escribía desde Roma el 29 de mayo de 1973 a su editor y amigo Gonzalo Losada. Lo hacía también con viejos compañeros de viaje como Santiago Ontañón o Max Aub. A este último, dedicado en su exilio mejicano a un proyecto editorial, le sugería desde Buenos Aires el 2 de enero de 1952: «Yo puedo mandarte una novela: *Juego limpio*, o teatro *El destino no cambia sus caballos*. Elige»^[119]. De igual modo lo intentaba con el hispanista italiano Eugenio Luraghi, aprovechando la correspondencia

que ambos se cruzaban en 1950:

«Mi buen amigo Luraghi [...] Rafael me anima a mandarle un original de mi última obra de teatro *La historia de mi corazón*. Y así lo hago. Es un drama, como usted verá, fácil de comprender porque es tan extenso su público como la realidad humana de envejecer [...]. Toda la acción se desarrolla en el espacio que va desde los telones a la pared que sirve de fondo al teatro en ese corredor silencioso que deja una escena impuesta [...] Comienza y termina la obra con un timbre de alarma. La muerte del final es la que ha contado la

historia desde el principio [...]. Y nada más que esperar su opinión y posibilidades de aparecer, traducida por usted, en las tablas de algún teatro de Italia. Aquí ha tenido un gran éxito de lectura y se estrenará la temporada próxima...»^[120]

La respuesta de Eugenio Luraghi llevaba fecha de 25 de agosto de 1950:

«Gentile [*sic*] Señora, he recibido *La historia de mi corazón*, que he leído con avidez. Enseguida me pondré a traducir esa obra que encuentro viva, nueva y

humanísima [...]. Le someteré mis dudas y desde luego haré todo lo posible para encontrar una buena compañía de cómicos que pueda llevar dignamente el drama a las tablas. Usted escríbame qué compañía estrenó la pieza en Buenos Aires»^[121].

Sin duda, María Teresa se ilusionó con la posibilidad de ver estrenada su obra y no tardó en responder al traductor italiano:

«Mi querido amigo Eugenio Luraghi: Estoy feliz con sus noticias. Me alegra infinito que *La historia de mi corazón* le haya

parecido una obra digna de traducirse y de interesar a alguna actriz italiana. Sería una maravilla. Aquí ha tenido mucho éxito de lectura y hay varias posibilidades para el año que viene. Hay una actriz Tita Merello que le interesa para empezar su temporada. Hay otra, Berta Moss, que ya ha encontrado empresario, pero me da miedo estrenarla en verano. No sé bien qué hacer. Por de pronto preparo ya la edición y hay un productor de cine, Horvilleur, interesado en hacer la versión cinematográfica. Esto me ha animado tanto que ya empecé una

comedia: *El cielo no es azul*. Dígame sus dudas de traductor, aconséjeme...»^[122]

Lo cierto es que, transcurrido un tiempo, Luraghi dejó de interesarse por la obra y por su autora. Pese a su insistencia —«¿Y de *La historia de mi corazón*? Aquí hay posibilidad de estreno en el próximo año y de hacerla en cine...»—, María Teresa no recibió más que largas por parte del italiano, que sólo parecía interesado por la figura y la obra de Alberti:

«Gentile Signora, muchas

gracias por su carta [...]. Todos los amigos desean mucho ver a Rafael y no hemos perdido la esperanza [...]. Hablaré con él de *La historia de mi corazón*. Estoy muy atrasado con su traducción porque he tenido un trabajo bárbaro en estos últimos meses en los que he vivido en Torino»^[123].

Como relata Gabriele Morelli, el texto de María Teresa se quedó dormido entre los papeles del traductor italiano. La obra tenía el subtítulo *Drama de una vida*, y un epígrafe que rezaba «¿Quién conoce la verdad íntima que se

fragua en el corazón?»); constaba de 77 folios mecanografiados que incluían correcciones a mano de la propia escritora. Según Juan Carlos Estébanez Gil, esta pieza no es la única que ha quedado inédita. Entre los cuadernos personales de la autora de *Cuentos de la España Actual* existe también un texto teatral inacabado sobre la figura de Lope de Vega, además de una serie de «apuntes bastante amplios para una teatralización sobre el nacimiento de Jesús»^[124].

No podemos decir, pues, que el teatro fue un género relevante en

la producción de María Teresa en su etapa de exilio, aunque sí conviene saber que lo cultivó y que se esforzó en sus intentos por publicarlo. El profesor César Oliva señala que «el teatro ya nunca tendrá el sentido y significado que para ella supuso durante la guerra civil. Su posición de exiliada, y la ausencia de un contexto escénico en el que desenvolverse, determinó que fuera la narrativa el género que cultivara de manera más constante»^[125]. En la misma línea, Manuel Aznar afirma que aquella vocación teatral de María Teresa

León «se vio frustrada por las circunstancias del exilio [...]. Así, a través de la memoria desterrada, el teatro se convierte para ella en una suerte de paraíso perdido, vinculado sentimentalmente a algunos de los protagonistas de las Guerrillas del Teatro como Salvador Arias o Santiago Ontañón»^[126].

Ciertamente, apenas se conocía la producción teatral de la escritora riojana en el exilio hasta que en 1989 Salvador Arias, legendario actor de Las Guerrillas del Teatro, como acabamos de

recordar, dio a conocer en los Cursos de Verano de El Escorial un original mecanografiado con anotaciones y añadidos de la propia María Teresa. La obra teatral llevaba el título de *La libertad en el tejado* y fue publicada por la revista segoviana *Encuentros* un año después (mayo de 1990). Como señala Torres Nebrera, «estamos ante una fábula amarga más cerca de la imposible recuperación de una patria perdida y entrevista (con indudables tintes negros y tristes) desde el exilio [...]. María Teresa acude una vez más a su mundo personal, al

espacio de la memoria, para habitar estos tejados del Madrid de los vencidos; y para ello convoca a figuras que perviven en el recuerdo de sus días infantiles, como la inefable Mme. Pimentón»^[127] .

La fecha de escritura de esta pieza, mal datada en un principio por los editores de la revista *Encuentros*, fue razonadamente aclarada por Manuel Aznar en su estudio preliminar a la edición de la obra: «Me atrevo a afirmar que la autora escribió *La libertad en el tejado* en los años de su exilio argentino, es decir, muy a finales de

los años cuarenta o, acaso, hacia
inicios de los cincuenta»^[128].

Bien con ese mismo título, *La libertad en el tejado*, bien con el de *El destino no cambia sus caballos* —«¿podría tratarse de la misma obra, a la que años después le hubiese modificado el título?», apunta de nuevo Aznar—, lo que no cabe cuestionarse es que María Teresa León, según indica en su carta de abril de 1947 a Corpus Barga, tiene acabada una obra de teatro y que ésta, ajustándonos a la sensibilidad de la escritora en esos últimos años cuarenta, es fruto de

una escritura generada desde el dolor y desde la angustia del destierro, así como el sueño del regreso a España y al paraíso perdido de la libertad, del amor y de la infancia. *La libertad en el tejado* es, en su planteamiento y disposición, un auto sacramental sin sacramento, heterodoxo, que ha cambiado las preocupaciones teológicas por otras de orden político, moral o estético. Cuenta la obra con elementos suficientes como para considerarla un ejemplo de teatro innovador, desde el escenario a las indicaciones sobre movimientos y gestos de los

actores, el vestuario, las acotaciones sobre la iluminación, la música...; todo suma a la hora de construir, en el espacio de un tejado, una atmósfera de libertad imaginada, como una isla en medio de la podredumbre en la que se pone en evidencia el drama del hombre contemporáneo.

DOÑA OLIVA EN AMÉRICA

No acabaría ese año de 1947 sin una aplaudida intervención de María Teresa en su periplo argentino durante una conferencia organizada por Amigos del Arte de Rosario que la autora riojana tituló «Quién era la Dulcinea del Toboso»^[129].

Continuarían los viajes, el trabajo callado y también los encuentros con amigos dispersos por el continente o con viejos

compañeros que abandonaban Europa. La llegada de Corpus Barga a Perú en 1948 desató gran entusiasmo en la escritora que trató por todos los medios de organizarle una gira por Argentina y celebrar su venida.

«Querido Corpus!

»¡Tú en América! No te perdonará Dios ni nosotros si no vienes a la Argentina. Ya he hablado con una especie de Asociación de Intelectuales Españoles para que patrocinen tus conferencias. Claro que nuestra pobreza no puede cubrirte el viaje hasta aquí pero te garantizamos el

teatro lleno y muchos miles de pesos. Nos dicen que vas a ir a Chile, luego, lógicamente tu camino será éste. Dinos para cuándo llegarás, temas de las conferencias, etc. Así hizo León Felipe y no le fue nada mal. Yo te aconsejo que llegues aquí. Hoy escribo a Montevideo a Bergamín para contratarte allí algunas conferencias. Pero necesitamos los temas. Y nada más, porque ésta es una urgentísima carta conminatoria. Lo demás lo hablaremos cara a cara»^[130].

Por esta carta manuscrita,

fechada en Buenos Aires el 16 de junio de 1948, sabemos que ha habido movimientos de antiguos amigos y camaradas, desde la visita peregrina de León Felipe, exiliado en México desde 1938, a la presencia cercana de José Bergamín, que tras su destierro mexicano y un breve periodo en Venezuela, llevaba tres años instalado en Montevideo, donde permanecería hasta 1954. Pese a la situación de «pobreza» a la que alude nuestra escritora, los Alberti seguían disfrutando de La Gallarda en las costas de Uruguay. Es precisamente ese rincón familiar el

que María Teresa ofrece de nuevo, meses más tarde, a Corpus Barga para que pase la Navidad con ellos si, por fin, se anima a viajar a Argentina: «te recordamos mucho y queremos que insistas en venir a Buenos Aires [...]. Figúrate la de cosas que tenemos que contarnos. Si vinieses para el mes de diciembre podríamos pasar las Navidades juntos en Punta del Este donde tenemos una casita funcional para la poesía. Entre los pinos del jardín, al final del terreno, hay una habitación aislada que te ofrecemos encantados. Yo estoy esperando a mi madre que llegará de España de

un momento a otro. ¡Estoy tan emocionada!»^[131].

Corpus tampoco acudió a la llamada de María Teresa esos últimos meses de 1948, pero quien sí llegó a Buenos Aires, después de casi diez años sin ver ni sentir de cerca a su hija, fue doña Oliva Goyri. A finales de 1948, procedente de Madrid en un vuelo de agotadoras escalas, la madre de la escritora abrazaba de nuevo a los Alberti y, por vez primera, a su nieta Aitana, a la que aún no conocía. Parecía casi un milagro que a sus setenta y largos años, la

anciana se atreviese a tomar un avión, a cruzar el océano y a plantarse en casa de su hija, la escritora desterrada. Aitana Alberti, que contaba entonces con apenas nueve años, recuerda que la llegada de la abuela, recibida con fervor por la familia, fue todo un desembarco de aromas, de olores y de recuerdos, aunque más lo sería cuando, días después, llegaba al puerto el enorme baúl-armario con sus reliquias y pertenencias:

«Capitaneados por la impaciencia, fuimos todos al puerto a ver atracar el navío que ha cruzado el océano trayéndonos tan

“primoroso” retablo de la abuela: cada reliquia, una historia divinamente contada.

»Al ser abierto el baúl en nuestra casa de la calle de Las Heras, un intenso aroma a violetas se esparce por el salón. Doña Oliva Goyri de la Llera, esbelta, menuda, pelo blanquísimo en elegante moño, cinta de terciopelo negro al cuello, huele del mismo modo. [...] El baúl es un armario portátil, con cajones, tapas misteriosas, perchas para los vestidos... Los claros ojos azules de la abuela hablan por sí solos: “¡Anda, regístralo todo!”, me

dicen. Por ensalmo, desaparezco bajo las cortinas de seda amarillas (“Las cortinas de la abuela Rosario, madre; ¿cómo has podido recuperarlas?”), descubro cubiertos de plata con monograma; pañuelos y sábanas de hilo bordadas por las hadas (“La cubertería y las sábanas del ajuar...”); finos guantes; mantones de manila en los que una flora delirante prodiga sus colores... Nunca he visto a mi madre más contenta. Ante cada mínimo tesoro, ríe y palmorea con infantil alborozo, entreveo sus trenzas rubias y el recatado brillo de sus

medias oscuras de la foto del colegio Sagrado Corazón»^[132] .

Como relata Aitana, María Teresa vibraba de alegría con aquel encuentro tan deseado. Fue una experiencia necesaria que reparaba de golpe emociones guardadas, desencuentros y hasta pequeños rencores jamás confesados. Mucha agua había caído sobre el mundo desde entonces, desde aquella infancia a la que nunca quiso volver nuestra escritora, de aquellos días de adolescencia en los que algo la distanció de su madre, siempre dispuesta a

corregir, a reprochar y hasta censurar sus decisiones, sus actos, sus pensamientos... Pero ahora, tan lejos ya de aquellas desavenencias, con el amor a flor de piel, doña Oliva se revelaba como la madre de todos los deberes que permaneció firme y leal al lado de su hija en los momentos más delicados: cuando ésta regresó al hogar paterno tras el fracaso de su primer matrimonio; cuando, en medio del escándalo, unió su vida a la del poeta Rafael Alberti; cuando ambos escritores decidieron, asumiendo todas las consecuencias, afiliarse al Partido Comunista y

significarse políticamente. También se mantuvo firme junto a su hija durante la guerra, tratando de digerir la difícil coyuntura de que en el bando franquista, con elevado rango militar, luchaba Ángel León, hermano de María Teresa e hijo asimismo de doña Oliva.

La autora de *Contra viento y marea* recordaba aquellos días como un tiempo especialmente feliz; feliz para ella, que descubría en su abuela a un ser fascinante. «Fue para mí una época cuajada de situaciones insólitas y divertidas. Siempre vestida de gris, malva o negro, finísima, garbosa, le

encantaba intercalar en sus diálogos, si la ocasión lo merecía, alguna palabra fuerte... en francés. Dominaba a la perfección dos artes difíciles: ser el centro de la conversación y envejecer con naturalidad»^[133]. Acostumbró a la pequeña a dormirse cada noche con historias y canciones de sus antepasados, relatos que muchas veces desvelaban la imaginación de Aitana. Y entre ellas, siempre algún episodio del abuelo, el padre de María Teresa, cuya foto con uniforme de gala descansaba como castigo por sus infidelidades en el

fondo del baúl. «Estuvo en la guerra de Cuba, hija –le contaba a la niña–. Los españoles hemos perdido unas cuantas guerras durante los últimos años. [...] El abuelo siempre añoró Cuba, pese a los horrores y penurias de la guerra. Cada vez que discutíamos (lo cual no era infrecuente) maldecía haber regresado»^[134] .

También aprendió de la abuela los poemas de Santa Teresa y de San Juan de la Cruz. La devoción por ellos la mantenía sobre una mesilla, con la imagen de los dos santos poetas escoltándole el sueño cada

noche, juntos a sus libros, un misal cargado de estampitas, una pequeña Biblia y las «Florecillas» de San Francisco de Asís. «La abuela leía una y otra vez aquellos versos solares que al principio fueron solo “música callada” para ir adquiriendo dentro de mí una dimensión que trascendía la conmovedora pureza del idioma [...] Ella amaba el mundo y sus criaturas con la misma intensa alegría con que ambos santos cantaban sus alabanzas. De igual modo, empleando un lenguaje transido de inocencia, me relataba escenas de la vida de Jesús y los

apóstoles mostrando a mi fantasía extasiada toda una galería de retablillos pletóricos de ingenuo encanto. Me quedé huérfana de Dios al volver doña Oliva a España»^[135] .

También debió de quedarse algo huérfana en aquel destierro bonaerense María Teresa León cuando su madre regresó a España. El relato que dejó escrito sobre la ausencia materna estremece por su intensidad y da buena cuenta de la deliciosa prosa con la que están tejidas las páginas de *Memoria de la melancolía*:

«¡Si tú supieras, madre! Esta mañana al abrir un cajón, entre guantes descabalados y recuerdos marchitos, encontré un retrato tuyo. Hasta hoy no he sabido mirarlo. No, no había mirado nunca el paso de la vida sobre ti, tus vacilaciones, tus trabajos, tus angustias, tus inquietudes... Hay un leve polvo sobre tu cara, el que levanta la existencia al vivirla, suavemente gris. ¡Cuánto te quise de pronto! Eras mía, únicamente mi madre. No te parecías a ninguna, pertenecías a ese claro milagro de la existencia del hombre: Yo era tu carne.

»Y sentí como si me llamasas para transmitirme tus poderes. La voz tuya, tan admirable, me anunciaba que yo iba a ser como tú, nada más que como tú. Besé tu imagen y me senté a quererte»^[136] .

LAS PEREGRINACIONES DE TERESA

La Gallarda seguía siendo la casa de verano para los Alberti. La costa uruguaya tenía en ellos dos buenos embajadores y en ello debieron reparar el director y documentalista italiano Enrico Gras y el productor uruguayo Danilo Trelles cuando en 1949 invitaron a la pareja de escritores a intervenir en un nuevo proyecto cinematográfico. Esta vez se trataba de un cortometraje

titulado *Pupila al viento* (*Diario del Faro de Punta del Este, 1883*), primer film de arte experimental rodado en Uruguay. Rafael Alberti fue el encargado de escribir esta vez el guion, *Palabras sincrónicas para un film de Enrico de Grass sobre Punta del Este*, y de realizar, con María Teresa, la locución del texto poético que recorre los algo más de 14 minutos que dura la proyección. Ese texto, que sería recogido por el poeta gaditano en 1961 en su libro *Poema de Punta del Este*, se define como una perfecta conjunción de imagen, música y palabra. Nos encontramos con un ejemplo, aún

vivo, de arte de vanguardia. Iconos y símbolos, metáforas de libertad, se funden entre imágenes de barcos y ballenas, cometas y gaviotas, cuerpo humano y dunas de las playas, escalera del faro y caracol, música (del compositor español Julián Bautista) y rumor de olas.

Aquel trabajo, en cuyas imágenes finales se ofrece una visión general y apacible de Punta del Este, de sus playas, no sólo sirvió de excelente promoción turística de la zona, sino que tuvo una gran repercusión en los ambientes culturales y un importante reconocimiento en la

prensa tras su estreno. Así lo reflejaba el diario uruguayo *Acción* el 31 de mayo de 1950:

«TUVIMOS oportunidad, hace pocos días, de presenciar una exhibición en privado de “Pupila al viento”, una película extraordinaria, que sobre Punta del Este realizaron nuestro compatriota Danilo Trelles y el joven y ya consagrado director italiano, Enrico Gras. [...] este film, significa el acontecimiento cinematográfico más grande que se haya producido en nuestro país: es la primera gran película en su género realizada en el Uruguay: es

un punto altísimo, además, dentro del cine arte. Es indiscutible que para llegar a los valores de este corto metraje, era imprescindible la posesión de verdadero talento cinematográfico. [...] Las imágenes se van componiendo en la pantalla y hablan con un firme lenguaje de metáforas y afirmaciones; mediante la inocente y sorprendente expresión de los objetos, se dice en este film el alma secreta de esa costa asaltada por temporales y colonizada luego por la alegría y la vida. [...] Debemos, pues, agradecer a las varias instituciones públicas que hicieron posible este

film y al talento de sus realizadores esta magnífica obra de arte. Debemos esperar la más profusa exhibición, dentro y fuera de fronteras, de esta muestra de lo que puede hacer el cine nacional».

A este éxito colectivo, María Teresa sumó ese mismo año de 1950 la edición de *Las peregrinaciones de Teresa*, quinta obra impresa en el destierro. Hablamos de nuevo de un libro de relatos con un alto contenido biográfico, esta vez editado por el sello argentino Botella al Mar, en su colección La Sirena Escondida,

propiedad de Arturo Cuadrado, buen amigo de nuestra escritora. Precedida de un prólogo del poeta y también amigo González Carbalho y acompañada de ilustraciones de Luis Seoane, la obra se componía de las narraciones «Cabeza de ajo», «Primera peregrinación de Teresa», «Tres pies al galgo», «Madame Pimentón», «El noviciado de Teresa», «El diluvio de Teresa», «Los otros cuarenta años», «La tía Teresa» y «Esplendor de Teresa». En este libro nos encontramos con una autora a mitad de camino entre el tono social y militante de

Morirás lejos (1942) y la prosa intimista y barroca, más alejada de la realidad, de otra colección de relatos que verá la luz en 1962: *Fábulas del tiempo amargo*. El hilo conductor de las nueve obras es la narradora, Teresa, nombre simbólico del personaje que protagoniza la mayoría de historias. Todas ellas son resultado de las «hondas exploraciones que la autora realiza en su alma» y, sobre todo, una huida hacia el recuerdo, hacia el sueño y hacia ese cordón umbilical, la memoria, que nos ata al pasado, en este caso al pasado, ya casi recurrente, de una

frustración matrimonial, una educación más que rígida, los desgarros de una guerra, el amor y la poderosa figura de su madre de nuevo...

Fue durante esos últimos meses de 1950, año y medio después de su primera visita, cuando volvió a Buenos Aires doña Oliva Goyri de la Llera. Esta vez, la estancia de la madre de nuestra escritora no iba a tener los matices joviales, risueños y amables de la primera experiencia. Era su segundo viaje a Argentina y también el último, puesto que durante su permanencia en la

capital aparecieron ya los primeros síntomas de la arteriosclerosis y el deterioro mental que minaría lentamente su vida. Era el comienzo de una tragedia que veinticinco años después, con semejantes armas, atacaría a la autora de *Memoria de la melancolía* sin ninguna indulgencia.

Los ojos de Aitana fueron testigos de aquel declive de doña Oliva Goyri y así lo reflejó la nieta en *La arboleda compartida*: «Casi sin poder creerlo, presencié cómo iba diluyéndose raudamente la belleza (tan piropeada por mi

padre), la inteligencia, la jovialidad de la abuela. Su mente se dispersó por laberintos sin posible retorno»^[137] . La abuela enloqueció. Hizo voto de pobreza. Entregó su pensión de viuda a unas monjas que, escandalizadas, fueron con la historia a María Teresa para que tomara medidas serias con su madre. Se perdía con frecuencia por el barrio y la devolvían a casa, compasivos, los albañiles de una obra próxima o algún vecino que daba casualmente con ella. Deambulaba por los pasillos vaga y ausente. «Para mi espíritu

adolescente –relata de nuevo Aitana Alberti–, ávido de desentrañar ese enigma, su Dios esplendoroso había sido arrojado de su alma angélica por una fuerza maligna, demoníaca y posesiva. ¿Cómo interpretar la mutación de la suavidad en violencia, de la dulzura en rencor...? Yo estaba convencida de que en la Edad Media la habrían exorcizado»^[138].

Sus últimos años los pasó doña Oliva en una residencia de ancianos de Madrid regentada por unas «santas monjitas». Después de

vivir unos años con el hijo militar, Ángel León, la anciana tuvo que ingresar en un centro especializado donde pudiera ser atendida en las mejores condiciones. Ése fue el acuerdo, por una vez, al que llegaron los hermanos, María Teresa y el general, pensando que sería lo mejor para la madre. La escritora se desvivió por que, desde la insalvable distancia del destierro, su madre estuviera bien atendida. La visitaba en su nombre la hija de Gonzalo Losada durante sus frecuentes viajes a España. También hacía lo propio la actriz María Luisa Ponte, que había

conocido a María Teresa y Rafael en un viaje a Buenos Aires. El llanto de nuestra escritora sonaba al otro lado del mar, sin apenas consuelo, al recibir noticias, cada vez más desoladoras, de conocidos que pasaban a ver a doña Oliva.

GONZALO DE SEBASTIÁN LEÓN

Las sacudidas de la vida, los años duros del exilio eran siempre compensados con el amor que se profesaba el matrimonio de escritores. Cada día, cada mes y cada año eran un reto nuevo y una prueba de resistencia que tocaba vencer. La situación exigía que tanto el poeta como María Teresa estuvieran produciendo sin apenas descanso, por eso tenía mayor valor

y sentido que, sin apenas erosión desde hacía veinte años, siguiera imponiéndose el amor que deslumbró mutuamente a la pareja. Por una carta remitida desde Cracovia el 1 de diciembre de 1950 –Rafael Alberti había viajado a Varsovia, donde se celebraba el Congreso Mundial de la Paz, como delegado–, podemos conocer ciertos pormenores al respecto:

«[...] ¿Y Aitana? Le mandé postales. No puedo vivir sin ella, Dios mío. Todo esto, que está muy bien, sin vosotras no tengo ojos para verlo. Te pondré siempre telegramas diciéndote el tiempo

que estaré en cada sitio. Me da pena que te gastes el dinero en telegrafiarne. Prefiero que os vayáis a Punta del Este. Veo sí, que apenas tenéis dinero. Di a Losada, por Dios, que os ayude, que me pague algún próximo libro, las acciones, lo que sea [...]»^[139]

Pocos días después, desde Praga, Rafael escribía de nuevo a María Teresa en parecidos términos:

«[...] De este viaje saco la consecuencia siguiente: no puedo vivir sin ti, sin Aitana. Me muero de pena y de tristeza. Todo sería

distinto, todo lo hubiera sido. Son muchos años juntos día y noche. Ahora sé cuánto te quiero. Te escribiría cartas que nunca te he escrito y te diría cosas que ya casi no me atrevo. Eres lo único grande que ha habido y hay en mi vida. Te quiero, al parecer, sin grandes efusiones. Pero no es cierto. Paso, a veces, tormentas de las que nunca hablo. Te hubiera, a veces, querido de otro modo, deseado de otra manera. No me atrevo a decirte, a nombrarte muchas cosas. Puede ser que nunca te las diga. Empezamos – horror– a ser casi viejos. ¿Viejos? Quiero que te cuides mucho y estés

otra vez fuerte. Tenemos vida todavía [...]»^[140]

Mientras tanto, nuestra escritora trabajaba intensamente en la redacción de una nueva novela y ampliaba su actividad radiofónica con un nuevo programa nocturno, esta vez en Radio Belgrano, en compañía de la también exiliada actriz española Carmen Caballero.

Corría ya el año 1951 y el destino le tenía reservada una inesperada visita que la ayudó, sin duda, a sobrellevar las asperezas de la vida en el destierro y el pesar reciente de una madre enferma y

vulnerable de quien le separaban miles de kilómetros. El primogénito de María Teresa, Gonzalo de Sebastián León, se encontraba con su madre en Buenos Aires décadas después de su traumática separación. Era el hijo hallado que, con treinta años cumplidos y una prestigiosa carrera de Medicina acabada, llegaba a Argentina becado por el Ministerio de Salud con el propósito de quedarse. A tenor de su testimonio, dejaba atrás una España pobre y sin oportunidades, y traía la ilusión de un futuro americano, pero sobre todo llegaba movido por la

esperanza de reencontrarse con su madre después de veinte años de ausencia^[141], incluso por el temor de no reconocerla y de que algo hubiera muerto ya entre ellos. Sin embargo, la identificación fue inmediata, nada más vislumbrar al grupo de cuatro personas que acudió a recibirle al puerto: una niña, dos hombres y una mujer rubia, su madre. La niña era Aitana y los hombres Rafael Alberti y Gonzalo Losada, quien también sería para él, desde aquel momento, un ángel protector.

Gonzalo de Sebastián llegaba

a Buenos Aires para ejercer, en efecto, su profesión de médico y radicarse definitivamente en el país. Allí se especializaría en cirugía de la sordera, ejercería la medicina durante más de cuarenta años, se casaría y tendría tres hijos, Marcelo, Graciela e Isabel, nombres y firmas que se podían leer en las numerosas cartas que a partir de 1963, fecha de partida de los Alberti a Europa, remitían a sus abuelos María Teresa y Rafael cuando éstos ya residían en el Trastévere romano.

Nos encontramos, pues, en esos días de la llegada de Gonzalo,

del descubrimiento de todo para él: una madre arrancada de la infancia, un poeta célebre y una hermana de diez años que le observa asombrada. «En esos días de íntimo entendimiento –recuerda el recién llegado– nos fuimos acercando, y atrás quedaron la dudas y las suspicacias que aún retenía en la cabeza. Supe, después de esos ratos de amable charla, cuánto me quisiste y cómo me extrañaste a los largo de los 20 años de nuestro desencuentro. Ahora comprendo la gran necesidad que tenías de encontrarte con Enrique y conmigo, los hijos

que nunca olvidaste [...]. Años después, cuando te fuiste a vivir a Roma me pareció que la vida nos separaba de nuevo y esa vez sería para siempre. Pero no fue así. Al contrario, a través del océano se estrecharon aún más los lazos que nos unían»^[142] .

Gracias a la entrevista realizada por Pablo Rocca a Gonzalo de Sebastián León el 7 de marzo de 2003 en su elegante apartamento de la calle Montevideo, en Buenos Aires, es decir, 40 años después de que María Teresa abandonara

definitivamente Argentina, conocemos las impresiones que el hijo de la escritora, ya octogenario, recibió de ella a su llegada a la ciudad porteña. Al parecer, Gonzalo retuvo para siempre «la imagen de la vida cotidiana de una mujer de casi cincuenta años en el esplendor de su carrera y del reconocimiento social. Afirmaba que en Argentina todos los españoles exiliados le han hablado alguna vez de María Teresa León, quienes –a través de los años y en un país extranjero– recordaban su figura eternizada para siempre recorriendo el frente de batalla,

valiente y fuerte, con un discurso que enardecía a los soldados. Él mismo la recuerda de otro modo, escribiendo todas las mañanas desde muy temprano en unos cuadernillos escolares; “por la tarde escribía también un poco, pero mientras cocinaba, se ocupaba de la casa, del teléfono, de las cosas de Rafael”. Era una “típica castellana, laboriosa y enérgica, y tenía tiempo para todo”, dice. Tuvo que ser muchas veces secretaria, correctora, ejerciendo según parece una guía invisible pero eficaz»^[143] .

Las últimas noticias de Gonzalo de Sebastián nos llegaban precisamente aquel año de 2003. El primogénito, retirado ya de su profesión, emulando los pasos de su madre, se dedicaba a escribir y a cultivar el género narrativo. Autor de varios tratados sobre su especialidad profesional, en 2001 había publicado *Cuando ardió la piel del toro*, novela ambientada en los años de la Guerra Civil con un final que situaba a los protagonistas a bordo del *Mendoza*, el mismo barco que llevó a su madre a Argentina en febrero de 1940. «¿Qué me esperará en la otra

orilla? ¿Cómo será América?», se preguntaba uno de los personajes en la página final. También en 2003, Gonzalo daba los últimos toques a un libro sobre María Teresa León en el que se reunía correspondencia entre Alberti y ella durante las ausencias del poeta de Argentina, sus estancias en el Paraná y su viaje a Moscú; una obra de gran valor testimonial que por diversas circunstancias, lamentablemente, no llegó a editarse, pese a los intentos de Gonzalo de Sebastián, fallecido en 2007, por que el libro viera la luz.

*EVOCACIÓN DE DON
RODRIGO DÍAZ DE VIVAR,
EL CID CAMPEADOR*

Durante los doce años que María Teresa pudo compartir con su hijo en Buenos Aires, éste fue testigo claro del talento, la resistencia, la sensibilidad y la versatilidad de su madre, un ser admirable y completo que ejercía, sin el menor reproche, de progenitora, señora del hogar, madre, esposa, amante, secretaria, correctora, escritora,

conferenciante, guionista, adaptadora, locutora radiofónica y un etcétera difícil de cuantificar. Con palabras del periodista Antonio Lucas –y no nos cansaremos de recordarlo–, «ella era la amante, la cómplice, la compañera, el oasis, la lámpara, el mar... Los aspectos domésticos pasaban indefectibles por ella, desde las facturas a las citas [...] siempre ella a la sombra fulgente del poeta, necesaria sombra, tan protagonista en lo íntimo, en lo sustancial...»^[144]

María Teresa, como una verdadera dama de acción, asumía,

en efecto, con entereza y con una energía admirable todas las tareas, y no dejaba de ocuparse de su gran labor literaria, a pesar de que la realidad y los hechos daban prueba de que sus ensayos, sus novelas, sus relatos, al lado de una figura como la de Rafael, estaban condenados a un papel secundario. Por eso adquiere un mayor valor de amor y de humildad su permanente lucha para que la obra de Alberti se publique, se aprecie y se reconozca, por encima siempre de la suya. Así lo hemos podido ver a través de la correspondencia que ella misma mantiene con editores,

traductores y promotores literarios, y así nos lo vuelve a recordar el contenido de muchas de las cartas que ella misma remite a amigos y conocidos poniendo siempre por delante los intereses de su esposo. En una de ellas, fechada el 26 de agosto de 1953, relata a Corpus Barga, entre otros temas, el disgusto de Rafael porque su obra teatral *La Gallarda* no se estrenará en Argentina ni será representada por Margarita Xirgu:

«Querido Corpus:

»Gracias por acordarte de nosotros y contarnos la lectura de *La Gallarda*. Aquí la hemos hecho

varias veces con éxito. En algunas ocasiones solos Rafael y yo. Ha sido una pena no estrenarla. Margarita se sintió vieja, yo me enfadé y todo se estropeó. Desde entonces Rafael ya no ha vuelto a escribir teatro. La desilusión fue demasiado fuerte. Yo en cambio sigo haciendo que hago y últimamente teatralicé *Misericordia* de Galdós. Se va a estrenar, aunque tiene algunas dificultades de mise en scène. Esta vida cortada en trozos que nos empeñamos en revitalizar, en volver a tener movimiento y vida como los gusanos no es cosa fácil

para la literatura. Yo me ocupo de alguna revista infantil, de algo de cine, de escribir artículos para seguir comiendo. [...] Hace unos días escribió Miró Quesada pidiendo a Rafael una colaboración para El Comercio. Perdió la carta. Te ruego seas tú quien le mandes esas colaboraciones. Rafael [...] ha escrito una serie de estupendos poemas sobre este acontecimiento que se publicará con dibujos de Picasso en la edición de lujo. Su exposición de este año también tiene el mismo tema...»

Cuando María Teresa remite

esta carta a Corpus Barga, su trabajo, su vida y la de su familia había cambiado en varios detalles importantes, algunos de ellos claramente condicionados por el segundo gobierno de Juan Domingo Perón, a cuyo amplio triunfo electoral en 1951 siguió cierto hostigamiento a los refugiados españoles. De entrada, el cierre de las fronteras con Uruguay había traído, como consecuencia inmediata, la pérdida de la casa de La Gallarda que los Alberti tenían en Punta del Este. A ello cabía sumar un episodio vivido por nuestra escritora pocos años atrás

en Radio El Mundo, donde llegó a coincidir con la entonces actriz Eva Duarte, futura primera dama del país tras su matrimonio con el general Perón, y en el que las dos mujeres mantuvieron una áspera disputa por discrepancias ideológicas. «Si es cierto el carácter vengativo que sus biógrafos le atribuyen a Evita –apunta Benjamín Prado–, resulta más que posible que esa pelea, y la antipatía personal que surgió de ella, influyesen en la futura persecución política de los Alberti en Buenos Aires»^[146] .

Lo que nos da a entender la autora riojana esos días de 1953 es que sólo se ocupa ya «de alguna revista infantil, de algo de cine y de escribir artículos para seguir comiendo». Y la razón no es otra que la fuerte censura que había sufrido en su labor radiofónica, la pérdida de ese medio de ingresos y la afortunada aparición del editor Jacobo Muchnik para ofrecerle una colaboración fija en la revista *Mucho gusto*, fundada con gran éxito en esos años y que más tarde daría origen a un programa de televisión de enorme audiencia. María Teresa publicaba en la

citada revista un primer artículo titulado «Adaptación a la vida doméstica argentina. Nota autobiográfica» (Buenos Aires, junio-septiembre de 1953), pero su vida en el destierro, como hemos indicado –incluso un año después de la muerte de Evita Perón–, atravesaba momentos difíciles: «Las horas peronistas las pasamos bastante amargas, aunque no solos –afirmaba la escritora en *Memoria de la melancolía*–. [...] Si durante años mis “Charlas de María Teresa León” habían sido transmitidas por Radio el Mundo y, luego, otras audiciones por Radio Splendid,

todo se acabó. Yo tropecé pronto con el oficial destacado en Radio El Mundo para censurar los programas. Un día me llamó: Esta poesía no puede recitarse. ¿Por qué? Es de Rubén Darío. Esta es solamente una estrofa del “Canto a la Argentina” que compuso en honor de esta tierra el gran poeta nicaragüense. El hombre, imperturbable, me contestó: ¿Pero no ve que dice veinte veces libertad? Pero así es el himno argentino, le repliqué, échele a él la culpa. Y además, ¿quién me dice que usted no ha cambiado las cosas? Me miró con lástima.

Ustedes son capaces de todo. Suspendió la audición. Pocos días más tarde, me hizo subir de nuevo. Tiene que borrarse de aquí hasta aquí. Me señaló varias líneas de un texto de Federico García Lorca. Aún me asombré más. Pero ¿por qué? y el oficial impertérrito me señaló una palabra. Con asombro leí *cama*: ¿Por qué no se puede decir esa palabra? Se echó a reír mirándome de arriba abajo como si yo fuese una cualquier cosa. Porque es incorrecta. La radio entra en todas las familias. No se lo olvide. Yo no pude más y le lancé a la cabeza: Y usted ¿dónde duerme? Y

me contestó fríamente: En el lecho. La alta cultura del oficial encargado de la censura me dejó atónita. Pues ahí le dejó a usted en su lecho y le aconsejo que lo llame cama cuando se acueste usted con su querida. Salí corriendo y creo que me persiguieron por la escalera abajo»^[147].

Con alguna que otra imprecisión, María Teresa concluye el relato desde la amarga incertidumbre que sentía en aquellos momentos: «Se acabó la radio, se acabó la televisión, el cine... y ahora ¿qué hacemos?»

Únicamente un amigo sostuvo mi nombre contra viento y marea en una revista, *Mucho Gusto*, para las amas de casa. Jacobo Muchnik había sido mi dador de trabajo en estas aventuras. A él le debo el haberme familiarizado con el público que oye, mira y atiende. No se ha roto jamás esa amistad de trabajo, convertida más tarde en una fraternidad transeúnte, pues viaja y viene y vuelve en este vasto mundo donde él también rueda. Su mujer avisa: Estamos aquí, y la labor cotidiana se detiene ante esa voz que nos manda abrazarlos tal

día, a tal hora, en tal sitio»^[148] .

Pese a esos momentos en que, según señala la escritora, «veíamos extenderse las sombras», el trabajo silencioso de María Teresa seguía dando sus frutos. Así surgió la versión teatral de la novela *Misericordia* que, como ella misma confiesa, realizó en 1953, aunque no sería publicada hasta cincuenta años más tarde, cuando Gregorio Torres Nebrera incluyó la pieza en el libro *María Teresa León. Teatro. Escritos sobre teatro*, editado en 2003 por ADE. Lo interesante de esta adaptación de la novela

galdosiana a una obra dividida en tres actos –un texto mecanografiado de 81 folios que la propia escritora entregó en mano a la actriz María Luisa Ponte y a Santiago Ontañón– son los dos aspectos evocados desde el exilio y desde la ideología a la que se mantuvo fiel su autora: el madrileñismo de las narraciones de Galdós (los ambientes, la geografía, las calles, los edificios y las costumbres de la capital) y el socialismo evangélico de la historia con la figura de Benina y los menesterosos, los desheredados, por los que siempre apostó María Teresa. No

olvidemos que la autora riojana había conocido a don Benito Pérez Galdós, ya anciano, cuando de niña paseaba por los parques de Madrid, y a ello cabría unir la sensibilidad social de la escritora, su preocupación por los desposeídos, ya latente en sus primeros escritos y en ciertas lecturas de la infancia especialmente recordadas: *Los miserables* de Víctor Hugo y, por supuesto, *Misericordia*, como ella misma evoca en sus memorias. El texto de María Teresa parte de una anotación, «adaptación libre», a pesar de que la obra respeta con

bastante fidelidad el contenido de la novela, potenciando algún aspecto de ésta y desarrollando dramáticamente, sólo en algún caso, motivos ausentes en la narración.

Pero hubo más producción ese año porque unos meses después, ya avanzado 1954, la editorial argentina Peuser publicaba *Don Rodrigo Díaz de Vivar, el Cid Campeador*, dentro de la Colección Biblioteca de Lecturas Juveniles, que también incluía en su catálogo clásicos como Robin Hood, Heidi, Ivanhoe o Robinson Crusoe. En esta biografía novelada

—precedente, sin duda, del fenómeno de la novela histórica escrita por mujeres en España en las últimas décadas— María Teresa León se ajusta a los datos históricos del personaje, humaniza al héroe castellano y emplea a la vez una estrategia revisionista a partir de la herencia cidiana recibida^[149] ; una recreación que incluye pasajes susceptibles de ser analizados a la luz de un feminismo elegante y sutil. La suerte y el recorrido de este libro no pudo tener más fortuna ya que se volvió a publicar en Buenos Aires en

1962, esta vez a cargo de la Compañía General Fabril Editora, que la incluyó en la colección Los Libros del Mirasol, y la estuvo reeditando a lo largo de más de dos décadas (1968, 1972, 1976, 1978, 1982, 1986). También fue traducida al ruso y al polaco en 1958 (*Xypoa Anteratypa*, Morcú / *Opowiese o cydzie*, Varsovia).

LA QUINTA DEL MAYOR LOCO

Por ese tiempo, y tras la pérdida de La Gallarda, los Alberti disponían ya de otro lugar donde huir de la gran ciudad y celebrar un feliz y nuevo encuentro con la naturaleza durante los veranos. Gracias a la gentileza de un amigo –según aclara el poeta gaditano en sus memorias– pudieron disfrutar de una casa situada a unas tres horas de viaje en tren desde Buenos Aires, en la

estación ribereña de San Pedro. «He cambiado los estíos en “La Gallarda” –escribía Rafael–, aquella preciosa casa mía entre pinares a la vera del mar de Punta del Este, por los más apacibles en una quinta llamada “del Mayor Loco”, sobre las barrancas movidas de San Pedro, frente al solemne Paraná de Las Palmas»^[150] . La llegada a aquella nueva vivienda «que me dejaba un amigo para escribir mis *Baladas y canciones* dedicadas al gran río»^[151] en el verano de 1953 fue un verdadero hallazgo para la familia,

especialmente para María Teresa, que encontraría en aquella finca conocida como la *Quinta del Mayor* un remanso de paz y una fuente de inspiración para nuevos libros.

La casa no era una construcción lujosa ni moderna; se trataba más bien de un caserón ocasionalmente habitado que carecía de muchas comodidades. No resulta fácil conocer la identidad del amigo —o los amigos, según palabras de María Teresa León— que les prestó aquel refugio de veraneo ya que ninguno de los dos escritores lo nombra

expresamente en sus memorias, quizá por el escándalo o la paradoja que podría suponer que el generoso prestador, en momentos de tanta tensión política para los inmigrantes, fuese un señalado funcionario peronista.^[152]

Sabemos que la edificación se encontraba en un paraje privilegiado, sobre un saliente asomado al gran río Paraná y a su afluente, el río Baradero. Como casi todas las construcciones de esa zona de la provincia de Buenos Aires, cerca de Santa Fe, la casa era pequeña, una «sencilla

construcción rectangular de dos pisos y una especie de sótano con salida directa a la barrana» – narraba Aitana Alberti– que no podía «disimular, bajo el pérfido sol del medio día, la decrepitud manifiesta de sus muros. El verano siguiente las manos amigas de Mondéjar, exiliado español albañil y carpintero, harían maravillas, reparando en un mes tantos años de abandono»^[153].

Fue en 1954 cuando, en efecto, los Alberti realizaron algunas reformas en la Quinta del Mayor para hacerla más habitable.

Allí, en las barrancas del río y cerca de la ciudad de San Pedro, sería donde Rafael comenzó y concluyó su libro *Baladas y canciones del Paraná* y donde María Teresa, aprovechando deliciosas épocas de descanso, acabaría nuevos libros de cuentos, su prometida novela *Juego y limpio* y, sobre todo, su biografía dedicada a Doña Jimena Díaz de Vivar. Pero la casa, la finca y su excesivo entorno verde abrumado de pájaros y de vegetación escondía asimismo sus historias y sus oscuras leyendas. De narrar las truculentas hazañas del lugar se

encargaría Lorido, un vecino de origen gallego, «un juglaresco narrador de chismes locales – recordaba Aitana Alberti desde sus trece años–, consejas, leyendas y sucedidos (ocho de sus historias de crímenes y aparecidos se convirtieron en poemas de mi padre)»^[154].

Pero la principal leyenda de aquéllas fue la que sirvió a los Alberti para rebautizar la casa con el nombre de la «Quinta del Mayor Loco». El Mayor había sido un militar que, antes de desaparecer, encerró a su mujer en la casa

tapiando a cal y canto la puerta. Los ecos de la maldición resonaban aún en aquel lugar de casas pueblerinas cubiertas de glicinas y rosales trepadores; también en los vecinos que se acercaban a la vivienda con cierto temor. De todo ello nos regala María Teresa un episodio realmente bello de su *Memoria de la melancolía* que no nos resistimos a recordar aquí:

«Todo lo que la rodeaba, el barranco, los naranjales, los huertos, tenía una atracción misteriosa. Nos pegamos, conmovidos, a aquel paisaje tan nuevo. Alguien nos contó que el

Mayor Loco, antiguo dueño, había sido Mayor del ejército argentino y que el loco no era él, sino su mujer. La mujer dormía ahí, exactamente donde ustedes duermen, pero el Mayor había tapiado el balconcito. Sí, señora, la dejó sin luz y ella gritaba, gritaba, pero él no la oía porque siempre andaba de caza. Un día la mujer se murió y el Mayor siguió cazando, sin oír a la gente [...]. Un día alguien vino a buscarlo, dejó la casa, se fue y no volvió. Nadie se atrevió a acercarse a la casa. Tiene ánimas, decían. Comenzaron a caerse las tejas. Nuestros amigos compraron

el campo. Tiene ánimas, seguían diciendo. [...] Aitana crecía. Iba familiarizándose con las iguanas, con los caballos; aprendía a conocer el rastro de las víboras. La Quinta del Mayor Loco era nuestro mirador sobre América. Debíamos sentirla más adentro, entrarla en nosotros. No basta tomar mate para sentirse hijo del árbol, de la barranca, amigo de la isla. Nosotros lo fuimos. Entramos en la vida de las hojas, del río que nos huía, quedándose tan quieto, ocre y parado. Don Rafael, ¿le gustaría ver una carrera de potros? Y allá iba Rafael con el gallego de la

quinta de enfrente, aquel buen hombre que nos decía diariamente: Vengan, vengan y llévense las naranjas que necesiten. ¡Tengo cinco mil plantas! Y se miraba a las manos y se las estrujaba de gusto, levantándolas luego hacia el sol de América. ¡Cinco mil plantas! Luego bajaba los ojos, él, que en su aldea no tenía ni un terrón de tierra donde morirse. Íbamos aprendiendo a querer aquel paisaje. Crecía la niña americana. Íbamos entrando en el aprendizaje de la paz. ¿Cuántos años tardamos en no estremecernos al oír un avión?»^[155]

Los recuerdos sombríos de la guerra contrastaban con la paz hallada en aquella casa de la Quinta del Mayor Loco donde María Teresa, Rafael y Aitana fueron especialmente felices. La pequeña pudo tener hasta un caballo, como su madre en el regimiento madrileño de Princesa siendo casi una niña: «Unos vecinos me regalaron un potrillo – evoca la hija de la escritora en *La arboleda compartida*–, huérfano a los pocos días de nacer. Tarik aprendió a entrar por la puerta del sótano abierta a la barranca: si lo dejaban suelto, me seguía a todas

partes como un perro San Bernardo disfrazado de caballito pampeano. Mientras yo galopaba hasta el agotamiento fustigando con mis ansias de vivir no ya sus ancas, sino hasta la misma luz, María Teresa escribía *Doña Jimena Díaz de Vivar*. Bajo los eucaliptos, bien entrada la noche y al resplandor de las lámparas de carburo, Rafael leía conmigo pasajes de *Las aventuras de Shanti Andia* o de *Los pilotos de altura*. Los aventureros de Pío Baroja y la sombra “modesta y triste” de la esposa del Cid Campeador deben vagar aún por las verdes barrancas

del río»^[156] .

Pero por aquellas barrancas vagaron y vagaron más supersticiones hasta que en 1958 dejaron el lugar. Una de ellas, la tragedia del incesto, recogida por Alberti en su balada «de lo que sucedió en la cocina de la Quinta del Mayor Loco», la recoge de nuevo María Teresa León en sus memorias con ese lenguaje cálido, preciso e intenso:

«¿Y si nos fuésemos? Tonta, irnos ahora que tenemos amigos que nos respetan, porque somos los únicos que se han atrevido a

enfrentarse con los fantasmas. Pero un día llegaron los fantasmas. Nadie los vio más que el perro. La *Mucki* empezó a ladrar ante la puerta de la cocina. Ladraba, gemía, aullaba. ¿Qué te ocurre? Y seguía corriendo, lanzándose sobre la puerta. Nunca he visto tanta angustia, tanta desesperación. Mucki, ¡si no hay nadie dentro de casa! Rafael y Aitana se han ido a las carreras de potros. Pero el perrucho seguía el baile de su miedo, agitado y convulso. Como pasase un camión de la quinta de enfrente, corrí detrás de él. Mire, venga. ¿Habrá alguna víbora dentro

de la casa? Estoy sola. ¿Me quiere ayudar? El peón miró al perro que, casi desvanecido y con la lengua fuera, seguía aullando. Se rascó la cabeza. Es que aquí ocurrieron cosas... Deben ser las ánimas. ¿Qué ánimas? Las de los amantes. ¿Amantes? Se mordió las manos temeroso de haber hablado demasiado. ¿Qué amantes? Hable, hable. Propio él cayó aquí. Y señaló el lugar donde la perra ladraba ante la puerta. Ella cayó dentro. ¿Quién? ¿Quiénes? Los amantes. Y huyó. Yo agarré en mis brazos al perro y me fui a contárselo todo al gallego de los

naranjos. Sí, él mató a ella en la cocina; luego, en la puerta, se clavó el cuchillo. ¿Por qué? Eran novios, sabe usted, pero... eran hermanos. Cosas de los pueblos»^[157] .

LA BELLA EUROPA

En 1955, quince años después de su llegada a Argentina, los Alberti conseguían por fin el pasaporte que les habían negado las autoridades argentinas y que ahora les daba la libertad de moverse por el mundo. Puede que ese hecho motivara, aprovechando la conmemoración del centenario de la muerte del poeta romántico polaco Adam Mickiewicz, que María Teresa y Aitana realizaran su primer viaje a

Europa, desde su exilio americano, acompañando a Alberti. Visitaron Varsovia, donde pasaron días inolvidables junto a Nicolás Guillén y el poeta italiano Salvatore Quasimodo. De ahí viajaron a Checoslovaquia y más tarde a Rumanía. En Moldavia y Bucarest, poeta y escritora adquirieron el compromiso de recoger, prologar y traducir al español la obra de Mihai Eminescu y Tudor Arghezi, así como de realizar una antología de las *Doinas y baladas populares rumanas* que, en 1961 y 1963, publicaría Gonzalo Losada. Más tarde visitaron Rusia. Fue durante

aquellos días en Moscú, según relata Aitana Alberti en *La arboleda compartida*, cuando, más de veinte años después, sus padres descubrirían con estupor, y fuera ya de sospechas, las depuraciones de Stalin. Se encontraban en la casa veraniega de un viejo y querido conocido: Iliá Ehrenburg: «Días después fuimos a la dacha. A ambos lados de la carretera huyen los abedules de corteza plateada. En esta tierra en reposo bajo toneladas de nieve no crece ni la más leve brizna. [...] Sin embargo, no todo era alegría entre el verdor rodeado de blancura. Sorprendí ciertas

miradas angustiadas; escuché a medias conversaciones susurradas. Ehrenburg y mi padre salieron a dar un paseo del que volvieron con una expresión amarga en los rostros ateridos. Hablaban de amigos comunes, desaparecidos sin dejar huella, a veces con sus familias, en la noche stalinista. Por entonces aún no se conocía la verdadera magnitud de la tragedia, revelada en sus tétricos detalles por el XX Congreso (1956) del Partido Comunista Soviético. [...] Me producían estupor las colosales estatuas del propio Stalin y los forjadores del socialismo, tanto

como las pinturas que representaban con una grandilocuencia de guardarropía los triunfos del trabajo o del heroísmo humanos. Esto se lo comenté a mi madre, que no puso excesivo empeño en contradecirme»^[158].

En enero de 1956 se encontraban en Alemania, donde visitaron la casa de Goethe en Weimar y la de Juan Sebastián Bach en Eisenach. Recorrieron también el campo de exterminio de Auschwitz, con tal estremecimiento que la pequeña Aitana acabó escribiendo un poema de aquella

experiencia. «Mi hija Aitana – recordaba María Teresa León– no veía más que sombras [...] no podía dejar de pensar y de sentir en su alma aún pequeña la angustiada experiencia de su paso junto a los hornos crematorios, la desolación sin límites de aquellos campos tocados por la muerte donde no crecían flores ni regresaban los pájaros. Aún sentía en sus dedos jóvenes el tacto de aquel hueso que levantó sin querer de entre la tierra pisoteada de Auschwitz y no le era posible reaccionar ante las sonrisas amables ni ante las florecillas protegidas por los vidrios de las

ventanas. Tenía presentes los cabellos cortados, los dientes en montones, los zapatos sin dueño... y escribió. Escribió su poema a las calles de Berlín, porque cada hueco, cada puerta, cada paso que escuchaba hacían regresar a ella la tortura de varios millones de seres humanos»^[159] .

También aprovecharon aquellos días en Alemania Oriental para visitar al dramaturgo Bertolt Brecht. El encuentro había sido organizado por el director del Berliner Ensemble, interesado en llevar a los escenarios la obra de

Alberti Noche de guerra en el Museo del Prado. Aquél era un proyecto que ilusionó enormemente a la familia y que se vio truncado por la muerte del dramaturgo apenas siete meses después de una velada que María Teresa guardó, con un calor especial, en las páginas de sus memorias:

«Cuando nos recibió Bertolt Brecht nos pareció encontrarnos ante uno de esos frailecitos de franja lisa sobre los ojos, compañeros de San Francisco. Y como en aquellos tiempos lejanos, nos acogió una hospitalidad ejemplar. Berlín, mes de enero,

1956. [...] ¡Qué fácil era estar sentados en su casa! La crueldad del invierno había dejado escarcha en los cristales. Era lo único que tenían en común las ventanas del Este y del Oeste de Berlín. [...] Se nos fue devanando la mañana: ¡Qué de prisa pasó el tiempo! Erich Arendt habló a Brecht de la obra de teatro de Rafael: *Noche de guerra en el Prado*. Brecht interrumpió: Digamos mejor: *Noche de Guerra en el Museo del Prado*. Hay espectadores que necesitan precisar dónde exactamente se sitúa el drama. Contó Rafael lo que era su obra. Constantemente Brecht

lo interrumpía con ideas estupendas. “Yo veo una escenografía agrisada, dibujada, grabada.” Le divertían los desplantes lingüísticos que le traducía Arendt. “Los personajes no tienen que hablar con un papel rosa en los labios”, dijo. Luego trajo un libro con grabados de Goya. Rafael señaló los que más le gustaban. Brecht llamó a su secretaria. Tome nota de esto: “Erich Arendt entregará la primera versión de esta obra en mayo.” [...] Era una alegría inesperada. Creo que algún reloj dio doce campanadas. Sería estupendo si

estrenásemos en noviembre. Y Rafael se conmovió de pronto. Noviembre... Veinte años de la defensa de Madrid. “Hasta Noviembre”, dijo Brecht. “Hasta noviembre”, repitió Helen Weigel, abrazándonos. Hasta noviembre...

»Y, de pronto, sin avisar, como llegan las tormentas, la muerte de Brecht nos dejó sin hablar. [...] Años más tarde alguien nos enseñó un programa. En el trabajo futuro de Brecht estaba el estreno de *Noche de Guerra en el Museo del Prado*, del poeta español Rafael Alberti, por el Berliner Ensemble de Alemania

Oriental. No se representó nunca.
Siempre puede morir alguien
inesperadamente como se muere en
guerra»^[160] .

SONRÍE CHINA

Tras la experiencia europea, el gran viaje de los Alberti durante su etapa de exilio argentino fue, sin duda, el que realizaron a China en 1957. El punto de interés del que partían era observar los cambios sociales tras la revolución maoísta; y la experiencia no pudo ser más gratificante para nuestra escritora, deslumbrada ante un país que nada tenía que ver con la visión oscura, miserable y triste que 33 años atrás

Blasco Ibáñez había dejado del país en su libro *La vuelta al mundo de un novelista*^[161]. «Se nos presenta la ancha imagen actual: la batalla de la higiene, ganada; la forestación con su muro verde, creciendo; la reforma agraria, prosperando; el analfabetismo, desapareciendo; el patrimonio artístico nacional, conservado con infinita ternura; la industrialización, progresando; el orden público, asegurado; la moneda, estabilizada; la honestidad de un gobierno, reconocida; la creación filosófica y artística, abierta en una consigna

inesperadamente feliz»^[162] .

El viaje a China, vía Moscú a bordo de un turboreactor –un Tupolev 104–, fue una experiencia inolvidable para la familia, incluso para Aitana, toda una adolescente que descubría con igual fascinación los encantos de la República Popular China un decenio después del triunfo revolucionario de Mao Tse-Tung. «Una transparente mañana dominguera caminamos, mudos de asombro, entre los parapetos almenados contemplando las peladas colinas. La multitud se pasea despreocupada en dos

corrientes opuestas. Un grupo de escolares avanza en filas ordenadas cantando una canción. Las pañoletas rojas flamean. Parejas de novios (en público, no se tocan ni un dedo), militares, campesinos y estudiantes, deambulan felices y curiosos, mientras llegan cada vez más autobuses con nuevas hornadas de visitantes. A medio día, se sientan donde buenamente pueden, y aparecen cestos y floreados termos. La Gran Muralla se ha convertido en un desmesurado merendero popular»^[163].

El viaje tuvo la ciudad de

Pekín como estancia principal, aunque desde allí, siguiendo el curso del río Yantg-Tsé-Kiang, se adentraron en puntos legendarios del país, desde Irkutsk, cerca del lago Baikal, a Ulan-Bator; visitaron las lejanas tierras de la Mongolia Exterior y recorrieron la senda de la Gran Muralla.

El fruto de esa intensa aventura fue el libro que María Teresa León y Rafael publicaron al año siguiente de su regreso a Buenos Aires gracias a la gentileza de Jacobo Muchnik. La obra, titulada *Sonríe China*, tenía el aspecto de un libro de autor,

pulcramente editado con poemas e ilustraciones en color realizados por Alberti, textos en prosa de nuestra escritora y una serie de viñetas de los llamados pintores de tijeras chinos. La obra, que vio la luz en 1958, fue considerada por la crítica como un libro de viajes y de sociología; pero ni recibió ni ha recibido la atención que merece, sobre todo si hablamos de la aportación de María Teresa a lo largo de las más de doscientas páginas de gran formato que constituyen el libro y en las que, con una prosa limpia y sugerente, la escritora nos narra sus visitas a una

maternidad, al Templo del Cielo, a una fábrica de seda, a la cueva donde habitó el Hombre de Pekín, al Instituto de Pedagogía, a la Ópera, a la Escuela de Grabadores o a la casa del escritor Lu Shin.

No cabe duda de que la autora de *Juego limpio* fue muy feliz en China y de que sintió con intensa emoción cada día vivido en aquel país. Así lo apreciamos cuando, sin dejar de lado la pasión experimentada, «sin prejuicios ni cerrazones ni reservas», ella misma confiesa y advierte en las páginas de *Sonríe China* que, «extremosos a más no poder, siempre llevando a

cuestas nuestra española
exageración, no confiamos en que
nuestro libro sea ecuánime ni
mucho menos. Será apasionado y
cordial. [...] No se nos borrará
jamás de los ojos la sonrisa de
China. Cuidadosamente la
llevaremos dentro hasta nuestro
país del otro extremo del mundo,
donde ya hemos vivido media
existencia. Contaremos nuestra
visita a la nación cuyos pintores
eran capaces de pintar “el sonido
del otoño” [...] Sí, hemos estado
en el país de los milagros».

Sin embargo, ese país de los
milagros no tardó en sembrar cierta

decepción en los Alberti, al menos en el espíritu sensible y atento de Aiana que, según confiesa en *La arboleda compartida*, «al poco de marcharnos, nuestra amiga Ling Ting (seudónimo de Chian Ping-Shih), narradora de relieve internacional (*El sol brilla sobre el río Sangkan*, 1948), fue acusada de haber tenido amores con un soldado de Chang-Kai-Chek. Expulsada del partido sirvió como camarada en la cafetería de Unión de Escritores hasta que su invulnerable sentido de la dignidad hirió a los burócratas y la trasladaron a una vieja región

agrícola». Aitana cita también el caso del «eximio poeta y pintor Ai Ch'ing (seudónimo de Chang Haich'eng), gloria de las letras chinas (*Norte*, 1939; *La llamada afortunada*, 1953; *Primavera*, 1956), que fue desterrado al desierto de Gobi. De nada le sirvieron sus cuatro años de encarcelamiento ni el haber combatido con la pluma y el fusil a los opresores de su pueblo. [...] Otros muchos amigos desaparecieron, arrastrados por el torbellino “cultural”. ¡Cuánta ironía encierra este vocablo en el

contexto chino!»[164]

JUEGO LIMPIO

Además del vistoso volumen de *Sonríe China*, María Teresa publicó en 1958 el libro *Nuestro hogar de cada día. Breviario para la mujer de su casa*, obra aparentemente singular en la producción de nuestra autora, poco conocido en España, pero que tuvo en Argentina enorme repercusión y varias ediciones (1959 y 1961). Se trata de un volumen misceláneo de 305 páginas –formato de 19 x 12 cm con viñetas

en los márgenes exteriores a modo de escolios— lleno de consejos gastronómicos, de tareas domésticas y de contenidos culturales y literarios. Además de recetas, de ideas sobre cómo aprovechar los restos de la comida, de recomendaciones sobre belleza, buenas maneras, primeros auxilios, trucos y remedios caseros para combatir las jaquecas, el insomnio, la afonía, las intoxicaciones, las picaduras, etc., el libro proponía sitios para visitar si se viajaba a ciudades como Lima o París, incluía pensamientos, reflexiones filosóficas, críticas literarias y

teatrales, fragmentos literarios de Unamuno, Juan Ramón Jiménez, Alberti, Miguel Hernández, Bernard Shaw, César Vallejo, Bécquer, Cervantes, Séneca, Petrarca, Oscar Wilde, Henry James o Mark Twain; recomendaba obras «que no pueden faltar en una biblioteca» de autores hispanoamericanos como Eduardo Mallea, Estela Canto, Horacio Quiroga, Leopoldo Lugones, Norah Lange, Mujica Láinez, Ricardo Güiraldes, Oliverio Girondo, Alfonsina Storni, Ezequiel Martínez Estrada o Pablo Neruda.

La base del libro eran los textos empleados por la escritora

riojana, durante años, en su programa radiofónico «Charlas de María Teresa»; y la idea de recoger ese material en un volumen único partió de nuevo de Jacobo Muchnik, verdadero amigo de los Alberti y editor particularmente sensible con la obra de María Teresa. Fue él quien incluyó *Nuestro hogar de cada día* en la colección Biblioteca de *Mucho Gusto* –revista de éxito dirigida, como ya sabemos, por Muchnik– de la editorial bonaerense Compañía General Fabril Editora, la misma empresa que un año más tarde sacaría a la luz *La arboleda*

perdida, primer tomo de las memorias del Alberti. En realidad, tras esos textos y esos guiones que recogen la tarea de madre, esposa, salvaguarda del hogar y *femme de lettre* encontramos también un aliento feminista, reivindicativo que, sin huir de la cocina y de las tareas domésticas, reclama para ellas la participación del hombre. Son numerosas las referencias femeninas y feministas que recorren el libro: Isadora Duncan, Juana la Loca, Aurore Dupin (George Sand), Madame de Staël, Catalina de Médicis, María Rosa Oliver, Teresa de Ávila, Mariquita

Thompson o Mariana Pineda. Y en esta línea, María Teresa, en su pretensión de ofrecer a las amas de casa una obra de apoyo para solucionar las sorpresas que provocan los duendes domésticos, continuaba la labor emprendida por otras mujeres igualmente admirables como la escritora Carmen de Burgos (Colombine) en *El arte de ser amada* o *Vademécum femenino*, Margarita Nelken en *Maternología y puericultura* o Constanca de la Mora, la esposa del general Hidalgo de Cisneros, en su libro *Doble resplandor*, editado en

México en 1944.

Ni siquiera en una obra como *Nuestro hogar de cada día*, considerada menor o de circunstancias, podía ocultar María Teresa León su vocación literaria y su gran talento, pero será en 1959, meses después de la edición de su libro dedicado al cuidado de la vida doméstica, cuando publique una de sus mejores piezas narrativas: *Juego limpio*.

Ambientada en la Guerra Civil, en esa realidad histórica que vivió la autora, la novela tenía el propósito de rendir un homenaje a sus compañeros de las Guerrillas

del Teatro, desde el primero hasta el último de sus componentes, en especial a Jesús García Leoz, Edmundo Barbero, Santiago Ontañón, Emilia Ardanuy, Angelines Fernández, Emilio Menéndez y Juana Cáceres. Declaraba la propia María Teresa que la escritura de este relato se la debía a esta última, a Juanita Cáceres: «era la única verdadera actriz de nuestro grupo, vivía peligrosamente, era agresiva, fuerte. A ella le debo haber escrito *Juego limpio*, después que apareció en Buenos Aires, a los pocos años de haber concluido

nuestra guerra, reavivándome la memoria»^[165] .

Juego limpio se fue gestando a lo largo de veinte años. Apareció con el sello de Editorial Goyanarte, Colección El mundo al día, gracias a la invitación del escritor, editor y empresario guipuzcoano Juan Goyanarte, director a la sazón de la revista argentina *Ficción*, fundada en 1957, en la que colaboraba Gloria Alcorta, una de la grandes amigas de María Teresa en esos años: «¡Ah, aquel bosque sagrado donde se cruzaba la amistad como en los sitios bendecidos y mágicos!

¿Recordáis cómo nuestro juego temporal de vivir alcanzaba una plenitud de duración casi divina? ¿Recuerdas, Inés Bonadeo, cómo llegabas hasta nosotros bella y alta? ¿Recuerdas, Gloria Alcorta, cargada con tus versos y tus ideas teatrales cómo aparecías en aquellas reuniones que Rafael, por ser de tantas mujeres solas, llamó de Lesbolandia?»^[166] .

Juego limpio volvía a ser una novela sobre la contienda civil española, sobre la vida de los cómicos e intelectuales de las Guerrillas del Teatro, entre otras

razones porque la escritora no se había arrancado del alma, en dos décadas de exilio, los estragos de la guerra. «A veces, María Teresa y Rafael despertaban en la noche angustiados –así recordaba Aitana Alberti aquellas noches de su infancia–. Tableteo de ametralladoras, explosiones horribles, incendios, gritos... Es difícil controlar los sueños»^[167] . Y en el sueño de ese relato, cuyo fondo era una desoladora aceptación de la fatalidad, la acción se tejía en torno a la figura de Camilo, sacerdote agustino y

soldado que, atraído por la causa popular, renunciaba a pasarse al bando fascista y a formar parte de la quinta columna. Entregado a la defensa de la República, participaba en las actividades de una compañía teatral. Al parecer, tanto el personaje como su nombre no eran fruto de la ficción novelesca. Según Salvador Arias, Camilo era un monje agustino que había colgado los hábitos para alistarse en las milicias pocos días después del alzamiento militar y formó parte de las Guerrillas del Teatro. Al acabar la guerra, se marchó como misionero a América

y dejó finalmente la orden para casarse. En *Juego limpio*, el curasoldado permite a la autora personificar el desgarró de la derrota, la muerte del progreso, la legalización de las desigualdades y el gran fracaso de la justicia. Pero también lo logra con una polifonía de voces y con ese juego de perspectivas que configuran los demás personajes, ejemplo claro de la lucha política y cultural en la retaguardia a favor de la República.

DOÑA JIMENA DÍAZ DE VIVAR

A partir de 1958, los Alberti disfrutarían de una nueva casa donde pasar las temporadas de verano y de descanso. Los cinco años en las barrancas de San Pedro, frente al gran río de América, habían cumplido su ciclo en la vida de nuestra escritora. «Un día tuvimos que abandonar el río para siempre —escribe María Teresa—, dejar solas a las ánimas de los

amantes, a la mujer emparedada del Mayor Loco. ¿Han colgado ustedes la ramita de yerbas que les di? Claro, claro, la puse detrás de la puerta para alejar los espíritus. ¡Qué valientes son ustedes! Así nos ha hecho la vida. ¿Se marchan? Sí. Dejamos el ramito detrás de la puerta y el río y los huertos y todo lleno de nuestras miradas. Una última vez, mamá. Sí, hija, sí. Acarició el caballo. Estaba segura de regresar al año siguiente. Echó a andar el títburi que nos llevaría a la estación. La quinta del Mayor Loco volvió a su silencio entre los huertos, frente al río Paraná. [...] En

el sendero nos encontramos a un amigo. ¿Se van ustedes ahora que han desembrujado la casa? ¡Qué lástima! ¡Sabe Dios quién vendrá! Sí, sabe Dios. Arrancó el caballito y nosotros agarramos una naranja de las que nuestro amigo el gallego del huerto nos había dado para la sed del camino, pero la Quinta del Mayor Loco había dejado en nuestros labios una sed sin término»^[168].

Es necesario recordar que aquella casa prestada en las cercanías de San Pedro, como todas las demás, iba indefectible

unida a los libros que María Teresa y Rafael escribieron durante su largo exilio. «Para nosotros los lugares tienen nombres de libros – apunta de nuevo la autora riojana–. Los hemos ido escribiendo como quien viaja y hace altos vivaqueando, para seguir viviendo. Los saludamos con cierta timidez, con cierta angustia. Nos vamos sentando con ellos, poco a poco. Luego, algunos lugares nos palpitan en las entrañas, otros nos respiran en los pulmones durante largo tiempo. Yo he sentido vivir a la gente de mis libros junto a mi respiración. No me dejaban hasta

que no escribía el cuentecillo. Otros, mi pueblo o sus gentes, me agarraban la mano: “Escribe”. Aun durmiendo me comían el sueño. Al despertarme me encontraba con lo que me habían contado y les obedecía»^[169].

El proceso de creación que nos describe la autora de *Juego limpio* nos aporta mucha e interesante información, pero seduce y emociona el modo en que aborda los lugares, esos espacios que marcaron la vida de un desterrado como ella, para quien la literatura y la escritura son tan

necesarias como respirar. «Rafael
rumia y rumia y se queda sordo y
no contesta a nadie cuando escribe
—aclara María Teresa—. Yo hablo.
Creo que me llevan en vilo o en
una de esas barcas que empuja el
viento. No sé. Escribo con ansia,
sin detenerme, tropiezo, pero sigo.
Sigo porque es una respiración sin
la cual sería capaz de morirme. No
establezco diferencias entre vivir y
escribir. Ni recuerdo cuándo
empecé. Debía tener catorce o
quince años. Escribí las cosas que
yo me había contado en sueños, y
Cuentos para soñar los llamé
cuando se publicaron en Burgos en

una editorial que acogió con simpatía tan poca cosa. [...] En la Quinta del Mayor Loco, junto al Paraná, volví a ver pájaros de enormes alas. Allí escribí las páginas de *Doña Jimena Díaz de Vivar*. Mientras Rafael navegaba por el río su angustia española, yo regresaba a mi infancia donde el cuento del Cid aparece siempre. Y no por ser burgalesa mi madre, sino por las horas de mi infancia pasadas en la casa de mi prima Jimena. No sé por qué pienso en aquellas mujeres a quienes la ausencia de sus hombres de España había dejado en tanta soledad como

a Doña Jimena, desolada y triste, en medio de Castilla, dejó el destierro del Cid Campeador»^[170] .

De su paso por la casa de la Quinta del Mayor Loco quedó en la memoria de María Teresa, como hemos podido deducir, la elaboración de una de sus obras más hermosas: *Doña Jimena Díaz de Vivar, gran señora de todos los deberes*, trabajo complementario a la biografía del Cid que supone, para algunos críticos, la continuación del volumen sobre éste y, al mismo tiempo, la

reparación de ese injusto olvido al que la historia acostumbra a someter a sus grandes mujeres. Como indica Gregorio Torres Nebrera, con *Doña Jimena*, María Teresa decidió hacer justicia de una vez a la figura de una mujer eclipsada por la de su esposo, y «lo hace desde una identificación feminista total con aquella castellana también compañera, como ella, de exilios y avatares de toda especie»^[171]. El libro, décimo en el orden de volúmenes editados en el exilio, se publicó en Buenos Aires en 1960, en la

editorial Losada, Biblioteca Contemporánea.

Para entonces, como hemos señalado a principio de este apartado, los Alberti vivían ya en «La arboleda perdida». Con ese nombre bautizaron la casa de madera prefabricada que se construyeron en los bosques de Castelar, concretamente en el Parque Leloir —como así se denominaba su parte más bella—, a una hora de tren de Buenos Aires. Rafael Alberti había llamado así a la vivienda de maderas rubias y ventanales, según un modelo sueco de construcción rápida, en

homenaje a la otra arboleda, a aquel lugar lleno de retamas y pinos de su infancia gaditana. Allí pudo concretar María Teresa la vieja ilusión de tener, de nuevo, una casa propia y una parcela de mil quinientos metros de terreno, esta vez sobre la extensión de la finca Leloir que se vendía fragmentada en parcelas. Se trataba de una vivienda construida en apenas una semana que tenía un solo dormitorio —el de Aitana— y un estudio amplio y confortable, corazón vivo de la estancia, en el que dormían y trabajaban los dos escritores. En aquel refugio

pasarían las últimas e inolvidables temporadas de su exilio argentino, siempre alternando el tiempo con los viajes y con los meses en Buenos Aires, en el nuevo domicilio en la capital de la calle Pueyrredón, junto a la Plaza de Francia.

Los recuerdos de la casa de los bosques de Castelar, tantas veces evocados por María Teresa, Rafael y Aitana, van siempre unidos a la vegetación y los jardines de la finca, al libro *La arboleda perdida*, de Alberti, que se acabó de escribir en aquella vivienda, y también a los dos

perros que la habitaron: *Alano* y *Diana*. «El paisaje que me acompañaba alrededor de mi casa en el otro hemisferio era distinto – confesaba el poeta gaditano al recordar sus últimos otoños en Argentina–. En mi jardín tenía plantados kinotos, un arbolito japonés de anaranjados frutos agridulces, y entre más de 20 viejos cipreses se alzaban los grandes álamos carolinos que me cubrían todo el jardín a la caída de las hojas. Tenía, además, una cerca de alambre, toda enredada de frambuesas, y los jardines vecinos, tan cercanos, como de mi

propiedad, me ofrecían sus redondas dalias, sus variadas rosas, granados y limoneros, y el mareante aroma de los jazmines paraguayos, que yo también tenía abrazando las delgadas columnas del porche de mi casa. [...]. No olvidaré mis largos y solitarios otoños en aquellos bosques de Castelar, acompañado de mis dos perros espontáneos, que aparecieron un día, una noche, eligiéndome como su dueño. El más grande, finísimo de raza, era un alano alemán, y ese nombre le puse: Alano. El otro era una perra, de indeciso linaje, lista y

arrebatada de fidelidad, a la que bauticé con el nombre de Diana [...]. Pero algunos quinteros de las fincas vecinas odiaban a los perros. En las noches oscuras se oían disparos de escopeta, que a veces daban en el blanco. Y así me mataron, primero, al Alano, al que se llevaron muerto, para confundirme, a un camino lejano, adonde fui a buscarlo, y encontré arropado de hojas en la cuneta. Me lo traje en una carretilla, enterrándolo al pie del álamo más grande y vistoso del jardín, clavando su hermoso collar alrededor del tronco, en el que

grabé a punta de navaja su nombre, sobre el que cayeron tantas lluvias como rocíos. Poco más tarde, me asesinaron también a la Diana...»^[172] .

Para María Teresa, generosa en la palabra –siempre emplea el plural en estas evocaciones– y en la vida, la casa de «La arboleda perdida» va también unida al recuerdo de *Alano*, «hermoso amigo, tierno errante, caballero de toda perra en celo del bosque de Castelar. Llegó a la puerta y se quedó. Nos dijo: Yo guardaré “La Arboleda Perdida”. Vosotros sois

gente que vive en Buenos Aires y tenéis los bosques para reconciliaros con el silencio. Yo soy el guardián del bosque. Conozco todas las hamadriadas [*sic*], todos los silfos, todas las libélulas. Sé cuándo la abeja reina vuela, si ha regresado el picaflor, si suben los caracoles por los troncos de los rosales. Sé quién va cantando por el camino. Ladro a los que tienen fea el alma, no ladro al que huele a amigo de perro. Si me dejáis entrar en esta casa pequeña como un barco anclado entre Cipreses, en esta casa de madera como las que dan a los

perros los hombres, yo me tenderé a vuestros pies y os lameré eternamente las plantas. ¡*Alano*, fiel amigo! Un día, al regresar, lo encontramos muerto. Lo habían atravesado con una bala. ¿Por qué? ¿Por rondador? ¿Por enamorado? Clavamos su collar en el tronco del ciprés más hermoso»^[173] .

La casa servía también para encontrarse con los amigos, para celebrar la vida veinte años después de la llegada de María Teresa y Rafael a Buenos Aires; también para realizar, según el poeta, reuniones clandestinas en

tiempos difíciles y adversos para los exiliados: «en mi casa de madera, a la que cuidaba, barnizándola, como si fuera la quilla de un yate de lujo, celebrábamos nuestras reuniones clandestinas del PCE, prohibido, ilegal, naturalmente en la Argentina. Luego, considerando que aquellas reuniones eran algo peligrosas, por los vecinos que nos rodeaban, las trasladamos a otros lugares, como el delta del Paraná, más laberíntico y más difícil de localizar allí la casa que siempre algún amigo nos dejaba»^[174] .

Pero aún tendrían que pasar tres años para que la situación política de los Alberti en Argentina se hiciera irrespirable, y aquel año 1960 tocaba celebrar, entre otros eventos de interés –tal y como ya indicamos–, la publicación de la novela biográfica de María Teresa sobre la mujer del Cid: *Doña Jimena Díaz de Vivar, gran señora de todos los deberes*, un sentido y hermoso retrato de la esposa del héroe legendario. La propia escritora recuerda que con ese libro quiso rendir homenaje a un arquetipo de mujer, esposa y madre que, con su vida, enaltece al mismo

tiempo la figura de su marido El Cid Campeador. «Pensé en Doña Jimena, ese arquetipo de mi infancia, que yo había visto en San Pedro de Cardeña, de Burgos, tendida junto al señor de Vivar como su igual y tejí mis recuerdos de lecturas, de paisajes, de horas vividas para apoyar en Doña Jimena las mujeres que iban pasando ante mis ojos»^[175] .

En esa línea, el profesor y poeta Jaime Siles comenta que el libro que mueve a María Teresa León «a articular su nuevo yo es *Doña Jimena Díaz de Vivar*, que es

un homenaje a María Goyri y a los Menéndez Pidal, que la familiarizaron con la epopeya del Cid, pero, sobre todo, es una aproximación a la mujer española como sujeto familiar e histórico».

[176] De lo que no cabe duda es de que, en este texto, la autora de *Contra viento y marea* vive con orgullo su femineidad, extiende al lector su visión de la revolución femenina que habían iniciado las mujeres de su generación, y ello a través de un espléndido retrato moral y psicológico del personaje de Jimena, «rescatándolo de la

sombra y confiriéndole entidad, haciendo de una vez por todas justicia a la “querida y ondrada mugier”»^[177] . Desde el punto de vista meramente literario, es una obra de enorme lirismo en la que María Teresa León emplea una escritura ornamentada y preciosista que se aleja del estilo conciso que utiliza en la biografía novelada del Cid. «En esta biografía –concluye la profesora María José Castillo Robles–, «la autora inventa libremente el mundo cidiano, recreando la vida cotidiana y exaltando a los “desheredados de

la gloria”, muy atenta a lo popular
y lo intrahistórico»^[178] .

ÚLTIMOS DÍAS CON HEMINGWAY

También ese mismo año de 1960 dio para emprender viajes por el continente americano impartiendo conferencias y propiciando encuentros con escritores amigos. Gracias a las gestiones de Miguel Otero Silva y de Alejo Carpentier visitaron Venezuela, Colombia, Perú y Cuba. Esta vez, María Teresa y Rafael vivirían en solitario, sin la compañía de una Aitana ya crecida,

una experiencia intensa y extraordinaria. «Debo confesar con mucha tristeza –declaraba muchos años después la hija de la escritora– que yo preferí quedarme en Buenos Aires, al cuidado de unos entrañables amigos, porque había descubierto el amor y a mis escasos 18 años ningún descubrimiento de otro tipo podía ser más importante. Pero el amor pasó y yo me perdí algo único: un largo viaje que me hubiera descubierto América: en Venezuela, el Salto del Ángel, desde una vieja avioneta conducida por un temerario piloto de la selva, explicado con indudable temor por

Miguel Otero Silva; una corrida de toros apoteósica de Luis Miguel Dominguín, en Colombia; las maravillas del imperio incaico, en el Perú; y Cuba, en los albores de esta Revolución, con la presencia viva de sus jóvenes líderes, de sus escritores, de sus músicos, y de un pueblo que recién estrenaba su marcha hacia el futuro»^[179] .

La estancia en Cuba, donde permanecerían durante un mes hospedados en el Hotel Sevilla Biltmore —después de la Revolución conocido como Hotel Sevilla—, fue, en efecto, una fiesta

para María Teresa y Rafael. En la isla caribeña, acompañados de Nicolás Guillén, se reencontraron con un viejo y querido camarada de la guerra de España: Ernest Hemingway. «Llegaron a La Habana a finales de marzo de 1960 —escribe Aitana Alberti—. Una foto casi desconocida publicada en abril de ese año por la revista *Bohemia* los muestra sonrientes ante una desvaída silueta de la cúpula del Capitolio. [...] Ellos esperaban encontrarse en Cuba con el norteamericano corpulento y colorado que solía aparecer como un huracán en la Alianza de

Intelectuales Antifascistas para dejar a los hambrientos residentes alguna latería y una ocasional botella de whisky. Cierta interjección de su propia cosecha (“¡Es cojones la cosa!”) pasaría a formar parte de nuestro reservado lenguaje familiar»^[180].

Hemingway, junto a su cuarta mujer Mary Welsh, vivía en Cuba desde hacía veinte años, y allí, en la Finca Vigía, la casa del escritor en San Francisco de Padua, además de criar gallos de pelea, perros, más de cincuenta gatos y centenares de palomas, escribió o se inspiró

para escribir varias de sus grandes obras: *Tener y no tener*, *El viejo y el mar*, *Por quién doblan las campanas*, *Islas en el Golfo* o *París era una fiesta*. La mansión, que acabaría siendo lugar de peregrinación y de visitas guiadas, tenía amplias estancias con grandes y profusos ventanales. Estaba vestida con muebles diseñados por la propia Mary Welsh, con más de nueve mil libros repartidos por las estanterías, medio millar de discos y una profusa colección de cabezas disecadas de antílopes, búfalos, kudús y leones. «Cuando los Hemingway recibían invitados –

añade Aitana—, siempre había música sonando: Beethoven, Bach, Mozart... [...] En la mesa del comedor, la vajilla y los cubiertos cifrados con el símbolo de la Finca Vigía están perennemente dispuestos. Diríase que en cualquier momento hará su entrada el mayordomo René Villarreal, vestido de filipina blanca, para traer la olorosa comida... ¿por qué no?... a María Teresa León, Rafael Alberti, Nicolás Guillén y los anfitriones. Pero antes se alzarán las copas de cristal de Murano y vibrará en la claridad luminosa de marzo el brindis de *Papá*: “¡Por lo

nuestro!” [...]»^[181].

En estas líneas finales de *La arboleda compartida*, Aitana Alberti recrea una escena que su madre recogía con verdad literaria y con firme emoción en sus memorias. No eran aquellos días de abril de 1960 los más apropiados para visitar a *Papá Hemingway*, cuya salud, seriamente mermada, y su estado depresivo dificultaban el encuentro. Sin embargo, la melancolía del novelista norteamericano pareció encontrarse complacida con la visita de María Teresa y Alberti,

que le traía recuerdos de un pasado entrañable y de un país amigo: «Ernest Hemingway nos abrazó a la entrada de su casa de la Isla de Cuba –declaraba la autora riojana–. Nadie se adelantó a decirnos: Es vuestro último encuentro. Aquel hombre de barba blanca y traza de Papá Noel bondadoso nos volvía a abrazar aún más afectuosamente que hacía veinte años. Su mujer, Mary Welsh, inteligente y viva, nos saludaba llevando siempre la flor de la inteligencia en los ojos. Nos quedamos como fascinados viendo a aquellos dos seres y más aún

porque el encuentro era en Cuba, porque a lo lejos se veía el mar y se balanceaba una barca y dentro un viejo»^[182] .

La conversación con el autor de *El viejo y el mar* –amena y emotiva siempre– circuló por diferentes caminos según relata María Teresa León. Hablaron de Pío Baroja, a quien Hemingway había visitado en España poco tiempo atrás y que injustamente había fallecido sin recibir el premio Nobel. Dialogaron sobre la guerra y el frente de Guadalajara, sobre el general Walter, el militar

polaco que dirigió la XIV Brigada Internacional y que combatió en la batalla de Teruel en 1938, el mismo general –su verdadero nombre era Karl Swierczewski– que después de luchar en la Segunda Guerra Mundial, primero en el ejército polaco y luego en el soviético, sería asesinado por los nacionalistas ucranianos en 1947. Hablaron también de John Dos Passos en aquel Madrid bombardeado, de la sede de la Alianza de Intelectuales en la calle de Marqués de Duero, 7, de la camaradería –«¡Qué alegre era aquella tensión dramática de la

vida!»—, de la figura del mismo Ernest Hemingway provocando sonrisas con la botella de whisky que llevaba en la cintura, mojándose los labios y repartiendo tragos. Recordaron la historia del hotel de la Gran Vía madrileña donde se hospedaba el novelista norteamericano y que habían bombardeado. «La verdad es que me dijeron: Señor Hemingway, el bombardeo ha deteriorado tanto su habitación que creo que tendrá que cambiarse a una del patio. Sí, claro, le contesté yo: ¿Y cuánto cuesta? Él me dio una cifra alta. Yo insistí: ¿Y las que dan a la calle?

Hizo un ademán amplio con sus brazos, contestándome: Esas, la mitad. Pues me quedo con la mitad, y seguí durmiendo en la habitación sin cristales tan ricamente»^[183] .

Según María Teresa, el autor de Illinois tenía una coraza para las tragedias y, además, las armas habían sido sus juguetes de niño. Era todo un experto en marcas de fusiles y de pistolas; reconocía el calibre de los cañones que bombardeaban por el sonido del proyectil o el ruido de la explosión. Conversaron también de su gran afición a los toros y de que,

durante años y años de sus visitas a España, había conocido y tratado a más toreros que escritores o intelectuales. Declaró su preferencia por Ordoñez frente al toreo de Dominguín. Recordó, uno tras otro, los nombres de las suertes del toreo y hasta desplegó, acompañado de Alberti, una serie de imágenes que parecían estampas de la lidia. Hemingway concebía España y lo español como su segunda patria, hasta el punto de rodearse siempre de jardineros españoles y de cocineras españolas, de gentes leales que le recordaban el país de sus pasiones

y de su fe en la vida. «Se decían muchas cosas de él y él decía muchas de nosotros en sus crónicas de la guerra de España –recordaba con gratitud María Teresa–. Le respetábamos, le queríamos porque era un paladín de nuestra causa, porque iba madurando en él algo más que una amistad, porque lealmente escuchó por quién iban a doblar las campanas. A esa fe que tenía en nosotros debíamos su recibimiento, sus abrazos, el temblor de emoción que enturbió sus ojos cuando aquel día en Cuba nos dijo: Vivo aquí desde que se acabó lo *nuestro*. Lo *nuestro* era

nuestra guerra, que fue también *su* guerra, y al escucharle sentimos en los labios un regusto romántico de orgullo»^[184] .

María Teresa no pierde detalle a la hora de narrar aquel día y aquella visita, al manifestar su sorpresa tras descubrir que la esposa del escritor había sido tanto o más audaz que el propio Hemingway, con un pasado de aventuras africanas y de inolvidables expediciones: «Nos contó sus cacerías en África. Intervino Mary, mujer a quien no asustaban las selvas ni las fieras.

Nos llevó a mirar los trofeos que colgaban por todas las paredes de la casa. Inmensos leones africanos abrían la boca, incapaces ya de cerrar sus dientes sobre nosotros. Yo señalé a uno magnífico y dije jugando con mi apellido: Éste debe ser mi pariente. Mary aclaró con su voz tenue: Lo maté yo. Seguimos mirando. ¿Y éste? Lo maté yo, volvió a decir Mary Welsh. Cuando llegamos a los antílopes Mary aclaró: Estos los mató Ernesto. Reímos todos mirando con mucho respeto a la mujercita valiente, celebrándola por usar las armas de fuego tan hábilmente como las

agujas de coser»^[185] .

La conversación se desvió finalmente hacia la realidad política cubana y hacia la revolución encabezada por Fidel Castro. «Estoy muy contento aquí. Nunca tuvo esta isla un gobierno tan honrado como el de ahora»^[186] , pareció decir abiertamente Hemingway. Pero no sabemos hasta qué punto la velada en Finca Vigía se mezclaba en la memoria de María Teresa con las numerosas actividades culturales que la escritora desarrolló durante aquel mes de permanencia en la

isla. De hecho, en su estancia en Cuba, veinticinco años después de la primera visita, nuestra escritora impartió una charla —«¿*Quién era la verdadera Dulcinea del Toboso?*»— en el Palacio de Bellas Artes e inauguró el segundo canal de la televisión cubana con una interesante intervención sobre la salvación de los cuadros del Museo del Prado durante la Guerra Civil española. Participó asimismo como presentadora en el acto poético que compartieron Nicolás Guillén y Rafael Alberti en el Teatro Lázaro Peña de la Central de Trabajadores; un evento que

concluiría con la actuación del cantante Bola de Nieve. Acompañó también a su marido en la conferencia que éste dedicó a la figura de Antonio Machado en una jornada presentada por Alejo Carpentier en la que no faltaron palabras de recuerdo para escritores revolucionarios como Pablo de la Torriente Brau, fallecido en la guerra de España, y para el reciente triunfo del movimiento revolucionario cubano. «La Revolución cubana –dijo María Teresa– es el acontecimiento más importante ocurrido en Hispanoamérica en toda la mitad

del siglo XX y volverle la espalda sería desertar de un ámbito poético de tanta magnitud que equivaldría, para los poetas, a una ceguera, si no a una traición»^[187] .

Ese espíritu revolucionario que había alentado a María Teresa León en su juventud y en los años de contienda civil aún debía permanecer en una escritora de 57 años que conversaba con Ernest Hemingway aquella tarde única de 1960. «¿Ves a ésta? Pues era una miliciana rubia con pistola y todo, explicó Hemingway a su mujer. ¿Y el teatro? ¿Ya no te ocupas de él?

Yo dejé atrás como un gesto toda mi vida pasada. ¿Y tú qué haces? Escribo, me contestó. No es fácil ahora ganar dinero. Reímos muy divertidos con su contestación. Pues si eso te pasa a ti, ¡figúrate a nosotros en la Argentina! [...] Nos separamos conmovidos. Pocas veces nos costó tanto separarnos de un lugar y de una persona. Nos salió a despedir con toda la claridad de su barba blanca y levantando su mano nos gritó: *¡Hasta la vista!* Hemingway quedó en el pórtico y poco a poco se nos fue desprendiendo de los ojos. Atravesamos el parque, y el

jardinero español cerró la entrada»^[188] .

Dieciséis meses después de aquella despedida, la madrugada del 2 de julio de 1961, Ernest Hemingway se quitaba la vida en su casa de Ketchum, ciudad del condado de Blaine en el estado de Idaho. «¿Por qué esa bala le llegó al corazón si estuvo tanto tiempo respetándole el peligro? –se preguntaba María Teresa–. Este voluntario adiós a las armas nos dejó desconsolados. Una vez más tuvimos que mirar una última foto. En ella estamos, bajo la piel del

león que mató Mary Welsh, Rafael,
Hemingway, yo... Aún le oímos
asegurarnos: Cuando lo *nuestro* se
concluya...»^[189]

ADIÓS A DOÑA OLIVA

María Teresa, tal y como se lamentaba ante Hemingway, no podía bajar la guardia ni permitirse periodos sin trabajo o sin ingresos. Las conferencias y las publicaciones eran el bien necesario para mantener la economía familiar, además de la actividad pictórica de Rafael Alberti, que suponía, cada vez más, un refuerzo para el sustento de la familia. Sabemos por una carta remitida al hispanista Dario Puccini

–autor por esas fechas del *Romancero della Resistenza spagnola*^[190] – que nuestra autora apenas publicaba artículos y que tenía serias dificultades para que le admitieran alguno de sus trabajos en la prensa argentina: «He escrito un artículo sobre tu gran esfuerzo y sobre nuestro drama español: la traducción de la poesía de guerra. Es emocionante lo que has hecho. Lo comentamos en una reunión de intelectuales españoles en casa del doctor Cuatrecasas y todos estaban emocionados y admirados. Resumí el espíritu de aquella noche en un

artículo que mandé al *Nacional* de Caracas, único periódico donde escribo por la muerte civil impuesta trágicamente a todos los escritores de izquierda en la libre América norteamericanizada»^[191] .

En medio del enrarecido ambiente político que se respiraba, la escritora debió de agradecer de modo muy especial la ayuda que le prestaba de nuevo Jacobo Muchnik al requerir su colaboración para el programa *Buenas tardes, buenas noches* del Canal 13 de la televisión argentina. El espacio tenía raíces muy familiares ya que

en su producción y realización colaboraba Jacobo (responsable, como sabemos, de la Compañía General Fabril Editora), Herminio Muchnik (director-editor de la revista *Mucho Gusto* y sus libros), Pedro Muchnik (director de Teleprogramas argentinos) y Anna María Muchnik, que era la conductora del programa. Los contenidos de la emisión seguían la línea desarrollada por María Teresa en sus viejos guiones radiofónicos y estaban estrechamente relacionados con su libro *Nuestro hogar de cada día*, publicado dos años atrás por el

mismo Jacobo Muchnik: recetario de cocina, consejos para el hogar y la familia y temas de cultura. El programa, que pronto alcanzó éxito y popularidad en el país, invitaba a almorzar a artistas famosos como forma amena de entrevista y en su desarrollo se realizaban lecciones de cocina. Los estudios de Canal 13 estrenaron *Buenas tardes, buenas noches* el 3 de octubre de 1960 y María Teresa se incorporó al mismo a finales de ese año.

La actividad literaria de 1962, animada con algunas conferencias, con los guiones televisivos y con la escritura de un nuevo libro de

relatos, se iba a ver alterada por el viaje a Europa que emprenderían los Alberti a comienzos de otoño y, en su lado más sombrío, por la noticia del fallecimiento de doña Oliva.

Diez años después de aquella dura despedida en el aeropuerto de Buenos Aires, María Teresa León revivía con íntimo desgarró el dolor de la distancia y el peso de una conciencia malherida que nunca encontraría consuelo. El episodio que la escritora dedica a este sentimiento de la ausencia y de la pérdida en *Memoria de la melancolía* es de tal hondura que

merece ser reproducido casi en su integridad para valorar en su justa medida las altas cotas de la escritura de María Teresa León y el alcance de la literatura verdadera:

«Al entrar en una iglesia, siempre murmuraba algún rezo por mi madre. Ahora ¿por quién rezar? Repetía por ella el padre nuestro que ella me enseñó. Por si sirve, me decía, por si alivia alguno de sus dolores, por si alguien le sopla al oído que estoy aquí, recordándola. Mi madre murió en el año 1961. Era un personaje. Concluyó su vida hablando sola, olvidando, tocando el piano,

queriendo repetir el ciclo de su belleza clara, de su vida de salón. No estuve junto a ella en ese instante en que la monjita dijo a su inesperada lucidez final: Doña María Oliva, a lo mejor esta noche está usted en el cielo. Mi madre aceptó sonriente: Que sea pronto. Suspiró y se fue.

»Esto sucedía en Madrid. Yo no pude acercarme. ¡Qué sencilla fue su muerte! Salió de la escena de la vida con el mismo temple con que en Buenos Aires tomó el avión para irse a España. Altiva, fuerte, tan segura de sí con sus ochenta años, levantando la cabeza como

una diva en la última escena. Los amigos nuevos que dejó la miraban sin poderlo creer. Yo entonces debí gritarle: ¡No te vayas, te necesito! No discutiremos más. Te dejaré entrar y salir a tu antojo y marcharte al bar para hablar con los albañiles y convidarlos a una copa de cognac, dejando luego sobre el mostrador billetes grandes de los que nunca te daban la vuelta. Te dejaremos ser la vieja señora que va canturreando por las calles y no teme a los coches y habla con los seres minúsculos de los troncos de los árboles. [...] ¡Qué valiente eras! No te dejabas ni peinar, eras

la insurrección permanente, el gracioso desorden, la que nos sobresaltaba continuamente hasta precipitarnos todos en su busca. ¡Pero mamá, si tienes jardín! ¿Jardín? Yo no soy un banco para quedarme aquí quieta.

»No supe jamás bien qué camino ibas haciéndote por dentro, hacia dónde te dirigías. Sé hoy que debí detenerte cuando subiste al avión. Pero no te detuve. Me había vuelto cobarde. Tenía que defender la paz de los que viven bajo mi custodia. Los últimos recuerdos que tengo de ti son demasiado deslumbrantes. Me ciegan. Sé que

después de vivir junto a tu hijo general, te llevaron a casa de las monjitas que son pacientes con los últimos destellos de la pobre vida de algunas pobres señoras, que pagan esa caridad mientras ellas ganan el cielo aguantando manías de viejas. Antes de cerrar tus ojos, te miraste las manos... Ya no tocaré más el piano, ¿verdad, hermanita? Le sonreíste. Allá, señora, están los ángeles. ¿Y qué pueden saber los ángeles de Mozart, de Beethoven, de Liszt...? La monjita se escandalizó.

»Acercó los dedos a los párpados de mi madre alguien que

no conozco. Fue todo tan sencillo.
¿Dentro de sus ojos estaría aún
nuestra imagen o nos había
olvidado como había olvidado
nuestros nombres?»^[192] .

LA PALOMA DE PICASSO

No olvidaría María Teresa el nombre de Pablo Picasso aquel otoño de 1961. El artista universal cumplía 80 años y ése fue, entre otros, motivo suficiente para sobrevolar el Atlántico y acudir a la cita con el pintor. De nuevo sin la compañía de Aitana (que, por los motivos que María Teresa aclaraba a Puccini en una carta —«está hecha una antropóloga insoportable... y con novio»^[193]—, prefirió quedarse

en Buenos Aires), el viaje a la Costa Azul francesa y los detalles de aquella cita han sido recordados por nuestra escritora y por Alberti en sus respectivos libros de memorias. La amistad con Picasso, como sabemos, venía de lejos, desde aquel primer encuentro en el Teatro Atelier de París en 1931; una relación, como sugiere Benjamín Prado, «siempre sujeta a los caprichos y cambios de humor del genio». El mismo Prado añade a su comentario, como curiosidad, que el pintor malagueño siempre se sintió atraído por la belleza y la inteligencia de María Teresa:

«Alberti solía contar, divertido, cómo en una ocasión, Jacqueline, la mujer del pintor, hizo una foto de María Teresa y Pablo Picasso en la que se les veía besándose en los labios, medio en broma y medio en serio. Jacqueline le regaló la foto a Alberti, escribiendo en el dorso la leyenda: “¡Qué le vamos a hacer!”»^[194].

La pareja de escritores no podía perderse una celebración de semejante importancia que llegaría a reunir en las localidades de Niza y Vallauris, en la región de Provenza-Alpes-Costa Azul, a

personalidades del mundo del arte, la música, la literatura, el teatro y el cine. Fueron numerosos y variados los eventos que en torno a Picasso se celebraron aquellos dos días de octubre, desde sesiones cinematográficas gratuitas dedicadas al pintor a representaciones folklóricas, conciertos y actuaciones en el Gran Palacio de Exposiciones de Niza, entre ellas la de Alicia Alonso con el Ballet Nacional de Cuba. Participaron artistas de más de nueve países, pero destacaron de modo especial los españoles que viajaron hasta allí para rendir su

tributo al maestro, entre ellos, Aurora Bautista, Paco Rabal, la cantante Nati Mistral, y el bailarín Antonio Gades, que poblaron el escenario del Palacio de Exposiciones con poemas de Lorca, Alberti y versos de *La vida es sueño* de Calderón. La celebración contó también, el segundo día, con una novillada en Vallauris a cargo de Luis Miguel Dominguín y Domingo Ortega. Fue una corrida rodeada de polémica que se pudo llevar a cabo muy al caer la tarde y con luz artificial. El motivo del retraso era la prohibición de realizar en ese

Departamento francés cualquier festejo en el que se sacrificara animales. Durante la espera, los invitados —entre los que no faltaban nombres famosos y algunos ilustres como el de Louis Aragon, Manuel Ángeles Ortiz, José Herrera Petere, Juan Antonio Bardem, Baltasar Lobo, Alberti y María Teresa— festejaban el momento bebiendo con escasa moderación y comiendo lo que buenamente encontraban. El periodista Julián Antonio Ramírez, la voz del exilio español durante 25 años en Radio París, relata en su libro de memorias que asistió a aquella cita y que una hora antes de

que los diestros saltaran al ruedo nadie sabía lo que iba a ocurrir. «Intensificamos la búsqueda hasta que recalamos por fin en aquel restaurante donde al poco reapareció María Teresa León, la compañera de Alberti, con un poco de pan y algo de embutido. Los del grupo nos lo repartimos fraternalmente. Bebida no faltaba. Había alegría en el ambiente. De pronto, María Teresa pidió la palabra. Y con tono altamente declamatorio exclamó: “Me presento: María Teresa León, comiendo salchichón”. Se ganó una buena ovación. Con perdón por la

doble rima»^[195] .

Al final, como escribe nuestra autora, «hubo corrida de toros. Llegaron Dominguín y Domingo Ortega. [...] Vallauris rebosaba de gente. Todo era exposiciones, banderines, bandas de música. La plaza estaba convertida en una verdadera arena para lidiar toros bravos. [...] Pero faltaba algo, porque la banda seguía tocando pasodobles. Por fin, después de bailes y más bailes, se despejó el ruedo y habló el clarín. Detrás de nosotros estaba José Herrera Petere con su gente; delante, Pablo,

Jacqueline, Lucía Bosé, Jacques Duclos... ¿Dejarán o no dejarán matar los toros? El público aplaudía. Aquí la *mise a mort* no está permitida. Cuando terminaron de lidiar el primer torillo, Dominguín se aproximó a ofrecerlo a Picasso. Picasso, como un emperador romano bajó el pulgar. ¡A muerte! Hubo un alarido en la plaza. La que más aplaudía era una elegante señora sentada junto a Pablo. Nos dijeron, confidencialmente, que era la Presidenta de la Sociedad Protectora de Animales. El torito se defendió un momento y cerró los

ojos, desilusionado para siempre con las protecciones de los hombres»^[196].

Los Alberti regresaron a Argentina dejando en manos de Pablo Picasso un regalo valioso y desconcertante para todos. Según relata el poeta gaditano, le llevaron un cuadro pintado por el propio padre de Picasso, «una preciosa paloma, de aire velazqueño, firmada por José Ruiz Blasco. La había encontrado un amigo nuestro en un anticuario de Buenos Aires, que se la vendió por poco, ignorando seguramente el valor que

representaba por ser nada menos que del padre de Pablo. En Notre-Dame-de-Vie, aprovechando un momento en que nos encontrábamos con él creo que únicamente María Teresa, el pintor italiano Renato Guttuso y yo, se la pusimos así, como por sorpresa, delante de los ojos. Emoción. Y silencio. Picasso la miró muy de cerca, atentamente, y no nos dijo nada. [...] Días después, pienso siempre que fue Guttuso quien nos habló por parte de Picasso:

»—A Pablo le gustó mucho la paloma. Pero le impresionó que las patas y el pico no estuviesen

pintados por él. Era una paloma de antes que a su padre le envejeciese la vista y recurriese al hijo para que le pintase aquellas partes más pequeñas, que él ya no podía»^[197] .

FÁBULAS DEL TIEMPO

AMARGO

Antes de tomar el vuelo de regreso a América, María Teresa y Rafael viajaron a París, Milán y Rumanía, donde tenían proyectos literarios pendientes de cerrar. «Era el otoño de 1961 –apunta el escritor Darie Novaceanu–, más exactamente octubre de ese año, cuando los dos vinieron a Bucarest y los conocí por primera vez. [...] Lo que sé con certeza es que Rafael y María

Teresa se sentían muy bien, a su aire, en Rumanía, donde habían estado más veces, empezando con el año 1955»^[198] . Tampoco sería la última ya que los dos escritores españoles, comprometidos a traducir poesía rumana, habían publicado en Buenos Aires –como ya anunciamos en anteriores páginas–, ese mismo año, de la mano de Losada, las primera obras de Eminescu y Tudor Arghezi al castellano, y lo volverían a hacer tres años más tarde. El hecho es que, de aquella nueva visita a Bucarest, surgió la idea de traducir

una selección de poesía popular que, según Novaceanu, hechizaba a la autora riojana. Pero lo interesante del testimonio aportado por el escritor y periodista rumano —que por aquellas fechas preparaba su tesis doctoral sobre *El universo lírico de Federico García Lorca*— es el método de trabajo que empleaban María Teresa y Rafael:

«Se les había entregado traducciones lineales [...]. Papeles sobre la mesa, no me pedían una traducción más (disponían de algunas en francés), sino de leerles en rumano los respectivos poemas, para captar al sonido original,

letras que eran palabras, palabras que eran versos, ritmos, métrica, [...] los dos apartaban poemas que no les despertaban mucho interés y se volcaban en común sobre los que les atraían más por razones muy suyas, algunas intuídas también por mí. Quien siempre los pasaba a limpio era María Teresa. Con su caligrafía de letras firmes, como grullas que despegan para un largo vuelo, desde abajo a la derecha, hacia lo alto. Con ellos he aprendido de modo práctico cómo se logra una buena traducción, volviendo más veces sobre la sintaxis y semántica. [...]. Es así

como, gracias a Rafael y María Teresa, tenemos en español un libro de poemas de Eminescu, otro de Tudor Arghezi y uno más con *Doinas y baladas rumanas*. También una novela de Mihail Sadoveanu –*El hacha* (Baltagul)–, labor exclusiva de María Teresa León. [...] una narración construida de modo magistral sobre la estructura épica de *Mioritza*, el mito de nuestra comunicación con el cosmos y resignación frente al destino»^[199] .

Ya en Buenos Aires, apenas tuvo tiempo la escritora de

organizar la vida familiar para enfrentarse a un año, 1962, cargado de momentos que determinarían el cambio y el giro que los Alberti darían a su existencia poco después.

María Teresa pudo ver editada su última cosecha literaria: *Fábulas del tiempo amargo*. Publicada por *Ecuador 0° 0' 0"*. *Revista de poesía universal* (México, octubre de 1962), la obra consistía en una colección de cinco relatos que continuaba la línea de algunos cuentos recogidos en *Morirás lejos* y *Las peregrinaciones de Teresa*. En

estas cinco fábulas –«Soledad ¿por quién preguntas?», «Comed, comed, que ya estoy invitada», «El Viaje», «Las estatuas» y «Por aquí, por allá»– la memoria es de nuevo el cordón que nos ata al pasado y que posibilita la esperanza en el regreso; sin embargo, el tono vuelve a ser el de la confesión íntima ante la patria perdida, el del desarraigo y el de la vida difícil en suelo extraño. Los años de destierro, pese a las décadas transcurridas, seguían siendo para la autora un «tiempo amargo» que no había logrado superar y que las circunstancias presentes –cada vez

más hostiles— hacían ya irrespirable. «Ante el dictado implacable del destino caben dos salidas —señala J.C. Estébanez Gil—: olvidar, rompiendo el cordón umbilical con el pasado y replanteándose una nueva existencia o permanecer fieles a las propias raíces a través de la memoria. María Teresa León denuncia la postura cómoda del olvido»^[200]. No obstante, *Fábulas del tiempo amargo*, más allá del recurrente valor testimonial de los textos de nuestra escritora y de un peligroso

estancamiento formal, suponía un importante paso hacia un estilo más depurado y un predominio de las coordinadas estéticas frente a la finalidad social, ideológica y práctica de la literatura. Podríamos afirmar incluso que, en un tiempo en el que la realidad pasaba de nuevo su inclemente factura y las amenazas contra exiliados políticamente marcados convertían la vida en un peligro, María Teresa era capaz de depurar su estilo, elevar su imaginación creadora y prestar una permanente atención a la forma.

ADIÓS AL PAÍS DE CORAZÓN MÁS GENEROSO

El fondo, sin embargo, se iba poblando de sombras, y las circunstancias políticas se agravaron conforme discurrían los días y los meses de aquel año de 1962. La amada Argentina se había convertido, según palabras de Alberti, en una república «cada vez más estrecha y preocupante después del peronismo, de aquellos

cohibidos gobiernos democráticos, amenazados hasta su extinción por las “engalonadas panteras” militares»^[201].

María Teresa y Rafael, pese a la voluntariosa discreción con la que habían vivido en América, eran personajes muy significados políticamente y por si cabía algún género de dudas sobre el hecho, los actos organizados en Argentina y Uruguay para celebrar el sesenta cumpleaños del poeta gaditano activaron todas las alarmas. Gabriele Morelli llega a hablar de «grandes agasajos en honor del

poeta, en Montevideo y Buenos Aires [...]; homenajes que comprenden también reimpresiones y ediciones de libros, y sobre todo exposiciones, lecturas poéticas, conferencias, conmemoraciones y testimonios colectivos»^[202] . La propia María Teresa, en una carta dirigida al hispanista italiano Eugenio Luraghi el 6 de diciembre de 1962, poco después de las celebraciones, le confesaba: «Estamos locos de agasajos. Esta fiesta de la poesía fue preciosa. Rafael escribirá cuando descanse. [...] Aquí los pintores han hecho

una exposición de 45 dibujos sobre poemas de Rafael. Nos los han regalado. Como son muy buenos podemos llevarlos y exponerlos en Italia»^[203]. La escritora adjuntaba a la misiva el programa del homenaje argentino y ahondaba en aspectos que sugerían el deseo de los Alberti de abandonar Argentina.

A esas alturas del año, el proyecto de dejar definitivamente Buenos Aires estaba más que madurado por Rafael y María Teresa, aunque la decisión de trasladarse a Italia carecía todavía

de definición: ¿Venecia, Milán, Roma...? El terreno estaba bastante abonado ya que la relación de la pareja con los amigos italianos no sólo se había mantenido desde los remotos años de exilio argentino – la correspondencia con Luraghi arranca de 1947 y datan de 1951 las primeras cartas de Dario Puccini– sino que provocaba tal fervor y gratitud, en especial en Puccini, que aquéllos no dudaron en organizar también por esas fechas una suerte de homenajes a Alberti tanto en Milán como en Roma. El programa remitido por el hispanista romano a Rafael era

elocuente y completo:

1. «Se publicará un llamamiento parecido a lo de Montevideo firmado por 14 amigos escritores e intelectuales, pidiendo la adhesión de todos los que se quieran adherir [*sic*], en Italia y Europa.

2. Se publicará una *plquette* de gran tamaño, con varios dibujos de Guttuso (así parece) y 12 ó 16 poemas tuyos en las traducciones de Bodini, Luraghi, Macrí y Puccini.

3. Con la participación tuya y de María Teresa, se tendrán dos

encuentros (cocktails) en Roma y Milán en honor tuyo.

4. A raíz de tu venida aquí se hablará de mi proposición de continuar una especie de editorial española, dirigida por ti»^[204] .

Eran también grandes e intensos los lazos editoriales que unían a los Alberti con Italia. Un simple rastreo por la correspondencia entre ellos y los dos hispanistas citados –Luraghi y Puccini– nos permite reconstruir intenciones, situaciones y propósitos de la pareja antes de

tomar la decisión de trasladarse a Europa. Las misivas de Rafael a Eugenio Luraghi incluyen sugerentes detalles:

10 de mayo de 1962

«[...] Mis relaciones con Italia son siempre estupendas. En cuanto Aitana se case —el año que viene seguramente— nos iremos a vivir a Venecia o a algún otro sitio no lejos de vosotros. Ya estamos harto [*sic*] de este país, en donde vivimos estupidizados, en donde tenemos grandes amigos, pero que también lo pasan mal. [...] El momento es desastroso y muy

desagradable. Nos queremos
marchar. Hemos perdido acá
veintitrés años»^[205] .

Buenos Aires, 24 de
noviembre de 1962

«[...] En Roma, Dario Puccini
también quiere organizar algo.
Quizás no estaría mal ponerte en
contacto con él. [...] Es una pena
que este homenaje sea por mis ¡60!
años y no por 30. ¡Qué se va a
hacer! Otra vez será. [...]

Otoño silencioso de este
bosque

¿me estoy desvinculando
de la patria
alejando, perdiéndome?
Haz que tus hojas, que se
lleva el viento,
me arrastren hacia ella
nuevamente
y caiga en sus caminos
y me pisen y crujan
mis huesos
confundiéndose
para siempre en su tierra.

(R.

Alberti)»»[\[206\]](#)

Buenos Aires, 2 de marzo de

1963

«[...] siempre me alegra mucho recibir carta tuya. Alguna mía se ha debido perder [...] Nosotros creo que iremos a Italia hacia mediados de mayo, o antes. Tenemos algunos proyectos, que habrá que estudiar allí, sobre el terreno [...].

Rafael

[*Anotación a mano de María Teresa León*] Mi querido amigo: tiene usted razón. Lo mejor es ver sobre el terreno. La idea es una colección de libros en español, sobre todo clásicos, antologías que

faltan en las universidades europeas para los estudiantes de español. [...] Pero lo más cuerdo – ya que Aitana no se casa– [sic]. Esa es la pena que tenemos ahora, ver primero lo que se puede hacer y en qué ciudad. Rafael prefiere Italia [...].

María Teresa»^[207]

Los veintitrés años de exilio de nuestra escritora en «el país de corazón más generoso con nosotros» parecían llegar a su fin. Las dificultades y los obstáculos eran cada vez mayores, como

también era mayor la presión ejercida por los vigilantes regímenes militaristas. «Después de allanar mi casa, varias veces y de noche, por la policía; después de encarcelados, entre otros, escritores como el gran novelista guatemalteco Miguel Ángel Asturias, cundiendo el pánico en las editoriales, en las universidades, en el teatro, cerrada hasta la posibilidad de viajar a Uruguay, decidimos regresar a Europa [...]»^[208].

Pero quizá el episodio que determinó esa salida y que colmó

el vaso de la situación fue el registro policial que realizaron en el domicilio de los Alberti estando Aitana sola en el piso de la calle Pueyrredón. Todo se había precipitado en el país tras el derrocamiento del presidente Arturo Frondizi el 28 de marzo de 1962, un frágil muñeco en manos de los militares con el que *éstos* decidieron acabar tras un implacable acoso. La persecución de los intelectuales se llegó a convertir en cacería la llamada «Noche de San Bartolomé». María Teresa y Rafael se encontraban, como ya era costumbre, en la casita

de los bosques de Castelar, en «La arboleda perdida». Aitana prefería quedarse en la capital, bien porque por esas fechas andaba ocupada en los preparativos de su boda, bien porque ya había roto su compromiso —como comentaba María Teresa en su carta a Luraghi— y prefería cierta tranquilidad. Según la hija de la escritora, la muchacha no se encontraba completamente sola en la vivienda: debajo de su cama dormían Katy y Guagua, dos «intrépidas y batalladoras perritas lanudas». Se acababan de dormir cuando, de repente, «unos timbrazos infernales

desencadenaron el cataclismo de ladridos. Tras la mirilla de la puerta están los ojos asustados del portero».

«—Abra enseguida, por favor. Es la policía.

»Giro en redondo tropezando con la histeria de las perras. ¿Qué se hace en estas circunstancias? Rompo la cubierta de una antología de marxismo y lanzo los trozos por la ventana. ¿Dónde estará la agenda de direcciones?. No puedo recibirlos en bata. Me visto un instante.

»Son tres. Uno —gordo, aindiado, bigotudo, joven— blande

una pistola. Los otros enarbolan linternas. Llevan el uniforme azul de la policía nacional. Las camas, excepto la mía, se hallan tendidas, pero ellos pasan sus manos sobre las almohadas para percibir el posible calor del sueño interrumpido.

»“Tiraré esas fundas”, me digo.

»Registran los armarios, iluminando su interior con metódicas ráfagas

»—¿Dónde están tus padres?

»—De viaje... Por ahí.

El Gordo, indudable cabecilla del trío, sabe que no le diré nada y

no lo vuelve a preguntar.

»—Tu pasaporte.

»Lo busco y se lo entrego.

»—Aquí no figura el visado de Rumanía, ni el de Rusia.

Bien sabe el esbirro que los países socialistas extienden sus visados en hojitas volantes, precisamente para desinformar a los señores policías. Me encojo de hombros.

»—¿Tienen armas?

»—Las únicas armas que tenemos son los cuchillos de la cocina.

»—Sos imprudente, pero no abusés de mi paciencia. ¡Registren

el balcón, carajo!

»“Rompan, / corten los cueros de los muebles, rajen / el cielo raso, arranquen, desentierren / las plantas del balcón...”

Me arrastra de un brazo al estudio de mi padre

»—¿Y éste, quién es?

»—¿Ése? Uno que se llama Baudelaire.

Saca libros de los estantes y los va dejando caer al suelo.

»—“Bodeler”... —repite, lleno de frustración—, algún loco, seguro. Vaya cara.

»“O Satán, prends pitié de ma longue misère!”

»Se dirigen hacia el vestíbulo. Allí ha permanecido el portero, cargado de vergüenza. El Gordo saca un paquete de cigarrillos. Me ofrece uno, que por supuesto rechazo.

»—Mirá, muchacha —dice en tono confidencial—, no te metás en líos estudiantiles, que nosotros tenemos a todos los piolas de la Universidad fichados. A vos también, ¿captaste?

»Por fin se marchan los heraldos negros.

»Sollozando, telefono a Lidia y Juanjo —amigos muy queridos que vivían no lejos de “La Arboleda

Perdida”– para que avisen a mis padres.

»Aún faltan horas para el amanecer. Las perritas y yo damos vueltas y vueltas por la casa, totalmente desquiciadas. Debo esperar a Juanjo. Él nos rescatará. A las seis de la mañana suena el timbre del teléfono. Es la voz de Blanca Asturias.

»–Aitanita, ¿puedo hablar con Rafael?

»–No, Blanca, mi padre no está.

»–Estoy tan asustada. La policía acaba de llevarse a Miguel Ángel detenido.

»—¡También vinieron a buscar a mis padres, Blanca!

»Aquellos oscuros represores eran la semilla del diablo que proliferaría hasta lo inconcebible durante las dictaduras militares, cobrándose su multitudinaria cosecha roja.

»Aproximadamente un mes estuvimos refugiados en la casa de Juanjo y Lidia. Mis padres supervivientes de tantas catástrofes, decidieron transitar, en cuanto se terciara, por otras rutas del exilio. Argentina dejaba de ser el país apacible que los

cobijó»^[209] .

María Teresa y Rafael decidieron entonces que había llegado la hora de dejar el país. Así, tras pasar un mes refugiados en la casa de unos amigos, en cuanto fue posible organizar el viaje y la mudanza, partieron para Europa. Corría el año 1963, de manera que habían pasado veintitrés en Argentina, esa segunda patria que tenían que dejar por la fuerza de las circunstancias. Era el sino del emigrado que peregrina por el mundo buscando una patria. «Una patria, Señor, una patria

pequeña como un patio o como una grieta en un muro muy sólido. Una patria para reemplazar a la que me arrancaron del alma de un solo tirón»^[210]. Una patria de tierras, gentes, mares y ríos americanos que alcanzó a ser, con palabras de Cervantes, «amparo y refugio de los desamparados de España». Años centrales –apunta de nuevo Aitana–, sí, para María Teresa y Rafael, en la plenitud de sus fuerzas creadoras. Veintitrés años cuya resultante fueron varios libros capitales; el retorno de mi padre a su primera vocación, la pintura,

abandonada al apoderarse de él la poesía; la incursión de mamá en el cine, como guionista de tres películas espléndidas; sus populares programas radiales; conferencias y recitales en los centros culturales y universitarios más prestigiosos del país; las traducciones conjuntas de la poesía china, de Éluard, Eminescu, Supevielle, Molière, Baudelaire... Y la amistad, la amistad insustituible de tantos poetas, escritores y artistas plásticos: Victoria Ocampo, González Tuñón, Córdova Iturburu, Olga Orozco, Mujica Lainez, Gloria Alcorta,

Paco Luis Bernárdez, Juvenal Ortiz Saralegui, Enrique Amorim, Manuel Requeni, Jesualdo, Raúl Soldi, Castagnino... y tantos, tantos otros, entre ellos muchos exiliados: Gori Muñoz, Javier Farias, Antonio Bonet, Miguel de Molina, Jiménez de Asúa, Sánchez Albornoz, Diosdado, Alberto Closas, Andrés Mejuto, Alejandro Casona, Margarita Xirgu»^[211] .

El 28 de mayo de 1963 María Teresa León dejaba definitivamente Argentina. Tal y como reza su relato «El viaje», de *Fábulas del tiempo amargo*, un águila arrastra a

la narradora y la lleva hasta otro continente, pero desde la altura, lo que divisa es el éxodo, la desolación, el horror y el cautiverio. «La desbandada de los descalzos se hacía sin orden de preferencia. Su rumor caía por la canal de mis huesos amontonados, sordo ruido de nieve o de ovejas o de adioses. Callados como una estampa de las que lloran, los huidos, huían».

VI. ROMA (1963-1977)

MILÁN EN OTOÑO

La llegada a Europa a finales de mayo de María Teresa, Rafael y Aitana –la ruptura de los planes de boda de esta última parece ser decisiva para emprender la salida de Argentina de los tres^[1] – iba cargada de proyectos y de ciertas promesas que habían tomado cuerpo esos primeros meses de 1963. La

razón de elegir Italia como destino final de aquel largo exilio en lugar de Francia y, más en concreto, de París, la justifica el propio Alberti en las páginas de *La arboleda perdida* cuando lanza al lector ese mismo interrogante: «¿Por qué Italia y no Francia, en donde habíamos vivido tantas veces? nos preguntaban muchos amigos. Porque ya, en realidad, teníamos algo agotado en París, y Picasso, un gran señuelo sobre todo, vivía en la Costa Azul, y yo pensaba en Roma, en la que había pasado, en 1935, quince días inolvidables con Valle-Inclán, sintiéndome en Italia más

cerca, más bañado de la claridad mediterránea, más próximo en espíritu a los litorales españoles, a las costas andaluzas. Después, la explayadora simpatía de gran parte del pueblo italiano y, sobre todo, aquel Alberti, mi apellido, tan ligado a las familias florentinas, al gran orgullo de saber que de ellas habían salido mis abuelos»^[2] .

Sin embargo, los motivos de aquella elección eran menos románticos —y más prácticos— que los que pintaba el autor de *Sobre los ángeles* en su bella prosa. De entrada, la familia se dirigió en un

primer momento a Rumanía, donde permaneció hasta principios de septiembre. Reinaba aún en María Teresa y Rafael bastante incertidumbre, de ahí el contenido de la tarjeta postal que el poeta gaditano remite a José Herrera Petere el 6 de julio de 1963 desde las playas de Constanza, en pleno Mar Negro, donde pasaron diez días de descanso –del 22 de junio al 1 de julio–. En ella, aludiendo a la angustia de su prolongado exilio, Alberti recuerda el dolor del perseguido, desde Ovidio –en Constanza vivió el poeta romano su destierro– a Miguel Hernández,

acompañando su misiva de un breve poema:

«Petere [...]. Os mandamos este preocupadísimo Ovidio que las pasó mucho peor que nosotros en estas tierras hoy extraordinarias. Grandes abrazos.

Y la Poesía no es fácil,
y que de Ovidio a Dante,
desde Quevedo
hasta Miguel Hernández
hizo falta *Mar negro*
a la Poesía:
tener tremendas armas
esgrimidas

para apurar los cielos
saber amar sufrir:
conocimiento»^[3] .

Las intenciones de María Teresa y Rafael estaban claras desde antes de salir de Buenos Aires: «Parte del verano estaremos en Rumanía –le indicaban al hispanista Luraghi pocos días antes de partir–. Luego retornaremos a Italia. Veremos, si después de hablar con Mondadori encontramos la forma de quedarnos en Milán. ¡La suerte está echada! ¡Ojalá tengamos suerte!»^[4] .

Ya en Bucarest, donde se alojaron a lo largo de cuatro meses en una vivienda de la sede de la Unión de Escritores Rumanos –Av. Kersele H. 10–, la pareja trató de resolver con Alberto Mondadori su futuro, no sólo recibiendo un adelanto por los derechos de autor de algunos libros de Rafael Alberti, sino con la aceptación por parte del editor italiano de un proyecto de mayores proporciones y de prometedora continuidad. El contenido de la propuesta lo desgrana María Teresa León en una carta a Puccini. En ella, la escritora confiesa que su propósito es ir a

Milán e instalarse definitivamente allí siempre que Mondadori acepte publicar las colecciones de libros en español que ellos le proponen:

«1. Los mejores textos de la literatura española (varios volúmenes, con biografías y notas de los textos que puede necesitar un estudiante de español, con ortografía moderna, sin necesidad de leer, por ejemplo, todo el *Buscón*. Hay en este instante en los países socialistas, por ejemplo, una verdadera necesidad de esto, porque Cuba y la inquietud del continente americano hace que

muchos jóvenes se interesen en el castellano. Los idiomas también tienen sus *modas*. En las universidades hay pocos textos y libros en español y en las librerías, ninguno. [...] Se encargarían los 10 primeros tomitos a otros tantos especialistas y escritores que comprendiesen la forma nuestra más popular de encarar nuestra literatura y no se rehuiría a los heterodoxos de ningún siglo y menos a los del siglo XIX, prácticamente ignorados. Comprendo que es muy ambicioso el proyecto. Pero podrían tenerse órdenes de compra inmediatamente.

Hay que viajar con frecuencia. Losada se encargaría de toda la distribución americana. Dime tus reparos.

2. *Vidas paralelas*. Biografías de nuestro mundo actual. Kreisler y el Papa Juan XXIII, Gagarin y Shafferd, Malinovsky y el otro que tiene el *botón* en el otro lado, etc. (esto se podría hacer en italiano también).

3. Colección de arte. Los grandes libros con la interpretación de la pintura nueva: *Los sueños* de Quevedo, por Tàpies. Claro que podemos empezar por *La lozana andaluza*, por Picasso.

4. La ciencia ficción de los países del este en español para los países españoles del oeste.

5. Los libros de los desterrados y de los peregrinos en su patria. Colección *Peregrino en su patria.*»^[5]

La espera se prolongó también los días de permanencia en Francia. Los Alberti llegaron a la capital francesa desde Bucarest el 12 de septiembre de 1963. Se hospedaron en casa de un matrimonio amigo –Chez Mr. André Salzman / 55, rue de

Varenes, París—, exactamente el mismo domicilio que acogió a la escritora y al poeta en 1940, cuando dejaron la vivienda compartida con Neruda y Delia del Carril en Quai de l'Horloge 45. Su propósito era permanecer allí hasta recibir buenas noticias de Italia: «Creo que te dije que estaremos en París hasta que se acerque la fecha en que Mondadori lance mi libro, que será hacia el 20 de octubre»^[6] . Estas palabras de Alberti dirigidas a Eugenio Luraghi revelan la esperanza que seguían manteniendo en el periodista y

editor Alberto Mondadori en otoño de 1963, aunque, en realidad, de éste último –a falta de documentos que lo desmientan– nunca salió una promesa o un compromiso firme de aceptar el proyecto editorial del matrimonio, ni de encomendarle la dirección de una colección de clásicos hispánicos como ellos deseaban. «Yo había entablado contactos, estando en Argentina, con el editor Mondadori y el hispanista Vittorio Bodini –declaraba Alberti al crítico Manuel Bayo en 1975–; había conocido a la vuelta de mi viaje a Varsovia en el 50 al traductor Dario Puccini

[...] En unas conversaciones que tuvimos con Mondadori, le propusimos crear una gran colección de clásicos castellanos, pensando en los colegios y escuelas de América. [...] Cuando decidimos volver a Europa, una de las razones por las que elegimos Italia fue ésa ya que, [...] claro, nosotros no tenemos dinero. [...] Cuando llegamos a Italia, pensamos vivir en Milán; tuvimos una reunión con Mondadori, para ver la situación, pero no se podía hacer la colección. Éste fue el motivo de no vivir en Milán, que es una ciudad estupenda y que a mí me gusta

mucho, pero con un clima muy malo para pasar el invierno»^[7].

La idea, pues, de María Teresa de vivir en Milán dirigiendo aquella colección de clásicos españoles se había esfumado ya que, finalmente, Mondadori no mostró interés ni intención de crearla. La autora de *Memoria de la melancolía*, siempre desde su contagioso optimismo, trató de ver incluso la posibilidad de abrir en la ciudad italiana una pequeña librería en la que se vendieran sólo libros españoles. «Creo que una pequeña librería española en

Milán, tal vez, más unas colecciones apoyadas con la distribución de Losada en América y con la de Mondadori en Europa, podría resultar *casi negocio*»^[8] .

También ese pequeño sueño de María Teresa se esfumó aquellos días de otoño. No obstante, desde Milán, Alberti aceptaba con optimismo y elegancia esa primera derrota en una carta a Puccini fechada el 6 de noviembre de 1963:

«Mi querido Dario:

»Hemos llegado, ¡por fin!

Pero no nos quedaremos en Milano.

Está decidido. ¡Viviremos en Roma! Aitana viene con nosotros. Y sus estudios no pueden hacerse aquí, en Milano. Todos estamos muy contentos. Yo, sobre todo: pues viviré cerca del Papa, que siempre me atrajo. [...] Dentro de unos días hablaré contigo de todo y espero que arreglemos las cosas y encontremos algún trabajo para recomenzar nuestra vida europea. Ya hemos escrito a La Fuente. Aún no sabemos en dónde viviremos, casa u hotel.

»Adiós. Esperamos que Rómulo, Remo y la Loba nos

acojan con simpatía»^[9] .

También de comienzos de noviembre es la carta que María Teresa envía a su hijo Gonzalo, que había fijado ya su vida en Buenos Aires y que esperaba con ansia noticias de su madre y de su familia errante:

«Gonzalo, hijo: Estamos en Italia, todo lo de París resultó bien. Van a traducir varios libros y volvemos en diciembre para dar varias conferencias. [...] Aquí llueve. Dentro de unos días saldremos para Roma. Aitana no se

queda en París, viene mañana. Es casi seguro que vivamos en Roma en vez de vivir en Milán. Yo no me encuentro muy bien y dicen que el clima tan húmedo y frío hace daño. Siento en los oídos una “música extraña”. Viene cuando me tumbo. No me duelen, “me suenan”, oigo sonidos. ¿Qué será? [...]»^[10] .

Los años del destierro, el dolor del desposeído de una patria, la incertidumbre de no saber dónde caer y dónde tratar de levantarse empezaba a pasar factura a una María Teresa que acababa de

cumplir sesenta años. Su corazón ya se empezaba a resentir y en sus últimas visitas a Bucarest le habían detectado un pequeño soplo que debía tratarse con relativa seriedad. «¿Pero qué tiene en el corazón?», le preguntaba el médico rumano que la veía. «Tengo tanta gente»^[11], respondía con una dulce sonrisa María Teresa. Sin embargo, aún quedaba bastante camino por recorrer y la vida que iba a iniciar, pocos días después, en Roma, le auguraba una etapa – 14 años– no menos intensa en experiencias, en relaciones y en

labor literaria.

VIA MONSERRATO, 20

Si concedemos crédito a ciertos testimonios, la decisión final de vivir en Roma vino, al parecer, de Pablo de la Fuente, otro español del éxodo que tras un largo exilio en Chile acabó instalándose en Italia. Fue él quien animó a Rafael y a María Teresa a trasladarse a la ciudad eterna. De la Fuente era amigo de los Alberti y muy en especial de Pablo Neruda, con quienes había compartido

encuentros desde la Guerra Civil. Conocía la Roma profunda, la secreta y la popular como la palma de su mano, así como el pueblecito de Anticoli Corrado, en el Valle de Aniene, donde la familia de escritores, sin olvidar a Aitana, descubrirían tiempo después su pequeño remanso veraniego.

No tardaron en encontrar casa en un edificio noble y vetusto de la capital al que pronto echó el ojo María Teresa, lo que ella misma llamó un «palomar» en la tercera planta del Palazzo Corsetti, Via Monserrato, 20, calle no muy larga que unía el Ponte Garibaldi y la

Piazza de Campo dei Fiori, en la que apenas había comercios: una pequeña trattoria, una librería, alguna tienda de comestibles... Gabriele Morelli recuerda que la casa estaba en «el mismo barrio antiguo de la ciudad donde en el siglo XVI moraba la Lozana andaluza de Francisco Delicado y muchos judíos expulsados de España en la época del papa Alejandro VI»^[12]. A dos pasos de la vivienda había una librería española regentada por unas monjas y, algo más allá, la iglesia de Santa Maria di Monserrato, que

daba nombre a la calle, y en la que reposaban los restos del papa Borgia y de Alfonso XIII, el entonces último rey de España, aquel que bailó con nuestra escritora en su remota adolescencia.

María Teresa había elegido bien el lugar de su casa, ya que se trataba de uno de los barrios de mayor historia de la Roma papal y barroca, paralela su calle a la famosa Vía Giulia en recuerdo del Papado de Julio II. Sin embargo, a la joven Aitana, acostumbrada a vivir en edificios modernos de Buenos Aires, nunca acabó de

complacerle aquella vivienda: «bastante incómoda por cierto, elegida más bien, creo yo, por su escalera, incrustada de preciosos fragmentos arqueológicos encontrados en el jardín interior durante la remodelación del edificio»^[13]. De esa primera casa romana han quedado, no obstante, hermosos recuerdos que Rafael Alberti, por un lado, y María Teresa, por otro, nos dejaron en sendos textos de los que es difícil escapar sin compartir su belleza. Del poeta gaditano rescatamos su Prefacio a la edición italiana del

libro *Roma, peligro para caminantes*, en una espléndida traducción de Gabriele Morelli:

«Mi primera casa romana estaba en Via Monserrato, número 20: patio-jardín con una hermosa ninfa al fondo, escalera poblada de bajorrelieves –atletas, marineros, bailarinas– que me miraban al subir y bajar los peldaños altos y desiguales. Mi apartamento estaba en el tercer piso, era el más moderno, con una terraza a la que apenas podíamos asomarnos para no mancharnos de la lluvia de hollín que bajaba de las chimeneas

cercanas. Pero vivir allí, en ese pequeño edificio, era encantador.

»No sólo la casa, sino también el barrio me encantó, considerándome desde el momento de mi llegada el más honroso de sus habitantes, pariente de esos antiguos exiliados españoles [...]. Comencé a recorrer a todas las horas el barrio, que tenía las calles tan estrechas como las de una Toledo menos secreta, más vital y laboriosa. Gatos, grietas, basuras, paños tendidos, artesanos de las más variadas profesiones, el jaleo maravilloso de Campo dei Fiori, con su Giordano Bruno como un

fúnebre paraguas sobre el mar de verduras, pescados y zapatos... todo empezó a darme vueltas alrededor, a revolotear, mareándome, aplastándome, fundiéndome en un remolino enloquecido, que junto al peligroso ir y venir de los coches me redujo al perfil de un pobre peatón desesperado, sin embargo colmado de amor y miedo, al mismo tiempo, dentro de ese endiablado laberinto en el que me había metido. Y fue entonces cuando en una noche de prolijas meadas y maullidos fui a topar de repente, no con la sombra de Gioachino Belli, sino con el

mismo poeta en persona, ya que su presencia era real, verídica, en todo lo que veía y oía»^[14] .

Por su parte, María Teresa denominaba a su primera vivienda romana la «casa de la amistad» ya que, en cuanto fueron comunicando su llegada a amigos y conocidos, su hogar se empezó a llenar de visitantes, desde personajes ilustres o vecinos a los que invitaban por mera generosidad. «Pronto habían comenzado a llegar los amigos –escribe Aitana Alberti–. Venían de Filipinas y Japón; de Lituania y Noruega,

pasando por el arco iris de América y la soterrada rebeldía de España»^[15] . Por allí se pudieron ver, al poco de establecerse en la nueva casa, a los poetas Giuseppe Ungaretti, Pier Paolo Pasolini, Evgueni Evtuchenko, Alfonso Gatto, Salvatore Quasimodo, los narradores Alberto Moravia, Carlos Fuentes, Carlo Levi, Giacomo De Benedetti, y los cineastas y actores Federico Fellini, Glaubert Rocha, Fernando Burri y Vittorio Gassman. De ellos se conservan fotografías donde posan junto a Rafael y María

Teresa León; también se pueden ver otras instantáneas en las que los Alberti aparecen en su casa al lado de artistas –pintores y escultores– de la talla de Renato Guttuso, David Alfaro Siqueiros, Aligi Sassu, Umberto Mastroianni, Corrado Cagli y Attilio Rossi.

Aquellas visitas provocaban, sin embargo, sentimientos a veces opuestos en nuestra escritora, bien por la alegría del reencuentro con viejos conocidos bien por la melancolía que algunos de estos seres despertaban en su alma, llevándola muchas veces a momentos de un pasado perdido,

robado de la vida y casi arrebatado de la memoria: «Llaman a la puerta de esta casa nuestra de Roma personas que son como sueños que regresan. ¿Tú? Y nos quedamos entrecortados porque es como si mirásemos detenido el reloj del tiempo, nuestro propio reloj. Llaman a nuestra casa muchos seres que son como reflejos, como luces. [...] ¡Ay! Aquella mujer joven que cruzó la calle de Alcalá del brazo de un poeta hoy hace ademán a los recién llegados para que se sienten. Le cuesta siempre darse cuenta de que vive en la calle del destierro y mira

y habla como entonces, con Rafael junto a ella, creyendo que es entonces y han distribuido mal los papeles y le han dado por equivocación el de la vieja. Quisiera preguntarles. No consigue unir las dos partes de su corazón. Unas palabras que dicen los recién venidos la alejan, otras la aproximan a los lugares que se le desvanecen»^[16].

También por esas fechas, pocas semanas después de su llegada a Roma, María Teresa escribía a Corpus Barga una carta en la que le revelaba al amigo el

estado de su corazón y la temperatura de su esperanza: «Estamos en Roma viviendo: Via Monserrato 20, 3º, barrio de españoles en el siglo XVI, callecitas de oro y mugre hoy. Aquí está vuestra casa siempre. [...] Quiero que esta Navidad tengáis nuestros abrazos, nuestros cariños... [...] Rafael está en París dando unas conferencias. Aitana, trabajando. Está preparando un libro *Testimonios olvidados de la guerra de España* y te pide que le escribas alguna cosa sobre tu experiencia vivida^[17] . [...] Yo

estoy un poco sin rumbo. Cambiar no es fácil aunque todo puede llegar a ser una primavera para nosotros. Escribenos. Ya sabes que te queremos y nunca llegará el olvido hasta nuestra amistad. Besos a todos de vuestra María Teresa»^[18] .

LOS BÚHOS DE UNAMUNO

Tres años permanecería María Teresa y su familia en aquella vivienda romana en la que no faltaron algunos momentos cómicos, como el día en que el propietario del Palazzo Corsetti, que pertenecía a la nobleza pontificia, se presentó en su casa impecablemente vestido con su traje blanco de conde. Antes de que nuestra escritora pudiera reaccionar, la *Babucha*, una perra

grande como un ternero –regalo de Navidad en 1963 de Linucha Saba, una mujer inteligente que todo lo convertía en positivo–, se adelantó a recibir al intruso colocando sus enormes patas manchadas de barro en su immaculada chaqueta.

Por lo demás, como decía la autora de *Cuentos para soñar* con buena dosis de humor, vivir en Roma «es salvarse diariamente de morir bajo las ruedas de un coche y eso da alegría, la alegría de sobrevivir»^[19]. Y en esa supervivencia, María Teresa no abandonó en ningún momento su

trabajo literario ni sus vínculos con América. Llegará a realizar algunos guiones para la televisión italiana así como para algunas emisoras de radio, sin dejar de lado la colaboración que mantendrá con editores y editoriales de Argentina, México y del país que ahora la acogía. Una muestra de esa labor es el artículo que en 1964 publica en el número 2 de la revista *Los Sesenta*, publicación fundada ese mismo año en México por Max Aub y en cuyo consejo editor se encontraban Bernardo Giner de los Ríos, Vicente Aleixandre, Jorge Guillén, Rafael Alberti y Dámaso

Alonso. El propósito de Aub era crear una revista literaria en la que no tuvieran cabida notas críticas ni notas a pie de página, «sólo textos literarios de diversa índole y condición sin necesidad de limitarse a un solo género –apunta la profesora Xelo Candel Vila–, parecida a lo que fueron en su tiempo revistas como *Mesure* o *Commerce*». La condición *sine qua non* para participar en *Los Sesenta* era precisamente la de haber cumplido esa edad. Detrás de ese detalle, la primera intención de Max Aub «fue hacer partícipes de dicho proyecto a algunos amigos de

la generación poética del 27 con los que compartía inquietudes literarias, pero indudablemente la revista permitía, además, mostrar a las nuevas generaciones que todavía ellos seguían no sólo en pie, pese a la dispersión a la que les obligó el exilio, sino que también seguían en contacto directo entre ellos»^[20] .

El texto de María Teresa León, de 5 páginas, llevaba el título de «El búho de papel de Miguel de Unamuno». Se trata de una semblanza del autor de *Niebla* que, más tarde, nuestra escritora

evocará de modo intenso en *Memoria de la melancolía*. El contenido del artículo coincide con el del episodio de sus memorias en aspectos básicos: el recuerdo de aquel Unamuno con quien María Teresa había convivido un día entero en Madrid, en su casa del paseo de Rosales; la afición del novelista del 98 a la papiroflexia; la imposición de la barbarie a la inteligencia... Una figura de papel que el escritor vasco había fabricado en sus años de exilio en París y que María Teresa conservaba es el punto de partida de la evocación. Desde el presente

de su exilio italiano, la escritora vuela con la imaginación hasta las manos de don Miguel y los días de la sinrazón:

«Sobre la biblioteca, entre los libros vive un búho de papel viejo ya, doblado por el tiempo, aplastado, pero con el ojo vigilante. Llegó a nosotros por sorpresa. Cayó sin avisar en casa de los Alberti. Gritó. Aquí estoy. Soy un hijo de las manos de Unamuno, uno de esos animalitos de papel que él colocaba sobre las mesas y dejaban de ser pajarita de papel para convertirse en ranas, en

búhos...

»Las manos de Unamuno necesitaban esta creación de padre eterno pequeñito. Mientras hablaba sabio y torrencial, sus dedos se movían. Un día de 1925 y en París y en febrero le nació un búho sobre la mesa de un café. Estaba desterrado. [...] Lo desterraron y él se fue a hacer paseos por la place des Vosges y animalitos de papel y pajaritas sobre las mesas de París. Este que yo miro está dedicado. Sobre las alas lleva un traje de letras. Ha pensado Unamuno que a Francis de Miomandre, tan amigo de lo español, le gustaría recibir

ese pájaro de tradicional sabiduría que llevaba auestas un mensaje. Qué serio está. Trae para nosotros imágenes que no volverán a repetirse. Hoy me ha mirado el búho con su ojo centelleante, su círculo de tinta trazado por la mano amiga de Unamuno. He sentido casi mi voz: Hasta pronto, don Miguel. Vuelva, vuelva. Y casi lo he visto alejarse por el paseo de Rosales en la noche de Madrid, tan tersa. [...] Unamuno ha muerto repentinamente como el que muere en guerra. ¿Contra quién? [...] La Salamanca de aquellos días de guerra era de hierro ardiendo. No se podía tocar

nada. Cuando al irme a dar el pasaporte me preguntaron los franquistas si sabía leer, contesté, tartamudeando. Poco. No dije que era maestra. Puse “mis labores” como profesión, fingí entender mal. Todos sentíamos terror a que nos colgasen la palabra intelectual en la solapa. Habíamos escuchado el “Abajo la inteligencia”, grito contra Unamuno por el general Millán Astray. Don Miguel palideció antes de contestar: ¡Venceréis, pero no convenceréis! Todos nos dimos cuenta que la persecución había comenzado.

»El testamento de Unamuno no

lo conoceremos nunca, sabemos únicamente que los que asistieron a su entierro fueron fichados, sabemos que agonizó España, sabemos que durante años, cuando alguno pronunciaba su nombre muchos temblaban y que algunos obispos se santiguaban horrorizados. Por mucho que los franquistas hayan querido hacer olvidar su aversión a la inteligencia, el estigma les ha quedado»^[21] .

VIA GARIBALDI, 88

En 1965, María Teresa publica *Menesteos, marinero de abril*, su tercera novela. Esta vez se trata de un personaje, Menesteos, del que se tienen escasas referencias históricas y literarias, pero cuyos lazos mitológicos lo emparentan con la fundación de El Puerto de Santa María, localidad natal de Rafael Alberti. Hay quien ha considerado esta obra publicada en México en la editorial Era –creada en 1960, entre

otros, por el pintor de origen barcelonés Vicente Rojo—, un homenaje personal de María Teresa a Alberti, su compañero y autor de *Oda marítima*, libro de 1953 que recoge asimismo el tema del viaje mitológico. En la narración de María Teresa (modelo clásico de relato griego), la figura de Menesteos, descendiente de Erecteo, rey de Atenas y capitán de Troya, aparece envuelta en un espacio indeterminado y en un tiempo igualmente neutro e indefinido. Se trata de una biografía imaginaria en la que tiene lugar una deliciosa historia de amor y un no

menos interesante peregrinaje amoroso en el que aparece el sentimiento del desarraigo, del exilio y de la búsqueda de una patria; pero también, como señala Gregorio Torres Nebrera, «el deseo de volver; el castigo de la guerra que todo lo desbarata, la paz y el paraíso recién hallado; la soledad que va persiguiendo quimeras que no son otra cosa que soledades y huecos»[\[22\]](#) .

Italia comenzaba a ser para los Alberti ese paraíso recién hallado, especialmente tras la concesión ese año de 1965 del

Premio Lenin de la Paz a Rafael Alberti. «Había dicho Pablo Neruda –escribe Aitana Alberti–, con su media sonrisa de buda araucano y su voz suave, monocorde, adormecedora como el murmullo de un río subterráneo, haciendo eco al cubano Nicolás Guillén, ambos miembros del jurado: “este año el premio será suyo”»^[23].

Gracias a ese premio otorgado por la Unión Soviética a aquellos individuos que hubieran «contribuido a la causa de la paz entre los pueblos», pero, muy en

especial, a aquellos destacados políticos, intelectuales, artistas, escritores y poetas leales al comunismo^[24], María Teresa pudo aspirar a una vivienda mejor en la ciudad eterna y, sobre todo, a cumplir el sueño de pasar de inquilina a propietaria. Así, tal y como Aitana describe, «mamá y yo recorrimos la ciudad de arriba abajo. Al visitar el palazzo dieciochesco, antiguo refugio de *puellae periclitantes* –latines tallados en piedra encima del altísimo portón de entrada–, es decir de jovencitas descarriadas,

con instinto certero que siempre la guió a la hora de elegir nuestra casa, supo que la búsqueda había terminado»^[25] . La mudanza se llevó a cabo meses después, el 28 de mayo de 1966, de Via Monserrato al Trastevere. La nueva y definitiva vivienda se encontraba en Via Garibaldi, 88, «en pleno Trastevere, barrio populachero, deslenguado, surrealista; orinado de gatos, florecidos de grafitti procaces, tiernos o geniales los muros agrietados, pintados de esos ocres y rosas... [...] Instalarnos en Via Garibaldi significaba un salto

cualitativo importantísimo»^[26] ;
concluye Aitana Alberti.

De nuevo María Teresa demostraba tener buen gusto por las casas con historia y con belleza. Aquel edificio rojizo de Via Garibaldi recibía al visitante con una inscripción grabada en el dintel de la puerta que advertía y recordaba que el inmueble fue, en otro tiempo, convento para «jóvenes descarriadas». La casa, situada en el segundo piso, pronto se convirtió en el hábitat perfecto de nuestra escritora, una mezcla de hogar y de república de las Letras

con habitaciones amplias, llenas de luz natural, de sol trastero atravesando ventanales, y paredes vestidas con cuadros de Miró, Guinovart, Quattrucci y Picasso. Fotografías repartidas sobre los muebles de Lorca, Neruda, Nicolás Guillén, Buñuel... Y cerámicas, recuerdos de lugares exóticos, de paraísos perdidos.

María Teresa había sometido cada rincón y cada pieza de la casa a una severa y magnífica restauración, con la sorpresa de encontrar unos suelos con azulejos sevillanos azules y amarillos que le permitió, siquiera de algún modo,

pisar un poco España. «[...] paredes blancas –recuerda de nuevo Aitana–, plantas, objetos raros y arqueológicos coleccionados en los viajes a China, la Unión Soviética, Rumanía, Hungría, Alemania, Perú, Venezuela, Chile... En un extremo varios larguísimos kakemonos, dos de ellos en seda rojo sangre, traídos de Pekín; al centro, la chimenea custodiada por un ídolo precolombino con los bracitos abiertos; libros y más libros; un famoso retrato de Baudelaire (siempre este retrato en los estudios de mi padre) junto a los de

otros poetas admirados y
amados»^[27] .

SE ME CAEN LAS ALAS DE ESTAR SOLA

Para que la vida familiar de los Alberti recuperara y mantuviera una feliz normalidad, no cabe duda alguna de que los esfuerzos de María Teresa debían ser enormes y constantes. A su espíritu siempre disciplinado se unía el trabajo sin descanso y una actitud que contagiaba a los demás. «María Teresa trabajaba sin parar, un poco cada día, era muy disciplinada y me

hacía serlo a mí»^[28] , confesaría Alberti a Benjamín Prado muchos años después. En esa misma confesión, el poeta gaditano recordó la visita durante esos años romanos de Dámaso Alonso, viejo compañero de generación al que hacía décadas que no veían. Los tres estaban disfrutando de una espléndida sobremesa «cuando, de pronto, María Teresa miró su reloj y dijo, en tono imperioso: “Rafael, nos vamos. Mañana tienes que levantarte a las siete para hacer dos dibujos”. Los dos poetas protestaron: “¡Pero mujer! ¡Si no

nos vemos hace años!”. No sirvió de nada, porque ella fue inflexible: las ilustraciones debían entregarse a tiempo, con esas cosas no se puede bromear. Alberti, haciendo un juego de palabras con el título de uno de los libros de su esposa, le dijo a su compañero: “Ya lo ves, esto es lo que ocurre cuando uno se casa con Doña Jimena Díaz de Vivar”. Y Dámaso Alonso, muy serio, le respondió: “Tú no estás casado con doña Jimena. ¡Tú estás casado con el Cid Campeador!”»^[29].

Como hemos comentado a lo largo de esta biografía, la autora de

Juego limpio permitió que Alberti, su esposo y compañero, se dedicara plenamente a la creación literaria y artística, ocupándose ella de las tareas domésticas, de la intendencia y de su propia obra literaria. Pero, además, como hemos podido ver, incitaba constantemente a Alberti —era un permanente acicate— para que fuera persistente y firme en su labor. Al menos, más tarde o más temprano, el poeta así lo reconoció y así lo dejó expresado en momentos de su vida en los que María Teresa ya no estaba a su lado para escucharle y sentirlo: «Yo no habría trabajado

tanto sin la presencia estimulante y protectora de María Teresa»^[30] .

Testigo de esa impagable labor es Enrique de Sebastián, el segundo hijo de la escritora riojana que, por esas fechas, pocos años después de la llegada a Roma de los Alberti, se reunió con su madre tras años de distancia y de recelos. En el reportaje realizado por Trinidad de León-Sotelo sobre María Teresa León en 1987, Enrique se lamentaba de esos años de ausencia «sin respirar el aire puro que ella suponía para un hijo», pero a continuación

declaraba que, en cuanto la vio, descubrió a una mujer extraordinaria. Enrique de Sebastián, que se mostraba creyente y muy alejado de los postulados ideológicos de su progenitora, llegó a ver en ella virtudes religiosas que, en el corazón de María Teresa sonarían algo incongruentes e ingenuas, aunque muy voluntariosas:

«A pesar de su ideología —decía Enrique, negándose a aceptar el posible descreimiento de su madre— nunca dejó de creer. En Italia nos llevaba a visitar todas las capillas, y era fácil oírle exclamar:

“¡Dios te oiga!” o “Si Dios quiere.” [...], tenía la palabra adecuada para cada persona; no he conocido a nadie con esa cualidad. En el Trastevere y en Vía Garibaldi, desde el pescadero al de la tienda de ultramarinos, la saludaban con afecto. Era, por ejemplo, una cocinera fabulosa. Cuando íbamos a la casa de Anticoli Corrado descubrí los cangrejos de río que allí nadie comía. Mi madre los guisaba y lo primero que hacía era darles un plato a los vecinos. Creo que nadie ha amado al prójimo tanto como

ella»[31] .

Como bien ha recordado Enrique de Sebastián, ya por aquellos años, María Teresa y Rafael solían pasar los veranos, huyendo del calor romano, en una casita del pueblo de Anticoli Corrado, en el Valle del Aniene, situado a unos sesenta kilómetros de Roma, en la carretera hacia Pescara y el Adriático. Fue Pablo de la Fuente quien les descubrió aquel paraje y quien logró que una encantadora pareja portuguesa, Mário y Henrique Ruivo, les prestara aquella pequeña vivienda,

muy parecida a un estudio, que inspiraría a Alberti los poemas de su libro *Canciones del alto valle del Aniene* y a María Teresa largas y bellas páginas de *Memoria de la melancolía*. Pero, además, dada la ilimitada capacidad organizativa de la escritora y su inagotable disposición para todo, en Anticoli Corrado se incorporó con verdadero entusiasmo a la junta del Centro Histórico y Artístico, encargada de velar por la conservación del entorno, y organizaba en el pueblo actos culturales, dinamizaba la biblioteca y abanderaba iniciativas solidarias.

MEMORIA DE LA MELANCOLÍA

En los últimos meses de 1968, María Teresa acaba la redacción de su libro autobiográfico: *Memoria de la melancolía*. Son cinco años ya en Italia, en un país donde se siente bien acogida y su familia parece ya estabilizada económicamente. Ella contribuye en lo que puede sin descanso, sigue trabajando en la radio y colaborando con algunas editoriales. Rafael es quien aporta

mayores ingresos gracias a sus recitales y, sobre todo, a sus pinturas y a sus grabados. Es él quien acapara el interés de críticos, público y editores. Con él viaja ese año a la URSS de nuevo, a la celebración del centenario de Gorki, a la Costa Azul, en Antibes, para visitar a Picasso, o al festival de poesía de Spoleto, donde Alberti participó como invitado junto a Octavio Paz, Stephen Spender, Ezra Pound, Evgueni Evtushenko y Allen Ginsberg. Sin embargo, el verdadero estado anímico de María Teresa, imposible de adivinar por los testimonios de quienes la

frecuentaban, se ve de nuevo reflejado en una de las cartas que por aquellas fechas –4 de agosto de 1968– remitía a Corpus Barga desde el refugio de Anticoli Corrado:

«Mi queridísimo Corpus:

»No puedo empezar esta carta sin decirte que estoy llorando. ¡Han vuelto a mí tantas cosas! [...] Demasiada vida, demasiadas cosas. [...] No sé cuándo han sucedido todos los desastres. Estamos lejos de América, sin querer se rompen los lazos y nos quedamos desunidos de los que tanto queremos.

»Rafael y yo continuamos la vida trabajosa del escritor ahora mezclada a los éxitos pictóricos de Rafael. Sin esa veta nueva nos hubiera sido muy difícil la vida. Ha hecho exposiciones, le han dado el 1er premio de grabado de Roma, etc. Pero su especialidad son unos enormes libros de letras inventadas de dibujos y grabados. Ha hecho dos estupendos dedicados a “Los ojos de Picasso” y a Juan Miró. Claro que son poemas de Rafael y los han comprado varios museos. No hace más de 10 o 20 ejemplares porque son un trabajo loco. Está estupendo de salud ahora, después

de año y medio de luchar con su pierna casi rota.

»Yo escribo. Estoy escribiendo mis memorias Memoria de la melancolía. Un poco triste, ves, qué se le va a hacer.

»Aitana está casada con un argentino. Es la señora de Otero y trabaja en la FAO. [...] Ahora en este pueblecito del Lazio pasamos el verano frente a un valle espléndido.

»No nos dejes nunca sin noticias. Cualquier cosa, una firma, un abrazo... [...] Te quiere siempre. Os quiere vuestra María

Teresa»^[32] .

A ese estado de tristeza se unió la noticia, ese mes de septiembre de 1968, del fallecimiento en México de León Felipe, con quien nuestra escritora siempre mantuvo una querencia especial. «Hoy ha muerto León Felipe –escribía María Teresa en las últimas páginas de sus memorias–. Nos sentimos apretados y pequeños hasta dejar de palpar y de ser. Suspendida de los recuerdos he pasado la noche y la mañana. ¡Conque te nos has ido

por el escotillón, como buen actor que fuiste, para suspendernos mejor el aliento!»[33] .

Los amigos eran una parte esencial de la vida para la autora de *Contra viento y marea*, quizá por eso, como ya adelantamos, la casa de Via Garibaldi se había convertido en un templo civil por el que fueron pasando seres muy queridos, así como cientos de personas y personajes de muchos rincones del planeta; aunque, de modo especial, dada su proximidad a España, la vivienda romana fue en aquellos años lugar de visitas

continuas y de peregrinaje de muchos paisanos que iban a la ciudad eterna para conocer a los legendarios María Teresa León y Rafael Alberti. Entre los visitantes más jóvenes no faltó por aquellos días un escritor como Terenci Moix, que se iba a convertir, desde su primera experiencia, en invitado asiduo: «De las cosas que en Roma me gustaba hacer —decía el autor catalán—, ocupaba un primerísimo lugar la visita a los Alberti, con la garantía asegurada de que las horas pasarán demasiado raudas y que será necesario buscar rápidamente, para los próximos días, un pretexto

por repetir la tertulia [...]. María Teresa me ofrece asimismo una primicia extraordinaria: me va pasando las hojas, ya en limpio, perfectamente mecanografiadas, de su autobiografía. Título rotundo, donde todo está comprendido a ultranza: *Memoria de la melancolía*. La acción se desarrolla en el recuerdo, y los personajes principales son la tierra natal y la Historia»^[34].

También Terenci Moix nos ofrece un primicia al narrarnos la experiencia vivida junto a María Teresa en el preciso momento en

que ésta, acabado ya su manuscrito de *Memoria de la melancolía*, iba revisando las hojas mecanografiadas que le traía Eros Durastanti, dactilógrafa y profesora de piano, conocida también como la *Jorobadita de Via Baccina*. A ella se refiere el autor de *El sueño de Alejandría* cuando habla de las cuartillas que aquellos días de 1969 pudo leer y revisar junto a María Teresa León:

«Cuartillas impecablemente pasadas a máquina por una joven religiosa a quien María Teresa gustaba de apodarar “mi monjita”.
Cuartillas donde una

representación teatral de *Fuenteovejuna* en el Madrid revolucionario, donde un perro amado, que el exilio obliga a abandonar a su suerte, alternaban con descripciones de personajes célebres, conocidos a lo largo de un itinerario vital admirable. Cuartillas que la monjita iba entregando puntualmente, pues tenía una verdadera vocación de orfebre. Con María Teresa nos habíamos divertido, buscando faltas de ortografía que la italiana pudiese haber cometido –nada más natural– al transcribir una lengua desconocida. En este caso éramos

nosotros quienes nos convertíamos en orfebres, pues las faltas eran casi inexistentes»^[35].

Otra visita especial de ese tiempo fue la del cantaor José Menese, que traía en su canto profundo, ojos cerrados y puños prietos la voz siempre esperada del sur, la que ni Alberti ni ella llegaron nunca a olvidar, la de esas playas de la bahía gaditana que había alimentado su novela *Menesteos, marinero de abril* y el poemario *Ora marítima* de Alberti: «Todo está presente aquí mientras

tú, José Menese, cantas –confesaba la escritora–. Nos has dicho al llegar que nos traías la voz que siempre estamos esperando, la que nos dejamos, la que no queremos olvidar jamás. Y te hemos escuchado con el centro del pecho o con las entrañas o con los ojos, no sé. Pero en un instante reparamos todos los olvidos y corrimos hacia ella, madre común, hacia esa playa tan distante donde se hundían tan blandamente nuestros pies en la arena, justo en el borde en que se vuelve azul»^[36] .

La presencia de Menese, como la de tantos otros, había activado el flash-back de María Teresa y aquel canto escuchado en el barrio romano del Trastevere la hacía retroceder treinta años en el tiempo, la obligaba a regresar a aquellos días de sol y de República nueva, cuando en Rota, en Cádiz y en toda la bahía gaditana se podían oír los cantos hondos que invitaban a bailar, a gozar de la vida y del momento. «En esa playa aprendí a desnudarme detrás de las retamas – evocaba deliciosamente la autora de *Morirás lejos*–. Era una soledad solemne. Dejaba caer mi pelo por

la espalda y... ¡Qué bien se hundían mis pies en la arena al correr junto a la línea de la espuma! [...] Cádiz al frente y toda la playa, todo el mar para nosotros»^[37] .

También el recuerdo que trae José Menese provoca el resplandor de otros que permanecían agazapados en la memoria: el gesto y el martirio de Fermín Galán, las Misiones Pedagógicas, la rebeldía de una joven escritora en el Madrid republicano, los escandalosos estrenos de Rafael y el apoyo de Alcalá-Zamora y Miguel de

Unamuno al auto nada sacramental de *El hombre deshabitado*.

La vida en Roma nunca era ajena a lo que sucedía en España, al menos en el hogar de los Alberti. María Teresa León se mostraba muy sensible a las noticias que le llegaban de su patria perdida, en especial de los represaliados del franquismo que, casi entrada la década de los setenta, aún sufrían los estragos de las prisiones. Por medio del poeta Marcos Ana, viejo conocido de las Guerrillas del Teatro^[38], sabía que las cárceles españolas seguían pobladas de

presos políticos, sindicales e intelectuales. Nuestra escritora no dudó en escribir al propio Ana durante el cautiverio y cuando éste recibió la libertad en el penal de Burgos para infundirle ánimos, para seguir resistiendo, para prolongar la lucha de los años heroicos y no caer en el terrible error de olvidar: «Has de saber, Marcos Ana —decía en una de aquellas misivas—, que tus compatriotas vigilaron siempre. Hubo mujeres tan llenas de coraje que hubieras debido verlas contando, hablando, protestando con el valor que da el amor al

prójimo, protegiendo de lejos, desde América, vuestras noches de encarcelados. Pedían para vosotros la justicia, la luz, todo eso a lo que tienen derecho los hombres que están en libertad. Así pasó tu nombre de boca en boca desde la universidad a la calle de vecinos sentados al fresco. Eras para ellas, el hijo que les salió poeta, el amante encadenado. España para todos nosotros, voz del alejamiento, hablaba otra vez [...]. Pensamos que era nuestra simiente la que se levantaba de las penas y nos sentíamos orgullosos. ¡Qué difícil resulta andar por las anchas

tierras de la patria cuando parece ajena! Sí, nos hemos quedado sin patria. Ahora lo sentirás más porque estás libre, porque habrás de vivir tierras ajenas, porque tendrás que fiarte de tus recuerdos y no ya de tus ojos»^[39].

Mientras la escritora corregía las hojas mecanografiadas de *Memoria de la melancolía*, daba también los últimos toques a su pieza teatral *Sueño y verdad de Francisco de Goya*^[40], probablemente su último trabajo antes de experimentar los primeros síntomas de un lento y pertinaz

declive mental. Pero la enfermedad no se manifestaría en ella hasta tres años después de aquel 1969, tiempo en el que seguía regalando su exquisita sonrisa a cuantos se dejaran caer por Via Garibaldi, 88. «La acogida que tanto Rafael como la “madraza” María Teresa dispensaban a sus visitantes — comenta Francisco M. Arniz Sanz— era en extremo generosa, no sólo al regalarnos su precioso tiempo y relatarnos sus ricas vivencias, sino además agasajándonos al compartir con ellos mesa y mantel en algún restaurante trasteverino. Rafael, al que los pintores solicitaban, casi a

diario, poemas como presentación a sus catálogos de exposiciones en las galerías romanas, acostumbraba a caligrafiar al modo “arábigo-chino-andaluz” dichos poemas. [...] Los honorarios, nunca demandados por Rafael, que podrían representar unas 300.000 liras, los invertía la pareja en invitar a sus amigos. Noches romanas con Aurora de Albornoz, José María Moreno Galván, el pintor mallorquín Manolo Hernández Mompó, Terenci Moix...»^[41]

En aquella Roma de finales de

los 60 o comienzos ya de los años 70, era fácil encontrar a la escritora paseando a su perro *Chico* por las calles del Tratevere. La escena que la propia María Teresa pinta en sus memorias de ese paseo sin rumbo penetra en el lector con una insólita fuerza evocadora. Es el tiempo en el que la vejez comienza a ocupar el pensamiento de una mujer que se aproxima ya a la senectud y que contempla la naturaleza urbana como un recordatorio y un símbolo de la decrepitud humana: «Esos árboles que florecen desde hace más de cien años, apresados por

las aceras que siguen el Tiber, ¿adónde llegan con sus raíces? ¿Qué ruina romana están tocando sus manos vivas, hundidas en la noche? ¿Qué tropiezan con sus pies esos viejecitos y viejecitas, únicos en el mundo, con quienes nos cruzamos? Nunca he visto otros tan apretaditos de vejez. Llevan las bolsas de todo cuanto tienen en los brazos y no piden limosna. Se pasean entre mármoles gloriosos y no los miran. Pueden llevar un perro. El perrillo espera a que la vieja coma sus miguitas de miseria porque las reparte con toda equidad: para ti, para mí. Otras

alimentan los gatos. Son aún más chiquitas, más engurrumidas. Cuando ellas no estén, ¿quién las sustituirá? Los gatos del Foro Republicano están gordos, relucientes. Son como hijos, me dijo la más pequeña de estas brujas romanas cariñosas y gatunas, mientras la seguía el más hermoso representante de los descendientes de los comedores de ratas que libraron de la peste a Roma. Es como un hijo... seguía balbuceando la vieja. Y luego, melancólicamente, se detuvo a mirarme. Es mejor que un hijo... Y

se secó los párpados»^[42] .

La reflexión de María Teresa acerca de esas ancianas casi mendicantes que pululan por el Trastevere alimentando a los gatos como si fueran hijos nos recuerda de nuevo a la Madame Pimentón de aquellos relatos de la escritora en los que evocaba a otra vieja de su infancia madrileña. Pero la prosa que acabamos de citar recrea al mismo tiempo un poema de Alberti incluido en su libro *Roma, peligro para caminantes*, en concreto el titulado «El hijo». La composición pertenece a los llamados poemas

escénicos o piezas representables, ya que se trata de monólogos donde se ofrece una muestra de los personajes que habitaban la ciudad.

EL HIJO

Ven aquí, ven. Toma. No me hagas

andar detrás de ti. Son muchos años

los que me pesan en la espalda. Acércate.

Hoy te he comprado lo que más te gusta.

[...]

Hoy

me quedé sin cenar por ti.

Todos los días

casi me quedo sin

comer... ¿Te gusta?

¿Desconfiabas de que

fuera carne?

¿Iba a engañarte yo?

[...]

Y ustedes ¿qué me miran?

Sigan riendo, sigan...

Poco cuesta

divertirse de mí... Nada

me ofende...

Ese gato es mi hijo...

Vamos, quiero decir... Es

mejor que mi hijo

En ambos textos, tanto María Teresa León como Alberti, más allá de poner voz a una experiencia personal, nos estarían remitiendo – como indica Marta Villarino– a los filmes neorrealistas de la época así como a una «estética semejante a la de Roberto Rossellini, el primer Luchino Visconti o Michelangelo Antonioni, en la que se destaca la exposición testimonial, la inquietud social y algunos recursos técnicos como la acción desarrollada en un escenario natural (la calle) por actores no profesionales, o en este caso sin la legitimación de ser

personajes literarios conocidos: la vieja que alimenta a un gato, el cochero que dialoga con su caballo, pobres seres solitarios sin futuro»^[43] .

En 1970, Gonzalo Losada publicaba en Buenos Aires, en la colección *Cristal del tiempo* de su propio sello editorial, *Memoria de la melancolía*. Era un libro hermoso y profundo que sería profusamente leído y estudiado por hispanistas de universidades de todo el mundo. La obra, que nacía con una clara voluntad testimonial, mostraba la plenitud literaria de su

autora y reforzaba las claves de un estilo y de una voz personal completamente definida en la literatura española del siglo XX. En *Memoria de la melancolía*, María Teresa interpretaba su propia existencia y se servía de la escritura para poner orden en ese caos de recuerdos, de imágenes, de emociones y de episodios intensamente vividos; una existencia de 66 largos años que las manos y el pensamiento de la escritora reordena, reorganiza y conecta con los acontecimientos pasados, vistos desde un ahora y desde un presente que les da un

nuevo significado y les concede un sentido revelador.

Las palabras del poeta José Infante definen *Memoria de la melancolía* como un libro de estremecedora emoción cuya lectura resulta «imprescindible para quienes quieran conocer de cerca y en primera persona no sólo la vida de esta mujer excepcional, sino la de una generación española que luchó por un mundo mejor y tuvo que pagar un alto precio por ello, el del exilio de su propio país»^[44]. Medardo Fraile opina que en este libro «la voz de María

Teresa evoca y recuerda con inteligencia y melancolía justa, sin entregarse a gorgoritos líricos, entreverando sin amargura, pero con belleza y gracia, historias personales de juventud, sin caer en la histérica exclamación romántica o en el suspiro que mendiga a destiempo. Parece atenerse al consejo de León Felipe: “Más bajo, poetas, más bajo, / no lloréis tan alto”»^[45] . Para el escritor burgalés Óscar Esquivias, «María Teresa León, la derrotada, la exiliada, la que había visto cómo se instauraba con sangre –y

precisamente a costa de tantas muertes— una atroz dictadura en España, quiso dejar testimonio de lo que había sido su vida antes de que el olvido la borrara del todo»^[46] .

Ese testimonio quedó recogido con el tiempo casi cumplido para la memoria de María Teresa. Fue en otoño de 1968 cuando dio por acabada su obra autobiográfica, poco antes del fallecimiento de su tío Ramón Menéndez Pidal, a quien se refiere en la página 90 del libro: «va a cumplir noventa y nueve años, y yo

estoy tan lejos, tan lejos...» Don Ramón falleció el 14 de noviembre de 1968, cuatro meses antes de llegar a centenario, ignorando probablemente que su sobrina ponía punto final a la obra cumbre de su carrera literaria, el testamento de una despatriada que, como una Virginia Wolf española, hallaba la salvación de la memoria personal en la escritura, al tiempo que construía un yo colectivo íntimamente ligado a la concepción de la Guerra Civil como tragedia de un pueblo.

Pero hay un trasfondo mayor en este libro que, con sobradas

razones, resume toda la obra literaria de María Teresa León, y es su capacidad para aglutinar, precisamente, la voz colectiva de un exilio que adquiere tintes morales. «El exiliado –apunta la profesora Eva Soler Sasera refiriéndose al fenómeno de ciertas obras autobiográficas–, víctima de la realidad histórica, convierte el asunto de la reconstrucción autobiográfica en un acto ético. El testimonio de su vida queda inevitablemente ligado a la vindicación de un proceso histórico concreto que ha definido su ambigua posición identitaria: la

Guerra Civil, en nuestro caso, es, por tanto, el acontecimiento crucial que va a definir el conflicto de la identidad del autografiado. [...] Alejados, en el tiempo o en el espacio, de la España totalitaria, [los exiliados] se dedicaron a escribir acerca de aquellos acontecimientos que, vividos a partir del 36, producirían su éxodo. En algunos, la Guerra Civil es casi el *leit-motiv* que conduce al sujeto por los caminos del pasado; en otros, es un episodio más en todo un recorrido vital; sin embargo, en todos ellos el malogrado trance

imprime una profunda huella»^[47] .

SALUDANDO A LA PRIMAVERA

A la buena nueva de la publicación de *Memoria de la melancolía* cabe unir la visita ese mismo año de Teresa Sánchez Alberti, sobrina del poeta gaditano, a quien ni Rafael ni María Teresa conocían todavía. Aquélla guardó siempre detalles de esa Navidad compartida con sus tíos, a los que pudo abrazar «un 23 de diciembre de 1970». «Lo primero que me llamaba la atención

de aquella casa-museo situada en el bohemio barrio romano del Trastevere –recordaba Teresa Sánchez– era el cartel que sin ningún pudor, aunque con cierta ternura, colgaba a la puerta: “No se enfade: No se escriben prólogos”. Aquella casa guardaba preciados tesoros que pese a las dificultades de su condición de nómadas, habían conseguido conservar celosamente [...] El rostro de María Teresa no había perdido la belleza y la elegancia con la que siempre me la habían descrito y que ni siquiera cuarenta años de exilio le habían conseguido arrebatarse. [...] El 31 de

diciembre prepararon una gran cena de fin de año, donde tuve la oportunidad de conocer a Mariana Dorta, Ignacio Delogus, Marcello Mastroianni y Pepe Ortega, entre otros, todos ellos grandes amigos suyos durante el exilio, Fue una noche mágica. Se podía palpar la ilusión y lo cerca de España que les hacía sentir nuestra presencia. La despedida el 1 de enero de 1971 fue triste, habíamos pasado unos días inolvidables. Al despedirnos, María Teresa me dijo al abrazarme: “Volveré a España y entraré por la Puerta de Alcalá en un gran caballo

blanco”»^[48] .

Ese año de 1970, Aitana Alberti ya vivía en España, concretamente en una casa situada en Torremolinos que, por despertar en ella nostalgia de las playas uruguayas de su infancia en Punta del Este, fue bautizada con el nombre de La Gallarda. «Desde los ventanales de La Gallarda recién nacida, construida en el flanco de una colina, saludaba al mar cada mañana procurando ignorar los edificios que afeaban su azul lejanía»^[49] .

Transcurría el tiempo en el

viejo Trastevere, apenas interrumpido por algún viaje de los Alberti a Francia o a Rumanía en 1971. Una escapada primero a la Costa Azul para celebrar los 90 años de Picasso; un paseo por Bucarest para revisar de nuevo el corazón de la escritora... Y los paseos por la ciudad eterna las tardes de sol: «Ahora atravieso todos los días en Roma una puerta almenada —evoca María Teresa—, luego saludo a Pietro, a Ferruccio, los dueños del bar y, antes de tomar la cuenta de Vía Garibaldi, vuelvo los ojos hacia una casita pequeña, intocable, donde está hoy el

restorán Rómulo. Retrocedo muy lejos hasta Madrid, un Madrid grande para mis ojos pequeñitos y voy hacia la calle de la Princesa por donde pasaba un tranvía que nos llevaba a los chicos a patinar a Parisiana»^[50].

En el otoño de 1972, algunos testimonios sitúan los primeros síntomas de la enfermedad mental que acabaría apagando los recuerdos y la vida de María Teresa León. «El exilio romano de María Teresa tiene dos etapas – aclara Arniz Sanz–: una, de gran lucidez y de una importante

actividad cultural, y, otra, en que comienza a perder la memoria y otras facultades, y que se agravarán tras su regreso a España»^[51] . Y ese principio de desmemoria se atisba ya, siquiera levemente, en la carta que ese año remite a Gonzalo de Sebastián. En ella, como en tantas otras, relata al hijo detalles de su vida cotidiana en Roma y aprovecha la misiva para contarle el grave accidente sufrido al caer por las escaleras de un cine, golpeándose severamente la cabeza. En el texto podemos ya apreciar la repetición injustificada

de algunas preguntas, como si no fuera consciente de que ya las había formulado en otro punto del relato:

«Gonzalo, hijo:

»¿Cuánto tiempo hace que no vienes? ¿Cuánto tiempo que no veo a ninguno de vosotros? Ya habrá comenzado el otoño ¿Y aquel campo de tantas hectáreas que ibas a comprar? Nosotros saludamos a la primavera. Estamos yendo y viniendo todo el tiempo: conferencias, discursos, homenajes, etc. Mañana nos vamos a Cerdeña que creo que es una isla preciosa [...] Luego a Anticoli. Allí, por lo

menos, no te pisan los automóviles y puedes ver volar a los pájaros y nuestro zoológico está feliz. ¿Os comprasteis aquel campo de no sé cuántas hectáreas que teníais visto? ¡Ay!, cuanto más conozco a los hombres más me gustan los perros y los gatos y cuanto más vivo en Roma más quiero a los árboles. Está insoportable este ir y venir de ruedas. Creo que los niños nacerán con ruedecitas en los pies. Menos mal que el sol nos alegra, y el trabajo. Yo trabajo siempre aunque hace unos días me caí en la escalera de un cine —de hierro— y me rompí la cabeza. Me llevaron al

Hospital en la ambulancia, perdí mucha sangre, pero como soy castellana, mi cabeza dura resistió y estoy casi bien. Me dieron muchos puntos. Si llega a entrar adentro algo de sangre dicen que no te lo estaría contando. Ya estoy bien, pero como me cortaron tanto el pelo creo que tendré que comprarme una peluca. Pero no te preocupes, todo marcha y un ‘resbalón’ cualquiera lo da en la vida (¡Música!).

Bueno hijos queridos, besos y abrazos de la Babucha, del Chico, de los gatos, del loro –que grita: ¡Mamá! ¡Mamá!– de los canarios

que cantan, cantan, ¡Buenos días!
¡Buenos días! De Rafael que pinta
y de vuestra madre... que casi está
llorando»^[52] .

Parecía claro que algo no marchaba bien. Nuestra escritora comenzaba a padecer pequeñas lagunas mentales, caía en continuos olvidos y se sentía de pronto extraviada. Los seres más cercanos a ella eran testigos de sus pequeños despropósitos. En ese año de 1972, Teresa Alberti, que visitaba de nuevo a sus tíos por Navidad y celebraba con ellos el 70

cumpleaños de Rafael, se dio perfecta cuenta de que María Teresa no se acordaba de muchas cosas, confundía nombres y equivocaba fechas, incluso abría regalos que a los pocos minutos ya no sabía de quiénes eran.

El relato de María Fernanda Tomás de Carranza, esposa del pintor José Caballero, se asemejaba mucho al de la sobrina del poeta gaditano: «Era muy raro —decía María Fernanda— ver cómo, de pronto, aquella mujer cuya memoria e inteligencia habían sido prodigiosas, te repetía algo una y otra vez. Resultaba imposible no

fijarse en eso. “¿Has ido a comprar zapatos”, te decía. “Ya sabes que en Roma los zapatos son estupendos.” A los diez minutos, cuando se estaba hablando de cualquier otro tema, te interrumpía de nuevo: “¿Has ido a comprar zapatos? Ya sabes que en Roma los zapatos son estupendos”. Y así siete u ocho veces en un par de horas. Aquel viaje ya nos dejó preocupados»^[53].

Ya entrados en 1973, el gobierno rumano, en reconocimiento a la labor realizada en favor de su patrimonio literario,

concede a María Teresa y a Rafael la Medalla de la Cultura de Rumanía. Por una carta remitida a Gonzalo Losada en mayo de ese año sabemos que nuestra escritora ya no se hallaba en pleno uso de sus facultades mentales y físicas, aunque aún seguía escribiendo y soñando con publicar nuevas obras. La intensa luminosidad de los años argentinos se oscurecía en los días italianos. La actividad de María Teresa empezaba a acompasarse, a ralentizarse entre sus afanes diarios: «Acabo de recibir mi saldo de *Memoria de la melancolía* –declaraba a su

editor—. Gracias. Me servirá para inaugurar el verano comprándome un traje. Iremos a Anticoli, ese pueblecito precioso donde hasta tenemos jardín [...] ¿Quisieras hacer un librito con mi obra de teatro (*La libertad en el tejado*)? ¿Te la mando? ¿Te gustaría publicar en edición pequeña *Sonríe China*? Yo acabo de traducir las fábulas de Leonardo da Vinci, pero lo importante es la novela que terminé este verano. Tú la leerás primero que nadie. Como verás, aunque mi pelo esté blanco, las ideas están brillantes y rubias dentro de mi cabeza. Soy de la casta de los de

Burgos y no es tan fácil cansarme»^[54].

La enfermedad de María Teresa, lenta pero firme, alcanzó cierto grado de preocupación cuando, una tarde, nuestra escritora regresó a casa envuelta en lágrimas: la habían relevado de su cargo en la Junta del Centro Histórico y Artístico de Anticoli Corrado. Irritado por la noticia, Alberti, que venía atribuyendo los despistes y los olvidos de su esposa a una vulgar depresión, llamó por teléfono a los responsables de la junta de

Anticoli Corrado: «“Pero, ¿cómo es posible que expulséis a María Teresa? ¿Cómo sois capaces de tratar de ese modo a una amiga, a una persona como ella?” Al otro lado de la línea, le contestaron: “Pero Rafael, ¿es que tú no sabes cómo se encuentra María Teresa? Está muy mal. Lo confunde y lo enreda todo. Aquí no hay nadie que no la quiera, que no la respete, tú ya lo sabes. Pero no podemos seguir de este modo. María Teresa arruina cada una de nuestras reuniones. ¡Tienes que llevarla a un médico!”»^[55] . El especialista que

la vio no dudó en diagnosticar un grave principio de arteriosclerosis, el mismo mal que asoló la vida de su madre, doña Oliva Goyri, y de su abuela, Rosario de la Llera.

A pesar de esas sombras que, intermitentemente, iban menguando los recuerdos de la escritora riojana, la lucidez de otros momentos la mantenían despierta e informada de cuanto pasaba en el mundo, atenta aún a los acontecimientos que sacudían la vida de amigos y de seres del corazón. Lo vemos en una carta que María Teresa redactó en el otoño de 1973 para su hijo Gonzalo y

para Leonor, la esposa de éste. En la misiva da cuenta del dolor sentido por la muerte de Pablo Neruda, por el golpe de Estado contra el Gobierno de Salvador Allende y por el adiós definitivo, también, de Pablo Picasso:

«Hijos queridos; ¡Qué lejanos estamos! Sueño con que llegáis a despertarme, a abrazarme, a quererme, pero eso no sucede.

»Gonzalo, ¿No tenías que venir a Europa? ¿No recibiste mi carta de fin de año? Dicen que el correo italiano está sobrepasado y la distribución se hace entre veinte

y treinta días después. ¡Qué gran edad la nuestra! Mejor llevarlas a mano, ¿no?

»Mis nietos, ¿cómo están? ¿La luz de la casa sigue sabiéndolo todo sin estudiar nunca? Los anticolanos la están esperando. Los anticolanos deben de tener ahora mucho frío, nosotros no tanto, ha habido sol y no sabemos si es invierno o verano.

»Hemos hablado mucho de vosotros –Rafael y yo– ¡Cuánto os queremos!, ¿venís o no venís este año? Estamos preocupados. Lo de Chile nos dejó muy triste. ¡Neruda muerto! Picasso...

»No quiero hablar más de tristezas. Llegamos el domingo y estaremos 6 días, claro que para hablar y para pedir para la pobre gente de España.

»Escribidme. Sin vosotros me parece dormir –sin soñar– y os beso a todos juntos como si fuerais un ramo de flores. Mamá»^[56] .

Ese año, la escritora Antonina Rodrigo visitaba por primera vez a los Alberti. De aquel encuentro dio cumplida noticia años después en su libro *Mujeres para la historia. La España silenciada del siglo*

XX. Ella fue testigo también del deterioro mental de María Teresa y no dudó en confesarlo en las páginas de su obra con tristeza y turbación: «Conocí a María Teresa León, en mayo de 1973, en su hermosa casa del barrio romano del Trastevere, muy cerca del discurrir del Tíber, su memoria empezaba a nublar su claro entendimiento. Emprendía ya la huida por el camino de las sombras, pero todavía eran fugas repentinas, lagunas poco dilatadas, en las que pronto reaparecía su fulgurante lucidez, como un sol radiante escapado entre negros

nubarrones y, entonces, como el sol, su palabra brillaba más»^[57] .

DORMIR SIN SOÑAR

La enfermedad y el deterioro de nuestra escritora pronto tuvieron su reflejo en la vida familiar. Quien había sido timón de la casa y organizadora nata, cuando dejó de estar al frente de la nave, los problemas arreciaron y todo comenzó a naufragar. Uno de los mayores inconvenientes que surgió por aquellos días tenía nombre de mujer. Benjamín Prado recuerda que «Rafael Alberti había conocido no

hacía mucho, quizás ese mismo 1972, a la joven bióloga catalana Beatriz Amposta, que en ese momento, al parecer, era la novia del pintor José Ortega, y se habían hecho amantes. Hay que decir que Alberti aseguraba que María Teresa estaba muy mal, que había perdido completamente la noción de las cosas; y quizá partiendo de ese convencimiento, a veces su nueva pareja pasaba las noches en la propia Vía Garibaldi o, con frecuencia, les acompañaba al valle de Aniene, a la casa de Anticoli Corrado. Y también es necesario decir que otras personas aseguran

que, en aquella época, María Teresa mostraba severos indicios de su enfermedad pero era absolutamente consciente de lo que pasaba a su alrededor y sufría terriblemente el abandono de quien era su compañero y su marido desde hacía más de cuarenta años»^[58] .

El duro testimonio de Prado no deja en buen lugar al autor de *Sermones y moradas*, aunque cabe reconocer que se ajusta mucho al transcurso y al discurso de los hechos. La aparición de Beatriz Amposta en la vida de Rafael Alberti supuso un verdadero

trastorno en su existencia. Se habían conocido en 1972, en efecto, durante una exposición del pintor ruso-argentino Alejandro Kokochinski en una sala romana. Beatriz tenía entonces veinticinco años y acompañaba a su pareja de aquellos momentos, el pintor José Ortega. La joven se encontraba en la capital de Italia realizando prácticas de laboratorio gracias a una beca concedida por la Universidad de Barcelona. Desde el primer momento, Alberti, que cumplía ese mes de diciembre setenta años, se rindió a los encantos de la muchacha y dispuso

un espacio en su estudio –una pequeña vivienda próxima a la de Via Garibaldi– para los encuentros amorosos. «Cuando comenzó nuestra relación, Alberti me llevaba a su estudio secreto porque él tenía dos casas –aseguraba Beatriz Amposta en abril de 2016– [...] Desde que nos conocimos me llamaba y en 1975 me mudé a una casa de Santa María en Trastevere porque Rafael me dijo que había un apartamento que se alquilaba cerca de su casa y así poder profundizar la relación. El amor se desarrolló en silencio porque él estaba casado con María Teresa León, muy

enferma ya de Alzheimer»[59] .

La respuesta de Alberti a aquel enamoramiento fueron los apasionados y tortuosos poemas de un libro dedicado a la joven bióloga que acabaría titulándose *Amor en vilo*, obra inédita de más de trescientas composiciones de las que sólo se conoce una pequeña parte. «Una noche, mientras me leía los poemas de ese libro –recuerda de nuevo Benjamín Prado–, me contó que la obra había sido más larga, pero que María Teresa había encontrado algunos de los manuscritos, los había roto en

pedazos y arrojado al váter, lo que casi inundó la casa. Otra persona, muy cercana a la pareja en aquel tiempo, me contó que una vez, al encontrarse a Alberti en una calle del Trastevere, se dio cuenta de que el poeta cojeaba de forma ostensible. Se sentaron en un café y, al rato, el amigo de Alberti vio que el autor de *Roma, peligro para caminantes* se descalzaba con disimulo y sacaba de cada zapato un montón de papeles: eran los poemas de *Amor en vilo* que no quería que encontrase María Teresa»^[60] .

El propio Alberti dio su versión, años después, de esa relación con una «bella, extraña y complicada estudiante de biología». Los hechos que motivaron aquel peculiar *noviazgo* que iba a durar casi una década la justificaba el poeta con el siguiente razonamiento: «Seguramente ambos teníamos graves problemas del corazón, aún más difíciles los míos, pero que al fin resolvimos en un largo amor, complicado, inseguro, como sobre uno de esos tensos alambres que recorren, llevando a veces una sombrilla abierta en la mano, los equilibristas

del circo. Tanto tiempo de tan difícil y peligroso recorrido dio lugar a un largo poema, estremecido y tumultuoso, amor claro y a ciegas, amor, amor, pero tambaleante, irguiéndose, doblándose, a punto de caer, prendido casi de la nada:

Amor, ¿te vas? ¿Me
quedo, amor? ¿Me
esperas?
¿Corro hacia ti? ¿Me
huyes? ¿Vives? ¿Mueres?
¿Eres verdad? Dolor si no
lo fueras.

¿Eres sueño? Morir si no
lo eres.

Secreto amor. Silencio
amor. Sigilo.

Claro en lo oscuro, amor.

Amor en vilo»^[61] .

LAS MANOS LLENAS DE LO QUE APRENDIMOS

En cualquier caso, la relación sentimental con Beatriz Amposta, que se prolongó, como así veremos, hasta 1981, dejó en Alberti un sabor áspero a derrota y arrepentimiento que quedó resumido con sus propias palabras en las últimas hojas de *La arboleda perdida*. En ellas atribuía aquella historia de amor, que tuvo su lado oscuro pero también hermoso, a «mi ingenua torpeza y la

desbaratada y mercantil locura de una persona que se entrometió en mi vida sin comprender todavía cómo».

El hecho es que el gran amor entre María Teresa León y el marinero en tierra había pasado al capítulo de las leyendas olvidadas, al menos para el poeta andaluz, que asistía ilusionado al nacimiento de una pasión nueva y tardía mientras que la irreprochable compañera de todos los deberes perdía la memoria; «hecho dramático –como señala José Infante—, pero también profundamente simbólico»^[62].

La pérdida de los recuerdos

para alguien que vivía y escribía de ellos y sobre ellos podía tener, ciertamente, una lectura simbólica; tan simbólica como la carta que María Teresa remitía a su hijo Gonzalo a finales de ese año de 1973, traspasada de ternura y, sorprendentemente, de ilusiones literarias muy propias de una joven de veinte años.

«Gonzalo:

»¡Qué lejos estamos! Siempre te digo lo mismo pero es que no me acostumbraré nunca a que los continentes nos separen tanto. Hoy vengo de viajar desde el norte, casi

Suiza, por una parte muy interesante de Italia, pero he vuelto un poco cansada aunque el lugar de lagos y montañas es precioso. Como siempre tuvimos que hablar, yo hablé de Rafael y me aplaudieron muchísimo. Casi por todas partes se está dando la obra de Rafael, *Noche de guerra en el museo del Prado*. Creo que pronto se hará una obra mía, *La libertad sobre el tejado* [sic]. Como ves tu madre no descansa nada, únicamente cuando pienso en mis nietos lloro un poco y se me aclara el alma. [...] ¡Sueños, sueños! Escribidme pronto, pronto. El sol

nos acaricia todas las mañanas. Es el momento más bonito de Italia. Claro que nosotros no sé bien qué día vamos a la Costa Azul, al premio de Niza donde somos jurados, así que tengo que saber muy exactas las fechas. Tengo el corazón lleno de esperanzas»^[63] .

Lejos de esa imagen interesada y maledicente de una María Teresa acabada, incapaz de percibir la realidad y la traición, la misiva nos muestra a una mujer que aún mantiene un cuerpo a cuerpo con la vida. Vemos que la escritora,

pese a sus ya evidentes y puntuales episodios de pérdida de memoria, sigue en activo y conserva la esperanza de que se reconozca su obra literaria. Aún no ha dejado de luchar para que alguien lleve a escena su drama *La libertad en el tejado*, probablemente la misma pieza que dejara escrita en su exilio argentino con el título de *El destino no cambia sus caballos*.

[64] Los intentos por verla representada o editada habían sido en vano hasta entonces; sin embargo, la puesta en escena ese otoño en el teatro Belli de Roma

del drama de Rafael *Noche di guerra nel Museo del Prado* por la compañía Incontro había removido su viejo deseo de regresar a los escenarios. No olvidemos, como recuerda Manuel Aznar, que la vocación teatral de María Teresa León se había visto frustrada por las circunstancias del destierro: «Aquel exilio de 1939 significó la ruptura de una trayectoria artística particularmente fecunda en el ámbito teatral. [...] Mujer de teatro auténtica (directora escénica, actriz, ensayista, dramaturga), fue, desde su militancia comunista y antifascista, una relevante

impulsora de la política teatral republicana hasta el final de la guerra civil»^[65].

Treinta y cinco años después, en contra de lo que otros se empeñaban en ver y recordar, no había, pues, en María Teresa, síntomas graves de decrepitud. Ni siquiera en la primavera de 1974 –*Roma 18-abril florido*–, cuando la escritora, cansada de echar de menos a su nieta Isabel, hija de Gonzalo, le escribía a Buenos Aires una misiva llena de lucidez y cargada de consejos, de hermosas reflexiones sobre la vida y, cómo

no, sobre la memoria:

«Isabel:

»Ya sé que no eres chiquita, sino grandota, grandotota, pero para nosotros serás siempre la niña del Trastevere, de las tiras de coco, de la Plaza de Santa María, de la via Garibaldi 88, donde siempre te están esperando. Yo sé que has crecido, que estás preciosa, que los chicos vuelven la cabeza, que tú los desprecias un poquito, pero que te ríes y te gusta. Sé que tus padres se empeñan en que estudies y tú en contradecirlos, eso de soñar, de vivir, es tan lindo, pero pasan los

años y hay que sentirse con las manos llenas de lo que aprendiste: la historia, la literatura, la filosofía y las ciencias de las que yo no sé nada, se nos van quedando como lugares de apoyo en la memoria y conocerlas es no equivocarnos, no tomar gato por liebre cuando te hablan. Así vas haciendo tu opinión de la vida, tu opinión política, sobre los seres que te rodean, que no todos la merecen buena. Sí, Isabel, tú eres –serás– un poco la continuación de las mujeres de tu casa. Déjanos bien a tu abuela, a tu madre y a mí que quiero cartas tuyas y que nos escribas sobre el

verano en la quinta para darnos calor a los que tenemos encima el invierno»^[66] .

Tampoco hasta muy avanzado 1975, año en que pasaron el último verano en la casita de Anticoli Corrado, se aprecian signos severos de desmemoria. Por esas fechas, Francisco M. Arniz Sanz visita a los Alberti en Vía Garibaldi acompañado de los poetas Florentino Huerga y Javier Lentini. Según el pintor portuense, salió a recibirles «una mujer de un carácter maravilloso, de una

extraordinaria feminidad, de una simpatía y ternura inimaginables. Físicamente aún conserva los rasgos que dejan traslucir una singular belleza de su juventud. Sus ojos juguetones y su sonrisa abierta ocultan tras de sí cuarenta años de luchas y sinsabores en el exilio. María Teresa es la buena sombra de Rafael [...]. Ellos mantienen intacta la frescura de sus ideas con el mismo coraje y la misma violenta pasión española, gracias a lo cual han podido superar su dolor de vivir lejos de España»^[67] .

AMNISTÍA PARA TODOS

El dolor de vivir lejos de España se había disuelto en el corazón y en el pensamiento de nuestra escritora a comienzos de 1977. Como recuerda Benjamín Prado, «a partir de ese momento, hay pocas cosas que contar de María Teresa León, y todas son muy tristes». Ni pudo celebrar el Nobel concedido ese año a Vicente Aleixandre y, con él, a la irrepetible generación del 27 de la que ella formó parte esencial, ni

pudo acompañar a Rafael a la recepción que los nuevos reyes de España celebraban en la Embajada española en Roma. El acto, organizado con ocasión de la visita del rey Juan Carlos I al papa Pablo VI, fue aprovechado por Alberti para presentar ante el monarca una petición de amnistía para todos los presos políticos de España. Tampoco sabría nunca María Teresa que aquel encuentro entre el poeta y el rey no sería bien interpretado por algunos camaradas del pasado. Fue el caso de José Bergamín, republicano inquebrantable, quien no tardó en dedicarle unas coplillas

irónicas acerca del episodio con el siguiente reproche:

¡Ay! Rafael, Rafael,
¿Por qué fuiste a la
Embajada
a regalarle a la espada
tu clavel?

Aquellos cuatro versos molestaron mucho a Alberti, no ya por la ofensa, sino por venir de quien venían ya que, poco tiempo atrás^[68], el poeta gaditano, en una carta que entregó en mano al propio Bergamín en el aeropuerto de

Fiumicino, incluía un cariñoso y elogioso poema que rezaba en su estrofa final:

Te digo adiós en Roma,
alzando el vuelo,
aunque no te lo digo,
mi gran X amigo,
porque no hay despedida
cuando la vida es ya como
tu vida
y tienes por delante todo
el cielo.

Quien también se sintió herida por aquel lance literario fue Aitana

Alberti. Admiraba a Bergamín desde niña, de quien había recibido afecto y regalos de gran valor para ella, como una edición facsimilar de los *Sonnets pour Hélène* de Pierre Ronsard; sin embargo, ante aquel desagradable episodio tuvo clara su postura: «La monarquía constitucional –afirmaba la hija del poeta– era la única alternativa de gobierno viable en esa coyuntura histórica de España. Pedir la amnistía al Rey para los presos políticos era un gesto que enaltecía a Rafael Alberti, quien lo hacía desde la altura moral de su enorme

prestigio»^[69] .

Lo que apuntaba Aitana no iba a pasar de largo por el pensamiento de su padre. Las cosas habían cambiado en España. El dictador descansaba en paz o en duelo en el Valle de los Caídos. Treinta y ocho años de destierro eran más de media vida sin saber dónde morir y, por si fuera poco, sus camaradas del PCE le regalaban los oídos desde la otra orilla del Mediterráneo animándole a regresar.

La suerte estaba de nuevo echada, aunque María Teresa no

comprendiera bien los motivos de aquel acto de despedida que artistas, poetas e intelectuales italianos celebraban en su nombre y en el de su esposo en la Casa de la Cultura de Roma; aunque la autora de *Memoria de la melancolía* asistiera como una actriz de reparto o como un mero espectador a los preparativos de un vuelo sin retorno, a la aventura de su último viaje.

VII. REGRESO A LA MELANCOLÍA (1977- 1988)

A LOMOS DE UN CABALLO BLANCO

El 27 de abril de 1977 María Teresa León aterrizaba en el aeropuerto de Madrid. Ajustándose con elegancia al guion de la vida, salió después de su esposo, sonrió y saludó con la

mano abierta a la multitud que los esperaba en Barajas. Se contaban por centenares los grupos de amigos, militantes de izquierda, periodistas, fotógrafos y curiosos que acudieron a recibir y a abrazar a los escritores exiliados, que descendieron del avión acompañados de su hija Aitana, de Encarnita Moya, la cuidadora de María Teresa, y del perro *Chico*. No hubiera sido ésa la imagen de haberse cumplido el deseo de Beatriz Amposta que, en su afán por suplantar a nuestra escritora —como apunta Arniz Sanz—, «pretendió ser ella quien acompañara a Alberti en

su vuelta del exilio»^[1] .

María Teresa había vuelto a España, a esa patria que no dejó de añorar durante largos años de destierro, pero no fue capaz de reconocerla. «Tampoco creo que esa España a la que tanto quiso y por la que tanto luchó la reconociera a ella, al menos no como merecía»^[2] , añade sin que le falte razón su sobrina Teresa Sánchez Alberti.

La terrible zarpa de la desmemoria impedía que nuestra escritora reconociera la tierra que pisaba. «Me duele aún hoy pensar

—escribía Aitana— que mi madre, a causa de su enfermedad, su alzheimer, no tuvo constancia de que regresaba a su país. Había cientos de personas que esperaban en el aeropuerto, con banderas y proclamas, y ella sonreía»^[3].

Del aeropuerto fueron trasladados por los servicios de seguridad del Partido Comunista a los apartamentos de Príncipe Pío de Madrid. En unas habitaciones del tercer piso acomodaron a María Teresa, mientras que Rafael Alberti se instalaba en un apartamento de la primera planta,

donde fijaría provisionalmente su residencia. Esa misma noche salieron a cenar con amigos íntimos entre los que se encontraban María Fernanda Tomás de Carranza, José Caballero y Pepe Bergamín. Todos comprobaron con tristeza que ni la emoción de un día histórico como aquél lograba suavizar la tensión entre los dos compañeros. Hubo que esperar hasta la noche siguiente, reunidos de nuevo en un restaurante de la capital muy del gusto de Bergamín, La Bola, para que triunfara la amistad y se borrarán las viejas rencillas. Al parecer, José

Bergamín, con voluntad de retomar su relación de afecto con Alberti, puso paz regalando al gaditano un poema escrito para la ocasión que llevaba el título de «Salvación a Rafael Alberti (De X a X)»:

Rafael, ya estás aquí.

«Entre el clavel y la
espada».

Tu abierta mano sin nada.

(Sin alba y sin alhelí.)

Perdóname si te herí.

Yo no fui.

Fue la amargura

de esta España negra y

dura,
que perdura
y nos quema a ti y a mí.

[4]

«Salimos a la calle reconfortados –respiraba Aitana feliz–. Pepe Bergamín me apretó el brazo en silencio: el río calmaba sus aguas y volvía a fluir, constante y profundo. Al otro lado de la plaza de Oriente, el Palacio Real brillaba bajo la luz de los reverberos»^[5].

Mientras tanto, María Teresa se aclimatava a la luz de su viejo país. La mujer admirable que había

contado, cantado y repetido – incluso en sus relatos– que a su vuelta a España cruzaría la Puerta de Alcalá sobre un gran caballo blanco, compartía ahora la vida, la soledad y espacio de un apartamento de Príncipe Pío con Encarnita Moya, la chica que buscó Aitana para que fuera la sombra de su madre, primero en Roma y ahora en Madrid. Pocas iban a ser la apariciones públicas de la escritora tras su regreso. La salud empeoraba lentamente y el deterioro mental era cada día más notorio. Apenas se le recuerda en una cena-homenaje organizada por

el PCE, en la que permaneció callada durante largas horas, o en un acto celebrado en la Biblioteca Nacional en el que se presentaba la edición del *Romancero gitano* de Federico García Lorca con ilustraciones de Alberti. Según los testigos, la autora de *Cuentos para soñar* fue exquisita con todo el mundo, pero no reconoció a nadie. «Cuando se le acercó su primo, Gonzalo Menéndez Pidal, le saludó afectuosamente —relata Benjamín Prado—; pero en cuanto el historiador se alejó unos pasos, le preguntó a otra persona: “¿Quién era ese hombre al que he

saludado?”. “Es Gonzalo”, le dijeron. “¿Gonzalo? ¿Qué Gonzalo?”. Alguien le quiso gastar una broma: “Pues, qué Gonzalo va a ser ¡Gonzalo de Berceo!”. María Teresa lo miró, sin pestañear»^[6] .

Una de las últimas apariciones públicas de la novelista riojana fue en la campaña electoral del 77. Rafael se presentaba como diputado del Partido Comunista por la provincia de Cádiz, y María Teresa, como buena esposa de político emergente, tuvo que posar junto al candidato en la estación de Atocha. En la foto se podía ver a la

escritora despidiendo a su esposo, que se alejaba en el tren. Pocas semanas después, Alberti ganaba su escaño en el Congreso y presidía, al lado de su legendaria compañera Dolores Ibárruri, la primera sesión de las Cortes democráticas.

Como cabía suponer, el poeta hacía su vida y María Teresa la suya, siempre con la discreta compañía de Encarnita, la presencia frecuente de Aitana, de su sobrina Teresa Sánchez Alberti, de su amiga Mariana Dorta, y de las contadas visitas de algún amigo del pasado como el propio Bergamín, Santiago Ontañón,

Salvador Arias o la actriz María Luisa Ponte, a la que pareció confesarle, en un golpe de lucidez, que pensaba escribir una biografía novelada sobre Mariana Pineda.

Si nos acogemos a sus propias palabras, una de las personas que más sintió y celebró el regreso de María Teresa León fue el citado Salvador Arias, compañero de la escritora en los duros años de la contienda civil, a pesar de contar con quince años menos que ella. Arias tenía apenas dieciocho cuando conoció a los Alberti en la Alianza de Intelectuales Antifascistas. La autora de *Contra*

viento y marea, que por entonces era directora de las Guerrillas del Teatro, incorporó al muchacho como actor a la compañía, aún a sabiendas de que éste carecía de experiencia. Le dio el papel del joven Leoncio en el la obra de Alberti *Numancia*, que se estrenó en el teatro de la Zarzuela madrileño. Desde aquel día, y pese a todas las vicisitudes del destino, Salvador Arias se dedicó al mundo de la interpretación, en sus diversas facetas, convirtiendo ésta en su profesión hasta su muerte en noviembre de 2010. El viejo actor relataba a Manuel Aznar su

emotivo encuentro con María Teresa León aquellos días de abril de 1977:

«El día que abracé a María Teresa a la vuelta de su largo exilio lloré de emoción apoyado en su hombro. A partir de aquel día mis visitas a ella fueron menudeando. Unas veces iba a su casa con unos pastelillos para acompañar el té con que me obsequiaba por las tardes, un té con aromas de menta y olores de jazmín, que le hacía preguntarme siempre: “¿Verdad que este té es riquísimo?”. “–Delicioso, María Teresa”, le contestaba yo. Ya su memoria de la melancolía

comenzaba a debilitarse poco a poco, debilidad que parecía revitalizarse cuando entre los dos recordábamos sucesos y anécdotas de la época de las Guerrillas del Teatro, que parecían volverla a la realidad. Otras veces la llevaba a Museos, a tomar una taza de té en alguna terraza del paseo de la castellana (nunca tan aromático como el de su casa) e incluso a Estudios de doblaje (ésa era entonces mi actividad), donde se distraía viendo cómo los actores transformaban al castellano los diálogos originales de las películas. [...] Vino varias veces a

almorzar a casa, acompañada de su hija Aitana. En uno de estos almuerzos, que se prolongó hasta unirse con la cena, celebramos el séptimo mes de su nieta Altea. Y fue ese día de 1979 cuando Aitana, que llevaba el ejemplar de *La libertad en el tejado*, me lo entregó y María Teresa me firmó en él una dedicatoria de la obra, que creo debió escribir en sus años de exilio en Argentina...»^[7]

Por lo demás, muy poca gente se acercaba a verla, ni siquiera los compañeros que se reunían con Alberti en el apartamento de la

primera planta del edificio y que sabían que la escritora vivía dos pisos más arriba tendrían el detalle y el ánimo de hacerle una visita.

EL MITO DERRUMBADO

En 1978 se publicaba en Madrid, en la editorial Altalena, *Cervantes, el soldado que nos enseñó a hablar*, nueva biografía de María Teresa que había permanecido inédita casi veinte años. En esta obra, escrita en Argentina a comienzos de los 60 y en la que la autora humaniza al creador de *El Quijote* en una rica mezcla de historia, rigor biográfico e imaginación, se aprecia uno de los muchos homenajes que nuestra

autora dedicó al genial novelista. La aparición de esta obra propició un viaje a Barcelona organizado por Aitana y unos amigos. El libro se presentó en una librería feminista de la Ciudad Condal y, en ella, María Teresa León firmó y dedicó algunos ejemplares, viviendo así, extraordinariamente, unos días en los que la escritora, su hija Aitana y su nieta Altea –un bebé de pocos meses–, arropadas por muchos amigos catalanes, fueron felices.

Momentos de esa naturaleza eran, sin duda, la excepción. La memoria de nuestra autora ya no distinguía entre pasado y presente,

ni tampoco entre Burgos, Madrid, Buenos Aires y Roma. Durante los paseos por la madrileña Plaza de España era frecuente, como comenta Teresa Sánchez Alberti, que su tía dijera: «“Vamos a esperar que ahora va a salir el Papa, después iremos a ver a mi madre a mi casa de Rosales”, me decía. Y más tarde continuaba: “Rafael va a venir ahora, me ha dicho que no te vayas”»^[8].

Por esos días de 1978, María Teresa recibió la visita de su hijo Enrique de Sebastián, que por aquel tiempo vivía en Burgos. El

propio Enrique relataba que recogió a su madre con la idea de hacer una excursión a El Escorial y que durante aquella jornada pudo comprobar que su madre aún tenía momentos de lucidez. Al parecer, fue un día soleado, cálido y sosegado, que les permitió comer al aire libre. Por la tarde se acercaron al monasterio. Enrique no dejaba de vigilar las reacciones de María Teresa. Trataba de encontrar en su mirada el brillo de quien, repentinamente, recuerda; pero ella no parecía reconocer el lugar ni los espacios que tan intensamente vivió cuarenta y dos

años atrás. Sin embargo, cuando se aproximaron a la entrada y Enrique se detuvo para pagar, los ojos de la escritora se abrieron de pronto y, dirigiéndose al encargado de la taquilla, exclamó: «¡Eh, eh, oiga! Que yo puedo entrar gratis, porque contribuí a que se salvara mucho de lo que hay aquí»^[9].

Pese a este recuerdo de Enrique de Sebastián –que falleció en Burgos en 1987, un año antes de la muerte de su madre, sin que ésta lo supiera–, María Teresa vivía al margen de la realidad y, a veces, de su inabarcable pasado. También su

imagen y su recuerdo parecían haberse borrado definitivamente de la Historia, y cuando alguien rescataba su nombre era, sobre todo, para reducirla al tópico de la miliciana exaltada con pistola al cinto, la esposa del poeta o la comunista ardiente y apasionada que combatió en la guerra. Muy pocos recordaban ya a la escritora que dejó su talento, su belleza y su inteligencia en más de veinte libros esenciales en la historia de la literatura española del siglo XX. Como cabía esperar tras cuarenta años de destierro, los homenajes, las alabanzas y los éxitos fueron

para el autor de *Retornos de lo vivo lejano*, el poeta que un año después de su regreso a España se mudó a otro apartamento de la misma calle de Príncipe Pío para vivir en paz su historia de amor con Beatriz Amposta. A su ya pública relación de seis años con la bióloga catalana cabía sumar el revuelo que levantó la noticia publicada por el diario *ABC* el 4 de julio de 1978: «Alberti se casa por la Iglesia con una joven bióloga catalana. Él tiene setenta y ocho años y ella treinta». En realidad, el poeta gaditano contaba con tres años menos de los que le atribuían

los medios, pero el contenido de la información seguía sin dejarle en buen lugar: «Rafael Alberti, de setenta y ocho años de edad, va a casarse con una joven de treinta años, bióloga e hija de un periodista de “Radio España” en Barcelona. En casa de la familia de la novia se sienten “confundidos” pero nada más. Al parecer, la bióloga reside actualmente en Suiza». También apuntaba la noticia que se pensó para celebrar el enlace en la famosa iglesia de Nuestra Señora del Pino, cerca del popular barrio gótico barcelonés. «[...] Por lo que se refiere a la

hasta ahora “compañera” del poeta, María Teresa León, que después de una larga enfermedad se encuentra en Madrid, recibiendo cuidados médicos, dado su precario estado de salud, no se halla en la casa familiar. Con María Teresa León ha vivido Alberti más de cuarenta años y con ella ha tenido a su hija Aitana. Pero no se han casado por la Iglesia». El final de la noticia disparaba a matar en estos términos: «Ahora que la “compañera” está enferma y vieja, Alberti parece ser que se casa, y por la Iglesia»^[10] .

Aitana Alberti se había distanciado de su padre en los últimos meses, no sólo por los rumores de boda, que nunca se llegó a tomar verdaderamente en serio, sino por la conducta de su progenitor, cada vez más hermética, distante y desconfiada. El poeta gaditano había marcado una clara distancia con su hija y con María Teresa, un alejamiento que contrastaba con su proximidad a la bióloga catalana y a su entorno familiar. La situación llegó a tensarse de tal modo que, como relata Benjamín Prado, «durante una cena con algunos amigos,

celebrada en la casa que su hija tenía en Majadahonda, a unos quince kilómetros de Madrid, Alberti entró súbitamente en la cocina y le dijo a Aitana, que siempre se había ocupado de las cuestiones burocráticas de su obra, sin atreverse a mirarle a los ojos: “Aitana, quiero que sepas que, a partir de ahora, todos mis asuntos los llevará Carmen Balcells”»^[11] .

La hija de los Alberti llevaba años soportando los caprichos y deslealtades del poeta. La presencia de Beatriz Amposta en la vida de sus padres había llegado

demasiado lejos. Tras seis años de relaciones entre Rafael y la joven, Aitana temía, por un lado, que la bióloga se saliera con la suya y gestionara la publicación en España de *Nuestro hogar de cada día (Breviario para la mujer de su casa)*, libro de María Teresa León editado, como bien sabemos, en Argentina en 1958 y que, al parecer, podría desacreditar a la escritora ante las feministas al ofrecer una imagen reaccionaria y demasiado doméstica de ella. Por otra parte, el acoso de la prensa tras hacerse pública la pintoresca relación del poeta, la enfermedad

de María Teresa y el trato injusto y duro de un padre tristemente irreconocible, desencadenó la ira de Aitana y la consecuente publicación, en el diario *Ya*, de una carta que no necesita mayores comentarios: «Mis padres se casaron el 5 de octubre de 1933 y rechazo completamente, por insuficiente y hasta peyorativo, calificar a María Teresa León, mi madre, como “la compañera de tantos años de Rafael Alberti”. No solamente ha sido esto, con grandísimas ventajas para mi padre, a quien mi madre supeditó su magnífico talento, sino que ha

vido y es, mientras no se demuestre lo contrario, la esposa legítima de Rafael Alberti. Pienso, pues, con el debido fundamento moral y legal, que ninguna autoridad legítima podrá autorizar ni bendecir ahora el matrimonio de un hombre de setenta y cinco años con una jovencueta de treinta, que haría incurrir a mi padre en el delito de bigamia».

Aitana sacaba del alma su grito de hija herida, injuriada, y advertía que no iba a tolerar el menor intento de «retirar de la circulación a la maravillosa mujer que ha sido y sigue siendo María

Teresa León, mi madre, para justificar lo injustificable». En ese sentido, la carta dejaba claro que la autora de *Morirás lejos* «padece exclusivamente un proceso cerebral que le ha hecho perder memoria, pero por lo demás su estado físico general es excelente. Cuanto digo resulta evidente, por ejemplo, analizando la actitud manifiesta por mi madre durante mi reciente primer embarazo —del que acaba de nacer una preciosa niña—, interesándose a diario por su marcha y por mi mejor estado de salud y bienestar. Mi padre hizo justamente lo contrario, e incluso

acaba de llegar a la aberración de devolverme, sin la mayor explicación, la foto-noticia del nacimiento de su primera nieta, y todo como consecuencia de su incapacidad total para aceptar la más leve crítica a sus actuaciones».

El texto de Aitana Alberti alcanzaba niveles de acusación y de denuncia en el párrafo final, que aprovechaba para manifestar el ignominioso olvido que sufría María Teresa desde su vuelta del destierro: «Fervientemente deseo que mi padre, Rafael Alberti, se desprenda de las nefastas influencias y neuróticas

dependencias que le aprisionan y vuelva a creer, como siempre hizo, en el supremo valor y dignidad de la persona humana. Si así no sucediera, su esposa y yo, hija única de ambos, tendremos que contar algún día nuestro propio desencanto. El asfixiante machismo de nuestra sociedad española actual es, sin duda, el causante de que, lamentable y vergonzosamente, una mujer como María Teresa León, mi madre, siga sin recibir el homenaje público que merece su valiente actuación en épicos momentos al servicio del pueblo, aunque eso hubiera sido a costa de

alguno de los muchísimos que sí recibió mi padre –al regresar ambos del exilio, en 1977–, y que hasta puede que hayan contribuido a su propia perdición».

No quedaba ahí la reacción de Aitana. Un mes después, el 7 de septiembre de 1978, la hija del poeta repetía los mismos argumentos contra Alberti en la entrevista que la revista *Interviú* publicaba con el título de «Rafael Alberti, un mito derrumbado por su hija». En ella, acusaba a su padre de estar «embebido de sí mismo» y de ser él quien se había distanciado desde su vuelta a España,

«relegando, echando de su vida» a su propia hija.

Alberti, que vio peligrar su prestigio y su imagen pública en un país al que regresaba como héroe literario y político, se vio obligado a remitir una nota de desagravio —«Respuesta de Rafael Alberti a su hija Aitana»— a toda la prensa española que vio la luz el 9 de septiembre en distintos periódicos. En ella, no sólo se defendía de los ataques recibidos sino que arremetía contra su hija acusándola de indolencia, de desentenderse de España, recurriendo a una demagogia de muy bajo nivel:

«Ante la insistente y desafortada campaña que mi hija Aitana ha emprendido desde hace tiempo contra mí, en toda clase de publicaciones, no puedo por un segundo más permanecer callado, saliendo al paso de tanta calumnia, mezquindad y cobardía.

»Aitana Alberti León, como ahora ella ostentadamente firma, dada su indiferencia durante largos años hacia los terribles problemas que acongojan a España, es la menos llamada a querer destruir ante nuestro pueblo mi imagen política, literaria y sentimental, echando sombra sobre mi clara

vida de militante comunista, sobre mi obra poética empeñada, popular, que llevó a mi partido un diputado por la provincia de Cádiz, y menos aún sobre mi relación con Beatriz Amposta, joven bióloga catalana, investigadora ejemplar y compañera mía desde hace varios años, envolviendo en insultos y calumnias tanto a ella como a su familia, y siempre en toda esta campaña agitando en forma “chantajista” la enfermedad mental de su madre, María Teresa León, perfectamente atendida y cuidada por mí, tanto en este lamentable aspecto como en los demás, cuyos

gastos he venido sufragando, así en Italia como en España. [...] No comprendo cómo pretende ofrecer de mí esta imagen canalla, llegando incluso a afirmar que mi actividad se ha visto mermada y que estábamos ante el derrumbamiento de un mito»^[12].

Por suerte, María Teresa permaneció ajena a aquella polémica, y por el testimonio de Teresa Sánchez Alberti, parece cierto que el poeta gaditano, pese a no visitar apenas a su esposa legítima en su larga convalecencia, siempre atendió las necesidades

básicas de la escritora. «Rafael nunca la abandonó económicamente, siempre estuvo pendiente de que no le faltara nada, con ella no escatimaba en gastos, si necesitaba cosas, compraba tres»^[13] . Lo que no podía comprarse era el afecto, el amor y el calor de esos abrazos que, de algún modo, nuestra escritora apreciaba y sentía al despedirse de las visitas en su pequeño apartamento de Príncipe Pío; o en el piso de la calle Onésimo Redondo al que la trasladaron más tarde o, por último, en el de la

calle Guzmán el Bueno, al cuidado de una chilena maravillosa, Aída Martén, que se desvivió también por María Teresa empleando con ella ternura y comprensión.

Casi a finales de 1979, las noticias de la escritora que saltaban a la prensa, lejos de una más que merecida nota literaria aprovechando su onomástica, seguían estrechamente ligadas a Alberti y a los escándalos sentimentales del poeta. Así, el diario *El País* recordaba el 1 de noviembre, bajo el titular de «Separación de hecho de Rafael Alberti», que «La escritora que fue,

durante más de cuarenta años, la compañera inseparable del poeta Rafael Alberti, cumplió ayer 76 años. La celebración familiar tuvo lugar en un piso del barrio de Argüelles, no muy lejos de la casa en la que María Teresa y Rafael pasaron sus primeros meses de matrimonio, poco antes de tener que evacuarla: el frente de la Ciudad Universitaria en la guerra civil no quedaba muy lejos. María Teresa se encuentra separada de hecho de su marido, Rafael Alberti».

El deterioro mental de la escritora riojana seguía su proceso

lento y pertinaz. Así lo pudo constatar aquellos días de 1979 su hijo Gonzalo, que se desplazó de Buenos Aires a Madrid para visitarla. El primogénito de la escritora intentó evitar cualquier encuentro con el poeta gaditano, de quien tenía «un mal recuerdo por su proceder», en clara alusión a su distanciamiento de María Teresa y a los escándalos que su nueva relación había provocado. Gonzalo de Sebastián León describía con las siguientes palabras, empleando el tono epistolar de la segunda persona, los estragos que la enfermedad estaba obrando en su

madre así como la tarde que paseó con ella por Madrid entre el olvido y los recuerdos:

«Al comienzo de la enfermedad tu conversación era lúcida, aunque, a veces, te perdías por unos momentos como si estuvieses pensando en algo lejano. Era un instante. Tu talento todavía brillaba, y cuando te dabas cuenta de tu lapsus reaccionabas enseguida y seguías hablando con la precisión de siempre. Fue poco tiempo más tarde cuando supe que, decididamente, habías entrado en el estadio que terminaría alterando tu personalidad.

»¡Qué espíritu infernal llenaba tu cabeza de olvidos! ¡Qué hados malditos confundían tu privilegiada mente! Los recuerdos se te fueron disolviendo a trozos, año tras año, hasta llegar a no saber quién eras, y tu cerebro, que había producido tan excelente obra literaria, se fue deteriorando lentamente y sin remedio.

»Esa tarde salimos a pasear. La señora que te cuidaba me había advertido que no te dejara del brazo. “Si se llega a extraviar no sabría volver”, me advirtió. El paseo fue agradable y hablamos con cordura. Pero después de

dejarte en casa, al querer despedirme para ir a mi Hotel, rogaste que me quedara contigo e insististe con tal fuerza, con tanto empeño, que no tuve más remedio que acceder. No me olvidaré nunca. En medio de la noche entraste dos veces en el dormitorio. “Perdón, ¿qué hace usted aquí?”, me preguntaste»^[14].

En los años ochenta, la relación entre Alberti y su hija quedó prácticamente restablecida. Se curaron heridas y se dulcificó el trato entre ellos. Esto sucedió antes de que Aitana fijara su residencia

definitivamente en La Habana en 1984 y después de que el poeta andaluz acabara con su tortuosa y destructiva relación con Beatriz Amposta; una historia que alcanzó su momento más dramático la mañana en que Alberti, delante de su sobrina Teresa y de la bióloga, tras una terrible discusión con ésta, se encaramó a una ventana y amenazó con lanzarse al vacío. La disculpa con Teresa y con su entonces esposo Ángel Jaramillo la resolvió el autor de *Sobre los ángeles* con un poema titulado «Otoño, viejo amigo encontrado», que dedicó a los dos:

Otoño,
viejo amigo encontrado de
los años terribles,
cuando ardían con fuego
de verdad, no con éste
dulce y duro de ahora
descendiendo apagado
en las nieblas mojadas
vecinas del invierno.

Heme aquí en tu silencio
presente, combatido
por tantas furias tristes,
tantos calumniadores
filos que con sus lenguas

heladas me acuchillan,
consumiéndome el último
aliento de la sangre.

Pero yo estoy en ti,
dispuesto entre tus hojas,
que han de volar cenizas
de una oscura mañana,
a no morir, a dar en tu luz
extinguida
un recuerdo amarillo,
perdido del otoño.

PALABRAS QUE SON OLVIDO

Poco antes de que la enfermedad se agravara, María Teresa volvió a recibir la visita de Gonzalo de Sebastián León, que viajaba desde Buenos Aires acompañado esta vez de su esposa. El hijo de la escritora daba testimonio de este segundo encuentro con su madre producido en 1982 empleando de nuevo la segunda persona:

«El viaje siguiente a España

lo hice con Leonor. Todavía no estabas internada en el geriátrico. Salimos a comer afuera. Estuviste cariñosa y hablaste de la Argentina y de amigos comunes con toda naturalidad. Te acordabas de la arboleda perdida y de Buenos Aires, pero nos extrañó que hubieras olvidado el italiano, lengua que manejabas bien, en cambio te expresabas perfectamente en francés, el idioma que habías aprendido de niña. ¿Porqué será que los viejos recuerdos son los que más perduran?

»El almuerzo fue agradable y

estábamos felices. Hasta que al final, en los postres, tuviste una ausencia y con mirada extraña me preguntaste: ‘Y tú, ¿dónde vives?’. Quedé absorto. ‘Pues, en Buenos Aires’, dije. ‘¡Qué casualidad! ¡Yo tengo un hijo allí’. Ni Leonor ni yo supimos qué contestar...»^[15]

En 1983, el mismo año en que Alberti era galardonado con el premio Cervantes, María Teresa sufrió una intervención quirúrgica en la clínica de la Milagrosa. A partir de ese momento y de requerir una atención casi permanente, fue ingresada en la residencia

geriátrica Ballesol de Majadahonda, en Madrid. Se repetía así la historia de doña Oliva Goyri, su madre, que acabó sus días en otra clínica madrileña de semejante perfil. «Llegó un momento en que su deterioro físico y mental requería de cuidados profesionales y buscamos una residencia para ella –explica su sobrina Teresa–. El día que dejé a María Teresa en la residencia Ballesol de Majadahonda fue para mí muy triste. Al día siguiente la encontré sentada en el salón con la mirada perdida. [...] Le gustaba cortar las flores del jardín y

llevarlas en la mano o regalarlas con una sonrisa. Recuerdo que en aquella última etapa tampoco pudo su vencida memoria olvidar el nombre de Rafael. “Ha llamado Rafael y nos vamos a ir a Rosales. Mi madre está allí”, me decía”»^[16] .

Desde aquel día, las visitas se prodigarían menos. Apenas algunos familiares –Aitana, sus hijos Gonzalo y Enrique– y amigos muy cercanos –Luisa Martí, Benjamín Prado, Osvaldo, Luis...– se desplazaban con cierta frecuencia a Majadahonda. «La compañía de sus

amistades de antes del exilio se redujo a un puñado escaso de nombres, Santiago Ontañón, Fina de Calderón, Mariana Dorta, el padre Díez-Alegría..., y seguro que me olvido de algunos, pero no de muchos»^[17], recuerda Teresa.

Uno de los nombres que posiblemente olvidó citar la sobrina de la escritora fue el de Pau García, el amigo ibicenco de aquel verano inolvidable, dulce y trágico del 36. Fue una de las visitas más inesperadas de aquel tiempo. Al parecer, Pau, en compañía de su hija María, se

acercó hasta la clínica cuando supo que María Teresa estaba recluida y enferma en aquel geriátrico madrileño. Todos daban por hecho que la autora de *Rosa-fría, patinadora de la luna* nada recordaba ya de su pasado y muchos menos de aquel episodio en la isla balear; sin embargo, al oír el nombre de Pau, delante de los médicos que acompañaban a la visita, María Teresa puntualizó: «¿Pau García? ¿El amigo de Ibiza?».

Lejos de esta y otras anécdotas, los tres últimos años de la vida de María Teresa León se

resumen con la imagen de una anciana envuelta en el silencio, que apenas despega los labios para hablar y que alterna miradas de dulzura con arranques de mal genio siempre imprevisibles. Le agradaba, al parecer, que las visitas la besaran y la acariciaran con ternura, que los enfermeros la sacaran de su habitación y la condujeran lentamente del brazo a la cafetería del centro para sentir el calor, el tacto, la cercanía de alguien que venía a compartir la tarde con ella, a escuchar —con suerte— su voz dulce, apenas perceptible, pronunciando su

retahíla de frases –algunas en francés– inconexas y apagadas. Algunas veces, como recuerda Benjamín Prado, la cogían de la mano para dar un paseo hasta un pequeño jardín de la residencia, «María Teresa caminaba con lentitud, algo encorvada, pero sus ojos clarísimos estaban llenos de viveza y su mano se aferraba a la tuya con un vigor sorprendente. “¿Te gustan las flores? –dijo, al llegar al patio–. Antes eran todas negras, pero yo las he pintado, con un pincel”. Le hicimos algunas preguntas, igual que siempre, para ver si se acordaba de algo o de

alguien, pero sin ningún resultado, porque ella seguía con su discurso sin principio ni fin, o se concentraba en cosas de su propio mundo, como darle vueltas y más vueltas, con dedos incansables, a un botón de mi americana»^[18].

Los años que siguieron en la residencia Ballesol vieron avanzar la enfermedad de nuestra escritora y agrandarse el silencio, apenas interrumpido por alguna frase aislada. «Sólo había una cosa que no me gustaba de Rafael Alberti – declara de nuevo Benjamín Prado en su libro *A la sombra del ángel*–,

y era el comportamiento que tenía con María Teresa León»^[19] . El testimonio de Prado, como el de Teresa Alberti, ilustra ampliamente cómo fueron los últimos años de la autora de *Memoria de la melancolía* entre las paredes de aquel geriátrico. El primero confiesa que le pidió numerosas veces al poeta que le acompañase a Majadahonda, pero que éste siempre se negaba aludiendo a que no quería verla en aquel estado de deterioro: «¡Sería tan triste verla así!». A Rafael «le faltó el valor para afrontar su enfermedad y la

tremenda situación en la que se vio inmersa al final de su vida –relata Teresa–. Ella se marchó seguro que echando de menos sostener aquella mano que se ocupaba de ella pero que no se dejaba acariciar. Tan solo una tarde de invierno de 1988 y en compañía de algunos amigos muy cercanos reunió Rafael Alberti el valor suficiente para ir a ver a María Teresa León, en el que sin duda fue un momento difícil para aquel hombre de 86 años que tanta vida de María Teresa llevaba dentro»^[20] . El día al que se refiere Teresa Alberti, el poeta,

tras muchos ruegos, esfuerzos y subterfugios de toda clase, después de muchos años sin ver a su compañera, llegaba a la clínica geriátrica acompañado de su sobrina y de los poetas Luis García Montero, Teresa Rosenvinge y Benjamín Prado. «Entramos en la residencia de Ballesol y nos sentamos, como siempre hacíamos, en una pequeña sala donde pronto aparecerían la directora del centro o uno de sus ayudantes, con María Teresa del brazo. Yo no le quitaba ojo a Rafael y pude ver la emoción en sus ojos cuando su mujer, tan reducida y tan dulce, apareció al

fondo del cuarto. La cara de Alberti se iluminó con una especie de luz triste:

»—María Teresa... —le dijo, con una voz suavísima, cogiéndole una mano—, ¿cómo estás? Soy Rafael, ¿no me reconoces? María Teresa, soy yo, Rafael...

»—Sí, sí —contestó ella, mirando para otro lado —, ¿vienes a merendar conmigo? Mi madre me va a llevar a la casa de Rosales.

»—¿No me conoces, María Teresa? Soy yo, Rafael. Oye...

»—Claro, sí, qué duda cabe. Rafael también va a venir. Lo espero en cualquier momento.

»—Pero María Teresa, yo soy Rafael. ¿No me reconoces, linda?

»María Teresa lo miró, con cierto enojo. Rafael, entonces, le soltó la mano y fue a acariciarle la cara a su esposa. Pero ésta, en un movimiento inesperado, le dio una gran bofetada.

»—¡Para que aprendas!

»Rafael se quedó desconcertado unos segundos, sin duda preguntándose cuánto de intención y cuánto de acto puramente mecánico tenía esa bofetada...»[\[21\]](#)

EN UN LUGAR DEL CIELO

Si la memoria y los recuerdos se habían apagado para María Teresa hacía algunos años, la vida y la luz lo hicieron el 13 de diciembre de 1988, víspera de una Huelga General que paralizaría prácticamente el país. El miércoles 14 de diciembre fue, en efecto, un día muy significativo dado que la acción de los sindicatos contra el Gobierno del Partido Socialista Obrero Español impidió que se

cumplieran servicios tan elementales como celebrar un entierro en la capital de España.

María Teresa León tuvo que ser sepultada en el pequeño cementerio de Majadahonda en un duelo al que asistieron quince personas: su esposo, algunos familiares y contados amigos. Era un día plomizo y frío de invierno que parecía más húmedo en aquel coto tan recogido y humilde que evocaba el camposanto soriano de El Espino. No hubo bandera republicana sobre su caja, ni tampoco palabras que esparcieran sobre la tumba abierta una breve

memoria de lo que fue, de lo que hizo, de lo que escribió nuestra escritora. «Muy poca gente pudo venir a despedirse de ella – recuerda su sobrina Teresa–. Su cuerpo descansa [...] sobre un almohadón de la cuna de su hija Aitana y bajo los versos que le dedicó Rafael Alberti...»^[22] .

«Ella, que siempre había creído que recordar era más importante que vivir, tuvo que vivir la última parte de su vida sin recuerdos»^[23] , dejaba escrito José Infante. También publicaría sobre la autora de *Fábulas del tiempo*

amargo un hermoso artículo aquellos días Rafael Alberti: un bello texto creado probablemente a destiempo —«No reunió el suficiente valor para hacerlo antes. La vida fue injusta con María Teresa»^[24] — con el que el poeta gaditano obtuvo el prestigioso Premio Mariano de Cavia de periodismo.

Nada cuesta creer que la obra de María Teresa León siguió y sigue su cauce tras la desaparición física de la escritora; incluso la de creer también que algún día aparecerá un segundo libro

autobiográfico –perdido en algún lugar– que pueda prolongar la dicha de continuar leyéndola: «... aún tengo la ilusión de que mi memoria del recuerdo no se extinga, por eso escribo con letras grandes y esperanzadas: CONTINUARÁ.», decía la escritora al final de su libro *Memoria de la melancolía*, pensando quizá en un segundo volumen que, a tenor de lo expresado por ella en algunas cartas, bien pudiera titularse *Desmemoria de la alegría. La calle larga de la vida.*^[25]

Por lo demás, no creemos encontrar palabras más oportunas para cerrar este libro que las que Aitana Alberti dedicaba a su madre en las hojas de *La arboleda compartida*:

«¡Ah, María Teresa León!
¡María Teresa! No me resigno a creer que no estás en ninguna parte. ¿Dónde enviarte las hojas de nuestra arboleda compartida? Las lanzaré desde la azotea de mi casa habanera a las aguas de la corriente del golfo para que un pez aguja, escapado tal vez del anzuelo de Hemingway, las ensarte en su espolón y de un salto te las lleve a

las estrellas.

»Tengo la íntima convicción de que la lápida que cubre tu tumba en el cementerio de Majadahonda es un pórtico hacia la gloria, y las palabras de mi padre grabadas en ella: “Esta mañana, amor, tenemos veinte años”, han alcanzado detrás de esa puerta, realidad eterna. Porque tú, joven, radiante, sigues existiendo en algún lugar del Paraíso»^[26].

NOTAS

INTRODUCCIÓN

1. León-Sotelo, Trinidad de, «María Teresa León, memoria del olvido», en *Los Domingos de ABC*, págs. 12-16.
2. *Litoral*, núms. 64-65-66.
3. Alberti, A. (2003): «María Teresa León: nuestra señora de todos los deberes», en Altolaguirre, M. (ed.), *Recuerdo de un olvido. María Teresa León en su centenario*, Madrid, Sociedad Estatal de

Commemoraciones Culturales,
pág. 17.

4. *Ibid.*, págs. 23-24.
5. *Ibid.*
6. *Ibid.*
7. Saiz Viadero, J.R.: «Zenobia Camprubí y las republicanas en el exilio», en Cortés Ibáñez, E. (coord.) (2010): *Zenobia Camprubí y la Edad de Plata de la cultura española*, Sevilla, Universidad Internacional de Andalucía-Fundación Caja Rural del Sur, pág. 308.
8. Marcillas Piquer, I. (2007): «María Teresa León: la intrahistoria con alma de mujer». *Estudis Transversals*:

Literatura i Altres Arts en les Cultures Mediterrànies,

Universidad de Alicante, pág.

1.

<http://rua.ua.es/dspace/bitstream/100>

9. Rodrigo, A. (1996): *Mujeres para la historia. La España silenciada del siglo XX*, Madrid, Compañía Literaria, pág. 110.
10. Grandes, A.: «Memoria de la hermosura», en VV.AA. (2005). *María Teresa León. Memoria de la hermosura*, Fundación Autor. Madrid. Iberautor Promociones Culturales, págs. 10 y 12.
11. Salvat, R.: «Aproximación al universo creativo de María

Teresa León», en VV.AA.
(2005). *María Teresa León.
Memoria de la hermosura*,
Fundación Autor. Madrid.
Iberautor Promociones
Culturales, pág. 54.

CAPÍTULO I

1. El documento eclesiástico citado aparece recogido por Juan Carlos Estébanez Gil en su libro *María Teresa. Escritura, compromiso y memoria*, Fundación Instituto Castellano y Leonés de la Lengua, Valladolid, 2003, pág. 34.
2. León, M.T. (1999): *Memoria*

de la melancolía, Ed. de G. Torres Nebrera, Castalia, Madrid, pág. 166.

3. Entre los destinos de Valladolid y Logroño hay constancia de que el capitán Ángel León pasó un mes en el Regimiento de cazadores Alcántara de Valencia.
4. Palabras recogidas por Aitana Alberti en su artículo «Un aroma a violetas» de la serie *La arboleda compartida*, *ABC Literario*, 3 de diciembre de 1993. pág. 22.
5. *Ibid.*
6. *Memoria de la melancolía*, *op. cit.*, pág. 86.
7. *Ibid.*, págs. 86-87.

8. *La arboleda compartida* se empezó a publicar por entregas bimensuales en *ABC Cultural* desde 9 de octubre de 1993 a 1997.
9. Alberti, A.: «Un aroma a violetas». *ABC Literario*, 3 de diciembre de 1993. pág. 22.
10. *Memoria de la melancolía*, *op. cit.*, pág. 147.
11. *Ibid.*, pág. 148.
12. *Ibid.*, págs. 148-149.
13. *Ibid.*, págs. 89-90.
14. *Ibid.*, pág. 151.
15. *Ibid.*, pág. 150.
16. *Ibid.*, pág. 151.
17. *Ibid.*, págs. 88-89.
18. *Ibid.*, pág. 151.
19. *Ibid.*, págs. 217-219.

20. *Ibid.*, pág. 142.
21. *Ibid.*
22. *Ibid.*
23. *Ibid.*, pág. 159.
24. *Ibid.*, pág. 77.
25. *Ibid.*, pág. 92.
26. *Ibid.*, pág. 141.
27. *Ibid.*, pág. 151.
28. *Ibid.*, pág. 152.
29. «María Teresa León, memoria del olvido», reportaje de Trinidad de León-Sotelo publicado en *Los domingos de ABC*, 29 de marzo de 1987, pág. 142.
30. *Memoria de la melancolía*, *op. cit.*, pág. 154.
31. Gregorio Torres Nebrera localiza los versos en la *Égloga*

IX de Juan del Enzina (vv. 193-200) tomada del *Cancionero* de 1509.

32. *Memoria de la melancolía*, *op. cit.*, pág. 154.
33. *Ibid.*, págs. 90-91.
34. Prado, B. (2001): *Los nombres de Antígona*, Aguilar, Madrid, págs. 202-203.
35. *Memoria de la melancolía*, *op. cit.*, pág. 144.
36. Breve ensayo publicado en *Cursos y conferencias. Revista del Colegio Libre de Estudios Superiores*, Buenos Aires, vol. xxiv, núms. 139-140-141, número especial dedicado al centenario de Galdós, octubre-diciembre de

1943, págs. 87-97

37. «Siguió la vida –escribió María Teresa León en *Memoria de la Melancolía*–. Crecimos. Jimena se casó con un aragonés. Miguel Catalán, físico. Era el hombre que aquella casa necesitaba, tan feliz, tan alegre, tan agradecido de vivir. Entró en casa de los Menéndez Pidal trayendo la voz impostada de manera distinta, más sonora, más alta. Lo encontré en San Rafael, aquella casa de la sierra de Guadarrama que tanto me dice. Fuimos amigos. Un día, pasado mucho tiempo, nos encontramos en Buenos

- Aires», pág. 155.
38. Citado por Benjamín Prado en *Los nombre de Antígona*, *op. cit.*, pág. 207.
39. *Ibid.*

CAPÍTULO II

1. *Memoria de la melancolía*, *op. cit.*, págs. 84-85.
2. *Ibid.*, pág. 143.
3. *Ibid.*, págs. 85-86.
4. *Ibid.*, págs. 73-74.
5. Sobre el terreno discursivo de la sexualidad en la obra de María Teresa León se recomienda la lectura del artículo de la profesora Alda Blanco (Universidad de

Wisconsin) «Las voces perdidas: silencio y recuerdo en María Teresa León», en VV.AA. (2005): *María Teresa León. Memoria de la hermosura*, Madrid, Fundación Autor, págs. 193-201.

6. *Ibid.*, pág. 107.
7. *Ibid.*, pág. 88.
8. *Ibid.*, págs. 150-151.
9. *Ibid.*, pág. 104.
10. *El Papa Moscú*, núm. 2180, 28 de diciembre de 1919, Sección Álbum.
11. Sobre la creación de estos cursos de verano de iniciativa hispano-francesa, existe una tesina inédita de Nathalie Courtial que fue leída en la

Universidad de Toulouse-Le Mirail en 1994. Llevaba el título de *Los cursos de verano de Burgos (Curso «Marimée-De Sebastián») Orígenes y evolución de una institución de cooperación educativa franco-española.*

12. *Ibid.*, pág. 157.
13. Declaraciones de Salvador Arias publicadas en el diario *ABC* el 31 de octubre de 2003, pág. 54.
14. Esquivias, Ó. (2003): «La memoria silenciada», en Santonja, G. (edit.), *Homenaje a María Teresa León en su centenario*, Madrid, Sociedad Estatal de Conmemoraciones

Culturales, pág. 124.

15. *Memoria de la melancolía*,
op. cit., págs. 108 y 88.
16. *Ibid.*, pág. 156.
17. *Ibid.*, pág. 105.
18. Salvador Seguí (1886-1923)
fue uno de los personajes más
destacados del
anarcosindicalismo catalán y
español de principios del siglo
XX. Tras participar
activamente en la Semana
Trágica de Barcelona destacó
como orador, organizando y
difundiendo la CNT, y alcanzó
la secretaría general de la
organización en Cataluña. Su
ideario consistía en dar nuevo
impulso a la lucha proletaria

sin olvidar las esencias de su sueño anarquista. Lo resumió en la obra *Anarquismo y sindicalismo*. Pocos días después de ser asesinado, la colección La Novela de Hoy, núm. 46, publicó un relato de Salvador Seguí, *Escuela de rebeldía (historia de un sindicalista)*, de tintes autobiográficos y proféticos que narra la vida de Juan Antonio Pérez Maldonado, un emigrante andaluz que llega a Barcelona y comienza a frecuentar locales como el café Español, donde irá conociendo el ambiente de la época y los ideales de un

hombre nuevo.

19. *Ibid.*, págs. 155-156.
20. *Ibid.*, pág. 157.
21. El cuento *En los tentáculos de los siglos* fue publicado por la profesora Ángeles Ezama Gil, de la Universidad de Zaragoza, en la revista *Castilla. Estudios de Literatura*, núm. 3 (2012), págs. 419-437.
22. Gabriele D'Annunzio (1863-1938) fue condecorado por Mussolini en la Primera Guerra Mundial por su heroica intervención contra los austriacos, concediéndole el título de Príncipe de Montenevoso. Está considerado uno de los

precursores del fascismo italiano dado su ideario nacionalista. Como miembro de la Real Academia Italiana de Lengua, tras su fallecimiento, fue despedido con funerales de Estado.

23. *Memoria de la melancolía*, *op. cit.*, pág. 160.
24. Prado, B. (2001): *Los nombres de Antígona*, *op. cit.*, págs. 210.
25. *Memoria de la melancolía*, *op. cit.*, pág. 165.
26. *Ibid.*, pág. 163.
27. *Ibid.*, págs. 164-165.
28. *Ibid.*, pág. 164.
29. *Ibid.*
30. *Ibid.*, pág. 165.

31. Torres Nebrera, G. (1996): *Los espacios de la memoria (La obra literaria de María Teresa León)*, Ediciones de la Torre, Madrid, pág. 18.
32. *Memoria de la melancolía*, *op. cit.*, págs. 160-161.
33. El calificativo de *raza sentada* aparece en el número 10 de la revista zaragozana *Nordeste* (primavera de 1935), dentro de su sección «Hondero en acción». También se cita en el trabajo de José-Carlos Mainer «Las escritoras del 27 (con María Teresa León al fondo)», en *Homenaje a María Teresa León*, Universidad Complutense de Madrid,

Cursos de Verano, El Escorial,
1990.

34. Eguizábal, R. (2003): «María Teresa León en el germen del compromiso», en Santonja, G. (edit.), *Homenaje a María Teresa León en su centenario*, *op. cit.*, pág. 189.
35. Thébaud, F.: «La Primera Guerra Mundial: ¿La era de la mujer o el triunfo de la diferencia sexual?» en *Historia de las mujeres en Occidente. 5. El siglo xx*, pág. 42.
36. Bordonada, Á. E. (1989): *Novelas breves de escritoras españolas (1900-1936)*, Madrid, Castalia-Instituto de la

Mujer, págs. 11-12.

37. Santacruz, P. (1993): *La España Moderna, 1907*. Citado por Teresa Bordons, *Género sexual, literatura e historia: España de finales de siglo a la II República*, Tesis Doctoral. University of California, San Diego, págs. 87-88.
38. Mangini, S. (2001): *Las modernas de Madrid. Las grandes intelectuales españolas de la vanguardia*, Madrid, Península, pág. 101.
39. Gómez Ocaña, J. (1919): *El sexo, el hominismo y la natalidad*, Saturnino Calleja, Madrid.

40. Marañón, G. (1920): *Biología y feminismo*, Imprenta del Sucesor Enrique Teodoro, Madrid.
41. Novoa Santos, R. (1929): *La mujer, nuestro sexto sentido y otros esbozos*, Biblioteca Nueva, Madrid.
42. González Blanco, E. (1930): *Las mujeres según los diferentes aspectos de su espiritualidad*, Reus, Madrid.
43. García Sánchez, F.: «La Venus actual» en *La Esfera*, núm. 319, 14 de febrero de 1920; cit. por Susan Kirkpatrick (2003) en *Mujeres, Modernismo y vanguardia en España (1898-1931)*, Madrid,

Ediciones Cátedra-Universidad
de Valencia-Instituto de la
Mujer, pág. 220.

44. *Memoria de la melancolía*,
op. cit., págs. 513-514.
45. *Ibid.*, pág. 160
46. Salinas, P./Guillén, J. (1992):
*Correspondencia (1932-
1951)*, edición, introducción y
notas de Andrés Soria Olmedo,
Barcelona, Tusquets, pág. 124.
47. Esquivias, Ó., *op. cit.*, pág. 123.
48. Foxá, A. de (1991): *Madrid,
de corte a checa*, prólogo de
Jaime Siles, Barcelona,
Bibliotex, pág. 130.
49. Sobre este viaje, José Antonio
Río del Val, burgalés que
emigró a Argentina en 1962,

publicó en 2003 un libro titulado *María Teresa León en la Argentina de 1928. Vida-Obras*, Buenos Aires, editorial Gear.

50. Prado, B., *op. cit.*, pág. 212.
51. Las conferencias del Club Español fueron publicadas ese mismo año en un cuaderno de 98 páginas editado por la imprenta Tailhade & Cia.
52. Se trata del artículo titulado «Argentina. La tierra de todos», *Diario de Burgos*, 3 de abril de 1928.
53. «Algo sobre hispanoamericanismo», *Diario de Burgos*, 11 de abril de 1928.

54. «Castilla en la Argentina»,
Diario de Burgos, 4 de junio
de 1928
55. *El Hogar*, 17 de agosto de
1928.

CAPÍTULO III

1. Prado, B. (2001): *Los nombres de Antígona*, *op. cit.*, págs. 213-214.
2. Prado, B., *op. cit.*, págs. 209-210.
3. Carta de Aitana Alberti León fechada en La Habana el 17 de febrero de 2001 y citada por Benjamín Prado en su libro *Los nombres de Antígona*, *op. cit.*, págs. 209-210.

4. Testimonio recordado por Antonio Lucas en su artículo «Rafael ¡Vida! Se me caen las alas de estar sola», *Magazine. El Mundo*, núm. 183, 30 marzo 2003.
5. Hay constancia de que impartió una conferencia en el Casino Numancia de Soria el 14 de julio de 1929, tras su vuelta de Argentina.
6. En el número 85 de *La Gaceta Literaria*, de 1 de julio de 1930, María Teresa León publicaba un artículo titulado «La Narradora» en el que ponía sobre el papel la necesidad de sustituir el modelo trasnochado de una oralidad

literaria por una nueva pedagogía y por nuevas narradoras, pensando en las maestras de la escuela moderna.

7. Estébanez Gil, J.C.: «María Teresa León. De sus inicios literarios al exilio argentino», en Santonja, G. (edit.), *Homenaje a María Teresa León en su centenario*, op. cit., pág. 33.
8. Palabras de Gonzalo Menéndez Pidal recogidas por Benjamín Prado en su libro *Los nombres de Antígona*, op. cit., págs. 214-215.
9. Estébanez Gil, J.C.: «María Teresa León. De sus inicios

literarios al exilio argentina»,
en Santonja, G. (edit.),
*Homenaje a María Teresa
León en su centenario, op.
cit.*, pág. 32.

10. Medardo Fraile recuerda en su trabajo «Los tres sueños de María Teresa León», que Menéndez Pidal fue «el gran enamorado de la vida de los romances tradicionales en sus formas diferentes y a través de las regiones en que se cantan o se cantaban y de las generaciones que los recuerdan. El romance de la Malmaridada fue uno de ellos y el segundo libro de cuentos de María Teresa se titularía *La*

bella del mal amor». Ver en Altolaguirre, M. (ed.) (2003). *Recuerdo de un olvido. María Teresa León en su centenario*, op. cit., págs. 57-58.

11. *La Gaceta Literaria*, núm. 85, 15 de julio de 1930, pág. 12.
12. *La Esfera*, 6 de septiembre de 1930.
13. *Blanco y Negro*, Madrid, núm. 28, abril de 1929.
14. *Memoria de la melancolía*, op. cit., págs. 514-515.
15. Ver al respecto el trabajo de Juan Aguilera Sastre: «Las fundadoras del Lyceum Club Femenino Español», en *Brocar. Cuadernos de Investigación Histórica*, núm. 35, 2011,

págs. 65-90.

16. Prólogo de Carmen Martín Gaité al libro *Celia, lo que dice*, de Elena Fortún (Madrid, Alianza, 1992, págs. 16-17).
17. Paloma Ulacia Altolaguirre (1990): *Concha Méndez. Memorias habladas, memorias armadas*, Madrid, Mondadori, pág. 49.
18. Antonina Rodrigo comenta al respecto: «Otros ataques vinieron de la revista *Iris de Paz*, órgano oficial de la Archicofradía del Inmaculado Corazón de María, y del Comité Ejecutivo de la Obra de la Buena Prensa, en el que calificaban de ‘liceómanas,

excéntricas y desequilibradas” a las mujeres del Club...». Ver A. Rodrigo (1994): *María Lejárraga, una mujer en la sombra*, Madrid, Ed. Vosa, pág. 220.

19. Ulacia Altolaquirre, P.: *Concha Méndez. Memorias habladas, memorias armadas*, *op. cit.*, pág. 49.
20. *Memoria de la melancolía*, *op. cit.*, pág. 515.
21. Texto recogido por Manuel Bayo en su libro *Sobre Alberti* (CVS, Madrid, 1974, págs. 181 y 193 y citado por Shirley Mangini en *Las modernas de Madrid*, *op. cit.*, págs. 91-92.
22. En el altar Mayor del

monasterio luce una artística imagen de la santa, obra del escultor burgalés Diego de Siloé. Desde finales del siglo xviii, cada año –como nos recuerda Francisco Blanco–, por la festividad de la Ascensión del Señor, se organiza una popular romería al santuario, en la que se hace una rogativa a la santa conocida como «la Tabera», en la que todos los romeros practican el burgalés juego de «la taba». Ver Blanco, F.: «Burgos inédito: María Teresa León Goyri. Verbo y figura», publicado el 6 de mayo de 2013 en *Burgospedia la enciclopedia*

del conocimiento burgalés:

<https://burgospedia1.wordpress.com/inedito-maria-teresa-de-leon-goiri-verbo-y-figura-por-francisco-blanco/>

23. Aub, M. (1985):
Conversaciones con Luis Buñuel, Madrid, Aguilar, pág. 313.
24. Alberti, R. (2002): *La arboleda perdida, 1. Primero y Segundo libros (1902-1931)*, Madrid, Alianza Editorial-Biblioteca Alberti, pág. 330.
25. Colinas, A. (2003): «María Teresa León: amor y poesía por encima de la Historia», en Altolaguirre, M. (ed.),

Recuerdo de un olvido. María Teresa León en su centenario, op. cit., pág. 115.

26. La muerte temprana de Alberto Valero Martín –falleció a los 59 años– impidió que reanudara su obra literaria interrumpida por la guerra. A su gran actividad como abogado penalista, actuando como defensor de varios escritores durante la época primorriverista, hay que unir una vida dedicada a la producción de poesía, teatro y un ingente repertorio de novelas que vio la luz en colecciones populares de los años veinte. Sólo en la serie *La*

Novela de Hoy, que dio comienzo el 19 de mayo de 1922, Valero Martín llegó a publicar quince obras.

27. Testimonio recogido por Clara Isabel de Bustos en el diario *ABC* el 16 de diciembre de 1988, pág. 56.
28. Moreiro, J. (2008): *Españoles excesivos*, Madrid, Edaf, pág. 393.
29. *Memoria de la melancolía*, *op. cit.*, pág. 100.
30. Para conocer con más detalle la relación entre el poeta y la pintora remito a mi ensayo biográfico *Maruja Mallo. La gran transgresora del 27*, Temas de hoy, Madrid, 2004.

31. Clark, Marga (2002): *Amarga luz (Biografía de Marga Gil Roësset)*, Circe, Madrid.
32. Texto recogido por María Asunción Mateo en su libro *Rafael Alberti. De lo vivo y lo lejano*, Madrid, Espasa-Calpe, 1996, págs. 121-122.
33. Alberti, R. (2002): *La arboleda perdida, I, op. cit.*, págs. 330-331.
34. Sánchez Alberti, T. (2003): «Desmemoria de la alegría», en Altolaguirre, M. (ed.), *Recuerdo de un olvido. María Teresa León en su centenario*, *op. cit.*, pág. 31.
35. Alberti, R. (2002): *La arboleda perdida, I, op. cit.*,

- págs. 328-329.
36. Prólogo de Rafael Alberti a *Memoria de la melancolía*, Barcelona, Círculo de Lectores, 1987.
 37. *Memoria de la melancolía*, *op. cit.*, págs. 99-100.
 38. Cita recogida por Benjamín Prado en *Los nombres de Antígona*, *op. cit.*, pág. 222
 39. *Memoria de la melancolía*, *op. cit.*, pág. 167.
 40. Alberti, R. (1990): «Mi vida con María Teresa León», en el volumen *Homenaje a María Teresa León*. Universidad Complutense (Cursos de Verano de El Escorial, 1990), pág. 9.

41. *Memoria de la melancolía*,
op. cit., págs. 202-203.
42. Salinas, P./Guillén, J. (1992):
Correspondencia (1932-1951), *op. cit.*, pág. 124.
43. Sánchez Alberti, T. (2003):
«Desmemoria de la alegría»,
en Altolaguirre, M. (ed.),
*Recuerdo de un olvido. María
Teresa León en su centenario*,
op. cit., pág. 28.
44. Alberti, R. (1990): «Mi vida
con María Teresa León», *op.
cit.*, pág. 9.
45. Alberti, R. (2002): *La
arboleda perdida, I*, *op. cit.*,
pág. 331.
46. *Ibid.*, pág. 332.
47. Prado, B. (2001): *Los nombres*

de Antígona, op. cit., págs.
224-225.

48. *Memoria de la melancolía, op. cit.*, pág. 342.
49. Barrio, Á. (2004): *La modernización de España (1917-1939). Política y sociedad*, Madrid, Síntesis, pág. 94.
50. *Memoria de la melancolía, op. cit.*, pág. 170.
51. Alberti, R. (2002): *La arboleda perdida, I, op. cit.*, pág. 335.
52. *Memoria de la melancolía, op. cit.*, pág. 199.
53. *Ibid.*, pág. 200.
54. María Teresa León escribía en *Memoria de la melancolía:*

«Eran Fermín Galán y García Hernández los mártires, los héroes de esta transformación de España. Los habían fusilado, sí. Toda revolución se apoya sobre los que mueren...», *op. cit.*, pág. 434.

55. Colinas, A. (2003): «María Teresa León: amor y poesía por encima de la Historia», en Altolaguirre, M. (ed.), *Recuerdo de un olvido. María Teresa León en su centenario*, *op. cit.*, pág. 118.
56. *Memoria de la melancolía*, *op. cit.*, pág. 435.
57. Salinas, P./Guillén, J. (1992): *Correspondencia (1932-1951)*, *op. cit.*

58. *Memoria de la melancolía*,
op. cit., págs. 204-205.
59. Alberti, R. (2002): *La arboleda perdida, 2. Tercero y Cuarto libros (1931-1987)*, Madrid, Alianza Editorial-Biblioteca Alberti, pág. 21.
60. *Memoria de la melancolía*,
op. cit., págs. 527-529.
61. Alberti, R. (2002): *La arboleda perdida, 2, op. cit.*, págs. 240-241.
62. *Ibid.*, págs. 241-242.
63. Morla Lynch, C. (2008):
España con Federico García Lorca, Sevilla, Renacimiento,
págs. 304-305.
64. Artículos recogidos en Alberti,
R. (1973): *Prosas*

encontradas. 1924-1942, ed.
de Robert Marrast, Ayuso,
Madrid.

65. *Ibid.*

66. Fédor Víctorovich Kelin
(1893-1965) era catedrático
de Literatura Española del
siglo xx en la Universidad de
Moscú. Hispanista, poeta,
ensayista, crítico literario,
especialista en teatro,
colaboraba con el VOKS
(Sociedad Soviética de
Relaciones Culturales) y el
MORP (Unión Internacional de
Escritores) entre 1931-1936.
Fue nombrado Doctor Honoris
Causa por la Universidad de
Madrid (1937) con motivo de

su continua relación e interés por los escritores peninsulares.

67. El artículo de F. Kelin apareció exactamente en la revista *Literatura Internacional*, núms. 3-4, 1934, págs. 239-245. Citado por Carlos Flores Pazos en «Amigo Lelyin: Ayúdenos. Rafael Alberti y la URSS. 1932-1934», en VV.AA. (2003): *Entre el clavel y la espada. Rafael Alberti en su siglo*, Ministerio de Educación, Cultura y Deporte, Madrid, pág. 254.
68. Alberti, R. (1973): *Prosas encontradas, op. cit.*
69. Alberti, R. (2002): *La*

arboleda perdida, 2, *op. cit.*,
págs. 28-29.

70. *Memoria de la melancolía*,
op. cit., pág. 445.
71. Testimonio recogido en las
*Actas del congreso en
homenaje a Rosa Chacel*,
María Pilar Martínez Latre
(coord.), Universidad de la
Rioja, 1994.
72. Prado, B. (2001): *Los nombres
de Antígona*, *op. cit.*, pág. 233.
73. *Memoria de la melancolía*,
op. cit., pág. 446.
74. Prado, B. (2001): *Los nombres
de Antígona*, *op. cit.*, pág. 233.
75. *Memoria de la melancolía*,
op. cit., pág. 444.
76. *Ibid.*, pág. 446.

77. *Ibid.*, pág. 226.
78. *Ibid.*, págs. 227-228.
79. *Ibid.*, pág. 230.
80. Álvarez Tejedor, A. (2003): «María Teresa León: la literatura de compromiso de una mujer comprometida con la literatura», en Santonja, G. (edit.), *Homenaje a María Teresa León en su centenario*, *op. cit.*, págs. 179-180.
81. Loxa, J. de (2003): «María Teresa León: otra luz bajo la arboleda», en Altolaguirre, M. (ed.), *Recuerdo de un olvido. María Teresa León en su centenario*, *op. cit.*, pág. 42.
82. Torres Nebrera, G. (1996): *Los espacios de la memoria (La*

obra literaria de María Teresa León), *op. cit.*, pág. 18.

83. Sobre este punto es imprescindible la lectura del trabajo de Gonzalo Santonja, «*Octubre*, número 0», publicado en *Cuadernos Hispanoamericanos*, 485-486, noviembre-diciembre 1990, págs. 137-144.
84. Torres Nebrera, G. (2003): «El lugar del teatro en la literatura de María Teresa León», en Altolaguirre, M. (ed.), *Recuerdo de un olvido. María Teresa León en su centenario*, *op. cit.*, pág. 70.
85. Morla Lynch, C. (2008): *España con Federico García*

- Lorca, op. cit.*, págs. 369.
86. *Memoria de la melancolía, op. cit.*, pág. 367
87. Morla Lynch, C. (2008): *España con Federico García Lorca, op. cit.*, págs. 385.
88. Ver R. Marrast, «Deuxième voyage de Rafael Alberti en URSS», *Bulletin Hispanique*, LXXXVIII, 1986, n.º 3-4, págs. 357-384.
89. *Memoria de la melancolía, op. cit.*, pág. 123.
90. *Ibid.*, pág. 122.
91. *Ibid.*, págs. 266-267.
92. Carta fechada en Roma el 26 de octubre de 1934. Ver Flores Pazos, C.: «Amigo Lelyin: Ayúdenos. Rafael Alberti y la

URSS. 1932-1934», en *Entre el clavel y la espada. Rafael Alberti en su siglo, op. cit.*, pág. 263.

93. Flores Pazos, C.: «María Teresa León en la URSS», en VV.AA. (2005): *María Teresa León. Memoria de la hermosura*, Madrid, Fundación Autor, pág. 31.
94. *Ibid.*, pág. 34.
95. *Ibid.*
96. Alberti recuerda en *La arboleda perdida* cómo le fue comunicada la noticia del fallecimiento del torero: «... había yo recibido una tristísima carta de José María de Cossío dándome cuenta de que un toro

–*Granadino*– había cogido de muerte, en la plaza de Manzanares, a Ignacio Sánchez Mejías, gran amigo y entusiasta de nuestra generación».

Alberti, R. (2002): *La arboleda perdida*, 2, *op. cit.*, pág. 52.

97. *Ibid.*

98. *Memoria de la melancolía*, *op. cit.*, págs. 186-187 y 224.

99. Alberti, R. (2002): *La arboleda perdida*, 2, *op. cit.*, pág. 55.

100. *Memoria de la melancolía*, *op. cit.*, pág. 225.

101. *Ibid.*, pág. 230.

102. *Ibid.*, pág. 231.

103. *Ibid.*, pág. 232.

104. *Ibid.*
105. *Ibid.*
106. *Ibid.*, pág. 233.
107. Organización Internacional de Ayuda a los Revolucionarios.
108. Compositor ucraniano y colaborador de *Literatura Internacional*, miembro del MORP.
109. Johannes R. Becher, escritor exiliado frecuentado por los Alberti y miembro del MORP.
110. Fragmento de la carta s.f. que recibe Kelin el 28 de marzo de 1935. Recogida por Carlos Flores Pazos en «María Teresa León en la URSS», en VV.AA. (2005): *María Teresa León. Memoria de la hermosura*,

op. cit., pág. 35.

111. «The revolt in Asturias», *The New Republic*, Nueva York, núm. 1086, 25 de septiembre de 1935. Reeditado, con traducción española, en el artículo de Alan Swan, «Un article retrouvé de M.T. León en anglais», *Bulletin Hispanique*, XC, 3-4, julio-diciembre de 1988, págs. 405-417.
112. *Ibid.*, págs. 236-237.
113. *Ibid.*, pág. 237.
114. Guillén, N. (1988): *Páginas vueltas*, Barcelona, Mondadori.
115. Marrast, R. (1984): *Rafael Alberti en México, 1935*, La

Isla de los Ratones, Santander.

116. *Ibid.*, pág. 57.
117. Testimonio recogido por Benjamín Prado en su libro *Los nombres de Antígona*, *op. cit.*, págs. 246.
118. *Ibid.*, págs. 246-247.
119. *Memoria de la melancolía*, *op. cit.*, pág. 242.
120. *Ibid.*, pág. 243.
121. Alberti, R. (2002): *La arboleda perdida*, 2, *op. cit.*, págs. 69-70.
122. *Memoria de la melancolía*, *op. cit.*, pág. 253.
123. *Ibid.*, págs. 251-252.
124. *Ibid.*, pág. 254.
125. *Ibid.*, pág. 262.
126. *Ibid.*, pág. 265-266,

127. Estébanez Gil, J.C. (2003): *María Teresa. Escritura, compromiso y memoria, op. cit.*, pág. 147.
128. *Ibid.*, págs. 172-173.
129. Texto recogido por Gregorio Torres Nebrera en su libro *Los espacios de la memoria (La obra literaria de María Teresa León)*, *op. cit.*, pág. 85.
130. Prado, B. (2001): *Los nombres de Antígona, op. cit.*, págs. 248.
131. Celma, M.P. (2003): «El compromiso de una *femme de lettres* en los *Cuentos de la España actual*», en Santonja, G. (edit.), *Homenaje a María Teresa León en su centenario*,

- op. cit.*, pág. 153.
132. *Memoria de la melancolía*,
op. cit., pág. 266.
133. Sánchez Recio, G. y VV.AA.
(1991): *Guerra Civil y
franquismo en Alicante*,
Instituto de Cultura Juan Gil-
Albert, Alicante, pág. 23.
134. Gil-Albert, J. (1982):
Memorabilia (1934-1939), en
Obra completa en prosa, Vol.
2. Valencia, Institución
Alfonso el Magnánimo,
Diputación de Valencia, pág.
250.
135. Prado, B. (2001): *Los nombres
de Antígona*, *op. cit.*, pág. 252.
136. *Memoria de la melancolía*,
op. cit., pág. 412.

137. Colinas, A. (1995): *Rafael Alberti en Ibiza. Seis semanas del verano de 1936*, Barcelona, Tusquets.
138. Colinas, A. (2003): «María Teresa León: amor y poesía por encima de la Historia», en Altolaguirre, M. (ed.), *Recuerdo de un olvido. María Teresa León en su centenario*, *op. cit.*, pág. 119.
139. *Memoria de la melancolía*, *op. cit.*, pág. 268.
140. Colinas, A. (1995): *Rafael Alberti en Ibiza. Seis semanas del verano de 1936*, *op. cit.*
141. *Memoria de la melancolía*, *op. cit.*, pág. 271.
142. Colinas, A. (1995): *Rafael*

Alberti en Ibiza. Seis semanas del verano de 1936, op. cit.

143. *Memoria de la melancolía, op. cit.,* pág. 272.
144. Carta escrita en Roma a comienzos de los años 60 y recogida por Antonio Colinas en «María Teresa León: amor y poesía por encima de la Historia», *op. cit.,* pág. 115.
145. *Memoria de la melancolía, op. cit.,* pág. 273.
146. Colinas, A.: «María Teresa León: amor y poesía por encima de la Historia», *op. cit.,* págs. 119-120.
147. Colinas, A.: «María Teresa León: amor y poesía por encima de la Historia», *op. cit.,*

pág. 120.

148. *Memoria de la melancolía*,
op. cit., pág. 278.

149. *Ibid.*, págs. 279-280.

CAPÍTULO IV

1. *Ibid.*, pág. 281.

2. Sánchez Alberti, T. (2003):
«Desmemoria de la alegría»,
en Altolaguirre, M. (ed.),
*Recuerdo de un olvido. María
Teresa León en su centenario*,
op. cit., pág. 28.

3. *Ibid.*, pág. 139.

4. Rodrigo, A. (1996): *Mujeres
para la Historia. La España
silenciada del siglo XX*, *op.
cit.*, pág. 100.

5. Líster, E. (2007): *Nuestra Guerra. Memorias de un luchador*, Zaragoza, Ed. Silente, pág. 67.
6. Ana, M.: «María Teresa León, una mujer comprometida con su tiempo», *Homenaje a María Teresa León*, Madrid, Universidad Complutense, 1990, págs. 41-50.
7. Citado por Benjamín Prado en *Los nombre de Antígona*, *op. cit.*, pág. 256.
8. El citado texto de Juan Ramón fue hallado por Ángel Crespo en Puerto Rico y reproducido posteriormente en su libro *Guerra en España (1936-1953)*, Madrid, Seix Barral,

1985.

9. Cfr. al respecto el libro de Andrés Trapiello *Las armas y las letras*, Barcelona, Planeta, 1994; así como la obra de Benjamín Prado, *Los nombres de Antígona*, *op. cit.*, pág. 257.
10. La cita de Rafael Alarcón Sierra pertenece a su trabajo «Juan Ramón Jiménez ante la guerra», publicado en el monográfico *Juan Ramón Jiménez. Premio Nobel 1956*, Javier Blasco y Antonio Piedra (coord.), Madrid, Residencia de Estudiantes/Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales, 2006, pág. 357. El artículo de Jordi García,

«Franquistas en Barcelona», apareció en *El País*, *Babelia*, el 14 de enero de 2006.

Respecto al libro de Ángel Sody de Rivas ... *Y al final la luz. La polémica entre Juan Ramón Jiménez y Jorge Guillén*, Barcelona, Grupo de Historia José Berruelo, 1999, arroja nueva luz sobre el posicionamiento político de ciertos escritores de la época y narra el episodio del expolio de la vivienda madrileña de Juan Ramón situando al periodista Carlos Sentís en el centro del asalto; un hecho que el propio Sentís negaría en su libro de recuerdos *Memòries*

d'un espectador, Barcelona,
La Campana, 2006.

11. León, M.T. (1977): *La Historia tiene la palabra (Noticia sobre el Salvamento del Tesoro Artístico)*, prólogo, selección del apéndice y notas de Gonzalo Santonja, Madrid, Ed. Hispamerca, pág. 28.
12. *Memoria de la melancolía*, *op. cit.*, pág. 285.
13. Mijaíl Koltsov (1963), *Diario de la guerra de España*, París, Ruedo Ibérico, pág. 71.
También lo cita Antonina Rodrigo en su libro *Mujeres para la Historia. La España silenciada del siglo XX*, *op. cit.*, pág. 100.

14. Ehrenburg, I. (2014): *Gente, años, vida (Memorias 1891-1967)*, Barcelona, Acantilado.
15. Ehrenburg, I. (1998): *Corresponsal en España*, Barcelona, Prensa Ibérica.
16. Testimonio recogido por Trinidad de León-Sotelo en «María Teresa León, regreso desde el laberinto del olvido», *ABC*, 31 de octubre de 2003, pág. 54.
17. Testimonio recogido por Trinidad de León-Sotelo en «La memoria de María Teresa León, contra viento y marea», *ABC*, Sevilla, 17 de marzo de 2003, pág. 55.
18. Saavedra Arias, R. (2013): *El*

patrimonio artístico español durante la Guerra Civil (1936-1939). Política e ideología en las «dos Españas», Universidad de Cantabria, pág. 294.

19. Carlos Montilla falleció en la prisión de Pamplona, tras ser detenido en Francia y procesado por las autoridades franquistas, como otros republicanos que sufrieron el mismo calvario: Companys, Cruz Salido, Zugazagoitia, Manuel Muñoz, Teodomiro Menéndez, Juan Peiró, Rivas Cherif...
20. León, M.T.: *La Historia tiene la palabra*, *op. cit.*, pág. 17.

21. *Ibid.*, pág. 70.
22. *Ibid.*, pág. 71.
23. *Memoria de la melancolía*,
op. cit., pág. 352.
24. *La Historia tiene la palabra*,
op. cit., págs. 41-43.
25. *Memoria de la melancolía*,
op. cit., págs. 353-354.
26. Álvarez Lopera, J. (1982): *La política de bienes culturales del gobierno republicano durante la Guerra Civil española*, vol. II, Ministerio de Cultura, pág. 16, nota 67.
27. Tusell, J. (2009): «El patrimonio artístico español en tiempos de crisis», en Isabel Argerich y Judith Ara (eds.), *Arte protegido. Memoria de*

la Junta del Tesoro Artístico durante la Guerra Civil,
Instituto del Patrimonio Cultural de España y Museo Nacional del Prado, pág. 22.

28. León, M.T.: *La Historia tiene la palabra, op. cit.*, págs. 13-14.
29. Colinas, A. (2003): «María Teresa León: amor y poesía por encima de la Historia», en Altolaguirre, M. (ed.), *Recuerdo de un olvido. María Teresa León en su centenario, op. cit.*, pág. 114.
30. León, M.T.: *La Historia tiene la palabra, op. cit.*, pág. 29.
31. Torres Nebrera, G. (1996): *Los espacios de la memoria (La*

obra literaria de María Teresa León), *op. cit.*, pág. 37.

32. Instituto Central de Aerohidrodinámica, uno de los centros científicos más importantes dedicados a la investigación aeronáutica.
33. Durante aquel mes de marzo de 1937 se podía disfrutar en la Galería Tretiakov de Moscú de una muestra de arte popular de Rusia/URSS (1840-1937). La exposición daba cuenta de la confrontación del arte soviético con las vanguardias y anunciaba ya la implantación del realismo socialista en todos los órdenes de la expresión artística y creativa.

34. La obra ¡Salud, España!, del dramaturgo ruso Aleksandr Nikolaevich Afinogenov, se había estrenado en Moscú en 1936.
35. El relato «Secretos del gorro azul» no ha sido localizado, con tal título, en ninguna publicación ni entre las piezas inéditas de la autora.
36. Fragmentos de la entrevista publicada en 1937 en el número 4 de la revista *El libro y la revolución proletaria*, recogidos por Carlos Flores Pazos en «María Teresa León en la URSS», en VV.AA. (2005): *María Teresa León. Memoria de la hermosura*,

- op. cit.*, pág. 39.
37. *Memoria de la melancolía*,
op. cit., págs. 177-178.
38. *Ibid.*, págs. 278-280.
39. Testimonio recogido por
Carlos Flores Pazos en «María
Teresa León en la URSS», en
VV.AA. (2005): *María Teresa
León. Memoria de la
hermosura*, *op. cit.*, pág. 47.
40. Flores Pazos, C.: «María
Teresa León en la URSS», en
VV.AA. (2005): *María Teresa
León. Memoria de la
hermosura*, *op. cit.*, págs. 43 y
46.
41. Texto reproducido por Nicolás
Guillén en su trabajo «Un
poeta en espardeñas. Hablando

con Miguel Hernández», publicado en la revista cubana *Mediodía*, La Habana, el 25 de octubre de 1937; también recogido en *Miguel Hernández*, Madrid, Taurus, colección El escritor y la crítica, ed. de María de Gracia Ifach, 1975, pág. 62.

42. «Pablo de la Torriente, cubano, héroe de España», texto inédito, sin fecha, compuesto de tres folios mecanografiados y firmados por María Teresa León. Se conserva en el archivo de María Teresa León de la Fundación Rafael Alberti de Puerto de Santa María, referenciado como texto 695

A, y pertenece a la sección «Textos mecanografiados con correcciones manuscritas».

43. *Memoria de la melancolía*, *op. cit.*, págs. 303-306.
44. *Ibid.*, pág. 306.
45. Oliva, C.: «La práctica escénica de María Teresa León», en *Homenaje a María Teresa León en su centenario*, Gonzalo Santonja (ed.), *op. cit.*, pág. 254.
46. Palabras extraídas del texto inédito *La aventura de la risa y el llanto en el teatro español* (I), 31 folios mecanografiados para una serie de conferencias que María Teresa León impartió en varias

universidades chilenas en 1940, al principio de su exilio americano. El fragmento aparece recogido por Estébanez Gil en *María Teresa. Escritura, compromiso y memoria, op. cit.*, págs. 231-232.

47. «*La Tragedia optimista* en Madrid y en Moscú», *Nueva Vida*, octubre de 1937.
48. «El teatro en la guerra. Estreno de la *Tragedia optimista*», *Defensa Nacional*, núms. 3-4, octubre de 1937.
49. *Octubre*, 1 de mayo de 1933, pág. 3.
50. Arias, S. (1990): «Testimonio», en el volumen

Homenaje a María Teresa
León. Universidad
Complutense (Cursos de
Verano de El Escorial, 1990),
pág. 65.

51. *El Mono Azul*, núm. 36, 14 de octubre de 1936.
52. *Memoria de la melancolía*,
op. cit., pág. 112-114.
53. Testimonio recogido por José Monleón en su excelente artículo «Evocación del teatro de Arte y Propaganda», *Triunfo*, 3 de septiembre de 1977, pág. 40.
54. Testimonio recogido por R. Marrast que reproduce Estébanez Gil en su libro *María Teresa. Escritura*,

compromiso y memoria, op. cit., pág. 250.

55. Monléon, J. (1990): «Lectura histórica del pensamiento teatral de María Teresa León», *Homenaje a María Teresa León, op. cit.*, pág. 61.
56. El texto de María Teresa León lo reproduce Estébanez Gil, J.C. (2003): *María Teresa. Escritura, compromiso y memoria, op. cit.*, pág. 252.
57. «Testimonio», *op. cit.*, pág. 68.
58. Aznar Soler, M. (2007): «M^a Teresa León y el teatro español durante la guerra civil», *Revista STICHOMYTHIA*, núm. 5.
59. León, M.T.: *La Historia tiene la palabra, op. cit.*, págs. 37-

38.

60. Texto publicado íntegramente en *Hora de España*, número VIII, Valencia, agosto de 1937, págs. 83-95.
61. Cernuda, L.: «Poetas en la España leal», en *Hora de España*, núm. VIII, Valencia, agosto de 1937, pág. 74.
62. Palabras de Alejo Carpentier recordadas por Aitana Alberti en «María Teresa León: nuestra señora de todos los deberes», en Altolaguirre, M. (ed.) (2003). *Recuerdo de un olvido. María Teresa León en su centenario*, op. cit., pág. 17.
63. Texto citado por Schneider, L.M. (1978): *Inteligencia y*

Guerra Civil Española, Laia,
Barcelona, pág. 170.

Fragmento recogido también
por G. Torres Nebrera (1996):
Los espacios de la memoria
(*La obra literaria de María*
Teresa León), *op. cit.*, pág. 45.

64. Guillén, N. (1988): *Páginas
vueltas*, *op. cit.*
65. *Ibid.*
66. Hernández, M. (1992): *Obra
completa II. Teatro, prosas,
correspondencia*, Espasa
Calpe, pág. 2166.
67. Alberti, R. (2002): *La
arboleda perdida*, 2, *op. cit.*,
págs. 123-124.
68. Paz, O. (1991): «Fundación y
disidencia», en *Obras*

completas, vol. III, Barcelona, Círculo de Lectores.

69. *Memoria de la melancolía*, *op. cit.*, págs. 479-480.
70. El testimonio que Benjamín Prado reproduce en *Los nombres de Antígona* (*op. cit.*, págs. 268-269) proviene de una fuente escasamente imparcial, ya que se trata de Alberti, compañero y esposo de María Teresa León. El autor de *Marinero en tierra* ha caído en varias contradicciones a la hora de dar cuenta de este suceso y eso explica que existan diferentes versiones del mismo. Pero lo que no deja de asombrarnos es que la

versión que de esta disputa ofrece Prado en su libro no coincide exactamente con la que relata Andrés Trapiello, quien asegura haberse inspirado en lo que el propio Benjamín Prado le llegó a contar. En su artículo «El hedor del dinero» (*Magazine*, La Vanguardia Ediciones, S.L., Barcelona, 11 de marzo de 2001, pág. 20) –algo más lúcido y menos apasionado que el de Prado– escribe Trapiello: «Corrían los primeros meses de la guerra civil y cierto día el poeta Miguel Hernández, que volvía del frente, aportó por la Alianza de Intelectuales

Antifascistas. Llegaba con un semblante sombrío. Estaba viendo cómo en la retaguardia el dinero corría a raudales, en los agasajos que se les preparaba a los camaradas ingleses y a las delegaciones comunistas extranjeras que se asomaban a la guerra con la curiosidad del que viene a un safari prestigioso, pero sin mayores riesgos, mientras en las trincheras los soldados vivían la extrema necesidad. Ése era un dinero del pueblo que debería gastarse en el pueblo, en armas y víveres, dijo. Y repitió estar harto de comprobar cómo una vez más

quienes arrimaban el hombro y se jugaban la vida eran unos y quienes descorchaban las botellas de vino, otros, y que ellos no eran más que unos señoritos. Alberti y sus camaradas le invitaron con algazaras a que todo eso lo pusiera por escrito en la pizarra que había en un rincón, para someterlo a estudio. Así que el poeta, tomó la tiza y escribió con imperturbable serenidad: Aquí hay mucho hijo de puta y mucha puta. Entre los presentes estaba María Teresa León, mujer de Alberti; ésta se dio por aludida, se abalanzó furiosa sobre

Miguel Hernández y le propinó un puñetazo, que le tumbó de espaldas y le rompió un diente».

71. *Memoria de la melancolía*, *op. cit.*, págs. 480-481.
72. «Yo estaba otra vez en mi puesto en París –escribía Neruda–, organizando la primera expedición de españoles a Chile. Me alcanzó a llegar su grito de angustia. En una comida del Pen Club de Francia tuve la dicha de encontrarme con la escritora María Anna Comnene. Ella escuchó la historia desgarradora de Miguel Hernández que llevaba como

un nudo en el corazón.
Hicimos un plan y pensamos
apelar al viejo cardenal
francés, monseñor Baudrillart.
El cardenal Baudrillart tenía ya
más de 80 años y estaba
enteramente ciego. Pero le
hicimos leer fragmentos de la
época católica del poeta que
iba a ser fusilado. Esa lectura
tuvo efectos impresionantes
sobre el viejo cardenal, que
escribió a Franco unas cuantas
conmoveras líneas. Se
produjo el milagro y Miguel
Hernández fue puesto en
libertad». Este testimonio de
Neruda ha sido extraído de
Viaje al corazón de Quevedo,

texto incluido finalmente en *Viajes*, Santiago de Chile, Nascimento, 1955. La primera edición (1947) llevaba exactamente el título de *Viajes: Al corazón de Quevedo y por las costas del mundo*, y lo publicó (Editorial Universitaria) la Sociedad de Escritores de Chile. El texto aquí recogido es el que también reproduce Carmen Alemany Bay en su trabajo «Miguel Hernández en el corazón de Pablo Neruda», capítulo de su obra *Residencia en la poesía: poetas latinoamericanos del siglo XX*, Cuadernos de América

sin Nombre, núm. 13,
Universidad de Alicante, 2006,
págs. 85-110.

73. *Memoria de la melancolía*,
op. cit., pág. 482.

74. *Ibid.*, pág. 483.

75. *Ibid.*, págs. 344-345.

76. Aitana Alberti: «Perros,
dementes míos (I)», *La
arboleda compartida*, *ABC
Literario*, núm. 169, 27 de
enero de 1995. pág. 20.

77. Aitana Alberti: «Perros,
dementes míos (II)», *La
arboleda compartida*, *ABC
Literario*, núm. 172, 17 de
febrero de 1995. pág. 20.

78. *Memoria de la melancolía*,
op. cit., págs. 99-101.

79. *Ibid.*, págs. 101-102.
80. *Ibid.*, pág. 102.
81. *Ibid.*, págs. 102-103.
82. De la Fuente, I (2002):
Mujeres de la posguerra. De Carmen Laforet a Rosa Chacel: historia de una generación, Barcelona, Planeta, págs. 434-435.
83. Rubio, J. (1979): *Asilos y canje durante la guerra civil española*, Barcelona, Planeta, pág. 324.
84. *Memoria de la melancolía*, *op. cit.*, pág. 479.
85. *Ibid.*, pág. 478-479.
86. Morla Lynch, C. (2008):
España sufre. Diarios de guerra en el Madrid

republicano. Prólogo de Andrés Trapiello, Sevilla, Renacimiento. Texto recogido por Julio Neira (2010) en su trabajo «El poeta en la guerra», en *Un cósmico temblor de escalofrío. Estudios sobre Miguel Hernández*, pág. 285.

87. Thomas, Hugh (1973): *La guerra civil española*, El Ruedo Ibérico, Madrid, pág. 700.
88. Falcón, Irene (1996): *Asalto a los cielos. Mi vida junto a Pasionaria*, Temas de hoy, Madrid, pág. 175.
89. *Ibid.*, págs. 361-362.
90. María Teresa cita en *Memoria de la melancolía* los dos

primeros endecasílabos del soneto quevediano «Salmo XVII», del *Heráclito cristiano*.

91. Palabras de María Teresa León dedicadas a su hija en 1971, recogidas por Francisco M. Arniz Sanz en su trabajo «María Teresa León, entre el olvido y la memoria», en Santonja, G. (edit.), *Homenaje a María Teresa León en su centenario*, *op. cit.*, pág. 69.
92. *Memoria de la melancolía*, *op. cit.*, pág. 363.

CAPÍTULO V

1. García Montero, L.: «El sueño literario de una intelectual

comunista», *El País*, 15 de diciembre de 1988.

2. *Memoria de la melancolía*, *op. cit.*, pág. 365-366.
3. *Ibid.*, pág. 364.
4. *Ibid.*, págs. 366-367.
5. *Ibid.*, págs. 371-372.
6. *Ibid.*, pág. 372.
7. *Ibid.*
8. Alberti, R. (2002): *La arboleda perdida*, 2, *op. cit.*, pág. 129.
9. *Memoria de la melancolía*, *op. cit.*, pág. 402-404.
10. La agonía y la tragedia de la República tuvo uno de sus últimos episodios el 28 de marzo de 1939 en el puerto de Alicante. Días antes, cuando

Franco ordenó la ofensiva final, los frentes se deshicieron y una inmensa riada de civiles, combatientes y militantes republicanos que temían con razón la terrible represión que se avecinaba, huyó en masa hacia los puertos levantinos buscando la salvación en el exilio. Alicante fue entonces el más destacado punto de partida hacia el destierro. Miles de personas esperaban en los muelles un barco que les alejara de España, y fue ese 28 de marzo cuando la nave *Stanbrook*, un viejo carguero inglés comandado por el capitán

Dickson, se apiada de los vencidos de la Guerra Civil y recoge a 2.638 pasajeros que emprendieron viaje sin saber cuál sería su destino final. En tierra se quedaron cerca de 15.000 refugiados que –salvo aquéllos que se quitaron la vida– fueron conducidos por los soldados de la División Littorio, una unidad militar italiana que apoyaba a las tropas franquistas, al campo de concentración de Los Almendros, y más tarde al campo de concentración de Albaterra.

11. *Ibid.*, págs. 389-390.

12. Soler Sasera, E. (2006): «Las

voces antiguas: la Guerra Civil española en algunas memorias y autobiografías del exilio literario de 1939», *Olivar*, n.º 8, pág. 250. Ver también: Faber, S. (2002): *Exile and Cultural Hegemony. Spanish Intellectuals in Mexico*, Nashville, Vanderbilt University Press.

13. *Memoria de la melancolía*, *op. cit.*, págs. 390-391.
14. *Ibid.*, págs. 392-393.
15. Embarcaciones, barcazas, casas flotantes sobre el Sena.
16. Alberti, R. (2002): *La arboleda perdida*, 2, *op. cit.*, pág. 175.
17. Neruda, P. (1979): *Confieso*

que he vivido, Barcelona,
Argos Vergara, pág. 144.

18. Texto de la serie *La arboleda compartida* que recoge Benjamín Prado en su Libro *Los nombres de Antígona*, *op. cit.*, pág. 277.
19. Neruda, P. (1979): *Confieso que he vivido*, *op. cit.*, pág. 144.
20. *Ibid.*, pág. 145.
21. *Memoria de la melancolía*, *op. cit.*, págs. 323-324.
22. Alberti, R. (2002): *La arboleda perdida, 2*, *op. cit.*, pág. 201.
23. Vicent. M.: «Corpus Barga, galgo aristocrático con luz propia», Madrid, *El País*, 29 de

septiembre de 2012.

24. *Memoria de la melancolía*,
op. cit., pág. 385.
25. *Ibid.*, pág. 386.
26. En el poema de Augusto Ferrán y Forníes (Madrid, 1836-1880) se lee textualmente: «Yo no sé lo que yo tengo, / ni sé lo que a mí me falta / que siempre espero una cosa / que no sé cómo se llama». Los versos pertenecen al libro *La soledad (Colección de cantares populares y originales)* (1861).
27. *La intuición y el estilo* es uno de los libros pertenecientes a las memorias de Baroja *Desde la última vuelta del camino*.

Ver Pío Baroja, *Obras completas*, Vol. II, edición de José-Carlos Mainer para Galaxia Gutenberg-Círculo de Lectores, 1997, pág. 397.

28. Las afirmaciones en este sentido de José-Carlos Mainer, Benjamín Prado, Estébanez Gil y otros investigadores se basan en las siguientes palabras de Rafael Alberti: «Cuando estábamos viviendo con Pablo Neruda y Delia en el Muelle del Reloj, por influencia y amistad de Picasso con alguien del Ministerio de Comunicaciones, fuimos admitidos [...] como locutores de *Paris Mondial...*», *La*

arboleda perdida, 2, *op. cit.*,
pág. 128.

29. *Memoria de la melancolía*,
op. cit., págs. 396-397.
30. Alberti, R. (2002): *La
arboleda perdida*, 2, *op. cit.*,
pág. 128.
31. *Memoria de la melancolía*,
op. cit., pág. 397.
32. *Ibid.*, págs. 403-404.
33. Alberti, R. (2002): *La
arboleda perdida*, 2, *op. cit.*,
pág. 129.
34. *Ibid.*, págs. 129-130.
35. Édouard Daladier (París, 1884-
1970) fue el Primer Ministro
de su país entre 1938 y marzo
de 1940. Como representante
de Francia en la Conferencia

de Múnich (1938), se dejó arrastrar por la política de «apaciguamiento» británica al acceder a las pretensiones de Hitler sobre Checoslovaquia. Consciente del error cometido, cuando Hitler invadió Polonia declaró la guerra a Alemania (1939). Tras la invasión de Francia por los nazis fue detenido por las autoridades colaboracionistas de Vichy y juzgado como responsable de la derrota militar francesa; se defendió con tal empeño que el juicio tuvo que suspenderse (1942). Más tarde fue deportado a Alemania.

36. Amparo Mom, personaje de gran relevancia intelectual, fue la primera esposa del poeta y periodista argentino Raúl González Tuñón. Con él participó en el II Congreso de Intelectuales Antifascistas durante la Guerra Civil española, compartiendo amistad, entre otros, con Neruda, María Teresa León, Alberti y Miguel Hernández. Por esas fechas, Amparo y Raúl se encontraban en París y visitaban con frecuencia a los dos matrimonios en la vivienda de Quai de l'Horloge. Amparo falleció, como así veremos, pocos días antes de la llegada a

Argentina de María Teresa y Rafael en febrero de 1940.

37. León, M.T.: «Una refugiada más en París», Semanario España Democrática. Órgano del Comité Nacional de Ayuda al Pueblo Español, Núm. 174, Año IV, Montevideo (Uruguay), Miércoles 2 de octubre de 1940.
38. *Memoria de la melancolía, op. cit.*, págs. 399-400.
39. David Schidlowsky (2008): *Neruda y su tiempo: las furias y las penas. Volumen I. 1904-1949*, Santiago de Chile, RIL Editores, pág. 430.
40. Leonardo Cáceres (1979): El «Winnipeg cuarenta años

después», en *Araucaria*, núm. 8, Madrid, pág. 59.

41. Conjunto de fortificaciones de 200 km construido desde 1927 a 1936 en la frontera francesa del NO para proteger las provincias de Alsacia y Lorena de una nueva posible invasión.
42. Álamo Triana, Isabel del (2008): «Tras los pasos de Corpus Barga», texto de introducción a la edición de *Cartas a Corpus Barga*, Alicante, Instituto Alicantino de Cultura Juan Gil-Albert, pág. 89.
43. Carta de María Antonia Hagennar (Maruca Reyes) a Carlos Morla Lynch del 8 de

septiembre de 1943.

Ministerio de Relaciones Exteriores de Chile, Archivo General Histórico, Santiago de Chile: Vol. 2170: Ministerio de Relaciones Exteriores: Suiza: Intereses chilenos en Alemania, Tomo 2, 1943.

44. Cita recogida por Mario Amorós en su libro *Neruda, príncipe de los poetas*, Barcelona, Ediciones B, 2015, pág. Nota 611.
45. Alberti, R. (2002): *La arboleda perdida, 2, op. cit.*, pág. 130.
46. *Memoria de la melancolía, op. cit.*, págs. 399-400.
47. María Teresa se refiere a las

dos organizaciones oficiales encargadas en Francia de gestionar la salida de exiliados españoles hacia países sudamericanos, así como su instalación y acogida en ellos. Mientras que el SERE (Servicio de Emigración de los Refugiados Españoles) se creaba en abril de 1939 por Juan Negrín, el JARE (Junta de Ayuda a los Republicanos Españoles) era constituido en el mes de julio por la Diputación permanente de las Cortes republicanas en el exilio bajo la presidencia de Lluís Nicolau d'Olwer, ministro del gobierno

provisional de la República en el destierro. Sin embargo, como indica Alicia Alted Vigil, «el carácter político contrapuesto del SERE y el JARE, con el trasfondo de la pugna personal entre Juan Negrín e Indalecio Prieto y el asunto del Vita, se proyectó en los criterios de selección de los candidatos y produjo hondo malestar en los medios del exilio». Ver Alted Vigil, A.: «Francia y el exilio español en la Segunda Guerra Mundial», *España y la II Guerra Mundial, Bulletin d'Histoire Contemporaine d'Espagne*, n.º 22, Maison des Pays

Ibéricas, Talence, diciembre de 1995, pág. 56.

48. *Memoria de la melancolía*, *op. cit.*, págs. 395-396.
49. Mainer, J.-C.: «Rafael Alberti después de 1939: La construcción del poeta popular», en *Entre el clavel y la espada. Rafael Alberti en su siglo*, *op. cit.*, págs. 320-321.
50. *Memoria de la melancolía*, *op. cit.*, págs. 385-386.
51. *Ibid.*, pág. 399.
52. *Ibid.*, págs. 398-399.
53. Carta de Rafael Alberti a la familia de Corpus Barga fechada el 8 de febrero de 1940. La misiva aparece

recogida en el libro *Cartas a Corpus Barga, op. cit.*, pág. 121.

54. Carta de María Teresa León a Corpus Barga desde el *Mendoza*; transcripción de Isabel del Álamo Triana en *Cartas a Corpus Barga, op. cit.*, pág. 395.
55. «Señor, bien podía haberme dicho quiénes eran ustedes».
56. *Memoria de la melancolía, op. cit.*, pág. 401.
57. *Ibid.*, pág. 402.
58. *Ibid.*, pág. 395.
59. *Ibid.*, pág. 420.
60. Alberti, Rafael: *Entre el clavel y la espada. Rafael Alberti en su siglo, op. cit.*, pág. 546.

61. Zuleta, E. (1999): *Españoles en la Argentina*, Buenos Aires, Atril, pág. 20.
62. *Memoria de la melancolía*, *op. cit.*, pág. 422.
63. Antón, Carmen (2002): *Visto al pasar. República, guerra y exilio*, Edicions do Castro, Sado-A Coruña.
64. La cita de Carmen García Antón aparece recogida en el trabajo de Sergio Baur «La Argentina que vivió María Teresa León», en VV.AA. (2005): *María Teresa León. Memoria de la hermosura*, *op. cit.*, págs. 95 y 98.
65. Baur, S.: «La Argentina que vivió María Teresa León», en

VV.AA. (2005): *María Teresa León. Memoria de la hermosura*, op. cit., págs. 87-88.

66. Artículo publicado el 28 de febrero de 1940. El texto reproducido aparece citado por Isabel del Álamo Triana en *Cartas a Corpus Barga*, op. cit., pág. 400.
67. Testimonio de Alberti recogido por María Asunción Mateo en *Rafael Alberti. De lo vivo y lejano*, Madrid, 1996, Espasa Calpe, pág. 148.
68. Alberti, R. (2002): *La arboleda perdida*, 2, op. cit., pág. 135.
69. *Memoria de la melancolía*,

op. cit., págs. 420-422.

70. Las opiniones de Mabel Peremartí fueron recogidas en una entrevista realizada por María de los Ángeles González y Pablo Rocca el 6 de marzo de 2003 en el local de la editorial Losada en la calle Corrientes de Buenos Aire; entrevista facilitada por el profesor Jorge Lafforgue.
71. Baur, S.: «La Argentina que vivió María Teresa León», en VV.AA. (2005): *María Teresa León. Memoria de la hermosura*, *op. cit.*, pág. 89.
72. Carta de María Teresa León a Corpus Barga desde Buenos Aires, marzo de 1940;

transcripción de Isabel del Álamo Triana en *Cartas a Corpus Barga, op. cit.*, págs. 397-398.

73. Aráoz Alfaro, R. (1967): *El recuerdo y las cárceles (Memorias amables)*, Buenos Aires, Ediciones de la Flor, pág. 71.
74. Fragmento de una carta de 10 de junio de 1940 recogido por Antonio Lucas en su reportaje «Rafael ¡Vida! Se me caen las alas al estar sola», *Magazine. El Mundo*. N.º 183, 30 marzo 2003.
75. Carta de Alberti fechada en junio de 1940 y recogida por el periodista Antonio Lucas en

su reportaje «Rafael ¡Vida! Se me caen las alas al estar sola»,
op. cit.

76. Carta sin fecha precisa (junio de 1940) citada por Antonio Lucas en su reportaje «Rafael ¡Vida! Se me caen las alas al estar sola», *op. cit.*
77. Estébanez Gil, J.C. (2003): *María Teresa. Escritura, compromiso y memoria*, *op. cit.*, pág. 42.
78. Arniz Sanz, F.: «María Teresa León, entre el olvido y la memoria», en Santonja, G. (edit.), *Homenaje a María Teresa León en su centenario*, *op. cit.*, pág. 70.
79. Alberti, Aitana (2003): «María

Teresa León: nuestra señora de todos los deberes», en Altolaquirre, M. (ed.), *Recuerdo de un olvido. María Teresa León en su centenario*, *op. cit.*, pág. 21.

80. *Memoria de la melancolía*, *op. cit.*, pág. 97.
81. Palabras recogidas por Aitana Alberti en su artículo «Hija de los desastres» de la serie *La arboleda compartida*, *ABC Literario*, 17 de septiembre de 1993, pág. 22.
82. Carta a Giselda Zani, fechada el 27 de febrero de 1945.
83. *Ibid.*
84. González, M.A. (2003): «María Teresa León: una

biografía del exilio», en Santonja, G. (edit.), *Homenaje a María Teresa León en su centenario*, op. cit., págs. 48-49.

85. *Memoria de la melancolía*, op. cit., pág. 416.
86. *Ibid.*, pág. 420.
87. Alberti, Aitana: «Hija de los desastres» de la serie *La arboleda compartida*, *ABC Literario*, 17 de septiembre de 1993, pág. 22.
88. *Ibid.*
89. *Memoria de la melancolía*, op. cit., págs. 413-414.
90. *Ibid.*, pág. 414.
91. Alberti, Aitana: «Hija de los desastres» de la serie *La*

arboleda compartida, *ABC Literario*, 17 de septiembre de 1993, pág. 22.

92. Arzarello, S.: «María Teresa León», en *Alfar*, Montevideo, 1942, año XX, n.º 80, s/p.
93. Ortiz Saralegui, J.: «Contra viento y marea, novela por María Teresa León, Ediciones AIAPE, Buenos Aires», en *Alfar*, Montevideo, 1942, año XX, n.º 80, s/p.
94. González, M.A. (2003): «María Teresa León: una biografía del exilio», en Santonja, G. (edit.), *Homenaje a María Teresa León en su centenario*, *op. cit.*, pág. 40.
95. Schwarzstein, D. (2001): *Entre*

Franco y Perón, Barcelona, Crítica, pág. 158.

96. Grandes, A.: «Memoria de la hermosura», en VV.AA. (2005). *María Teresa León. Memoria de la hermosura*, *op. cit.*, pág. 13.
97. Infante, J. (2003): «Una mujer excepcional, María Teresa León», en Altolaguirre, M. (ed.), *Recuerdo de un olvido. María Teresa León en su centenario*, *op. cit.*, pág. 49.
98. *Ibid.*, págs. 49-59.
99. *Memoria de la melancolía*, *op. cit.*, pág. 222.
100. Maya Altolaguirre en *ABC Sevilla*, 17 de marzo de 2003, pág. 55.

101. González, M.A. (2003): «María Teresa León: una biografía del exilio», en Santonja, G. (edit.), *Homenaje a María Teresa León en su centenario*, op. cit., pág. 55.
102. *Memoria de la melancolía*, op. cit., pág. 517.
103. Saiz Viadero, J.R.: «Zenobia Camprubí y las republicanas en el exilio», en Cortés Ibáñez, E. (coord.). (2010). *Zenobia Camprubí y la Edad de Plata de la cultura española*, op. cit., pág. 323.
104. Crítica recogida por Sergio Baur en su trabajo «La Argentina que vivió María Teresa León», en VV.AA.

(2005): *María Teresa León. Memoria de la hermosura*, *op. cit.*, pág. 100.

105. Carta de María Teresa León a Juvenal Ortiz Saralegui, fechada en Buenos Aires el 1 de enero de 1944.
106. *Memoria de la melancolía*, *op. cit.*, pág. 437.
107. *Ibid.*, págs. 438-439.
108. Prada, Juan Manuel de: «María Teresa León, guionista», en *El Cultural*, Madrid, 15 de noviembre de 2003, pág. 15.
109. Como recuerda Juan Manuel de Prada en su artículo «María Teresa León, guionista», *La dama duende* contó con la música del también exiliado

Julián Bautista y «con decorados sobresalientes de Gori Muñoz (otro náufrago de aquella España del éxodo y del llanto que recaló en el hospitalario Buenos Aires, como los actores Enrique Diosdado y Andrés Mejuto) ...». *Ibid.*

110. *Ibid.*, pág. 439-440.

111. González, M.A. (2003): «María Teresa León: una biografía del exilio», en Santonja, G. (edit.), *Homenaje a María Teresa León en su centenario*, *op. cit.*, pág. 53.

112. Aitana Alberti en «María Teresa León: nuestra señora de todos los deberes», en

Altolaquirre, M. (ed.) (2003).
*Recuerdo de un olvido. María
Teresa León en su centenario,*
op. cit., pág. 21.

113. *Ibid.*, pág. 22.

114. *Ibid.*

115. Fragmento de una carta sin
fecha, escrita por María Teresa
en 1950, durante el viaje a
Varsovia de Rafael Alberti
como delegado al Congreso
Mundial de la Paz. El
fragmento aparece recogido
por Antonio Lucas en su
reportaje «Rafael ¡Vida! Se me
caen las alas al estar sola», *op.*
cit.

116. La carta de María Teresa,
fechada en Buenos Aires el 19

de abril de 1947, está recogida en *Cartas a Corpus Barga*, *op. cit.*, págs. 401-402.

117. Muro, M.A. (2003): «María Teresa León: *Femme de lettres*, mujer de teatro», en Santonja, G. (edit.), *Homenaje a María Teresa León en su centenario*, *op. cit.*, pág. 218.
118. Carta remitida por María Teresa León desde Roma en 1969. Ver Salvat, R. (1998). «Dues cartes de María Teresa León a Ricard Salvat». En *Assaig de Teatre*, Barcelona, núms. 11-12, pág. 295.
119. Aznar, M. (2003): *Teatro (La libertad en el tejado y Sueño y verdad de Francisco de*

Goya de María Teresa León),
Sevilla, Renacimiento, pág. 16.

120. Carta fechada en Buenos Aires el 5 de julio de 1950 y citada por Morelli, G. (2005): «Roma en la memoria de María Teresa León y su comedia inédita *La historia de mi corazón*», en *María Teresa León. Memoria de la hermosura, op. cit.*, págs.145-146.
121. *Ibid.*, pág. 146.
122. *Ibid.*
123. *Ibid.*, pág. 147.
124. Estébanez Gil, «María Teresa León. Valoraciones de un centenario», en VV.AA. (2005): *María Teresa León. Memoria de la hermosura*,

- op. cit.*, pág. 183.
125. Oliva, C. (2005): «La práctica escénica de María Teresa León», en Santonja, G. (edit.), *Homenaje a María Teresa León en su centenario*, *op. cit.*, pág. 262.
126. Aznar, M. (2003): *Teatro (La libertad en el tejado y Sueño y verdad de Francisco de Goya de María Teresa León)*, *op. cit.*, págs. 11-12.
127. Torres Nebrera, G. (1996): *Los espacios de la memoria (La obra literaria de María Teresa León)*, *op. cit.*, pág. 197.
128. Aznar, M. (2003): *Teatro (La libertad en el tejado y Sueño*

y verdad de Francisco de Goya de María Teresa León),
op. cit., pág. 17.

129. La disertación, en concreto, se celebró en Rosario el jueves 16 de octubre de 1947.
130. Carta manuscrita transcrita por Isabel del Álamo Triana y recogida en *Cartas a Corpus Barga*, *op. cit.*, pág. 407.
131. Carta manuscrita del 29 de octubre de 1948 recogida en el libro *Cartas a Corpus Barga*, *op. cit.*, pág. 408.
132. Alberti, Aitana: «Un aroma a violetas» de la serie *La arboleda compartida*, *ABC Literario*, 3 de diciembre de 1993. pág. 22.

133. *Ibid.*
134. *Ibid.*
135. *Ibid.*
136. *Memoria de la melancolía, op. cit.*, págs. 219-220.
137. Alberti, Aitana: «Un aroma a violetas» de la serie *La arboleda compartida*, *ABC Literario*, 3 de diciembre de 1993. pág. 22.
138. *Ibid.*
139. Fragmento recogido por Antonio Lucas en su reportaje «Rafael ¡Vida! Se me caen las alas al estar sola», *Magazine. El Mundo*. N.º 183, 30 de marzo de 2003.
140. Carta enviada desde Varsovia el 9 de diciembre de 1950 y

citada por Antonio Lucas en su reportaje «Rafael ¡Vida! Se me caen las alas al estar sola», *Magazine. El Mundo*. N.º 183, 30 de marzo de 2003.

141. Entrevista efectuada por Pablo Rocca a Gonzalo Sebastián León el 7 de marzo de 2003 en su elegante apartamento de la calle Montevideo, en Buenos Aires.
142. Texto extraído de *Recuerdo de María Teresa León*, libro inédito de Gonzalo de Sebastián León, también mencionado por Antonio Lucas en «Rafael ¡Vida! Se me caen las alas al estar sola», *Magazine. El Mundo*. N.º 183,

30 de marzo de 2003.

143. La entrevista de Pablo Rocca a Gonzalo de Sebastián aparece citada por María de los Ángeles González en su trabajo «María Teresa León: una biografía del exilio», en Santonja, G. (edit.), *Homenaje a María Teresa León en su centenario*, op. cit., pág. 54.
144. Lucas, A.: «Rafael ¡Vida! Se me caen las alas de estar sola», *Magazine. El Mundo*, núm. 183, 30 de marzo de 2003.
145. Carta manuscrita fechada en Buenos Aires y recogida en *Cartas a Corpus Barga*, op. cit., pág. 413.
146. Prado, B. (2001): *Los nombres*

de Antígona, op. cit., págs.
282.

147. *Memoria de la melancolía, op. cit.*, págs. 457-458.
148. *Ibid.*, pág. 458.
149. No olvidemos que María Teresa León tenía raíces burgalesas y estaba más que familiarizada con los lugares cidianos y con la figura del héroe castellano, sin olvidar la influencia que sobre ella ejercieron sus tíos Menéndez Pidal y María Goyri.
150. Alberti, R. (2002): *La arboleda perdida, 2, op. cit.*, pág. 152.
151. *Ibid.*
152. Ver Llopis, E. (2013): *Rafael*

Alberti. La deriva de un marineró en tierra (1940-1963), Buenos Aires, Ediciones del Centro Cultural de la Cooperación.

153. Aitana Alberti: «Poetas en las ramas», *La arboleda compartida*, *ABC Literario*, 25 de marzo de 1994, pág. 22.
154. *Ibid.*
155. *Memoria de la melancolía*, *op. cit.*, págs. 424-425.
156. Aitana Alberti: «Poetas en las ramas», *La arboleda compartida*, *ABC Literario*, 25 de marzo de 1994, pág. 22.
157. *Memoria de la melancolía*, *op. cit.*, págs. 427-428.
158. Aitana Alberti: «La marea y la

- marea alta», *La arboleda compartida*, *ABC Literario*, 20 de mayo de 1994, pág. 22.
159. *Memoria de la melancolía*, *op. cit.*, págs. 449-450.
160. *Memoria de la melancolía*, *op. cit.*, págs. 444, 449, 451-452.
161. Blasco Ibáñez, V. (1924): *La vuelta al mundo de un novelista*, Valencia, Prometeo.
162. Palabras de María Teresa León extraídas del libro *Sonríe China*, Buenos Aires, Editor Jacobo Muchnik, 1958.
163. Aitana Alberti: «China sonreía (I)», *La arboleda compartida*, *ABC Literario*, núm. 138, 24 de junio de 1994. pág. 24.

164. *Ibid.*
165. *Memoria de la melancolía*,
op. cit., pág. 115.
166. *Ibid.*, pág. 441.
167. Alberti, Aitana: «Hija de los
desastres» de la serie *La
arboleda compartida*, *ABC
Literario*, 17 de septiembre de
1993, pág. 22.
168. *Memoria de la melancolía*,
op. cit., pág. 429.
169. *Ibid.*, págs. 429-430.
170. *Ibid.*, pág. 430.
171. Torres Nebrera, G. (1998):
«Introducción biográfica y
crítica» a *Memoria de la
melancolía*, Madrid, Castalia,
pág. 35.
172. Alberti, R.: «He aquí el otoño»,

El País, 24 de noviembre de 1985.

173. *Memoria de la melancolía*, *op. cit.*, pág. 468.
174. Alberti, R.: «He aquí el otoño», *El País*, 24 de noviembre de 1985.
175. *Memoria de la melancolía*, *op. cit.*, págs. 430 y 432.
176. Siles, J. (2003): «Memoria de la melancolía: el yo como instancia de discurso; el yo como materia de relato», en Santonja, G. (edit.), *Homenaje a María Teresa León en su centenario*, *op. cit.*, pág.107.
177. Martínez de Mingo, Luis (2003): «La coherencia de una soñadora», en Santonja, G.

(edit.), *Homenaje a María Teresa León en su centenario*, *op. cit.*, pág.134.

178. Castillo Robles, M.J. (2013): «María Teresa León y doña Jimena, mujeres de España», en *Philologica Urcitana. Revista Semestral de Iniciación a la Investigación en Filología*, Vol. 9, septiembre 2013, Departamento de Filología, Universidad de Almería, pág. 27.
179. Alberti, Aitana: «María Teresa León y Cuba: la viajera que no se fue», *La Jiribilla. Revista de cultura cubana*, La Habana, Año X, 10 al 16 de marzo de

2012.

180. Alberti, Aitana: «Finca Vigía» de la serie *La arboleda compartida*, *ABC Literario*, 29 de septiembre de 1995, pág. 22.
181. *Ibid.*
182. *Memoria de la melancolía*, *op. cit.*, pág. 488.
183. *Ibid.*, pág. 490.
184. *Ibid.*, págs. 490-491.
185. *Ibid.*, págs. 491-492.
186. *Ibid.*, pág. 492.
187. Texto recogido por Ángel Augier en su libro *Rafael Alberti en Cuba*, Editorial Arte y Literatura, La Habana, 1999, y citado también por Benjamín Prado en *Los*

nombres de Antígona, op. cit.
pág. 293.

188. *Memoria de la melancolía*,
op. cit., pág. 492.
189. *Ibid.*, pág. 493.
190. Milano, Feltrinelli, 1960.
191. Carta de María Teresa León a
Dario Puccini remitida desde
Buenos Aires en marzo de
1961. El texto aparece
recogido en el libro *Dario
Puccini / Rafael Alberti.
Corrispondenza inedita
(1951-1969)*, ed. de Gabriele
Morelli, viennepierre edizioni,
Milano, 2009, págs. 121-122.
192. *Memoria de la melancolía*,
op. cit., págs. 460-461.
193. Carta de María Teresa León a

Dario Puccini remitida desde Buenos Aires el 6 de junio de 1961. El texto aparece recogido en el libro *Dario Puccini / Rafael Alberti*.

Corrispondenza inedita (1951-1969), *op. cit.*, pág. 125.

194. Prado, B. (2001): *Los nombres de Antígona*, *op. cit.*, pág. 288-289.
195. Antonio Ramírez, J. (2003): *Ici Paris. Memorias de una voz de libertad*, Alianza Editorial, Madrid, pág. 416.
196. *Memoria de la melancolía*, *op. cit.*, págs. 533-534.
197. Alberti, R. (2002): *La arboleda perdida*, 2, *op. cit.*, pág. 55.

198. Novaceanu, D. (2003): «Tres retratos y un recuerdo de María Teresa León», en Santonja, G. (edit.), *Homenaje a María Teresa León en su centenario*, op. cit., pág. 382.
199. *Ibid.*, págs. 384-385.
200. Estébanez Gil, J.C. (1995): *María Teresa León. Estudio de su obra literaria*, Burgos, 1995, Editorial La Olmeda, p. 172.
201. Alberti, R. (2002): *La arboleda perdida*, 2, op. cit., pág. 203.
202. *Dario Puccini / Rafael Alberti. Corrispondenza inedita (1951-1969)*, op. cit., págs. 32-33.

203. Carta recogida en *Eugenio Luraghi / Rafael Alberti. Corrispondenza inedita (1947-1983)*, ed. de Gabriele Morelli, viennepierre edizioni, Milano, 2005, págs. 165-166.
204. Carta del 16 de noviembre de 1962.
205. Carta recogida en *Eugenio Luraghi / Rafael Alberti. Corrispondenza inedita (1947-1983)*, *op. cit.*, pág. 160.
206. *Ibid.*, págs. 163-164.
207. *Ibid.*, págs. 174-175.
208. Alberti, R. (2002): *La arboleda perdida, 2*, *op. cit.*, pág. 203.
209. Alberti, Aitana: «Concierto de Hammett» de la serie *La*

arboleda compartida, *ABC Literario*, 17 de septiembre de 1993, pág. 22.

210. *Memoria de la melancolía*, *op. cit.*, pág. 81 y 97.
211. Alberti, Aitana (2003): «María Teresa León: nuestra señora de todos los deberes», en Altolaguirre, M. (ed.), *Recuerdo de un olvido. María Teresa León en su centenario*, *op. cit.*, pág. 19.

CAPÍTULO VI

1. En carta de 7 de marzo de 1963, María Teresa León escribía a Darío Puccini: «Estamos en plena

desmoralización después de Aitana haber roto su compromiso de casamiento. Ya te lo habrá dicho Pablo de la Fuente. No es fácil reaccionar. Se casaban a mediados de abril. Ahora los planes, si no se modifican, sufren de nuestra inquietud».

2. Alberti, R. (2002): *La arboleda perdida*, 2, *op. cit.*, pág. 204.
3. Martín Gijón, Mario (2009): *Una poesía de la presencia. José Herrera Petere en el surrealismo, la guerra y el destierro*, Pre-Textos / Fundación Gerardo Diego, Valencia, pág. 232.

4. Carta fechada en Buenos Aires el 5 de mayo de 1963 y recogido en *Eugenio Luraghi / Rafael Alberti. Corrispondenza inedita (1947-1983), op. cit.*, pág. 160.
5. Carta de María Teresa León a Dario Puccini remitida el 7 de marzo de 1963. El texto aparece recogido en el libro *Dario Puccini / Rafael Alberti. Corrispondenza inedita (1951-1969), op. cit.*, págs. 137-138.
6. Carta de Alberti a Luragui fechada en Bucarest el 27 de agosto de 1963 y recogida en *Eugenio Luraghi / Rafael Alberti. Corrispondenza*

inedita (1947-1983), op. cit.,
pág. 184.

7. Bayo, M. (1974): *Sobre Alberti*, Madrid, Ed.CVS, págs. 89-90.
8. Palabras de María Teresa León recogidas por Gabriele Morelli en «Rafael Alberti: poesía y creación durante su exilio en Roma», en *Entre el clavel y la espada. Rafael Alberti en su siglo, op. cit.*, pág. 427.
9. Carta recogida en el libro *Dario Puccini / Rafael Alberti. Corrispondenza inedita (1951-1969), op. cit.*, pág. 147.
10. Carta fechada en Milán el 4 de noviembre de 1963 que recoge

Antonio Lucas en el reportaje «Rafael ¡Vida! Se me caen las alas de estar sola», *Magazine. El Mundo*, núm. 183, 30 marzo 2003.

11. La anécdota, relatada por Enrique de Sebastián a la periodista Trinidad de León-Sotelo aparece recogida en el reportaje «María Teresa León, memoria del olvido», en *Los Domingos de ABC*, pág. 15.
12. Morelli, G.: «Rafael Alberti: poesía y creación durante su exilio en Roma», en *Entre el clavel y la espada. Rafael Alberti en su siglo, op. cit.*, pág. 428.
13. Alberti, Aitana (2003): «María

Teresa León: nuestra señora de todos los deberes», en Altolaguirre, M. (ed.), *Recuerdo de un olvido. María Teresa León en su centenario*, *op. cit.*, pág. 16.

14. Alberti, R. (1972): prefacio a la edición italiana de *Roma, pericolo per i viandanti*, Milán, Mondadori (Lo Specchio); traducción de Gabriele Morelli incluida en su artículo «Rafael Alberti: poesía y creación durante su exilio en Roma», en *Entre el clavel y la espada. Rafael Alberti en su siglo*, *op. cit.*, pág. 428.
15. Alberti, Aitana: «Via di

Monserato, 20» de la serie *La arboleda compartida*, *ABC Literario*, 19 de agosto de 1994, pág. 20.

16. *Memoria de la melancolía*, *op. cit.*, pág. 103.
17. Según señala Isabel del Álamo, Corpus respondió a la solicitud de María Teresa y remitió a Aitana tres relatos cortos, momentos de la Guerra Civil española, que formaban parte de sus recuerdos. Hemos podido comprobar que, también en carta mecanografiada, Aitana respondía a la generosidad de Corpus Barga desde Roma el 2 de marzo de 1964: «Muchas

gracias por habernos contestado con tanta rapidez, y perdón por nuestra tardanza. Los recuerdos que más nos gustaron fueron los de Saint-Exupèry y del soldado herido en la retaguardia». Ver *Cartas a Corpus Barga, op. cit.*, pág. 118.

18. Carta manuscrita recogida por Isabel del Álamo Triana en *Cartas a Corpus Barga, op. cit.*, pág. 415.
19. *Memoria de la melancolía, op. cit.*, pág. 120.
20. Las palabras de Xelo Candel Vila, doctora en Filología Hispánica por la Universidad de Valencia y poeta, aparecen

en su artículo «*Los Sesenta*, una revista de Max Aub», en *InfoLibre*, 8 de abril de 2016. La reseña se hace eco de la aparición de la edición facsímil de *Los Sesenta (1964-1965)* en la editorial Renacimiento, Sevilla, 2016, a cargo de Gabriele Morelli y de la propia Xelo Candel Vila.

21. *Memoria de la melancolía*, *op. cit.*, págs. 442-444.
22. Torres Nebrera, G. (1996): *Los espacios de la memoria (La obra literaria de María Teresa León)*, *op. cit.*, pág. 165.
23. Alberti, Aitana (2003): «María Teresa León: nuestra señora de

todos los deberes», en
Altolaquirre, M. (ed.),
*Recuerdo de un olvido. María
Teresa León en su centenario*,
op. cit., pág. 16.

24. El Premio Lenin de la Paz lo habían obtenido en esos años, entre otros, Louis Aragon, Fidel Castro, Pablo Neruda, Pablo Picasso, Nicolás Guillén, Miguel Ángel Asturias y Dolores Ibárruri.
25. Alberti, Aitana (2003): «María Teresa León: nuestra señora de todos los deberes», en Altolaquirre, M. (ed.), *Recuerdo de un olvido. María Teresa León en su centenario*, *op. cit.*, pág. 16.

26. *Ibid.*, págs. 15-16.
27. *Ibid.*, págs. 16-17.
28. Prado, B. (2001): *Los nombres de Antígona*, *op. cit.*, págs. 200.
29. *Ibid.*
30. Palabras recogidas por Antonio Lucas en «Rafael ¡Vida! Se me caen las alas de estar sola», *Magazine. El Mundo*, núm. 183, 30 de marzo de 2003.
31. León-Sotelo, Trinidad de, «María Teresa León, memoria del olvido», en *Los Domingos de ABC*, pág. 15.
32. Carta manuscrita recogida por Isabel del Álamo Triana en *Cartas a Corpus Barga*, *op. cit.*, pág. 416.

33. *Memoria de la melancolía*,
op. cit., pág. 479.
34. Moix, T.: «Alberti en Roma»,
El País Semanal, 21 de julio
de 2002.
35. *Ibid.*
36. *Memoria de la melancolía*,
op. cit., pág. 200.
37. *Ibid.*, pág. 194.
38. El testimonio de Marcos Ana
aparece recogido en su trabajo
«María Teresa León, una mujer
comprometida con su tiempo»,
*Homenaje a María Teresa
León*, Universidad
Complutense, 1990, págs. 41-
52.
39. *Memoria de la melancolía*,
op. cit., págs. 474-475.

40. La obra permanecería inédita hasta 2003, fecha en que fue publicada por Manuel Aznar en su edición de *Teatro. La libertad en el tejado y Sueño y verdad de Francisco de Goya*, Sevilla, Renacimiento.
41. Arniz Sanz, F.: «María Teresa León, entre el olvido y la memoria», en Santonja, G. (edit.), *Homenaje a María Teresa León en su centenario*, *op. cit.*, pág. 75.
42. *Memoria de la melancolía*, *op. cit.*, págs. 205-206.
43. Villarino, M.: «Rafael Alberti, caminante en Roma», *CELEHIS. Revista del Centro de Letras*

Hispanoamericanas, núm. 11:
Ciudad y escritura: Géneros y
miradas, Buenos Aires, 1999,
págs. 256-257.

44. Infante, J. (2003): «Una mujer excepcional, María Teresa León», en Altolaguirre, M. (ed.), *Recuerdo de un olvido. María Teresa León en su centenario*, op. cit., pág. 45.
45. Fraile, M. (2003): «Los tres sueños de María Teresa León», en Altolaguirre, M. (ed.), *Recuerdo de un olvido. María Teresa León en su centenario*, op. cit., pág. 54.
46. Esquivias, Ó. (2003): «La memoria silenciada», en Santonja, G. (edit.), *Homenaje*

a María Teresa León en su centenario, op. cit., pág. 119.

47. Soler Sasera, E.: «Las voces antiguas: la Guerra Civil española en algunas memorias y autobiografías del exilio literario de 1939», *Olivar*, n.º 8 (2006), p. 252.
48. Sánchez Alberti, T. (2003): «Desmemoria de la alegría», en Altolaguirre, M. (ed.), *Recuerdo de un olvido. María Teresa León en su centenario, op. cit.,* págs. 28-29.
49. Alberti, Aitana: *La arboleda compartida, ABC Literario*, 8 de diciembre de 1995. pág. 22.
50. *Memoria de la melancolía, op. cit.,* pág. 81.

51. Arniz Sanz, F.: «María Teresa León, entre el olvido y la memoria», en Santonja, G. (edit.), *Homenaje a María Teresa León en su centenario*, *op. cit.*, pág. 73.
52. Carta recogida por Teresa Alberti en «María Teresa León: desmemoria de la alegría», en VV.AA. (2005): *María Teresa León. Memoria de la hermosura*, *op. cit.*, pág. 237.
53. Testimonio recogido por Benjamín Prado en su libro *Los nombres de Antígona*, *op. cit.*, pág. 300.
54. VV.AA. (1987): *María Teresa León*, Valladolid, Junta de Castilla La Mancha, pág. 87.

55. Diálogo recreado por Benjamín Prado en su libro *Los nombres de Antígona*, op. cit., pág. 301.
56. Carta recogida por Teresa Alberti en «María Teresa León: desmemoria de la alegría», en VV.AA. (2005): *María Teresa León. Memoria de la hermosura*, op. cit., pág. 240.
57. Rodrigo, Antonina: *Mujeres para la Historia. La España silenciada del siglo XX*, op. cit., pág. 89.
58. Prado, B. (2001): *Los nombres de Antígona*, op. cit., pág. 302.
59. Entrevista publicada en el *Diario Vasco*, 29 de abril de 2016.

60. Prado, B. (2001): *Los nombres de Antígona, op. cit.*, págs. 302.
61. Alberti, R. (2002): *La arboleda perdida, 2, op. cit.*, pág. 226.
62. Infante, J. (2003): «Una mujer excepcional, María Teresa León», en Altolaguirre, M. (ed.), *Recuerdo de un olvido. María Teresa León en su centenario, op. cit.*, pág. 45.
63. Carta de María Teresa León a su hijo Gonzalo de Sebastián recogida en el trabajo de Teresa Alberti «María Teresa León: desmemoria de la alegría», en VV.AA. (2005): *María Teresa León. Memoria*

de la hermosura, op. cit., pág.
236.

64. Aznar, M. (2003): *Teatro (La libertad en el tejado y Sueño y verdad de Francisco de Goya de María Teresa León)*, *op. cit.*, págs. 13-18.
65. *Ibid.*, págs. 9-10.
66. Carta de María Teresa León a su nieta Isabel de Sebastián recogida por Teresa Alberti en «María Teresa León: desmemoria de la alegría», en VV.AA. (2005): *María Teresa León. Memoria de la hermosura, op. cit.*, pág. 236.
67. Testimonio publicado en «Encuentro con Rafael y María Teresa León en el Trastevere

romano», *La mano en el cajón*, Barcelona, núms.1-2, págs. 55-58.

68. Alberti y Bergamín se habían encontrado en el aeropuerto de Roma el 5 de noviembre de 1971.
69. Alberti, Aitana: «El extraño creyente» de la serie *La arboleda compartida*, *ABC Literario*, 8 de diciembre de 1995, pág. 28.

CAPÍTULO VII

1. Arniz Sanz, F.: «María Teresa León, entre el olvido y la memoria», en Santonja, G. (edit.), *Homenaje a María*

Teresa León en su centenario,
op. cit., pág. 76.

2. Sánchez Alberti, T. (2003):
«Desmemoria de la alegría»,
en Altolaguirre, M. (ed.),
*Recuerdo de un olvido. María
Teresa León en su centenario,*
op. cit., pág. 29.
3. Palabras de Aitana recogidas
en el diario *ABC Córdoba* el
26 de abril de 2003, pág. 63.
4. Poema recogido por Gabriele
Morelli en «Rafael Alberti:
poesía y creación durante su
exilio en Roma», en *Entre el
clavel y la espada. Rafael
Alberti en su siglo,* *op. cit.*,
págs. 440-441.
5. Alberti, Aitana: «El extraño

creyente» de la serie *La arboleda compartida*, *ABC Literario*, 8 de diciembre de 1995, pág. 28.

6. Citado por Benjamín Prado en *Los nombre de Antígona*, *op. cit.*, pág. 304.
7. Aznar, M. (2003): *Teatro (La libertad en el tejado y Sueño y verdad de Francisco de Goya de María Teresa León)*, *op. cit.*, págs. 104-105.
8. Sánchez Alberti, T. (2003): «Desmemoria de la alegría», en Altolaguirre, M. (ed.), *Recuerdo de un olvido. María Teresa León en su centenario*, *op. cit.*, pág. 27.
9. Palabras reproducidas por

Benjamín Prado en *Los nombres de Antígona*, *op. cit.*, pág. 305-306.

10. *ABC*, 4 de julio de 1978, pág. 34.
11. Prado, B. (2001): *Los nombres de Antígona*, *op. cit.*, pág. 306.
12. *ABC*, 9 de septiembre de 1978, pág. 7.
13. Sánchez Alberti, T. (2003): «Desmemoria de la alegría», en Altolaguirre, M. (ed.), *Recuerdo de un olvido. María Teresa León en su centenario*, *op. cit.*, pág. 29.
14. Texto de Gonzalo de Sebastián recogido en VV.AA. (2005): *María Teresa León. Memoria de la hermosura*, *op. cit.*, pág.

15. *Ibid.*, págs. 239-240.
16. *Ibid.*, pág. 30.
17. *Ibid.*, pág. 29.
18. Prado, B. (2001): *Los nombres de Antígona*, *op. cit.*, págs. 197-198.
19. Prado, B. (2002): *La sombra del ángel. Trece años con Alberti*, Madrid, Aguilar, pág. 149.
20. Sánchez Alberti, T. (2003): «Desmemoria de la alegría», en Altolaguirre, M. (ed.), *Recuerdo de un olvido. María Teresa León en su centenario*, *op. cit.*, pág. 30.
21. Prado, B. (2002): *La sombra del ángel. Trece años con*

Alberti, op. cit., pág. 155-156.

22. Sánchez Alberti, T. (2003): «Desmemoria de la alegría», en Altolaguirre, M. (ed.), *Recuerdo de un olvido. María Teresa León en su centenario*, *op. cit.*, pág. 31.
23. Infante, J. (2003): «Una mujer excepcional, María Teresa León», en Altolaguirre, M. (ed.), *Recuerdo de un olvido. María Teresa León en su centenario*, *op. cit.*, pág. 50.
24. Sánchez Alberti, T. (2003): «Desmemoria de la alegría», en Altolaguirre, M. (ed.), *Recuerdo de un olvido. María Teresa León en su centenario*, *op. cit.*, pág. 30.

25. Aitana Alberti ha recordado que en una carta fechada en Pascua de Resurrección de 1971, tres años después de finalizar el volumen de *Memoria de la melancolía*, su madre le decía: «Ya he abierto un compás de espera porque ya llegó *Memoria de la melancolía*, primer tomo, y quiero pensar si el segundo puede llamarse *Desmemoria de la alegría*. En otra carta del verano de 1972, volvía María Teresa al tema de ese segundo volumen: «Yo sigo mi libro de memorias. “La calle larga de la vida” como subtítulo». «Páginas desconocidas que

jamás vieron la luz –señala Aitana–. Deben estar, si no se han extraviado, entre los montones de papeles tuyos que yo personalmente empaqueté y guardé en el armario del piso de Roma, poco antes de vuestro regreso a España el 27 de abril de 1977». Ver el artículo de Aitana Alberti «En algún lugar del cielo», *La arboleda compartida*, *ABC Literario*, 10 de septiembre de 1993, pág. 22.

26. Aitana Alberti: «En algún lugar del cielo», *La arboleda compartida*, *ABC Literario*, 10 de septiembre de 1993, pág. 22.

BIBLIOGRAFÍA DE MARÍA TERESA LEÓN

I. OBRAS DE CREACIÓN

Cuentos para soñar, Burgos,
Hijos de Santiago Rodríguez,
1928. Cuentos.

La bella del mal de amor,
Burgos, Hijos de Santiago
Rodríguez, 1930. Cuentos.

Huelga en el puerto, revista

Octubre, Madrid, núm. 31933,
Teatro.

*Rosa-Fría, patinadora de la
luna*, Madrid, Espasa Calpe,
1934. Cuentos.

Cuentos de la España actual,
Ciudad de México, Dialéctica,
1935. Cuentos.

Una estrella roja. Madrid,
Revista *Ayuda*, 1937. Cuentos.

*Crónica General de la Guerra
Civil*, Madrid, Alianza de
Intelectuales Antifranquistas,
1939. Ensayo.

Contra viento y marea, Buenos
Aires, AIAPE, 1941. Novela.

Morirás lejos. Buenos Aires,
Americalee, 1942. Cuentos.

La historia tiene la palabra,
Buenos Aires, Patronato
Hispano-Argentino de Cultura,
1944. Ensayo.

*El gran amor de Gustavo Adolfo
Bécquer,* Buenos Aires,
Losada S.A., Editorial, 1946.
Novela.

Las peregrinaciones de Teresa,
Buenos Aires, Botella al mar,
1950. Cuentos.

*Don Rodrigo Díaz de Vivar, el
Cid campeador,* Buenos Aires,
Peuser, 1954. Novela.

Nuestro hogar de cada día,
Buenos Aires, Compañía
Fabril Editora, 1958.
Miscelánea.

Sonríe China, Buenos Aires,
Jacobó Muchnik, 1958.
Miscelánea.

Juego limpio, Buenos Aires,
Goyanarte, 1959. Novela.

Doña Jimena Díaz de Vivar,
gran señora de todos los
deberes, Buenos Aires, Losada
S.A., Editorial, 1960. Novela.

Fábulas del tiempo amargo,
Ciudad de México, Alejandro
Finisterre, 1962. Cuentos.

Menesteos, marinero de abril,
Ciudad de México, Era, 1965.
Novela.

Memoria de la melancolía,
Buenos Aires, Losada S.A.,
Editorial, 1970. Biografía.

*Cervantes. El soldado que nos
enseñó a hablar,* Madrid,
Altalena, 1978. Novela.

Una estrella roja, Madrid,
Espasa-Calpe, 1979. Cuentos.

La libertad en el tejado,
Segovia, Revista *Encuentros*,
núms. 9-10, 1989. Teatro.

*Sueño y realidad de Francisco
de Goya,* Sevilla,

Renacimiento, 2003. Teatro.

Misericordia, Madrid, ADE,
2003. Teatro.

II. TRADUCCIONES Y PRÓLOGOS

Mihail Eminescu, *Poesía*.
Editorial Losada, Buenos
Aires, 1958 (Barcelona, Seix
Barral, 1973).

Poesía china, Buenos Aires,
Compañía Fabril Editora,
colección Los poetas, 1960
(1972) (Madrid, Visor Libros,
2003).

Poemas (1917-1952), Paul
Éluard, Buenos Aires, Lautaro,

1957 (Barcelona, Argonauta, 1990).

Doinas y baladas populares rumanas, Buenos Aires, Editorial Losada, 1963.

Tudor Arghezi, *Poesías*, Buenos Aires, Editorial Losada, 1961.

Mesterul Manole, *Bucarest*, Editorial Albatros, 1976.
Balada rumana traducida a cinco idiomas.

Miorita, *Bucarest*, Editorial Albatros, 1976.

Pablo Picasso, *Las cuatro niñas*, Obra en seis actos, Madrid, Aguilar, 1973

(Traducción del francés).

M. Sholojov, *Campos roturados*,
Barcelona, Editorial Europa-
América, 1936.

Liviu Rebreanu, *El bosque de los
ahorcados*, Buenos Aires,
Losada, 1967.

Miguel de Cervantes, *Don
Quijote de la Mancha*,
Bucarest, Petru Literatura
Universala, 1965 (Prólogo).

Leonardo da Vinci, *Fábulas y
Leyendas*, Barcelona, Nauta,
1973.

Víctor Manuel Arbeloa, *Nuevos
cantos y llantos de Navidad*,

Pamplona, ed. Del autor, 1976
(Prólogo).

Antonio G. Pericas, *Burgos
prisión central*, Colección
Ebro/poesía. (Prólogo con
Alberti).

Voltaire, *Cándido o el
optimismo*. Barcelona,
Muchnik Editores, 1978
(1995).

*El presente eterno (Música
impresa): añorando a
Eminescu*, Zaragoza, Demetri
Motatu, 1997.

III. FILMOGRAFÍA

Los ojos más lindos del mundo.

Director: Luis Saslavsky.
Argentina, 1943.

La dama duende. Director: Luis Saslavsky. Argentina, 1945.

El gran amor de Gustavo Adolfo Bécquer. Director: Alberto de Zavalía. Argentina, 1946.

BIBLIOGRAFÍA SOBRE MARÍA TERESA LEÓN

Aguilera Sastre, Juan: «María Teresa León (Logroño 1903-Madrid 1988)», *ADE*, núm. 97, septiembre-octubre, 2003, pp. 25-38.

—, «Las fundadoras del Lyceum Club Femenino Español», en *Brocar. Cuadernos de Investigación Histórica*, núm. 35, 2011, págs. 65-90.

Álamo Triana, Isabel del (ed.):
Cartas a Corpus Barga,
Alicante, Instituto Alicantino
de Cultura Juan Gil-Albert,
2008.

Alberti, Aitana: *La arboleda compartida*: serie de artículos de entrega bimensual publicados en *ABC Cultural* desde 9 de octubre de 1993 a 1997.

—, «María Teresa León: nuestra señora de todos los deberes», en Altolaguirre, M. (ed.), *Recuerdo de un olvido. María Teresa León en su centenario*,

Madrid, Sociedad Estatal de
Commemoraciones Culturales,
2003.

–, (ed.), *María Teresa León. La
memoria dispersa*, Sevilla,
Atrapasueños, 2013.

Alberti, Rafael: «Cuando tú
apareciste...», prólogo a la
edición *Memoria de la
melancolía*, Barcelona,
Círculo de Lectores, 1987,
págs. 7-10.

–, «Mi vida con María Teresa
León», *Homenaje a María
Teresa León*, Madrid,
Universidad Complutense de

Madrid, 1990, págs. 9-11.

–, *La arboleda perdida, 1. Primero y Segundo libros (1902-1931)*, Madrid, Alianza Editorial-Biblioteca Alberti, 2002.

–, *La arboleda perdida, 2. Tercero y Cuarto libros (1931-1987)*, Madrid, Alianza Editorial-Biblioteca Alberti, 2002.

Altolaguirre, Maya S.: *María Teresa León: gran señora de todos los deberes*, Granada, Patronato Federico García Lorca de la Diputación de

Granada, 2003.

–, (ed.), *Recuerdo de un olvido. María Teresa León en su centenario*, Madrid, Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales, 2003.

Álvarez de Armas, O.: «María Teresa León: la luminosa cola del cometa», en *A distancia*, UNED, Madrid, febrero 2004, 1990, págs. 130-137.

Álvarez Tejedor, Antonio: «María Teresa León: la literatura de compromiso de una mujer comprometida con la literatura», en Santonja, G.

(edit.), *Homenaje a María Teresa León en su centenario*, Madrid, Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales, 2003, págs. 175-186.

Amorós, Mario: *Neruda, príncipe de los poetas*, Barcelona, Ediciones B, 2015,

Ana, Marcos: «María Teresa León, una mujer comprometida con el tiempo», *Homenaje a María Teresa León*, Madrid, Universidad Complutense de Madrid, 1990, págs. 41-50.

Aráoz Alfaro, R.: *El recuerdo y las cárceles (Memorias*

amables), Buenos Aires, Ediciones de la Flor, 1967.

Arias, Salvador: «Testimonio», *Homenaje a María Teresa León*, Madrid, Universidad Complutense de Madrid, 1990, pp. 65-73.

—, «María Teresa León», en Santonja, G. (edit.), *Homenaje a María Teresa León en su centenario*, Madrid, Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales, 2003, págs. 369-380.

—, «Memoria de un tiempo sin memoria», *ADE*, núm. 97,

septiembre-octubre, 2003, pp.
39-53.

Arniz Sanz, Francisco M.:
«Encuentro con Rafael Alberti
y María Teresa León en el
Trastevere romano»,
*Aproximación a Rafael Alberti
y María Teresa León*, en *La
mano en el cajón*, núm. 1-2,
Barcelona, 1976, págs. 55-58.

–, «María Teresa León, entre el
olvido y la memoria», en
Santonja, G. (edit.), *Homenaje
a María Teresa León en su
centenario*, Madrid, Sociedad
Estatl de Conmemoraciones

Culturales, 2003, págs. 69-78.

Aub, Max: *Conversaciones con Buñuel, seguidas de 45 entrevistas con familiares, amigos y colaboradores del cineasta aragonés*, Madrid, Aguilar, 1985.

Augier, Ángel: *Rafael Alberti en Cuba*, La Habana, Editorial Arte y Literatura, 1999.

Aznar Soler, Manuel: «María Teresa León y el teatro español durante la guerra civil», Barcelona, *Anthropos* (septiembre de 1993).

—, «La libertad en el tejado, de

María Teresa León», *La libertad en el tejado*, Associació d'Idees-GEXEL, Barcelona, 1995, estudio introductorio a la edición, págs. 7-35.

–, (ed.): *Teatro (La libertad en el tejado y Sueño y verdad de Francisco de Goya de María Teresa León)*, Sevilla, Renacimiento, 2003.

–, «M^a Teresa León y el teatro español durante la guerra civil», *Revista STICHOMYTHIA*, núm. 5, 2007.

Baur, Sergio: «La Argentina que vivió María Teresa León», en VV.AA.: *María Teresa León. Memoria de la hermosura*, Madrid, Fundación Autor, 2005, págs. 87 y 112.

Bayo, Manuel: *Sobre Alberti*, Madrid, Ed. CVS, 1974.

Blanco, Alda: «“Las voces perdidas”: silencio y recuerdo en María Teresa León», en VV.AA.: *María Teresa León. Memoria de la hermosura*, Madrid, Fundación Autor, 2005, págs. 193-201.

Bordonada, Á. E.: *Novelas*

breves de escritoras españolas (1900-1936), Madrid, Castalia-Instituto de la Mujer, Madrid, 1989.

Cacho Millet, Gabriel (ed.): *María Teresa León. Trabajos de una desterrada*, Madrid, Sial / Trivium, 2015.

Castillo Robles, M.J.: «María Teresa León y doña Jimena, mujeres de España», en *Philologica Urcitana. Revista Semestral de Iniciación a la Investigación en Filología*, Vol. 9, septiembre 2013, Departamento de Filología,

Universidad de Almería.

Caudet, Francisco: «Aquel susurrar de la memoria...», en Santonja, G. (edit.), *Homenaje a María Teresa León en su centenario*, Madrid, Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales, 2003, págs. 167-174.

Celma, María Pilar: «El compromiso de una *femme de lettres* en los *Cuentos de la España actual*», en Santonja, G. (edit.), *Homenaje a María Teresa León en su centenario*, Madrid, Sociedad Estatal de

Conmemoraciones Culturales,
2003, págs. 147-154.

Crespo, Ángel: *Guerra en España (1936-1953)*, Madrid, Seix Barral, 1985.

Colinas, Antonio: *Rafael Alberti en Ibiza. Seis semanas del verano de 1936*, Barcelona, Tusquets, 1995.

–, «María Teresa León: amor y poesía por encima de la Historia», en Altolaquirre, M. (ed.), *Recuerdo de un olvido. María Teresa León en su centenario*, Madrid, Sociedad Estatal de Conmemoraciones

Culturales, 2003, págs. 113-122.

De la Fuente, Inmaculada: *Mujeres de la posguerra. De Carmen Laforet a Rosa Chacel: historia de una generación*, Barcelona, Planeta, 2002.

Eguizábal, Raúl: «María Teresa León en el germen del compromiso», en Santonja, G. (edit.), *Homenaje a María Teresa León en su centenario*, Madrid, Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales, 2003, págs. 187-194.

Ehrenburg, I.: *Corresponsal en España*, Barcelona, Prensa Ibérica, 1998.

–, *Gente, años, vida (Memorias 1891-1967)*, Barcelona, Acantilado, 2014.

Esquivias, Óscar: «La memoria silenciada», en Santonja, G. (edit.), *Homenaje a María Teresa León en su centenario*, Madrid, Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales, 2003, págs. 119-128.

Estébanez Gil, Juan Carlos: *María Teresa. Escritura, compromiso y memoria*,

Fundación Instituto Castellano y Leonés de la Lengua, Valladolid, 2003.

- , «María Teresa León. De sus inicios literarios al exilio argentino», en Santonja, G. (edit.), *Homenaje a María Teresa León en su centenario*, Madrid, Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales, 2003, págs. 29-42.
- , «María Teresa León. Valoraciones de un centenario», en VV.AA.: *María Teresa León. Memoria de la hermosura*, Madrid, Fundación

Autor, 2005, págs. 173-192.

Ferris, José Luis: *Maruja Mallo, la gran transgresora del 27*, Madrid, Temas de Hoy, 2004.

–, «Maruja Mallo, la gran tapada del 27», en *Mujer y literatura en el siglo XX*, Centro Cultural Generación del 27, Málaga, 2006, págs. 119-134.

–, *Miguel Hernández. Pasiones, cárcel y muerte de un poeta*, Madrid, Fundación José Manuel Lara, 2016.

Flores Pazos, Carlos: «Amigo Lelyin: Ayúdenos. Rafael Alberti y la URSS. 1932-

1934», en VV.AA. (2003): *Entre el clavel y la espada. Rafael Alberti en su siglo*, Ministerio de Educación, Cultura y Deporte, Madrid, 2003, págs. 251-281.

–, «María Teresa León en la URSS», en VV.AA.: *María Teresa León. Memoria de la hermosura*, Madrid, Fundación Autor, 2005, pág. 29-48.

Fraile, Medardo: «Los tres sueños de María Teresa León», en Altolaguirre, M. (ed.), *Recuerdo de un olvido. María Teresa León en su centenario*,

Madrid, Sociedad Estatal de
Commemoraciones Culturales,
2003, págs. 53-62.

García Montero, L.: «El sueño
literario de una intelectual
comunista», *El País*, 15 de
diciembre de 1988.

Gil-Albert, Juan: *Memorabilia
(1934-1939)*, en *Obra
completa en prosa*, Vol. 2.
Valencia, Institución Alfonso el
Magnánimo, Diputación de
Valencia, 1982.

González, María de los Ángeles.:
«María Teresa León: una
biografía del exilio», en en

Santonja, G. (edit.), *Homenaje a María Teresa León en su centenario*, Madrid, Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales, 2003, págs. 43-68.

Grandes, Almudena: «Memoria de la hermosura», en VV.AA.: *María Teresa León. Memoria de la hermosura*, Fundación Autor. Madrid. Iberautor Promociones Culturales, 2005, págs. 9-13.

Guillén, Nicolás: *Páginas vueltas*, Barcelona, Mondadori, 1988.

Infante, José: «Una mujer

excepcional, María Teresa León», en Altolaguirre, M. (ed.), *Recuerdo de un olvido. María Teresa León en su centenario*, Madrid, Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales, 2003, págs. 45-52.

Líster, Enrique: *Nuestra Guerra. Memorias de un luchador*, Zaragoza, Ed. Silente, 2007.

Llopis, E.: *Rafael Alberti. La deriva de un marinero en tierra (1940-1963)*, Buenos Aires, Ediciones del Centro Cultural de la Cooperación, 2013.

Loxa, Juan de: «María Teresa León: otra luz bajo la arboleda», en Altolaguirre, M. (ed.), *Recuerdo de un olvido. María Teresa León en su centenario*, Madrid, Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales, 2003, págs. 37-46.

Lucas, Antonio: «Rafael ¡Vida! Se me caen las alas de estar sola», *Magazine. El Mundo*, núm. 183, 30 marzo 2003.

Kirkpatrick, Susan: *Mujeres, Modernismo y vanguardia en España (1898-1931)*, Madrid, Ediciones Cátedra-

Universidad de Valencia-
Instituto de la Mujer, 2003.

Koltsov, Mijaíl: *Diario de la guerra de España*, París, Ruedo Ibérico, París, 1963.

León-Sotelo, Trinidad de: «María Teresa León, memoria del olvido», en *Los Domingos de ABC*, 29 de marzo de 1987, págs. 12-16.

Mainer, José-Carlos: «Las escritoras del 27 (con María Teresa León al fondo)», en *Homenaje a María Teresa León*, Universidad Complutense de Madrid,

Cursos de Verano, El Escorial,
1990.

Mangini, Shirley: *Las modernas de Madrid. Las grandes intelectuales españolas de la vanguardia*, Madrid, Península, 2001.

Marcillas Piquer, Isabel: «María Teresa León: la intrahistoria con alma de mujer». *Estudis Transversals: Literatura i Altres Arts en les Cultures Mediterrànies*, Universidad de Alicante, mayo 2007.
<http://hdl.handle.net/10045/207>

Marrast, Robert: Artículos

recogidos en Alberti, R.: *Prosas encontradas. 1924-1942*, Madrid, ed. de Ayuso, 1973.

–, «Deuxième voyage de Rafael Alberti en URSS», *Bulletin Hispanique*, LXXXVIII, 1986, n.º 3-4, págs. 357-384.

–, *Rafael Alberti en México, 1935, La Isla de los Ratones*, 1984.

Martínez de Mingo, Luis.: «La coherencia de una soñadora», en Santonja, G. (edit.), *Homenaje a María Teresa León en su centenario*,

Madrid, Sociedad Estatal de
Commemoraciones Culturales,
2003, págs. 129-138.

Mateo, María Asunción: *Rafael
Alberti. De lo vivo y lo lejano*,
Madrid, Espasa-Calpe, 1996.

Monforte, Inmaculada: *María
Teresa León: el estilo de una
autobiografía*, Tesis de
licenciatura inédita,
Universidad de Zaragoza,
1989.

Monleón, José: «Evocación del
teatro de Arte y Propaganda»,
Triunfo, 3 de septiembre de
1977.

—, «Lectura histórica del pensamiento teatral de María Teresa León», *Homenaje a María Teresa León*, Madrid, Universidad Complutense de Madrid, 1990, págs. 65-73.

Moreiro, Julián: *Españoles excesivos*, Madrid, Edaf, 2008.

Morelli, Gabriele: «Rafael Alberti: poesía y creación durante su exilio en Roma», en VV.AA.: *Entre el clavel y la espada. Rafael Alberti en su siglo*, Ministerio de Educación, Cultura y Deporte, Madrid, 2003, págs. 427-442.

- , «*Roma en la memoria de María Teresa León y su comedia inédita La historia de mi corazón*», en VV.AA.: *María Teresa León. Memoria de la hermosura*, Fundación Autor. Madrid. Iberautor Promociones Culturales, 2005, pág. 141-147.
- , (ed.) *Eugenio Luraghi / Rafael Alberti. Corrispondenza inedita (1947-1983)*, viennepierre edizioni, Milano, 2005.
- , (ed.) *Dario Puccini / Rafael Alberti. Corrispondenza*

inedita (1951-1969),
viennepierre edizioni, Milano,
2009.

Morla Lynch, C.: *España con
Federico García Lorca*,
Sevilla, Renacimiento, 2008.

–, *España sufre. Diarios de
guerra en el Madrid
republicano*, Sevilla,
Renacimiento, 2008.

Muro, Miguel Ángel: «María
Teresa León: *Femme de
lettres*, mujer de teatro», en
Santonja, G. (edit.), *Homenaje
a María Teresa León en su
centenario*, Madrid, Sociedad

Estatal de Conmemoraciones Culturales, 2003, págs. 211-228.

Neruda, Pablo: *Confieso que he vivido*, Barcelona, Argos Vergara, 1979.

Novaceanu, D.: «Tres retratos y un recuerdo de María Teresa León», en Santonja, G. (edit.), *Homenaje a María Teresa León en su centenario*, Madrid, Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales, 2003, págs. 381-388.

Oliva, César: «La práctica escénica de María Teresa

León», en Santonja, G. (edit.), *Homenaje a María Teresa León en su centenario*, Madrid, Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales, 2003, págs. 253-268.

Ontañón, Santiago: *Unos pocos amigos verdaderos*, Madrid, Fundación Banco Exterior, 1988.

Paz, Octavio: «Fundación y disidencia», en *Obras completas*, vol. III, Barcelona, Círculo de Lectores, 1991.

Prado, Benjamín: *Los nombres de Antígona*, Madrid, Aguilar,

2001.

–, *La sombra del ángel. Trece años con Alberti*, Madrid, Aguilar, 2002.

Río del Val, José Antonio: *María Teresa León en la Argentina de 1928. Vida-Obras*, Buenos Aires, editorial Gear, 2003.

Rodrigo, Antonina: *María Lejárraga, una mujer en la sombra*, Madrid, Ed. Vosa, 1994.

–, *Mujeres para la historia. La España silenciada del siglo XX*, Madrid, Compañía Literaria, 1996.

Saavedra Arias, R.: *El patrimonio artístico español durante la Guerra Civil (1936-1939). Política e ideología en las «dos Españas»*, Universidad de Cantabria, 2013.

Saiz Viadero, J.R.: «Zenobia Camprubí y las republicanas en el exilio», en Cortés Ibáñez, E. (coord.): *Zenobia Camprubí y la Edad de Plata de la cultura española*, Sevilla, Universidad Internacional de Andalucía-Fundación Caja Rural del Sur, 2010.

Salvat, Ricard: «Aproximación al universo creativo de María Teresa León», en VV.AA.: *María Teresa León. Memoria de la hermosura*, Fundación Autor. Madrid. Iberautor Promociones Culturales, 2005, pág. 49-85.

Sánchez Alberti, Teresa: «Desmemoria de la alegría», en Altolaguirre, M. (ed.), *Recuerdo de un olvido. María Teresa León en su centenario*, Madrid, Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales, 2003, págs. 27-32.

Sánchez Recio, G. y VV.AA.
(1991): *Guerra Civil y franquismo en Alicante*, Instituto de Cultura Juan Gil-Albert, Alicante, 1991.

Santonja, Gonzalo: prólogo, selección del apéndice y notas a *La Historia tiene la palabra (Noticia sobre el Salvamento del Tesoro Artístico)*, de María Teresa León, Madrid, Ed. Hispamerca, 1977.

—, «Octubre, número 0», en *Cuadernos Hispanoamericanos*, 485-486, noviembre-diciembre 1990,

págs. 137-144.

–, (ed.), *Homenaje a María Teresa León en su centenario*, Madrid, Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales, 2003.

Schidlowsky, David: *Neruda y su tiempo: las furias y las penas. Volumen I. 1904-1949*, Santiago de Chile, RIL Editores, 2008.

Schwarzstein, D.: *Entre Franco y Perón*, Barcelona, Crítica, 2001.

Siles, Jaime: «Memoria de la melancolía: el yo como

instancia de discurso; el yo como materia de relato», en Santonja, G. (edit.), *Homenaje a María Teresa León en su centenario*, Madrid, Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales, 2003, págs. 89-110.

Soler Sasera, E.: «Las voces antiguas: la Guerra Civil española en algunas memorias y autobiografías del exilio literario de 1939», *Olivar*, n.º 8, 2006.

Torres Nebrera, Gregorio: *Los espacios de la memoria (La obra literaria de María teresa*

León), Madrid, Ediciones de la Torre, 1996.

–, Introducción biográfica y crítica a *Memoria de la melancolía*, Madrid, Castalia, 1999, págs. 7-63.

Trapiello, Andrés: *Las armas y las letras*, Barcelona, Planeta, 1994

Ulacia Altolaguirre, Paloma: *Concha Méndez. Memorias habladas, memorias armadas*, Madrid, Mondadori, 1990.

Vvaa: *María Teresa León*, Valladolid, Consejería de Educación y Cultura de la Junta

de Castilla y León, 1987.

–, *Homenaje a María Teresa León*. Madrid, Universidad Complutense de Madrid, Cursos de Verano de El Escorial, 1990.

–, *María Teresa León, 1903-1988*. Madrid, Concejalía de Juventud del Ayuntamiento de Madrid, 1990.

–, *Autoras en la historia del teatro español (1500-1994)*. Volumen II, Siglo XX, Asociación de Directores de Escena, Madrid, 1996.

–, *María Teresa León en su*

centenario. Madrid, Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales, Instituto Castellano y Leonés de la Lengua, Instituto Municipal de Cultura del Ayuntamiento de Burgos y Conserjería de Educación y Cultura de la Rioja, 2003 (Actas de las jornadas *María Teresa León en su centenario*).

–, *Recuerdo de un olvido. María Teresa León en su centenario*. Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales, Madrid, 2003.

–, *ABC CULTURAL (suplemento*

semanal del diario ABC de Sevilla). *Cien años de María Teresa León*, número 604, 23 de agosto de 2003.

–, *Crónica General de la Guerra Civil*. Recopilación de María Teresa León. Prólogo de Luis A. Esteve. Edición facsímil de la publicada por Ediciones de la Alianza de Intelectuales Antifascistas de 1937., Sevilla, Renacimiento, Colección Facsímiles n.º 12, 2007.

Zuleta, E.: *Espanoles en la Argentina*, Buenos Aires, Atril, 1999.

ÍNDICE ONOMÁSTICO

ABRIL, Xavier, 114

ADÉN, Carlos, 285

ADSUARA, Juan, 170

AGUILERA SASTRE, Juan, 410, 441

AGUIRRE CERDA, Pedro, 235

AI CH'ING (SEUDÓNIMO DE CHANG
HAICH'ENG), 322

AIRALDI, Roberto, 285

ÁLAMO TRIANA, Isabel del, 252,
424-426, 429, 433, 434, 441

ALBERTI, Rafael, *passim*

ALBERTI, Teresa (*ver Sánchez
Alberti, Teresa*)

ALBERTI, Aitana, 19, 20, 23, 25,
29, 30, 76, 148, 216, 217, 225,
237, 265, 270-275, 281, 286,
289, 290, 292, 299, 300, 301,
304-307, 314-318, 320, 322,
324, 327, 328, 330-332, 339,
345-349, 351, 355, 356, 358,
362, 363, 367, 375, 386-388,
390, 391, 393-395, 397, 399,
402, 403, 406, 409, 420, 421,
426-437, 441

ALBERTI, Vicente, 93

ALBERTI, Josefina, 158

ALBORNOS, Aurora de, 370

ALCALÁ-ZAMORA, Niceto, 97, 143,
369

ALCORTA, Gloria, 324, 349

ALEIXANDRE, Vicente, 117, 142,
160, 164, 205, 259, 385

ALEJANDRO VI, 356

ALEMANY BAY, Carmen, 421

ALFARO SIQUEIROS, David, 133,
136, 267, 358

ALFONSO XII, 32

ALFONSO XIII, 53, 56, 120, 356

ALLENDE, Salvador, 378

ALONSO, Dámaso, 359, 364

ALTEA (NIETA DE MARÍA TERESA LEÓN, hija de Aitana Alberti León), 390, 391

ALTED VIGIL, Alicia, 425

ALTOLAGUIRRE, Manuel, 74, 95, 99, 102, 116, 117, 144, 146-148, 159, 162, 205, 405, 410, 412, 414, 416, 418, 420, 426-428, 432-437, 441, 443-445, 448

ALTOLAGUIRRE, Maya S., 282, 427, 441

ÁLVAREZ DE ARMAS, Olga, 442

ÁLVAREZ DE MENDIZÁBAL, José M^a,
146

ÁLVAREZ DEL VAYO, Julio, 224

ÁLVAREZ LOPERA, José, 418

ÁLVAREZ QUINTERO, Serafín, 96

ÁLVAREZ QUINTERO, Joaquín, 96

ÁLVAREZ TEJEDOR, Antonio, 109,
413, 442

AMADO, José María, 17

AMAYA, Carmen, 22

AMI, Ben, 262

AMORIM, Enrique, 261, 349

AMORÓS, Mario, 425, 442

AMPOSTA, Beatriz, 380, 382, 387,
392, 393, 395, 397

ANA, Marcos, 160, 369, 434

ANDRÉS, Luisa, 163

ANDRÉS, Teresa, 169

ÁNGELES ORTIZ, Manuel, 99, 160,
259, 260, 340

ANGÉLICO, Halma, 81

ANTONIONI, Michelangelo, 372

APARICIO, Antonio, 160, 161, 194,
199, 204, 207, 212, 213, 222

ARA, Judith, 418

ARÁEZ, María del Carmen, 269

ARAGON, Louis, 103, 104, 114,

119, 160, 203, 205, 228, 229,
237, 250, 340, 433

ARÁOZ ALFARO, Rodolfo, 259,
267, 268, 272, 426, 442

ARÁOZ ALFARO, María del
Carmen, 266, 267, 272

ARCONADA, César M., 114, 140

ARDANUY, Emilia, 197, 324

ARDERÍUS, Joaquín, 140

ARENDR, Erich, 319

ARGERICH, Isabel, 418

ARGHEZI, Tudor, 317, 341, 342,
440

ARIAS, Salvador, 18, 53, 168,

195, 197, 200, 297, 325, 389,
390, 407, 419, 442

ARMSTRONG, Louis, 262

ARNICHES, Carlos, 86

ARNIZ SANZ, Francisco M., 19,
370, 376, 384, 387, 422, 426,
434-436, 442

ARZARELLO, Sofía, 276, 427

ASÉYEV, Nikolái, 103

ASTURIAS, Miguel Ángel, 99, 100,
346, 434

ASTURIAS, Blanca, 348

ASÚNSULO, María, 136

ATTARD Y TELLO, Josefina de

(Fina de Calderón), 399

AUB, Max, 83, 190, 194, 201,
295, 359, 360, 411, 433, 442

AUDEN, W. H., 216

AUGIER, Ángel, 431, 442

AVELINE, Claude, 205

AVIRANETA, Eugenio de, 242

AYALA, Francisco, 72, 118

AYORA, Antonio, 199

AZAÑA, Manuel, 70, 144, 146

AZNAR SOLER, Manuel, 19, 196,
202, 297, 383, 390, 419, 428,
429, 434-436, 442

AZÓCAR, Rubén, 292

BABEL, Isaac, 120

BACH, Juan Sebastián, 318, 332

BAEZA, María, 70

BAEZA, Ricardo, 159

BALCELLS, Carmen, 393

BALLESTER, José, 148

BAQUERO, Edmundo, 197

BARALT ZACHARÍE, Luis Alejandro,
98

BARBUSSE, Henri, 107

BARDEM, Juan Antonio, 340

BARLETTA, Leónidas, 261

BAROJA, Pío, 241-243, 316, 332,
423

BARRA, Pedro de la, 292

BARRAL, Emiliano, 166, 171, 172

BARREIRO, Javier, 85

BARRIO, Ángeles, 94, 412

BATAILLON, Marcel, 243

BATISTA, Fulgencio, 131, 140

BAUDELAIRE, Charles, 122, 279,
348, 349, 363

BAUDRILLART, Alfred, 214, 215,
421

BAUR, Sergio, 19, 263, 266, 426,
427, 443

BAUTISTA, Aurora, 339

BAUTISTA, Julián, 303, 428

BAYO, Alberto, 154, 155

BAYO, Manuel, 354, 411, 432,
443

BAYONA, Pilar, 145

BECHER, Johannes Robert, 415

BÉCQUER, Gustavo Adolfo, 291-
293, 322

BELLI, Gioachino, 357

BELLO, José (Pepín), 76, 145, 230

BENAVENTE, Jacinto, 82, 96, 97,
103, 190, 205

BENCE, Amelia, 285, 286

BENDA, Julien, 205

BENJAMIN, Walter, 149

BENLLOCH, Juan Bautista, 59, 63

BERCEO, Gonzalo de, 46, 389

BERENGUER, Dámaso, 80

BERGAMÍN, José, 95, 117, 159,
162, 164, 166, 168, 172, 205,
213, 216, 243, 299, 385, 386,
388, 389, 435

BERNALDO DE QUIRÓS, Cesáreo, 78

BERNÁRDEZ, Paco Luis, 349

BERNHARDT, Sarah, 280

BHER, Alejandro, 80

BLANCO, Alda, 443

BLANCO, Francisco, 411

BLASCO, Javier, 417

BLASCO IBÁÑEZ, Vicente, 320, 430

BLEIBERG, Germán, 17, 194

BLOCH, Jean Richard, 120, 243

BLOK, Aleksandr, 104

BODINI, Vittorio, 344, 354

BONADEO, Inés, 324

BONET, Antonio, 289, 290, 349

BORDONADA, Ángela Ena, 66, 408,
443

BORDONS, Teresa, 409

BORGES, Jorge Luis, 78

BORGIA (PAPA), 356

BOSCÁN, Juan, 46

BOSÉ, Lucía, 340

BÓVEDA, Xavier, 74

BRASSEUR, Pierre, 262

BRAVO, Mario, 267

BRAVO VILLASANTE, Carmen, 16,
18

BRECHT, Bertolt, 106, 107, 205,
318, 319

BREY MARIÑO, María, 166, 169

BRIK, Lili, 104

BRUNET, Marta, 259, 260, 279

BRUNO, Giordano, 357

BUFF, Charlotte, 279

BUÑUEL, Luis, 95, 114, 128, 145,
230, 363

BUÑUEL, Alfonso, 145

BURGOS, Carmen de (Colombine),
323

BURRI, Fernando, 358

BYRON, George Gordon (lord
Byron), 85

CAAMAÑO DÍAZ, Carmen, 166, 169

CABADA, Juan de la, 133

CABALLERO, José, 145, 377, 388

CABALLERO, Carmen, 306

CÁCERES, Juana, 197, 324

CÁCERES, Leonardo, 424

CACHO MILLET, Gabriel, 443

CAGLI, Corrado, 358

CALDERÓN DE LA BARCA, Pedro,
286, 287

CALVO SOTELO, José, 146, 147,
149

CALZADA, Fermín, 73

CAMBRILS, María, 133

CAMPRUBÍ, Zenobia, 70, 81, 82,
162, 284, 405, 427, 448

CAMUS, Albert, 149

CANDEL VILA, Xelo, 360, 433

CANTO, Estela, 322

CAPA, Robert, 160, 188

CARBONELL, Carlos, 148

CARNÉS, Luisa, 177, 184

CARPENTIER, Alejo, 99, 100, 194,
205, 236, 330, 335, 420

CARRERE, Emilio, 85

CARRIL, Delia del, 145-147, 234-
237, 249, 250, 253, 254, 261,
265, 284, 353, 423

CASADO, Segismundo (coronel),
220, 223, 224, 230, 248

CASAL, Julio J., 271, 276

CASAL CHAPÍ, Enrique, 190

CASARES QUIROGA, Santiago, 150

CASONA, Alejandro, 190, 349

CASSOU, Jean, 205, 243

CASTAGNINO, Juan Carlos, 349

CASTILLO, José, 146, 147

CASTILLO, Ramón, 263

CASTILLO ROBLES, María José,
330, 430

CASTRO, Américo, 41

CASTRO, Fidel, 334, 433

CASUSO, Teresa, 187

CATALÁN, Miguel, 45, 406

CATALÁN MENÉNDEZ-PIDAL, Diego,
45

CATELAS, Jean Joseph, 224, 228

CAUDET, Francisco, 443

CELMA, María Pilar, 141, 415,
443

CENTENO, Augusto, 230

CERNUDA, Luis, 114, 116, 117,
144, 146, 147, 160, 161, 164,
177, 205, 207, 210, 216, 419

CERVANTES, Miguel de, 195, 322,
349, 440

CETINA, Gutierre de, 64

CHACEL, Rosa, 18-20, 22, 24, 68,

105, 106, 170, 282, 413, 421,
444

CHACEL, Blanca, 169

CHAGALL, Marc, 99, 100, 118

CHAMPOURCÍN, Ernestina de, 19,
81, 284

CHAMBERLAIN, Neville, 248

CHAMSON, André, 205, 250

CHANEL, Coco, 69

CHARAUSSET, Alfonso, 55

CHECA, Pedro, 224

CHEJOV, Anton, 199

CHEVALIER, Maurice, 262

CHOPIN, Federico, 91, 92

CIUTAT, Francisco, 160

CLARAMUNT, Teresa, 133

CLARK, Marga, 412

CLOSAS, Alberto, 18, 349

COLINAS, Antonio, 84, 98, 149,
150-154, 176, 411, 412, 416,
418, 443

COMIN, Jacopo (Tintoretto), 172

COMNENE, María Anna, 214, 421

COMPANYS, Lluís, 417

CONDOY, Luisa, 145

CONTRERAS, Carlos, 160

CORDÓN, Antonio, 224, 225, 227

CÓRDOVA ITURBURU, Cayetano,
268, 349

CORPUS BARGA, 204, 237, 239,
240, 241, 246, 256, 257, 263,
266, 292, 297-299, 309, 310,
366, 423-429, 433, 434, 441

CORTÉS IBÁÑEZ, Emilia, 405, 427,
448

CORTESINA, Elena, 288

COSSÍO, Bartolomé, 41

COSSÍO, José María de, 414

COSTA, Benjamín, 176

COTAPOS BAEZA, Acario, 145, 160

COWLEY, Malcolm, 205

CRAMONA, Darío, 187

CRESPO, Ángel, 416, 443

CREVEL, René, 99, 125, 137

CRUCHAGA, Ángel, 292

CRUZ SALIDO, Francisco, 417

CUADRADO, Arturo, 265, 303

CUATRECASAS, Anita, 285

CUATRECASAS, Dr., 336

CUSTODIO, Ana M.^a, 230

D'ANNUNZIO, Gabriele, 57, 58,
408

D'HALMAR, Augusto, 292

DA VINCI, Leonardo, 378, 440

DALADIER, Édouard, 249, 424

DALÍ, Salvador, 118, 230

DARÍO, Rubén, 138, 144, 311

DE BENEDETTI, Giacomo, 358

DE JOUVENEL DES URSINS, Renaud,
243

DELHEZ, Victor, 267

DELICADO, Manuel, 224

DELICADO, Francisco, 356

DELOGUS, Ignacio, 375

DÉSORMIÈRE, Roger, 230

DÍAZ DE VIVAR, Jimena, 293, 314,
316, 325-330, 364, 430, 439

DÍAZ FERNÁNDEZ, José, 140

DICKSON, Archibald, 422

DIEGO, Gerardo, 74, 113, 116,
118, 432

DIESTE, Rafael, 17, 164, 180, 194

DIESTE, Carmen, 292

DIETRICH, Marlene, 262

DÍEZ-ALEGRÍA, José María, 399

DIOSDADO, Enrique, 288, 349,
428

DOMÍNGUEZ BÉCQUER, Joaquín,
221

DOMINGUÍN, Luis Miguel, 331,
333, 339, 340

DONOSO, José, 267

DORTA, Mariana, 375, 389, 399

DOS PASSOS, John, 160, 205, 216,
333

DREYER, Carl Theodor, 215

DUARTE, Eva (Evita Perón), 310

DUCLOS, Jacques, 340

DULLIN, Charles, 100

DUMAS, Alejandro, 38, 40

DUNCAN, Isadora, 323

DUNHAM, Catherine, 262

DUPIN, Aurore (George Sand),
91, 92, 323

DURÁN, Gustavo, 145, 207

DURASTANTI, Eros, 368

EBRO, María Cruz, 63

EGUIZÁBAL MAZA, Raúl, 408, 444,
455

EHRENBURG, Iliá, 119, 167, 205,
212, 250, 317, 318, 417, 444

EISENSTEIN, Sergei, 120

ELLINGTON, Duke, 262, 455

ÉLUARD, Paul, 205, 237, 349, 440

ELVIRA (SOBRINA DE RAMONA), 274

EMINESCU, Mihai, 317, 341, 342,
349, 440

ENZINA, Juan del, 42, 406

ESCANDELL (AMIGO DE IBIZA), 152,
155

ESPERT, Nuria, 18

ESPÍN, Julia, 291

ESPINA, Concha, 70

ESPRONCEDA, José de, 278, 281

ESQUIVIAS, Óscar, 25, 54, 71, 373,
407, 409, 434, 444

ESTÉBANEZ GIL, Juan Carlos, 18,
19, 77, 79, 109, 140, 296, 343,
405, 410, 415, 419, 423, 426,

428, 431, 444

ESTRELLA GUTIÉRREZ, Fermín, 261

EVTUCHENKO, Evgueni, 358

EZAMA GIL, Ángeles, 408

FABER, Sebastiaan, 423

FALCÓN, César, 124

FALCÓN, Irene, 224, 228, 422

FALCONETTI, Maria, 215

FALLA, Manuel de, 103

FARFÁN CANO, Isabel, 134

FARIAS, Javier, 349

FELIPE, León, 144, 159, 187, 205,

210, 267, 298, 299, 367, 373

FELIPE VIVANCO, Luis, 163

FELLINI, Federico, 358

FERNÁNDEZ, Angelines, 324

FERNÁNDEZ ARMESTO, Felipe, 124

FERNÁNDEZ BALBUENA, Roberto,
170

FERNÁNDEZ MORENO, Baldomero,
278

FERNÁNDEZ OSORIO-TAFALL,
Bibiano, 224

FERRÁN Y FORNÍES, Augusto, 423

FERRAUT, Ángel, 170

FERRIS, José Luis, 444

FITZGERALD, Ella, 262

FLORES PAZOS, Carlos, 123, 124,
184, 185, 413-415, 418, 444

FORTÚN, Elena, 81, 410

FOX, Ralph Winston, 216

FOXÁ, Agustín de, 71, 409

FRAILE, Medardo, 373, 410, 434,
444

FRAISSE, Jean, 244-246, 255, 258

FRANCO, José, 193, 197

FRANCO, Francisco (general), 53,
76, 144, 185, 214, 232, 234,
240, 244, 248, 255, 278, 421,
422, 427, 448

FRANCOS RODRÍGUEZ, José, 80

FRANK, Waldo, 127

FREYRE, Susana, 291

FROILÁN (MARIDO DE RAMONA),
275

FRONDIZI, Arturo, 346

FRONTINI, Norberto, 261

FUENTE, Inmaculada de la, 221,
421, 444

FUENTE, Pablo de la, 221, 355,
356, 365, 432

FUENTES, Carlos, 358

GADES, Antonio, 339

GAGARIN, Yuri, 353

GALÁN, Paco, 247

GALÁN, Fermín, 98, 99, 142, 369,
412

GALLARDO, Carmela, 267

GALVARRIATO, Eulalia, 19

GAMERO DEL CASTILLO, Pedro, 162

GAOS, Ángel, 204

GAOS, José, 204

GARCÉS, Delia, 286, 287, 289,
291

GARCÍA, Jordi, 162, 417

GARCÍA, Pau, 152, 153, 155, 176,
399

GARCÍA ANTÓN, Carmen, 259,
262, 425, 426

GARCÍA DE BARGA, Rafaela, 240

GARCÍA DE BARGA Y GÓMEZ DE LA
SERNA, Andrés (*ver Corpus
Barga*)

GARCÍA HORTELANO, Juan, 145

GARCÍA LEOZ, Jesús, 192, 195,
197, 324

GARCÍA LORCA, Federico, 54, 70,
71, 74, 82, 84, 85, 102, 104,
110, 134, 144-148, 152, 157,
176, 192, 200, 212, 216, 222,
230, 263, 268, 278, 294, 311,
342, 389, 413, 414, 447

GARCÍA LORCA, Francisco, 230

GARCÍA MONTERO, Luis, 23, 211,
227, 401, 422, 445

GARCÍA SÁNCHEZ, Federico, 69

GARDEL, Carlos, 139

GARFIAS, Pedro, 114, 160, 230

GASCÓN, Elvira, 169

GASSMAN, Vittorio, 262, 358

GATTO, Alfonso, 358

GAUDÍ, Antoni, 38

GAYA, Ramón, 204

GELHORN, Marta, 207

GHIOLDI, Rodolfo, 267

GIDE, André, 99, 183

GIL ROËSSET, Marga, 87, 412

GIL-ALBERT, Juan, 147, 159, 164,
177, 184, 204, 415, 424, 445

GIL-ROBLES, José María, 137,
141-143, 145, 146

GIMÉNEZ CABALLERO, Ernesto, 78

GINER DE LOS RÍOS, Francisco, 41

GINER DE LOS RÍOS, Bernardo, 359

GINER PANTOJA, José María, 243

GINSBERG, Allen, 366

GIRONDO, Oliverio, 78, 261, 265,
270, 283, 293, 323

GLADKOV, Feodor, 103

GODED LLOPIS, Manuel, 151

GOETHE, Johann Wolfgang von,
279, 318

GÓMEZ DE LA SERNA, Ramón, 96

GÓMEZ MORENO, Natividad, 169

GÓMEZ MORENO, María Elena,
169

GÓMEZ OCAÑA, José, 67, 409

GÓMEZ ORTEGA, Rafael (el
Gallo), 98

GÓNGORA, Luis de, 46

GONZÁLEZ, María de los Ángeles,
19, 278, 283, 426, 429, 445

GONZÁLEZ, Sabiniano, 27

GONZÁLEZ, Valentín, 186

GONZÁLEZ, Manuel, 190

GONZÁLEZ, Ernestina, 230

GONZÁLEZ BLANCO, Edmundo, 68,
409

GONZÁLEZ CARBALHO, Pepe, 261,
303

GONZÁLEZ GARAÑO, Alfredo, 265

GONZÁLEZ LANUZA, Eduardo, 261

GONZÁLEZ TUÑÓN, Raúl, 259, 267,
271, 349, 424

GORDÓN ORDAX, Félix, 167

GORKI, Máximo, 110, 114, 120,
121, 165, 180, 366

GOYA, Francisco de, 113, 172,
175, 319, 370, 428, 429, 434,
435, 436, 440, 443

GOYANARTE, Juan, 324

GOYRI, María, 33, 34, 46, 63, 65,
70, 76, 77, 81, 330, 430

GOYRI, Amalia, 33

GOYRI DE LA LLERA, Oliva, 27, 28,
30, 43, 44, 47, 54, 94, 97, 110,
121, 123, 298-301, 304, 305,
336, 337, 378, 399

GOYRI DE LA LLERA, Federico, 76

GOYRI ERRUZ, Hipólito, 28, 31

GOYRI ERRUZ, Nicolás, 32

GRAHAM, Martha, 262

GRAMATICA, Emma, 262

GRANDES, Almudena, 19, 22, 23,
281, 405, 427, 445

GRAS, Enrico, 302, 303

GRIEG, Nordahl, 205

GUERRERO RUIZ, Juan, 85, 148

GUEVARA, Ernesto (Che), 268

GUILLÉN, Jorge, 71, 92, 98, 113,
116, 162, 359, 362, 363, 409,
412, 413, 417

GUILLÉN, Nicolás, 132, 160, 205,
206, 317, 331, 332, 335, 415,
418, 420, 434, 445

GUILMÁIN, Ofelia, 197

GUINOVART, Josep, 363

GÜIRALDES, Ricardo, 78, 323

GUSTIOS, Gonzalo, 52

GUTIÉRREZ ABASCAL, Ricardo
(Juan de la Encina), 166

GUTIÉRREZ SOLANA, José, 221

GUTIÉRREZ SOTO, Luis, 220

GUTTUSO, Renato, 341, 344, 358

HAGENNAR, María Antonia
(Maruca Reyes), 145, 236,
253, 424

HEMINGWAY, Ernest, 160, 205,

207, 216, 240, 262, 330-336,
403

HENRÍQUEZ UREÑA, Pedro, 261

HERMOSILLA, Antonio, 221

HERNÁNDEZ, Miguel, 17, 145,
160, 161, 164, 177, 186, 194,
204-215, 222, 223, 232, 322,
352, 418, 420-422, 424, 444

HERNÁNDEZ, Juvenal, 292

HERNÁNDEZ MOMPÓ, Manolo, 370

HERRERA PETERE, José, 95, 114,
117, 161, 204, 340, 351, 432

HERRERA Y REISSIG, Julio, 279

HERRERO, Antonia, 288

HIDALGO DE CISNEROS, Ignacio,
223, 224, 323

HINOJOSA, José María, 230

HITLER, Adolf, 105, 107, 109,
229, 252, 256, 424

HORVILLEUR, Raymund, 296

HUERGA, Florentino, 384

HUGHES, James Langston, 160,
187, 205, 207, 210

HUGO, Víctor, 38, 40, 312

HUIDOBRO, Vicente, 118, 134,
160, 205

HURTADO DE MENDOZA, José, 45

IBÁÑEZ, Paco, 18

IBÁRRURI, Dolores (Pasionaria),
21, 118, 133, 167, 205, 224,
228, 422

IFACH, María de Gracia, 419

IGLESIA, Ramón, 166

IMAZ, Santiago, 177, 184

INFANTE, José, 281, 282, 373,
382, 402, 427, 434-436, 445

IVANOV, Vsévolod, 103

JAMES, Henry, 322

JARAMILLO, Ángel, 398

JIMÉNEZ, Juan Ramón, 74, 83, 87,

96, 104, 113, 144, 157, 162,
284, 322, 417

JIMÉNEZ DE ASÚA, Luis, 217, 349

JORGE, Faustino, 267

JORGE, Sara (Sarita), 267

JOSEPHSON, Matthew, 127

JOSEPHSON, Hannah, 127

JOUVET, Louis, 262

JOYCE, James, 77

JUAN CARLOS I, 385

JUAN XXIII, 353

JUANA I DE CASTILLA, 323

JULIO II (PAPA), 356

KAHLO, Frida, 133, 135

KATCHATURIAN, Aram, 262

KELIN, Fédor, 103, 119, 120,
122-124, 129, 182, 205, 413,
415

KENNEDY, John F., 127

KENT, Victoria, 81, 133

KIERKEGAARD, Søren, 66

KIRKPATRICK, Susan, 409

KIRSANOV, Semyon, 103

KOKOCHINSKI, Alejandro, 380

KOLTSOV, Mijaíl, 120, 167, 205,
207, 417, 445

KORNBLITH, Sima, 261, 271

KORNBLITH, Isaac, 261, 271

KRAFFT-EBING, Richard von, 66

KREMER, Isa, 270

KRUSKAIA, Nadejda, 181

KUNOSI, Alejandro, 291

LABARCA, Amanda, 292

LAFFORGUE, Jorge, 426

LAFUENTE, Libertad, 133

LAGERLOFF, Selma, 205

LAGO, Tomás, 292

LANGE, Norah, 261, 270, 283,

293, 323

LANUX, Elizabeth Eyre de, 243,
244

LANUX, Pierre de, 243

LARGO CABALLERO, Francisco,
149, 172

LARREA, Juan, 243

LAST, Jef, 205

LAWRENCE, D. H., 77, 99

LEJÁRRAGA, María, 70, 81, 133,
411, 447

LENIN, Vladímir Ilich Uliánov,
113, 114, 181

LENTINI, Javier, 384

LEÓN, Fray Luis de, 240, 280

LEÓN GOYRI, Ángel, 30, 55, 105

LEÓN JIMÉNEZ, Agustín, 28

LEÓN LORES, Ángel, 27-29, 38,
44, 48, 52, 53, 55, 56, 59, 94,
132, 301, 305, 406

LEÓN-SOTELO, Trinidad de, 15,
365, 405, 406, 417, 433, 434,
445

LERROUX, Alejandro, 113, 142,
143

LEVI, Carlo, 358

LEZAMA, Antonio de, 221

LIDIA Y JUANJO (VECINOS DE LA

ARBOLEDA PERDIDA), 348, 349

LINCOLN, Abraham, 127

LING TING (SEUDÓNIMO DE CHIAN
PING-SHIH), 321

LINO VAAMONDE, José, 170, 173,
175

LÍSTER, Enrique, 160, 224, 416,
445

LÍSTER, Modesto, 224

LLERA FERNÁNDEZ, Rosario de la,
27, 31, 32, 37, 38, 90, 91, 300,
378

LLERA FERNÁNDEZ, Concha de la,
37, 219

LLOPIS, Enrique, 430, 445

LLOSENT, Eduardo, 162

LLUCH GARÍN, Felipe, 192

LOBO, Baltasar, 340

LONDON, Jack, 108

LOPE DE VEGA, Félix, 279, 296

LÓPEZ LAGAR, Pedro, 285

LÓPEZ SERRANO, Matilde, 166

LORES SÁNCHEZ, María, 28

LORIDO (VECINO DE LOS ALBERTI),
314

LOSADA, Gonzalo, 261, 263-266,
269, 271, 295, 305-307, 317,
341, 353, 372, 377

LOTAR, Élie, 230

LOUREIRO, Ángel G., 19

LOXA, Juan de, 110, 413, 445

LOZANO, Rodríguez, 133

LUCAS, Antonio, 309, 410, 426,
428, 429, 432, 434, 445

LUGONES, Leopoldo, 323

LUNA, Antonio, 164

LURAGHI, Eugenio, 295, 296, 344,
345, 347, 352, 354, 431, 432,
447

LYUDKEVYCH, Stanyslav, 130

MAAR, Dora, 100, 237

MACARRÓN, Marcelino, 170

MACHADO, Antonio, 41, 79, 86,
94, 104, 112, 113, 114, 144,
157, 159, 164, 167, 177, 189,
190, 204, 205, 216, 239, 240,
248, 335

MACHADO, José, 239, 240

MACRÍ, Oreste, 344

MAETERLINCK, Maurice, 201

MAEZTU, María de, 63, 81

MAEZTU, Ramiro de, 72, 80

MAIAKOVSKI, Vladímir, 104, 182

MAINER, José-Carlos, 18, 256,
408, 423, 425, 446

MALINOVSKY, Rodion, 353

MALLEA, Eduardo, 322

MALLO, Maruja, 22, 24, 68, 82,
84, 87, 88, 92, 411, 444

MALRAUX, André, 119, 120, 160,
205, 212, 239

MAÑAS, Alfredo, 152

MANCHA, Teresa, 278, 281

MANDELSTAM, Osip, 119, 180

MANGINI GONZÁLEZ, Shirley, 67,
106, 409, 411, 446

MANN, Thomas, 205

MANSO, Margarita, 22

MARAÑÓN, Gregorio, 67, 157,

409,

MARCÉ, Antonia (La Argentinita),
22, 102

MARCILLAS PIQUER, Isabel, 21, 24,
405, 446

MARCO, Joaquín, 17, 141

MARÍA CRISTINA HABSBURGO, 32

MARÍN, Lupe, 136

MARINELLO, Juan, 132, 205, 206

MARION, Yvonne, 238

MAROFF, Tristan, 267

MARQUINA, Rafael, 79

MARRA-LÓPEZ, José R., 16

MARRAST, Robert, 19, 84, 85,
133, 134, 196, 413-415, 419,
446

MARTÉN, Aída, 396

MARTÍ, Luisa, 399

MARTÍN GAITE, Carmen, 81, 410

MARTÍN GIJÓN, Mario, 432

MARTÍNEZ ALLENDE, Francisco,
190

MARTÍNEZ ANIDO, Severiano, 56

MARTÍNEZ BARA, Asunción, 169

MARTÍNEZ BARBEITO, Carlos, 162,
163

MARTÍNEZ DE MINGO, Luis, 430,

MARTÍNEZ ESTRADA, Ezequiel, 323

MARTÍNEZ LATRE, Pilar, 413

MARTÍNEZ NADAL, Rafael, 102,
147

MARTÍNEZ RUIZ, José (Azorín),
113, 242

MARTÍNEZ SIERRA, María (*ver*
María Lejárraga)

MARTÍNEZ SIERRA, Gregorio, 74,
83

MASRIERA, José, 42

MASTROIANNI, Umberto, 358

MASTROIANNI, Marcello, 375

MATEO, María Asunción, 18, 24,
412, 426, 446

MATEOS, Francisco, 116

MAXIMINO, Alejandro, 288

MAYER, Carlos, 265

MÈDICIS, Catalina de, 323

MEJUTO, Andrés, 243, 246, 288,
349, 428

MEJUTO, Severino, 193

MELLA, José Antonio, 132

MÉNDEZ, Concha, 19, 22, 24, 81,
82, 95, 102, 117, 144, 146,
160, 282, 284, 410, 411, 449

MENÉNDEZ, Emilio, 197, 324

MENÉNDEZ

FERNÁNDEZ,

Teodomiro, 417

MENÉNDEZ PIDAL, Ramón, 33, 34,
46, 76, 80, 86, 111, 113, 157,
373, 410, 430

MENÉNDEZ-PIDAL GOYRI, Jimena,
33, 34, 41, 42, 45, 63, 326,
406

MENÉNDEZ-PIDAL GOYRI, Gonzalo,
33 40, 45, 78, 90, 185, 389,
410

MENÉNDEZ PIDAL (FAMILIA), 33,
37, 41, 45, 52, 65, 79, 84, 85,
93, 330, 406

MENESE, José, 368, 369

MERELLO, Laura Ana (Tita), 296

MÉRIMÉE, Henri, 41, 52

MEYERHOLD, Vsévolod, 120

MIAJA, José, 160, 195, 200, 223,
248

MICHAUX, Henri, 99

MICKIEWICZ, Adam, 317

MILLÁN ASTRAY, José, 85, 361

MIÑANA, Joaquín, 177, 184, 222

MIOMANDRE, Francis de, 361

MIRAVITLLES, Jaume, 207

MIRÓ, Gabriel, 86, 292

MIRÓ, Joan, 118, 267, 363, 366

MIRÓ QUESADA, José Antonio, 310

MISTRAL, Nati, 339

MODESTO, Juan (o Juan Guilloto
León, coronel Modesto), 160,
224, 247

MOEBIUS, Paul Julius, 67

MOIX, José, 224

MOIX, Terenci, 367, 368, 370,
434

MOLINA, Miguel de, 349

MOLINARI, Ricardo Eufemio, 261,
280

MOM, Amparo, 259, 267, 424

MOM, Arturo, 259, 260. 266

MONDADORI, Alberto, 352, 354

MONFORTE, Inmaculada, 18, 446

MOÑINO, Antonio, 172

MONLEÓN, José, 116, 196, 199,
419, 446

MONTIJO, Eugenia de, 39, 40

MONTILLA, Carlos, 166, 417

MONTOYA, María Teresa, 96

MONTSENY, Federica, 133

MONZÓN, Jesús, 224

MORA, Constanca de la, 323

MORAVIA, Alberto, 358

MOREIRO, Julián, 85, 411, 446

MORELLI, Gabriele, 19, 296, 344,
356, 357, 428, 431-433, 436,
446

MORENO, Mariano, 280

MORENO GALVÁN, José María, 370

MORENO VILLA, José, 86, 117

MORLA LYNCH, Carlos, 84, 102,
116, 119, 142, 147, 221, 222,
253, 413, 414, 422, 424, 447

MOSS, Berta, 296

MOUSSINAC, Léon, 243

MOYA, Encarnita, 387, 388

MUCHNIK, Jacobo, 310-312, 321,
323, 336, 337

MUCHNIK, Herminio, 336

MUCHNIK, Pedro, 336

MUCHNIK, Anna María, 336

MUEDRA BENEDITO, Concha, 169

MUJICA LÁINEZ, Manuel, 323, 349

MUÑOZ, Luis, 19

MUÑOZ, Gori, 259, 262, 285, 288,
349, 428

MUÑOZ MARTÍNEZ, Manuel, 417

MURO, Miguel Ángel, 294, 428,
447

MUSSET, Alfred de, 278

MUSSOLINI, Benito, 125, 408

NAVARRO FRANCO, Federico, 166

NAVARRO TOMÁS, Tomás, 166

NEGRÍN, Juan, 204, 220, 223, 224,
237, 256, 258, 425

NEIRA, Julio, 422

NELKEN, Margarita, 123, 124,
133, 180, 323

NERUDA, Pablo, 95, 117, 134,
142, 144-147, 160, 161, 164,
205, 215, 217, 234-237, 248,
250-254, 257, 258, 260, 268,
270, 271, 284, 292, 293, 323,
353, 356, 362, 363, 378, 379,

421-425, 433, 442, 447, 448

NICOLAU D'OLWER, Lluís, 425

NIETZSCHE, Friedrich, 66

NIKOLAEVICH, Aleksandr, 418

NOVACEANU, Darie, 341, 431, 447

NOVÁS CALVO, Lino, 277

NOVO, Salvador, 133

NOVOA SANTOS, Roberto, 67, 409

NÚÑEZ MAZAS, Carlos, 224, 227,
229

OCAMPO, Victoria, 236, 265, 266,
273, 349

OLIVA, César, 189, 196, 296, 447

OLIVARES, Antonio, 114

OLIVER, María Rosa, 261, 323

OLIVER PASCUAL, Eusebio, 147

OLMO, Rosario del, 177, 193

OLMO, María de los Ángeles, 193

ONÍS, Federico de, 127

ONTAÑÓN, Eduardo, 51

ONTAÑÓN, Santiago, 145, 187,
192-195, 197-200, 207, 223,
295, 297, 312, 324, 389, 399,
447

OROZCO, José Clemente, 235

OROZCO, Olga, 349

ORS, Eugenio d', 83

ORTEGA, Abraham, 251, 253

ORTEGA, Domingo, 339, 340

ORTEGA, José, 375, 380

ORTEGA Y GASSET, José, 68, 96,
157, 265

ORTIZ SARALEGUI, Juvenal, 270,
273, 276, 277, 286, 349, 427

ORWELL, George, 216

OTERO, Roberto, 367

OTERO SILVA, Miguel, 138, 330,
331

OVIDIO NASÓN, Publio, 351, 352

OYARZÁBAL, Isabel, 81

PABLO VI, 385

PALACIOS, Inocente, 138

PANERO, Juan y Leopoldo, 163

PARDO BAZÁN, Emilia, 44, 70

PAREDES, Juan, 161

PARRA, Nicanor, 292

PASOLINI, Pier Paolo, 358

PASTERNAK, Boris, 103, 104, 119,
120

PAULHAN, Jean, 99

PAZ, Octavio, 18, 133-135, 160,
164, 205, 210, 366, 420, 447

PEDROSO, Regino, 132

PEIRÓ BELIS, Juan, 417

PELLICER, Carlos, 133

PEÑA, Luis, 193

PEREMARTÍ, Mabel, 267, 426

PÉREZ DE AYALA, Ramón, 74, 83,
157

PÉREZ DE URBEL, Fray Justo, 63

PÉREZ GALDÓS, Benito, 44, 312

PÉREZ INFANTE, Luis, 160

PÉREZ MATEOS, Francisco, 172

PÉREZ RUBIO, Timoteo, 106, 170,
174, 176

PERÓN, Juan Domingo, 263, 278,
310, 427, 448

PÉTAİN, Philippe, 234, 254, 255

PETRARCA, Francesco, 322

PICASSO, Pablo, 9, 99-102, 118,
237, 238, 243, 244, 259, 280,
310, 338-341, 351, 353, 363,
366, 375, 378, 379, 423, 434,
440

PIEDRA, Antonio, 417

PINEDA, Mariana, 323, 389

PISCATOR, Erwin, 111, 116, 119,
193

PLA Y BELTRÁN, Pascual, 159, 177

PONCE, Aníbal, 271

PONCE DE LEÓN, José Luis, 17

PONTE, María Luisa, 18, 305,
312, 389

POQUELIN, Jean-Baptiste
(Molière), 201, 202, 349

PORTELA, María del Carmen, 259,
260, 267

PORTELA PARKER, Margot, 259

PORTELA VALLADARES, Manuel,
143

PORTOGALO, José, 271

POUND, Ezra, 77, 366

POZNER, Wladimir, 120

PRADA, Juan Manuel de, 289, 428

PRADO, María del Carmen de, 54

PRADO, Benjamín, 18, 44, 58, 71,
75, 76, 85, 93, 106, 141, 147,
161, 213, 310, 339, 364, 380,
381, 385, 389, 393, 399-401,
406-410, 412, 413, 415, 416,
420, 423, 429, 431, 434-436,
447

PRADOS, Emilio, 114, 160, 204,
216

PRIETO, Indalecio, 146, 425

PRIETO, Miguel, 190, 209

PRIMO DE RIVERA, Miguel, 28, 53,

55, 56, 59, 81, 94, 147, 239

PRIMO DE RIVERA, José Antonio,
53, 146

PROKOFIEV, Sergei, 120

PUCCINI, Dario, 336, 339, 344,
345, 352, 354, 431, 432, 447

PUERTO, José Luis, 25

PUÉRTOLAS, Benita, 285

QUASIMODO, Salvatore, 317, 358

QUATTRUCCI, Carlo, 363

QUEIPO DE LLANO, Gonzalo, 122,
199

QUEVEDO, Francisco de, 225, 352,

353, 421

QUINTANILLA, Luis, 166

QUIROGA, Horacio, 623

QUIROGA PLÁ, José María, 243,
293

RABAL, Paco, 18, 339

RACINE, Jean, 245, 246

RAMÍREZ, Pedro Pablo, 263

RAMÍREZ, Julián Antonio, 340,
431

RAMÓN Y CAJAL, Santiago, 111

RAMONA (CUIDADORA), 274-276

RAWSON, Arturo, 263

RENAU, Josep, 116, 159, 167,
169, 190, 211

REQUENI, Manuel, 349

REYES, Alfonso, 133

REYES HAGENAAR, Malva Marina
Trinidad, 146, 236, 253

RIDRUEJO, Dionisio, 163

RÍO, Ángel del, 127

RÍO DEL VAL, José Antonio, 72,
409, 447

RÍOS, Blanca de los, 63, 70

RÍOS, Fernando de los, 114, 205

RIVAS CHERIF, Cipriano, 190, 417

RIVERA, Diego, 133, 135, 136

RIVERO, Santiago, 193

ROCA, Deodoro, 167, 168

ROCCA, Pablo, 307, 426, 429

ROCES, Wenceslao, 216

ROCHA, Glaubert, 358

RODRIGO, Antonina, 17, 21, 159,
167, 227, 379, 405, 410, 411,
416, 417, 435, 447

RODRÍGUEZ, Hieldegart, 81

RODRÍGUEZ HERNÁNDEZ, Julio
Antonio, 34

RODRÍGUEZ LUNA, Antonio, 116

ROËSSET, Mauricio, 87

ROJAS, Agustín de, 197

ROJAS PAZ, Pablo, 259

ROJO, Vicente, 362

ROLLAND, Romain, 205

ROMERO MURUBE, Joaquín, 162

RONARD, Pierre, 387

ROQUE, Jacqueline, 339, 340

ROS, Félix, 162, 163

ROSALES, Luis, 18, 163

ROSENVINGE, Teresa, 401

ROSSELLINI, Roberto, 372

ROSSI, Attilio, 264, 292, 358

RUBIO, Fanny, 24

RUBIO, Javier, 421

RUCAR, Jeanne, 230

RUIVO, Mário, 365

RUIVO, Henrique, 365

RUIZ, Juan, Arcipreste de Hita,
46

RUIZ, Cristóbal, 116

RUIZ BLASCO, José, 341

RUIZ HERNÁNDEZ, Ana, 239

SAAVEDRA ARIAS, Rebeca, 168,
417, 447

SABA, Linucha, 359

SÁBATO, Ernesto, 267

SADOUL, Georges, 230, 235

SADOVEANU, Mihail, 342

SAID, Edward, 77

SAINT-EXUPÈRY, Antoine de, 433

SAIZ VIADERO, José Ramón, 21,
284, 405, 427, 448

SALAS VIÚ, Vicente, 164, 177,
184, 207

SALAZAR, Oliveira, 110

SALAZAR, Adolfo, 145, 147

SALAZAR, Antonio (Toño), 267

SALINAS, Pedro, 58, 63, 70, 71,
79, 84, 85, 92, 98, 113, 116,

161, 162, 409, 412, 413

SALKA, Matei, 212

SALVAT, Ricard, 19, 22, 294, 405,
428, 448

SALZMAN, André, 353

SÁNCHEZ, Alberto, 145, 221

SÁNCHEZ, Rosario (La
Dinamitera), 211

SÁNCHEZ ALBERTI, Teresa, 19, 88,
92, 157, 374, 377, 387, 389,
391, 396, 400, 401, 435

SÁNCHEZ ALBORNOZ, Claudio, 349

SÁNCHEZ ARCAS, Manuel, 166,
170

SÁNCHEZ ARIÑO, Amalia, 285, 288

SÁNCHEZ BARBUDO, Antonio, 160,
164, 204

SÁNCHEZ CANTÓN, Francisco
Javier, 175

SÁNCHEZ MAZAS, Rafael, 163

SÁNCHEZ MEJÍAS, Ignacio, 97, 102,
124, 414

SÁNCHEZ RECIO, Glicerio, 415,
448

SÁNCHEZ VÁZQUEZ, Adolfo, 161

SÁNCHEZ VENTURA, Rafael, 145,
230, 243

SANTACRUZ, Pascual, 67, 409

SANTONJA, Gonzalo, 19, 170, 176,
407, 408, 410, 413-415, 417,
419, 422, 426-431, 434-436,
442-448

SANZ VILLANUEVA, Santos, 17

SARMENT, Jean de, 286

SARMIENTO, Domingo Faustino,
280

SARRAUT, Albert, 243, 255

SASLAVSKY, Luis, 285-288, 441

SASSU, Aligi, 358

SCHEIMBERG (MATRIMONIO), 261

SCHIDLOWSKY, David, 424, 448

SCHNEIDER, Luis Mario, 420

SCHNITZLER, Arthur, 192

SCHOPENHAUER, Arthur, 66

SCHWARTZ, Max, 261

SCHWARZSTEIN, Dora, 278, 427,
448

SEBASTIÁN, Rodrigo de, 52, 407

SEBASTIÁN, Marcelo de, 307

SEBASTIÁN, Graciela de, 307

SEBASTIÁN, Isabel de, 307, 435

SEBASTIÁN, Leonor de, 378, 398,
399

SEBASTIÁN ALFARO, Gonzalo de,
52, 54, 58, 60, 71, 75, 76, 94,
110

SEBASTIÁN LEÓN, Gonzalo de, 21,
55, 60, 305-308, 355, 376,
378, 382, 396-399, 429, 435

SEBASTIÁN LEÓN, Enrique de, 21,
62, 364, 365, 391, 392, 433

SEGHERS, Anna, 205

SEGUÍ, Salvador (*el Noi del
Sucre*), 55-57, 407, 408

SENDER, Ramón J., 124, 140, 164,
177, 179, 185, 193, 194, 205

SÉNECA, Lucio Anneo, 322

SENTÍS, Carlos, 162, 163, 417

SEOANE, Luis, 265, 304

SERNA, Carmen de la, 268

SERRADOR, Esteban, 291

SERRANO-PLAJA, Arturo, 95, 114,
146, 160, 166, 172, 204

SHAKESPEARE, William, 100, 101

SHAW, Bernard, 322

SHIN, Lu, 321

SHÓLOKOV, Mijaíl, 119, 120

SILES, Jaime, 330, 409, 430, 448

SILOÉ, Diego de, 411

SINCLAIR, Upton, 205

SINGERMAN, Berta, 63

SODY DE RIVAS, Ángel, 162, 417

SOLDI, Raúl, 349

SOLER SASERA, Eva, 232, 374,
423, 434, 448

SORIA OLMEDO, Andrés, 409

SOSA, Jesualdo, 349

SOSA, Florencio, 173

SOUTO, Arturo, 164, 204

SPENDER, Stephen, 205, 216, 366

STAËL, Madame de, 323

STALIN, Iósif Vissariónovich
Dzhugashvili, 104, 119, 178,
181-184, 317, 318

STEPANOV, Stephan, 220, 224

STIEGLITZ, Alfred, 127

STOKOVSKY, Leopold, 262

STORNI, Alfonsina, 323

SUPERVIELLE, Jules, 99, 100

SUPERVIELLE, Pilar, 99

SWAN, Alan, 415

ŚWIERCZEWSKI, Karol (general
Walter), 187, 332

TAGÜEÑA, Manuel, 224

TAIROF, Aleksandr, 119, 120

TÀPIES, Antoni, 353

TARO, Gerda, 160, 187, 188, 216

TATE, Josefina (Sisita), 45

TELESHOVA, L. A., 103

TERESA DE ÁVILA, 301, 323

THAIS, Eva, 145

THÉBAUD, Françoise, 66, 408

THEOTOKÓPOULOS, Doménikos (El Greco), 171, 172, 175, 238

THOMAS, Hugh, 224, 422

THOMÁS DE CARRANZA, María Fernanda, 377, 388

THOMPSON, Mariquita, 323

TIRSO DE MOLINA, 103

TIZIANO, Vecellio, 88, 174, 175

TOGLIATTI, Palmiro (Ercoli), 125, 126, 129, 220, 224

TOLLER, Ernest, 119

TOLSTOI, Alexéi, 212

TORNÚ, Sara, 259

TORRE, Josefina de la, 19

TORRE, Guillermo de, 145, 264

TORRES, Lolita, 280

TORRES NEBRERA, Gregorio, 18,
23, 64, 111, 115, 177, 297,
312, 327, 362, 406, 408, 414,
415, 418, 420, 429, 430, 433,
448

TORRES RESTREPO, Camilo
(sacerdote Camilo), 324, 325

TORRIENTE BRAU, Pablo de la,
177, 186, 187, 208, 216, 335,

TOSCANINI, Arturo, 262

TRANNOY, Marcelle, 240

TRAPIELLO, Andrés, 416, 420,
422, 449

TRELLES, Danilo, 302, 303

TRENET, Charles, 262

TRETIAKOV, Sergei Mijáilovich,
103, 120, 181

TRIOLET, Elsa, 103, 104

TROISE, Emilio, 261, 272

TSE-TUNG, Mao, 17, 320

TUR, Justo, 152, 155

TURGUENIEV, Ivan, 120

TUSELL, Javier, 175, 418

TWAIN, Mark, 322

TZARA, Tristan, 149, 205

UGARTE, Eduardo, 145

ULACIA ALTOLAGUIRRE, Paloma,
410, 411, 449

UNAMUNO, Miguel de, 95, 97,
322, 359-361, 369

UNGARETTI, Giuseppe, 358

URIBE, Vicente, 224

USLAR PIETRI, Arturo, 99, 100

UZELAY, José, 230

VACA GONZÁLEZ, Consuelo, 166,
169

VAILLOUN, Alfonso, 55

VALDÉS, José Manuel, 132

VALENZUELA, José, 55

VALERO MARTÍN, Alberto, 85, 86,
89, 411

VALÉRY, Paul, 240

VALLE, Adriano del, 85

VALLE, Juvencio, 60, 223, 292

VALLE-INCLÁN, Ramón María del,
83, 110, 113, 124, 125, 142,

144, 240, 351

VALLEJO, César, 95, 99, 164, 165,
205, 322

VAN DER WEYDEN, Rogier, 172

VARELA, Lorenzo, 164, 204

VARESE, Edgar, 127

VÁZQUEZ DE PARGA, Luis, 166

VEHILS, Rafael, 265

VELASCO, Rosario de, 76, 79

VELÁZQUEZ, Diego, 172, 174, 175

VENTURA, Lourdes, 24

VICENS, Jaime, 145

VICENS DE LA LLAVE, Juan, 243

VICENT, Manuel, 239, 423

VICENTE, Eduardo, 204

VICUÑA DE MORLA, Bebé, 119, 222

VILARRUTIA, Xavier, 133

VILCHES, Ernesto, 285, 288

VILLA FERNÁNDEZ, Ignacio Jacinto
(Bola de Nieve), 335

VILLARINO, Marta, 372, 434

VILLARREAL, René, 332

VIÑES, Hernando, 110, 145, 230

VISCONTI, Luchino, 372

VISHNEVSKY, Vsevolod, 179, 192-
194, 207

WEIGEL, Helen, 319

WELSH, Mary, 331, 332, 334, 336

WILDE, Oscar, 322

WOOLF, Virginia, 205

XIRGU, Margarita, 22, 98, 190,
309, 349

YEATS, W. B., 205

ZANI, Giselda, 272, 427

ZAVALÍA, Alberto de, 286, 288,

291, 441

ZERVOS, Christian, 238

ZUBIAURRE, Pilar, 82

ZUGAZAGOITIA, Julián, 417

ZULETA, Emilia de, 261, 425, 449

ZULOAGA, Ignacio, 95, 221



1910. María Teresa León Goyri a los 6 años (Archivo familiar Gonzalo de Sebastián León).



María Teresa con su hijo Gonzalo,
1922 (Archivo familiar Gonzalo de
Sebastián León).



María Teresa con sus padres y su hermano Ángel, 1919 (Archivo familiar Enrique de Sebastián León, Burgos).



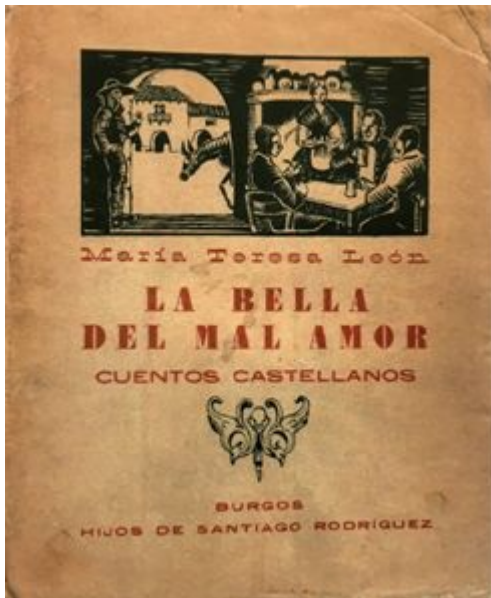
1926. María Teresa con sus hijos Gonzalo y Enrique (Archivo familiar Enrique de Sebastián León, Burgos).



1928. María Teresa a los 24 años
(Archivo General de la Nación,
Buenos Aires).



1928. María Teresa durante su primer viaje a Argentina (Archivo General de la Nación, Buenos Aires).



Cubierta de la primera edición de *La bella del mal amor*, Burgos, Hijos de Santiago Rodríguez, 1930.



María Teresa León entre Federico García Lorca y Rafael Alberti, Madrid, 1931 (Archivo Manuel Ángeles Ortiz, Biblioteca del Museo Nacional Centro de Arte Reina Sofía, Madrid).



1930. María Teresa y Rafael Alberti poco después de conocerse.



1933. María Teresa y Rafael Alberti vestidos de uniforme con los activistas en su primer viaje a la URSS (Archivo Kino-Foto Dokumentov, Krasnogorsk).



1935. María Teresa con Eduardo Ugarte, Pepe Díaz, Miguel González, Alberti, Luis Buñuel y Lorca (Archivo Fundación Federico García Lorca, Granada).



1935. María Teresa y Rafael Alberti en La Habana, ante el Capitolio (Archivo

Aitana Alberti).



Banquete en homenaje a Luis Cernuda (abril de 1936). En la foto María Teresa aparece sentada junto a Lorca (Archivo Fundación Federico García Lorca, Granada).



Banquete en homenaje al pintor Hernando Viñes (mayo de 1936). En la foto (fragmento) aparecen Acario Cotapos, Rafael Alberti, Guillermo de Torre, Miguel Hernández, Pablo Neruda, Rafael Sánchez Ventura, María Antonia Hagenaar, García Condoy, Lulu Viñes, María Teresa León, Gustavo Durán y Ángeles Donrrosoro (Archivo Fundación

Federico García Lorca, Granada).



Presidencia del II Congreso Internacional de Escritores Antifascistas celebrado en Valencia en julio de 1937. María Teresa aparece en el centro, acompañada por Louise Strong, Julien Benda, André Malraux y José Bergamín (Archivo General de la

Administración, Alcalá de Henares, Madrid).



1937. María Teresa con Santiago Ontañón en la sede de la Alianza de Intelectuales Antifascistas representando la obra Amor de don Perlimplín con Belisa en su jardín, de Federico García Lorca (Archivo Biblioteca Nacional, Madrid).



Homenaje al periodista argentino Pablo Suero en 1936. En la imagen aparecen, entre otros, Federico García Lorca, Vicente Aleixandre, Rafael Alberti, Manuel Altolaguirre, Concha Méndez y María Teresa León.



María Teresa en 1939 (Archivo Isabel Clara Ángeles Alarcón, Barcelona).



París, 1940. Documento de inmigración del matrimonio.



El Mendoza, buque en el que María Teresa y Rafael Alberti zarparon el 10 de febrero de 1940 rumbo a América (Archivo Juan Carlos Díaz Lorenzo).



María Teresa en Buenos Aires hacia 1940 (Archivo Centro Cultural de la Generación del 27, Málaga).



María Teresa durante una de sus emisiones radiofónicas. Buenos Aires, 1943 (Archivo Museo del Cine, Buenos Aires).



María Teresa con su hija Aitana en Argentina en 1941 (Archivo Aitana Alberti).



María Teresa con su hija Aitana en La Gallarda, Punta del Este (Uruguay) hacia 1948 (Archivo Aitana Alberti).



Armanie Heinrich

Buenos Aires, años 40. María Teresa retratada por Anne Marie Heinrich (Archivo General de la Nación, Buenos Aires).



María Teresa y Rafael Alberti
desembarcando en La Habana, 1960.



María Teresa en Rumanía con la poeta rumana Veronice Porumbacu,

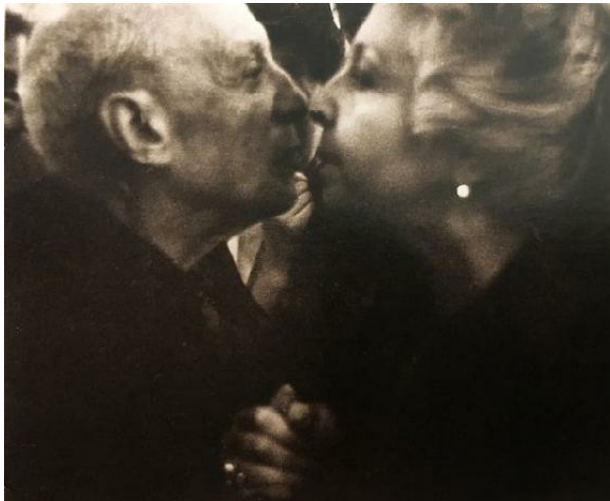
1961 (Archivo Teresa Alberti).



María Teresa con Iliá Ehrenburg en Buenos Aires, 1954 (Archivo Aitana Alberti).



En Roma, 1965 (Archivo Teresa Alberti).



María Teresa con Pablo Picasso, hacia 1966 (colección particular, Madrid).



María Teresa con Rafael Alberti, Luis Buñuel, Miguel Ángel Asturias y Margot Benacerraf, 1969 (Fundación Rafael Alberti, El Puerto de Santa María, Cádiz).



María Teresa y Rafael Alberti de cena en Roma, 1971 (foto de Carles Fontseré).



María Teresa en el mercadillo callejero del Trastevere, Roma, 1971

(foto de Carles Fontseré).



Con Rafael Alberti en su casa de

Roma revisando las carpetas realizadas por el poeta, 1971 (foto de Carles Fontseré).



María Teresa y Rafael Alberti a su llegada a España en abril de 1977 (Fundación Rafael Alberti, El Puerto de Santa María, Cádiz).



María Teresa en 1986 (foto de Pilar Aymerich).

Palabras contra el olvido. Vida y obra de María Teresa León (1903-1988)

José Luis Ferris

Obra galardonada con el Premio Antonio Domínguez Ortiz de Biografías 2017 convocado por la Fundación Cajazol y la Fundación José Manuel Lara

Formaron el jurado, reunido el 1 de marzo de 2017: Antonio Cáceres, Jacobo Cortines Torres, Ignacio F. Garmendia, Alberto González Troyano, Joaquín Pérez Azaústre, Nativel Preciado y Rafael Valencia

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico,

mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© José Luis Ferris, 2017

© Fundación José Manuel Lara, 2017

Av. de Jerez s/n. 41012 Sevilla

www.fundacionjmlara.es

www.planetadelibros.com

Maquetación y diseño: milhojas.
servicios editoriales

Fotografías de cubierta y portada: María
Teresa León hacia 1928 (Archivo Aitana
Alberti)

Fotografías de interiores: Archivo
familiar Gonzalo de Sebastián León,
Archivo familiar Enrique de Sebastián
León (Burgos), Archivo General de la
Nación (Buenos Aires), Archivo Manuel
Ángeles Ortiz (Biblioteca del Museo
Nacional Centro de Arte Reina Sofía,
Madrid), Archivo Kino-Foto
Dokumentov (Krasnogork), Archivo
Fundación Federico García Lorca
(Granada), Archivo Aitana Alberti,
Archivo Biblioteca Nacional (Madrid),
Archivo General de la Administración
(Alcalá de Henares, Madrid), Archivo
Isabel Clara Ángeles Alarcón

(Barcelona), Archivo Juan Carlos Díaz Lorenzo, Archivo Centro Cultural de la Generación del 27 (Málaga), Archivo Museo del Cine (Buenos Aires), Archivo Teresa Alberti, Fundación Rafael Alberti (El Puerto de Santa María, Cádiz), Carles Fontseré, Pilar Aymerich

Primera edición en libro electrónico (epub): mayo 2017

ISBN: 978-84-15673-65-1 (epub)

Conversión a libro electrónico: IC Editorial

www.iceditorial.com